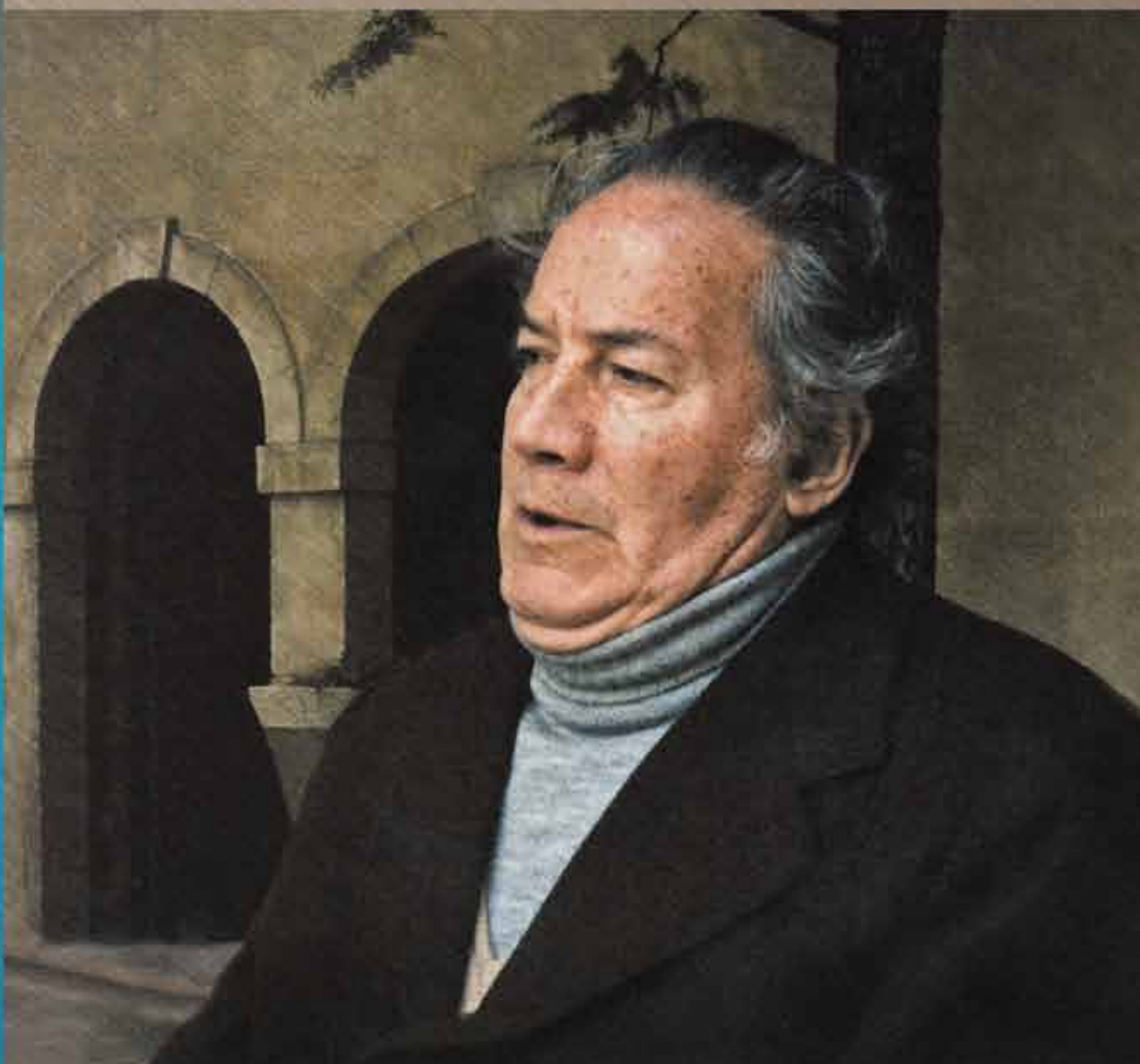


OBRAS

José E. Iturriaga

Rastros y rostros

PATRIMONIO CULTURAL Y DIVERTIMENTOS



OBRAS

José E. Hurriaga

**Rastros
y rostros**



Presidencia

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD

Dip. CÉSAR FRANCISCO BURELO BURELO, *Titular*
Dip. TERESA DEL CARMEN INCHÁUSTEGUI ROMERO, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Dip. ARMANDO JESÚS BAEZ PINAL, *Titular*
Dip. BLANCA JUANA SORIA MORALES, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Dip. LAURA MARGARITA SUÁREZ GONZÁLEZ, *Titular*
Dip. CÉSAR DANIEL GONZÁLEZ MADRUGA, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM

Dip. LORENA CORONA VALDÉS, *Titular*
Dip. JORGE HERRERA MARTÍNEZ, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PT

Dip. PORFIRIO MUÑOZ LEDO, *Titular*
Dip. PEDRO VÁZQUEZ GONZÁLEZ, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE NUEVA ALIANZA

Dip. ROBERTO PÉREZ DE ALVA BLANCO, *Titular*
Dip. LIEV VLADIMIR RAMOS CÁRDENAS, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE MOVIMIENTO CIUDADANO

Dip. MARÍA GUADALUPE GARCÍA ALMANZA, *Titular*
Dip. JAIME ÁLVAREZ CISNEROS, *Suplente*

SECRETARIO GENERAL

Dr. FERNANDO SERRANO MIGALLÓN

SECRETARIO DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS

LIC. JUAN CARLOS DELGADILLO SALAS

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN, INFORMACIÓN Y ANÁLISIS

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS

CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO

SECRETARIO TÉCNICO DEL CONSEJO EDITORIAL

EDGAR PIEDRAGIL GALVÁN

OBRAS

José E. Iturriaga

Rastros y rostros

PATRIMONIO CULTURAL Y DIVERTIMENTOS



MÉXICO • 2012

1a. edición, Universidad Veracruzana, Editora de Gobierno
del Estado de Veracruz, Fondo de Cultura Económica, 2003
2a. edición, junio de 2012

© 2003-2014 José E. Iturriaga
© 2011-2012 Herederos de José E. Iturriaga

Coeditores de la presente edición
H. CÁMARA DE DIPUTADOS
CONSEJO EDITORIAL DE LA LXI LEGISLATURA
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

© 2012
Por características tipográficas y de diseño editorial
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 968-607-401-594-1

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los legítimos propietarios de los derechos patrimoniales y de los editores, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

LIBRO IMPRESO SOBRE PAPEL DE FABRICACIÓN ECOLÓGICA CON BULK A 80 GRAMOS
www.maporrúa.com.mx
Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

Prólogo

José Rogelio Álvarez

Brillan en José E. Iturriaga la diversidad de sus actividades, la vastedad y precisión de sus conocimientos, la magnitud de los servicios públicos que ha prestado, la espontaneidad y generosidad de su magisterio informal, la peculiaridad de sus expresiones en el trato coloquial, y la alegría con que vive y comparte lo bueno y lo bello. Iturriaga es singular por su pluralidad. Afiliado a un diseño de índole humanista, no eligió un solo quehacer, si no que ha convertido cada una de sus múltiples preferencias en una especialidad. Resulta ser así, a la vez, sociólogo, economista, historiador, literato, crítico de arte y folclorista; por las tareas que ha desempeñado, es maestro, autor, político, analista, consejero, ejecutivo, banquero y diplomático; y por la agudeza de su percepción y la oportunidad de sus juicios, ha sido precursor de muchas de las nociones y preocupaciones que ya han arraigado en la conciencia de los mexicanos. Únicamente en el siglo XIX podrían encontrarse antecedentes de tan amplia disposición por el saber y de tan fecundas aportaciones.

José E. Iturriaga nació el 10 de abril de 1914 en la casa número 60 de la calle de Ateneas, en la colonia Juárez de la Ciudad de México. Cuarto hijo de un comerciante de remoto origen vasco y de una joven que abandonó el claustro para contraer matrimonio. La E. de su nombre, que a muchos les ha parecido enigmática, corresponde a Ezequiel, profeta titular de su día onomástico. El niño debió de haber nacido en pañales de seda, ya que su padre era dueño de la sedería The New African, que ocupaba la

planta baja de la residencia familiar. Antes su padre había tenido la tienda La Africana, en la avenida Hidalgo, cuyo local fue derruido al abrirse la calle de Héroes. La razón social en inglés que después tuvo aquel establecimiento era congruente con su nueva ubicación en la colonia Americana, cuyo nombre se mudó por el de colonia Juárez el 21 de marzo de 1906, primer centenario del natalicio del Benemérito.

El padre de José era hombre próspero, ilustrado y progresista. Hizo su fortuna comprando y vendiendo géneros a lo largo y ancho del país; sabía inglés y francés, y más tarde aprendió náhuatl y totonaco; admiraba a Madero y a Carranza y ejercía la paternidad con ánimo docente. A la tertulia de trastienda que se reunía bajo su auspicio, asistían, entre otros, Fernando Iglesias Calderón, opositor al régimen de Porfirio Díaz y presidente del Partido Liberal; el ingeniero Francisco Bulnes; polemista, ejemplo de valor civil; el doctor Fernando Méndez Estrada, padrino de bautismo de José; y Enriqueta Right Gayosso, viuda del fundador de la primera agencia funeraria establecida en México. Cuando por esos años Iturriaga apenas iniciaba sus estudios en la Escuela Primaria Alberto Correa, situada en la esquina de las calles Dinamarca y Londres; aquel ambiente intelectual suscitaba en él una temprana curiosidad política y cultural, aún más porque desde los cinco años, guiado por su padre en las páginas de *El Periquillo Sarniento*, aprendió a leer.

Al igual que muchos otros empresarios, el negocio de don Ricardo —su padre— no resistió los avatares de la Revolución y quebró al principio de los años veinte. Aunque víctima marginal del movimiento reivindicador, sintió el deber de contribuir a consolidar sus ideales y optó por marcharse a Veracruz como maestro rural. Allá dio clases en el caserío de El Trapiche del Rosario y en la población de Tlacoluan de los Libres. El cambio de residencia y varias circunstancias adversas, provocaron la ruptura del matrimonio y el pequeño José quedó de hecho en la orfandad, aunque todavía acompañado de su madre, doña María Asunción Sauco.

Antes de cumplir los ocho años, José empezó a trabajar. Fue aserrador de trozas de pino en la maderería Excélsior, ubicada en el cruce de las

calles Doctor Velasco y Niños Héroes: las convertía en tablas, que luego can-teaba, cepillaba y cabeceaba. Muchos años después, él mismo montaría los estantes de los muebles de su biblioteca. En su adolescencia fue también aprendiz de torculista en el taller de grabados de acero y cobre que estuvo en el número 58 de la calle de Regina. Allí perdió la falangeta del dedo índice de la mano izquierda, al quedar atrapada ésta en la prensa donde se imprimían las invitaciones. A los nueve años de edad barnizaba muebles y pianos en el sótano de Versalles 18, residencia de don Diego Redo, y pavonaba pistolas en un establecimiento ubicado en la esquina de Peralvillo y Libertad. A los 13 años viaja al norte, en compañía de su hermano Manuel, tres años mayor que él.

Aunque deseoso de correr suerte en Estados Unidos, se quedó en Palau, Coahuila —centro minero de carbón de piedra— ubicado a 120 kilómetros de la frontera internacional. Fuerte como ha sido desde su juventud, la Compañía Carbonífera y Consolidada de Coahuila lo contrató como romano, o sea, el encargado de pesar con la romana las porciones de mineral que los barreteros iban desprendiendo de la veta en el tiro cuatro subterráneo de la mina. Esta tarea, que realizaba a 1,000 pies de profundidad, incluía palear los pedruscos a una vagoneta que jalaba sobre rieles una mula ciega —sin herraduras para no provocar chispas sobre éstos y causar así una catas-trófica explosión de gas grisú— hacia la boca del malacate que sacaba la carga a la superficie. Se ocupó a José asimismo como *abaniquero*, respon-sable de mantener funcionando el pulmón de la mina y el mecanismo que surtía de oxígeno a la galería subterránea, que a la vez succionaba y ex-pulsaba por otro ducto los gases mortíferos. El intenso ruido que hacía el abanico dejó parcialmente sordo al joven José, quien habría de padecer esa limitación el resto de su vida.

Pero no todo en Palau fueron fatigas y quebrantos. Allí casi cambió de voz, tuvo su primera y hermosa novia llamada Olivia, poco mayor que él, y junto con Pepe Guedea y los hermanos gemelos Hidalgo y Morelos —na-cidos un 16 de septiembre— fundó el Club Minerva, que organizaba tar-deadas los domingos. Viviendo todavía en Palau, en una de sus estancias

en Estados Unidos es expulsado por razones políticas. Cuando Iturriaga recuerda estos hechos, apostilla: “No conozco a la clase obrera en la literatura; he pertenecido a ella”.

Iturriaga regresó a la Ciudad de México justo el día en que Plutarco Elías Calles leyó su último informe de gobierno el primero de septiembre de 1928: pudo oír cómo los altavoces de la estación de San Lázaro difundían la voz del presidente.

Recomendado por el ingeniero Estanislao González Salas, propietario de la Compañía Carbonífera y Consolidada de Coahuila, se entrevistó con el ingeniero Lorenzo Hernández, tesorero general de la nación, y éste, seguramente impresionado por la elocuencia y las virtudes de Pepe, lo nombró su ayudante. Tuvo entonces un buen ingreso —3.50 pesos diarios como mozo de tercera de pagadurías—, y tiempo para pulir en las aulas universitarias los conocimientos adquiridos por sí mismo y ocasión para enraizar aún más los principios de moral civil que regían su conducta.

Entre sus maestros, nadie más elocuente que para explicar filosofía que Antonio Caso, persuasivo y orientador, y entre sus amigos mayores, nadie más dispuesto al servicio público que Narciso Bassols; prestigioso e incorruptible. Iturriaga hizo suyas las cualidades que distinguían a uno y a otro; el irrefrenable impulso de profundizar en toda rama del saber y, en el orden material, el aséptico manejo de los fondos oficiales, sin aspirar a otra recompensa que no fuera un sueldo decoroso.

Carente de padres deseosos de que sus hijos obtuvieran una licenciatura universitaria, Iturriaga —que no la tenía— se inscribió en 1932 en la Escuela Libre de Derecho para cursar varias materias. Sin embargo, le interesaba más el conocimiento que el reconocimiento del saber que adquiriese. Dirigida la Escuela Libre de Derecho por Pedro Lascuráin —fugaz presidente de la República—, cursó en ese recinto educativo varias cátedras impartidas por distinguidos profesores: la de Derecho Romano, por Respicio Tirado; la de Economía Política, por Mariano Alcocer; la de Derecho Constitucional, por Manuel Herrera y Lazo, y la de Historia del Derecho

Público, por Jorge Gaxiola, quien años más tarde citaría con elogios en una obra suya a Iturriaga.

Animado del mismo propósito y resueltamente inclinado a los estudios filosóficos, siguió durante cuatro años los cursos impartidos por Antonio Caso: el de Sociología, el de Historia de la Filosofía y el de Filosofía de la Historia.

Llegada a México la inteligencia española, cursó con Eduardo Nicol la cátedra de Psicología de la Adolescencia, que antes había impartido Ezequiel Chávez; la de Epistemología, explicada con amenidad por Joaquín Xirau, quien en una noche, al salir de una clase en la calle de Mascarones, murió al ser atropellado por un tranvía; la de Historicismo, dictada con brillantez por Eugenio Imaz, quien a pocos años y para sorpresa de todos se ahorcó en el sanitario de un hotel del puerto jarocho. Llevó también el curso de Fenomenología de Husserl explicado admirablemente por José Gaos, quien por cierto hablaba mejor que escribía; y algunas clases sueltas sobre Historia del Arte expuestas por Juan de la Encina y José Moreno Villa. Lo importante para él era saber, no certificar el conocimiento que iba adquiriendo, justo porque carecía de familia a quien entregarle ese tipo de galardones.

Sus condiscípulos más cercanos en la Escuela Libre de Derecho fueron el moreliano Salvador Milanés, el poblano Alfonso Moreira, los capitalinos Efrén Torres Chávez y Manuel Conde de Haro, quien solía llagar a la escuela, a las ocho de la mañana en su enorme cadillac abierto, vestido de frac, con sombrero de copa alta, guantes, polainas de gamuza y bajo la axila izquierda, una botella de champaña, y el orizabeño Guillermo García Bringas y Guillermo Capdevielle, cuyo hermano Fernando fue asesinado durante la huelga estudiantil de 1929.

Por decreto del presidente Abelardo L. Rodríguez, el 2 de julio de 1934 inició sus operaciones Nacional Financiera S. A. (Nafinsa). Su primer director, Lorenzo Hernández, llevó consigo a Iturriaga y éste pasó a formar parte del grupo de 25 empleados fundadores. Las primeras oficinas estuvieron en la cuarta parte del quinto piso del edificio número 15 de la calle

Gante, en la esquina con la avenida 16 de Septiembre, pero el notable éxito y la expansión de la progresista empresa estatal obligaron a mudar varias veces el domicilio ante la urgencia de mayor espacio. Su sede se trasladó a Venustiano Carranza 45, cinco años después, al número 25 de la misma calle, luego al inmueble ubicado entre Venustiano Carranza y Uruguay, con amplio frente hacia Isabel la Católica y, finalmente, a las grandes instalaciones de Río Magdalena 4, erigidas en terrenos de la vieja fábrica de La Hormiga, en la antigua villa de San Ángel.

Incorporado Iturriaga al departamento jurídico de Nafinsa, ayudó a redactar las escrituras constitutivas de Altos Hornos de México, Guanos y Fertilizantes, Compañía Papelera de Atenquique, Industria Eléctrica de México y muchas otras empresas paraestatales destinadas a cubrir demandas no satisfechas por la iniciativa privada. La burguesía nacional que conoció Iturriaga en su juventud no tenía una clara conciencia de su función social: la de invertir para crear empleos en actividades productivas rentables y a la vez idóneas para contribuir al desarrollo del país. En una entrevista que le concedió a Bertha Cuevas dijo:

Muchos de sus miembros eran retardatarios y solían objetar a las empresas del Estado, aun cuando éstas fueran manejadas con honestidad, aptitud y eficiencia [...] La estructura de la economía de México ha variado y los protagonistas o agentes promotores de la inversión privada han variado de mentalidad. Mi impresión es que el Estado debe darles el lado de la acera —adelgazarse y achicarse— dejando el sitio al empresario creador e imaginativo, no al rapaz. El empresario moderno es un nuevo revolucionario, ya sin cananas ni carabinas, ni sombreros de petate ni discursos grandilocuentes pronunciados en la plaza pública. Es él quien puede hacer ahora una transformación muy profunda en la sociedad y dar empleo a millones de desocupados. Para mí es más revolucionario dar empleos que hablar de justicia social.

En 1939 casó con Eugenia de la Fuente y procrearon cuatro hijos: Renato, Yuriria, José Narciso y Gabriel.

Desde su fundación y a lo largo de seis lustros, Iturriaga fue empleado y funcionario de Nacional Financiera, hasta llegar a ser director adjunto, en

cuyo carácter presidió los consejos de administración en Refrigeradora del Noroeste, en Mazatlán; Maderas Industrializadas de Quintana Roo, en Chetumal; Chapas y Triplay, en Guerrero; Ingenio Azucarero Sinaloa, en Culiacán; Operadora Textil, en San Luis Potosí; e Ingenios Independencia y Libertad, en Veracruz. Además formó parte del consejo de otras empresas: Diesel Nacional y Siderúrgica Nacional, en Ciudad Sahagún, Hidalgo; Ayotla Textil y Guanos y Fertilizantes, en el Estado de México. Se jubiló en 1964.

Iturriaga cumplió con puntualidad sus obligaciones en Nacional Financiera, sin desatender la observación cuidadosa de la situación general del país, ninguno de cuyos aspectos principales le pasó inadvertido. Escribió artículos y ensayos para *Letras de México*, *Cuadernos Americanos*, *Revista de Jurisprudencia*, *Revista de Ciencias Políticas y Pensamiento Político*. Fue editorialista del diario *Novedades* y del semanario *Mañana*, y fundador y colaborador del periódico *El Día*.

En 1944 con el apoyo y el compromiso de una beca de El Colegio de México, publicó *El tirano de América Latina* y becado por la misma institución, dio a luz en 1945 *¿Posibilidades de una revolución mundial en la post-guerra?* En 1951, el Fondo de Cultura Económica editó su libro *La estructura social y cultural de México*, texto en la cátedra de Sociología de la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional y de El Colegio de México, cuya publicación despertó inusitado interés en la comunidad académica durante varios años; en 1952 publicó su estudio introductorio sobre León Tolstoi que aparece en el tomo XXXVIII de la colección Clásicos Universales de la Editorial Jackson de Buenos Aires; y en 1957, *El pensamiento político y administrativo de Juárez*, editado por el Instituto de la Juventud Mexicana.

Prevía licencia sin sueldo concedida a José por Nafinsa durante 18 meses, a principios del régimen del presidente Miguel Alemán, fue consejero, durante las noches, del doctor Héctor Pérez Martínez, secretario de gobernación, y aceptó ser por las mañanas jefe de inspección de Bienes Nacionales en la Secretaría a cargo del doctor Alfonso Caso, quien, al igual que José, confiaba en que la lucha contra la corrupción gubernamental iba

por fin a emprenderse con valor y al margen de todo disimulo. Pepe logró documentar las irregularidades administrativas y los negocios ilícitos de un poderoso secretario de Estado y del gerente de un banco oficial, pero sus empeños porque se hiciera justicia no tuvieron eco en las altas esferas del poder. Persuadido de la inutilidad de su tarea, presentó su renuncia poco antes de que don Alfonso declinara seguir siendo miembro del gabinete.

Iturriaga regresó a su puesto en Nafinsa, para durante 12 años consecutivos acceder todas las mañanas a la intimidad reflexiva de los presidentes Adolfo Ruiz Cortines y Adolfo López Mateos, por miedo de las notas agudas y compendiosas con que les daba cuenta de las informaciones, las opiniones editoriales y las tendencias ocultas entre líneas, que él espigaba en todos los diarios de la capital. Este solo trabajo, que suma varios miles de cuartillas, bastaría para reservarle un destacado lugar entre los analistas del México contemporáneo.

Cuánta razón tuvo y qué certero fue Ermilo Abreu Gómez al trazar el perfil de José E. Iturriaga:

El nuevo espíritu de México lo podemos descubrir en el de este joven luchador que se llama José E. Iturriaga. Iturriaga representa en toda su plenitud el ansia de renovación que nuestro pueblo apetece. Iturriaga está atento a todos los problemas sociales, a las direcciones políticas, a las cuestiones culturales, a los temas de carácter internacional que pueden vincularse con nuestra patria. Iturriaga no ve las cosas en forma aislada, como nacidas bajo una campana neumática. Iturriaga las ve como formando un todo, un sistema, un conjunto coherente que explica una teoría de vida y un sentido trascendente de las aspiraciones humanas. De ahí la desesperación en que vive: quisiera que a todos los hombres que lo rodean les sucediera lo mismo. La realidad es otra. El egoísmo, el desengaño, la maledicencia, la cobardía, la simulación, la intriga, constituyen valores reales, terribles, que siembran de escollos el camino de este gran luchador no obstante su juventud. Pero ya sabe Iturriaga que las cosas buenas no son fáciles, que se requiere tenacidad y una constancia inquebrantables para conseguirlas. Con esta fe, lucha y prosigue en su tarea [...] En posesión de un claro talento, moviéndose dentro de un medio en que las posi-

bilidades económicas no escasean, tentado por la actividad de no pocos que prevarican, llamado por las ocultas sirenas que navegan con diferentes máscaras, no ha querido sino vivir de su trabajo dedicando sus momentos de ocio a estudiar nuestras más vitales cuestiones [...] José Iturriaga es de los pocos hombres que dan la cara en las tareas que se le encomiendan. Sabe actuar en medio de la calle sin ocultaciones ni disimulos. Las gentes tienen plena conciencia de su conducta, de pensamiento y de su propósito. Sus conocimientos de la sociología y de la historia acaso sean los más acendrados de su mente [...] La conversación de José Iturriaga es amena, alejada de toda pedantería. Es un poco sordo pero este defecto no lo nota nadie; oye sin gritos y comprende con el mínimo de palabras. Es amigo de sus amigos y enemigo de sus enemigos. No conoce transacciones. Tiene fe en el porvenir de México; sabe que sobre las intrigas que nos asedian saldrá adelante la razón biológica, vital, cultural, de un pueblo que contiene la médula de dos historias. José Iturriaga sabe que la conciencia de una nación no puede dejar de crecer. No detienen su crecimiento ni fanatismo ni formas de estancamiento. José Iturriaga pertenece a la estirpe de los jóvenes que entrevieron, en días de crisis, el periodo de la Reforma.⁴

Al mediar el siglo XX se iniciaban en la Universidad Nacional y en El Colegio de México los estudios de sociología, aunque sin tener referencias concretas para aplicar los postulados de esa disciplina al mejor y mayor conocimiento del país. Mientras los maestros y alumnos de esa materia se esforzaban para poner orden en sus investigaciones, apareció en 1954 el libro *La estructura social y cultural de México*, coeditado por Nacional Financiera y el Fondo de Cultura Económica. Esta obra no sólo abrió un camino cierto, no abstracto ni especulativo, para guiar la exploración de los temas y problemas sociales, sino que ofreció un diagnóstico objetivo de la distribución y acomodo de los recursos humanos y de sus correlaciones, conforme a la información estadística de que se disponía en ese tiempo, de modo que ese texto se convirtió de inmediato en fuente indispensable para la actividad docente y la indagación académica.

⁴*Sala de retratos*, Biblioteca Enciclopédica Popular, núm. 167, SEP, 1947.

En la primera parte del libro, Iturriaga analiza el campo, la ciudad, la familia, las clases sociales, las razas, las nacionalidades y las relaciones y enlaces entre estas entidades; en la segunda, los idiomas, los dialectos, las religiones, la educación popular, la cultura superior, otras formas de educación colectiva y la influencia de la cultura extranjera, y en la tercera, los rasgos de la caracterología del mexicano. Si esta obra ha perdido actualidad por la antigüedad de sus datos, conserva plenamente su interés por su sistema de reglas racionalmente puestas en práctica. De ahí que se haya reeditado en 1994, con prólogo de Mario Ojeda, presidente de El Colegio de México, de quien son las siguientes palabras:

El libro de Iturriaga se considera hoy día, con justicia, como un clásico para el estudio de México. Es prácticamente una obra de consulta obligada para todo aquel mexicano que desee profundizar en el conocimiento de propio país, y para todo aquel extranjero que desee adentrarse en el conocimiento de México. Es precisamente por ello que el Fondo de Cultura Económica, a casi 50 años de su primera edición, ha decidido publicarlo nuevamente en una impresión que lo ha respetado en su totalidad, sin añadir o quitar siquiera una coma.

Esta obra de Iturriaga, además de cifras, porcentajes y tendencias de los fenómenos que aborda, contiene lúcidas observaciones. En el inciso “Porvenir de nuestra cultura” puede leerse:

Por lo pronto, el rumbo futuro que debe de seguir la cultura nacional ha de estar de acuerdo con lo más acendrado de nuestra tradición, y lo peor que podría ocurrirnos sería que al asimilar la civilización creada por los Estados Unidos perdiéramos el carril cultural sobre el cual debe México seguir moldeando su semblante espiritual. Porque si la cultura norteamericana —no su civilización, que de ella necesitamos— nos llegase insensiblemente a dominar, antes de medio siglo México estaría poblado por esos seres culturalmente híbridos que habitan algunas zonas del sur de los Estados Unidos: mexicanos que no han sabido desmexicanizarse plenamente ni han podido asimilar de manera integral la cultura anglosajona de Norteamérica [...] México, si quiere

mejorar y acentuar los rasgos positivos de su cultura, debe evitar que en los próximos años se disuelva su individualidad cultural con influencias extrañas encubiertas en progreso tecnológico.

Sentimientos contradictorios de orgullo y de vergüenza, de frustración y de esperanza movieron a Iturriaga —entonces director adjunto de Nafinsa— a redactar, en 1964, un memorándum dirigido al presidente Adolfo López Mateos, en el cual le proponía poner en marcha un gran plan de rescate del Centro Histórico de la Ciudad de México.

Si bien los mexicanos y en especial los capitalinos ilustrados se jactaban —igual que ahora— de la grandeza de su metrópoli, a la vez se dolían de la progresiva destrucción de los valores arquitectónicos que le daban su carácter. Experimentaban por ello el desaliento de haber perdido parte del patrimonio común, pero no habían cancelado la expectativa de preservar lo que aún quedaba. Disimular la degradación urbana en que se había caído era una muestra de insensibilidad, y convenir en esa situación, una actitud de conformismo, aunque a la mayoría, ignorante de la historia e incapaz de apreciar la importancia de las calles, casas y edificios de singular belleza centenaria, parecía darle igual que existieran o fueran mancillados, deformados o destruidos.

A Iturriaga le irritaba —*ira cívica* llamó él a ese estado de ánimo— cómo la incuria había convertido el Palacio de Zuleta en escombros; el Palacio del Arzobispado en antihigiénica guardería infantil; el templo de Santa Teresa la Antigua en archivo muerto de una Secretaría de Estado; la Cárcel Perpetua del Santo Oficio en una bodega de linóleos; la casona del Conde de Heras y Soto en la terminal de una empresa de paquetería; la iglesia de San Miguel en sala de cine y después —una parte— en hotel de paso; el viejo oratorio de San Felipe Neri en el Teatro Arbeu, con una gasolinera y un taller mecánico adjuntos; la planta baja de la primitiva sede de la Universidad en cantina y urinario público de emergencia; las crujiás del convento de Jesús María en salones de billar, y las viejas residencias coloniales en casas de vecindad miserables y promiscuas.

A estas aberraciones se unían las otras lacras del área monumental: tránsito creciente de vehículos de motor con su cauda de riesgos, ruido y humos contaminantes; el comercio ambulante surtidor de obstáculos, miasmas y basura; la desigualdad de alturas, materiales y colores en las nuevas fachadas, y la profusión de anuncios y letreros en competencia por deformar el espacio visual, seccionado, roto o rasgado, a su vez, por los postes y cables que fracturaban el paisaje inmediato y el cielo del Valle de Anáhuac. Pero aun así, la Ciudad de México, decía Iturriaga, “podía ufanarse de ser la capital cultural del Continente Americano”. En una sola calle, la de La Moneda, “hay tres testimonios iniciales de la cultura europea acarreada al Nuevo Mundo: la primera imprenta, la primera universidad y la primera academia de bellas artes”. Y en el entorno de esa arteria emblemática, cientos de construcciones de interés artístico e histórico, más representativas “de lo que cinco capitales de América Latina puedan reunir juntas”.

El plan propuesto por Iturriaga consistía en rehabilitar de inmediato la Plaza Mayor y las calles de La Moneda, Santísima, Guatemala, Rodríguez Puebla, San Ildefonso y Belisario Domínguez, incluyendo las plazas de Loreto, Santo Domingo y La Concepción. La vía pública de este circuito sería cerrada al tránsito de automóviles, provista de pasos a desnivel, pavimentada con baldosas y alumbrada con farolas. Las casas y edificios se remodelarían según el uso que se les atribuyera —habitaciones para residentes, hospederías, restaurantes, bares, cafés, tiendas de arte popular o de antigüedades, librerías, museos, teatros, cines, clubes, agencias de viajes y oficinas de servicio al turismo—; se les restituirán, en su caso, la cantera y el tezontle en los paramentos, la madera en puertas y ventanas, y la herrería en balcones, canceles y barandales, iluminándose especialmente los relieves, hornacinas, imágenes y labores escultóricas adosadas. Por estas calles y plazas pasearían los capitalinos y los turistas nacionales y extranjeros, a pie, *bulevardeando*, o a bordo de carretelas tiradas por caballos.

Dice Iturriaga:

México es una de las ciudades del mundo donde ya no se practica el viejo solaz del paseo tal como lo hacían hace dos generaciones los capitalinos en la calle de Platero, o como lo hace el romano en la Vía de la Conciliación y en la plaza de San Pedro, o el catalán en el Barrio Gótico de Barcelona, o el argentino en la calle Florida de Buenos Aires, o el sevillano en la Calle de la Sierpe, o el toscano en la Piazza de la Señoría de Florencia, o el madrileño en la Gran Vía, o en fin, el neoyorkino en la Quinta Avenida y en Broadway, rúa ésta cuyos comercios están abiertos hasta la una de la mañana, práctica que debería imitarse en la Ciudad de México para que no languidezca a esa hora.

Hombre práctico y con gran experiencia en el manejo de empresas, Iturriaga propuso que el financiamiento de estas obras se hiciera mediante la constitución de una sociedad inmobiliaria con participación mayoritaria del gobierno, “la cual recibirá los inmuebles ubicados en la zona como aportación de sus respectivos propietarios”. En caso de que éstos se rehusaran, recomendaba expropiar esos bienes por causa de utilidad pública, pagándolos conforme a su tasación catastral. El capital de esta sociedad sería de 1,500 millones de pesos, que se decuplicaría una vez rehabilitados los 300 edificios considerados en el proyecto. Las acciones corresponderían en 22 por ciento a los aportantes de fincas y predios, en 27 por ciento a los tenedores de las acciones colocadas en la Bolsa de Valores, y en 51 por ciento al gobierno. Por los medios habituales se dotaría de viviendas decorosas rodeadas de espacios verdes a los desplazados de las casas de vecindad, y mediante operaciones bursátiles se obtendrían recursos para las obras y su mantenimiento, y aun para emprender el rescate de otras joyas coloniales en un área más extensa.

Poco antes de entrevistarse con el presidente de la República, Iturriaga organizó una reunión de banqueros a la que asistieron Aníbal de Iturbide, Gonzalo Robles, Daniel J. Bello, Gustavo R. Velasco, Agustín Legorreta y Carlos Trouyet. Les explicó cómo la arquitectura y el urbanismo, orientados a conservar la historia cultural de México, eran compatibles con la rentabilidad del dinero. Al cabo de esta exposición, Legorreta declaró en-

tusiasmo: “Yo compro todas las acciones que estén en la Bolsa”, a lo que siguió la expresión: “Déjame la mitad”, dicha por Trouyet con igual vehemencia. Comprobada así la viabilidad del proyecto, Iturriaga decidió solicitar audiencia con el presidente y entregarle el memorándum que había preparado.

“Muy bien, Pepe, nada más que me lo pida la opinión pública”, le dijo el licenciado Adolfo López Mateos. En respuesta a esta tácita insinuación, amigos del autor o de la iniciativa se ocuparon de promover que los medios de información centraran su atención en el tema. Entre los centenares de notas y artículos de la prensa que se publicaron, sobresalió el número especial “México en la Cultura”, suplemento del diario *Novedades*, del 17 de mayo de 1964, donde se dieron a conocer las opiniones de expertos, intelectuales, historiadores, comerciantes y empresarios. Esto desató la polémica y las especulaciones políticas y económicas. Trascurridos varios meses, Iturriaga regresó con el presidente y éste le dijo: “Sí, Pepe, pero yo no quiero que haya una crisis por esto. Uruchurtu me ha dicho que si este proyecto se aprueba él renuncia”. Iturriaga confiesa que nunca había sido más vehemente como en aquella ocasión. Fue tanto el ardor con que quiso persuadirlo de las bondades del plan, que aun se atrevió a decirle al presidente —su amigo— que no renunciara a su grandeza histórica, que su gloria la tenía en las manos. Pero López Mateos, con su resabio de amargura, con un estoicismo increíble o con un sentimiento de culpa por rendirse a un chantaje político, contestó: “¡No, Pepe, no quiero una crisis de gabinete, mejor que lo haga mi sucesor!”

Ernesto P. Uruchurtu, jefe del Departamento del Distrito Federal desde 1952, era político receloso. Creía que toda iniciativa ajena que buscara el mayor lucimiento de la ciudad podía llevar la intención oculta de desplazarlo del cargo que desempeñaba. Temía que el rescate del Centro Histórico perfilara a Iturriaga como el regente ideal. De ahí su oposición al proyecto y la amenaza de renunciar, hecho que desacreditaría, a pocos meses de su término, la unidad y firmeza de un gobierno que se ufana de su estabilidad. Se perdió así la oportunidad de rehabilitar el primer cuadro de la urbe, pero la publicidad que se dio al proyecto elevó los valores de la tierra y

estimuló la codicia de los dueños de casas viejas, cuyas rentas estaban congeladas; dejaron de repararlas y procuraron por medios infames su acelerada destrucción y al fin derrumbaron muchas, para destinar el suelo a estacionamientos de vehículos, la mayoría a cielo abierto, dando a la zona la apariencia de haber sido bombardeada. La interpretación maliciosa de una noble iniciativa tuvo como efecto lastimar más la ciudad.

Del 19 de abril de 1964 al 3 de febrero de 1965 se publicaron en la prensa 186 notas y artículos a favor del proyecto del Centro Histórico y sólo nueve en contra. Tan abundante publicidad suscitó desde un principio el recelo de algunos políticos respecto del financiamiento de esa campaña. El 18 de mayo de 1964, durante la ceremonia de toma de posesión de Emilio Riva Palacio como gobernador del estado de Morelos, Iturriaga encontró a Julio Santoscoy, subsecretario de Trabajo, quien amistosamente le dijo que no era bien visto que Nacional Financiera estuviera gastando en propagar una idea personal ajena a la institución. Pepe no pudo responder de inmediato porque los interrumpió René Capistrán Garza, que llegó a saludar efusivamente al subsecretario, quien le presentó a Iturriaga. “¡Ah, es usted el autor del magnífico proyecto del Centro Histórico! Lo felicito. Mañana publicaré en *Atisbos* un editorial en apoyo a su idea”. Una vez reanudado el diálogo, José agradeció a Santoscoy que hubiera manifestado tan injusta conjetura, pues eso le daba motivo para solicitar una constancia que desacreditaría la sospecha.

El 2 de julio siguiente, Iturriaga recibió la siguiente carta de la Contraloría General de su empresa.

Nos es muy grato manifestar a usted, en relación con las publicaciones que han aparecido en los periódicos locales relativas al proyecto de la Ciudad-Museo que usted ha elaborado, que esta Institución no ha pagado suma alguna por dicha publicidad, por lo que la misma no ha significado costo de ninguna especie para la Nacional Financiera. Asimismo, nuestro Director General ha ordenado que de acuerdo con la expresa sugerencia que se sirvió usted hacerle al respecto, por ningún motivo se haga pago alguno por las referidas publicaciones, ya que éstas son la muestra de la cooperación desinteresada ofrecida por la prensa nacional en torno a la promoción de la Ciudad-Museo.

La lista de artículos y notas publicados en la prensa en torno al proyecto de Iturriaga para rescatar el Centro Histórico de la Ciudad de México aparece en el apéndice número 1.

En diciembre de 1964 el presidente Gustavo Díaz Ordaz nombró a Iturriaga embajador en la Unión Soviética. Su misión duró más de dos años. En cumplimiento de sus tareas oficiales, visitó doce de las quince repúblicas sujetas al dominio de Moscú. Pronto pudo advertir que “todo lo que había abrigado como viable para ser adoptado en México [...] como instrumento para superar la pobreza endémica y centenaria de los mexicanos” era una falacia. Las instituciones inspiradas en la filosofía marxista no funcionaban, eran perceptibles las injusticias zaristas, el imperialismo ruso seguía manifestándose en la opresión de las minorías nacionales, y el socialismo científico que se pregonaba no pasaba de ser una utopía. Regresó desengañado, no dispuesto a callar su testimonio, a sabiendas de que los “beatos de la izquierda” mexicana le reprocharían haber mudado su opinión sobre el régimen soviético: “La URSS *chaqueteó* a la juventud mexicana”, respondía. Hubo quien profetizó que cuando triunfara el comunismo en este país, los vencedores, redentores del proletariado, colgarían a Pepe en un poste frontero a la catedral. Nada lo arredró, pues siempre ha creído que “nada es superior a la verdad”. El tiempo y los propios dirigentes de aquel extenso país le dieron a la postre la razón.

Al volver de Moscú, Agustín Legorreta le ofreció una comida a Iturriaga. Asistieron a ella todos los miembros del consejo de administración del Banco Nacional de México (Banamex). A la hora del brindis, dijo Legorreta:

Pepe, ésta no es una fiesta social, sino una comida de trabajo. Te hemos invitado para que seas uno de los directores del banco, y el deseo nuestro es que realices el sueño que dejaste cuando te fuiste como embajador a la Unión Soviética. Vamos a crear una empresa que se llamara México Antiguo, S.A., y el Banco comprará todos los inmuebles que tú catalogaste. Realiza tu sueño.

Iturriaga repuso, con toda cortesía y gratitud, que no podía aceptar porque ello le impediría divulgar sus impresiones sobre la URSS, pues a la

izquierda le sería fácil acusarlo de haber sido comprado por los banqueros, de modo que no tendría autoridad moral para decir la verdad.

Iturriaga ya había representado a México en foros internacionales y ante gobiernos extranjeros. En 1945 fue como delegado al Congreso de Institutos de Relaciones Culturales acreditados en la República. Posteriormente formó parte de las siguientes delegaciones mexicanas: en 1950, en La Habana, al Congreso Interamericano Pro Democracia y Libertad, junto con Daniel Cosío Villegas y José Rogelio Álvarez; en 1954, en Ginebra, al Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas (Ecosoc), bajo la presidencia del entonces senador Adolfo López Mateos; en 1957, 1958 y 1959, también en Ginebra, a las reuniones del propio Ecosoc, como miembro de la delegación mexicana presidida por Daniel Cosío Villegas; en 1960 llevó la representación personal del presidente López Mateos a la toma de posesión de Víctor Paz Estensoro como presidente de Bolivia; integró la Comisión Mexicana enviada a la República Federal de Alemania para intensificar las relaciones económicas, al lado de Raúl Salinas Lozano, secretario de Industria y Comercio; en 1961 fue miembro de la delegación de buena voluntad encabezada por Alejandro Carrillo Marcor que viajó a Egipto, Libia, Túnez, Marruecos, Senegal, Malí, Ghana, Guinea, Sudán, la República Malgache y Etiopía para llevar una felicitación a esos países por su recién obtenida independencia política, así como un saludo especial al emperador de Etiopía; en 1961, fue miembro de la delegación mexicana a la XVI Asamblea General de las Naciones Unidas celebrada en Nueva York, en el otoño de 1961; también fue integrante de la delegación mexicana presidida por Gustavo Martínez Cabañas que asistió al XII Congreso de Administración Pública Mundial celebrado en Viena en julio de 1962; en octubre de ese año fue a Japón, India, Filipinas e Indonesia, con la Misión de Paz y Amistad a los Países de Oriente, jefaturada por el presidente López Mateos. En 1971, en su calidad de asesor del presidente Luis Echeverría, acompañó a éste a Nueva York, donde el jefe de Estado mexicano, en el foro de la Organización de la Naciones Unidas (ONU) defendió el ingreso de China a la comu-

idad internacional y la indivisibilidad de su soberanía territorial. De 1981 a 1983 fue embajador de México en la República de Portugal.

Cuando en 1946 el presidente de la Unión Panamericana —actual Organización de Estados Americanos— ofreció a Iturriaga una beca para estudiar en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos algún aspecto de la relación mexicano-estadounidense, el joven historiador declinó esa oferta. A él le interesaba analizar el *Diario de los Debates* o *Congressional Record* de Estados Unidos, toda vez que Iturriaga pensaba, y piensa, que para tal efecto la beca debía darla un mexicano en moneda del país. Sí, se trataba todo cuanto los legisladores estadounidenses hubieran expresado sobre México a partir de 1789. Tan ambicioso proyecto pudo ponerse en obra hasta 1975, gracias a dos circunstancias venturosas: el apoyo del presidente Luis Echeverría y la edición del *Congressional Record* en microfilm realizada por la Kodak por petición del Senado norteamericano, lo cual evitaba trasladar a Washington una media docena de investigadores que ayudaran a Iturriaga a consultar tan caudalosa obra. Éste compró el valioso material con ayuda del ingeniero Gilberto Ruiz Almada, formó un equipo de ocho personas con el apoyo de Juan José Bremer y emprendió la ardua tarea de revisar las intervenciones parlamentarias, separar las que involucrasen a México, traducirlas y reconstruir el marco histórico de cada episodio. Trabajó así en dos etapas hasta 1982, en las que devaluaciones encarecieron la operación y obligaron a suspender el subsidio oficial de que se disponía. El resultado fueron 85 mil cuartillas mecanografiadas que se publicarían en 85 tomos, cada uno con su respectivo prólogo y prolijas notas a pie de página.

Ante la imposibilidad de continuar esa obra fundamental, útil para documentar y divulgar lo aciago de una relación binacional asimétrica y gravosa, Iturriaga logró que el Fondo de Cultura Económica (FCE) y la Secretaría de Educación Pública (SEP) coeditaran en 1988, con el título de *México en el Congreso de Estados Unidos*, una selección de los discursos pronunciados por diputados y senadores yanquis.

Esta muestra, representativa de las intervenciones parlamentarias, se presenta en nueve capítulos y es harto aleccionadora. El primero es un

largo ensayo sobre Joel Robert Poinsett, precursor en marzo de 1822, siendo diputado por Charleston, Carolina del Sur, de la *ominosa y agresiva doctrina* que 22 meses después formuló el presidente James Monroe. El segundo, recoge las razones que animaron al nobilísimo senador John Parker Hale (una calle de Polanco debería llevar su nombre) para oponerse, sin éxito, al voto de agradecimiento que aprobó el Congreso a favor de las fuerzas de los generales Winfield Scott y Zacharias Taylor, por los servicios que prestaron a Estados Unidos en la injusta guerra que impusieron a México de 1846 a 1848. El tercero recuerda la reticencia de 30 diputados, en 1910, a gastar 10 mil dólares en el viaje de la delegación estadounidense a las fiestas del centenario de la Independencia. El cuarto reproduce el mensaje del presidente Woodrow Wilson, pronunciado el 27 de agosto de 1913, en los asuntos de México. Wilson se consideraba a sí mismo “el amigo más cercano y el consejero más íntimo” de los mexicanos, lo que no impidió que haya “invadido Veracruz ocho meses después e invadió más tarde el norte del país”, observa Iturriaga. El quinto capítulo trata de la denuncia hecha por el diputado Byron Patton Harrison el 8 de agosto de 1916, sobre la participación que tuvieron el secretario de Estado, Philander Chase Knox, y el embajador en México, Henry Lane Wilson, en los sucesos de 1913 que culminaron con los asesinatos del presidente Francisco I. Madero y el vicepresidente José María Pino Suárez, y asimismo en la elevación al poder del general Victoriano Huerta. En el sexto comenta el debate que suscitó, el 5 de agosto de 1916, la afirmación de Charles Evans Hughes, candidato presidencial por el Partido Republicano, en el sentido que México era “el principal problema de Estados Unidos”. Por esta larga controversia pueden conocerse las opiniones de los bandos en lucha por el poder, respecto a Huerta, Carranza y Villa. En el séptimo apartado se ilustra la prepotencia imperial de Washington con la opinión del senador William August Rodem-ber que dijo:

La historia de los últimos 50 años nos enseña que el establecimiento de un gobierno estable en México es absolutamente imposible sin el apoyo moral

y la cooperación del gobierno de Estados Unidos y añadió: Durante 90 años nosotros hemos sostenido un protectorado sobre toda América Latina.

En el octavo se pone en evidencia el contraste entre la codicia territorial y la conducta agresiva de varios mandatarios estadounidenses, y el rechazo a esa política de parte de la corriente liberal “que también ha existido —y existe— en Estados Unidos, muy comprensiva de la legitimidad de los intereses permanentes de México”, advierte justicieramente Iturriaga. Y en el noveno y último capítulo, dedicado al discurso del diputado James Francis Burke, el 3 de marzo de 1909, se revela el extremo inaudito al que suelen llegar las grandes empresas en exigencia de los privilegios de que gozan.

El autor de este libro se pregunta “¿para qué rascar heridas que el transcurso del tiempo acabará por cicatrizar?, ¿por qué debemos recordar agravios pasados?” Y responde:

Creo que es un deber patriótico difundir allá (en Estados Unidos) el doloroso itinerario histórico que los mexicanos hemos recorrido. También es un deber que los mexicanos sepamos con mayor exactitud la profundidad, la extensión y la frecuencia de los agravios que hemos padecido de manos de nuestros vecinos nortños. Pero ello ha de estar animado no de una actitud rencorosa sino constructiva, orientada a conducir la política exterior norteamericana hacia un nuevo trato a México, justo, permanente y orgánico.

Tal cambio se ha hecho ostensible en el curso de los años más recientes, y la amistad proverbial entre ambos pueblos se manifiesta arraigada en el afecto personal entre ambos mandatarios. Sin embargo, una nueva amenaza oscurece el futuro de México: la proclividad de un amplio sector de mexicanos a postular como paradigma el estilo de vida norteamericano, y su disposición a entregar voluntariamente a Estados Unidos lo que en el pasado esa nación tomó por la fuerza. Hoy más que nunca es urgente reanimar la conciencia patria mediante el riguroso y puntual conocimiento de nuestro común pasado histórico. En esto consiste la importancia actual del libro de Iturriaga.

Entre los comentarios que despertó esta obra, sobresalen las palabras de Rodolfo Echeverría Ruiz:

Buena parte de la vida de José Iturriaga ha estado destinada a recuperar, ahondando el trazo, los verdaderos causes de nuestra historia. El hecho, inevitablemente, lo llevó a estudiar las relaciones de nuestro país y Estados Unidos [...] Iturriaga no hace historia para reabrir heridas ni reavivar hogueras. Sabe, como humanista práctico —distinto en todo al pragmático—, que el futuro será mejor y más humano si mexicanos y estadounidenses entendemos que estamos condenados a entendernos. La perseverancia con que Iturriaga ha estudiado los registros del Congreso estadounidense no responde a una mera curiosidad histórica [...] Iturriaga ha hecho historia para ser capaz de ver al futuro y precisamente por eso, porque quiere verlo y no imaginarlo, su patriotismo es en todo opuesto al patriotismo infantil o maniqueo [...] Promover la comprensión entre México y Estados Unidos; abrir puentes para un entendimiento digno y respetuoso obliga a admitir —visto con los ojos patrióticos de Iturriaga— que la historia de los pueblos trasciende las circunstancias inmediatas y supera las limitaciones de toda biografía individual. El futuro de nuestras relaciones no puede, en consecuencia, descansar en un recuerdo de agravios ni encontrar sustento en la queja por las heridas recibidas [...] Sólo que, por eso mismo, es imposible también atentar contra el patriotismo y negar o desconocer nuestra historia.

Andrés Henestrosa, a su vez, asombrado por la magnitud de la tarea emprendida por el autor, escribió a su hora:

Beato aquel que tiene una tarea que cumplir, que la cree de su vida. Hombre selecto ha de ser si creyendo que es la última se entrega a ella como a la primera: en cuerpo y alma. Y de paso prolonga su vida [...] Meterse por ese monte del *Congressional Record*, o sea el Diario de los Debates del monstruoso país, es una empresa que reclama recorrer peligros y riesgos de perderse. No es menor la vigilia que reclama recorrer, brújula en mano, dos siglos de historia norteamericana y mexicana, inseparable la nuestra, para bien y para mal, de aquella historia. Ponderar lo hechos, situarlos en su justo marco, no es sólo obra de recopilación, sino de historiador, ése en que has devenido, beato José Iturriaga que lleva a cabo obra tal magnitud. Yo que puedo te aplaudo.

Culto y penetrante observador de las creaciones plásticas, Iturriaga sentenció alguna vez:

Niego rotundamente que el artista fragüe su obra sin tener presente a un interlocutor o a un espectador virtual. Aun cuando así lo declare, el artista no está invadido por un narcisismo tan hipertrofiado para afirmar, atendiblemente, que produce su obra teniendo a sí mismo como destinatario exclusivo de ella. Es un autoengaño, consciente o inconsciente, en el que suelen caer los artistas y cuyo mecanismo ya hubo de esclarecer Marañón en su célebre comentario al *Diario íntimo* de Federico Amiel.

Privilegio de quienes, como él, han recorrido el ancho mundo de la sensibilidad con el espíritu abierto a todas las emociones, es el advertir paralelismos esclarecedores. En otro instante observó:

Se ha reparado en la analogía existente entre dos formas de bellas artes. Por un lado, la pintura mural y las grandes composiciones sinfónicas y, por el otro, la naturaleza muerta y la música de cámara. Son válidas semejantes analogías: aquéllas se caracterizan por lo grandioso, éstas por el medio tono, por el tono sosegado.

Y añadió con toda naturalidad, sin afección erudita, como dejando caer un comentario de sobremesa:

Ya sabemos que el auge de las naturalezas surgió en el siglo XVII, en Holanda y Bélgica, con Snyder y otros, y se trasladó a Francia y España hacia el siglo XVII, con Chardin y Meléndez a la cabeza. Cien años después, ese género, aparentemente menor, fue cultivado entre nosotros con ahínco y acierto prodigiosos. Nuestras tatarabuelas les llamaban cuadros de comedor, bodegones, les dicen en España. En inglés y en alemán se les designa con mayor propiedad: vida en silencio y vida sosegada, respectivamente.

Y al contemplar los desnudos femeninos salidos del pincel de una joven artista dijo que:

Carecen de la ternura y la transparencia epidérmica de la *Diana de Poitiers*, de Clouet, o de la fabulosa *Bañista dormida* de Renoir, o del *Rapto de Psiquis*, de

Prud'hon. Pero acaso sí tengan alguna vinculación con la *Venus ante el espejo*, de Velázquez: más parecen esculturas que pinturas, no exentas de tranquila lubricidad, bien distantes de los cuerpos femeninos asexuados impuestos sospechosamente al gusto masculino por los modistos parisinos durante el último cuarto de siglo.

He transcrito estos párrafos para poner de relieve la exquisita mundanidad y el valor literario de algunos textos raros o poco conocidos de Iturriaga.

No pasa un día sin que Iturriaga sugiera o promueva una medida en beneficio de la capital, o que se pronuncie en privado o en público contra alguno de los muchos vicios que la pervierten y la degradan. La más reciente de estas intervenciones tuvo como escenario la residencia presidencial de Los Pinos. Ahí exhortó a las autoridades a reintegrar sus nombres tradicionales a las villas de San Ángel y de Guadalupe, cuya prosapia no han conseguido borrar los apodos que les impuso el extremismo revolucionario.

Al cabo de mucho años de tareas imperiosas, todas inminentes, Iturriaga ha vuelto a poner orden en sus viejos y nuevos papeles, a modo de formar libros sobre varias materias e irlos dando a las prensas. El primero de ellos es un divertimento que tituló *Lo religioso en el refranero mexicano o como decía mi abuelita* (*El Día en libros*, 1984), suma de los adagios de inspiración religiosa con los que todo mexicano tradicionalista suele fijar un concepto, definir un situación, calificar a una persona o enunciar una moraleja. Esta paremiología, aunque engarzada en diálogos y enriquecida con abundante aparato crítico, no se contará entre sus obras mayores, pues no corresponde a la línea de sus especialidades académicas; es más bien un escape, una distracción, un entretenimiento, un anuncio de que nuevamente estaba afilando la pluma. Sin embargo, qué ardua tarea la de compilar centenares de dichos y proverbios, qué ingeniosa manera de combinarlos con arcaísmos y giros populares para formar breves historias, y qué profundo interés por conservar lo propio denota este ejercicio.

Pasajes de lo dicho por José Rogelio Álvarez, Socorro Díaz, Andrés Henestrosa y Guillermo Tovar de Teresa, se hallan en la solapa, el prólogo, el mesólogo y el epílogo de este refranero singular y se reproducen en el apéndice número 2.

A esta pieza literaria, mezcla de erudición y prosaísmo, hecha al socaire de sus atenciones principales, han de seguir una colección en dos o tres tomos de semblanzas de personajes contemporáneos suyos: *Rastros y rostros*, donde insertamos, a manera de presentación del autor, estas notas biográficas y escritos selectos suyos.

Seguirán a esta obra de Iturriaga, un estudio del pensamiento de Ortega y Gasset, acaso nuevos tomos de análisis histórico y político de los debates en el Congreso de Estados Unidos sobre materias concernientes a México, y otros libros que ha venido fraguando en décadas de laborioso esfuerzo.

En general se piensa que el prólogo, escrito antepuesto al cuerpo de una obra en un libro, pertenece a un género menor. Esta idea es falsa en buena medida, conduce a muchos a prescindir de su lectura, sin advertir que a menudo, por su extensión, las noticias y observaciones que contiene, un texto preliminar llega a tener el rango de un ensayo. Tal es el caso de los escritos de esa índole redactados por Iturriaga.

Confirma el anterior aserto el estudio que antecede al facsímil de la segunda edición de *México y sus alrededores*, publicado J. Decaen en 1864 y reimpresso por Inversora Bursátil, Sanborns Hermanos y Seguros de México en 1989. Se trata de una magnífica colección de estampas dibujadas hacia 1856 por Casimiro Castro, José Campillo, G. Rodríguez y L. Anda, con notas históricas y descriptivas de Florencio M. del Castillo, Marcos Arróniz, Anselmo de la Portilla, Francisco Zarco, Francisco González Bocanegra, Niceto de Zamacois, Manuel Payno, José Tomás de Cuéllar, Luis de la Rosa, Hilarión Frías y Soto, Manuel Orozco y Berra, José Fernando Ramírez y algunos otros.

A las bellas imágenes reproducidas por los litógrafos y al acopio de datos aportados por tan brillante elenco de intelectuales, Iturriaga añade, en su

prefacio, una crónica memoriosa de la Plaza Mayor, la relación de las destrucciones, desastres, e irreverentes faltas de respeto que ha sufrido la ciudad durante la Reforma, el porfiriato y la Revolución, el crecimiento demográfico y su cauda de problemas, la nómina de los gobernantes de la capital y un estudio comparativo de las primeras ediciones de aquel libro. De la experiencia histórica, Iturriaga deriva las siguientes sabias reflexiones, válidas en la actualidad:

Una ciudad que no tiene conciencia propia y que por desmemoria ha dejado de percibir lo que ella ha sido, está enferma, enajenada. Porque al perder la noción de su pasado carece, a su vez, de la noción de lo que es ahora y, sobre todo, de lo que puede llegar a ser.

Hay ciudades amnésicas de su continuidad histórica y hay ciudades que por mantener una lúcida conciencia de sí propias saben asimilar las ventajas de la moderna tecnología urbana, sin desintegrarse. Un crecimiento patológico se advierte en unas; en las otras se nota un desarrollo biológico de organismo saludable que, sin perder su identidad anímica —*porque las ciudades tienen alma*—, se nutren con la incorporación de nuevos elementos urbanísticos para crecer de manera sana. México, nuestra gran capital federal, ha solido padecer en diversas etapas la depredación salvaje, pero también una penosa desmemoria de sí misma y de su grandeza histórica. Todo lo que hagamos porque recobre la clara visión de lo que ella ha sido resonará favorablemente en el ámbito de la cultura nacional, de la cohesión social e incluso de nuestra economía.

Abundantes han sido las contribuciones de Iturriaga al género introductorio, algunas están presentes en *Rastros y rostros*, otras forman parte del o los próximos prólogos de Iturriaga. Las hay en los textos previos a libros sobre los artistas Raúl Anguiano, Daisy Ascher, José Luis Cuevas, Christiane M. de Alemán, Guillermo Tovar de Teresa, Antonio García Cubas, Arturo Sotomayor, Francisco de Paula León, o a *El álbum del ferrocarril mexicano* con textos de García Cubas e ilustraciones de Casimiro Castro y prólogo también de Iturriaga a la edición facsimilar de esta obra. O bien las palabras que hacen de umbral o pórtico a *La numismática en*

México de Licio Lagos, aunque es seguro que existan otras piezas de esta clase que escapen a la memoria.

Quienes admiramos a Pepe aspiramos a que su figura y su obra se difundan y permanezcan, para que sean muchos los que tengan acceso a sus conocimientos y orientaciones. Por eso no pocas veces hemos insistido en que sus reflexiones históricas, sus opiniones políticas, sus comentarios sobre sucesos cotidianos, sus previsiones sobre el futuro, sus digresiones memoriosas y aun sus charlas de sobremesa deben materializarse en textos formales. La encarnación de las ideas en libros es garantía de perdurabilidad. La palabra impresa es un bien propagable que se incorpora al acervo de la cultura.

En los óptimos sembradíos de Pepe, éste es el tiempo de la cosecha. Formulo votos porque sus frutos se repartan a manos llenas.

JRA

Advertencia del autor

José E. Iturriaga

He reunido en este volumen artículos, entrevistas y ensayos —unos breves, otros extensos— sobre 53 personajes que en mayor o menor medida dejaron una huella o *rastro* cultural en nuestro país, por lo que pretendí diseñar sus *rostros* creadores reflejados en sus respectivas obras. Recogí también los prólogos que escribí a libros cuyos autores así me lo pidieron. Todos esos escritos salieron a la luz en diferentes publicaciones y fechas a lo largo de más de medio siglo. Penosamente estaban dispersos o revueltos en mi archivo pero los encontré, y ahora los reproduzco en este volumen. Con la mayoría de esos 53 personajes disfruté un contacto cercano y con distinto énfasis afectivo. La mayoría de ellos eran mexicanos, con excepción de tres: Jorge Luis Borges, Pablo Neruda y Enrique Climent.

Con Borges fui presentado en su casa por Javier Wimer, entonces nuestro agregado cultura en Argentina. Allí conversé un par de horas con tan notable escritor. Años después, la periodista cubana, Aída Reboledo, me hizo una larga entrevista sobre Borges, que se consigna en el presente volumen.

Con Tolstoi no pude tener contacto alguno porque murió en 1910, cuatro años antes de que yo naciera. Pero el *rastro* tolstoiano dejado en las letras nacionales y universales es muy notorio. En México lo captó el grupo que formó el Ateneo de la Juventud: Martín Luis Guzmán y Alfonso Reyes, Antonio Caso y José Vasconcelos, el helenista Francisco de P. Herrasti y el latinista Pablo González Casanova, padre de quien más tarde sería rector

de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Este grupo de excelencia intelectual formado en 1910, recibió gran impulso del dominicano Pedro Henríquez Ureña. Ávido lector de Tolstoi como lo fui en mis mocedades, escribí un largo ensayo sobre el novelista ruso en 1952, a petición expresa —sugerida por Alfonso Reyes— de la casa editora Jackson de Buenos Aires. Éste figura como prólogo en el tomo XXXVIII de la colección titulada Clásicos Universales, editada en 40 volúmenes por la propia Jackson de Argentina.

El tercer extranjero que figura en esta galería de 53 personajes es Pablo Neruda. Con él cultivé una honda y afectuosa amistad. Reproduzco el discurso que dije en 1943 a nombre de la juventud mexicana, en el homenaje de despedida a Neruda después de tres años de fungir como cónsul de Chile en México. Los organizadores de tan gigantesco homenaje —que no tiene precedente— fueron Alfonso Reyes, presidente y fundador de El Colegio de México; Vicente Lombardo Toledano, secretario general y fundador de la Confederación de Trabajadores de México (CTM), ex director de la Escuela Nacional Preparatoria y ex catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; Wenceslao Roces —por los trasterrados españoles—, profesor alterno de Filosofía Moral con don Miguel de Unamuno en la Universidad de Salamanca, y el erudito hondureño Rafael Heliodoro Valle, por los hispanoamericanos.

Por último, el cuarto extranjero que incluyo aquí es Enrique Climent, el formidable pintor trasterrado español con quien fui presentado por su yerno, Juan Bremer, durante una muestra del pintor expuesta en el Palacio de Bellas Artes donde se hallaba el mejor retrato de León Felipe.

Entre los artículos, ensayos, entrevistas y prólogos que encontré en mi desordenado archivo reproducidos aquí, los hay sobre pintores, escritores, historiadores, poetas, filósofos, empresarios, economistas, fotógrafas, así como personalidades destacadas en la arquitectura, en la astronomía, en la museonomía, en la medicina, en la política, en fin, en el periodismo. Quizá ello le dé cierta amenidad a *Rastros y rostros*. Acaso también le dé variada y desconocida información.

Con esto cumplo, en una sexta parte, con una promesa formulada por mí ante el Senado de la República consistente en que, magra como es mi obra publicada, amenacé a los tres poderes de la Unión con publicar seis tomos con la mayor premura y asepsia. Ello ocurrió el 8 de octubre del 2001 cuando el jefe del Estado colgó de mi pecho la honrosa medalla Belisario Domínguez.

A handwritten signature in black ink, appearing to read "José E. Domínguez". The signature is fluid and cursive, with a long, sweeping underline that extends to the left and then curves back under the main text.

Escritores

Ermilo Abreu Gómez*

Para llegar a escribir un libro como el publicado bajo el título de *Héroes mayas* se necesita haber nacido escritor y ser escritor nato.

El estilo que se observa en este libro no es de aquellos que se logran a fuerza de un propósito estilístico premeditado o a base de una constancia tozuda. No se advierte en él ningún ademán intencionado para purgarlo de retórica. Y es que Ermilo Abreu Gómez traía ya consigo un estilo terso y sencillo que le permite invocar la palabra y la frase exactas. Estas excelencias de su prosa habían sido ya mostradas con reiteración por el escritor yucateco en ese quehacer a veces menor o mayor —como se quiera— que es la crítica, la cual ejerció con dignidad y lucimiento durante muchos años.

Ahora, en los relatos de *Canek*, “Cocón”, “Zamná” y, sobre todo en los *Cuentos de Juan Pirulero*, puede verse el estilo de Abreu Gómez llegando a su culminación. No es posible escribir con mayor transparencia y claridad pero sobre todo con tanta vitalidad, vale decir, sin cultismo.

Al leer los *Cuentos de Juan Pirulero* es imposible dejar de pensar que el oficio de escritor es fácil y que la faena de deslizar la pluma sobre el papel consiste sólo en eso: en un mero deslizar la pluma sobre el papel.

Pero acaso el secreto de los logros estilísticos de Abreu Gómez pueda hallarse en el aforismo de Juan de Valdés: “Escribe como hablas”. Eso es justo lo que hace Abreu Gómez al escribir: hablar.

* Artículo publicado con el título de “Notable enriquecimiento en las letras mexicanas”, en *Letras de México*, el 15 de agosto de 1942.

Este escritor mexicano sabe que la necesidad expresiva del hombre tiene su más cumplida realización en el grado de docilidad que sea capaz de imprimirle al lenguaje. Abreu Gómez ha domado a la, algunas veces, inexpressiva lengua literaria al convertirla en sus manos en una lengua viva, enjundiosa, nada *literaturizada*. Y es que Abreu Gómez crea literatura al hablar y emplear el lenguaje que todos usan, la peculiaridad de su estilo consiste en mostrar las mismas y palpitantes palabras del habla popular, dichas desde sus emociones, revigorizadas desde su perspectiva, calentadas por su temperamento incanjeable.

Por ello en los *Héroes mayas* a pesar de su enorme valor literario no se encuentra ninguna jerigonza literaria —porque así como hay jerigonzas para la literatura, hay una jerga científica, como un *argot* burocrático o deportivo—, en cambio el habla popular se halla dignificada por el espíritu fino de Ermilo.

Y si formalmente el estilo de Abreu Gómez tiene hondas raíces populares y por tanto vitales, no las tienen menos los temas que su agudo sentido ético elige. Los temas que este escritor escoge para su obra creadora están a flor de vida y solicitan la atención e intervención del hombre como tal. Se trata de la injusticia secular padecida por el indio, la pequeña gran tragedia que se vive en el mundo infantil en los *Cuentos de Juan Pirulero*; es la denuncia del indio Pedro Che de los padecimientos sufridos por los mayas e impuestos por el sanguinario fray Diego de Landa; se trata también de la profética queja de Jacinto Canek: “los blancos hicieron que estas tierras nuestras fueran extranjeras para el indio e hicieron que el indio comprara con su sangre el viento que respira”. ¡Qué antipatía debe suscitar en los hispanizantes trasnochados, pseudocatólicos y falangistas las terribles admoniciones de Canek!

Pero a Ermilo no le importa satisfacer a todos, este escritor mexicanísimo no es un simple preocupado por la justicia como cualquiera puede serlo; él vive ocupado de realizar la justicia y por eso es un hombre de partido, aunque no tenga carné.

Fiel a su profunda preocupación moral ha sabido renunciar a la elegante y cómoda actitud cultivada por no pocos consistente en no comprometerse: él declara, por el contrario, abiertamente su credo político. Este énfasis que Ermilo Abreu Gómez pone en su definición política es sin duda la causa por la cual su obra ha sido silenciada por escritores apolíticos.

Ciertamente, en la obra de todo artista puede encontrarse la huella personal que de modo inconsciente deposita al crear, sea este pintor o escritor. Y aunque cueste trabajo hallar en la creación estética de algunos ese resabio, ello no quiere decir que no esté allí oculto, larvado, anunciando y denunciando al ser específico del hombre artista. Porque aparte de lo que objetivamente esté presente en la obra creadora, hay siempre algo que en forma subjetiva está flotando en ella, por aquello de que en su obra *deja* el artista su *dejo* individualísimo.

De este *dejo* personal de Abreu Gómez sería oportuno decir algo. Y no se necesita poseer un fino don sociológico para descubrir al ilustre *sorjuanista*: ternura, timidez o ingenuidad infantil de la mejor estirpe, son acaso sus dimensiones espirituales más serenas, pues Ermilo Abreu Gómez ha sabido prolongar la puericia del niño Guy en sus bien cumplidos 40 años.

Me he preguntado varias veces, después de leer los *Cuentos de Juan Pirulero* cómo es posible que Abreu Gómez posea la sorprendente sensibilidad que muestra para comprender la vida íntima infantil, las minúsculas pero trascendentes cuitas de los niños, y la respuesta ha sido ésta: sólo llevando un niño adentro —quizás la pareja grandeza que existe entre el genio y la mujer encinta se deba a que ambos llevan un niño dentro—. Y si ello no es así, por lo menos el alma del niño Guy pervive en la del adulto Ermilo.

Sea como fuere los *Cuentos de Juan Pirulero* son autográficos. No sería remoto que el que “olía a tinta y a lápiz” fuera él y no Maruja; y a quien le “gustaban las manzanas pero que le supieron a medicinas”, fue él y no Sabás; y es probable que Ermilo haya tenido el “feo vicio” de dormir con los ojos abiertos y no Panchito.

En suma, en los cuentos se nota no sólo un trasunto biográfico sino caracteriológico de él mismo. El carácter del escritor yucateco está reflejado en efecto en sus cuentos: timidez, ternura, temblor humano y puede afirmarse que la delicadeza que emana de los *Cuentos de Juan Pirulero* exigía el espíritu terso y diáfano que Ermilo Abreu Gómez posee. Cuando Ermilo se dé cuenta de la contribución que su labor significa para engrandecer las letras mexicanas, acaso exija a sus amigos que de ahora en adelante le hablemos de usted. Como lo exigió Ramiro *Píldoras* a la tía Charo cuando el criadito usó por primera vez pantalón largo.

José Rogelio Álvarez

Digámoslo compendiosamente: José Rogelio Álvarez se formó para ser enciclopedia de su patria. Y leal a su vocación, lo está logrando al vencer mil y un obstáculos de carácter material provisto de ese silencioso heroísmo civil nacido de la fe en la obra que se realiza.

En la maduración de la personalidad de todo joven superior hay una lógica interna: cada experiencia de la edad temprana se va articulando orgánicamente con él y cobra sentido coherente cuando alcanza la madurez. Nada de lo vivido se avienta al desván de los trebejos. Por el contrario, toda vivencia en incorporada a la naciente y progresiva erección de la personalidad. Tal es el caso de José Rogelio Álvarez.

Poroso como una esponja ante la faz proteica de la realidad, a todo atendió desde su adolescencia: a la vida de las plantas y a la vida pública de México; a la historia del liberalismo y a la historia de la Iglesia, a las finanzas y a las artes plásticas; a la política de su entidad nativa y a la política iberoamericana e internacional; al periodismo y a las artesanías populares; en suma: al pasado y al porvenir del hombre, a las ciencias de la naturaleza y a las ciencias del espíritu, como solía dividir Rickert al conocimiento universal.

Poseído de memoria asombrosa y bien educada, José Rogelio Álvarez a todo atendía. No había persona, cosa o suceso que no suscitara desde luego su curiosidad.

Se ha dicho que la memoria está vinculada a todo cuanto nos interesa. En efecto, así es. La memoria, como una criba, retiene lo que despierta curiosidad; es decir, lo que nos es afín, para dejar pasar por su retícula todo cuanto nos es desafín. Mas he aquí que José Rogelio Álvarez no dejó pasar por el fino cedazo de su memoria ninguna vivencia, porque todo cuanto ocurría a su alrededor le interesaba vitalmente y a fondo, sin concesión a toda forma de distracción.

LA ENCICLOPEDIA ROGELIANA

México carecía de su propia enciclopedia porque le faltaba la diáfana conciencia de sí mismo que ahora posee. Sabe a dónde va y qué quiere. Y a manera de aparato ortopédico, la enciclopedia mexicana puede auxiliarnos a recorrer nuestra propia ruta nacional. Sin postular ninguna tesis determinista, cabe afirmar que la entidad de los pueblos —su modo de ser específico— brota de un haz de circunstancias geográficas e históricas, étnicas y económicas, sociales y políticas, culturales e internacionales. Esto es cierto. Pero también es verdad que la mayoría de tales circunstancias —entrelazadas— son modificables en la medida que conozcamos mejor su urdimbre estructural: entender con el máximo detalle el complejo y adverso marco circunstancial que ha rodeado y aún rodea a México, es ya ponernos en el trance de modificarlo favorablemente. Una terapéutica eficaz descansa en un diagnóstico acertado.

Por eso José Rogelio Álvarez merece nuestra gratitud, porque el diagnóstico de cuanto México ha sido y es, nos lo va entregando tomo a tomo en su enciclopedia, tan fácilmente consultable en una época cuya característica es la prisa.

Es sin duda sintomático de etapas aurorales de la historia universal el afán de acopiar, clarificar e incluso alfabetizar el conocimiento para dar acceso libre a él, sin necesidad de poseer la destreza del investigador profesional. Así se democratiza la información cultural.

Claro que no es nuevo ese esfuerzo totalizar del saber ligado a nuestra patria. Distinguidos mexicanos y extranjeros —devotos de lo nuestro— reunieron una caudalosa erudición sobre México. Pero era tan dispersa, que impidió su manejo fluido. Valiosa como es esa acumulación, no estaba exenta, sin embargo, de pintoresquismo y carecía del sentido de actualidad que caracteriza a la enciclopedia rogeliana.

La aurora de los profundos cambios acaecidos en Occidente hacia fines del siglo XVIII fue anunciada desde Francia por los Enciclopedistas, o si ustedes lo prefieren, por los Iluministas, quienes alumbraron el itinerario que habría de recorrerse para formular la Declaración de los Derechos del Hombre. La erudición dieciochesca, referida a cuanto entonces se sabía del mundo, fue vaciada en la magna obra enciclopédica y su contenido contribuyó, de alguna manera, al advenimiento de una etapa histórica de nuevo signo.

Yo percibo en la enciclopedia rogeliana el cumplimiento de una función semejante ligada a nuestra patria: ser heraldo de un México universal e individual a la vez, en cuyo ámbito el dolor innecesario no tenga cabida y la pobreza envilecedora sea vista como una pesadilla maldita del pasado; en donde la organización social no haga más desiguales a quienes nacieron desiguales, y en donde la libertad, en abstracto y escrita con mayúscula, sea superada por un repertorio de libertades concretas accesibles con fluidez todos los días al mexicano común, el de carne y hueso.

Junto con otros instrumentos, la *Enciclopedia de México* en la vida cultural del país puede contribuir a lograr tales metas, pues su presencia no sólo es anunciativa de cambios históricos profundos sino recapitulación del pasado; no sólo es semiente sino floración; no sólo es causa sino también efecto; y, sobre todo, impulso para nuevos ascensos del pueblo mexicano en su incesante devenir histórico.

Sordo como soy, por compensación suelo acudir a metáforas musicales: oigo desde hace años los acordes de un nuevo *tempo* en la gran sinfonía histórica nacional. No se trata de un *allegro tempestuoso*, como quisie-

ran catastrofistas y energúmenos. Menos se trata todavía de un *andante* o de un *lentísimo*, muy del agrado de regresistas y conservadores.

La enciclopedia mexicana me sirve de acusticón eficaz para percibir el rumor polifónico de los cambios exigidos por las nuevas generaciones. No oigo balalaikas ni blues. Oigo —recreada ya— *La Adelita*, cuyos compases han de ser dirigidos por una batuta idónea.

La pulcritud intelectual de Álvarez corre pareja con su inagotable productividad. Tan es así, que sabedor de que la historia de México será imposible fraguarla completa si no se le percibe y capta en su globalidad. Por ello emprendió hace pocos años la realización de un proyecto titulado *Enciclopedia de la Iglesia Católica en México*, cuyo primer tomo apareció en 1982 con 544 páginas, editadas con lujo y bien ilustradas.

El incansable Rogelio no conoce otra alegría que la de producir libros útiles y pronto aparecerán otros dos más sobre la Ciudad de México.

CONGRESO DE CRÍTICA A LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Conocí a Rogelio Álvarez hace 46 años, en 1942. Contaba entonces con 20 años. Su ascendiente moral sobre sus compañeros de generación, era reconocido con entusiasmo y sin las mezquindades aisladas que suelen brotar cuando alguien tiene madera de dirigente natural.

Poco después, hacia 1945, Rogelio Álvarez promovió y organizó el Congreso de Crítica a la Revolución Mexicana para analizar —por sus coetáneos— todo cuanto el movimiento de 1910 había realizado o dejado pendiente. Fue un verdadero balance de la Revolución.

Colaboraron con él jóvenes que con el tiempo habrían de tener un rango destacado en la vida nacional: Luis Echeverría y Jesús Reyes Heróles, Emilio Krieger y Fernando de Rozensweig, Pablo y Enrique González Casanova, Jaime García Terrés y Emilio Uranga, Juan Noyola Vázquez e Ifigenia Martínez, Wilberto Cantón y Mario Colín, Jorge Tapam Alayola y Luis Correa Sarabia, Manuel Calvillo y Antonio Pérez Elías, Silvano Barba

y muchos otros más que no disputaban a Rogelio su condición de dirigente juvenil.

Las ponencias y los debates de dicho congreso juvenil se recogieron en un tomo impreso por Mario Colín. De él no circularon sino dos o tres ejemplares. Es ahora una verdadera joya de bibliografía muy codiciada.

Esa postura crítica de Rogelio ante el fenómeno denominado Revolución Mexicana coincidió —semanas más semanas menos—, con escritos de Jesús Silva Herzog, de Ezequiel Chávez, de Daniel Cosío Villegas, de José E. Iturriaga y de otros analistas más que también mostraron un interés por lo que hubo de llamarse —ya desde entonces— la crisis de la Revolución Mexicana. Los trabajos de tales escritores fueron publicados en la revista bimensual *Cuadernos Americanos*.

Rogelio Álvarez incursionó desde temprano en el periodismo y merced a su capacidad extraordinaria, logró que Martín Luis Guzmán lo nombrara jefe de redacción del semanario *Tiempo* durante la época dorada de esta revista. Allí soltó su pluma Rogelio quizá durante 10 años. Su probidad mental como jefe de información chocó con interés políticos y renunció a la revista *Tiempo*.

De modo paralelo al eficiente periodismo que hacía Rogelio al lado de don Martín, concluyó su carrera de Historia de México en la Facultad de Filosofía de la UNAM; siguió cursos adicionales en la Escuela Nacional de Economía y en la de Antropología e Historia. De tal modo que pudo dedicarse al estudio sistemático de la historia del arte, en especial de la arquitectura religiosa de Jalisco, de cuyos templos conoce Rogelio —sin exageración— el nombre de cada piedra. A tal punto es verdad esto, que años más tarde provocó el azoro del cardenal Garibay cuando dictó un ciclo de conferencias en Guadalajara sobre arquitectura eclesiástica y pudo disolver así los efectos negativos de una virulenta campaña de prensa desatada en su contra.

Rogelio Álvarez era secretario particular del gobernador de Jalisco, Agustín Yáñez, y lo acusaban los macartistas locales de ser comunista por haber ido a la URSS en compañía del general Heriberto Jara. A partir de

esas notables conferencias, las relaciones de Rogelio con el clero jalisciense y con el sector patronal de su estado fueron respetuosas y hasta cordiales.

Sucesivos puestos ocupó Rogelio durante la honorable administración de Yáñez: vocal ejecutivo de la Comisión y Planeación de la Costa, director de Promoción Económica del Estado y vocal ejecutivo de la Comisión de Fomento y Desarrollo de Los Altos.

Desde joven Álvarez se interesó en la política. Pero yo diría que tal interés se orientaba más hacia la administración y al servicio público que a la política del poder o del mando concreto, ejercido muchas veces en forma concupiscente. De haber buscado Rogelio el poder con la pasión propia del político, lo habría alcanzado sin duda. A este propósito, nunca olvidaré un gesto de Rogelio que confirma mi aseveración.

Álvarez dejó la secretaría particular de Yáñez y éste lo designó vocal ejecutivo de la Comisión y Planeación de la Costa de Jalisco. Por cierto que de tal Comisión salió el primer trabajo científico interdisciplinario hecho en nuestro país sobre planeación regional.

Por ese tiempo era presidente de la República don Adolfo Ruiz Cortines, de quien fui su consejero. Un martes, después de mi acuerdo con el presidente, le dije que conocía a un joven de excepción y le pedí que lo recibiera, no sin hacer un retrato hablado de Rogelio, sin mencionar su nombre. Don Adolfo, desde luego, descubrió su identidad al decirme: “cuando venga ese joven jalisciense a México, llévelo con Salvador Olmos —su secretario particular— para que hablemos ese joven y yo”.

No esperé a que Rogelio viniese a México y le hablé por teléfono para decirle que debía tratar conmigo algo muy urgente. Ya en México, anuncié a Rogelio que el presidente lo recibiría tan pronto lo condujera yo con Olmos. Pero Rogelio, sin prisa ni ambición alguna, me respondió: “Si el gobernador Yáñez no me lleva con el presidente, prefiero renunciar a tal entrevista”.

Agustín, tan buen escritor como era, no le sobraba generosidad y fue omiso con Rogelio ante el gesto elegante de su joven funcionario, de

suerte que otros personajes —sin vinculación con el gobernador— fueron preparando posiciones para sucederlo en el gobierno estatal.

Gracias a la dignidad de su actitud —rayana en el orgullo, que no en la vanidad— Rogelio no pudo gobernar su estado ni ser miembro del gabinete, ello para no hablar de un ascenso mayor, tal como lo pronosticábamos todos los que lo conocimos desde su brillante juventud hace medio siglo.

Quienes conocieron a Rogelio de joven coincidían en que el destino le guardaba el puesto de más alto rango de nuestra vida pública, semejante a como lo presintieron todos aquellos que conocieron, a fines de 1920, al joven Alejandro Gómez Arias, o en 1940 a Rafael Corrales Ayala y en 1950 al joven Porfirio Muñoz Ledo. Éste no es por cierto todavía un cartucho quemado. De él depende usar bien su pólvora, acaso no tanto en la próxima coyuntura sino en otra más lejana.

A Rogelio me ligan acciones administrativas, políticas y culturales que alguna vez relataré con mayor calma. Entre ellas recuerdo su participación en una de las tres empresas filiales de Nafinsa ubicadas en Irolo, Hidalgo —la languideciente Diesel Nacional S.A. (DINA)— donde Rogelio estuvo al frente tres años, hasta convertirla en próspera empresa, rentable gracias al buen sentido, a la honestidad y a la lógica implacable de administrador que lo caracteriza. Su evidente aptitud empresarial creó envidias en seres menores que ostentaban mayor jerarquía accidental en DINA y tuvo que renunciar tan ejemplar funcionario.

Recuerdo también nuestra participación como delegados en la Conferencia Pro Democracia Libertad, patrocinada por el gobierno de Carlos Prío Socarrás, en la Habana —asociado a José Figueres y Rómulo Betancourt— hacia fines de abril y principios de mayo de 1950.

Penosamente, el presidente de nuestra delegación, Daniel Cosío Villegas, prefirió regresar con prontitud a México antes de firmar la ya redactada ponencia que nos encargó y en cuyo texto denunciábamos no sólo la colusión de los dictadores militares latinoamericanos con la plutocracia de Norteamérica, sino la complicidad de algunos civiles anticastrenses. Semejante denuncia no la esperaban los patrocinadores de la conferencia, diz-

que *prodemocracia y libertad*. Tampoco el huidizo presidente de nuestra delegación mexicana.

Cuando apareció el primer tomo de la *Enciclopedia de México*, —ya elaborado por Rogelio Álvarez— organicé con Mario Colín en mi casa de Santa Catarina una comida a la que asistieron más de 100 personajes de la vida cultural, de la iniciativa privada y de la clase gobernante. En ella dije lo siguiente:

Mario Colín y yo los hemos convocado para rendir un homenaje a José Rogelio Álvarez. Se trata de uno más de los muchos que se le han tributado durante las últimas semanas.

Es en verdad un privilegio reunirnos en torno a este mexicano sorprendente que, como diría mi laica abuelita, es como Dios: todo lo sabe.

Rogelio se defiende diciendo que sólo sabe y conoce a quienes saben, y que a ellos acudió para realizar su obra. Ambos tenemos razón: saber quienes saben, es ya una forma de saberlo todo.

Sería manejar el género redundante —y me complace manejarlo ahora— repetir una afirmación que vengo propalando con vehemencia: que la *Enciclopedia de México* es un espejo que refleja nuestra identidad nacional en su poliédrico rostro. Carecíamos de semejante espejo. Ya contamos con él para advertir cómo somos, de dónde venimos y hacia donde queremos ir. Sí, porque en la *Enciclopedia...* hay pistas, señales, signos que reseñan nuestros orígenes y nos indican nuestro presumible itinerario histórico.

Las 16 mil páginas de sus doce volúmenes nos permiten asomarnos con facilidad a cuanto atañe a México: a nuestros partidos políticos y a nuestra relación con el exterior; a la masonería y a la Iglesia Católica tal como han actuado aquí; a nuestros gobernantes y a sus respectivos gabinetes; a las geociencias y al periodismo en México; a la flora y a la fauna existentes en el suelo de la República; a las entidades federativas del país y a sus principales ciudades; a la economía nacional y a nuestras artes plásticas; al pensamiento filosófico mexicano y a la mujer en México.

¿Mas para qué enumerar tan rica temática y caer así en el peligro de incurrir en omisiones penosas? Lo cierto es que lo que más asombra de la enciclopedia rogeliana consiste en lo noticioso de cada una de tales fichas y de muchas otras más que integran su obra.

Años antes, durante su etapa de trabajo en el sector público de Jalisco —1953-1959— José Rogelio Álvarez escribió cinco *Anuarios de la Comisión de Planeación de la Costa*, además de *Educación y Desarrollo Económico*, *Barra de Navidad*, *Los Altos de Jalisco*, *Un Programa de Rehabilitación*, *Nueva Imagen de Jalisco*, *Vidrio soplado de Guadalajara* y *Chilte de Talpa*.

Fue coordinador de la difusión de los Juegos Olímpicos celebrados en México en 1968 y promovió la publicación del *Manual Deportivo Olímpico* con 100 mil ejemplares editados por la Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana, S.A. (UTEHA); editó las guías de los museos de la Ciudad de México; también escribió los dos tomos de la *Memoria Oficial* de los Juegos Olímpicos de 1968, el primero de los cuales contiene una gran visión de México. El incansable Rogelio dirigió la revista *El Maestro* integrada por 24 números y escribió la memoria de la Secretaría de Educación Pública bajo el título *La educación pública en México 1964-1970* en dos tomos, cuando Agustín Yáñez era el titular de la Secretaría respectiva.

Su amor a las artes gráficas vincula a Rogelio con libros ajenos y propios. Entre estos últimos cabe mencionar los siguientes: *San Pedro Tlaquepaque* —pueblo donde Rogelio fundó un notable museo—; *Documentos inéditos e impresos muy raros sobre la guerra de tres años* —de 1859 a 1861, editada en facsímil— *Guía y álbum de Guadalajara para los viajeros*, escrito por José Villa Gordo en Guadalajara en 1888, reproducido en facsímil por Rogelio en 1980 con una bella introducción de él; *Valentín Gómez Farías. Legislación Educativa*, reproducción también en facsímil y con una introducción de José Rogelio escrita en 1984; *Diversos documentos y datos relativos al proyecto ferrocarril de Chamela-Aguascalientes*, editado en 1890 y reproducido en facsímil en 1982 con una graciosa introducción histórica de José Rogelio; y *Guadalajara y sus caminos al mar*, en colaboración con Guillermo García Oropeza y publicada en 1984 en España por la editorial Everest.

“IMAGEN DE LA GRAN CAPITAL”

Es un tema tan inagotable el de la historia de la Ciudad de México, que tal vez nunca aparecerá el libro definitivo de ella, a la vez que nuestra metrópoli es como la tela de Penélope: se va tejiendo y destejiendo con el paso del tiempo.

No obstante, han aparecido textos ligados a la historia de nuestra ciudad que guardaron vigencia durante algún tiempo, en la medida que actualizaron muchos datos y noticias en torno a ella.

Tal es y será el caso de *Imagen de la gran capital*, salido de las prensas mexicanas en una bien ilustrada edición. Es un alarde de eficiencia y rapidez, sobre todo cuando las más acreditadas empresas editoriales de España se declararon incapaces de entregarla dentro del plazo requerido.

La redacción de *Imagen de la gran capital* se debe a la pluma del acucioso e incansable indagador de nuestro pasado, José Rogelio Álvarez, cuya sola *Enciclopedia...*, merced al gigantesco esfuerzo realizado en ella, justificaría el ingreso a El Colegio Nacional y a la obtención del Premio Nacional de Humanidades.

Mas no sólo la magna *Enciclopedia de México* ha sido producto del desempeño de Álvarez de esclarecer todo lo relacionado con nuestro país —lo mismo que su libro y utilísimo manual titulado *Todo México. Compendio enciclopédico 1985*—, sino que al concretar su curiosidad intelectual y sus múltiples saberes en torno a nuestro Distrito Federal, no sin coordinar los saberes de otros, Rogelio Álvarez ha logrado producir una obra maestra perdurable.

No es la suya una obra monumental como la comprendida en los tres tomos de Fernando Benítez, titulada *La Ciudad de México* y editada por Salvat en Barcelona, pues aseguro que ninguna urbe del mundo posee una obra de semejante esplendor tipográfico y plástico. El libro de Rogelio es útil y hermoso dentro de la austeridad de su costo que brinda información sobre el Distrito Federal en su conjunto, sin confinarla a la Ciudad de México. Aquí se consigna la cronología del ejercicio del poder de los 25 goberna-

dores o prefectos políticos de nuestra entidad federativa, así como una curiosa y rara iconografía de ellos, desde 1876 hasta el presente. *Imagen de la gran capital*, también da a conocer la nómina y la cronología de los presidentes municipales de la Ciudad de México desde 1876 hasta 1928, año en que desaparecieron los 13 municipios y el derecho de sus ciudadanos de elegir a sus respectivos alcaldes, arrebatando así a los capitalinos el derecho cívico de votar por el gobernante de su entidad, por haberse convertido el Distrito Federal en un Departamento Central dependiente de un jefe del gobierno federal y cuyo titular ha sido nombrado por el presidente desde 1929 hasta 1997. Por cierto que Vicente Lombardo Toledano, diputado entonces al Congreso de la Unión, objetó tan grave limitación de los derechos cívicos de los habitantes del Distrito Federal, pero su oposición fue arrasada por quienes sostenían la necesidad de centralizar el poder político y sobre todo, la administración pública de nuestra mencionada entidad cuando, en embrión, surgía ya el fenómeno de la conurbación.

En el apartado denominado “Ensanches sucesivos” del libro de José Rogelio se describen —con escaso margen de arbitrariedad— las siete expansiones que ha tenido la Ciudad de México desde 1525, pasando por las de 1600, 1700, 1793, 1891, 1929, 1935; sin embargo en los últimos años se fueron conurbando cada vez más las viejas jurisdicciones municipales y pequeños poblados aledaños a la Ciudad de México.

Otro capítulo que es en verdad notable, tanto por enumerar —sin propósitos exhaustivos— las principales edificaciones de nuestra ciudad capital, como por señalar los nombres de los arquitectos o constructores a cuyo talento creador se deben tales obras. Sería una tacañería intelectual conservar esos datos en las páginas cerradas del libro que estoy comentando, cuyo mejor título sería acaso el de “Imagen de la capital y del Distrito Federal”.

Para superar esa tacañería conviene, por tanto, publicar *in extenso* en la prensa diaria dicho capítulo sobre los principales edificios capitalinos y sus respectivos constructores, porque creo con firmeza que el periodismo tiene, además de una función informativa y orientadora, la obligación de

democratizar el saber. Ello, además de que el interés por nuestra patria chica va creciendo en forma ostensible entre los capitalinos y los *defeños*, así como entre los nacidos en las otras entidades del país. También deben publicarse tales datos por razones de justicia histórica orientada a recordar quiénes fueron los que contribuyeron con su talento a ir fraguando la silueta arquitectónica de nuestra urbe.

Ojalá *El Día* recoja tan amistoso reto y proceda a publicar en algún número próximo el mencionado capítulo en su sección de "Testimonios y Documentos". (Debo aclarar que *El Día* aceptó tan deportivo reto y publicó el citado capítulo con el gran beneplácito de arquitectos y urbanistas.)

"TODO MÉXICO. COMPENDIO ENCICLOPÉDICO 1985"

Estábamos acostumbrados a husmear en los escaparates de las librerías cada principio de año en busca de *year book* y no dejaba de molestar la rutinaria forma de presentar los acontecimientos correspondientes al año inmediato anterior en los distintos países del mundo. Informativo como es el *year book*, pecaba de lo que ganaba en extensión universal, perdía en intensidad informativa. Por ello se advertía la falta de un libro del año que cosechase la máxima información sobre un solo país. En el caso de los mexicanos nos faltaba la información anual sobre toda la República.

Sensible a semejante vacío informativo el erudito José Rogelio Álvarez se aprestó a llenar el hueco con la máxima prontitud y eficiencia, pero con decoro intelectual compatible con pragmatismo docente. Así ha podido salir de las prensas un tomo titulado *Todo México. Compendio enciclopédico 1985*, que no deja de lado ningún tema esencial de nuestro país.

Hay en éste datos precisos sobre el Estado y la Constitución en vigor; el Poder Ejecutivo y el gabinete; el Poder Legislativo bicameral y las preases que éste otorga; el Poder Judicial y sus miembros; la política exterior y nuestros agentes diplomáticos; las Fuerzas Armadas y los partidos políticos que constituyen el arco iris plural de nuestro sistema partidista; apre-

tadas síntesis sobre las 32 entidades del país y una iconografía de sus gobernantes respectivos; la geografía y la historia independiente de México con sus gobernantes y las guerras impuestas a los mexicanos por los extranjeros; la estructura económica de México y su planeación; la inversión pública y el petróleo; la petroquímica y la electricidad; la minería y la agricultura; la ganadería y la silvicultura; la pesca y la industria manufacturera; la industria siderúrgica y la industria maquiladora; el comercio interior y el comercio exterior; la inversión extranjera y los servicios; el turismo y las comunicaciones; los transportes y la ocupación; la distribución del ingreso y la Banca mexicana; la Bolsa de Valores y las 400 empresas con mayores ventas en 1983 que más exportaron en el mismo año.

Con respecto a la estructura social, podemos hallar datos vinculados a la población y a su explosión demográfica; a la migración y a la política demográfica; a la seguridad social y a referencias históricas y jurídicas sobre el Instituto Mexicano del Seguro Social, el Instituto de Seguridad y de Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado y el Instituto de Seguridad Social para las Fuerzas Armadas.

En lo que podría llamarse la estructura cultural de México hay un apartado sobre el idioma español que se habla en México, hartamente susceptible de retoques y agregados posteriores; y, entre otros temas más, se traza un buen panorama de la televisión privada y estatal.

El capítulo destinado a las religiones, es francamente espléndido. Y sorprende que en otros libros del año de distintas casas editoras no le hayan consagrado un apartado específico; podemos asomarnos así a datos referentes a la Iglesia Católica en México y sus antecedentes, a los arzobispos y obispos residenciales; a los obispos preladados y vicarios apostólicos; a los institutos religiosos y organismos seculares, como si no fuera bastante todo ello, hay datos referentes a los santos y sus atributos y al simbolismo y emblemas en el catolicismo, además del calendario litúrgico correspondiente a 1985.

Hay en *Todo México. Compendio enciclopédico 1985* referencias a las otras iglesias tales como la Episcopal y la Luterana, la Bautista y la Meto-

dista, la del Nazareno y la Nacional Presbiteriana, la Presbiterana Asociada y Reformada y la Iglesia Congregacional, la de Discípulos de Cristo y la de los Amigos Cuáqueros, la de Pentecosteses y la de los Movimientos Ecu­ménicos Protestantes. No faltan datos relativos a las sectas modernas, tales como la Iglesia Adventista del Séptimo Día o Sabatistas, los Testigos de Jehová y la Iglesia de Ciencia Cristiana, la de los Santos de los Últimos Días o mormones y los de La Luz del Mundo.

Por lo que se refiere a la estructura cultural también hay abundantes noticias sobre nuestro sistema educativo y los estudios de posgrado; las instituciones de educación superior y las letras en sus distintos géne­ros; los premios literarios y la música; la pintura y los museos del Instituto de Antropología e Historia. Entre las instituciones de excelencia menciona *Todo México. Compendio enciclopédico 1985* a la Académica Mexicana de la Lengua, a El Colegio Nacional y al Seminario de Cultura, no sin aludir a los respectivos miembros de esos tres cuerpos de la más alta docencia que hay en el país.

Encontramos además noticias sobre medicina, aunque no al grado de desarrollo que está alcanzando tal disciplina en México. Se informa sobre astronomía y los observatorios y publicaciones ligadas a esa rama de la ciencia, existentes en México. También se incluyen notas sobre organis­mos culturales privados que están haciendo activo patrocinio en el campo de la cultura, tales como el Centro de Estudios de Historia de México, de Condumex; el Fideicomiso de las Becas Salvador Novo; la Fundación Miguel Alemán, A.C., el Instituto Cultural Domecq; y la Sociedad Defensora del Tesoro Artístico de México.

En el penúltimo capítulo del libro que estamos reseñado se consignan datos de nuestra relación con el exterior; reuniones de los mandatarios mexicanos con los jefes de Estado o de gobierno del mundo, desde 1966 hasta el presente; embajadas mexicanas en el exterior y embajadas extran­jeras acreditadas en México junto con el personal adscrito a unas y otras; institutos de relaciones culturales que trabajan en nuestro país; y otras no­cias más.

No están ausentes en un libro como el presente —claro está— datos vinculados a deportes y espectáculos y, por supuesto, tampoco faltan las marcas obtenidas en el deporte de aficionados, en el profesional y en los campeonatos nacionales.

Todo México... es el mejor prontuario que puede ofrecerse a un compatriota o a un extranjero para conocer la identidad de nuestro país en su poliédrico rostro.

Sólo una mentalidad sistemática y ordenada como la de José Rogelio Álvarez pudo acometer semejante tarea, descomunal y prolija a la vez. Su juvenil vocación enciclopédica hizo posible este libro y los que cada año sigan. También su recia voluntad y el ascetismo de su conducta que lo lleva con frecuencia a evadir diversiones intrascendentes y pérdida de tiempo valioso.

En *Todo México...* hay persistencia en el esfuerzo e imaginación, saber organizado y aptitud para transmitirlo en letra escrita; inclinación didáctica y, sobre todo, patriotismo objetivo, no el septembrino de coherería. *Todo México. Compendio enciclopédico 1985* es la concreción de tales virtudes.

Si cada uno de los 173 países que integran la ONU emprendieran la tarea de confeccionar un libro con una metodología como la de éste, el estudio podría disponer de datos comparativos que mostraran los distinguos y semejanzas existentes en el diverso grado de desarrollo socioeconómico, político y cultural que ostentan cada uno de tales países. Sería una moción perfectamente viable, si la Delegación Mexicana, de acuerdo expreso con nuestra Cancillería, formulara la propuesta correspondiente en el próximo cuadragésimo periodo de sesiones de la ONU. Ojalá haya la sensibilidad política de nuestros representantes y la curiosidad intelectual suficiente en los directivos de las otras delegaciones acreditadas en la ONU, para que dicha iniciativa se convierta en realidad.

En suma, *Todo México. Compendio enciclopédico 1985*, constituye un tratado de *mexicología* cuyas 607 páginas caben, sin molestia alguna, en el bolsillo del lector.

Fernando Benítez*

La ruta de Hernán Cortés es un libro afortunado que a los pocos meses de haber aparecido la primera edición española se agotó y asimismo se tradujo al inglés, al francés y al alemán. Ilustrado magistralmente, de nuevo por Alberto Beltrán, Fondo de Cultura Económica nos brinda una segunda edición fraguada con la misma pulcritud que la anterior.

Su autor, Fernando Benítez, no es por cierto un novato. A él le debemos un tomo de cuentos aparecido hace 10 años, *Caballo y Dios*, que tuvo poca fortuna; *La vida criolla en el siglo XVI*, en cuyas páginas asistimos a la eclosión sociológica de los primeros mexicanos; *China a la vista*, reportaje que describe algunos aspectos de ese gigante cuya silueta se proyecta hacia el porvenir; y *La biografía de henequén*, indagación cuidadosa realizada en torno a cómo esa planta influyó en toda una región del país.

Fernando Benítez posee, pues, una pluma forjada a golpes de experiencia, merced a una vasta formación cultural.

En la evolución lenta pero firme de este escritor mexicano han intervenido con eficacia tanto su vocación de escritor nato, como su oficio de periodista, en la medida en que éste suele tener espíritu ágil y capacidad de penetración, más no improbidad o artesanía rutinaria. Al contrario: Benítez posee una prosa sorpresiva cargada de hallazgos verbales y lo insobornable de su pluma es proverbial.

* Artículo titulado "Segunda edición de un libro mexicano", publicado en el diario capitalino *Novedades* el 19 de octubre de 1956.

Dentro de un proceso ascendente de madurez, Fernando Benítez nos entregó hace un lustro *La ruta de Hernán Cortés*, en donde su autor remoja literariamente la conocida descripción del itinerario seguido por el conquistador desde que llegó a playas veracruzanas hasta que arribó a Tenochtitlan. Y pese a que a lo largo del libro de Benítez se repudia todo aparato erudito, ello no le arrebató fidedignidad histórica. Al contrario, el relato se pliega a las versiones más autorizadas de los cronistas de la Conquista.

El libro de este artista cabal que es Benítez no se limita a transitar por la ruta seguida por Cortés y a describir el aspecto que ofrecía el México indio a los ojos de los españoles; describe, además, sin método, la transformación que los siglos han operado a lo largo de ese camino ligando lo viejo con lo nuevo, el pasado con el presente, el descubrimiento de un mundo virginal e intacto para el ojo europeo al hallazgo del México en nuestros días, como diría Egon Erwin Kisch.

Once capítulos integran *La ruta de Hernán Cortés*, cada uno de los cuales conserva individualidad propia. Tan ello es así que su autor hubo de leer, previamente a la primera edición del libro y a manera de conferencias, varios de esos capítulos sin que sus oyentes advirtiesen mutilación alguna, lo que no le quita al libro tomado en su conjunto la trabazón orgánica y la continuidad consecuente que posee. Que *La ruta de Hernán Cortés* haya sido dada a conocer fragmentariamente en forma de charlas, explica asimismo ese tono de conversación de que está matizado el libro desde su primera a su última página.

Juan de Valdés solía esgrimir una regla de oro para los escritores: “escribe como hablas”. Semejante lema significa una postura polémica en contra del escritor que frente al lenguaje sencillo y popular que él mismo practica todos los días, prefería fórmulas retorcidas y culteranas, desvitalizadas por falsas.

Benítez ha seguido con puntualidad la insinuación de aquel clásico español —la de “escribe como hablas”— ya que esa habla culta y llena de imágenes, tan cotidiana y habitual en Fernando, la ha trasladado con rigurosa fidelidad a su obra.

Los cuatro primeros capítulos de *La ruta...* abarcan los antecedentes de la llegada de Cortés. En el capítulo inicial revive Benítez ese universo de cultura mágica y profética que intuía la posible existencia de otras tierras situadas lejos de aquel *ombigo del mundo*, como Hegel llama a la tierra mediterránea.

Y, al afecto recuerda Benítez la profecía de Isaías, el presentimiento de Platón y el vaticinio de Séneca —quien más preciso que los dos anteriores— fraguaba la siguiente premonición: “Vendrán siglos de aquí a muchos años en que el Océano aflojará las ataduras de las cosas y aparecerá gran tierra y la navegación descubrirá nuevos mundos y no será *Tule* la última tierra”.

En el capítulo siguiente repasa Benítez la odisea y las cuitas de Colón, quien al igual que sus émulos de otras latitudes, no pudo hallar “la pieza que faltaba al rompecabezas americano: el Golfo de México”. Más adelante se refiere Benítez al descubrimiento de México realizado por Francisco Fernández de Córdoba y a las incursiones de Juan de Grijalva, quien al buscar con avidez una salida oceánica que lo condujera al ansiado Cipango fue costeando buena parte del arco que forma el Golfo de México y acabó por abrigar la sospecha de que se hallaba frente a una gran masa continental que formaba un todo con tierra firme. Don Juan descubrió así el río Grijalva.

En otro capítulo, Benítez narra la entrada de Cortés desde Cozumel hasta Veracruz y formula de paso un alegato a favor de doña Marina, cuyos términos contrastan bastante con el símbolo que la Malinche tiene habitualmente para los mexicanos. Alegato que pese a su tono defensivo, patentiza que: en Fernando Benítez existe, al lado del artista y del escritor, una conciencia social alerta y penetrante.

Los siguientes capítulos describen ya propiamente la ruta de Hernán Cortés y todos ellos poseen un fuerte sabor de evocación al revivir con belleza plástica no sólo las lecciones de nuestra historia patria durante la infancia, sino aquellas impresiones que en nuestra adultez hemos tenido al contemplar muchos de los lugares que el conquistador recorrió en su colosal empresa.

Uno de los más hermosos capítulos es el denominado “La escalera de nuestra casa” —atinada greguería cuya intención entendemos bien quienes nacimos en el altiplano—, capítulo en donde Benítez describe con pincel de fino paisajista la ascensión de Veracruz a Xalapa, a la que llama “el entresuelo de México”, y de éste al último escalón de la Meseta: el Cofre de Perote.

Otro capítulo admirablemente logrado es donde Benítez habla de Cholula, la Ciudad Santa de Anáhuac. Allí emite opiniones válidas sobre el barroco del Santuario de Ocotlán en Tlaxcala —esa obra maestra del churriguerismo indígena— y ese milagro del arte indio constituido por los arabescos dorados de Santa María de Tonantzintla.

No obstante ello, de Ocotlán asienta que su barroco pseudoindígena no pasa de ser una buena muestra de la habilidad de nuestros artesanos; que no hay una sola huella del genio plástico de México en esa fachada convencional; y que se trata de “una obra rococó de repostería gigantesca, de una humorada de maestros y canteros del siglo XVIII que anticipa el mundo del romanticismo, todavía mezclado con el espíritu de la Colonia”.

De Santa María de Tonantzintla, Benítez escribe esta hermosa página:

El indio se ha apartado de toda influencia extraña y ha hecho su barroco, el que siempre ha deseado realizar sin conseguirlo sino en parte, porque él es peón y no el arquitecto, el siervo y nunca el dueño. Pero en Tonantzintla la iglesia es suya, nadie le regateará su libertad ni le impedirá hacer lo que le venga en gana. Sobre el remoto patrón de un barroco tan deformado entonces que ya era una expresión mexicanísima, trabaja el suyo propio [...] entre su libre y rica trama, cuelgan los frutos coloridos, asoman los rostros sardónicos, un poco hieráticos de los santos, brillan el sol y la luna y las máscaras y las danzas del carnaval esmaltan las arcadas y sobrenada esa multitud indígena, semejante a la que contemplamos un día de mercado. El arte popular, tan pegado a la tierra y tan desasido de ella, no podría olvidar a sus niños muertos, cotidiano drama de su existencia. Esta vez, al menos, no los mete en el ataúd, sino que con sus cuerpos forma guirnaldas inverosímiles y en sus manos coloca las guitarras y los laúdes que deseará regarles cuando muera. Éste y no otro, es el ámbito sagrado del indio, su sueño y su delirio. Con materiales mágicos ha

creado su paraíso y por un momento lo vemos remontarse, envuelto en lo arabesco de su nube barroca, estático y burlón, mientras las guitarras de sus niños muertos tocan desafinadas y su espíritu al fin libre hace desaparecer la cúpula y se nos va por el aire en busca de su última morada.

El capítulo final denominado “México, la tela de Penélope”, en un ensayo sumario de biografía de la Ciudad de México. Está tan bien logrado y tan entreverado de agudas reflexiones acerca de las distintas etapas o estratos arquitectónicos de la gran capital, que en una antología de ensayos sobre nuestra ciudad que no incluyese dentro de sus páginas “México, la tela de Penélope”, quedaría gravemente mutilada.

“LOS INDIOS DE MÉXICO”

Acaso no sobre reproducir aquí mi discurso pronunciado en el homenaje tributado a Fernando Benítez con motivo de sus 80 años y organizado fraternalmente por Carlos Payán y por la aparición del primer tomo de sus cinco aleccionadores volúmenes en torno a las etnias que integran nuestro mestizaje indoespañol:

Eugenia y yo hemos reunido en nuestra casa a este numeroso grupo de amigos comunes —entre los cuales se hallan Agustín Yáñez y Javier Barros Sierra—, para brindar contigo y testimoniarte nuestro afecto y admiración.

Te estimamos y admiramos, Fernando, porque tu bondad es del tamaño de tu talento y porque has puesto una y otro al servicio de causas que te colocan en un sitio que ya no te regatean los mezquinos habituales: la de ayudar a los jóvenes a expresar su vocación intelectual, la de ser fiel a tu propio oficio pensante y la de contribuir a que lo mexicanos olvidadizos cobremos conciencia de nuestra invadible corresponsabilidad frente a la marginación del progreso nacional en que se hallan muchos de nuestros aborígenes.

En tu reciente libro *Los indios de México*, denuncias nuestro frecuente escapismo frente a tal marginación y nos formulas un dramático llamado a esa corresponsabilidad, que no eludimos sino que afrontamos cada quien desde su propia trinchera.

Hace 20 años dirigiste el diario del gobierno *El Nacional*, y convertiste el suplemento de cultura en un ducto sin azolves por donde pudo fluir fácilmente la inteligencia joven del país así como la pluma de adultos y consagrados.

Lo mismo hiciste más tarde al crear y dirigir el suplemento cultural de *Novedades* durante 14 años consecutivos en cuyas páginas se consolidaron y universalizaron no pocos nombres de compatriotas inéditos, al paso que otros mexicanos afianzaron o universalizaron también su prestigio inicial.

De igual modo acrecentaste el prestigio de algunos latinoamericanos víctimas de la acción liberticida desatada en las patrias hermanas, quienes —errabundos— se acogieron a nuestro suelo. Una tarea semejante vienes cumpliendo semana a semana en el suplemento cultural de la revista *Siempre!* durante el último lustro.

Sin incurrir en ninguna exageración aseguro esto: no se podrá elaborar con seriedad la historia de la cultura nacional, así de sus letras como de su plástica, de su música como de su danza, sin consultar el periodismo cultural forjado por ti con perseverancia ejemplar.

Mas todo ello lo has hecho abriendo ventanas de par en par, a fin de orear de sentido universal la conciencia del lector y de educarlo para que deje de lado gestecillos aldeanos disfrazados de nacionalismo falaz.

Por sí sola la obra realizada por ti en el campo del periodismo cultural justificaría toda una vida, pero has tenido tiempo para hacer más, mucho más.

Con escaso eco o resonancia hace un cuarto de siglo probaste fortuna en el género narrativo con tu libro *Caballo y Dios*, que pasó casi inadvertido. Exploraste después fallidamente, la posibilidad de convertirte en autor teatral con aquel morrocotudo Cristóbal Colón, cuya falta de éxito durante su puesta en escena en el Palacio de Bellas Artes fue magnificada por tu propio humorismo —deportivo y masoquista a la vez— hasta el punto de que la sátira que bordaste en tu contra acabó por superar en éxito a tu Colón mismo.

Pero cuando incursionas en la novelística con *El agua envenenada* y *El rey viejo* —cuyo tema recuerdo habértelo sugerido— obtienes desde luego, aquí y fuera, un reconocimiento merecido.

Impregnado de fe en un nuevo orden sociopolítico y económico —lo que no hace al caso ahora asentar si comparte o no— nos entregaste dos tomos, uno sobre China y otro sobre Cuba. Antes, en otro volumen exhumaste y reconstruiste la ruta de Hernán Cortés, la que recorrió desde Veracruz hasta

Tenochtitlan. Poco después en otro libro, aportaste elementos atendibles para integrar la caracterología de la primera generación de indoespañoles que se formó en nuestro siglo XVI. Años más tarde fraguaste en tu libro *Ki*, el drama de un pueblo y una planta un reportaje sensacional y bien documentado sobre el henequén y en él denuncias —con tu valentía proverbial— la corrupción de líderes y autoridades que ha padecido la entrañable entidad peninsular. Todos lo sabemos: la mayor parte de tu copiosa bibliografía circula ahora por el mundo vertida a siete u ocho idiomas.

Pero tu gran obra, Fernando, la que te acredita ya como un laborioso investigador, se halla en los estudios que has venido realizando, movido de pasión popular e ira santa en torno a la querrela antigua y vigente a la vez que asedia a nuestros indios. Con tus trabajos sobre los tarahumaras, los huicholes, los mayas, los mazatecos y otros grupos aborígenes has edificado, no una etnología profesoral o academizante sino una etnología cálida y humana y eficazmente acusadora. En esta disciplina puedes no moverte acaso dentro de una ortodoxia al uso ni aparatosamente rigurosa: pero tu desenvoltura creadora acabó por enriquecerla.

Tu libro, *Los indios de México* cuyo primer tomo es de reciente aparición y que ahora festejamos en esta casa, te coloca, de un golpe, entre los más sobresalientes etnólogos del país.

Has podido lograr semejante proeza merced a la emoción popular e inteligente con que trabajas. Y también con una actitud insobornable y lúcida, cualidades que algunos observadores profesionales suelen no advertir, distraídos acaso por esa manera de hablar que te es propia tan rotunda y enfática. Distraídos también frente a tu impecable atuendo, no perciben que bajo las telas inglesas cortadas por las hábiles tijeras de Campdesuñer, mora un mexicano excepcional.

Dandy archiurbano, has mostrado sin embargo saber vivir como abnegado misionero entre los indios durante prolongadas y fatigosas temporadas, al financiar con tu estrecha hacienda personal los gastos de tus propias investigaciones etnológicas.

Tus amigos —este extraordinario grupo de 50 intelectuales y artistas plásticos mexicanos que honra nuestra casa ahora— tenemos derecho a esperar de ti otros libros semejantes y aún superiores al que celebramos esta noche.

Confiamos en que tu voz se haga oír cada vez con mayor resonancia entre aquellos que pueden y deben luchar por incorporar, sin ninguna falsificación ni demora, a la parte más desvalida de nuestro pueblo, esa que todavía no supera su anacrónica condición, no obstante que hace tres meses ingresamos ya al último tercio del siglo XX.

Amigos nuestros: brindemos por las virtudes morales e intelectuales de Fernando Benítez, armas mediante las cuales forjó el primer tomo de su espléndido libro *Los indios de México* y con las que forjará los tomos siguientes.

PERIODISMO CULTURAL

En la historia de la prensa diaria capitalina marca un hito la aportación de Fernando Benítez, consistente en dedicar un número cada vez mayor de páginas a la expresión creadora de nuestros ensayistas y poetas, historiadores e investigadores de nuestro país.

Antes de Benítez, el diarismo y sus respectivos directores llenaban sus espacios con noticias ligadas a la política o la nota roja, a la tauromaquia o a los deportes, al teatro o al cine, toda vez que la crítica en esta última rama del arte o del recreo, apenas existía en los tres primeros decenios de la moribunda centuria en que nos hallamos.

Hacia fines de 1920 fue fundado *El Nacional* durante la presidencia de Plutarco Elías Calles. Y como se trató de un periódico oficial cuya suscripción se hizo obligatoria para los casi 100 mil burócratas federales que entonces había, fue visto con repudio por la opinión pública letrada y semiletrada.

La actitud intelectual de Benítez, provista de elocuencia convincente hizo viable 10 años después una sección dominical de *El Nacional* dedicada a las distintas formas de la creatividad estética y científica. Así nació el periodismo cultural.

Las ideas de Fernando empezaron a fructificar por la útil y entusiasta colaboración de la inteligencia española peregrina compuesta de poetas, escritores y críticos que habían empezado a llegar a México como tras-

terrados por el triunfante cuartelazo dado a la República española después de tres años de guerra sangrienta al obtener Franco el triunfo gracias a la intervención militar de Mussolini, el dictador italiano, y de Adolfo Hitler, cuya aviación nazi hizo de España un campo experimental para más tarde provocar la Segunda Guerra Mundial que costó 50 millones de vidas.

El Nacional, matizado ya de sensibilidad progresiva y universal, dio a luz el primer suplemento semanario cultural en la historia de la prensa en México. Y esto precisamente le cosechó el repudio con que fue recibido desde su fundación, pero acabó por convertirse en lectura obligada de quienes llevaban intensa vida cultural o lo leían por mera curiosidad, en una nación que apenas ajustaba los 20 millones de habitantes en 1940.

Sería injusto no mencionar que al lado de Benítez colaboró en ese gran suplemento el poeta español Juan Rejano, el pintor español Miguel Prieto y el notable humanista y crítico guatemalteco Luis Cardoza y Aragón. Esa fue la etapa dorada de *El Nacional*.

Luego apareció en el campo del periodismo cultural la revista *Romance* fraguada por refugiados españoles tales como el propio Juan Rejano y Pepe Herrera Petere, Manolo Altolaguirre y Benjamín Jarnés, Emilio Prados y el filósofo Joaquín Xirau, padre; pintores como Ramón Gaya y Juan Gil Albert; así como Arturo Souto y Vicente Rojo y músicos como Rodolfo Halffter.

En suma, una pléyade de creadores anteriores a la generación española de 1929 y posteriores a ella, compensaron simbólicamente la crueldad con que trató a nuestros aborígenes el conquistador hace cinco centurias.

Años después, durante la presidencia de Manuel Ávila Camacho, Benítez va más allá: demuestra al director, Alejandro Quijano, que su diario mercantil y conservador, *Novedades*, aumentaría en circulación y prestigio por la difusión cultural a través de un suplemento dominical.

Con cierto escepticismo, Quijano que también era presidente de la Academia de la Lengua y de la Cruz Roja, escuchó el alegato de Fernando y tuvo que ceder a él: "la cultura es también un negocio", insistía Fernando.

Con Benítez al frente del suplemento titulado *México en la cultura*, e ilustrado por el joven pintor Vicente Rojo —ya consagrado con el Premio Nacional de Arte— *Novedades* recorrió su etapa de oro y además provocó algo muy importante: que el resto de la prensa capitalina, con variada fortuna y calidad, siguiera el ejemplo de crear suplementos para ese propósito o bien destinar cierto número de páginas a la vida cultural mexicana.

No se puede fraguar en forma exhaustiva la historia de la cultura de México sin consultar cada una de las páginas del suplemento creado por Benítez. Es ya una de las fuentes principales y fidedignas para realizar semejante investigación.

Fernando llevó a cabo su tarea durante más de un decenio y alentó la vocación de escritores jóvenes que le llevaban, —temblorosos a veces— sus primeras cuartillas. Ahora ocupan un lugar señero en el campo de las letras. Sin tacañería alguna y con sobrada generosidad, Fernando dio también hospedaje en las páginas de su suplemento a no pocas glorias nacionales, sin constreñir ese aliento a éstas, sino extenderlo a los artistas plásticos y a los críticos de todas las formas de arte.

Hijo y nieto de aristócratas, es mayor, sin embargo, la nobleza de Fernando Benítez cuando vive y lucha, pelea y escribe por las distintas etnias que halló al pisar las dispersas localidades a lo largo y ancho de la República.

Jorge Luis Borges*

Borges no parece pertenecer al género humano sino al luzbeleano. Poseído del demonio de la gloria —que intenta disfrazar con falsa modestia—, lanza su espada flamígera contra tirios y troyanos. Puesto a elegir entre ser feligrés de algo o iconoclasta de todo, no titubea: opta por lo segundo. Si no fuera un escritor de ese rango, diríase que Borges busca afirmarse negando a los demás. Pero no: su gran valimiento cree enriquecerlo derribando ídolos consagrados, muchos de los cuales poseen una estatura semejante o mayor que la de él. Ubicado en el Olimpo de los elegidos, no le preocupa armarse o no de sindéresis para emitir opiniones desenvueltas sobre política. A menudo cae en aberrantes contradicciones por ello.

Hoy día, padecemos una asediante tiranía del marbete, afanosa de colgar un ismo en el cuello de quien tiene hábitos intelectuales, así como una exigencia para que éste se defina, con olvido de que no es fácil portar un carné de afiliación partidista. No es que no haya que definirse, esa elusión tiene sus límites. Pero Borges no se confina en ningún ismo. Desprecia a los más opuestos, o bien, los adopta. Habría que ser muy comprensivo e indulgente ante el talento caprichoso del genial escritor argentino.

Creador de literatura fantástica, su mente no se orienta al análisis riguroso y sistemático de las cosas, sino a la imaginación. Por eso desprecia el

*Texto extraído —y revisado por el autor para darle unidad al estilo— de la entrevista realizada por Aída Reboledo a José E. Iturriaga publicada en el periódico *Unomásuno* el 27 de abril de 1980.

pensamiento científico. Ínsula espiritual de sí mismo, repudia lo gregario. Es alérgico a la masificación. Su vida misma es ya una apoteosis de su individualismo. Debemos convenir en que su obra —magnífica como es— no podría concebirse sin la soberbia de su ego, ése que Borges acaricia casi con concupiscencia.

Jorge Luis Borges, proviso del lenguaje blasfematorio, alude por ejemplo a Rabí el Galileo de este modo: *Siento que hay algo que sobra a Cristo. O que le falta y que no lo hace todo lo simpático que fuera de desearse. Sócrates es más simpático y no acaba de convencerme. Inclusive, por momentos me parece hasta demagógico.*⁴

El iconoclasta Borges califica a Unamuno de *escritor insoportable*; a Tolstoi, de *aburrido*; a Valle Inclán, de *vulgar y mal gusto*; a García Lorca, de *poeta de utilería* y a quien *la muerte favoreció*, pues el poeta andaluz *sólo sirvió para que Machado escribiera sobre él un poema admirable*. De Joyce dice que su *Ulises es un fracaso*; de Ortega y Gasset, que *puede razonar bien o mal pero no imaginar* y por ello *debió contratar como amanuense a un hombre de letras para que escribiera sus libros*; de Hemingway afirma que *terminó matándose porque se dio cuenta de que no era gran escritor*. De Freud opina que *era una especie de loco, de charlatán*; de Gómez de la Serna que *se disgregó en greguerías*; de Gracián que *es una caricatura de Quevedo*; y de Schopenhauer que *lo admiraban mucho porque la gente lo entendía poco*. De Neruda afirma que *en su etapa sentimental era un poeta muy flojo*; de Lugones —quien se suicidó con cianuro— que *era una persona muy admirada pero nada querida*; de Chaplin, que *como cineasta era una porquería y siempre fue muy vanidoso, pues el cine ha progresado y Chaplin ha permanecido tan malo como al principio: sus fotografías son igualmente espantosas*.

La crítica borgeseana rebasa los nombres propios: cuando alguien sugirió que Borges era surrealista, rechazó esa afiliación diciendo: *no me gustan los surrealistas porque son unos charlatanes*. Empeñado en abatir juicios consagrados por el tiempo y, en cierto modo, válidos universalmente,

⁴Las citas de Borges en cursivas al no ser siempre textuales, no van seguidas de sus respectivas referencias bibliográficas, aunque pueden ser cotejadas en la obra de este autor y en diversas fuentes hemerográficas.

como nuevo Zeus, Borges lanza rayos destructores a diestra y siniestra para satisfacer su ánimo fobioso. A pesar de expresarse con gran calidad en nuestra lengua, no es hispanizante o hispanófilo a ultranza, como acontece a menudo con el escritor que se expresa en nuestro idioma, a Borges parece sucederle al revés. Al igual que Ortega y pese a la prosa perfecta de ambos, al escritor argentino lo invaden ciertas formas de desestima por la madre patria. Así, por ejemplo, refiriéndose a España, dice: *Allí me admiraban porque el panorama es tan pobre que admiran a cualquiera*. O bien esto otro: *El español es facilísimo. Sólo los españoles lo juzgan arduo: suelen ser incapaces de pronunciar Atlántico o Madrid*. O, en fin, esto más: *no he observado jamás que los españoles hablaran mejor que nosotros. Hablan con voz más alta, eso sí con el aplomo de quienes ignoran la duda*.

Mientras que de León Felipe decía que *ese vozarrón, ese hablar a gritos, era para que el mundo, sordo como estaba, oyera al pueblo español que se hallaba dentro de un agujero horadado por el asalto fascista de su patria*.

Borges profesa además odio a los vascos a quienes tritura con además irascible, a pesar de llevar sangre y apellidos vascos, tales como Garay y Otálora, además de Borges. Dice así: *Se habla de la voluntad vasca, de la terquedad vasca y ¿para qué les ha servido?: nada más que para ser españoles o franceses [...] los vascos no han hecho otra cosa en la historia que ordeñar vacas, se han pasado los siglos ordeñando vacas*.

En otro orden, Borges se ufanaba de no haber leído un periódico en toda su vida y recalca: *No vale la pena interesarse en el periodismo, está destinado a desaparecer. Bastaría, en lugar de diarios, con un periódico bimensual. En la época grecolatina se leían libros y no se perdía el tiempo en tonterías*. Ello podría explicar, en parte, por qué a veces seguimos las opiniones políticas de Borges con un movimiento de cabeza de la derecha a la izquierda y de izquierda a derecha, como quien asiste a una partida de tenis: así son de pendulares sus juicios sobre la vida pública de su país y de otras latitudes. Tan pronto es capaz de condenar a las dictaduras porque *fomentan la opresión, el servilismo, la crueldad y la idiotez*, por lo cual *uno de los deberes del escritor es combatir esas tristes monotonías*, como es capaz de fundar su

censura contra la dictadura platense actual *porque cometió un grave error al convocar a elecciones*, y lo confirma al decir que *Videla estaría completamente loco si llamara a elecciones*.

Pero hay más todavía. Tan pronto nos recuerda Borges que fue antifascista y que en los tiempos del nazismo condenó a Mussolini y a Hitler, cuando muchos no hablaban, alegando que *nunca había dicho que los gobiernos militares fueran los mejores o cosa parecida*, como fragua una elegía al despotismo vitalicio al escribir sobre la democracia lo siguiente: *Considero a la democracia como un abuso de la estadística, las elecciones deberían postergarse unos 300 o 400 años y no creo en la democracia como idea salvadora para la mayoría de los países*. Pensamiento paralelo al de Kissinger quien, en la ONU, calificó al voto mayoritario de la Asamblea como una “tiranía de las mayorías”.

Pero contrariamente a éste, con semejante opinión, Borges se dio un autogol, y se sigue propinando más autogoles como aspirante al Premio Nobel. Si no veamos: mientras por un lado Borges recuerda que durante la Segunda Guerra Mundial escribió muchos artículos en uno de los cuales *predijo que Hitler sería derrotado, pues no podía creer en todo aquello de la raza germana ni en cosas por estilo*, por otro nos muestra un racismo negrófobo al decir que *en Norteamérica existen problemas de violencia con los negros porque han cometido el error de educarlos, porque sino los hubieran educado no sabrían que son descendientes de esclavos*. Pero su racismo va más allá al sugerir que las llamadas *razas de color poseen en sus venas una anestesia para el dolor*, no sin agregar que *la gente sencilla no siente el dolor como nosotros (los blancos), pues los negros, tienen un organismo muy simple, no sienten el dolor ni las heridas [...] por eso pueden ser estoicos como nuestros indios*.

Contradictorio, en una página nos recuerda que vivió en Suiza cinco años y *allí nadie sabe cómo se llama el presidente*, mientras en otra dice que *Franco ha sido positivo para España*. En tanto que por un lado exalta la fraternización de minorías y razas en Suiza, *país de alemanes, franceses, italianos que han decidido anular sus diferencias pues Suiza nunca quiso ser un imperio*,

no hay allí nacionalismo ni una raza suiza, por otro argulle Borges con acento repugnante y discriminatorio lo que sigue: *Yo no entiendo cómo alguien puede sentirse orgulloso de ser vasco [...] los vascos me parecen más inservibles que los negros y los negros no han servido para otra cosa que para ser esclavos*. Ku Kux Klan descarriado en el Cono Sur, como dicen algunos o no, la Academia Sueca dilucidará el supuesto enigma.

Pues, mientras con orgullo ingenuo, el escritor argentino confiesa cívicamente: *Creo que me he portado bien y tengo la conciencia tranquila*, en otra parte muestra un mal comportamiento cívico con sólo afirmar: *No puedo pensar que Hiroshima sea peor que cualquier otra batalla: hizo que terminara la guerra en un día*.

Pero hay algo más. Si por un lado recalca Borges que le *repugna la idea de que una persona permita que le digan “Perón Perón que grande sos”, porque ese tipo está loco o es un imbécil*; por el otro sentencia que *a la libertad se le ha dado demasiada importancia porque la mayoría de las personas no saben cómo ejercerla*. No sin preguntar y responderse esto: *¿Qué no se debe de mantener a las masas en el oscurantismo?, ¿y por qué no?* Si a las masas se les mantiene en el oscurantismo, no se enterarán del rechazo final que sufra la candidatura de Borges como aspirante al Premio Nobel en éste y los años subsecuentes. Tampoco las masas se enterarán del deceso de Borges cuando ocurra, longevo como es puede ajustar el centenario.

Borges recuerda que estuvo en contra del peronismo *justamente porque era liberticida y de raíz fascista*, pero en otra parte escribe: *Hitler enloqueció a todo el pueblo alemán, aunque fue una locura heroica, atroz, terrible y nefasta, pero sin duda heroica también*. Parecería por ello que había en Borges una secreta admiración por Hitler, aunque hace otras afirmaciones contradictorias, como está dicha en forma lastimera: *Sé que existen y espero que desaparezcan las diferencias angustiosas en el reparto de la riqueza y ojalá alguna vez tengamos un mundo sin fronteras y sin injusticias*, para rebatirse a sí mismo de esta forma: *La lástima degrada al compadecido y al compasivo*, al paso que en otro sitio agrega *vale más dirigir a las masas que informarlas [...] Argentina iba mejor cuando estaba gobernada por un pequeño grupo de*

personas. Frase pronunciada antes de 1976 cuando la oligarquía castrense tomó el poder, de modo que el desbrujulado escritor ha de estar muy conforme ahora.

Además prorrumpie Borges, primero con condescendencia: *Yo detesto a los comunistas pero por lo menos tienen una teoría*; para terminar con ellos: *Si se ve la guerra de Vietnam como parte de la guerra contra el comunismo, está plenamente justificada*. Porque el odio al comunismo de Borges fue superior al que abrigaba por el peronismo. Si hubiese sido al revés habría pedido no una sino dos o más bombas de hidrógeno para arrastrar al peronismo y con él a su patria, esa a la cual Borges no se sentía tan apegado. Repudia al nacionalismo sin distinguirlo del chauvinismo, es un europeizante, un *pocho* escandinavo.

Un día se le preguntó a Borges qué era lo que más odiaba y respondió que dos cosas: *primero*, y con sinceridad sospechosa, *la popularidad*, y *después*, *el peronismo*. Para esto último no le faltaban motivos pues, como lo dice el escritor: *Perón me persiguió porque yo era democrático, como se decía entonces, jamás porque yo hubiera sido antiobrero o cosa parecida. Puso presas a mi madre y a mi hermana, no me pudo perdonar que cuando yo estuve en Norteamérica y me preguntaron por Perón yo hubiese contestado: no me interesan los millonarios. Ni que cuando me preguntaron por su mujer, yo hubiese contestado: tampoco me interesan las prostitutas*. Era un ser pasional y veraz esta vez.

Por otra parte, sus opiniones sobre la Unión Soviética y Estados Unidos, en cuanto que significaban dos estilos de vida, no carecen de sugestivo interés. Así, por ejemplo, dice: *El mundo estaba mucho mejor cuando mirábamos a Europa, pero ahora tenemos que mirar hacia Moscú o hacia Washington. Me parece que estamos mirando a dos países esencialmente subalternos*. O bien dice: *Ese estilo de vida tan domesticado no creo que pueda ofrecer nada. Tal vez no sean tan diferentes Estados Unidos y Rusia: parece que no hay individuos, que no se producen gustos individuales. Todo está prefijado. ¡Pensar que ahora tenemos que elegir entre dos países tan mediocres como Estados Unidos y Rusia!*

Nunca ha aclarado si terminará inclinándose por alguno de los dos, aunque diga: *Espero que Rusia sea mejor que Estados Unidos, la conozco muy poco, pero realmente tener que elegir entre una nación medio asiática y un país en plena decadencia...* y parecería inclinarse por la URSS, visto el enigma a la luz de tan feroz juicio antiyanqui como el siguiente: *los Estados Unidos son un país de segundo orden. Norteamérica es simplemente una gran potencia y es lo más triste que puede ser. Son muy ignorantes. No supieron decirme quién era Bernard Shaw. La gente de los Estados Unidos es de una ignorancia insuperable [...] encima de ser ignorantes, los americanos apestan.* También afirma: *no voy a las recepciones de la Embajada Soviética donde sirven vodka y caviar. No sigo ese régimen.*

Aunque una cosa sí puede decirse: si Borges fuera ciudadano norteamericano sufragaría sin duda por Reagan. Véanse sino los siguientes párrafos escritos por él hace casi cuatro años: *¿Usted vio la última campaña presidencial? ¡Qué vergüenza! Con Carter recorriendo todo el país en un avión que se llama El maní volador. ¿No es una vergüenza? Bueno, pues ha sido elegido: es el caso del peronismo [...] es algo demagógico. Un presidente que todas las semanas de dos a cinco tiene un día en el cual atiende personalmente el teléfono, es muy sospechoso ¿no? Cuando fue a Texas se presentó ante los chicanos con un sombrero mexicano para congraciarse con ellos, lo que indica que es una persona burda y astuta [...] según el color local se disfraza de obrero, de ferroviario, de caballero...*

En cuanto a la postura de este gran escritor frente a su fama y aspiraciones por el Premio Nobel, podríamos decir que, con estudiado sentimiento de menosprecio y suscitado al desgaire la compasión, Borges dice de él mismo *siempre me resultó extraña mi popularidad. Nunca la quise. No me considero un buen escritor. Soy decididamente monótono. Soy popular por razones extraliterarias. Soy viejo. Soy ciego. Nací en un país exótico como Argentina. Soy sudamericano. Todas esas cosas conmueven a los estudiantes norteamericanos y a los europeos.* Mientras en otra parte asegura, con teatral seriedad, *yo no me siento maestro. No puedo dejar un mensaje para generaciones futuras puesto que yo mismo no he sabido gobernar mi vida, y ni siquiera sé si ha sabido*

gobernar mi obra literaria. Y añade: Yo he sido inventado por mis traductores; los prefiero, ya que salgo muy mejorado.

Cuando le dicen que estas frases son sólo *bluff*, Borges responde: *De acuerdo, pero es un bluff involuntario.* Porque él sabe como nadie que es un gran escritor y si hay *bluff* en él habría que atribuirlo a su estructura moral.

Porque si fuera auténtico el *mea culpa* que viene después, sospecharía que anida en él no escasa insensatez cuando anhela obtener el Premio Nobel, precedido sólo de 12 páginas pasadas rigurosamente por la criba borgeseana, la que eliminó 99 de cada 100 escritas por él. Esta es su *mea culpa*: *Estoy arrepentido de casi todo, tantas y tantas páginas mediocres han sido necesarias para obtener a veces una buena. De las 1,200 páginas que he escrito sólo se salvaría una docena.*

Y vuelve a la carga para desempeñar su papel de contrito y compungido al decir: *No soy un pensador. Me creo un hombre bueno y tal vez un santo, lo cual es una prueba suficiente de que en realidad no lo soy.* Y asoma en Borges su vanidad de pecador cuando relata: *Resulta curioso, pero me suele ocurrir cuando tomo un taxi en Buenos Aires: el taxista se vuelve a mí y me dice: ¿es usted casualmente Borges? y yo le respondo: no sé si casualmente, pero soy Borges. Me aprieta la mano y no quiere cobrarme el trayecto. Esas personas ven en mí un representante de algo que no pueden alcanzar: la literatura.*

¿Se miente a sí mismo Borges cuando dice?: *Quiero dejar escrito que no he cultivado mi fama, que será efímera, y que no la he buscado ni alentado. ¿O simplemente nos miente?* La suya es una extraña y equívoca información pues a propósito de haber sido rechazado Borges para recibir el Premio Nobel en el año de 1979 dijo: *Qué raro que yo, que soy uno de los pocos que reparo en Escandinavia, que la quiere y hasta escribió sobre ella, me sienta rechazado por Escandinavia. Me interesa esa región desde que mi padre me regaló una versión inglesa de las Woksunga Saga. Me gustó tanto que después le pedí una mitología escandinava.*

Borges simula que el Premio Nobel no le atrae, sin embargo se ocupa de ese galardón con gran minuciosidad e insistencia, sin olvidar los nombres de quienes han sido los sucesivos agraciados. Veamos lo que dice, no

sin cierto regusto melancólico o de reproches respecto de algunos galardonados, quien año con año es postergado en Suecia para obtener una preseña tan ambicionada por los grandes escritores contemporáneos: *Algo raro sucede con el Premio Nobel, no sé. Los ganadores, como víctimas de algún misterioso exorcismo, toman actitudes también misteriosas. Se entristecen, como si ganar fuera perder.* Y va Borges relatando lo ocurrido con algunos escritores premiados, por ejemplo dice que: *Eliot, quien lo ganó en 1948 dijo al conocer la noticia: “Puedo aventurar que darán ustedes por sentado que experimenté todas las emociones normales de exaltación y vanidad propias de cualquier ser humano en semejantes circunstancias, con goce de halago y exasperación por el inconveniente de haber sido súbitamente transformado en figura pública”.* Es decir, se fabricó una coraza Eliot de ironía de palabras cuando le hubieran bastado el silencio y la aceptación. De William Butler Yeats, que obtuvo el premio en 1923, un irlandés de talento indudable, dice Borges que *casi se pone a llorar durante el discurso en la Academia Sueca, al recibir las coronas.* Súbitamente nostálgico, en lugar de hablar de su obra empezó a recordar a todos los hombres y mujeres de su generación literaria, y acabó lamentándose por ellos, por su vejez y sus frustraciones.

Al referirse Borges al premiado Juan Ramón Jiménez dice que *también eludió hablar de sí mismo en la Academia y en su discurso aseguró esto: “mi mujer, Zenobia, es la verdadera ganadora de este premio. Su compañerismo hizo posible mi trabajo durante 40 años. Hoy, sin ella conozco la desolación y el desamparo”.* Y sigue diciendo Borges: *Es curioso, insisto, todos hablan de todos menos de ellos y de su obra que es lo que en todo caso importa. También los hubo desdeñosos, indiferentes y arrepentidos. Sartre lo rechazó en 1961 por una postura política que personalmente no me resultaba simpática.*

Samuel Beckett —sigue diciendo Borges— *lo aceptó, pero dijo que el premio “no era más importante que sus vacaciones en Túnez”, en tanto que Miguel Ángel Asturias se lamentó diciendo: “sé que este es un premio para hipopótamos. En esto me he convertido, yo que fui un rebelde”.* Y se embolsó las coronas.

Sí, Borges codicia ese premio y formula esta hipótesis dubitativa de lo que haría si lo obtuviese: *Desde luego, ignoro qué actitud tomaría yo ante el premio. Pero, como de costumbre no me lo darán. Me ahorrarán el trabajo de averiguarlo.* Y destaca el hecho de que quienes otorgan los premios suelen criticar con dureza al premiado. Y en un lapso que se le escapa a Borges tal como si él hubiera sido uno de los galardonados dice: *Los jurados lo retan a uno. A Ernest Hemingway, ganador en 1954 le enrostraron esto: “sus primeros escritos tienen costados brutales, sínicos y callosos”. Desde luego Hemingway no se inmutó. Festejó el premio con unas buenas copas y dijo, mientras daba puñetazos en la mesa: “¡Me lo debían hace años! ¡Tenían que dárme!”*

Borges prosigue repasando la conducta de quienes otorgan los premios ante quienes los reciben, y dice así: *Con Kipling los jurados fueron injustos en 1907. “Su idioma poético, señor Kipling, es demasiado rudo”, sentenciaron: “Sus baladas bordean la vulgaridad. Su obra, en general, carece de profundidad de pensamiento y de sabiduría superior”. Sospecho —agrega Borges— que Kipling no pudo entender por qué le habían regalado todas esas coronas suecas y que la incógnita lo atormentaría.* Y vuelve a fraguar otra interrogante hipotética, después de subrayar que él no tiene el coraje de Rudyard Kipling ni el temperamento de Hemingway: *¿Qué haré entonces yo para soportar estoicamente los fundamentos de mi premio en el caso de que —por torpeza, por distracción o por las dos cosas— decidan dárme a mí?*

Este año parece que el Nobel recaerá en un poeta polaco cuyo nombre ha sido ya anunciado. Borges no lo recibirá aun cuando insista en su antiguo interés por Suecia, el país donde se entregan los premios, porque hay un inconveniente que el jurado calificador puede y debe recordar en éste y los años próximos: la conducta obsecuente del distraído Borges cuando hace poco aceptó una presea del déspota chileno actual —Pinochet—, comportamiento que nuestro compatriota Octavio Paz hubiera sido incapaz de emular, alérgico como es a toda forma de tiranía. Octavio Paz, de quien soy admirador a partir de las diferencias y coincidencias de pensamiento que hay entre él y yo. Pero volviendo a Borges, el año pasado su capitulación

fue tan evidente que, fingiendo desmemoria, dijo: *Yo sabía que me jugaba el Premio Nobel cuando fui a Chile y el presidente [...] ¿cómo se llama? ¿Pinochet? Sí, Pinochet me entregó la condecoración.* Pero nadie le cree y luego, cuando el año pasado fue pospuesto el gran escritor argentino por décima quinta ocasión para recibir el Premio Nobel por la Academia Sueca, tan desafortunado suceso para la egolatría de Borges —crítica y ostensible a la vez—, formuló este comentario: *Sí, ya sé que el Nobel es para Odysseus Elytis. No estoy resignado. Más bien me siento aliviado. No conozco la obra de este poeta pero me alegro de que sea griego [...] si alguna vez me dieran el Premio Nobel me sentiría muy contento pero es una tradición de mi vida que eso no ocurra.*

Algo, en la relación de Borges con el Nobel, recuerda la fábula de la zorra y las uvas verdes, sobre todo cuando dice de sí mismo: *Creo sinceramente que no lo merezco. Ni ése ni ningún otro premio. Mi obra no precisa de premios. Hace 15 años que se menciona esa posibilidad y luego se lo dan a otro [...] me dicen que renuncie al Nobel. ¿Cómo voy a renunciar si la Academia Sueca ha renunciado a mí? Además es muy posible que los suecos no tengan la menor idea de quién soy ni de lo que he escrito. En fin, me quedo con mis 80 años...*

Todo parece indicar que Borges está resignado a no figurar en la galería de los galardonados con tan codiciada presea. Será mejor para él. Admirable como su obra, su esteticismo nietzscheano lo aleja de la responsabilidad moral que debe conllevar todo gran escritor de nuestro tiempo y aspirante al Premio Nobel. No obstante, un síntoma parece contradecir este pronóstico: Borges parece haber solicitado su ingreso al Partido Comunista Argentino. Como un espléndido y genial desvergonzado.

Luis Cabrera*

Uno de los tres o cuatro escritores con mayor capacidad polémica de este siglo es sin duda alguna Luis Cabrera.

Su talla es comparable a la del vitriólico Francisco Bulnes y a la de Trinidad Sánchez Santos, cuyas plumas en lugar de tinta solían mojarlas en ácido sulfúrico diluido en coñac, porque en efecto corroía y sulfuraba a cuantos tocaba.

Profesor eminente de Derecho Público hacia el primer lustro de la presente centuria, cuando apenas contaba con 20 años de edad, Luis Cabrera se dio a conocer al dar a luz una serie de artículos cuyo rubro general fue el de "¿Quiénes son los científicos?"

Allí, en esos escritos iniciales de sus años mozos, suscritos con el seudónimo de Blas Urrea, hizo la disección de la gerontocracia que rodeaba a Porfirio Díaz: Luis Méndez y Agustín Rodríguez, Pablo y Emilio Macedo, Emilio Rabasa y Atenodoro Monroy, Justo Sierra y Joaquín Baranda y otros más; cada uno de ellos se sentía depositario exclusivo de la sabiduría, movido por una arrogancia insensata; sin embargo poseían un enorme saber en el campo de la ciencia jurídica, de la economía y de las humanidades.

Pero frente a ese saber supuestamente monopolístico, se hallaba una generación cuya precoz sabiduría en nada desmerecía con aquellos científicos: Rodolfo Reyes y Andrés Molina Enríquez, Enrique Flores Magón

* Artículo publicado en *El Popular* en 1975.

—no Ricardo— y el propio Luis Cabrera, Antonio Díaz Soto y Gama y Diódoro Batalla, y otros tantos quienes al alborar el siglo XX, pusieron su conocimiento al servicio de la renovación de las instituciones semifeudales que prevalecían en una sociedad enferma de parálisis, y de ausencia de toda capilaridad social y política.

Fue tan decisivo el éxito que tuvo la serie de artículos publicados por Luis Cabrera con el seudónimo de Blas Urrea, que no resultaba caprichoso afirmar que de allí brotó la falta de respeto que empezó a tener el grupo científico ante la conciencia popular.

En un bufete jurídico ubicado en la calle de Escalerillas —ahora Guatemala— precisamente a espaldas de la Catedral, Luis Cabrera llevaba asuntos contenciosos junto con Molina Enríquez —precursor teórico del agrarismo— y Rodolfo Reyes hijo del general Bernardo Reyes y hermano mayor asimismo de quien habría de ser el célebre humanista Alfonso Reyes. Pero entonces era tan alto el rango intelectual de Rodolfo, que los hombres de aquella época aseguraban que el inteligente de la familia era éste, mayor 15 años que aquél.

Cabrera contribuyó con la eficacia de su pluma al derrocamiento de la dictadura vitalicia de Díaz y una vez concluido el itinerario semestral de León de la Barra, se sumó a las filas del maderismo triunfante. Formó parte de la memorable XXVI Legislatura del Congreso Federal al lado de Jesús Urueta —el mejor orador de su tiempo— y de José Natividad Macías, quien cinco años más tarde habría de ser el autor del anteproyecto de la Constitución vigente.

Uno de los más importantes discursos pronunciados por Cabrera como diputado por Chalchicomula, fue el relativo a la abolición de las tiendas de raya. En el texto de esa notable pieza oratoria, puede advertir el lector joven de nuestro tiempo, la raíz doctrinaria del Artículo 27 constitucional en la parte respectiva a la Reforma Agraria. La lectura del citado discurso de Cabrera evidencia la capacidad de análisis riguroso y sistemático que poseía, usado esa vez en torno al antiguo y todavía actual problema de la tenencia de la tierra.

Cabe recordar también la cata punzante que Cabreara dirigió a don Francisco I. Madero cuando esté, impulsado por un generoso afán de evitar la prolongación del derramamiento de sangre fratricida, suscribió los Tratados de Ciudad Juárez. En aquella carta Cabrera acuñó la repetida sentencia: “Revolución que transa, revolución que se suicida”.

Asesinado Madero, víctima de su propio apostolado y —por qué no decirlo— también de su inadvertencia política, Cabrera forma parte del grupo de diputados que desconocen la usurpación de Victoriano Huerta y se afilia resueltamente al movimiento constitucionalista jefaturado por Venustiano Carranza.

Vencido Huerta y firmados los Tratados de Teoloyucan —que dieron paso al breve itinerato presidencial de Enrique Carbajal—, Cabrera mantiene su lealtad al constitucionalismo carrancista, cuando la Revolución se convierte en lucha de facciones y un grupo de militares establecen —frente al de Carranza— gobiernos duales encargados del Poder Ejecutivo cuyos sucesivos jefes fueron Eulalio Gutiérrez, Roque González Garza y Francisco Lagos Cházaro.

Cabrera, mediante sus escritos y su palabra contribuyó al triunfo del movimiento constitucionalista con la misma eficiencia con que ayudó a ese triunfo en el campo militar el brazo armado de Álvaro Obregón, el gran vencedor de Francisco Villa en Celaya.

Y lo que empezó por ser un intento de restaurar la vigencia de la Constitución de 1857 y el orden legal que de ella se deriva —roto por el dipsómano Victoriano Huerta— se transforma en un afán de replantear las bases del derecho público sobre las cuales debían descansar las nuevas instituciones que los grandes núcleos populares pugnaban por fincar, ello como precio de la sangre derramada por un millón de muertos en esa guerra fratricida.

Encargado Carranza del Poder Ejecutivo, con base en el Plan de Guadalupe suscrito en marzo de 1913, el Barón de Cuatro Ciénegas convoca a elecciones de diputados constituyentes, quienes una vez nominados por el voto popular integran el Congreso Constituyente que sesionó del 1 de di-

ciembre de 1916 al 5 de febrero de 1917, fecha ésta en la que se promulgó la nueva carta fundamental que nos rige.

Ratificados sus títulos legales, ya no como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista encargado del Poder Ejecutivo, sino como presidente provisional, Carranza asume dicho cargo por decreto del Congreso Federal y procede a convocar elecciones federales, tanto para integrar el Senado como la nueva Cámara Baja dentro de un Congreso bicameral, así como para que, mediante el voto directo, universal y secreto fuese designado el nuevo presidente de la República.

Ese voto favoreció a Carranza, no obstante que la recién promulgada Constitución prohibía la reelección presidencial. Pero ello fue así, porque no se trataba técnicamente de una reelección, ya que la encargaduría del Poder Ejecutivo que desempeñó Carranza no provenía del voto del pueblo sino de lo previsto en el Plan de Guadalupe, suscrito por jefes militares improvisados que se proponían —y lo lograron— el derrocamiento del usurpador Huerta.

Tampoco la Presidencia Provisional que el Congreso Constituyente confió a Carranza antes de clausurar su único periodo de sesiones, procedía del sufragio popular, directo y secreto. Por eso Carranza pudo sucederse a sí mismo en el mando supremo de la nación y no hubo impedimento alguno para ser electo por un periodo comprendido entre el 4 de diciembre de 1917 y el 30 de noviembre de 1920, mandato popular que no concluyó Carranza merced a que el Plan de Agua Prieta —suscrito en abril de 1920— lo derrocó mediante su asesinato perpetrado el 24 de mayo del año citado en Tlaxcalaltongo, Puebla.

Pero volvamos a Luis Cabrera. Éste fue secretario de Hacienda del presidente Carranza en una época tormentosa en que convencionistas y constitucionalistas se disputaban y ejercían el mando en forma alternativa, no sin emitir moneda depreciada —que el pueblo llamaba bilimbique— cuyo circulante alcanzó un grado de inflación nunca conocido en México, ni antes ni después, y sólo semejante a la inflación que Alemania registró en los meses posteriores a la firma del Tratado de Versalles. Tan galopante

inflación, provocó hambre generalizada y un cruel mercado negro de los alimentos. Luis Cabrera se hizo cargo de la Hacienda Pública y desempeñó su función con la misma eficacia empleada por él para traducir del hebreo al español el *Cantar de los Cantares*, tal como lo logró décadas más tarde, alejado ya de los asuntos públicos.

Exiliado del país al triunfo del aguaprietismo, regresó a la capital de la República en 1930, en pleno gobierno del presidente Ortiz Rubio. Alternó su oficio de escritor con su profesión de abogado. Y cuando aceptó dictar una conferencia en la Biblioteca Nacional a los pocos meses de haber regresado al país, su animadversión contra Plutarco Elías Calles —el llamado jefe máximo de la Revolución— la expresó de manera desafiante: leyó y exhibió un supuesto estado de cuenta del Banco de Londres según el cual Calles aparecería como gran depositante en libras esterlinas. La veracidad de Cabrera esa vez se quebrantó al influjo de la pasión política, pues Calles no poseía fortuna alguna y menos depositada en un banco extranjero. Lo que sí tenía Calles era una influencia política tan incontrastable que, al ejercerla con el presidente Ortiz Rubio, logró que al momento mismo de terminar su conferencia en la Biblioteca Nacional, Cabrera fuese puesto en un avión y trasladado a Guatemala.

Desaparecido el maximato callista que abarcó los gobiernos de Portes Gil, Ortiz Rubio, Abelardo Rodríguez e incluso en los primeros siete meses del sexenio cardenista, don Lázaro —al romper con Calles y reasumir la dignidad adscrita a su condición de jefe de Estado— permitió la repatriación de los carrancistas exiliados tres lustros atrás, al paso que rehabilitó la figura de Venustiano Carranza proscrita y denostada por los aguaprietistas durante tres lustros. Por lo pronto, en la capital, a la calle de Capuchinas se le puso el nombre de Venustiano Carranza.

Al abrigo de aquella amnistía Luis Cabrera retorna a su patria y de nueva cuenta ejerce su profesión de abogado. Y como todo gran hombre está impregnado de claroscuros, Cabrera patrocina jurídicamente los intereses de las empresas petroleras y se enfrenta al impulso ascensional que Cárdenas dio a la Revolución Mexicana. Acaso nada describe mejor su

oposición al cardenismo que su lacerante libro titulado *La Revolución de entonces y la Revolución de ahora*.

En verdad se trata de una diatriba en contra del presidente michoacano, cuyas páginas tuvieron gran éxito a fines del cardenismo, pues la tesis anticardenista fue capitalizada electoralmente y con gran diligencia por quienes sostenían la candidatura de Juan Andreu Almazán.

Esa etapa oscura de la vida y obra de ese gran escritor que fue Luis Cabrera, fue sustituida más tarde por una etapa de claridad luminosa, cuando en el gobierno del presidente Ávila Camacho, Cabrera desempeñó con gran patriotismo el puesto que su paisano le confirió: el de jefe de la Junta de Vigilancia de Bienes del Enemigo, órgano que tenía las atribuciones de administrar las posesiones de alemanes, italianos y japoneses intervenidas con motivo de la declaración de guerra que México hizo al Eje Nazifascista el 22 de mayo de 1942.

Cabrera dedicó los años de su vida correspondientes al mandato del presidente Alemán al ejercicio de su profesión de abogado, no sin alternarlo con su actividad de escritor público. En efecto, es muy aleccionadora la copiosa producción de Cabrera reflejada en la prensa desde 1946 a 1952.

Lamentablemente en los dos voluminosos tomos de sus *Obras completas* —en realidad se trata de sus obras incompletas—, no figura la serie de escritos donde Cabrera impugnó el Tratado de Quintandina, firmado en Río de Janeiro en 1947, cuando era secretario de Relaciones Exteriores el extinto poeta Jaime Torres Bodet.

En esa serie de artículos sobresale la polémica que sostuvo don Luis con Narciso Bassols —en torno a dicho Tratado—, digna de verdad en figurar en un tomo antológico sobre la polémica en México. Ambos, Cabrera y Bassols, se oponían a un convenio multilateral cuya esencia consistía en obligar a México a acudir con su ejército para repeler cualquier agresión comunista que sufriesen los países del Nuevo Mundo. El Tratado Quintandina de ayuda militar recíproca y automática, firmado por nuestra Cancillería durante los inicios de la Guerra Fría, afortunadamente no fue aprobado por el Senado de la República, acaso por el influjo que tanto Cabrera como Bassols ejercían en la opinión pública nacional.

Cabe recordar que México fue el único país cuyo Senado no aprobó semejante Tratado. Pero el punto de vista de Bassols, según el polemista poblano, estaba maculado de origen, precisamente por la filiación marxista de don Narciso. Cabrera, en su célebre polémica, sostuvo que sólo tenían derecho a oponerse a tan ominoso instrumento jurídico internacional quienes estuvieran movidos por un auténtico patriotismo y no por *engordar el caldo* a una potencia extracontinental; en ese caso la Unión Soviética. Uno y otro escritor coincidían en su posición a lo suscrito en Quintandina pero discrepan de sus respectivos puntos de partida: uno lo hacía desde el Zócalo o corazón mismo de la República, y el otro lo hacía desde las cúpulas del Kremlin y el centro de la Plaza Roja.

Aun cuando el Senado de México no aprobó la referida convención internacional, esa Cámara condicionó su aceptación para cuando se definiera con la máxima claridad el concepto de agresión, proponiendo nuestra delegación en la Unión Panamericana la integración de una comisión *ad hoc* para dicho propósito, comisión que durante 12 años no fue capaz de ponerse de acuerdo sobre la definición de agresión, razón por la cual el pacto de Río de Janeiro nunca alcanzó obligatoriedad para los países signatarios.

Tan pronto principió el gobierno del presidente Ruiz Cortines, el 1 de diciembre de 1952, éste designó a Luis Cabrera como su consejero, razón por la cual el último artículo del escritor poblano consistió en enunciar a sus lectores de *El Popular* —donde colaboraba— que todo lo que tuviera que decir en sus artículos hebdomadarios destinados a sus lectores, lo diría en adelante a un solo lector, el presidente Ruiz Cortines, ante quien podía convertir en actos de gobierno sus puntos de vista emitidos como escritor público. Más todavía: Luis Cabrera, en ese artículo final a que se alude, dijo algo completamente irrefutable consistente en patentizar la incompatibilidad que existe entre ser consejero del presidente de la República y ser al mismo tiempo escritor político. Tenía razón el poliédrico Cabrera.

Sólo faltaría para integrar cabalmente las verdaderas *Obras completas* de Cabrera incluir en ellas dictámenes y memorándums que el escritor

poblano dirigió al presidente Ruiz Cortines. Con ello no sólo se superaría el propósito fallido de las llamadas *Obras completas*, ya publicadas, sino que se contribuiría a divulgar el concienzudo pensamiento de este patriota ejemplar que fue Luis Cabrera en relación con la administración pública federal correspondiente al primer bienio del mandato ruizcortinista.

Enrique Cárdenas de la Peña*

Merece encomio todo cuanto contribuya a aumentar en lo mexicanos la conciencia de nuestra historia nacional, justamente porque el patriotismo más alerta es aquel que se nutre de un progresivo conocimiento de los sucesos registrados en nuestro país y que afectarán nuestro destino nacional para bien o para mal.

Por eso es loable el patrocinio de Mario Ramón Beteta como director de Banca Somex, S.A., para editar la obra del doctor Enrique Cárdenas de la Peña, donde se difunden 1,000 breves semblanzas biográficas de personajes mexicanos y extranjeros, vinculados de algún modo a nuestro insosegado siglo XIX.

En los tres tomos de la obra titulada *Mil personajes en el México del siglo XIX* desfilan las efigies y semblanzas de insurgentes y realistas, monárquicos y republicanos, federalistas y centralistas, separatistas y unionistas, intervencionistas y patriotas, liberales y conservadores, pensadores de lo que ahora llamaríamos de la izquierda y de la derecha, pintores y arquitectos, juristas y militares, científicos y poetas, jefes de Estado y embajadores de los países que nos agredieron o de los países que mantuvieron amistad con México, viajeros ilustres europeos y artistas e intelectuales de varios países, comandantes militares invasores y peregrinos de las libertades humanas que tomaron las armas al servicio de nuestra soberanía nacional.

*Nota introductoria a la obra *Mil personajes en el México del siglo XIX* de Enrique Cárdenas de la Peña, editada en tres tomos y publicada por Somex, S.A. en 1980.

Es evidente que esta enumeración clasificadora no es exhaustiva, del mismo modo que no lo es la nómina de los 1,000 personajes relacionados con México durante el siglo XIX. No podían serlo porque con un intento semejante se habría llegado a una edición más caudalosa todavía e incompleta, porque *lo perfecto es enemigo de lo bueno*.

Este trabajo de Cárdenas de la Peña es bueno en la medida que divulga entre los mexicanos curiosos de su pasado, a un millar de personajes que constituyen un estímulo en el lector para ampliar los datos y noticias que posea sobre la historia nacional.

Puesto a elegir el autor entre el orden cronológico y el orden alfabético para colocar cada una de las fichas con su respectiva reproducción iconográfica, optó por el método alfabético por ser más funcional la consulta del contenido de la obra. Sin embargo, ello nos hace saltar de un decenio a otro entre nombre y nombre, sin provocar cierto sabor de anacronismo inevitable. También deja en el lector atento un regusto cercano a la insatisfacción, al advertir que entre los personajes vinculados a México durante el siglo XIX, algunos posan un pie sobre el siglo citado y otro pie sobre buena parte del siglo XX. Este solo hecho conduce a suscitar la interrogante de por qué no se incluyeron más personajes que fueron verdaderos puentes entre ambos siglos y cuya obra, adversa o favorable a México, afloró tanto en la pasada centuria como en la actual.

Así y todo, esta hermosa edición —que recuerda el libro de Francisco Sosa *Biografía de mexicanos distinguidos*— es una rica contribución para familiarizarnos con la historia nacional contemplada desde cada uno de los 1,000 ángulos representados por otros tantos personajes aludidos con obligado laconismo en esta preciada joya bibliográfica destinada a coleccionistas y bibliófilos.

El enfoque viciado a percibir a quienes fueron protagonistas o deuteragonistas de la historia nacional como héroes impolutos o como villanos integrales, nos lleva a menudo a concepciones extravagantes en la interpretación de nuestro pasado.

El bueno bueno y el malo malo no existen como gestores favorables o adversos a la historia nacional. Cada uno de ellos tiene claroscuros. Y, cuando hablamos de héroe, nos basamos en un balance sereno en el que prevalecen las acciones positivas frente a las negativas. Y al revés: cuando prevalecen las acciones negativas frente a las positivas, solemos calificar de antihéroe histórico al sujeto examinado.

A la altura de los dos últimos decenios del siglo xx en que nos hallamos, tiene razón Cárdenas de la Peña en requerir de una objetividad en el examen de nuestro pasado que no esté maculada por versiones tradicionales —iba a decir, oficiales—, ni troncar el análisis con una actitud visceral y subjetiva.

Conviene destacar, al desgaire, los nombres de algunos personajes que se hayan rodeados de curiosos antecedentes o de noticias a menudo desconocidas.

Por ejemplo, el nombre de Manuel Díez de Bonilla, quien fue representante de México ante la Santa Sede en 1851 y luego lo designó Santa Anna secretario de Relaciones Exteriores. Según el decir de algunos de sus coetáneos, el nombramiento se debió entre otras cosas al hecho de haber escrito Díez de Bonilla, en verso, *El arte de trinchar un ave en una buena mesa*, obrilla cuyo mero título ya indicaba un refinamiento de maneras y usos que distaban bastante del hábito de muchos miembros del gabinete santanista de comer desenvueltamente con los dedos de la mano.

Díez de Bonilla vivió en la famosa Casa de los Perros, demolida en la década de los treinta del presente siglo en el sitio preciso donde construyó el Banco de México el edificio Guardiola.

También vale la pena recordar el nombre del marqués Ángel Calderón de la Barca, el primer ministro plenipotenciario español acreditado en el México independiente, cuya esposa y nombre de soltera fue Frances Erskine Inglis. Era de origen inglés y avecindada en Estados Unidos. Perteneció a la aristocracia intelectual de Boston, integrada entre otros por el poeta Longfellow, el filósofo Ralph Waldo Emerson, el poeta Ticknor quien introdujo a Frances con el historiador William Prescott y éste a su vez la presen-

tó con su futuro esposo, el diplomático español de origen argentino, Ángel Calderón de la Barca. Pero el rango nobiliario de marquesa se lo concedió el rey Alfonso XVII hasta 1876, cuatro decenios después de haber residido la marquesa en México como consorte del ministro plenipotenciario español.

Se halla también en la obra de Cárdenas de la Peña, José Manuel Hidalgo y Esnaurrizar; un petimetre, enamoradizo y solterón que en la intimidad de la alcoba sugirió a Eugenia de Montijo persuadiera a su marido Napoleón III, lanzarse a la aventura de establecer un imperio en México y extenderlo a la católica América Latina.

También es interesante conocer a Rafael Martínez de la Torre, defensor de Maximiliano, quien junto a Mariano Riva Palacio —el padre de don Vicente— pidieron el indulto del archiduque a Juárez cuando éste despachaba en San Luis Potosí. La rectitud moral de Martínez de la Torre fue tan grande que, con independencia del juicio que nos merece la causa que defendía, se negó de modo terminante a cobrar sus honorarios profesionales, razón por la cual el emperador austriaco, Francisco José, hermano de Maximiliano, envió desde Austria una vajilla de plata al pundonoroso abogado.

Asimismo se encuentra en la obra de Cárdenas de la Peña la ficha de Ignacio Mariscal, quien fue el secretario de Relaciones Exteriores que más duró en ese puesto —27 años— habiendo muerto en el desempeño de su cargo en 1910 cuando todavía gobernaba Porfirio Díaz. Parece ser que don Ignacio Mariscal era el último superviviente de los diputados integrantes del Congreso Constituyente que debatió y aprobó la Carta de 1857.

Se decía que en Inglaterra Mariscal había hecho amistad con Ana Besant, la divulgadora en Europa de la teosofía y del espiritismo de Alan Kardek; se comentaba en México que en la casa misma del canciller Mariscal, solía acudir, el apóstol de la democracia, Madero, a las sesiones de ese extraño rito, años antes de encabezar la Revolución antirreeleccionista contra Díaz.

Figura por supuesto también en la obra de Cárdenas de la Peña, el catalán Jaime Nunó, quien siendo jefe de las Bandas Militares de la Monarquía española en Cuba, conoció a Santa Anna en uno de sus exilios.

El Quinceañero —como decían a Santa Anna sus malquerientes contemporáneos — cuando regresó a México para ejercer por décima primera vez el gobierno de la República, invitó a Jaime Nunó a residir en nuestro país en 1853. Un año más tarde resultó premiada la composición musical de Nunó para el Himno Nacional, del mismo modo que fue premiado el texto poético de González Bocanegra, cuya letra contenía una desorbitada exaltación de Santa Anna.

El Himno fue cantado por primera vez la noche de 15 de septiembre de 1854 —por una compañía de ópera italiana integrada por el tenor Salvi y la soprano Salvemini—, no por gargantas mexicanas, como lo subrayó Francisco Zarco en su artículo crítico aparecido en el periódico que dirigía, donde pronosticaba, fallidamente, que nunca sería cantado por los mexicanos. No fue así, aunque, al año exacto de haber sido escuchado por primera vez dicho canto nacional, Santa Anna ya tenía un mes de haber sido derrocado por la Revolución de Ayutla y el Himno no volvió a ser orquestado en ceremonia oficial alguna desde 1855, o sea, durante los gobiernos de Álvarez y Comonfort. Se volvió a tocar hasta 1862 cuando México fue invadido por las tropas napoleónicas, allá en Puebla en la batalla del 5 de mayo del año citado.

Curiosamente la liturgia oficial mexicana estilaba que se instrumentase *La Marsellesa* porque carecíamos de himno nacional. Cuando Juárez presidió el gobierno después de la Guerra de Tres Años y México estaba invadido por el ejército francés, resultaba realmente equívoco que para encender el espíritu bélico de las batallas de Puebla, nuestras bandas de guerra hicieran resonar los acordes de *La Marsellesa*, la misma que a su vez sí encendía por supuesto, el espíritu bélico de nuestros invasores. Por eso Juárez, con muy buen sentido despojado de todo espíritu partidista, sólo atendió a la belleza de la melodía creada por Nunó y ordenó que el

himno fuese tocado de nueva cuenta y cantado, pero ya sin aquellas estrofas que Bocanegra creó para exaltar palaciegamente la figura de Santa Anna.

Desde entonces el himno se convirtió en el canto nacional del país, y no es ocioso recordar ahora que Nunó, de espíritu conservador como era, compuso también un himno a Miramón y otro a Maximiliano, sin perjuicio de que, ya muy viejo hubiese hecho los arreglos de otro himno a Porfirio Díaz. Nunó además dirigió en la Plaza de la Constitución de la Ciudad de México, la banda que instrumentó el Himno Nacional precisamente cuando éste cumplió su cincuentenario en 1904.

Ello ocurrió así: Nunó regresó a México después de 37 años de ausencia y gracias al informe de un grupo de cadetes dado al Ministro de Guerra y Marina consistente en que en una casa de huéspedes de Boston, donde se alojaron tales cadetes, vivía el olvidado y ya muy anciano Jaime Nunó.

También se halla en la obra de Cárdenas de la Peña, entre otras fichas, la del general Leonardo Márquez, el célebre Tigre de Tacubaya, quien asesinó a los médicos y practicantes liberales que asistieron y hospitalizaron a los soldados y jefes militares heridos, pertenecientes al Partido Liberal.

No podía haber escogido peor agente diplomático Maximiliano —por consejo de Carlota— para el desempeño de una misión tan delicada y extraña como poco conocida: la de acreditar a Márquez su investidura como Ministro plenipotenciario del Imperio Mexicano ante la Sublime Puerta del Imperio Otomano para comprar al emperador de ese país los santos lugares.

El objetivo de Carlota consistía en recuperar el apoyo de pueblo católico y suavizar el encono del clero contra Maximiliano por su ostensible liberalismo. A tal punto era éste así que un tercio popular iba de labio en labio y subrayaba la semejanza ideológica que existía entre ambos personajes. Decía así el trístico citado:

Juárez indito,
Juárez güerito,
los dos igualitos.

No pudo ser más efectista el propósito perseguido por Carlota y Maximiliano: consistía en que nuestro país tuviese soberanía sobre los Santos Lugares, tales como el sitio donde se apareció a los Reyes Magos la estrella anunciando la venida de Jesús; el pesebre de Belén donde nació Jesucristo; la casa donde vio la primera luz la Virgen María en Jericó y el sitio donde Cristo efectuó la última cena con sus 12 apóstoles.

De no ser por el analfabetismo de Leonardo Márquez —hombre dotado más de armas que de pluma— la negociación de compraventa de los Santos Lugares se habría llevado a cabo con mayor prontitud, antes del fusilamiento de Maximiliano en el Cerro de las Campanas, y México se habría visto entonces y después en el difícil trance de sostener y retener esos dominios de ultramar en medio de una situación conflictiva, como lo fue la Primera Guerra Mundial que desmoronó al viejo Imperio Otomano y tan peligrosa como la reciente guerra árabe-israelí que estalló años después de la Segunda Guerra Mundial.

La ficha de Antonio López de Santa Anna también figura en la obra de Cárdenas de la Peña, merced a la relevancia que en forma intermitente tuvo ese caudillo de la vida pública nacional durante más de dos decenios: de 1833 a 1855, ello para no mencionar el Plan de Veracruz, que él suscribió en 1822, y cuyo triunfo se debe tanto a la caída de Iturbide —quien por cierto no figura entre las 1,000 fichas— como la fundación de la República, empresa política sobre la cual el veleidoso Santa Anna expresó que se trataba de un *pecadillo de su juventud* cuando se adhirió por escrito a la monarquía encabezada por Maximiliano.

Santa Anna es un personaje que está esperando ser el protagonista de una obra teatral emparentada con lo tragicómico o con el género de gran guiñol. Y no obstante el extenso periodo dentro del cual la figura de Santa Anna fue el trasfondo de nuestra tormentosa historia, sus 11 gobiernos apenas alcanzan los cinco años, 10 meses y nueve días, o sea, menos que cada uno de los siete últimos periodos sexenales cubiertos por otros tantos mandatarios, desde Lázaro Cárdenas hasta Luis Echeverría. Santa Anna, ambicioso concupiscente del mando, hizo publicar un decreto en su déci-

ma primera y última presidencia según el cual él se conservaría en el poder hasta que lo considerara necesario, no sin dejar el nombre de su sucesor en un sobre lacrado. Y como no tenía talento de fiscalista, creó un impuesto que gravaba la tenencia de los perros y otra exacción tributaria se fijó para las ventanas, según fuese el tamaño que ocuparan éstas en casas y edificios.

La pendular postura ideológica de Santa Anna hay que seguirla con un movimiento horizontal de cabeza, como se observa un partido de tenis, pues no fue capaz de renunciar a ninguna capitulación doctrinaria. En todas incurrió: fue realista e insurgente, monárquico y republicano, yorquino y escocés, centralista y federalista, liberal y conservador, para luego retornar a su original credo monárquico, no sin redescubrir prontamente su republicana inclinación.

En la meritoria obra de Cárdenas de la Peña sorprende la ausencia de cuatro fichas de gobernantes decimonónicos: la de Iturbide ya mencionada; la del presidente José María Bocanegra, que sustituyó a Vicente Guerrero quien también falta “quizá por el increíble ofrecimiento que hubo de hacer Guerrero a Joel Poinsett de convertirlo en emperador de México cuando éste era ministro plenipotenciario de Estados Unidos acreditado en el México independiente, primero ante el gobierno de Guadalupe Victoria y después ante el gobierno del propio Vicente Guerrero”; y por último, la ausencia de Sebastián Lerdo de Tejada, quien en 1874 anexó al cuerpo de la Constitución de 1857 las Leyes de Reforma, dos años antes de ser derrocado por la Revolución tuxpaneca en noviembre de 1876. Es una falla susceptible de ser corregida en una deseable segunda edición, la que ciertamente habrá de merecer la presente obra.

En cambio, sí se halla, por supuesto, la ficha de Porfirio Díaz, pues después de Santa Anna ha sido Díaz el gobernante mexicano que en más ocasiones ha ocupado el poder: 10 veces, que en conjunto suman 30 años, cuatro meses y 25 días, más de cinco veces el tiempo que formalmente ocupó el poder Santa Anna. Es decir, Porfirio Díaz gobernó —medido en tiempo— más del doble de Juárez, cuyas cinco presidencias sumaron 14 años y medio.

Se hallan asimismo en la obra que vengo comentando la ficha de Francisco Manuel Sánchez de Tagle, nobilísimo defensor en 1831 de los esclavos negros que huían de Norteamérica hacia nuestras entidades fronterizas en busca de libertad; ese ilustre mexicano, como diputado, se opuso a que el gobierno de nuestro país pactara con nuestros vecinos la extradición de aquellos infieles perseguidos, carentes de ojos azules y de tez blanca.

Figuran también en la obra de Cárdenas de la Peña varios extranjeros defensores de nuestros intereses: el erudito Daniel Webster, quien desde el Congreso Norteamericano combatió la expansión de Estados Unidos en detrimento de nuestro territorio; el general Juan Prim, que no obedeció la orden dictada por la reina de España, Isabel II, de invadir México en 1862; Julio Favre, cuya elocuente oratoria sirvió para condenar la intervención napoleónica en México dentro del seno mismo de la Asamblea de Francia; Domingo Faustino Sarmiento quien, allá en su lejana Argentina adoptó, como suya, la causa juarista; y las de distintos personajes que desde otros países asumieron una actitud semejante de simpatía hacia México. Por esta razón, extraña que no haya figurado en tan valiosa obra histórica la de José Vitorino Lastarria, quien como diputado en la Cámara Baja de Chile se opuso a la aventura napoleónica y desde las plazas públicas de Valparaíso arengaba a los ciudadanos para que se alistaran como voluntarios y se sumaran al ejército republicano juarista.

Sorprende el interés que da el autor a los personajes extranjeros que de un modo u otro estuvieron ligados al Segundo Imperio y cuya nómina es en verdad muy prolija. Esto no constituye objeción alguna. Simplemente se desea poner de relieve la coherencia del doctor Cárdenas de la Peña con su pensamiento historiobiográfico, cuando en el prólogo dice que ninguna época puede estudiarse sin incluir a los extranjeros que supieron aportar un caudal de experiencias y costumbres ajenas a nosotros, o bien, que resultaron asimilados por el contacto cotidiano de nuestro estilo vital doméstico; “y menos en esa treintena de años donde el extranjero se posesiona del territorio y lo desmembra, o al menos se infiltra en él, sintiéndose su dueño”.

Es muy inteligente y oportuna la cita de Bergson que utiliza el autor para apoyar el laconismo de sus 1,000 fichas, al decir: "cuando se piensa en lo poco que se sabe sobre las personas que más se han frecuentado o en la ignorancia en que nos quedamos a menudo sobre aquel con quien se ha vivido inseparablemente, me refiero a mí mismo, me lleno de temor ante la idea de plantar sobre la arena movediza del testimonio humano la reconstrucción de un carácter y la tarea de hacer la historia del hambre".

Unamuno lo habría dicho de otro modo: "no es fácil conocer al hombre que precisamente cada uno de nosotros tiene más a la mano: uno mismo".

Mas ¿para qué seguir este escrutinio y estas apostillas cuando tenemos ahora la posibilidad de deleitarnos con los textos y las respectivas ilustraciones iconográficas de esos 1,000 personajes mexicanos y extranjeros que de un modo u otro estuvieron ligados a la historia nacional durante la pasada centuria?

Es imprudente seguir agregando comentarios, lo mejor es invitar al poseedor afortunado de esta obra a que se asome a las páginas siguientes con curiosidad intelectual e interés patriótico. Porque en verdad lo tiene.

Alejandro Carrillo Marcor

Las memorias de Alejandro Carrillo Marcor —incompletas como son— nos explican con diafanidad la etiología de la conducta pública y privada de ese mexicano de excepción, cuyo cerebro dejó de recibir irrigación sanguínea desde hace casi tres lustros.

En este lapso ha surgido una nueva generación dentro de la cual hay una minoría preocupada por la continuidad de la cultura mexicana y el perfeccionamiento de las instituciones políticas de nuestro país. Alejandro Carrillo Marcor, por desgracia, es casi un desconocido para aquella minoría.

Qué bueno que antes de su patética invalidez, Alejandro Carrillo consignó en el papel algo de su vida: lo que él llama *Apuntes y Testimonios*.

El género memorialista deberían cultivarlo quienes manejaron altas responsabilidades públicas y administrativas, pues nutre la curiosidad intelectual de quienes están empeñados en disponer de datos más completos y confiables para trazos mejores de la macrohistoria.

Sí, el género autobiográfico no es un quehacer menor, aun cuando quienes se han lanzado a practicarlo lo hicieron con pudor al ubicarse como centro de sus textos. Alejandro Carrillo Marcor superó el pudor y lo trocó por la confianza ilustrativa y enseñanza generosa tendiente a explicar el trasunto de no pocos sucesos en los que él actuó como protagonista o como deuteragonista.

Alejandro fue inscrito en septiembre de 1913, a los cinco años y medio de edad en la escuela de paga Las Paulitas, propiedad de tres hermanas

que se habían formado en la prestigiada Escuela Normal de Xalapa, fundada por Rébsamen. Allí cursó cinco años de enseñanza primaria y el sexto lo terminó en el Colegio Sonora, gubernamental, debido a la estrechez económica familiar. Pero allí obtuvo medalla de oro por ser el más aventajado alumno.

Y como no había en Hermosillo escuelas secundarias, Alejandro ingresó a la Escuela Comercial para estudiar durante dos años taquimecanografía y teneduría de libros; continuó esos estudios hasta terminar la carrera de contador en otros países del mundo, donde su padre se desempeñó como cónsul de México.

Por sus brillantes notas cosechadas al recibirse como tenedor de libros, una tienda y un banco ofrecieron a Alejandro un empleo. Mas para trabajar en una u otra, debía portar pantalones largos y no cortos, como los usaban los preadolescentes de las clases medias y populares urbanas de México y en el mundo, costumbre que desapareció universalmente a fines de los treinta de este siglo. Lo cierto es que a contrapelo de la voluntad de sus padres, Alejandro trabajó ya con pantalón largo, no sin obtener —al fin— la comprensión de sus progenitores.

Monaguillo de la capilla de El Carmen, ayuda a decir la santa misa al sacerdote Porfirio Cornides, cuyo jerarca superior era el obispo Valdespino, de elegancia desafiante: calzaba zapatillas de charol con hebillas de oro y cubría sus piernas con medias de seda, las que mostraba cuando viajaba en un carruaje tirado por dos caballos desde donde bendecía a feligreses y transeúntes. ¿El anticlericalismo de Alejandro Carrillo Marcor habrá brotado desde entonces? Es posible.

Las lecturas de Alejandro en aquella época se limitaban al catecismo del padre Ripalda, pero tres decenios después su catecismo fue *El capital* de Carlos Marx.

Familiarizado con el poder desde niño, Alejandro conoció a muchos personajes importantes, entre ellos a tres futuros presidentes de la República. Por lo pronto, a su tío —primo de su madre—, don Adolfo de la Huerta, quien gobernó Sonora unos meses —de junio a noviembre de 1920— y más tarde

al país durante un semestre como presidente interino. También frecuentó Alejandro a los cuatro años a su tío *Borregón* —o sea Álvaro Obregón— así le decía por ser su madre amiga entrañable de la joven María Tapia, con la que contrajo nupcias el general, quien fue electo alcalde de Huatabampo antes de sumarse a la revolución maderista en 1910. Muchas veces vio Alejandro al futuro *Manco de Celaya*; la última fue cuando acompañó a su padre al Castillo de Chapultepec a despedirse del presidente Obregón, quien había designado a su progenitor cónsul de México en Japón. Y, por último, Alejandro trató a Plutarco Elías Calles cuando era gobernador militar de Sonora en 1915 y cuya hija; Ernestina, *La Titina*, llevaba amistad con Alejandro. Calles fue otra vez gobernador de Sonora en 1918, pero ya electo constitucionalmente.

Entre los personajes con los que Alejandro alternó en su niñez está el potosino Luis Monzón, cuyo pensamiento anticlerical era tan radical que lo llevó a nombrar a sus hijos por el orden cronológico de su nacimiento: Uno, Dos, Tres, Cuatro, Cinco y así alargaba la numeración como fuera su aporte al crecimiento demográfico nacional, fuese dentro del seno familiar o extraconyugalmente.

Cabe agregar que Monzón, diputado constituyente en 1919 junto con Carlos Gracidas y los generales Heriberto Jara y Francisco J. Mújica defendieron el articulado más humanista de la Constitución de 1917 y en lo referente a lo laboral y a lo agrario.

Aquellos lejanos encuentros y ligas dejaron huella en la limpia y profunda formación sicológica de Alejandro, privada de todo arribismo y oportunismo político. Familiarizado desde la infancia y la juventud con el poder, no llegó a él —en la escala en que lo ejerció— mediante ambiciosos codazos, sino que arribó sin convertirse en gestor de sus propios ascensos como hombre político. Al revés: con desusada gallardía renunció en 1952 a la vicegubernatura del Distrito Federal, y lanzó su candidatura para senador apoyado por el Partido Popular fundado por Vicente Lombardo Toledano, quien contendió contra Adolfo Ruiz Cortines por la Presidencia de la República para el sexenio de 1952 a 1958.

Relata Alejandro el tipo de educación recibida en su infancia dentro de una constelación familiar bien dotada de patriotismo, ética social y gusto por las bellas artes. Fue el cimiento de la personalidad relevante de ese niño sonorenses. Fue acólito en su natal Hermosillo, mientras su madre cantaba en el coro. Alejandro tocaba el piano con gran desenvoltura sin haber podido realizar en la adultez su anhelo persistente de convertirse en director de orquesta sinfónica. Sin embargo 30 años después fue director sucesivamente de los diarios *El Popular* y *El Nacional* y digamos “director” del Congreso de la Unión —o sea su presidente— en septiembre de 1941 y con tal rango contestó el primer informe del presidente Ávila Camacho.

Si en Hermosillo Alejandro hizo su primera comunión a los siete años de edad rodeado de sus devotos parientes, en 1915, 20 años más tarde, hizo su primera comunión en Moscú con el marxismo, doctrina que abrazó Alejandro con honorable fervor merced al humanismo inserto tanto en la doctrina marxista como en la creencia cristiana impartida por sus padres.

Aunque Alejandro se frustró como director de orquesta sinfónica, en cambio fue director o gobernador de su estado natal. Fue allí, en Sonora, un virtuoso de la probidad y de la eficiencia, un garbanzo de a libra en nuestra clase gobernante que no confundió el verbo ser con el verbo tener, ni el verbo servir con el verbo servirse.

El sentido universal de los problemas del hombre no nació en Alejandro de lecturas abstractas sino de experiencias concretas, obtenidas al viajar con su familia a múltiples lugares del mundo por haber sido su padre cónsul de México en varios países de tres continentes.

En Estados Unidos vio de cerca la indignante discriminación racial que padecían nuestros compatriotas como ocurre todavía ahora.

A los 15 años de edad, es septiembre de 1923, fue testigo en Japón del más violento terremoto padecido en este siglo en tan sísmica nación. Alejandro se extravió varios días vagando de una ciudad a otra entre las muchas incendiadas en ese lejano país, no sin ir rezando la *Magnificat*. Allí observó cómo la solidaridad y disciplina del pueblo japonés se expresó

en varias formas y de modo positivo. Aquella catástrofe —se ha dicho— fue más destructiva que la de 1945 provocada por las bombas atómicas norteamericanas; pero ese pueblo pronto se recuperó de ambos cataclismos y ahora se ha convertido Japón en la segunda potencia económica mundial.

Poco después, en enero de 1924, el padre de Alejandro se hizo cargo del consulado en Londres en sustitución de Alberto Mascareñas, llamado a nuestro país por el ya presidente Calles para fundar y dirigir la banca central con el nombre de Banco de México, promesa incumplida y formulada 101 años antes al Congreso de la Unión por el presidente Victoria.

La nueva adscripción del cónsul Carrillo en Londres coincidió con la revolución delahuertista, que algunos han llamado la huelga de los generales por el cuantioso número de jefes militares que participaron en ella. Se inició en diciembre de 1923 y terminó en el otoño del año siguiente. La promovió Adolfo de la Huerta, opositor a la candidatura de Calles a la presidencia, apoyada por Obregón.

Durante ese tiempo varias legaciones y consulados de México en el exterior fueron prácticamente asaltados por los delahuertistas que exigían a cónsules y ministros plenipotenciarios la entrega de los fondos oficiales para destinarlos a financiar su rebelión.

Y así, don Alejandro Carrillo padre, fue requerido por los agentes delahuertistas para entregarles los fondos del consulado en Londres, petición que rehusó con todo valor civil. (La amenazante petición la encabezó Yuco del Río, más tarde diplomático de carrera y titular de algunas de nuestras principales embajadas, la de Francia entre otras. Por cierto, que Del Río fue excelente cocinero de varios de nuestros jefes de estado.)

Tal asalto fue semejante al que padeció Pascual Ortiz Rubio cuando fungía como ministro plenipotenciario en Alemania, cuando nuestra cancillería no tenía representantes foráneos con el rango de embajador sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Sólo con Estados Unidos se había establecido recíprocamente esa categoría desde fines del siglo pasado.

La alegría de adolescente de Alejandro se empañó con la noticia aparecida en *London Times* el 22 de enero de 1924: la víspera había muerto Vladimir Ilich Lenin, cuya causa remota fueron dos balas envenenadas disparadas a boca de jarro al dirigente soviético por la terrorista Franya Yamifovna.

A poco más de un año de su estancia en Inglaterra, fueron expulsados los cónsules de México en Liverpool, en Glasgow y en Londres por haber sido asesinada a manos de sus peones Rosalía Evans, australiana y dueña de un enorme latifundio en San Martín Texmelucan. La expulsión la decretó nada menos que el primer ministro Ramsay MacDonald, laborista y socialista.

A nuestros cónsules les dieron 48 horas para abandonar Inglaterra pero optaron por salir antes, como lo aconsejó el cónsul Carrillo. Un barco los llevó de Southampton a Cherburgo y de aquí, en ferrocarril, llegaron a París los tres expulsados junto con sus familias.

En 1926 el padre de Alejandro fue nombrado cónsul de México en San Antonio Texas y se trasladó junto con los suyos desde Europa a Norteamérica. En dicha ciudad texana Alejandro terminó sus estudios de contador iniciados en Hermosillo.

Quienes han practicado el género memorialista han sabido esconder pasajes criticables de su vida cotidiana. Alejandro no incurrió en tal omisión y nos relata cómo su primer trabajo en San Antonio fue el de contador en los negocios farmacéuticos del sórdido médico Aureliano Urrutia, indígena xochimilca de pura cepa y muy hábil cirujano, cuyo bisturí —se decía— había cortado la lengua al valiente senador yucateco, Serapio Rendón. Otros aseguraban que la víctima de tan nefando crimen fue el no menos valiente diputado chiapaneco, Belisario Domínguez.

Esta especie muy difundida de la digamos glosotomía —practicada por el doctor Urrutia cuando era secretario de gobernación de Victoriano Huerta—, se propaló aún más cuando Carranza derrocó al usurpador. Al caer Huerta, Urrutia radicó en San Antonio, donde su fama creció como

cirujano notable. Por cierto que en esa ciudad el médico contrajo nupcias con una nieta del poeta Juan de Dios Peza.

Si Alejandro Carrillo Marcor no silenció ese pasaje de su vida en sus *Apuntes y Testimonio*, no tengo por qué silenciarlo yo, pues las relaciones de Alejandro con el discutido cirujano fueron limitadas a sus servicios profesionales. Pero aquella versión popular sobre la doble glosotomía practicada por Urrutia era ajena a la verdad histórica, como lo vamos a ver.

El diputado Serapio Rendón, cuya encendida oratoria la descargó contra Huerta varias veces en la Cámara Baja, fue aprehendido por la policía frente a la glorieta Colón del Paseo de la Reforma y asesinado a tiros en llanos cercanos a Tlalnepantla, horas después de haber asistido a una cena ofrecida por la aristócrata señora Scherer, simpatizante activa de Madero y la Revolución.

Por su lado, Belisario Domínguez había pedido permiso al presidente del Senado para subir a la tribuna, pero le fue negada su petición. No obstante ello, el heroico senador repartió a sus colegas el 29 de septiembre de 1913, impreso ya, tan virulento como veraz discurso en el que denunciaba todos los atropellos y crímenes cometidos por el usurpador Huerta.

Una semana después, a la media noche del 7 de octubre, agentes de la policía reservada, sacaron a Belisario Domínguez del cuarto que ocupaba en el Hotel Jardín, y lo llevaron al cementerio de Xoco, en Coyoacán. Allí lo balearon y lo sepultaron a flor de tierra. Los asesinatos provocaron turbulentas sesiones en la Cámara de Diputados, las que no toleró el iracundo dictador y el 10 de octubre de 1913 mandó clausurar Huerta el Congreso, no sin apresar a todos los diputados haciéndolos subir a un tranvía que los condujo desde las calles de Allende y Donceles hasta la penitenciaría de Lecumberri.

Como antes anoté, al ser derrocado Huerta por el Ejército Constitucionalista que dio fin a 17 meses de dictadura, el doctor Aureliano Urrutia radicó en San Antonio.

Pero volvamos a Alejandro Carrillo Marcor y a sus *Apuntes y Testimonios*, quien se inscribió además en la Main Avenue High School para cursar

su enseñanza preparatoria. Alejandro quiso saber más para servir e impedir los agricultores texanos promovieran el tráfico cruel de mano de obra barata mexicana, visto con agrado por algunos sectores del gobierno norteamericano. El joven sonorenses merodeaba en los 18 años.

Su aptitud de orador lo llevó a obtener el primer premio de todas las escuelas del mismo nivel educativo en San Antonio. En otro concurso, celebrado más tarde en Austin, la capital texana, Alejandro ganó el primer lugar de oratoria a nivel estatal. Por supuesto en lengua inglesa. Con ambos concursos conquistó una copa de plata, una medalla de oro y una merecida y precoz celebridad intelectual. Ingresó después al San Antonio Junior College para iniciar su bachillerato.

Alejandro acostumbraba dar a sus amigos recitales de piano. En uno de ellos, un colombiano le recomendó leer el *Juan Cristóbal* de Romain Rolland y, pese a que le cautivó ese texto, en la misa dominical a la que asistía con sus padres en la catedral de San Fernando, hubo de confesar sus lecturas de Rolland al sacerdote. Éste le prohibió leer al escritor francés, so pena de convertirse en hereje, toda vez que el papa mismo había proscrito su lectura. Allí se disolvió un tanto el catolicismo que lo había formado y así fue como renunció al control eclesiástico de sus lecturas.

El don de gentes de Alejandro y su simpatía personal le conquistaron muchos amigos norteamericanos, ello sin prejuicio de que él sintiera constante irritación por la discriminación racial sufrida por nuestros compatriotas o por los ciudadanos de ese país de origen africano.

El padre de nuestro memorialista se trasladó en 1928 a Nueva Orleans con el mismo puesto de cónsul de México. Alejandro prosiguió sus estudios preparatorios en la Universidad de Toulane. Ya había germinado en él la semilla de la lucha social así como una inquietud bolivariana por Latinoamérica. Tal inquietud la reflejó en la instauración del Centro de Estudios Latinoamericanos y, poco después, en febrero de 1929, fundó el órgano de expresión de ese Centro con el nombre de Nueva Patria, cuyo lema vasconceliano era "Por mi raza hablará el espíritu". Antes había recibido su padre la noticia del asesinato del reelecto Obregón, pero no por bala antirreelec-

cionista sino por bala cristera disparada por el fanático religioso José de León Toral.

Alejandro regresó con su familia a la capital seis días después de haber estallado la huelga universitaria en mayo de 1929, encabezada por Alejandro Gómez Arias. Concluida ésta por la ágil y prudente conducta del presidente Portes Gil al separar la Universidad como dependencia de la Secretaría de Educación —entonces a cargo de Ezequiel Padilla—, concedió la autonomía de nuestra máxima casa de estudios el 28 de mayo de 1929, apenas un día después de haber recibido Portes Gil las propuestas de los líderes estudiantiles.

Carrillo Marcor se inscribió en la Escuela Nacional Preparatoria para repetir las materias estudiadas en la Universidad de Toulane por no haberlas podido revalidar en la vieja Escuela de San Ildefonso, cuyo director don Pedro de Alba, habría de tomar gran afecto por Alejandro Carrillo desde que le preguntó por sus antecedentes educativos en el país vecino. Y cuando don Pedro lo supo, no sólo lo nombró profesor de la preparatoria —siendo todavía discípulo—, sino que le pidió que fuese el orador para dar la despedida a los preparatorianos que egresaban de esa escuela. Con asombro y gratitud, Alejandro aceptó la misión conferida y cosechó el aplauso de maestros y estudiantes. Por cierto que un cuarto de siglo después ese ilustre don Pedro de Alba habría de morir de un infarto cardiaco cuando estaba pronunciando un discurso como delegado de México en la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), con sede en París.

Brillante alumno de las escuelas Preparatoria y de Jurisprudencia en la Ciudad de México, Alejandro fue invitado por la Main Avenue High School, de San Antonio, a la inauguración del nuevo local ubicado en un barrio ciudadano exclusivo. El director distinguió a Alejandro para hablar en representación de los ex alumnos, lo que hizo Carrillo con enorme éxito.

Por la resonancia de este evento, consigno en la prensa local, el doctor Urrutia se enteró de la estancia en San Antonio de nuestro compatriota y lo invitó a su casa a platicar con él. El contenido de ese diálogo es en extremo interesante para el historiador.

Enterado de la simpatía que Carrillo Marcor había mostrado en México por Emiliano Zapata, el doctor Aureliano Urrutia confió a su interlocutor esto: que coincidía por completo con su simpatía por el caudillo agrarista, pues lo trató de cerca y percibió su sinceridad por la causa que defendía con la armas, y agregó Urrutia, que como secretario de gobernación de Huerta, éste le había comisionado buscar a Zapata —ya en rebeldía militar— para pedirle deponer las armas a cambio de que el gobierno de Huerta le diera un puesto público e incluso el de gobernador del estado de Morelos, propuesta que el Caudillo del Sur rechazó con decisión —dijo Urrutia—, agregando que Zapata le dijo que no se había levantado por ambición de poder político sino por la entrega de tierra al campesino que la trabajaba. Urrutia recalcó a Carrillo Marcor la admiración que tal gesto suscitó en él y que todavía tenía por la grandeza moral de Zapata.

Importante dato desconocido pero consignado en los *Apuntes y Testimonios* de Carrillo Marcor, quien acaso lo anotó para justificar haber sido empleado de Aureliano Urrutia, personaje tan proscrito y condenado en nuestros textos de historiografía.

Casado en 1932, con la joven diplomática Aurea Castro —los testigos fueron Pepe Gallástegui, Vicente Lombardo, Ignacio García Téllez y Eduardo Suárez— Alejandro se tituló como abogado dos años después. Ya tenía ese joven gran vinculación con don Vicente a quien admiraba sin límite.

Con ese ánimo y con un cuarto de siglo creador a cuestas, Alejandro colaboró con su maestro en la fundación de la Universidad Gabino Barreda, cuyos programas de enseñanza estaban impregnados de filosofía marxista. Tal centro docente fue precursor de la Universidad Obrera de México, establecida también por Lombardo, quien nombró a Carrillo Marcor secretario general de ella.

En seguimiento leal y constante a Lombardo, Carrillo Marcor colaboró con la instauración del Comité de Alianza Proletaria para resistir ataques y amenazas provenientes del callismo antiobrerista y anticardenista. El Comité fue antecedente de la creación en marzo de 1936 de la gran central obrera —la CTM—, o sea la Confederación de Trabajadores de México.

Carrillo Marcor siguió y ayudó a Lombardo a fundar la Confederación Nacional Campesina —la CNC— no sin haber intervenido con su maestro en la transformación del Partido Nacional Revolucionario (PNR) por el Partido de la Revolución Mexicana, con una estructura interna distinta al crear dentro del nuevo partido un sector militar apto potencialmente para salir al paso a cualquier rebelión castrense que pudiera fomentarse contra la estabilidad política del país.

La conducta pública de Carrillo Marcor fue incansable, fecundada y aséptica. Como miembro activo de PNR, aspiró a una diputación federal por su entidad nativa. Se trasladó a Sonora para organizar su campaña electoral y poder ser —si ganaba en los comicios de 1937— miembro de la segunda legislatura correspondiente al último trienio del mandato cardenista; es decir del 1 de septiembre de 1937 al 30 de noviembre de 1940.

Gobernaba Sonora entonces un general insuflado de derechismo cerril, que incluso había secundado en 1929 la rebelión escobarista contra el presidente Portes Gil; el secretario general de gobierno era el rico latifundista y ganadero sonoreño, Carlos Maldonado y fungía como presidente del Tribunal Superior de justicia, Ernesto P. Uruchurtu.

El general Román Yocupicio carecía de los estudios necesarios pero ganó la gubernatura de Sonora, sin objeción del gobierno federal. Pareció un alarde cardenista de precoz gesto democrático.

Yocupicio hostilizó con insistencia a Carrillo Marcor desde que éste llegó a su estado natal, ya que apoyaba con descaro al general Benito Bernal. Por cierto que durante un viaje que efectuó a Sonora Fidel Velásquez —entonces ardoroso obrerista— para asistir a un mitin proletario, Yocupicio lo mandó encarcelar por la policía estatal.

Lo cierto es que Alejandro perdió la elección como aspirante a diputado por Navojoa, pero también el protegido del gobernador, y salió electo por el tercer distrito electoral un hijo del general Benjamín Hill, persona que había llegado a Sonora sólo 10 días antes de los comicios. Quizá se trató de una consigna proveniente de Los Pinos. Quizás.

Cuando el derrotado Carrillo Marcor regresó a México se encontró con una muy grata sorpresa: el general Cárdenas lo invitaba a almorzar, juntos, en la intimidad de Los Pinos. Sentados a la mesa, el primer magistrado le preguntó a Alejandro: “¿Cómo le fue en su elección en Sonora licenciado?” A lo que el interrogado repuso con elegancia y discreción: “muy bien”.

Alejandro no aprovechó la cercanía con el Presidente para quejarse o pedir algún puesto sino para sugerirle algo de gran contenido patriótico: que aprovechando las excelentes relaciones que mantenía el gobierno de don Lázaro con el presidente Roosevelt, nuestra Cancillería luchara en Washington para obtener la derogación del Artículo 6° del Tratado de La Mesilla —firmado por ambos países en diciembre de 1853— en el que México permitía el paso *ad perpetuam* libre del control aduanal de tropas y efectos comerciales norteamericanos del océano Pacífico al Golfo de México y viceversa. Alejandro agregó al presidente Cárdenas que la derogación podría facilitarse ya que hasta ese año de 1937 el Congreso Norteamericano —por fortuna— no había ratificado el texto alusivo de un artículo tan atentatorio en contra de nuestra soberanía nacional.

Cárdenas se sorprendió gratamente del patriotismo de su invitado al advertir que Alejandro no daba importancia a su derrota electoral en Sonora y que, en cambio, ponía en primer plano durante esa amistosa coyuntura un asunto tan importante como el planteado en el almuerzo.

Por supuesto que la sugerencia de Carrillo fue atendida desde luego por don Lázaro y México pidió al presidente Roosevelt la derogación de ese artículo limitativo de nuestra soberanía, inserto en el Tratado de La Mesilla desde ocho decenios atrás.

Roosevelt actuó en forma semejante a como lo hizo cuando el presidente de Cuba, Ramón Grau San Martín, solicitó a la cancillería norteamericana la derogación de la Enmienda Platt consignada en la Constitución cubana desde 1904. Al amparo de la política del buen vecino, Grau San Martín logró en 1934 desasirse de esa atadura jurídica impuesta a Cuba por Estados Unidos desde principios de siglo. Así, de modo paralelo y positivo, respondió Roosevelt a Cárdenas sobre la petición sugerida por Carrillo Marcor y

presentada al Departamento de Estado por nuestro embajador Castillo Nájera.

En la historia de la difusión de las ideas en México, hay que inscribir a Vicente Lombardo Toledano, a Narciso Bassols, a Alejandro Carrillo Marcor, a Jesús Silva Herzog, a Víctor Manuel Villaseñor y Fernando Zamora como propagadores masivos del marxismo y del materialismo histórico, ideas que no llegaron a México en 1917 con la toma del poder en Rusia por Lenin, sino hacia los primeros 30 de la presente centuria.

El papel difusor que jugó esa minoría universitaria en la historia de las ideas, es semejante al rol desempeñado a fines del segundo tercio del siglo XVIII por fray Benito Díez de Gamarra, Francisco Javier Clavijero y Antonio Alzate en la propagación del racionalismo cartesiano en la Nueva España; y es parecido al que jugaron Lorenzo de Zavala y José María Luis Mora en la difusión del liberalismo de Adam Smith durante el primer tercio del siglo XIX; o paralelo al papel que representó Gabino Barreda como propalador económico y político del positivismo de Augusto Comte en el último tercio de la misma centuria; o al que desempeñó Ricardo Flores Magón al transmitir, a principios de este siglo, el anarquismo de Proudhon y Malatesta, de Stirner y Kropotkin, o al que jugó don Antonio Caso allá por 1910 al dar a conocer en el orbe universitario el intuicionismo de Henri Bergson y el providencialismo de Emile Boutroux, contrarios al positivismo comteano y al materialismo mecanicista de Herbert Spencer; o, en suma, al que por su lado jugaron Agustín Garza Galindo y Adolfo de la Peña Gil al divulgar entre amplios sectores de la clase media semiletrada de teosofía de Anna Besant, la tesis sobre hinduismo reencarnacionista de Helena Petrovna Blavatsky, el vegetarianismo de Nicolás Capó, el espiritismo de Alan Kardek, la teoría orientalista sobre la clarividencia y el nirvana de Krisnamurti y, en suma, las variadas corrientes de filosofía hermética orientalista.

Lo curioso es que la Revolución soviética, iniciada el 7 de noviembre de 1917, no tuvo entonces —entre nosotros— difusores de relieve académico sino que el marxismo, convertido en poder en Rusia, lo exaltaron en México modestos y valientes miembros de la clase obrera tales como

Valentín Campa, Rafael Carrillo Azpeitia, Hernán Laborde y otros activistas, carentes de medios eficaces de comunicación. Ello, aparte de que al estallar la Revolución soviética, la opinión pública mundial se hallaba más interesada en el curso que iba tomando la Primera Guerra Mundial que lo que ocurría en Rusia; al paso que la opinión nacional sólo estaba atenta a nuestra Revolución, cuyo ideario acababa de concretarse en la Constitución de 1917 promulgada nueve meses antes de haber estallado la Revolución bolchevique. Sí, la opinión pública nacional no siguió paso a paso lo que ocurría en la URSS de 1917 a 1932.

Lo que impidió ocultar a los medios masivos de difusión —la radio ya había aparecido—, el triunfo de la URSS en 1932 de su Primer Plan Quinquenal, fraguado por la cúspide gubernamental y sin consulta alguna con el mercado de consumidores.

Dicho Plan consistió en producir y vender a los mercados foráneos a precios de *dumping*, una gigantesca oferta de acero, algodón, petróleo y trigo. Todo esto en coincidencia con el mayor desempleo registrado en los países capitalistas provocados desde el crack financiero de 1929 (por ejemplo en Estados Unidos, con una población entonces de 120 millones de habitantes, tenía 18 millones de desempleados; en Europa, era semejante la proporción del desempleo). Crack y crisis condujeron a varios países a enviar a toda prisa a Moscú, a sus respectivos diplomáticos para reconocer la existencia del Estado soviético y pactar con él aunque fuera sobre el quebranto causado a la llamada economía occidental por el *dumping* provocado por la URSS.

El contraste entre la economía capitalista y la soviética hizo que personalidades norteamericanas y europeas de gran relieve en el campo intelectual, en el financiero, y el cinematográfico, expidieran precipitadamente *acta de defunción* al capitalismo. Esas personalidades veían en el triunfo del Primer Plan Quinquenal —en coincidencia con el crack financiero de 1929, junto con sus millones de desocupados— la aurora del socialismo.

Cabe recordar que en Francia los más ilustres pensadores y escritores participaron en dicha ilusión. Ente otros Jules Romain —el Alfonso

Reyes francés— y André Gide, André Malraux y Maurice Merleau-Ponty, Roger Garaudy y André Breton, Jean Paul Sartre y Antonin Artaud y, por igual sucumbieron en Alemania a ese espejismo histórico Paul Westheim, Otto Rühle, Margarita Stern y muchos otros más.

En Estados Unidos se convirtieron en filocomunismo escritores de la talla de Ernest Hemingway, John Steinbek, John Dos Pasos, Sinclair Lewis, Erskine Caldwell y otros, entre los cuales había uno o dos Premios Nobel. Los cineastas de Hollywood creyeron que había terminado un ciclo de la historia universal que sería sucedido por una transitoria dictadura del proletariado para llegar, al fin, al socialismo.

En el mundo se ignoraba cómo habían logrado los soviéticos la hazaña de una sobreproducción de cuatro bienes exportables a muy bajo precio —acero, algodón, petróleo y trigo—, ni se sabía de la acción coercitiva por el estalinismo para lograrlo. Años después se supo que el costo social consistió en varios cientos de millares de muertos para lograr ese volumen productivo orientado hacia la competencia ventajosa en el mercado exterior.

Antes de conocer esto, en México no pocos intelectuales abandonaron su formación académica y su espiritualismo filosófico para estudiar el materialismo histórico marxista y la Revolución bolchevique.

No fue poca la influencia que tuvo el grupo antes citado —el de Lombardo, Bassols y en el que ocupó un lugar destacado Alejandro Carrillo Marcor— no sólo en mis coetáneos sino en mis contemporáneos de generación anterior o posterior a la mía: abandonamos otras filosofías para abrazar un racionalismo científico tendiente a explicar los fenómenos de la sociedad y la naturaleza, inspirados en Carlos Marx.

Don Jesús Silva Herzog no se sumó al grupo de estudios del marxismo creado en 1932, a la vista de que en 1929 había sido ministro plenipotenciario de México en Moscú durante el gobierno del presidente Portes Gil, quien, al año siguiente, rompió relaciones con la URSS y don Jesús tuvo que regresar a México. El maestro Silva había contemplado *in situ*, el experimento social de cambios profundos iniciado por Lenin y continuado por José Stalin. Con cierta discreción ocultaba don Jesús su desencanto.

Manuel Gómez Morin, fundador del Partido Acción Nacional (PAN) en 1939, había abrazado el socialismo desde estudiante en 1917, como lo prueba su tesis de abogado. Su pensamiento radical se reflejó también en 1920 como subsecretario de Hacienda del presidente Adolfo de la Huerta (el secretario del ramo era el general Salvador Alvarado), al paso que en 1925, el mismo Gómez Morin fue consejero directo de *madame* Alejandra Kollontay, la primera embajadora soviética en México.

Gómez Morin pudo expresar sus radicales ideas como colaborador del presidente Calles al redactar la muy combatida ley de impuesto sobre la renta, promulgada en 1926, con alarma generalizada, porque se trataba de un tributo desconocido en la historia fiscal de México. Gómez Morin había sido pensador de izquierda, pero su ideario cambió.

Alejandro Carrillo fue el primer embajador que tuvimos en el continente africano. Su papel fue muy destacado ante el presidente de la República Árabe Unida —Gamal Abdel Nasser— quien despachaba en El Cairo, la capital de Egipto. Allí, Aurea y Alejandro dejaron muy en alto el nombre de México y su ejemplar nacionalismo, coincidente con el pensamiento panarábigo que alentó frustrantemente Nasser, al no lograr el financiamiento de los tres países que formaron la liga árabe tripartita fundada por él: Siria, Egipto y Libia.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial aparecieron movimientos independentistas en muchos de los pueblos que habían padecido el coloniaje europeo durante siglos, sobre todo brotaron hacia fines de los cincuenta y principios de los sesenta de la presente centuria. Así surgieron nuevos países independientes que fueron a engrosar con su membresía a las Naciones Unidas, constituidas desde 1945 en organismo supranacional y cuyos votos debía conquistar México para sacar adelante sus propuestas en ese foro. Y a eso fuimos: a conquistar votos.

Por el presidente Adolfo López Mateos, frente a tal movimiento independentista, integró una delegación que fuese a dar la bienvenida a los nuevos pueblos de África que habían logrado su autonomía soberana. Lo hizo antes que cualquier otra nación del continente americano. Para tal efecto,

presidió la delegación Alejandro Carrillo que estuvo integrada por el ingeniero Gutiérrez Roldán, el filósofo Leopoldo Zea, el economista Héctor Hernández y quien escribe estas líneas.

Cerca de cuatro meses se prolongó el recorrido de la delegación por una veintena de países de África y se inició en enero de 1964. La presencia de México se hizo sentir en cada uno de ellos no sólo por la cordialidad del saludo enviado por el pueblo y el gobierno mexicanos, sino por la habilidad para coordinar las distintas intervenciones —que propició Alejandro Carrillo— de los integrantes de esa delegación. Así pudo establecerse, en breve plazo, relaciones diplomáticas y comerciales con cada uno de los países visitados, lo que ocurrió un año antes de que hiciera el mismo periplo el entonces vicepresidente de Estados Unidos, Lindon B. Johnson. Les tomamos la delantera a nuestros vecinos del norte. Pero el nuestro era un empeño fraternal de cooperar en el seno de la ONU a favor de las causas que defienden los países en desarrollo, de tal suerte que después de nuestra visita las votaciones mayoritarias en dicho organismo internacional cada vez eran más frecuentes, ya que los sufragios servían a tales países. Pocos años más tarde, el inteligentísimo secretario de Estado norteamericano llegó a pronunciar una frase ingeniosa pero absurda: “la tiranía de las mayorías”, Kissinger contrarió así el sentido democrático que siempre ha tenido y tiene el voto mayoritario, precisamente porque está orientado a menudo a derrotar o destruir toda tiranía, sea la del hombre fuerte, la de las oligarquías o la de las plutocracias. Alejandro fue un excelente instrumento para ese aspecto de la política exterior de México, tan contraria al colonialismo empobrecedor.

Carrillo Marcor desempeñó un papel nada desdeñable en la política exterior lopezmateísta.

Esa política tendía a establecer contactos personales con los jefes de Estado de los países del mundo, dejando de lado todo espíritu aldeano o actitud insular, a la postre dañina para México sobre todo porque nos impedía diversificar nuestras exportaciones a otros continentes, como por ejemplo el Asiático, en el cual cinco gobernantes habían invitado al presi-

dente López Mateos a sus países respectivos: el presidente Makapagal a Filipinas, el primer ministro Neru a la India, el gobernador del extinto y floreciente estado de Hong Kong a dicha ciudad, el emperador Hirohito a Japón y el presidente Sukarno a Indonesia. Nuestro jefe de Estado hizo esa gira acompañado de una comitiva formada por los sectores público y privado.

Como la mayoría de nuestros presidentes, López Mateos no hablaba ningún idioma extranjero —los tres últimos sí— de tal modo que se necesitaba de alguien que conociera no sólo las dos lenguas necesarias para esa gira sino que entendiese a fondo y con fina sensibilidad la intención emocional y el razonamiento intelectual de que estaban impregnados los discursos o las palabras de ese mandatario mexicano.

Se superó la dificultad y todas las intervenciones de López Mateos en esos cinco países de Oriente fueron vertidas al francés o al inglés con fidelidad emotiva y racional por Alejandro Carrillo, de tal modo que cuanta traducción automática formuló de las palabras presidenciales, parecían más improvisaciones de Alejandro que traducciones fidedignas y puntuales de las palabras, discursos o conferencias de prensa e intervenciones académicas del presidente mexicano. Sólo lo parecían, insisto. Entre muchas otras, recuerdo la traducción formulada por Alejandro Carrillo en la Universidad de Manila cuando ésta le otorgó a don Adolfo López Mateos el doctorado *honoris causa*. Sí: eran tan cálidas las versiones al inglés o al francés de las palabras del presidente que, por el énfasis puesto por Alejandro en su eficaz tarea de traductor, hubo de contrariar a ciertos miembros de la comitiva: éstos suponían que el calor y elocuencia que ponía Alejandro en sus versiones eran meras muestras de vanidad de éste, acostumbrados como estaban esos críticos a traductores burocráticos, exánimes o rutinarios.

La verdad es que el deseo de servir con patriotismo a nuestro jefe de Estado llevó a Alejandro a traducir como si estuviese hablando el mismo presidente. Así lo precia, en efecto, pero sin intención alguna de suplantar Alejandro a nuestro gobernante.

Sea lo que fuere y ya sin alargar este texto, la verdad es que los *Apuntes* y *Testimonios* de Alejandro Carrillo recuerdan muchos sucesos. Por asociación de ideas sugieren más hechos todavía y no pocas digresiones de las que hay aquí, cuyo contenido, a fin de cuentas, está relacionado con el poliédrico papel desempeñado por Alejandro en la vida nacional.

Es incalculable el impacto que causó su juvenil oratoria mezclada a su precoz madurez en el ánimo de mi generación. Su nombre debe añadirse al de Vicente Lombardo Toledano en una tarea de difusión doctrinaria que conmovió desde sus cimientos toda la vida política e intelectual del país en el decenio de los treinta del agónico siglo xx.

Con estos apuntes sobre sus *Apuntes...* doy fin a estas líneas, junto con mi gratitud a Alejandro Carrillo Marcor, cuya existencia habría sido más fecunda si no la hubiese asaltado tan cruel y dramática enfermedad.

Quede aquí la constancia de mi cariño —de mucho tiempo—, a ese ilustre y ejemplar mexicano cuya probidad no se manchó nunca cuando ejerció cargos públicos y quien por años se encontró postrado y enmudecido hasta desaparecer.

Alfonso Caso*

Al recordar la muerte de tan ilustre maestro, escribí estas líneas:

El maestro Alfonso Caso me invitó a colaborar con él en los primeros días de diciembre de hace 30 años. Acepté, no sin pedir licencia temporal sin sueldo a Nacional Financiera, de la cual fui empleado fundador. Trabajé al lado del maestro Caso como director de Inspección de Dependencias en instituciones federales durante más de un año en que don Alfonso estuvo al frente de esa Secretaría.

Regresé a Nafinsa y mantuve sin embargo una mayor amistad con don Alfonso, hombre que ganaba en estatura intelectual y en grandeza moral con la proximidad.

A lo largo de varios años solíamos, mi mujer y yo, vernos los domingos en su casa y la de doña María Lombardo Toledano —su inteligente esposa— para jugar canasta uruguaya, antes y después de la cena. Constituíamos don Alfonso y yo un par invencible. Toño Castro Leal —tan letrado como erudito— hacía pareja contraria a la nuestra, a veces con Torres Bodet y otras con el doctor Morones Prieto.

Nunca vi a nadie más apasionado en el juego ni con la mayor alegría a la hora del triunfo: parecía don Alfonso un niño cuando nuestros oponentes nos daban el pozo. No volví a jugar desde entonces canasta.

A la hora de la cena se conversaba sobre diversos tópicos. Por aquellos años había salido de las prensas mexicanas un libro de Jacques Soustelle,

* Artículo titulado "Perfil de don Alfonso Caso", publicado en *El Gallo Ilustrado*, suplemento dominical de *El Día*, el 24 de diciembre de 1976.

el protagonista de la *Francia Libre* jefaturada por De Gaulle, que acabó siendo gobernador de Argelia y un ultra de la derecha nacionalista. Recuerdo que don Alfonso Caso puso en nuestras manos el libro de Soustelle y tomó de su rica biblioteca un trabajo suyo, mecanografiado, sobre la vida precolombina de los aztecas. Nos lo dio a leer para cotejar el texto de Caso con el de Soustelle: se trataba de un verdadero plagio intelectual, que no quiso denunciar penalmente la elegancia espiritual de don Alfonso.

Recuerdo también que un domingo el maestro Caso me dio unas 200 cuartillas para leerlas en mi casa. Se trataba de una serie de discursos suyos pronunciados en distintas coyunturas de su fértil existencia. Al domingo siguiente, durante la cena, me pidió una opinión sobre tales discursos. Le dije que debía publicarlos la UNAM y me puso que aceptaba, a condición de que hiciese el prólogo. ¡Los patos tirando a las escopetas! Pero, en fin, no rehusé tan gran distinción y al siguiente domingo llevé al maestro Caso la nota introductoria. El libro lo editó la UNAM con el título de *Discursos en 1958*.

Hace precisamente 30 años conocí a don Alfonso Caso, cuyo aniversario de muerte se ha conmemorado mediante la erección de una estatua colocada cerca de la Tumba Siete de Monte Albán, descubierta por él, y esculpida con gran acierto y oficio por su hija Beatriz, e inaugurada por el presidente de la República.

Tres décadas hará también que el nombre del maestro Caso era manejado por los augures de la política como el apropiado para ir a la Secretaría de Educación en el gabinete del presidente Alemán, lo mismo que el de Jaime Torres Bodet y el de Héctor Pérez Martínez. Éste fue seleccionado para ocupar la cartera de Gobernación “no tanto por sus letras sino por sus mañas”, como el mismo Héctor lo decía con gracia a sus amigos. Torres Bodet fue a Relaciones, y Alfonso Caso a la Secretaría de Bienes Nacionales, dependencia que habría de entrar en funciones el 1 de enero de 1947, después de la reforma a la Ley Orgánica respectiva, según la cual algunas atribuciones de la Secretaría de Hacienda pasarían a la competencia de la nueva Secretaría de Estado, ahora la de Bienes Nacionales.

Como un testimonio del cariño y la amistad que me ligaron a don Alfonso, me complace ahora reproducir el prólogo aludido o nota introductoria. Hela aquí:

PRÓLOGO A *DISCURSOS*

Nacido en 1896 en el seno de una familia típicamente finisecular —dentro de la cual el padre solía ejercer con imperio su potestad, en contraste con la suavidad de la madre—; formado su espíritu bajo la influencia saludable de su hermano mayor, Antonio —a quien muchos mexicanos contemporáneos debemos nuestra vocación filosófica—, Alfonso Caso se inicia como profesor de lógica allá por 1918.

Después de haber cultivado y profesado esa disciplina, el joven catedrático se aficiona a la filosofía, “uno de esos terribles monstruos intelectuales que padece la humanidad” —como hubo de calificarla el propio don Alfonso en el homenaje que se le tributó en 1943 con motivo de sus bodas de plata en el ejercicio del magisterio— y durante años discute y discurre en torno al Ser y al no Ser, la forma y la materia, la causa y el efecto, hasta abandonar el coloquio con el terrible monstruo, movido por otras sollicitaciones del saber.

La lógica y la filosofía no fueron, pues, los “únicos males” que padeció el maestro en sus mocedades: su sentido fáustico de la existencia, mediante el cual todo joven superior es devorado por un hambre de conocimiento integral —a semejanza de *Un hombre acabado* de Papini—, lo empuja asimismo al cultivo de la jurisprudencia. De suerte que después de presentar examen de abogado en 1919 precedido de su tesis profesional intitulada “¿Qué es el derecho?”, imparte durante más de una década sus célebres lecciones de Filosofía Jurídica en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, alternándolas con la asignatura de Epistemología sustentada en la Facultad de Filosofía y Letras, actividad docente poco conocida de las nuevas generaciones.

Dócil a ese anhelo fáustico que asediaba su espíritu poroso y receptivo, Caso se inicia en la magia de la arqueología, rito en el que lo introdujo su profesor, Hermann Bayer, pasando pronto de catecúmeno incipiente a hierofante mayor, pues el hecho de haber encontrado Alfonso Caso en esa rama del saber su más genuina vocación, lo lleva, en efecto, a convertirse en el primer hermeneuta de nuestras piedras y códices precoloniales, en cuyos glifos enigmáticos está inserto el testimonio de la grandeza cultural de nuestro pasado remoto y el abolengo de una de las dos sangres que con orgullo llevamos dentro.

La investigación arqueológica habría de reservar a Alfonso Caso una cadena de señalados triunfos científicos, ello sin perjuicio de incursionar después —con éxito paralelo— en la antropología social, presionado por su afán de saber y de servir.

La temprana edad en que Alfonso Caso comienza su ejercicio docente —a los 22 años—, le provoca —para que los alumnos de su misma edad no le faltaran al respeto— ese aire de severidad y de ceño adusto con que solían identificarlo sus coetáneos y discípulos de hace cuatro décadas, adustez que ha ido extinguiéndose conforme los años pasan, hasta adquirir su semblante esa bonhomía que hoy disfrutamos sus amigos.

Y así, a los 62 años, Alfonso Caso es ya de los pocos mexicanos que, sin ninguna simulación ni falsificación, pertenecen a la aristocracia de la inteligencia, tanto en el extranjero como fuera de nuestro territorio. Porque la nobleza intelectual, ya se sabe, no reposa en la posesión de títulos o privilegios heredados sino al revés, el noble de este tipo es capaz de conferirle a sí mismo más deberes y obligaciones que a los demás, precisamente con el servicio a los demás. A ello se refería el conocido lema medieval de “nobleza obliga”.

Como todo hombre dedicado auténticamente al ejercicio del pensamiento, Alfonso Caso sabe que sus indagaciones y teorías carecen de validez vital si ellas no son cotejadas con la práctica a efecto de enriquecerlas en reciprocidad creadora. Caso es, sí, un sabio hartado familiarizado con la quietud solariega del gabinete de estudio; mas su hipertrofiada conciencia

social hace de él un hombre habituado también al murmullo polifónico emanado de nuestros múltiples grupos autóctonos, quienes desde su diversidad idiomática demandan con insistencia un trato que los conduzca realmente a alcanzar niveles de vida y de cultura semejantes a los que en general privan en el país.

O, como alguien ha dicho refiriéndose a la similar inclinación de Caso por la arqueología y la antropología social: al maestro le interesan tanto los vestigios culturales del *indio muerto* como le preocupa y obsede el drama angustioso y cotidiano del *indio vivo*.

Es decir, a don Alfonso le interesa tanto la filiación paciente y erudita de las culturas aborígenes sepultadas por la acción implacable del tiempo, como la acción diaria, racionalmente planeada, tendiente a otorgar dignidad humana a nada menos que el 42 por ciento de nuestra población total, porcentaje que se halla colocado precisamente en la peana o sustentáculo de la pirámide social y al margen de la economía y la cultura medias del México contemporáneo.

Merced a esa doble y paralela vocación por la teoría y la práctica, Alfonso Caso pudo declarar, a nombre del gobierno mexicano en el XXIII Congreso de Americanistas reunido en la capital de la República en 1939 que “para nuestros pueblos de América, la antropología no es algo puramente teórico ni de una aplicación mediata; es una disciplina que está encajada en nuestro corazón y en nuestra vida, porque allí están en nuestro corazón y en nuestra vida los indígenas americanos”.

Que Alfonso Caso aliente esa doble preocupación —la teoría y la praxis— queda probado con su vida misma y con su innata vocación de investigador, complementada con su gestión eficaz de educador y hombre público.

Allí está, por ejemplo, su creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia fundado bajo la administración de presidente Cárdenas, en 1939, e igualmente el Instituto Nacional Indigenista creado durante el gobierno del presidente Alemán en 1948.

Están también sus notables hallazgos arqueológicos, entre los cuales sobresale la Tumba Siete de Monte Albán descubierta en 1932 —la que le dio una bien ganada nombradía internacional—, y está asimismo su actual trabajo de antropología social, aplicado a favor de los aborígenes tarahumaras, mixtecos, mazatecos, mixes, cuicatecos, popolacas, tzoltziles y tzeltzales, obra con la que Alfonso Caso podría reunir con rapidez a los diferentes grupos autóctonos con el todo constitutivo de la nación, si contara con mayores y más generosos recursos gubernamentales.

Allí está también la huella pedagógica dejada a su paso como director de la Escuela Nacional Preparatoria durante el gobierno del presidente Calles; su desempeño como director del Museo Nacional en el régimen del presidente Abelardo Rodríguez; como director de Enseñanza Superior e Investigación Científica durante el mandato del presidente Cárdenas; como rector de la Universidad Nacional Autónoma de México durante el periodo del presidente Ávila Camacho; del mismo modo que está allí su paso, probo, por la Secretaría de Bienes Nacionales —que él fundó auxiliado de una pléyade de mexicanos—; y, por último, su acción ejercida desde la alta y prestigiada cátedra de El Colegio Nacional, instituto de la cual es miembro fundador.

Difícilmente, en verdad, podría hallarse un ejemplo más acabado de investigador y educador como Alfonso Caso, ello sin detrimento de haber servido a su patria con pulcritud moral y eficiencia administrativa, ora en el proyecto sobre organización bancaria formulado por el general Salvador Alvarado en su calidad de secretario de Hacienda del presidente Obregón, ora como autor del proyecto del estatuto de la Universidad Nacional Autónoma de México —cuya vigencia actual muestra su propia bondad y adecuación para dar a nuestra máxima casa de estudios la estabilidad prolongada que ha venido disfrutando—, en fin, como miembro del gabinete del presidente Alemán.

Y, al lado de todo esto, que de por sí y en conjunto constituye una envidiable biografía, ¿será necesario mencionar la creación del Museo de Arte Popular a cuya sombra se viene intentando una seria reivindicación

de arte popular, corrompido progresivamente merced a la acción antisocial de los mercaderes? No, no es necesario mencionarlo, pues la valiosa obra de rescate de nuestras mejores obras folklóricas es bien conocida de un público cada vez más amplio. Sólo con semejante tarea Alfonso Caso merecería ya el bien de la patria.

Sus trabajos científicos publicados durante cuatro décadas —desde que en 1917 diera a luz su precoz *Ensayo de una clasificación de las artes*— son muy numerosos. Desprovistos de ese fárrago que todo lo abulta y falsifica, en tales trabajos podemos contemplar la concisión del hombre de ciencia y el orden mental propio del profesor de lógica.

Entre los múltiples trabajos científicos de Alfonso Caso, podemos citar los siguientes que alcanzaron resonancia internacional: *El Teocalli de la Guerra Sagrada* (Secretaría de Educación Pública, 1927), el cual contiene una descripción y estudio del monolito encontrado en los cimientos del Palacio Nacional; *Las Estelas Zapotecas* (Talleres Gráficos de la Nación, 1928); “Las tumbas de Monte Albán”, inserto en los *Anales del Museo Nacional* (tomo VIII, 1933); *Las exploraciones de Monte Albán: temporada 1934-1935*, (Instituto Panamericano de Geografía e Historia, volumen XVIII, 1935); “La correlación de los años azteca y cristiano”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* (1939); *Definición y extensión del complejo olmeca*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas (1924); “Contribución de la culturas indígenas de México a la cultura mundial”, notable investigación publicada en *México y la Cultura* (Secretaría de Educación Pública, 1946), cuyo solo título anuncia ya la trascendencia del tema; “Calendario y escritura de las antiguas culturas de Monte Albán” (1947), escrito como homenaje a Miguel Othón de Mendizábal, incluido en el tomo I de las *Obras completas* de este último autor; “Definición del indio y de lo indio”, *América Indígena* (volumen VIII, 1948); “El mapa de Teozacalco”, *Cuadernos Americanos* (núm. 5, 1949); “Explicación de *Codez Vindobonense*”, *Memoria en el Colegio Nacional* (tomo V, 1951); “Urnas de Oaxaca” (en colaboración con Ignacio Bernal), en las *Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia* (tomo II, 1952); *El pueblo del sol*, Fondo de Cultura Económica (1953); “Instituciones indígenas precortesianas”,

Memoria de El Colegio Nacional (tomo VI, 1954); “Calendario mexicano”, ensayo presentado en la Mesa Redonda de Cronología reunida en México del 5 al 10 de diciembre de 1956; “Los barrios antiguos de Tenochtitlan y Tlatelolco”, *Memoria de la Academia de Historia* (volumen XV, 1956), tratado lleno de utilidad para la historia siempre fascinante de la Ciudad de México.

DOCE DISCURSOS

Mas eso no es todo: su condición de tribuno sobrio y responsable de la palabra hablada, queda patente en esta rigurosa selección de 12 discursos que la Universidad Nacional Autónoma de México ofrece a sus lectores.

Los documentos contenidos en el presente volumen están impregnados de las meditaciones del humanista, del filósofo de la cultura y de la historia, de las reflexiones del hombre de ciencia y del educador, así como el pensamiento ciudadano de ese patriota alerta que es el doctor Caso; doctor no sólo por ser docto en varias materias, sino por decisión de cuatro universidades que lo han declarado doctor *honoris causa* con plena justicia.

El primer discurso inserto —lleno de afirmaciones sobre el alcance actual de la antropología— fue dicho con motivo de la XXVIII Reunión del Congreso de Americanistas que tuvo lugar en el Palacio de Bellas Artes, en agosto de 1939.

El segundo discurso fue pronunciado en septiembre de 1943, y en él exalta la figura del gran educador veracruzano Antonio María de Rivera, que fue el introductor en nuestro país, un siglo atrás, de la enseñanza secundaria en las aulas del Colegio Preparatorio de Xalapa, institución fundada por el mismo educador.

El tercer discurso —que contiene algunas noticias autobiográficas— lo leyó Alfonso Caso en diciembre de 1943, durante el homenaje que se le tributó con motivo de sus bodas plata en el ejercicio de la cátedra.

El cuarto discurso —que plantea algunos de los problemas que habrían de sobrevenir en la posguerra— fue dicho en diciembre de 1943 en ocasión

del quinto aniversario de la prestigiada revista *Cuadernos Americanos*, dirigida por ese otro insigne maestro de la juventud que es Jesús Silva Herzog.

El quinto trabajo inserto, es una conferencia sustentada en el Palacio de Bellas Artes —en marzo de 1944— sobre la trascendencia de la cultura europea en el mundo, en lo que ésta tiene de aporte al instrumental tecnológico universal.

El sexto discurso lo expuso Caso cuando entregó las riendas de la UNAM en marzo de 1945, y en su contenido se hallan algunas orientaciones válidas todavía para nuestra máxima casa de estudios.

El séptimo discurso —impregnado de palpitante y patriótico lirismo— lo dio Caso a nombre del presidente Alemán para conmemorar la hermosa gesta de los Niños Héroes, precisamente en el primer centenario de su ejemplar sacrificio frente al invasor norteamericano.

El octavo discurso, leído en septiembre de 1949, constituye una arenga reflexiva contra la carrera armamentista y a favor de la consolidación de la paz mundial, de cómo el sabio de buena clase acaba por ser el dócil a las solicitudes del ágora pública, cuando aquel posee la certidumbre de que su verbo ciudadano puede prestar alguna utilidad.

El noveno discurso es una defensa acertada y noble del papel que debe desempeñar la ciencia dentro de la sociedad y fue expuesto por Caso en septiembre de 1951, en su calidad de presidente del Primer Congreso Científico, organizado por la UNAM con motivo del Cuarto Centenario de la Fundación de la Universidad, la Real y Pontifica, por supuesto.

El décimo discurso lo dijo Alfonso Caso, en septiembre de 1954, cuando recibió de manos del presidente Ruiz Cortines el Premio de Ciencia otorgado por el Instituto Nacional del Libro, ensayo en el que condena la coacción totalitaria contra la libre investigación en que debe moverse el hombre de ciencia.

El undécimo discurso, permeado de acento laico y libertario —fue dado a conocer en la ceremonia inaugural de los cursos conmemorativos del Centenario de la Constitución de 1857, organizados por la Escuela Nacional de Economía—, constituye un sólido alegato a favor de la filosofía libe-

ral, en cuanto ésta es tradición de ascenso histórico y de perfeccionamiento jurídico de la sociedad y de la persona humana, mas no dogma estratificado e inoperante para el progreso social.

Por último, el décimo segundo discurso —cuyas palabras se sumaron al solemne homenaje tributado al doctor Gustavo Baz en agosto de 1957— es una elegía a la amistad entreverada de apostillas en torno a la axiología personal, concebida como reguladora de la conducta y de la vocación.

Antonio Caso*

Constituyó luto nacional la muerte de don Antonio Caso. Su significación y trascendencia en la historia del pensamiento mexicano, ya desde ahora la podemos medir.

Don Antonio Caso llegó a poseer la más cabal erudición filosófica de su tiempo. Sus magníficas dotes de profesor de filosofía y su dedicada aptitud por esta disciplina, introdujeron en el ambiente intelectual de México, desde los años veinte de la presente centuria, una curiosidad creciente por los estudios filosóficos. Antes de Antonio Caso no era visible una vocación creciente de ese saber entre la juventud universitaria. Don Antonio la creó.

Fue miembro esclarecido del Ateneo de la Juventud, integrado entre otros por el propio Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán. Pedro Henríquez Ureña y el latinista Pablo González Casanova, padre. Esa generación de jóvenes agrupada en 1910 fue en verdad brillantísima.

Sí, Antonio Caso inauguró un nuevo ciclo en la historia de la cultura mexicana al dar el tiro de gracia a la corriente positivista introducida aquí por Gabino Barreda, alumno directo de Augusto Comte. Esta corriente, como es sabido, informó y conformó la superestructura del porfiriato. Pero don Antonio la invalidó con el intuicionismo bergsoniano y el contingencialismo de Boutroux.

*Nota publicada en *La Cultura en México*, suplemento cultural del periódico *El Nacional* en 1945.

En los últimos 10 o 15 años, todo el armonioso saber adquirido por don Antonio, había dejado de enriquecerse, acaso por su marcada tendencia hacia el misticismo. Su cátedra —que nunca perdió brillantez— adolecía a menudo de falta de información moderna. En efecto, la palabra encendida y arrebatadora de don Antonio Caso, carecía ya de modernidad. Un ejemplo de hasta qué punto don Antonio Caso había perdido el pulso de las corrientes filosóficas modernas, puede hallarse en aquella memorable polémica sostenida en la páginas de *El Universal*, allá por 1933, entre el filósofo hoy desaparecido y Vicente Lombardo Toledano, quien fue uno de sus discípulos predilectos.

Los contendientes de aquella polémica lograron animar a tal punto los estudios filosóficos, merced a la defensa eficaz de sus respectivas posiciones antagónicas —el idealismo y sus sucedáneos por un parte y, por la otra, la dialéctica materialista—, que se puede afirmar sin hipérbole, que a partir de entonces se escindieron en dos, muy bien delimitadas, las tendencias filosóficas y políticas de los universitarios mexicanos. Y tal separación ha tenido resonancia en el ámbito de la vida pública de la nación.

Con gran habilidad, don Antonio Caso sostuvo todos y cada uno de los elementos propios de su credo idealista: entre otros, el carácter inespecial de lo psíquico y la naturaleza dual del universo. Por su parte, Lombardo Toledano, insistió en la tesis opuesta: el monismo materialista y la dialéctica como forma de la realidad.

En sus *Nuevos discursos de la nación mexicana*, don Antonio Caso escribió que la doctrina del nacionalismo debía adoptarse no sólo para orientar a la Universidad, sino al mismo Estado mexicano. “Pero, es más —decía Caso—: del mismo modo que el *Contrato Social* de Rousseau cesó de tener importancia una vez realizada la Revolución francesa, *El Capital* de Marx ya no resiste el interés que tuvo cuando causó la Revolución rusa. Estamos más allá del marxismo. Ahora, el socialismo se combina en todas partes con un enérgico movimiento nacionalista guiado por grandes caudillos. La individualidad de excepción rige a las masas contemporáneas y las obliga

a realizar los fines del derecho, que diría Stammler". Y agregaba don Antonio:

Nuestra revolución tiene un perfil propio, y debe de desembocar en un gobierno enérgico de amplio sentido social; en un *nacionalismo social*. Esto es lo que ha realizado en Italia Mussolini, lo que hoy pretende lograr Hitler en Alemania. A ello mismo obedece la actitud del presidente Teodoro Roosevelt en los Estados Unidos. Recuérdese que la guerra europea produjo la exaltación del principio de las nacionalidades, a la vez que desarrolló el socialismo. Así surgieron a la vida Polonia, Estonia, Letonia y Lituania, y se desmembró en varias naciones independientes el imperio austro-húngaro.

Cuando hablaba don Antonio como Hegel decía que "la tesis es el desarrollo del nacionalismo; la síntesis, el desarrollo del marxismo bolchevique; la síntesis, el social-nacionalismo. *¡Que el oriente de la Universidad sea el nacionalismo social mexicano, y no las teorías que se baten en retirada, dentro de las vicisitudes del momento histórico que alcanzamos!* Tal era el ideario político, regresivo ya, de don Antonio Caso.

En polémica célebre, abierta por el diario capitalino *El Universal*, Lombardo Toledano preconizaba por su lado que el materialismo histórico y la dialéctica materialista, debían ser el equipo teórico con que habría de dotarse a la Universidad y al Estado mexicanos. Lejos están ya, ciertamente, aquellos tiempos lombardeanos de "estridentes marxistas".

Los ecos y el recuerdo de esa memorable polémica, fueron percibidos por los circunstantes, en la solemne inhumación de los restos de don Antonio Caso, al ver conmovido y con lágrimas en los ojos al rector de la Universidad Obrera, Vicente Lombardo Toledano, quien, en civilizada actitud, olvidaba la diametral oposición que, con encono, lo había dividido de su querido maestro.

Pronunciaron oraciones fúnebres en esa tarde lluviosa —que no fue capaz de dispersar a los dolientes— Virgilio Domínguez, director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia; Eduardo García Máynez, director de la Facultad de Filosofía y Letras; Juan Hernández Luna, uno de nuestros me-

jores conocedores de la historia de la filosofía y alumno de dicha facultad; José Vasconcelos, por la Universidad Nacional Autónoma de México, quien dogmatizó afirmando que el amor al prójimo sólo es válido cuando se finca en el amor a Dios, y que es trasnochado y chabacano todo humanismo que pretenda ver en el hombre un fin en sí mismo; Jaime Torres Bodet, en nombre del gobierno de México, habló en un tono que habría sido declamatorio si no hubiese sido por su gran habilidad de escritor.

Alfonso Reyes, por El Colegio de México, improvisó seguramente el mejor discurso de su vida. En algún momento dijo de Caso, en esencia, lo siguiente: "Cuando el polvo de tu cuerpo se reorganice de nuevo en figuras vivientes difícilmente podrá adquirir una forma como la tuya, hermano Antonio Caso".

Eduardo Césarman*

Hace más de medio siglo Paul Valéry escribió y leyó ante el Protomedicato de Francia su célebre discurso a los cirujanos, en cuyo texto subrayó la analogía existente entre el oficio del poeta y el oficio del cirujano: ambos esculcan, con parsimonia y delicadeza, las entrañas mismas del ser humano, las más íntimas y palpitantes.

Ahora un cardiólogo mexicano del rango de Eduardo Césarman practica su propia laparotomía y armado de un bisturí —que es su certera pluma— horada su enorme corazón a efecto de que fluyan en él las más hermosas emociones, producidas por el bien o el mal y las sensaciones más vibrátiles suscitadas por lo bello y lo feo. También practica, como cirujano que es, su propia craneotomía para que de su cabeza vuelen todas las ideas encerradas en esa cárcel ósea.

Su *Cuarto menguante* es una obra en verdad de autocirugía mayor: sin anestesia abre en canal su propio cuerpo para mostrarnos todo cuanto es Eduardo Césarman: como el ginebrino Juan Jacobo o el africano San Agustín, nos conduce de la mano y nos confiesa su identidad más entrañable. Por ello lo hace mediante párrafos sentenciosos o apotegmáticos, seguidos uno de otro con increíble fluidez y sin interrupciones capitulares. Así nos convierte en testigos de excepción de su propia vida, de la audacia de sus conceptos y de lo contagioso de sus emociones, hasta acabar por

* Artículo titulado "*Cuarto menguante*, obra de cirugía mayor", publicado en *Sábado*, suplemento del diario *Unomásuno* en enero de 1987.

advertir que él no es *comparsa de la farsa*, ni estudia el cuerpo humano donde habita la vida con la indiferencia con que se analiza el frío flotar del cosmos.

Discorre con pulcritud frente a cuanto tema humano nos incumbe; y fragua una carta de Mocita, su guapa esposa. Pero Mocita no es la única destinataria de esa epístola —*Cuarto menguante*— sino un público más amplio que abarca a todo hombre con hábitos intelectuales y provisto de sensibilidad ética y estética.

Bien formado e informado filosóficamente, Eduardo transita del escepticismo al nihilismo, del cientificismo al agnosticismo, sin dejar de pagar tributo a un equilibrio ecléctico.

No hay egolatría en su obra quirúrgica —en griego, la obra de la mano— sino sorprendente y espontánea sinceridad.

Leer, de manera morosa, *Cuarto menguante*, acaba por estrechar la cordialidad que con complacencia me ata a Eduardo Césarman no si percibir en tan fascinante lectura que él “se graduó de todo, y hasta de él mismo”.

Y aunque le repugne la estridencia de los homenajes, las distinciones y reconocimientos públicos, y pese a que “lo invada el frío regocijo por el anonimato”, su reciente libro le acarreará de modo inexorable merecidas distinciones y no habrá de regocijarse más Eduardo por vivir bajo la sombra, para él concupiscente.

Ya está en la luz. No lo pudo evitar. Ya está perdido. Pero, como en las Sagradas Escrituras, el que quiera salvar su vida ha de perderla.

CON INTENCIÓN¹

Acompañado de su único amigo en una confitería de la Zona Rosa, Eduardo Césarman divagaba entre sorbo y sorbo de café sobre un mundo socioeconómico sin posible arreglo o enmendadura, o sobre la inutilidad de la

¹ Comentario al libro de Eduardo Césarman titulado *Con alguna intención*.

Creación al surgir del Caos para convertirse en Cosmos, o bien divagaba en torno a lo incomprensible de la existencia humana, o sobre las estrechas fronteras que hay entre lo hacedero y lo razonable.

Eduardo, que por cierto tiene más de un amigo —yo entre ellos— de pronto quedó pasmado ante tres hermosas mujeres que pasaron a comprar dulces. El talle de cada una insinuaba un sabio revestimiento de sus huesos pélvicos. A tan atrayente panorama la temática trascendentalista en torno a la cual meditaba el doctor Césarman y su acompañante, fue dejada de lado de improviso.

Distingue a Eduardo su excelente formación académica que lo ha convertido en uno de los primeros cardiólogos de México. Pero esta especialidad entró en increíble competencia con otra disciplina académica que también maneja Eduardo con desenvoltura magistral: la *pelvisofía*.

¿Cuánto ha indagado en torno a tan estrujante saber el notable médico? Todos los ángulos de tan codiciable objeto del conocimiento, o más bien todas sus redondeces, las ha descrito Eduardo con azorante erudición. Ni una sola ha escapado de su aptitud analítica: las clasifica con racional esmero y las jerarquiza con delectación científica. Y a tal punto es preciso y exhaustivo el doctor Césarman en dicha materia, que bien podría obtener un posdoctorado mediante su libro de reciente aparición, cuyo primer comentario es esta breve nota.

Con alguna intención se llama su libro. Su título es muy elusivo, huidizo, o acaso, calambúrico. Si Eduardo hubiera escogido un título más directo, nos habría despojado por completo del sentido del mal humor que ha menudo nos embarga a los capitalinos. Por ejemplo este título: “Tratado de Pelvisofía” que puede presentarse con sobrada justificación para alcanzar un *sum cum laude* en la universidad más conspicua del mundo, que no es otra que la de la vida cotidiana.

Eduardo Césarman se reveló como muy apto en la propedéutica del tema: la pelviscopia y la pelvisgrafía.

Mejor aún: se reveló como un resuelto *nalgólatra* pronto a auscultar esa parte de la anatomía femenina en la que reposa y se da cobijo a la per-

petuidad de la especie. La pelvis —un portento de ingeniería de la naturaleza— es el estuche de la maternidad y a ella nos conduce *el genio de la especie* —tal como lo subrayó Arturo Schopenhauer— con el espejismo engañoso de hacer creer al varón que en esa materia él obra y opta libérrima e individualmente.

Ya en *nalgotras* ocasiones no ocuparemos de tan deleitosa rama del saber humano en la que ha ahondado el doctor Eduardo Césarman con sentido festival disfrazado de austero.

Daniel Cosío Villegas*

Daniel Cosío Villegas ha recogido en el volumen titulado *Extremos de América*—editado en la colección Tezontle del Fondo de Cultura Económica— algunas de las 600 cuartillas que ha podido escribir en los últimos 17 años. No sería lícito, por cierto, acusarlo de grafómano. Pero tampoco de infecundo o estéril. Y es que el laconismo de sus cada vez mejor escritas páginas, revela un profundo respeto hacia los demás al eludir inocuidades, bagatelas, fárrago.

Siempre con agudeza, Daniel Cosío Villegas ofrece sus meditaciones, ora en torno al pasado inmediato de México, ora en relación con nuestra vida internacional, ora alrededor del presente de nuestra patria; agudeza que no implica necesariamente acierto en todos sus juicios. Antes bien: incurre en contradicciones que no satisfarán a la lógica más estricta y ortodoxa. Justamente por esto, Daniel Cosío Villegas suscita las más enconadas discrepancias o las afinidades más cordiales, a veces entreveradas ambas; pero nunca provoca indiferencia.

“Toda moneda tiene no sólo cara, sino cruz; anverso y reverso” dice en ademán sentencioso Cosío Villegas, acaso para explicar previamente el antagonismo de algunas de las ideas que esgrime. Muchos pensadores sienten terror por criterios simplistas; ello los empuja a incurrir en esencial contradicción, o algo peor: a caer en lo abstruso.

* Artículo titulado “El pensamiento de Daniel Cosío Villegas”, publicado en el diario *El Popular* el 4 de marzo de 1950.

Daniel Cosío, ciertamente, es contradictorio pero no abstruso. Muy al revés: es claro y sugerente; y pese a que muchas de sus aseveraciones podrían filiarse dentro de tan tácito o elusivo o vergonzante reaccionarismo, el pensamiento de ese fino y vigoroso escritor que es Cosío Villegas arroja un saldo favorable dentro del repertorio de las ideas progresista de izquierda, tal como podrá verse a lo largo de esta nota.

Excepto un trabajo inédito sobre historiografía y bibliografía del porfirato, la mayoría de los ensayos que reúne Cosío Villegas habían sido ya dados a conocer a través de *El Trimestre Económico*, de *Cuadernos Americanos* y de conferencias públicas.

En *Extremos de América* se halla un comentado ensayo "La crisis de México", trabajo que provocó debates prolijos y apasionados en las publicaciones periódicas del país debido a las amargas verdades que emitió sobre algunos aspectos y frustraciones de la Revolución Mexicana, todo ello expresado con una entonación no exenta de derrotismo sobre el futuro de México.

En *Extremos de América* también aparece un ensayo titulado "México y los Estados Unidos", en donde a lado de atisbos sagaces sobre la caracterología de los habitantes de uno y otro pueblo, ofrece sus opiniones acerca de la creciente influencia de ese país sobre nosotros. En este último capítulo y con relación con el carácter del mexicano y del norteamericano, Cosío dice:

El norteamericano, hombre fabulosamente rico, está acostumbrado a contar lo que tiene, lo que gana o lo que pierde; de ahí su propensión a fundar muchos juicios de valor en la magnitud, en la cantidad. El mexicano, pobre de solemnidad como suele ser, en rigor no tiene nada, o muy poco que contar, y, en consecuencia, la noción de magnitud, de cantidad, le resulta un tanto extraña; de ahí que sus juicios se basen o pretendan basarse en juicios de calidad.

En este mismo trabajo, Cosío parangona en forma esquemática la historia de Estados Unidos con la de México, y dice de aquellos que no sólo su desarrollo económico sino su proceso político y democrático constituyen

un milagro: "México es también en cierta forma un milagro histórico, sólo que no de fecundidad, sino de supervivencia". Y agrega: "es de verdad un milagro que aún esté en pie, y más todavía, que crea todavía en su destino".

Examina la influencia de Norteamérica en multitud de usos y costumbres que ya practica el mexicano, así como las fuerzas que puedan neutralizarla; entre aquellas, señala el carácter del indio que le impedirá convertirse en esa "masa norteamericana; gregaria, fluida, impetuosa, sensible al estímulo de la riqueza", pues el ensimismamiento, el ritmo lento y el cerrado mutismo de nuestros indígenas, impedirán que éstos participen voluntariamente en una civilización de estruendo. Cosío hace notar "que antes era usual contar con la Iglesia Católica como una de las fuerzas de resistencia decisivas contra la penetración yanqui"; pero que "hoy ya es bien claro que los patriotas que cuentan con la ayuda de la Iglesia se habían equivocado, si bien esta decepción no ha trascendido todavía a la opinión pública del país".

Después de formular un somero inventario de los elementos que constituyen las posibilidades de desarrollo económico de México, y antes de llegar a la conclusión —coincidiendo en ello con la sabiduría de Gonzalo Robles— de que nuestra nación sólo puede ser "un país modesto pero equilibrado, sano pero feliz, que vivirá por tercias partes de su agricultura, de su industria y de su minería", Daniel Cosío Villegas refuta en el capítulo "La riqueza minera de México" la tesis tan reiterada de que nuestra patria es fabulosamente rica. Cosío ve en esa tesis dos actitudes: el afán de lucro del imperialismo extranjero y el propósito de exhibir al mexicano como un hombre dotado de indigencia moral, incapaz de servirse de la riqueza de su territorio. Dice Cosío: "Por supuesto que no es el extranjero el único que ha hecho un uso político de la fabulosa riqueza mexicana. Somos nosotros mismos quienes más la han robado. La línea general del razonamiento es ésta: ¿Por qué en este país de maravillas hay tanto malestar, tanta pobreza, por qué Estados Unidos o Argentina progresan y nosotros no?" Y agrega Daniel Cosío en tono crítico a los críticos de la Revolución: "hace algunos años que las respuestas (a aquellas preguntas) son éstas: por el ejidatario; por los sindicatos; por la legislación del trabajo".

El ensayo inédito que aparece en *Extremos de América* consiste en una excelente bibliografía del porfiriato —en donde el autor brinda 268 títulos que suman 50 mil páginas impresas, si bien se excluyen publicaciones, periódicos y documentos oficiales y privados—, precedida de un juicio de conjunto sobre los problemas historiográficos que ha de resolver quien emprenda una justa interpretación de la época cubierta por el caudillo tuxtepecano. Tales problemas radican en que —así parece desprenderse el pensamiento de Cosío— el cuadrante histórico para juzgar el porfiriato varía pendularmente entre dos conceptos básicos: el afán de bienestar y el afán de libertad. Cuando el deseo de bienestar prevalece en contra del deseo de libertad, ello quiere decir que la tendencia apunta a reivindicar el porfiriato. Cuauhtémoc, Hidalgo, Morelos, Juárez, representan la bandera de la libertad. “Díaz empuña la bandera del bienestar, una bandera distinta, opuesta a la tradicional, pues el bienestar que él ofrece lo vende al precio del sometimiento. Y todavía hoy, los que prefieren la libertad condenan a Díaz y quienes optan por el bienestar lo bendicen”.

Respecto a la clase de bibliografía con que hoy contamos para estudiar el porfiriato, Cosío Villegas asegura que Díaz y sus colaboradores tuvieron un fino sentido de posteridad, pues contaron con tiempo sobrado no sólo para hacer su historia, sino para escribirla. Esta es la razón por la cual entre la bibliografía del porfiriato abunda más el género apologético —bien pagado por el dictador— que el juicio adverso, el cual sólo asomó durante la decrepitud de aquel régimen. “Es increíble —insiste Cosío— el sentido de la publicidad que el general Díaz tuvo desde sus primeros balbuceos políticos allá por 1877, y que tuvieron también los hombres todos de su régimen”.

De las 268 fichas bibliográficas presentadas por Daniel Cosío Villegas, 82 son estudios biográficos, es decir, casi la tercera parte; de esas 82 biografías, Díaz se lleva seis, casi las tres cuartas partes, dejando —debe suponerse que por modestia— el resto para sus adversarios y secuaces. Las biografías del general Díaz representan el 25 por ciento de toda la literatura histórica de la época; pero si en la cuenta se hacen figurar las obras cini-

camente laudatorias, las que se publican sobre un tema en apariencia de interés público, digamos la reelección, pero con el fin de halagar bajamente al dictador, así como buenos estudios de la época, pero contruidos de todo a todo en torno de la figura de Díaz, entonces se llega a una lista de 126 obras, o sea, casi la mitad de todas. “Mucha de esta literatura, por sus bajos orígenes y fines no menos bajos, de halagos y adulación groseros, poco o nada sirven para hacer historia; apenas para llegar a la conclusión, en cierta forma obvia, de que el porfiriato fue creando una atmósfera marcadamente cortesana”.

Mucha de la literatura biográfica porfirica carece de originalidad, tiene una nota de monótona repetición, que sólo presta escaso apoyo a la investigación; por eso podría prescindirse de ella, recurriendo, en lo posible, a la “fuente” de la verdad histórica, al propio general Díaz, que para eso, justamente, escribió sus *Memorias*.

Muchos de los “estudios de la época ofrecidos en la bibliografía, acaban por desembocar en la figura de Díaz, no importa que traten de finanzas o de letras, siempre se convierten en biografías solapadas y apologéticas del general. A este propósito, Daniel Cosío Villegas escribe:

En cierta forma resulta natural que la de Díaz se la figura señera, pues el hecho de que la historia haya bautizado con su nombre a la época toda demuestra hasta qué punto la cubrió. Sin embargo, y por eso mismo quizás, nace pronto en el lector de la literatura porfirica un hastío de la figura de Díaz y, paralelamente, un ansia de ver surgir en su lugar alguna de esas fuerzas impersonales o inanimadas que parecen explicar mejor la historia, justamente porque reducen a los hombres, a los grandes como a los pequeños, a ocasión o sustancia en que esas fuerzas toman cuerpo.

En su conferencia pronunciada en Buenos Aires en agosto de 1947, bajo el rubro de Estados Unidos, Rusia y América Hispánica —que también figura en el libro que aquí se comenta— Cosío examina estos aspectos que a él le parecen los más interesantes: qué grado de unión hay y puede haber entre los países hispanoamericanos; qué pueden esperar éstos de Norte-

américa y de la Unión Soviética; y qué actitud deberíamos asumir en caso de guerra entre las dos grandes potencias universales.

Respecto al primer punto, Cosío Villegas considera que pese a la falta de educación política de los hispanoamericanos, la unión entre nosotros acabará por consolidarse, aunque el peligro estriba en que ella no se realice oportunamente o “cuando no tenga otro uso que el del consuelo en la horas infaustas de la esclavitud”. Los obstáculos para que tal unión se concrete, consisten para Cosío, además, “en la apatía de los hombres buenos de América, en la estulticia de nuestros gobernantes y en la corrupción o ligereza de nuestra prensa, la radio y el cine”, ello, junto con las barreras geográficas y los medios del transporte deficientes.

Cosío analiza otro obstáculo que ya no depende de nosotros mismos: la voluntad de Estados Unidos. Y duda que “el gobernante yanqui, por muy esclarecido y de buena fe que se le suponga” pueda consentir en la unión de Hispanoamérica, pues “se sabe muy bien que todos los imperios han seguido la regla de oponerse a que sus colonias mantengan relaciones entre sí, consintiendo y alentando las relaciones separadas de la metrópoli con cada una de sus colonias”.

Respecto a lo que los hispanoamericanos podamos esperar de la Unión de Repúblicas Soviético Socialistas, Daniel Cosío Villegas escribe que “la cerrazón en que tan empeñosamente vive Rusia, priva al mundo, y en particular a nosotros los hispanoamericanos —tan aptos y tan afectos de nutrirnos del exterior— de algunas de las muy pocas posibilidades que el mundo tiene ahora de renovarse y enriquecerse espiritualmente”. Mas Cosío se pregunta: “¿Podemos aprovechar de Rusia sus adelantos técnicos, sus innovaciones artísticas o educativas, es decir, su cultura?” Y él mismo contesta: “Es indudable que de ello derivaríamos seguro e inmenso provecho; pero lo es también que no parece existir por ahora ninguna posibilidad real de que así ocurra: la Unión Soviética difunde en el exterior la idea de que es un hervidero de arte, de ciencia, de tecnología; pero hace poco para demostrarlo”.

Fuera de cualquier beatería soviétizante, puede afirmarse con todo énfasis que en la Unión Soviética sí hay ese “hervidero” científico y tecnológico al que se refiere Cosío; y que si bien la Unión de Repúblicas Soviético Socialistas no lo ha *mostrado* a los viajeros prejuiciosos —cerrando higiénicamente sus fronteras— sí, en cambio, lo ha *demostrado* al mundo, tal como lo evidencia el testimonio o la certidumbre de sabios norteamericanos de la más alta jerarquía, quienes han afirmado que Rusia posee tal desarrollo industrial, científico y tecnológico que puede fabricar con mayor rapidez esa bomba H con la que Truman se siente tan seguro. El argumento de que la Unión Soviética es un país atrasado técnica y científicamente, es ya un argumento *demodé*, al cual la prensa solía recurrir con cierta eficacia en los años de la preguerra. Cosío, es verdad, no pone en duda ese adelanto, simplemente objeta “la cerrazón en que empeñosamente vive Rusia”, ignorando u olvidando las razones obvias, impuesta por el exterior, que para ello existen.

Daniel Cosío Villegas admite que:

Rusia es hoy una bandera de progreso social y político para los pueblos latinoamericanos como Inglaterra, Estados Unidos y Francia lo fueron en el siglo XIX. No fue el azar el que llevó a Miranda a Inglaterra y a Torres a Estados Unidos en busca de apoyo para nuestra Independencia, ni lo fue que Nariño tradujera la Declaración de los Derechos del Hombre que pasó a ser parte esencial de todas nuestras constituciones políticas, ni tampoco es azar que el nombre oficial de mi país sea el de Estados Unidos Mexicanos.

Inglaterra, Estados Unidos y Francia dieron a nuestros pueblos, como a todos los de civilización occidental, la filosofía política que hemos vivido por algo más de un siglo.

Daniel Cosío no abriga en lo personal el credo comunista y así lo dice: “No hemos compartido, ni podemos compartir, hasta por razones físicas, orgánicas, ni la fe, ni la teoría de los métodos comunistas”.

Su congruente liberalismo lo lleva a combatir el anticomunismo histérico que se viene practicando en Estados Unidos, pues si bien Cosío admi-

te que el gobierno de ese país tiene el derecho legítimo de excluir a quienes manejan *auténticos secretos de Estado*, niega en cambio que tenga autoridad para perseguir a quienes, siendo comunistas sólo desempeñan tareas técnicas y, menos aún, a simples empleados de la administración pública por meras sospechas. A propósito de los procedimientos inquisitoriales ejercidos, fuera de todo derecho, por Estados Unidos en contra de aquellos que para los gobernantes americanos se hacen acreedores al marbete de comunistas, Cosío dice:

Un gobierno pierde su derecho —y además se llena de lodo y de ignominia— cuando procede como el de Estado Unidos al despedir del Departamento de Estado a siete empleados contra quienes no ha podido lanzar —y eso después de meses de verse acosado por la opinión pública— otro cargo que el considerarlos *potential security risks*, y sin que se les haya dado, por supuesto, la oportunidad de defenderse y justificarse ante una acusación tan vaga.

Por lo que hace el anticomunismo tropical que practican los gobernantes de no pocos países latinoamericanos, Cosío lo condena con firmeza en esta forma:

Todo liberal genuino debe condenar la acción anticomunista de los actuales gobiernos de Brasil y Chile, no sólo porque es antidemocrática y ha llegado a ser hasta criminal, sino por este verdadero origen doble: la presión específica y reiterada de Estados Unidos (dónde está entonces la lealtad nacional a esos gobiernos) y el hecho de que esos partidos principian a influir de manera decisiva en la vida nacional de Brasil y Chile. De liberales y conservadores ha sido el poder durante un siglo corrido, y aun cuando los progresos de cada país son indudables, los problemas que quedan por resolver son tantos y tan enormes que nuestros pueblos han de sentir que, como la mula coja y desmedrada de la noria, han dado vueltas infinitas alrededor de un mismo punto sin que su sed se sacie ni menos todavía que el agua de sus esfuerzos haya fecundado el campo.

El insobornable liderazgo de Cosío rubrica así tan contundente párrafo anterior: “Si el liberal o el conservador han de conquistar alguna vez la

autoridad y el prestigio que antaño tuvieron, no será, ciertamente, denunciado al comunista como traidor, sino siendo ellos mismos ejemplares servidores de su Patria”.

No quepa duda a nadie que si Daniel Cosío Villegas hubiese dicho esto en Chile y si además fuese chileno, estaría ahora en un campo de concentración acompañando a los millares de presos políticos que Gabriel González Videla ha recluido para tranquilidad del imperialismo norteamericano.

Por último: Cosío aconseja que los países de Latinoamérica no deben desentenderse enteramente de Rusia “y mucho menos ofenderla con la impunidad que da la distancia”, pues tal como el propio Cosío refuerza su argumento: “No debe olvidarse que en Estados Unidos mismo, un profesor universitario —Joseph W. Ballantine— tenía todavía al principio del año de gracia de 1947 la libertad y la autoridad moral bastantes para llamar no sólo necia, sino criminal, la política internacional que aceptara como cardinal el principio de una hostilidad fatal con Rusia”.

Cosío acaba afirmando que aún cuando no comparta la fe ni la teoría ni los métodos comunistas, no puede de dejar de reconocer que “la Unión Soviética es el caso moderno único de un país que ha emprendido y logrado obras materiales y espirituales en grandes proporciones, atacándolas de un modo decidido e inteligente”, si bien no acepta los sacrificios que fue menester hacer para lograrlo.

Ahora veamos lo que dice Cosío con respecto a lo que América Latina puede lícitamente esperar de Estados Unidos. Nuestro vecino del norte, “en efecto, puede dar a la América Hispánica todo o casi todo; pero a cambio de dinero y de sujeción”. En otra parte dice Cosío:

No compartir en Hispanoamérica en forma alguna la riqueza, creará la sensación de repugnancia y de desprecio que suscita el avaro, con al agravante de que éste ha sido por tradición un ser fieramente solitario, que no se mete ni quiere meterse con nadie, que huye de todos, mientras Estados Unidos sería un avaro metido a gobernante, es decir, un avaro con garrote. Pues bien, los latinoamericanos serían entonces mendigos, pero también con garrote.

Con gran luminosidad Cosío señala que “la fortaleza de nuestra insignificancia nos permitirá ser felices sin Estados Unidos [...] pero Estados Unidos no puede serlo sin nosotros por la debilidad de su grandeza: somos su talón de Aquiles”.

Más adelante el vigoroso pensador que es Daniel Cosío Villegas —pese a la arbitrariedad de que rodea a veces sus afirmaciones—, examina que lo que nos une con nuestros vecinos del norte son relaciones de un tipo tal que han dejado un precipitado, un residuo de rencor inevitable en los países hispanoamericanos:

En toda la América Latina podrían descubrirse huellas y atropellos y violencias de Estados Unidos, de su gobierno, de sus empresas capitalistas y hasta de sus ciudadanos privados. Y lo que ha herido directa o indirectamente a algún país es siniestra amenaza para los demás. Por eso en la América Hispánica, hoy dormida, quieta como agua estancada, hay una espesa capa de desconfianza [...] Llevados por un desaliento definitivo y por un odio encendido, estos países sumidos al parecer hasta a la abyección, serán capaces de cualquier cosa: de albergar y alentar a los enemigos de Estados Unidos, de convertirse ellos mismos en el más enconado de todos los enemigos posibles. Y entonces no habrá manera de someterlos, ni siquiera de amedrentarlos. Más grave sería el error de Estados Unidos si creyera contar con la fuerza física para acallar un alzamiento de esa naturaleza. La misma debilidad de América Latina, le daría a la intervención armada norteamericana un sello tan claro de crimen que no habría modo de atreverse a intentarla.

Claro que Cosío Villegas no se refiere aquí al recurso tan sobado de la Casa Blanca de provocar rebeliones en los países hispanoamericanos cada vez que un gobernante patriota se enfrente a los intereses de los cárteles norteamericanos; sino a una franca invasión militar del ejército de Norteamérica en una América Latina insurrecta a la metrópoli. Y agrega Cosío esto otro:

No pienso en un movimiento militar de los hispanoamericanos sino en una especie de desobediencia civil general que siendo mortalmente eficaz, esquive

o no dé lugar a una represión física. Pero aun si lo diera ¿qué haría Estados Unidos?, ¿esterilizar con sus bombas atómicas todo un continente, el continente donde él mismo vive, el continente de que saca buena parte de su riqueza física y del que podría sacar mayor riqueza humana?, ¿ocuparía Estados Unidos todos los puertos y capitales de la América Latina? Pero, ¿y lo demás, en donde también habrá hombres resueltos a desobedecer civilmente a los interventores militares? Esto sin contar con que guardar un orden apenas mediano requeriría la distracción de fuerzas y abastecimientos militares tan grandes que Estados Unidos, por el hecho de ocupar militarmente la América Hispánica, se convertiría en fácil presa de cualquier agresor.

Como lo puede advertir el lector, estas consideraciones formuladas por Cosío poseen un mecanismo tal, que podría decirse que ellas deberían formar parte de un plan de rebeldía de las viejas colonias hispanoamericanas en contra de la metrópoli yanqui en la coyuntura propicia. Aquellas consideraciones de Cosío tanto se parecen a una lección de estrategia revolucionaria, que acaso el fundador del Fondo de Cultura Económica no pueda viajar ya por Estados Unidos con la desenvoltura con que lo hacía en los últimos años.

Para finalizar, diré que en otra parte del propio capítulo que estoy examinando, Cosío establece un radical distingo entre el pueblo norteamericano y las empresas que nos arrebatan nuestras libertades: “El pueblo norteamericano no tiene una opinión sobre nosotros: no ha surgido la ocasión o no a tenido la necesidad de formársela, pero en la medida que la tiene, más bien es favorable que adversa. En cambio, pocos, poquísimos serán los negociantes o los funcionarios yanquis que nos vean con simpatía, después de haber tenido un trato prolongado con nosotros”.

El cuarto punto de la conferencia que ese distinguido economista e historiador mexicano que es Cosío, sustentó en Buenos Aires en 1947 y que obra en el libro que estoy glosando, apunta el hecho de que si bien parece colocarse en contra de Estados Unidos en caso de que este país entre en guerra con la Unión Soviética, hay que ensayar, empero, las más eficaces soluciones para estar “no en contra de Estados Unidos, mas tampoco en su favor”.

Daniel Cosío presume lo siguiente: “Que una de la poquísimas formas en que podría evitarse la guerra sería la declaración inequívoca y temprana de América Latina, de Chida y de India, anunciando, primero, que no creen necesaria ni justificada la guerra entre Estados Unidos y Rusia; segundo, que si sobreviene, no tomarán parte en ella”.

Nótese que este pronóstico fue formulado por Cosío antes de que el pueblo chino triunfara sobre sus opresores extranjeros acaudillado por Mao Tse Tung. Ello quiere decir que si bien el peligro de una guerra sigue latente, la abstención de China al belicismo yanqui y su incorporación activa a la causa de la paz, aleja la inminencia de una contienda universal.

La equidistancia doctrinaria de Cosío con respecto a las dos filosofías políticas y sus dos respectivas concreciones en Norteamérica y en la URSS, le hacen exclamar esto: “Unos aseguran que de un lado está la democracia y del otro la tiranía [...] que a la derecha está la luz y a la izquierda las tinieblas”. Ello conduce a Cosío a interrogarse:

¿Es que la democracia norteamericana podría tener la vanidad que haber resuelto todos los problemas de la convivencia humana? Si la tiene, que viaje sin vendas en los ojos, por el sur de Estados Unidos, que vea cómo viven allí el negro y el mexicano. ¿Es que Rusia no tiene una vanidad semejante? Para demostrarlo, que abra de par en par sus fronteras, que permita sin restricción un ir y venir de la gente, para ver si nos vamos a vivir a Rusia, o si ésta queda desierta.

Insistimos, al ortodoxo integral, está última frase de Cosío le dejará de modo inevitable un sabor de insatisfacción, pues suele pretender que toda opinión valiosa ha de ser aquella que exprese, químicamente puro, su propio pensamiento marxista ortodoxo. Mas el credo pacifista de Daniel Cosío Villegas queda patentizado en el párrafo siguiente:

Lo que en rigor importa considerar es si cualquier interés, por muy grande que se le suponga, es mayor o vale más que el daño que la próxima guerra causará, no ya al vencido sino al vencedor. No se trata ya de resentir la destrucción de algunos barrios en unas cuantas ciudades, ni de perder unos cientos de barcos o unos miles de

aviones, ni siquiera unos milloneros de hombres, mujeres y niños [...] los veinte millones por ejemplo que Rusia perdió en la última guerra; se trata ahora de la destrucción literal de la especie humana y de todas sus obras, las malas y las buenas; se trata además de una tierra que será infecunda por generaciones, de manera que, aun si de la muerte se escapara una pareja, no habría ni manzana ni pecado original, ni podría repetirse en suma la historia de la humanidad. ¿Qué valen ante esa perspectiva todos los intereses. El petróleo, los mercados, el dominio de los mares? (Las cursivas son de José E. Iturriaga.)

La fe pacifista de Daniel Cosío Villegas es ciertamente insobornable, no importa que su firma no calce la pacifista Declaración de Estocolmo.

Me he extendido demasiado y ya no alcanza el espacio para comentar siquiera someramente los otros cuatro trabajos que comprende el libro de Cosío, *Extremos de América*, y cuyos títulos son: “La Conferencia de Chapultepec”, “Los problemas de América”, La industria editorial y la cultura” y “España contra América”.

Sólo cabe reiterar una vez más lo que he venido diciendo en esta nota bibliográfica del fundador del Fondo de Cultura Económica: que Cosío es un vigoroso y sugerente pensador político cuyo estilo, pulcro y desenvuelto a la vez, hacen fácil su lectura: ¿Será necesario insistir en que el probo liberal que es don Daniel posee un pensamiento que ofrece un saldo favorable dentro del sistema de ideas más avanzado de nuestro tiempo? Dejemos que el lector elabore su propia respuesta.

“HISTORIA MODERNA DE MÉXICO”¹

Tres libros lleva publicados Daniel Cosío Villegas dentro del programa que hubo de trazarse para la investigación que él mismo denomina *Historia moderna de México*.

El título comprende el lapso que va de 1867 a 1911. O sea de la restauración de las instituciones republicanas —poco después del fusilamiento

¹ Artículo titulado “La magna obra de Daniel Cosío Villegas”, publicado en *Novedades* el 2 de noviembre de 1956.

de Habsburgo ordenado por Juárez— hasta cuando México adquiere ese perfil o rostro de país organizado a la moderna, de conformidad con los principios contenidos en la Constitución de 1857, cuya sola promulgación provocó el desasosiego público, la agitación clerical, la guerra civil, la intervención extranjera y la inobservancia de aquella Carta Magna de estirpe durante una década.

La *Historia moderna de México* es un libro con cálidos argumentos ofrecidos por Daniel Cosío Villegas donde delimita ese periodo que va del penúltimo gobierno de Juárez hasta la décima y última estancia de Porfirio Díaz en la jefatura del Poder Ejecutivo, cuando el caudillo renuncia al mando en mayo de 1911, fecha en la cual y de conformidad con la terminología de Cosío, inicia la historia contemporánea de México, si bien, el mismo Cosío propone, con cierto aire de desgano, que semejante etapa contemporánea podría acaso principiar en 1908, al surgir la primera oposición abierta y organizada a Díaz, o quizás en 1916, con el Congreso Constituyente que fraguó la Carta Magna de 1917.

La *Historia moderna de México* la divide Cosío Villegas en dos periodos: el de la República Restaurada y el del porfiriato.

El primer periodo es de transición y comprende la década en la cual “va sucumbiendo de prisa, trágica, desgarradoramente, el viejo grupo reformista, y de modo paralelo y simultáneo surge el nuevo equipo humano que detentaría el poder en el porfiriato”, el segundo periodo arranca del triunfo del Plan de Tuxtepec y concluye con los tratados de Ciudad Juárez y la forzada renuncia de Díaz.

Sin introducir polémica en torno a la legitimidad de dividir una realidad que ya de suyo es fluida y continua como la clara corriente de agua, lo cierto es que don Daniel, satánica pero sanamente orgulloso de su monumental obra —laborioso y bien organizado— ha trabajado de consuno con un equipo bien entrenado e ilustrado de jóvenes gambusinos de nuestra historiografía, hasta entregar ya las primeras pepitas de oro de su *Historia moderna de México*; esto es, los tres tomos correspondientes a la etapa de la República Restaurada —cada uno de los cuales lleva dicho subrubro—

referentes, a su vez, a tres indagaciones monográficas sobre la década 1867-1876, a saber: *Vida política*, *Vida económica* y *Vida social*, tres voluminosos tomos que en conjunto suman 2,792 páginas impregnadas de una información inigualable procedente de 34 mil fichas que con actitud generosa Daniel Cosío Villegas cederá a El Colegio de México.

El basamento informativo de esta obra colosal es en verdad impresionante. Cuanta fuente primaria fue indispensable consultar, se consultó; del mismo modo que se acudió a las fuentes secundarias más atendibles. Sólo el primer tomo —el titulado la *República Restaurada: la vida política*— suscrito por el propio director general de la obra, contiene 3,120 citas, el 10 por ciento de la cuales proviene de fuentes secundarias, tales como libros; en tanto que el 90 por ciento restante reposa en fuentes primarias: prensa periódica, documentos y manuscritos.

Y, claro, frente al deseo de basar la *Historia moderna de México* en el mayor número posible de hechos y en la regla inquebrantable de darles el apoyo documental consiguiente, Daniel Cosío sale al paso a la posible objeción que suele brotar de quienes quisieran que la historia nacional —no trabajada aún con rigor científico ni examen exhaustivo de los hechos— fuese dada en píldoras perfectamente digeribles o en epítomes de enseñanza elemental o media. Por eso dice Cosío: “Ya se sabe de sobra que el lector general de hoy siente una repugnancia invencible hacia todo aparato erudito; le irrita la simple llamada numérica de una referencia bibliográfica, aun si la nota no está a pie de página y aun si desde un principio resolvió desdeñarla. De hecho, ese lector agradece que el autor se las arregle para hacer pasar como suyas todas las cosas que se dicen en el libro...”

Los otros dos tomos de la *Historia moderna de México*, los que corresponden a la *Vida económica* y a la *Vida social* de la República Restaurada, poseen la misma rica información, similar rigor en la técnica de investigación, severidad científica y, sobre todo, una pareja jerarquía a la del tomo inicial, el relativo a la *Vida política*. Así subraya el director de esta magna obra historiográfica hasta qué punto resultaba cavernario o frívolo considerar que la historia era tan sólo una mera historia de los hechos políticos.

El volumen titulado *Vida económica*, lo suscribe el joven economista e historiador Francisco R. Calderón, quien por su trabajo obtuvo este año el premio anual de 25 mil pesos otorgado por el Banco Nacional de México a la mejor aportación a los estudios económicos. En tanto que el tomo subtítulo *Vida social* lo suscriben, a su vez, los jóvenes investigadores Luis González y González, Emma Cosío Villegas, formada en El Colegio de México y Guadalupe Monroy, formada en la Facultad de Filosofía de la UNAM.

Bajo la dirección de don Daniel, acaban de ser publicados por la Dirección General de Estadística 101 cuadros, realizados con acuciosa eficacia por Moisés González Navarro, quien en ella recoge datos sobre población, criminalidad, ramos presupuestales en materia social, tenencia de la tierra, educación y cultura, cuadros que —reunidos— llevan el título de *Estadísticas sociales del porfiriato 1877-1910*, cuya información sirve de base a la redacción del tomo iv de la *Historia moderna de México. El porfiriato*, que emprendió el distinguido investigador González Navarro, según lo indicara en el prólogo de sus *Estadísticas sociales del porfiriato*.

No se detiene aquí, sin embargo, la tarea realizada o dirigida por don Daniel.

Socorro Díaz*

Mediante un estilo directo, elegante y lógico, Socorro Díaz analiza los temas más decadentes de nuestro tiempo. En sus breves ensayos emplea más sustantivos y verbos que adjetivos, y logra así una desusada claridad. Si algún texto merece el nombre de breviario es este libro de Socorro, titulado *Apuntes sobre la actualidad mexicana*.

Podrían haber sido 40 volúmenes, caudalosos y amenazantes. Pero no: sólo nos regala 40 ensayos sin desperdicio alguno, ni palabras de más ni de menos, pues la escritora puso bridas a todo vocablo exaltado o grandilocuente.

Se puede o no estar de acuerdo con la escritora en algún matiz reflejado en sus análisis indicativos de gran probidad mental y reveladores, acaso, del doloroso ajuste de la ruta intelectual que le tocó recorrer: desde la extrema utopía humanista, sembrada en 1917, hasta la izquierda posible, o la pragmática si se quiere.

Es el suyo un caso representativo de la gran calidad interior de algunos jóvenes protagonistas de 1968, testigos después de la caída de los muros de Berlín y el fracaso de los sueños de esa minoría egregia encabezada por Lenin que pretendió —de una vez por todas— trocar el itinerario de la historia universal, allá por el segundo decenio de esta valetudinaria centuria.

* Artículo titulado "Alacena compendiosa de problemas de México", publicado en el periódico *El Día*.

Ese sueño se prolongó varios lustros. Pero el fracaso de la URSS y de su ideario dejó en algunos jóvenes de toda latitud de la tierra una impronta de solidaridad con la especie humana y su destino. Socorro Díaz pertenece a esta estirpe romántica, pero fáctica ahora.

La rica temática que maneja la ex senadora suscita muchas sugerencias. Me agradecería aludir esta noche a dos o tres temas inquietantes.

En uno de sus ensayos la escritora afirma que se ha acrecentado “el sentido botinero del poder público así como la corrupción en la administración pública y el vicio de usar los cargos públicos para hacer negocios privados”. Estas infracciones son tanto más condenables cuanto que ahora el aparato administrativo es manejado por multitud de doctorados en ciencia económica.

Un principio científico de la economía consiste en el uso óptimo de los recursos del Estado aportados por el pueblo, y hacer mucho con lo poco recaudado: más tributos a los ricos y menos a los pobres. Por eso es *antitécnico* invertir los recursos del erario en obras innecesarias o no prioritarias sólo porque así conviene al agente gubernamental que lo decide; así como no emprender con prontitud y eficiencia una obra pública útil y urgente.

¡Qué lucidores serían los recursos financieros del Estado si se invirtieran con la mejor técnica económica y la máxima asepsia! ¡Cómo avanzaría el país y se extendería el bienestar a la mayoría al brindar a ésta acceso fácil a los satisfactores materiales y culturales, centenariamente anhelados por ella!

Es incalculable el retraso actual del país gracias a la turbia inversión de los dineros del pueblo. O, dicho al revés: sería enorme el avance de la estructura socioeconómica de México si se hubiesen invertido con la máxima pulcritud y decencia moral los impuestos pagados al fisco.

No es el mío un mohín de *santón*, pero sí repito que, aparte de indignarnos por la impune corrupción contraria a la ética privada y pública, esa práctica, es, sobre todo, antitécnica desde el punto de vista de la ciencia económica. Robar a quien pertenece a las clases altas, moviliza con rapidez

al aparato judicial y desde luego se castiga al delincuente; pero robar al pueblo, merecería mayor diligencia y penas más severas aplicadas por códigos y jueces. Pero la norma parece ser, a menudo, la impunidad.

Dice la autora que una “crisis moral recorre México y crea un ánimo turbio alejado en los resquicios interiores de la gente”. Sí, es cierto. Y yo agregaría que de los 96 millones que ahora somos los mexicanos, más de la mitad languidecen en la subnutrición, en la subeducación, en el subalojamiento, en la subsalud, en el subrecreo y —en suma— en el subsuelo de la ciudad.

Ello genera la frustración personal de quienes forman esa masa inmensa popular y abarca —ostensiblemente— a muchos mexicanos pertenecientes a los estratos intermediarios de la sociedad, impregnados ya de cólera encinta de explosividad.

“Pareciera —dice el ensayista— que la gran reyerta consiste en determinar cómo vendernos mejor. No se ha reparado seriamente en que no hay quien nos compre completos”.

¿Qué va a ocurrir? Lo cierto es lo incierto —dice Socorro— pero agrego: lo sorprendente quizás se intuye: la posibilidad de una violencia civil generalizada. Mas está acarrearía mayores males que bienes al país, así como a las generaciones futuras al surgir el Huitzilopochtli que los mexicanos solemos llevar en nuestras venas.

Profetas de medio pelo, aseguran que el único camino para mejorar es el desastre o el domino castrense. Esos adivinos olvidan algunos episodios dolorosos de nuestro pasado surgidos al influjo de la guerra fratricida. Por ejemplo éstos:

Primero: que en los 55 años iniciales de nuestra vida como nación autónoma padecimos la guerra intermitente entre hermanos, desde 1821 hasta la caída de Lerdo en 1876. Tal fratricidio recurrente no llevó al triunfo orgánico a cualquiera de los credos en pugna —cuando los había—, más bien propició en cuatro ocasiones la reducción de nuestro mapa geográfico heredado de la Nueva España.

Segundo: esos desmemoriados olvidan cómo la guerra fratricida recurrente provocó cinco invasiones extranjeras: la de 1829 por España, la de 1836 por Estados Unidos gobernados por Andrew Jackson, la de 1838 por la Francia de Luis Felipe de Orleans, la de 1846 a 1848 por Estados Unidos gobernados por James Polk y la de 1862 a 1867 por la Francia de Napoleón, *El Pequeño*.

Tercero: que por no hallar camino jurídico viable para constituirnos en nación, nos rigieron nueve cartas fundamentales o constituciones en esos 14 lustros.

Por último, esos profetas no saben u olvidan que durante 55 años de guerras entre hermanos padecimos una patológica inestabilidad política, registrando 67 cambios en la cabeza del gobierno: *54 más que en los últimos 67 años*.

Once lustros de guerra cainita en la pasada centuria cosecharon esas otras calamidades que de manera directa u oblicua se reflejan todavía hasta ahora. ¡Sería una locura suicida caer en una nueva guerra entre hermanos!

Recuerdo de nuevo que al abrigo de esas prolongadas guerras entre compatriotas, perdimos cuatro veces parte de nuestro territorio para ser agregado al de Estados Unidos. En dos páginas diré cómo ocurrió esto:

La primera pérdida de nuestro suelo fue de casi 700 mil kilómetros cuadrados que ocupa Texas. El presidente Jackson apadrinó, sin recato, la supuesta guerra separatista texana en 1836 y envió desde Louisiana a numerosos elementos militares disfrazados de voluntarios. Texas gozó durante nueve años de aparente autonomía, con su himno, con su bandera y su cuerpo diplomático acreditado en Austin, para después pedir su anexión en 1845 a la Unión Americana, cuando gobernaba James Polk. Texas fue admitida en medio de acres y largos debates en el Congreso Bicameral entre norteños y sureños esclavistas.

La segunda merma a nuestro suelo fue en 1848 y de él se formaron las entidades de California, Nevada, Utah, Arizona; Nuevo México y parte de Colorado y Oklahoma. La mayoría del ejército yanqui invasor formado por esclavistas sureños —Jefferson Davis entre ellos— presionaba al norteño

general Taylor para que el ejército invasor avanzara hasta Chiapas. Pero a los políticos norteros antiesclavistas convenía —*entonces*— fijar los límites tal como fueron aprobados en los Tratados de Guadalupe en 1848, porque así los negrófobos sureños no podrían dividir nuestra República entera —una vez conquistada— en varias entidades anexadas a la Unión Americana con el fin de asegurarse los esclavistas una mayoría aplastante en la Cámara de Representantes y en el Senado.

Cuando nos asomamos a esos trances ominosos, *vemos hasta qué punto la supervivencia de México constituye un milagro*. Milagro, sí, porque sustituimos durante largos años la concordia entre hermanos por la ira cainita excluyente. En esta etapa de nuestro pasado lo advertimos con claridad: mientras en aquellos 21 meses mutiladores de la segunda guerra con los yanquis sólo gobernó allá James Polk, aquí cambiamos 40 veces de gobernante debido a la pasión partidista o a la ambición de poder de los jefes militares que acaudillaban la resistencia.

La moraleja que se desprende de ello consiste en no dividirnos nunca más los mexicanos. La *noción de la nación* y la *emoción de patria* son superiores al espíritu de partido.

Nuestra tercera disminución territorial ocurrió en 1853. Se trata de La Mesilla, cuyos casi 110 mil kilómetros cuadrados, pertenecientes a Sonora y Chihuahua fueron entregados a Nuevo México y Arizona. O se vendía La Mesilla o la tomaban por las armas nuestros vecinos. Después de indignos regateos Santa Anna la vendió.

Nuestra cuarta mutilación territorial tuvo lugar en 1874 entre los dos cuartelazos antirreeleccionistas de Porfirio Díaz, uno en 1871 contra Juárez y el otro contra Lerdo en 1876. Esas pugna fratricidas las aprovechó el vecino para correr en distintos puntos hacia el sur —no sin sigilo calculado—, las mojoneras fijadas por la Comisión Bilateral de Límites Fronterizos de ambos países. El presidente Lerdo se enfrentó a este dilema: o aceptábamos la pérdida de 856 kilómetros cuadrados o seríamos invadidos de nueva cuanta. Don Sebastián optó por mantener la paz a cambio de perder una extensión territorial mayor que la mitad del Distrito Federal.

Semejante impotencia condujo a Lerdo a pronunciar su angustiosa y conocida frase: "¡Pobre de México: tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos!" la cual es atribuida también a José Martí, quien por entonces residía en la capital del país. Esa expresión la invoco ahora al leer una locución de Socorro Díaz. Es ésta: "La irremediable frontera de México con Estados Unidos".

*Sí, es irremediablemente nuestra vecindad porque no podemos trasladar la República Mexicana entre las islas de Indonesia y la de Pascua. Como es imposible diseñar un mapa diferente del globo, hay que asumir lo inexorable de nuestra ubicación geográfica y entender, de una vez por todas, que debemos comprendernos con nuestros vecinos de Norte. Entendernos, sí; no entregarnos. Comprendernos sí, pero sin agredirnos con rencor memorioso sino provistos de saludable *amnesia* y buena fe.*

Pero aquí surgen varias preguntas, a saber: ¿Están dispuestos nuestros vecinos a entendernos con todas las desigualdades culturales que tenemos, sin hacer esfuerzo alguno por estudiar y admitir que tales diferencias no son ajenas a los agravios y atropellos que hemos sufrido de su parte? ¿Tendrán nuestros vecinos la curiosidad intelectual de escarbar en nuestra historia bilateral, y con sosiego de ánimo admitir que buena parte de la hegemonía universal que ejercen desde hace casi un siglo, la obtuvieron, por las guerras sucias que nos impusieron y que terminaron por arrebatarnos 2.1 millones de kilómetros cuadrados de suelo nacional?

Nunca olvidaré lo que declaró a la prensa internacional en Jakarta, Robert Kennedy, cuando fue candidato presidencial junto con Lyndon B. Johnson, su opositor, que buscaba la reelección al concluir su mandato como presidente interino obtenido por la muerte de John Kennedy pues por aludir, Robert, a las guerras sucias impuestas a México por su país que tanto desdoro produjeron a Estados Unidos en la opinión pública internacional, por ese honorable reconocimiento o *mea culpa*, la derecha cavernaria norteamericana mandó asesinar al segundo Kennedy por su veracidad. Allí brotó el siempre ominoso espíritu Ku Kux Klan, no la esencia del fundador de Philadelphia, el cuáquero humanista William Penn. Hay que tener en cuen-

ta que Philadelphia significa en griego amor entre hermanos. Y no predomina en Norteamérica el principio de ese fundador.

Si todos los vecinos del Norte fuesen nietzscheanos con mentalidad imperial moderna, pensarán que su poderío mundial lo crearon sólo con su laboriosidad y el hábito del ahorro; sobre todo las cuatro o cinco últimas generaciones, carentes de formación histórica y bien distantes del moralismo de Penn, que no las incomoda complejo alguno de culpa.

Es cierto que cuando hablamos de Estados Unidos y de su animó hacia nosotros, incurrimos en generalizaciones, con olvido de que existe allá una minoría educada y atenta que ve y vería con simpatía el estrechamiento de lazos amistosos entre ambos países. A ella debemos acercarnos para que persuadan a una capa más amplia de norteamericanos de que *deben entender que debemos entendernos* a efecto de cancelar dos corrientes cada vez más ominosas y destructivas: la mexicanofobia y el antiyanquismo. Una y otra actitud son tóxicas. Envenenan el ambiente e impiden una comprensión recíproca, enriquecedora de cuanto significan y deben significar México y Estados Unidos en el concierto de las naciones.

Si así actuamos, acabaremos por descubrir que del mismo modo que la ciencia y la tecnología de Estados Unidos nos es y será muy provechosa para mejorar nuestra estructura económica, *la cultura profunda generada en México y por nosotros como individuos y colectividad, enriquecerá también el perfil de la cultura norteamericana*. La verdad profunda es que nos necesitamos unos y otros. Repito: la mayoría de los 280 millones de estadounidenses duermen bien porque tienen la conciencia tranquila.

Sólo una reducida minoría sabe que su prosperidad actual, de alguna manera, reposa en las cuatro mutilaciones que sufrimos en el siglo pasado y que agrandaron el mapa de Norteamérica. Tampoco la hegemonía mundial de ese país es ajena al trato asimétrico que hemos recibido en nuestras relaciones comerciales bilaterales año con año: cada vez más tenemos que vender mayor tonelaje de materias primas por el mismo o menor precio. Este proceso —silencioso y ya centenario de succión económica— nos va empobreciendo más y la brecha —el *gap*— se va haciendo más profunda y extensa entre ellos y nosotros.

Parece que la norma que preside nuestra relación bilateral es la ley del embudo: que significa lo ancho para allá y lo angosto para acá. Por equidad debemos sustituir esa norma empobrecedora por otra que haría más equitativo nuestro intercambio comercial: la ley tuvo, según la cual tan ancho vaya para allá como tan ancho venga para acá, a efecto de que el beneficio resulte parejo en nuestras relaciones de intercambio económico en general.

Para finalizar, confesaré que como mexicano preocupado por obtener la comprensión de los norteamericanos acerca de nuestros legítimos intereses e intocable soberanía, me impresionó el hecho de que días antes de principiar su primer mandato presidencial William Clinton —demócrata ardoroso— haya ido al Cementerio de Arlington a visitar la tumba de Franklin Delano Roosevelt, la de Abraham Lincoln, la de su hermano John; la del líder de la negritud norteamericana, Luther King. Clinton, sin duda, quiso subrayar su decisión de gobernador con lo mejor del ideario de ese trío de ilustres demócratas y del pensamiento antiesclavista del republicano Lincoln. ¿Lo hará así durante su nuevo cuatrienio? La sorprendente grandeza material que posee Estados Unidos la complementarían con la grandeza moral para ejemplo del mundo, al paso que puede venir una etapa dorada en nuestras relaciones bilaterales como la que promovió Franklin Delano Roosevelt.

Al doblar la página final del libro que comento, queda en el lector un sabor de boca *gracianesco*, porque entre el tono estentóreo y prolongado y el razonamiento discreto y eficaz, no titubeó Socorro Díaz: optó por lo segundo.

Y con el agrado de Andrés Henestrosa yo diría que *Apuntes sobre la actualidad mexicana* es una alacena compendiosa de los problemas del país.

Isidro Fabela*

En la medida en que desde hace tres lustos la revista *Cuadernos Americanos* expresa el más depurado credo democrático latinoamericano, es perfectamente lícito asegurar que el homenaje rendido por Jesús Silva Herzog a don Isidro Fabela, es tributado también por la conciencia libre de las patrias hermanas de este continente a propio don Isidro.

Nunca como ahora —en este ahora lleno de ominosos presagios que habrán de cumplirse de modo inexorable si la desgana cívica nos invade— conviene poner de relieve y destacar la obra de quienes con su conducta vigilante trabajaban por la causa más noble a que pueda aspirar un latinoamericano: la defensa de la soberanía nacional de su patria respectiva ante la presión antilibertaria e imperial de los grandes consorcios internacionales.

Don Isidro Fabela, desde hace cuatro décadas, se halla entregado a semejante causa con patriótico tesón, con osbesiva constancia o, si se prefiere, con sublime paranoia. Lo viene haciendo desde la tribuna del Congreso o desde su mesa ministerial provisto de la pluma del escritor o portando la casaca del diplomático o la toga del magistrado internacionalista. Siempre, sin desmayo, mediante ese variado instrumental que va del artículo de prensa a la severa nota diplomática, don Isidro ha mantenido una línea de continuidad ascendente en su conducta ejemplar.

*Discurso pronunciado el 12 de julio de 1956 en el homenaje tributado a don Isidro Fabela por la revista bimensual *Cuadernos Americanos* y publicado al día siguiente en el diario capitalino *Novedades*.

Dócil a una vocación literaria que hubo de surgir al principiar el presente siglo, obtuvo en 1906 el primer premio otorgado por el *El Mundo Ilustrado* —dirigido por Reyes Espíndola— dentro del concurso anual a que solía convocar ese desaparecido semanario. Las bien definidas dotes literarias mostradas por el novel escritor —que suscitaron en don Luis G. Urbina un vaticinio entusiasta y prometedor—, las amortiguó el joven Fabela con su despertar a la conciencia social y ciudadana que le provocó el despotismo de la dictadura crepuscular de Porfirio Díaz.

Isidro Fabela —quien desde la torre de marfil del arte purista de sus años adolescentes desdeñaba con arrogancia fererirse a todo cuanto estuviese ligado a la *sucia política*— supo evadirse de esa frágil marginalidad para escuchar el rumor, la instancia y la querrela desasosegada de la plaza pública. Mas ello no por resentimiento sino por generosidad, por exuberancia vital: acaso el nuevo luchador presentía la verdad de aquel proloquio de Unamuno, el de “Pensar en el pan propio es un acto material, pero pensar en el pan ajeno es ya un acto espiritual”.

Semejante preocupación lleva al joven Fabela a recorrer un itinerario paralelo al de los grandes de Hispanoamérica: Los Lastarria y los Bilbao, los González Prada y los Ostos, los Sarmientos y los Martí, los Hidalgo y los Juárez, los Mora y los Gómez Farías, entre nosotros.

Porque en países de estado social atrasado y de incipiente desarrollo económico —en los que la injusticia radical suele ser la norma vigente— se le plantea a menudo al hombre de auténtica vocación intelectual un conflicto de conciencia, que casi siempre se resuelve por un abandono del ejercicio intelectual *puro* a cambio de una práctica intelectual orientada, sin necios rubores de esteta y con la resolución perentoria de los problemas de la comunidad.

Compañero de banca de Antonio Caso y de Alfonso Cravioto, de José Vasconcelos y de Genaro Fernández MacGregor, Isidro Fabela termina sus estudios de Jurisprudencia en 1908, precisamente en el año en el cual Porfirio Díaz ofrecía a un reportero de una revista neoyorquina —no a la opinión pública mexicana— abandonar el poder si el pueblo así lo expresaba en las urnas electorales de 1910.

Mas el insensato dictador, encerrado en la cámara neumática con recuerdos de glorias pasadas y rodeado de apetitos bien concretos de un clan que adoptaba para sí el adjetivo de “científico”, persistió en prolongar su reinado vitalicio en contra de su solemne y propia promesa y asimismo contrariando la voluntad popular.

Isidro Fabela protestó con ardor juvenil y se opuso a los designios continuistas del tirano y junto con los mejores hombres de su tiempo, se lanza a encauzar la voluntad del pueblo e integra en 1910 en Club Liberal Progresista que postuló la candidatura de don Francisco I. Madero para la Presidencia de la República.

Su decisión entusiasta en la lucha contra la dictadura porfiriana le vale al joven ser electo diputado federal por sus coterráneos del Estado de México. Pasa así a formar parte de aquella gloriosa Legislatura XXVI, conocida en nuestra historiografía como Cámara Renovadora o Cámara Maderista.

En el seno de ese cuerpo legislativo, al lado del integerrimo Heriberto Jara, del elocuente Jesús Urueta, del sabio jurista José Natividad Macías y del escritor de garra Luis Cabrera —tan agudo como eficaz— y de los heroicos Leopoldo Hurtado y Espinoza y Francisco Escudero, da la batalla a Victoriano Huerta, el vesánico restaurador del viejo orden quien, al igual que muchos liberticidas hispanoamericanos actuales, debió el poder a la directa inspiración y apoyo de un embajador intervencionista, indigno de la grandeza del pueblo norteamericano, pero digno, sí, de las fuerzas negras que desde Nueva York y Washington pretendían dirigir el curso de la historia universal.

Asociado a Jara y Urueta, a Pérez Taylor y a Carrillo, al doctor Atl y a otros valientes ciudadanos, funda la Casa del Obrero Mundial, primer organismo de resistencia sindical aparecido en nuestro medio —cuya doctrina supera al mutualismo conformista de aquellos tiempos— y se derrama sangre obrera al lado de las tropas constitucionalistas para vencer al troglodita usurpador de la legitimidad.

Constituiría una grave omisión no recordar ahora que bajo el signo de la Casa del Obrero Mundial ocurrió un hecho extraordinario y paradójico

—digno en verdad de enriquecer en nutrido catálogo de paradojas de que se halla impregnada nuestra historia nacional—, a saber: que en plena dictadura huertista, cuando el respeto a la vida se confiaba al arbitrio de genizaros intoxicados por *cannabis indica*, se celebró en 1913, por vez primera en México, la efeméride obrerista del 1 de mayo; el orador oficial del acto fue precisamente el temerario Isidro Fabela. El discurso pronunciado en aquella jornada por este ciudadano ejemplar puede ser consultado por quien posea interés en la historia de nuestro movimiento obrero en el tomo titulado *Arengas*, editado hace 30 años en Madrid, cuando todavía —como es evidente— Francisco Franco no regimentaba el pensamiento ni la letra escrita.

Poco después de tan desafiante discurso —cuyo contenido valió a su autor una orden de fusilamiento—, don Venustiano Carranza asume de lleno la tarea de restaurar la legalidad constitucional del país y encarga la Secretaría de Relaciones Exteriores a don Isidro Fabela: éste, desde allí, sobre una mesa ministerial trashumante a la manera juarista, hace brotar tanto la sabiduría del *jus gentium* como la fe apasionada en un México adherido con fiereza a su independencia, ultrajada en Veracruz, y celoso de su respetabilidad internacional.

Bajo la inspiración del ilustre Barón de Cuatro Ciénegas, don Isidro redacta la Declaración de Neutralidad de México ante la Primera Guerra Mundial, y conduce con maestría y sagacidad el debate diplomático derivado de la abusiva invasión naval a Veracruz perpetrada por la infantería de la flota norteamericana del Atlántico.

Quien posea interés por la historia diplomática de México, puede consultar —no sin emoción— las notas redactadas por Fabela en 1914, documentos llenos de vibrante dignidad y en donde sostiene la tesis de que el invasor yanqui no ofendía con su planta a un delincuente del fuero común, como era Huerta, si no a la nación mexicana.

Con instrucciones trascendentes del señor Carranza, Fabela marcha a Europa como enviado extraordinario provisto de facultades omnímodas. Tanto desde allí como desde su cargo de agente confidencial del gobierno

constitucionalista en Londres, París y Roma, o desde nuestra delegación en Berlín, don Isidro sirve con celosa eficacia a la República. Y en posterior misión diplomática ante los gobiernos de Argentina y Chile, Uruguay y Brasil, no hace don Isidro más que propagar la bondad de la causa del constitucionalismo y del contenido humanista de nuestra Revolución, así como el deseo del propio presidente Carranza de afianzar los lazos fraternales entre México y los países latinoamericanos.

Cuando la soldadesca consuma el magnicidio cuyo antecedente fue el cuartelazo de Agua Prieta en mayo de 1920, sin dilación el digno diplomático envía desde Berlín su renuncia de embajador a los usufructuarios de aquel orden establecido sobre la sangre coagulada del señor Carranza. Tres años después de asesinado don Venustiano, en pleno gobierno de Obregón y un poco con la oposición de éste, los coterráneos de su entidad nativa eligen por segunda vez a don Isidro como diputado federal para la integración de la XXX Legislatura. Mas la rebelión delahuertista obliga a don Isidro a abandonar de nueva cuenta nuestro país.

Fabela regresa a cooperar con el poder público bajo la administración del general Cárdenas en 1937, cuando el estadista michoacano se propuso honrar la memoria del señor Carranza y rehabilitar a quienes mantuvieron fidelidad a éste, muchos de los cuales redujeron su vida a la esterilidad o al exilio durante los tres lustros que gobernaron los aguaprietistas.

El general Cárdenas buscaba con ello, sin duda, estar al margen del encono de las facciones que pelearon entre sí durante la etapa cruenta de nuestra Revolución, como hacer justicia al denostado —durante tres lustros— don Venustiano e imprimir una línea de continuidad a la vigorosa política exterior inaugurada por éste.

Que el general Cárdenas logró su propósito de exhumar y revitalizar la gloriosa doctrina Carranza —que tanto prestigio habría de acarrear a México ante las conciencias libres del mundo— queda confirmado en un libro reciente escrito con apretada lógica, veracidad y documentación por el propio don Isidro Fabela, quien desde la representación de México ante la extinta Liga de la Naciones —que Cárdenas le confió— se constituye en gestor activo de aquella noble exhumación doctrinaria.

Las instrucciones generales que recibe del presidente Cárdenas para mantener en alto el prestigio de México desde la tribuna ginebrina, las interpreta Isidro Fabela de manera dinámica y creadora en cada coyuntura, ya se trate de la defensa de la República española frente a la curialesca neutralidad del Comité de No Intervención, como de condenar la invasión japonesa al territorio chino; ya para protestar por la irrupción hitleriana en la República austriaca como para oponerse totalmente al vandalismo de Mussolini en suelo etíope. En todas y cada una de esas jornadas Fabela brinda ciencia jurídica y su patriotismo para engrandecer el prestigio de México en el exterior. Por ello le resulta fácil declinar el Ministerio de Asistencia Social que le ofreció el propio presidente Cárdenas, pues sin titubeos el jurista prefirió conservar una trinchera idónea a su personalidad y aptitud que el honor de ser miembro del gabinete en ese régimen.

Para terminar este sumarísimo boceto, cabe recordar que años después don Isidro fue electo gobernador del Estado de México, habiendo dejado en su entidad la huella del educador y los frutos del impulsor del progreso industrial. Poco después ocupó un asiento de juez en la Corte internacional de La Haya, tribunal desde donde supo impartir justicia a los países débiles en cuyos conflictos intervino jurídicamente.

No es por cierto este sitio el más adecuado para hacer una detallada reseña biográfica de quien hoy recibe este justo homenaje de admiración y respeto. Su larga y fecunda existencia, verdadera lección palpitante y viviente para las nuevas oleadas de mexicanos, no ha perdido aún su fertilidad ni su vigor, no obstante que llega a los tres cuartos de siglo. Nuevas luchas está dando don Isidro y nuevas batallas se propone emprender. En ellas, como en las anteriores, habrá de vencer y prevalecer ese idealismo de adolescente que de modo plástico fluye de su personalidad.

Triunfará don Isidro en las nuevas contiendas que emprenda porque su conducta no va precedida de ese estado de ánimo de los "realistas", quienes más que percibir la realidad tal como ella es, más que intentar modificarla, la soban y apapachan y acaban por estimular sus perfiles negativos y antihistóricos.

Don Isidro Fabela no es ciertamente un realista entre comillas, o un agente espiritual de la derrota. Es más bien un realista romántico, enterado de su circunstancia social e informado de las cosas sin simulación. Pero su romanticismo —que nada tiene que ver además con el huerdo optimismo al uso o con la insensatez— le sirve de motor para intervenir en un terreno acotado antes; por esto, cuando actúa, no da palos de ciego. Al revés: pega certeramente, ya recogiendo corrientes de opinión inexpresas, ya iluminando con sus escritos el juicio de los inadvertidos. Y cuando apunta a los ojos de Filipo, da en los ojos a Filipo, tal como ocurre en su libro —clásico ya— titulado *Estados Unidos contra la libertad*, erudito estudio cuyo rubro nada tiene de eufemístico y en el que su autor exhibe con desnudez el mecanismo propio de la *diplomacia del dólar*.

Y todo ello lo hace don Isidro sin esa preocupación temerosa que hoy invade a muchas conciencias libres, consistente en callar el honorable lenguaje de la buena causa, a efecto de que la *tiranía del marbete* no caiga en arbitrarias clasificaciones que ubiquen dentro de éste o aquel otro ismo. Y es que don Isidro Fabela sabe que el único ismo que no falla, el único al que vale la pena entregar la vida y el que siempre triunfa a la postre, es el ismo de la patria; esto es el patriotismo.

Por eso se entrega sin taxativas ni tacañerías a ese ismo incanjeable y deja de lado a los maniacos persecutorios o a los histéricos persecutores —que desde la penumbra de sus rincones acechan la ocasión para suprimir el repertorio de libertades públicas que México disfruta—, sin importarle que lo cataloguen caprichosamente en no importa qué doctrina.

Brindemos por don Isidro Fabela y su noble vida ejemplar y sumémosnos al justo homenaje que hoy le tributa *Cuadernos Americanos*.

Horacio Flores de la Peña*

Hay libros valiosos y fundamentales que pasan inadvertidos para el lector potencial cuya afición se frustra debido a multitud de sollicitaciones cotidianas que conspiran para serlo menos enterado y menos reflexivo.

En efecto, muchos libros excelentes no se leen gracias al asedio dispersador de la atención y adverso a una formación cultural ascendente, así como a una ausencia de crítica bibliográfica, oportuna y frecuente, inserta en las páginas de los diarios que mayor impacto producen en la opinión pública. Hasta ahora, en general, la nota bibliográfica constituye un género de colaboración que parece confinado a la prensa semanal, mensual, bimestral o trimestral.

Mientras más espaciada en la periodicidad de una revista, mayor importancia se da al comentario del libro. Ello conduce a un círculo vicioso, ya que la revista de tales características se encuentra destinada a los públicos reducidos integrados por especialistas. De esta suerte, no resulta una tarea fácil convertir al lector potencial en lector funcional y activo, con cuya curiosidad intelectual se imprima mayor movilidad a nuestro mercado de libros y, sobre todo, a la vida cultural del país.

Para corregir semejante insuficiencia, acaso sería aconsejable que la prensa cotidiana —instrumento como es, entre otras cosas, de información y cultura— diese algún relieve a la nota bibliográfica, sin relegarla al suple-

* Artículo titulado "Un libro de Horacio Flores de la Peña", publicado en el periódico *Novedades* el 28 de septiembre de 1956; además de un agregado posterior de dos cuartillas inéditas.

mento dominical que a veces prohijan algunos diarios; por ejemplo *Novedades* que fundó su *México en la Cultura* siguiendo la ruta trazada por *El Nacional*. Aquél, sin duda y dicho sea de paso, es el mejor suplemento dominical en su género que se ha editado en Iberoamérica y en muchos países europeos.

Entre tales libros valiosos y fundamentales se encuentra uno de Horacio Flores de la Peña titulado *Los obstáculos al desarrollo económico*.

Este libro macizo y sabio —no obstante haber sido rodeado de mezquinos silencios por la crítica— ganó uno de los premios que cada año concede el Banco Nacional de México a los mejores trabajos de economía realizados en el país. Por cierto que Flores de la Peña —quien no navega en la abundancia—, movido por un gesto de elegante y generosa gitanería, optó por ceder el cuantioso importe del premio a la Escuela Nacional de Economía, a efecto de que dicho centro docente ampliara su acervo de libros de texto y de consulta.

Cada uno de los cinco capítulos que integran la obra de Flores de la Peña están tratados con rigor técnico y pulcritud intelectual, sin trampas ni escamoteos de esos a que son tan afectos quienes en un examen científico sobre una cuestión determinada, no son capaces —por apocamiento o pusilanimidad— de suscribir las conclusiones que el propio examen desembogue.

El capítulo tercero de esta obra de Horacio —el que trata de la concentración del ingreso— es seguramente el que examina las cuestiones más candentes: la del subempleo, la capitalización y los ingresos, los salarios reales, la distribución del ingreso y el desarrollo, así como los efectos de la concentración del ingreso de la estructura de toda la economía y de la sociedad.

Pero, como antes decía, el rigor con el que analiza el joven economista el repertorio de temas y problemas, no le impide llegar y suscribir 30 conclusiones. Por falta de espacio no podemos transcribirlas para una mejor información a nuestros lectores en esta sumarisíma nota bibliográfica, fraguada a vuelapluma, como una llamada de atención hacia la meritoria obra de Flores de la Peña.

Una vieja amistad me une con él desde que llegó a México en los primeros cincuenta, ya graduado de Harvard con las mejores calificaciones ganadas por su incisiva inteligencia. Solíamos vernos una o dos veces al mes en Acapulco y conversábamos horas y horas en el pequeño hotel en donde él se alojaba o en la pequeña casa que tenía mi familia en la bahía de El Patal del mismo puerto.

Mi estima por su inteligencia no me impidió confirmar una tesis que hace tiempo sostengo: la de que en México se practica una oblicua o críptica discriminación racial. Con tal propósito y sin advertírselo, introduje a Horacio en los altos círculos de la vida cultural de nuestro país y así verifiqué lo acertado de mi tesis discriminatoria: llevé a Horacio a mi tertulia matutina de Sanborns, en la Casa de los Condes de Orizaba, en donde nos reuníamos cada mañana, de las ocho a las nueve y media, un grupo de gente acostumbrada a pensar y a examinar todos los problemas domésticos y foráneos. A esa peña concurrían Daniel Cosío Villegas, Gonzalo Robles, Esteban de Antuñano, Gustavo Serrano, Juan Sánchez Navarro, Andrés Henestrosa y uno u otro más.

Entré del brazo con Horacio al Palacio de los Azulejos y me dirigí a la mesa que yo frecuentaba. Desde luego presenté al joven economista con mis amigos, no sin advertirles que mi invitado desayunaría con nosotros. Con cierta desgana mis contertulios se arrimaron para hacernos dos lugares y, como Horacio ostenta un rostro moreno, advertí desde luego que los allí presentes hacían lo que mi abuelita llamaba *cara de feo* porque ella, discriminatoria como era, sostenía que todos los morenos tenían rostro de *pelados*, en tanto que los blancos lucían con *cara de gente decente*.

Ya sentados, pregunté a mis contertulios matutinos cuál era el tema que estaban discutiendo. Me respondió uno de ellos que estaban temerosos de una nueva devaluación, porque la registrada en abril de 1954 —la que cambió la paridad del dólar de 8.75 a 12.50 pesos durante la presidencia de don Adolfo Ruiz Cortines— podría repetirse en el curso del año. Algunos opinaban que el peso seguía sobrevaluado, pero otros consideraban que el peso había sido subvaluado en ese jueves de Semana Santa de 1954.

Interviene en el debate y después de hacer una breve introducción ligada a la tesis de que el peso se había subvaluado en gran proporción precisamente para evitar una nueva devaluación durante un tiempo razonable, dije a mis amigos que sin duda podría aclarar mejor el punto Horacio Flores de la Peña por ser un experto en cuestiones monetarias, pues había trabajado en el Fondo Mundial, razón por la cual podría explicar y diagnosticar con mayor precisión lo que ocurriría con el peso frente al dólar.

En esa mesa samborina Horacio pronosticó, cargado de argumentos válidos, que la paridad de ambas monedas establecida en abril de 1954 garantizaba una prolongada estabilidad monetaria. Como todos recordamos, esa paridad duro 22 años de 1954 a 1976, de manera que Horacio formuló su acertado vaticinio en una forma brillantísima que impresionó favorablemente a todos quienes hicieron al principio su *cara de feo*.

Desde entonces la presencia de ese muy joven economista enriqueció nuestra tertulia samborina.

Andrés Henestrosa*

Hace 10 años, en París, después de 20 de no saber nada de Andrés Henestrosa, me preguntó por él Pablo Neruda —un entrañable amigo común— y dijo con tono convencido esto: que *El retrato de mi madre* del escritor ixhuateco, era una pequeña obra maestra de las letras hispanoamericanas. Tenía razón el gran poeta chileno.

Dos años después, Miguel Ángel Asturias, amigo cercano y admirable de ambos, me dijo en Moscú que Andrés Henestrosa se había anticipado en Latinoamérica —junto con Antonio Mediz Bolio— a decantar con instrumentos literarios las leyendas de nuestros indios a través de *Los hombres que dispersó la danza*. También tenía razón el novelista guatemalteco.

Pero es necesario apoyarse en los testimonios de esos dos Premios Nobel para asegurar que Andrés Henestrosa, pese a la mezquindad, distracción, esnobismo o pasión de algunos críticos, es —con Ermilo Abreu Gómez— uno de los mejores escritores de la generación inmediata posterior a la del Ateneo de la Juventud.

Nacido hacia 1906 en Ixhuatán, Oaxaca, Henestrosa se incorpora a la cultura occidental —a semejanza de Juárez— entre los 12 y 13 años. Por una extraña ironía, el idioma español se lo enseña un barillero árabe vendedor de ropa en abonos, quien se expresaba con escasos vocablos y defectuosa fonética; con él deambula Andrés por diferentes poblados del istmo tehuano y conversa con su jefe en un castellano arabizado que va

*Ensayos aparecidos en el suplemento cultural de diario *Novedades* el 25 de febrero, el 4 y el 11 de marzo de 1973.

aprendiendo. A la capital llega a los 16 años; exactamente el día de los Santos Inocentes en 1922, hoy hace medio siglo. No es una casualidad: Andrés es inocente por su bondad, no obstante la agudeza de su ingenio.

Quizá su aprendizaje tardío de la lengua nacional y su extranjero y rudimentario preceptor, crean en el joven Andrés una urgencia de dominar el español —que ha logrado de modo cabal— al punto de que por derecho indisputable ocupa desde hace años, con decoro plausible, una poltrona en la Academia de la Lengua.

Su ingreso al alto cargo académico no lo hizo Andrés a base de una deserción de su idioma nativo, sino de fervorosa lealtad a él. Por ello discurre en torno a voces zapotecas, siempre provisto de las más eficaces herramientas: su fluido español y su aptitud para el análisis hermenéutico. Y de este modo, por la vía idiomática, Andrés ha integrado, en sí mismo, su propio mestizaje cultural, el único que los mexicanos admitimos, alérgicos como somos a toda forma de supuesta superioridad racial.

Andrés Henestrosa constituye un ejemplo a imitar por los buenos escritores de provincia que usan con destreza y pasión idiomas aborígenes, tal como lo hicieron Cecilio A. Robelo en su tiempo, Ángel María Garibay en los últimos años y Miguel León Portilla.

Dios Jano aborígen, Andrés Henestrosa lleva dentro de sí sangre huave y zapoteca entremezcladas con sangre ibérica, las que ha tranquilizado ya, para sorpresa de quienes lo conocen, sobre todo desde que Andrés aceptó la tesis consistente de que ningún mexicano con vocación intelectual está bien formado en lo cultural si no visita el país donde surgió la lengua española. Rejago, a regañadientes, Andrés decidió conocer la madre patria. Ahora sabe que su indigenismo pudo acendrase, aún más, al descubrir *in situ* su raíz hispánica. Porque Andrés no ha hecho otra cosa —como lo escribe a Griselda Álvarez— que reconciliar en su pecho a sus abuelos y pacificar las dos sangres que lleva dentro.

El indigenismo de Henestrosa nada tiene que ver con ese indigenismo muy del gusto de las fundaciones norteamericanas, deseosas de erradicar —por pintoresquismo o cálculo imperial— el vigoroso aporte hispánico a

nuestro mestizaje. Y, a su vez, el hispanismo de Henestrosa es también ajeno por completo a cualquier tufo franquista.

Ubicado por una sana capilaridad social —no por arribismo— en los estratos superiores de las clases medias, Andrés no ha maculado su origen ni incurrido en descastamiento. Antes bien: con orgullo desafiante, vestidas de tehuanas, pasea con su esposa Alfa y su hija Cibeles y con ellas se complace en dialogar en zapoteca, tanto en la intimidad del hogar como en público, rodeado de amigos desconocidos.

Escritor para las masas, no escritor-masa rechaza toda postura exquisita, sin hacer concesiones a lo pedestre. Como Fernández de Lizardi lo diría: Andrés es un escritor popular, que no plebeyuno.

Como todo joven superior, Andrés poseyó —y posee— una honda emoción popular e ideas políticas avanzadas, que nunca las ha revestido con una parafernalia verbal estridente ni con ademanes filosofantes orientados hacia una transformación histórica total, forzada y perentoria como lo preconizó Marx.

Dotado de conciencia universal, Andrés ha sido uno de los pocos jóvenes que arribaron a la plena madurez sin haber tenido que abandonar ciertas fraseologías e idearios juveniles que, a manera de aparatos ortopédicos mentales, son útiles transitoriamente para hallar respuestas a interrogantes que plantea a la juventud de *buena clase* una irritante realidad histórica y social. Otros lo han hecho. Han abandonado su energumenismo terminológico pero han sabido conservar su pasión popular.

Los más han dejado de lado palabras redentoristas para pasarse a la acera de enfrente. Andrés no: sigue ubicado en su acera popular; piensa y siente lo mismo y su lenguaje no ha cambiado. Por eso, adherido a las querellas y a las alegrías de su pueblo istmeño, Andrés ha ocupado en dos ocasiones, con la auténtica legitimidad, un asiento en el Congreso.

Henestrosa no ha sido un escritor caudaloso. Lo sé. Pero tampoco su mano padece de *agrafia*. Ejerce la crítica y el comentario desde hace varias décadas a través de la prensa diaria y semanaria, animado de una constancia que ofrece escasos ejemplos. Su laboriosidad de escritor y su entrega

trashumante y mal remunerada en la docencia literaria, no son menores que su erudición vinculada a la literatura hispanoamericana y a cuanto se refiere a las letras de nuestro país.

Hace tres años, en la colección Grandes Escritores de Nuestro Tiempo, la Editorial Novaro recogió trabajos de Henestrosa ya agotados, no obstante que algunos de ellos habían salido a la luz mediante 15 prensas distintas. En este tomo se hallan también incluidos *Mis primos*, *Los Hombres que dispersó la danza*, editado la primera vez en 1929 y la última en 1960; *El temor de Dios* y *Tres cartas autobiográficas* dirigidas respectivamente a Ruth Dworkin, a Griselda Álvarez —la gran poeta, que no poetisa—, y a Alejandro Finisterre.

La primera carta autobiográfica consiste en su célebre *Retrato de mi madre*; la segunda lleva el título de *Los cuatro abuelos* y la tercera el de *Sobre el mí*. De estas dos últimas cartas no es fácil calificar cuál tenga mayor excelencia. En la segunda epístola —la dirigida a la hermosa Griselda—hay estos párrafos escogidos al azar:

Muy pobre fui de niño, de joven y de hombre. Si algún bienestar logré más tarde, pienso siempre que será pasajero. Por lo pronto, en nada afecta mi manera de ser más íntima. Si algunos bienes alcancé más tarde, más me apena que me ufana. Ante la pobreza ajena lloro, tal vez porque la mía propia nunca me alteró [...] El gusto de la gloria y de la fama que un día gocé por un instante, tenían a la mañana siguiente un sabor de ceniza, sólo porque estaban vedadas a mi familia entera.

En su tercera carta autobiográfica Henestrosa recuerda a una hostil parienta indígena y contrasta su trato con la hospitalidad hidalga de Finisterre, que Andrés revive con euforia. Hay aquí frases que podrían servir de epígrafe a sus obras completas, cuando se editen. Por ejemplo ésta: “A reír aprendí; a llorar siempre supe”; o bien esta otra: “Riqueza es gastar alegremente la pobreza”; o, en fin, estas otras: “El posesivo mi nunca lo uso referido a cosas físicas; nunca me oirán decir mi casa, mi automóvil; me oirán decir mi corazón, mi palabra, porque no están en venta”.

En su libro *Flor y látigo*, aparecido hace tres décadas, Andrés Henestrosa ofrece un profundo ideario y fraseario juarista, a cuyas páginas han acudido cuantos han necesitado con urgencia, escribir un artículo, dictar una conferencia, pronunciar un discurso; mas ello, sin que a menudo citen la fuente brindada con generosidad por Henestrosa. El último en aprovechar *Flor y látigo* ha sido el mandatario chileno, Salvador Allende. Tampoco citó a Henestrosa.

Hace dos años, con el título de *Una alacena de alacenas*, recogió en un volumen el INBA una antología de la jugosa columna de Andrés —Alacena de minucias— que cada semana durante lustros entregó Henestrosa a *El Nacional* “desde un dichoso domingo de junio de 1951”.

Escribía sus artículos no a otra hora “que no fuera la del amanecer; a la primera luz, mientras la mujer y la hija aún duermen y están por despertar”.

En su Alacena desfilaron personajes vivientes e idos de aquí y de fuera, entre otros: Tomás Gage, Francisco Sosa, Ignacio Ramírez, Agustín Yáñez, Frida Khalo, Griselda Álvarez, Salvador Toscano, Salvador Novo, el padre Agustín Rivera, Martín Luther King, lo cual muestra la amplia gama de preocupaciones de Henestrosa. Hay también en su Alacena de noticias raras y útiles, por ejemplo, las ligadas a la Sandunga y al cenizote; evocaciones de lugares y hechos, entre los mixes de San Miguel Chimalapa y los mañaneros contertulios de Andrés en el Sanborns de los Azulejos. Hay asimismo en Alacena de alacenas juicios certeros sobre la cultura nacional.

Por modestia, no por apocamiento; por cartas, no por cortedad de Andrés, las llamó así: Alacena de minucias. Pero no había en su columna dominical ninguna bagatela ni nada de baladí. Por el contrario, en ellas se topaba uno con afirmaciones tan esclarecedoras como éstas:

Escritores que por rehuir la cara propia, se la cubren con una máscara; que por parecer modernos extreman y complican la expresión literaria; que por no ser de su pueblo, imitan, cuando no calcan, autores extranjeros que por no comprometerse a dar testimonio de su tiempo y de su ambiente, reculan en el arte puro y abstracto. Con lo cual ni se es de alguna parte, de algún tiempo original, ni nada que pueda constituir meta para un escritor o para uno que

aspira a serlo verdadero [...] Algo malo ha de estar ocurriendo cuando un poeta, novelista o escritor no encuentra en su tierra nada digno de ser interpretado y traído a la plena luz de la creación literaria; se diría que su geografía parece de luz, de aire, de celos, de tierras, de ecos y de aromas.

Andrés escribe actualmente en *Novedades* una columna, Belvedere, con el seudónimo de Mirador. Cada semana firma con su nombre artículos de diversa inspiración. En forma discontinua equivalen a lo que fue su semanal Alacena de minucias. Pronto habrá de hacerse una antología de esa columna con un nombre apropiado: Apolíneas, sin duda por lo que la prosa andresina tiene de bella en su sencillez.

Hay que rescatar esas columnas y tranquilizar al gran escritor oaxaqueño quien —pese a su vitalidad no menguada, en un raptó o en un rato de soledad frente a la idea de la muerte— se preguntó a sí mismo, sentado en su biblioteca de 20 mil volúmenes: “¿Qué será de estos *libros*, con tanta *paciencia* y *pobreza* reunidos? ¿Qué será de *mis escritos*, entre *los* que *alguno* habrá que tenga *cierto valor*? ¿Habrá *alguien* que como yo lo hago con otros, desentierre *siquiera* alguno de ellos? O ¿no habrá entre todos éstos *uno* que *desafíe* con *éxito* los rigores del tiempo?”

¡Claro que habrá unos sino muchos escritos de Andrés dignos de salvarse merced a su factura y a su fidedignidad esencial!

Mejor todavía: hay que reunir todos sus escritos en las Obras Completas de Andrés Henestrosa, ya en la coyuntura de sus 70 años o con motivo del medio siglo que ajustará como escritor en mayo de 1973, o cuando alcance los 80, que los rebasará su vitalidad de toro.

EL JUÁREZ DE RALPH ROEDER

Cabe aludir a otro trabajo meritorio de Andrés Henestrosa. Me refiero al magnífico prólogo a la tercera edición española de *Juárez y su México* de Ralph Roeder, publicado hace unas semanas por el Fondo de Cultura Económica. En tal prólogo Andrés proporciona multitud de noticias vincu-

ladas a la vida de tan hermético y pudoroso escritor norteamericano, quien *por hablar él de los otros no lo hizo de sí mismo*.

Roeder, amigo cercano de Pedro Henríquez Ureña y sobre todo de Salomón de la Selva desde sus mocedades en Nueva York: Roeder, decoroso actor de teatro que hubo que representar el personaje de San Antonio en un pequeño drama de Maertelink; Roeder, quien hizo un papel inigualable como mensajero en la *Medea* de Eurípides; Roeder, formado en Columbia University y en Harvard; Roeder autor de la célebre tetralogía sobre Savonarola, Maquiavelo, Castiglione y el Aretino, no pudo sin embargo realizar su intento de sumarse a las fuerzas de Pancho Villa —el personaje viviente que más admiraba— por haberse enlistado en el ejército italiano durante la Primera Guerra Mundial. Muerta aquí su fiel esposa, la bailarina rusa, Fania, precisamente un luctuoso 18 de julio juarista. Roeder tuvo aún fuerzas para sobrevivirla tres meses más y dar los últimos toques a su libro póstumo *Hacia el México moderno*, obra que abarcó el periodo comprendido entre la muerte de Juárez y la entrevista que Porfirio Díaz concedió al periodista norteamericano James Creelman, allá en las postrimerías de la dictadura tuxtepecana.

En cierta manera —advierte Henestrosa en su prólogo— *Hacia el México moderno* prolonga el libro de Roeder *Juárez y su México* y procede a una posible tercera parte que el autor bautizó como la *Tetralogía mexicana* cuyo contenido sería Madero, Carranza, Villa y Obregón. Estos y otros datos más ofrece Henestrosa en su conciso y macizo prólogo al ya clásico libro de Roeder.

En tan espléndido ensayo de Andrés Henestrosa, el patricio queda ligado a su paisaje nativo: brota como humus telúrico de la bronca sierra y, como buen montañés de tierra taciturna, Juárez es taciturno y recio como la piedra. Surgido de la montaña rocosa, nunca fue quebradizo. Nace en la cumbre del nudo de Zempoaltepétl y como éste abre sus dos brazos para envolver a la República entera. Andrés fragua así una bella metáfora de la Sierra Madre Oriental y la Sierra Madre Occidental.

No se trata de una biografía más de Benito Juárez, ni Andrés se propuso hacerla en su prólogo al libro de Roeder. Es más bien una semblanza, un retrato, tal como el escritor istmeño percibe a su ilustre coterráneo: *su* Juárez. El ensayo es reiterativo de manera deliberada: ciertas frases metafóricas se place y complace en repetir las Andrés. No hay citas a pie de página para dar a su ensayo un aire profesoral y no entrecomilla nada por que es innecesario. Se trata de un Juárez para todos los que están en el secreto, en *su secreto*.

En su breve y enjundioso ensayo, Andrés escarba en uno de los temas más atractivos de la historiografía: la anécdota, a cuyo influjo pueden explicarse en forma cabal las grandes líneas del pasado —con su zigzagueante y subterránea continuidad— y la relevancia que en él tuvieron los gestores de la historia.

Rica como es en lo anecdótico la vida de Juárez, no hace falta indagar si cada una corresponde o no con precisión a la realidad. Esa es una obsesión del investigador sin imaginación, incapaz de advertir que la leyenda es más real que la verdad, cuando ésta se apoya en cualquier virtuosismo documental.

La leyenda —claro está— la forja el sentimiento popular sobre una base o asidero real y muchas veces más atendible que la llamada verdad histórica. Diríase que en la ontología de la historia, la verdad no es como es, sino como parece ser: ser es parecer ante los ojos del pueblo. Y así, con semejante lema, Henestrosa contempla la colosal figura de Juárez desde distintos ángulos para luego devolvernos su temblorosa y palpitante, sobre todo descorazonada personalidad.

Cuando doña Margarita, ya gravemente enferma, no podía conciliar el sueño por el frecuente ladrido de un perro, pidió a su marido que un criado consiguiera callarlo; avanzada como era la noche, el presidente lo hizo en persona para no molestar a la servidumbre, Juárez da una lección moral a su hija Manuela y recuerda a ella su propio origen: se negó a bailar con un joven humilde pero había aceptado hacerlo con otro joven apuesto y elegante. Le ordenó bailar con el primero. Y así lo hizo Manuela.

Juárez, que se bañaba diario tanto en el cálido Veracruz como en el frío desierto norteño, no consintió en despedir a la administradora de la Casa de Gobierno por no haberle dado agua para bañarse: esa mujer lo confundió con un criado. Así era de humilde y comprensivo el patricio.

Por dignidad, no por cobardía, Juárez —cuando ya era Ministro de Justicia del presidente Juan Álvarez— acabó por ceder su asiento de luneta a un personajillo arbitrario que en forma abusiva no sólo ocupó sino que injurió además soezmente al indio de Guelatao.

Descendiente de orfebres provistos de portentosa habilidad manual, Juárez nunca supo, sin embargo, anudarse la corbata de mariposa: lo hacía doña Margarita que siempre lo acompañó como esposa y madre, hermana e hija, amiga y novia, todo eso fue ella.

Pertrechado en una roca indígena, encerrado en su idioma zapoteca como un calabozo —idioma que hubo de mamar con la leche materna—, Juárez cumplió 12 años sin saber hablar la lengua de Castilla, sin conocer el lenguaje empleado por la mayoría de nuestros compatriotas. Por eso decide aprender el español y no trabajar más tiempo como ovejero. Sustrae una cabeza del rebaño que su tío había puesto a su cuidado y la regala a un grupo hambriento de tropas insurgentes. Huye a Guelatao. Tres años después —ya asimilado el alfabeto y la gramática, pero aún vestido de camisa y calzones de manta— ve emocionado cómo es recibido con regocijo popular el Ejército Trigarante al entrar a la ciudad de Oaxaca. El indio adolescente está alegre también; sabe que con su acto de abigeato contribuyó de algún modo a la derrota del ejército realista.

Como subraya Henestrosa, una vibrante emoción patriótica embargaba a Juárez frente a las figuras de Morelos y Guerrero, ello a tal punto que cuando supo del fusilamiento de don Vicente en Cuilapan, propuso al Congreso, ya como diputado en la legislatura local, que el sitio del sacrificio adoptara el nombre de Guerrerotitlán, sufijo no proveniente del zapoteca sino del náhuatl, segunda lengua nacional por aquella época. Acaso trataba Juárez de que la nueva toponimia no quedara confinada a Oaxaca y se expandiera a toda la República, como estaba extendido el dialecto náhuatl.

Relata Andrés que cuando querían nombrar al patricio miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua, merced al correcto castellano que escribía Juárez en su correspondencia, éste respondió que se debía a don Pedro Santacilia, su secretario particular y yerno además. Se trataba de un *exceso de humildad de aquel hombre que siempre quiso estar en segundo plano sin conseguirlo: la historia lo había señalado para guía, adalid y paladín*.

Quizá el más bello y novedoso capítulo del prólogo andresino sea el de “Juárez escritor”, tema que se halla en espera de ser rescatado o destacado por los estudiosos. Henestrosa inicia semejante tarea y muestra que Juárez era un correcto escritor, un discreto literato, no un literato romántico y expansivo porque su origen indio —que conservaba con lealtad— le impedía expresar esos efluvios sentimentales muy a tono con la época. Al respecto dice Henestrosa esto: “Como era frugal su mesa lo era su expresión” y agrega otras reflexiones como éstas: “Se advierte en sus escritos su afán y una decisión de ser claro, que es la máxima aspiración y preocupación de un escritor verdadero. Pastor de palabras, las ponía en fila, en orden, unas tras otras, sin que ninguna se saliera del carril y de las reglas. En el idioma materno de Juárez, palabra y verdad son el mismo vocablo. Desnuda ha de andar la verdad para que reluzca”.

En el capítulo titulado “Su primer discurso”, Henestrosa transcribe íntegro el texto respectivo. Su mera lectura muestra la recia convicción anticolonialista de Juárez, así como su aptitud para condenar la herencia negativa que dejó el coloniaje español en la conciencia de los mexicanos, reflejada en sus usos y costumbres cotidianas:

Aislar, corromper, intimidar y dividir: éstas fueron las máximas de su política cruel —la de España—. Y ¿cuál fue el resultado de todo esto? Nuestra miseria, nuestro embrutecimiento, nuestra degradación y nuestra esclavitud por 300 años. Pero hay más: la estúpida pobreza en que yacen los indios, nuestros hermanos, las pesadas contribuciones que gravitan sobre ellos todavía. El abandono lamentable a que se halla reducida su educación primaria. Por otra parte, la intolerancia política por la que se persigue o se aborrece al hombre,

por que haciendo uso de su razón, piensa en éste o del otro modo. El menosprecio de las artes y de las ciencias. El aborrecimiento al trabajo, y el amor los vicios y a la holgazanería. El deseo de vivir de los puestos públicos y a costa de los sudores del pueblo. En fin, la protección que se dispensa al inepto y prostituido y a la persecución innoble que se declara al ciudadano honrado, que conociendo la dignidad de su ser, no se doblega a los caprichos de otro hombre. Todos estos defectos son todavía las reliquias del gobierno colonial, son los resabios de su política mezquina y miserable, son los verdaderos obstáculos de nuestra felicidad y son los gérmenes positivos de nuestras disensiones intestinas.

Tales defectos, enumerados por Juárez en su Primer Discurso aún sobreviven en estado larvario o de manera abierta después de más de un siglo de esa denuncia juarista.

En otro capítulo, "La lección permanente", hay esta verdad digna de seguir siendo observada, dice Henestrosa que:

El buen juicio de Juárez lo llevó siempre a conjurar sus innatas facultades de líder con su sentido de que el tamaño de las obras requeriría el concurso de sus mejores allegados. De aquí que siempre lo veamos trabajando en grupo, disculpando pasajeras intemperancias, perdonando ataques a su persona y reclamando el concurso del mayor número posible de mexicanos. Así llega al elevado concepto de la unidad nacional, la sola fórmula que a su juicio a de conducir a la superación de todos los peligros y de todas las miserias materiales y morales.

En el capítulo titulado "El camino de Juárez", Andrés vuelca su pluma con acierto para describir en forma insuperable la enfermedad y la muerte de Juárez quien, en semejante trance, hace un balance retrospectivo de su vida: "cuenta y recuenta ahora sus pasos, recorre el camino a la inversa: del sepulcro a la cuna, ahora sinónimas sábana y mortaja, cuna y urna".

No fue un genio Juárez, dicen piadosamente sus exégetas. Incluso lo afirman tú, Andrés Henestrosa. Pero yo opino que sí lo fue, al revés de lo que se cree y en contra de cuanto se ha repetido, tal como si fuese un

axioma. Juárez sí fue un genio, Andrés, porque genio no es mero chispazo ni talento pirotécnico, cuya encendida policromía, acaba pronto por convertirse en ceniza exánime. Esto es válido. Y lo es así en el arte como en el conocimiento filosófico y en la acción política. No aceptar semejante afirmación equivale a perpetrar una apología de la pereza y estar ansiosos de que descienda de lo alto la inspiración, esa que a menudo nunca llega. Genio es perfección, genio es perseverancia en el propósito, terquedad de la buena, siempre orientada a crear y recrear la múltiple realidad que nos asedia y en cierto modo asediamos: la histórica y la social, la estética y la científica o cualquiera otra forma del poliédrico aspecto de la realidad.

¿Qué objeción hay en llamar genio a Juárez, Andrés, si supo crear un marco circunstancial y político bien distante y distinto al combatido por él? Sólo una postura culterana —que tú no adoptas y nunca has adoptado— podría confinar al genio dentro de la exclusiva actividad estética o la filosófica o la científica o la ética. Y no puede ser así, porque tú mismo, Andrés, escribes que Juárez “probablemente más que ningún otro paladín de las gestas nacionales contribuyó a extirpar del ánimo de los mexicanos el fatalismo que por siglos lo redujo a la inferioridad y a la aceptación de todas las inequidades sociales, económicas y morales”.

Más aún, Andrés, ofreces un atisbo que me da la razón cuando agregas: “En esto del fatalismo fue muy poco indio Juárez, porque para sus antepasados los zapotecas, todos los infortunios, todas las miserias y hasta la muerte eran producto de las potencias sobrenaturales”. Pero Juárez no creyó en la fatalidad al vencer a los invasores europeos y *fue un genio*, un indio *genial* que creó las bases de la segunda independencia del país.

Con frecuencia los historiadores de la Reforma y de la Intervención Francesa deprimen de manera involuntaria o voluntaria la figura de Juárez a fin de exaltar a quienes lo rodearon durante la gran década nacional. Nadie duda del heroísmo, de la inteligencia o de la grandeza moral de muchos de ellos. Pero la memoria popular, como un cedazo de fina retícula, ha retenido el nombre de Juárez por ser el protagonista genial de aquellos años, y ha dejado escapar de esa retícula los nombres de ilustres deuterar-

gonistas de los mismos años, para recordarlos sólo a través de la nomenclatura de calles y avenidas de nuestras urbes y poblados: el uno, viviente todavía a casi siglo y medio de distancia de su muerte, “nació proyecto de estatua” —como lo dices—, mejor aún, pareció siempre una estatua de bronce. La mayoría de los otros, sus acompañantes, semejaban estatuas de mármol. Pero el bronce, ya se sabe, dura más que el mármol. ¿No es verdad, Andrés?

Benito Juárez fue un genio político aun cuando, como lo afirmas, no fuera un intelectual ni un artista:

...sino la venturosa conjunción de un hombre de acción y de pensamiento. En su puño, como ocurre con frecuencia en los ideólogos y políticos de Latinoamérica, la pluma es un instrumento de creación, no de recreo. Es un instrumento civilizador exclusivamente, con la misma eficacia de un machete, bueno para podar de ramas estorbosas la intrincada y abrupta maraña de prejuicios seculares que impedían la marcha progresiva de México.

Juárez, el que escapa a pie de su pueblo, vuelve a Guelatao como dice Ralph Roeder “cargado en hombros ya convertido en estatua”.

Para terminar este comentario del prólogo de Henestrosa al libro de Roeder, cabe agregar que si en la mayoría de los poblados del país se erigen estatuas de don Benito es porque durante los 54 años posteriores a su fuga de Guelatao, Juárez no hizo otra cosa que *aprender* para trabajar por los mexicanos como su libertador, como su legislador y como su salvador.

DIVAGARIO ANDRESINO¹

Todos los que conocemos ha Andrés Henestrosa sabemos que llegó a la capital ya hecho un adolescente. Tenía 16 años. A los 15, *Andrés se incorporó a la cultural occidental*, como lo dije por vez primera hace medio siglo, en un homenaje tributado al poeta Enrique González Martínez, y que hacía

¹ Artículo titulado “En torno al Divagario Andresino. Azorín exalta a Andrés Henestrosa”, publicado en el periódico *El Día* el 10 de Abril de 1990.

que Andrés volviera, divertido, los ojos hacia mí cada vez que yo afirmaba tal cosa.

Preñado de añoranza donde lanzó su primer vagido, dice —quien es ya capitalino por adopción y también por adicción—, lo siguiente:

Al pueblito, a la casita, a la mamacita; todo en diminutivo para que más triste fuera o para atenuar o reducir el tamaño de la pena, que esa es la otra función del diminutivo.

No hay lugar más hermoso que aquél en el que nacimos. El solo cielo, el que vimos al nacer. ¿Cuál río más azul que el que lame los flancos del pueblo natal? Más hondo y transparente que el Ostuta no hubo otro. Y cantarino y ondulante, y a sus horas el más manso, y el más tumultuoso. ¿Cuál iglesia mayor que la de San Francisco Ixhuatán? ¿Quién la vio si no fui yo? ¿Y más milagrosa que la Virgen de la Candelaria, qué otro pueblo la tuvo si no fue el mío? Otra campana de voz más melodiosa no la hubo jamás, ni la habrá nunca. Y es lástima que, como dijo Ramón de la de su pueblo, es lástima que no la oiga el Papa.

Quizá por eso y a pesar de la perfección salida de su pluma, no ha podido o no ha querido lanzarse al género novelístico. La narrativa la practica con fluidez, sí; pero en la conversación destinada a sus interlocutores quienes horas y horas lo escuchan con creciente atención. Sin embargo Andrés no es capaz de escribir caudalosamente.

El prefiere escribir el pensamiento exprimido ya en su *quinta esencia*. Por eso el estilo andresino se halla muy cerca de lo apotegmático y de lo aforístico. De todas suertes él prefiere, como lo aconsejaba Baltasar Gracián, escribir con brevedad: “Si corto, dos veces bueno; si largo, tres veces malo”.

Andrés no padece por cierto de agrafia —ya lo he dicho—, como han solido acusarlo alguno de sus frívolos detractores. Ello porque tiene tal respeto por la palabra escrita que prefiere escribirla muy pensada y cribada de toda garrulería. Ese vocablo pasó antes —claro— por los 40 cedazos de su sabiduría, pero sus escritos hablan poco por prudencia, por cortesía.

Acaso a todo ello se deba la brevedad de su obra, tal como lo puede comprobar quien lea su libro veinteañero *Los hombres que dispersó la danza* o su obra treintañera *Retrato de mi madre*. Éste es dos veces bueno por ser, no dos veces breve como lo sentenciaba el autor del *Criticón*, sino seis veces breve hasta convertir su libro en una pequeña obra maestra de las letras hispanoamericanas de este siglo. Allí está el juicio de Neruda emitido en Moscú.

Muchos creían o creen que al gran Andrés se le ha paralizado el brazo o se ha mellado el pico de su pluma para escribir con frecuencia. Se engañan. Se trata de mezquinos o de mal enterados, ignorantes de que Andrés escribió durante muchos años en *El Nacional* su Alacena de minucias, artículos que más tarde fueron recogidos en un libro del mismo nombre y en donde puede advertirse con qué desenvuelta sabiduría pone Andrés de relieve lo que en apariencia es baladí y hasta qué punto cada uno de sus minucias —o en muchas de ellas— se encuentran hallazgos verbales o vetas de pensamiento dignas de ser horadadas.

Los críticos —esos sí baladíes, además por que balan como el ganado lanar— olvidan que en una minucia cabe una verdad entera, la belleza toda, el genio y el ingenio, como puede verse en la prosa de Victoriano Salado Álvarez, quien pese a su animadversión por Fernández de Lizardi, alababa sin embargo su *Alacena de frioleras*, así: “Breve obra maestra, es más que una pequeña obra maestra. Ha dicho alguien que yo conozco”.

Dejó de escribir Andrés por algún tiempo pero reanudó más tarde su tarea en una preciosa columna bisemanaria que se llama *Vagar*, *divagar*. En ella prueba Andrés, con más profundidad todavía que en sus *Minucias*, hasta qué punto lo intrascendente en apariencia puede agrandar su alcance y ganar en aspecto y hondura.

Y así vemos cómo el escritor oaxaqueño usa su columna *Vagar*, *divagar* para eso: para *divagar* en torno a una temática no prevista ni por él mismo, sino por lo que va surgiendo en su fértil cacumen, de su rica asociación de ideas.

Diríase —quizás con razón— que ya sentado Andrés en la silla de su escritorio, pronto a golpear las teclas de su máquina, carece de tema. Pero esas teclas, merced a reflejos condicionados e inexplicables, inspiran su columna de los martes y de los viernes. ¡Y qué miniaturismo gigantesco intelectual le brota de pronto! ¡Qué placer causa leer y releer tales columnas recogidas hace semanas por *El Día* que dirige la nobilísima Socorro Díaz! *Divagario* es un excelente y formidable libro que debían leer quienes saben paladear con placer nuestra lengua española.

En *Divagario* se esbozan algunos temas inéditos —no dichos antes— o se formulan planteamientos intactos, esto es: no tocados antes por otros.

No estorbaría fraguar una relación —por supuesto incompleta— de esa abundante temática salida de la pluma andresina y me agrada desde luego ofrecerla al lector para su disfrute.

Miembro del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, vio Andrés la oportunidad en *Divagar* para desfogar su justa ira frente a la aberrante nomenclatura urbana capitalina:

Muchos nombres se repiten; otros se cambian, sin perjuicio de que el nombre borrado o cambiado por otro aparezca en otro lugar. ¿De dónde esta condenada inclinación a cambiar los nombres a las calles? ¿Se olvidan las autoridades, o es que no saben que la nomenclatura forma parte de la historia, la biografía, la fábula y la mitología de las ciudades? ¿Es más ilustre este personaje que aquel otro? ¿Esta fecha histórica es de mayor rango que aquella otra? ¿Por qué rebautizar parques, jardines y plazas? ¿Por qué algunos nombres suplantán a otros? ¿Por qué llamarlos como no se llaman? ¡Y algunos dentro de nuestro modo más íntimo de ser!

Yo agrego: como los pueblos de San Ángel y la Villa de Guadalupe o como las calles de Santa María la Redonda y Niño Perdido, o como Capuchinas, o como Moneda, entre muchos atentados perpetrados en contra de la memoria de nuestra capital.

Un torrente de temas trata Andrés al desgaire, pero con profundidad: desde el estilo literario hasta algunas peculiaridades de los animales. Como

Borges, Andrés podría edificar una zoología fantástica. Y en caso de que tuviere material suficiente o se decidiera elaborarlo, creo que debería incluir en este libro hipotético, su divagar en torno al armadillo o al pájaro primavera o al gato, que dedicó hace un par de años en las páginas de la revista de la UNAM, o al caballo en otro divagar que termina describiendo la quietud de la noche en esta forma: “hasta el paso del caballo acabó por formar parte del silencio nocturno”.

Subraya Andrés la utilidad del género memorialista al exaltarlo así: “Poderosos auxiliares para el uso de la cultura, la historia y las letras. Con frecuencia, aquella fecha, aquel hombre, aquel suceso que el historiador olvidó o sólo a medias consignó, viene a completarlo un libro de memorias, unos apuntes personales”.

Desfilan en su *Divagario* muchos nombres provistos de fama universal y nos recuerda Henestrosa que el nombre verdadero del gran poeta colombiano Porfirio Barba Jacob es el de Miguel Ángel Osorio, seudónimo que escogió éste, según la erudición de Andrés, porque Mossén Urbano fue achicharrado por orden del Tribunal de la Santa Inquisición debido a que anduvo predicando la doctrina de un tal Barba-Jacobo.

Cambió su nombre también —agrego yo— el gran poeta chileno Neftalí Reyes Basualto por el de Pablo Neruda, acaso en homenaje al iniciador de la poesía modernista checa, Juan Neruda, quien había muerto 13 años antes del nacimiento de Pablo.

También el gran escritor español Azorín optó por ese seudónimo a cambio de su propio nombre, el de José Martínez Ruiz, nacido en Monóvar, Levante, en 1874. Y también podría recordarse ahora que el filósofo enciclopedista Francisco María Arouet optó por llamarse Voltaire.

Pero volvamos a Andrés Henestrosa quien se refiere a cuatro escritores españoles y cuatro latinoamericanos que fueron premiados con el Nobel —palabra grave, no aguda como lo recalca Andrés—, no sin aclararnos que uno de los escritores hispánicos no galardonados, don Ramón María del Valle Inclán, calificó con enojo al premiado José Echegaray al decirle “viejo idiota”; se refería al autor de un dramón, “Mancha que lim-

pia”, que nuestros padres vieron varias veces en el Teatro Hidalgo de las calles de Regina.

También nos recuerda Henestrosa a Vicente Blasco Ibáñez que viajó a México invitado por el presidente Obregón en 1924 y se alojó en el Hotel Regis. Quizá desde allí escribió las primeras páginas de su ácida diatriba contra nuestro país: el militarismo mexicano. Tal vez porque no le pagó Obregón 20 mil pesos oro que le había ofrecido, según alegaba el mercenario Blasco Ibáñez.

Andrés cuenta en otro divagar cómo ese ser, mitológico para su generación, José María Vargas Vila, también fue huésped del Hotel Regis y lo describe en forma estrafalaria. Vargas Vila detestaba conceder entrevistas a los reporteros y se escondió en su cuarto. El administrador del Regis, amigo de los periodistas, contrató como camarero y mesero exclusivo para servir al célebre poeta colombiano nada menos que a Jacobo *Dalevuelta*, cuyo verdadero nombre era Fernando Ramírez de Aguilar. Dalevuelta le servía a Vargas Vila y conversaba con él y así le extrajo todo cuanto quería saber el periodista del poeta. Al leer al día siguiente el reportaje alusivo a él, éste dijo con enojo e ironía: “con razón me engañaron fácilmente: ese periodista tenía cara de mesero”.

Nos cuenta Andrés que la embajadora rusa, Alexandra Kolontay, le regaló su novela *La comunista enamorada* con dedicatoria de su puño y letra.

Los personajes célebres siguen desfilando en el *Divagario* y así dice Henestrosa que el encono inamistoso que Lucas Alamán le profesaba a Carlos María Bustamante —compartido por Joaquín García Icazbalceta— lo llevaba a fraguar este rosario de denuestos: lengüilargo, chismoso, inocente, crédulo, falto de criterio, mendaz, farragoso, ramplón, ignaro, inconstante, mal latino, lengualarga, matalalengua, entre otros.

Es decir —agrego yo— tantos adjetivos como los endilgados a nuestro Morelos por los jueces de la Santa Inquisición que lo condenaron a ser fusilado en Ecatepec el 22 de diciembre de 1815.

Sobre el sacerdote liberal, don Agustín Rivera, dice Andrés que “si bien canta a España y a sus glorias no olvida sus miserias. Muchos lugares

hay en que exalta a los indios, sin olvidar sus miserias. Las dos patrias, que en él habían eran una sola; se reparten sus amores y sus fobias, en un sano equilibrio didáctico”.

La sociabilidad del indio y del mestindio tienen su escenario natural en los mercados con su inseparable regateo. Así describe Henestrosa este fenómeno sociológico, muy nuestro y muy antiguo. Tal observación coincide con la de David H. Lawrence expresada en su libro *Mañanas de México* traducido al español por Octavio Barreda:

Entonces, como hoy y como mañana, (parte de la institución de) el mercado era de regateo no tanto por el descuento y rebaja que pueda obtenerse, sino para prolongar las horas de plaza, para oír chismes, por intercambiar noticias. Chacharear no sólo es adquirir chucherías, chácharas, y platicar sin ton ni son como las chachalacas, palabra de la que quizás venga chacharear. Nada dice más del carácter de un pueblo que sus plazas y mercados: allí se le ve en su intimidad, se le descubre por lo que come, bebe y viste su entrañable manera de ser. La geografía, el habla diaria, la opinión acerca del *príncipe* todo se resume en un día de plaza, en un día de tianguis, que para el mexicano de hoy ya son todos los días de la semana.

Dice Andrés en otro *Divagar*:

Imaginémonos entonces una escena familiar en la casa de un macehualli, el azteca humilde, la atmósfera de la que proviene la mayoría de los nahuatlismos de tipo familiar.

En medio del único cuarto de un jacal, en el suelo de tierra apisonada, arde un fuego en el tlecuil. La leña quema y chichina. Toda la familia está reunida alrededor: la nana, el tata y toda la pipiolera. La hermana mayor está arrodillada en frente del metate, apachurrando y apayanando la masa del maíz para preparar el nixtamal. El más coconete, el nene, duerme en su cama hecha de mecates de iztle que cuelga del techo. La pilmama viene y despierta al socoyote para darle de comer de la chichi. El piltontli empieza a llorar. La chichiua o pilmama lo apapacha, y le pregunta si llora porque tiene coco o porque está chipil, y después le trata de callar amenazándolo con que si no se porta bien se lo va a llevar el coco o lo viene a espantar el nahual. Los hermanitos que

son cuates juegan en un rincón con tejocotes y pachichis. Son unos chamacos tepepones. Cuando el hermano mayor descubre su juego y ve que se pusieron bien chamagosos va y regaña a los escuincles. ¿Cuándo ocurrió ésto? ¿Hace siglos? ¿En un pueblo remoto? No. Ayer nomás en un pueblo que esta a media hora de la Ciudad de México. ¡Ves cómo hay un México permanente que no se va!

Son nuestros contemporáneos primitivos, agrego yo, sobre nuestro mestizaje dice Andrés que el ídolo está detrás del santo y agrega: “La oración, la plegaria se dice en español, pero es una deidad pagana a la que se dirige. Toda la exterioridad es moderna, pero toda la intimidad es antigua. De día somos un pueblo blanco, mestizo, mejor dicho; pero durante la noche volvemos a ser indios, regresamos a nuestro pasado remoto”.

No quiero concluir sin dar a leer este alegato de Henestrosa, digno de Clavijero:

¿Cuándo se escribió por primera vez en caracteres latinos en México? ¿Cuándo letras del alfabeto? Porque en opinión de algunos los indios eran ágrafos, anal-fabetos. Lo que es verdad, pero sólo a medias. Tenían grafía, tenían letras, sólo que distintas. Sus letras, su alfabeto, eran jeroglíficos, pictogramas, signos, colores. Sus libros no se escribían, se pintaban: su literatura era pictográfica. Etimológicamente eran analfabetos pero también etimológicamente lo son todos aquellos cuyo “gramatario” no empiece con la letra A [...] El informe fue lo primero que se escribió en México: en las ancas de los caballos se escribieron las primeras letras del idioma español, que luego fue el nuestro. En los códices o libros pintados, aparecen los caballitos bellamente dibujados, con las marcas, los fierros en las ancas. No un español, sino un indio fue el que escribió las primeras letras en el Anáhuac. ¿Por qué no reivindicarle esa verdad, eso que fue un verdadero acontecimiento en el inicio de una nueva historia?

Le recomiendo al lector no desdeñar las minucias contenidas en el *Divagario*: se trata de perlas o agujas perdidas en el pajar, o cita de un texto olvidado con la cual se pueden atar cabos que andaban sueltos para fraguar una teoría antropológica o lingüística.

Interesante es extraer del *Divagario* de Henestrosa cuanta alusión halla él en libros, lectores, bibliotecas y en todo lo relativo a nuestro mestizaje, cuyo filósofo representativo ha concluido por ser el propio Andrés. Sí, Andrés Henestrosa es el filósofo de nuestro mestizaje nacional.

Tengo la conciencia de no practicar con la obra de Andrés el género panegírico exaltado. Tan es verdad esto, que uno de los dos más grandes escritores de lengua española durante este siglo, José Ortega y Gasset, aseguraba que el escritor de mayor relieve en su lengua no era él, sino Azorín.

Mas he aquí algo relevante: Azorín, nacido en Monóvar en 1874, dejó un testamento antes de morir, ya anciano. Sí, dejó un legado de homenaje a la dispersa filosofía que ha sabido construir Andrés Henestrosa para explicar el mestizaje indoespañol. Lo hizo Azorín a través de su sobrino nieto, Manuel Azorín Poch. Su viuda, una mexicana, encontró entre los papeles de su difunto marido el importante documento citado, que me complace insertarlo como final de este comentario bibliográfico.

Dice así la carta del gran Azorín escrita antes de su muerte acaecida en 1967:

A don Andrés Henestrosa, maestro, entre varias, de la más rara y excelsa disciplina: conducta humana.

Soy un español, que, con paso firme y abierto espíritu camina confiado entre dos mundos. A la cegadora luz del sol del mediodía, se abrieron mis párpados por vez primera y fue mi cuna una ilustre ciudad que el viejo Betis baña. En caricia postrera, otro sol habrá de sellarse para siempre en otro lugar, si bien distante, no menos entrañable: la altiplanicie del legendario Anáhuac. Principio y fin de mi círculo vital, decidme quién osaría arrebatarme una de estas tierras que por igual siento tan mías.

Despojarme, ¿de cuál? ¿De aquella, lejana hoy en la geografía que fue hollada apenas por mis pasos infantiles; firmes y recios más tarde en trágicos años de adolescencia? ¿De ésta, acaso próxima y tangible, que guarda el testimonio de los acontecimientos más trascendentales de mi vida de hombre?

Imposible la decisión, que rechazo. En perfecto equilibrio, que el tiempo en su transcurso convirtió en unidad, ambas son en mi corazón un solo amor. Vano e inútil cualquier intento para separarlas.

Largos, no fáciles ni gratos, transcurrieron los años necesarios para que en el crisol cordial se produjese la fusión inevitable. Lejanos quedaron ya los días en que “malherido de punta de ausencia”, era presa de agridulce y sutil dolencia. Hoy, cuando torna a rondarme la nostalgia de los viejos y entrañables lugares originales, se desvanece luego, sin calarme hondo, como sucedía ayer. Sé y en este pensamiento me amparo, que otras nostalgias no menos profundas, me poseerían lejos de mi tierra de ahora.

Soy un mexicano, que con paso aún firme y abierto espíritu camina confiado entre dos mundos [...] dejadme alcanzar con el ánimo sosegado, el final, ya no lejano, de mi camino.

¡Qué hermoso legado de Azorín a ese mexicano ilustre que es Andrés Henestrosa!, quien a los 13 años se incorporó a la cultura occidental al enseñarle el idioma español un abonero árabe. Ese niño ha terminado por ser un verdadero maestro de esa lengua europea así aprendida.

El orgullo que siento de ser amigo y compatriota del autor de *Divagario* deseo compartirlo con los lectores que yo tenga.

Francisco de Paula León Olea*

Francisco de Paula:

Si la filosofía se convirtió en una obsesión para usted, es evidente que no tengo por qué recordarle que su objeto obsesivo lo dividen tres disciplinas: la ontología, la axiología y la epistemología. O sea, sucesivamente, la teoría del ser u *ontos*, la teoría de los valores o axios y la teoría del conocimiento o gnosis.

La primera investiga qué es el ser, o dicho de otro modo, qué es lo que siempre es y siempre será. De tan enorme cuestión surgen —entre otras— cuatro escuelas ontológicas: la que sostiene que el ser es la materia, cambiante de forma pero siempre es; la que concibe el *ontos* como energía dotada de paralelas cualidades que la anterior; la escuela que asegura que el *ontos* es la idea, matriz o fuerza motriz de donde brota todo lo que fue, es y será; y la escuela que percibe al *ontos* como sinónimo de Dios, con eterna permanencia en el tiempo y creador de todo lo existente.

La segunda gran disciplina de la filosofía, ya lo dije, es la axiología y ella averigua lo valioso que es ese *ontos*, incluyendo la vida humana. En un extenso inventario que hiciésemos de los valores sobresalen tres de ellos: el bien, la verdad y la belleza, como lo subrayaban Platón y San Pablo, aunque al atenderse le complacía afirmar que uno solo es el valor de lo existente: es triédrico o posee tres caras.

*Prólogo epistolar del libro *El despertar de la humanidad*, México, Editorial Porrúa, 1995.

Por eso decía Platón “que el bien es hermoso y verdadero” del mismo modo que “la belleza es verdadera y buena”, y por igual, la verdad es buena y bella.

Más allá de lo que encierra esta disquisición, lo cierto es que en el campo de la axiología o la estimativa, se plantean dos peliagudas cuestiones. Son éstas: ¿los valores —axios— existen *per se* como el *ontos*?, según lo sostiene una escuela o, según lo preconiza otra escuela, ¿los valores son una mera proyección subjetiva del hombre toda vez que a éste no le importa tanto la naturaleza del *ontos* sino el cualificarlo o valorarlo o, en suma, para qué existe y para qué existimos?

Yo puedo afirmar con legitimidad, Francisco de Paula, que los valores son proyectados por el hombre y su observancia dentro de una comunidad humana de la cohesión y constituye su propia y particular cultura comunitaria.

Ya lo sabe usted, amigo mío: sin el hombre no habría cultura y ella se da en el curso de la historia, justo porque el ser humano es un ser axiológico pero también teleológico: su condición volitiva lo impulsa a colocar en la meta o *goal* de su propia vida, todo cuanto considera valioso para realizarlo en su conducta cotidiana, al punto de que si no lo logra, siente que se traiciona a sí mismo.

Urgido por su predilección hacia la epistemología, querido Francisco de Paula, se entrega usted a tal disciplina acaso porque va en busca de *certezas*: desea usted saber qué es el saber; busca usted *conocer* qué es conocer, sin perjuicio de averiguar si lo que conocemos en verdad lo conocemos, o si se trata de una mera ilusión de los sentidos como lo pretende la filosofía hindú.

Inquiere usted en torno a cuál es el órgano de que se vale el ser humano para conocer, o más bien dicho, cuál es el órgano cognoscitivo que el hombre posee y que ha ido afinando milenio a milenio. Esta última interrogante, sin duda, lo llevó al camino de las neurociencias cuyo saldo final en su febril búsqueda, lo condujo a su estudio sistemático.

No sé de un caso de voluntad tan acerada y pertinaz como el que ofrece usted para poder moverse en el mundo no con ideas provisionales o baladíes criptorreligiosas, sino que va usted, resueltamente, por la ruta de las certezas. Éstas son su meta. Y lo ha logrado en forma dramática y espectacular, circunspecta y válida en su despertar humano.

Trazó usted un camino que tendrá ramificaciones y confluencias con la ingeniería genética, que convertirá en demiurgos a los científicos de ambas áreas del saber.

Preocupado por los procesos cognoscitivos del hombre que fraguan su conducta sobre la tierra hasta generar la cultura, usted, joven filósofo, se ha lanzado a investigar, a su vez, cómo, dónde y en cuál parte del cuerpo humano se da ese proceso.

Como un nuevo doctor Fausto, está usted acicateado por hallar una respuesta esclarecedora a la gran cuestión que se formula, consistente en el largo proceso del *despertar humano* —así titula usted su libro— que hubo de desembocar en la aparición de la autoconciencia del hombre.

Mas éste posee, ya no sólo conciencia de su propia existencia, sino de todo cuanto lo rodea o esté allí, frente o lejos de él, sean las arenas del mar y los océanos, los ríos y las montañas, la flora y la fauna con sus riquísimas variedades, las constelaciones estelares y las galaxias, las sociedades humanas y sus respectivos pasados, presentes y futuros; la infinitud del espacio y la eternidad del tiempo. En suma, el hombre, aparte de poseer conciencia de sí mismo, la tiene de los demás y lo demás.

El tratado epistemológico de usted, amigo León Olea, no pertenece por cierto a la teoría del conocimiento basada en la metafísica sino representa un esfuerzo angustioso por ubicar la función de *conocer* en el propio cuerpo humano, mejor aún, en el cerebro.

Por ello, con afán denodado, incursiona usted de manera sistemática en las neurociencias, cuyos saberes concluyentes nos ofrezcan en forma certera y atendible el proceso de la autoconciencia del universo realizada a través del cerebro humano, dividido en áreas de suprema y fina fisiología y en una delicada anatomía topográfica.

Claro que algunos metafísicos, digamos etéreos, considerarán esta última aseveración como mero y tosco materialismo o como un grosero cientificismo dizque ya pasado de moda.

Los todavía adscritos a la corriente intuicionista de Bergson o a la corriente providencialista de Boutroux, provistos de vagarosa actitud filosofante, estimarán así la teoría epistemológica de León Olea basada en las neurociencias, porque aquellos creían que el positivismo de Augusto Comte, el materialismo mecanicista de Herbert Spencer, la sicología de William James, el transformismo evolucionista de Charles Darwin o de Ernst Haeckel habían sido rebasados y superados por la filosofía espiritualista francesa de principios de siglo XX.

Los espiritualistas estaban equivocados. El avance lento pero seguro del pensamiento científico, con su irrefutable racionalidad, nos muestra de nueva cuenta y con otra perspectiva la unidad bilateral sicosomática del ser humano.

Si hace más de 100 años, el sicólogo inglés citado —William James— sostenía que conocer *es un proceso*, por extensión diría yo que lo que por economía del lenguaje llamamos *alma*, es por igual un proceso.

Ella, no es algo que se produce o se da, ya hecha, de improviso o de pronto. No. Proviene de una evolución acumulativa en el tiempo en la cual van apareciendo, con diversa cronología, el conjunto de capacidades que por concisos solemos llamar *alma*: no penetra en el niño con la punta del bisturí del ginecólogo al desprender el ombligo del claustro materno; tampoco incursiona hacia otro sitio al lanzar su último vagido el ser viviente que la portaba. No, no es así: ese repertorio o conjunto de capacidades que compendiosamente llamamos *alma* tiene su terrible e ineluctable fin al expirar por última vez quien fue ser viviente, vale decir ser humano.

Pero cabe preguntar ahora: ¿Cuáles son las capacidades que se van formando lentamente desde la cuna hasta extinguirse en la tumba? Ellas serían las cinco siguientes:

Primera: la facultad de recordar lo visto, oído, gustado, sentido o tocado; es decir, la *memoria*.

Segunda: inspirada en el recuerdo de lo apenas o poco vivido, surge la capacidad de *imaginar* todo cuanto le ha ocurrido al niño; y hasta podría asegurarse que la imaginación es una especie de subproducto de la memoria porque recrea y transforma, a capricho, lo visto u oído, gustado y tocado y también olido por él.

Tercera: la capacidad de *sentir* o de tener sensibilidad para distinguir lo bello de lo feo y lo bueno de lo malo, misma que es fomentada por la madre —el más cercano prójimo y preceptor del niño— así como también por el estrecho círculo familiar que forma su minúsculo universo.

Cuarta: la inteligencia de *esforzarse* para concretar, en su propia conducta, la tabla de valores fomentados o heredados del núcleo familiar. Más tarde, ese cuadro valorativo, la transmite la escuela, alterada o enriquecida también por la vida de relación que tenga el niño y el joven con los demás. Esa capacidad de esforzarse es la *voluntad*: es decir, el no vivir al impulso de la gana sino del esfuerzo axiológico.

Quinta: la virtud de analizar los distintos elementos de nuestro mundo circundante, o sea, la capacidad de *razonar* y cuya aparición es la más tardía en ese proceso que va de la infancia a la mayoría de edad.

Tanto el razonar como las otras cuatro capacidades enumeradas son susceptibles de afinarse y desarrollarse hasta adquirir la máxima dimensión alcanzable por cada una de ellas y, sobre todo, con la amalgama de las cinco se produce el prodigio de la asociación de ideas, la facultad suprema y más distintiva del hombre.

En resumen, amigo Francisco de Paula: el alma es el proceso de aparición y crecimiento de la capacidad de recordar, de imaginar lo que no es, de sentir y valorar, de esforzarse por concretar en nuestra incanjeable y casual vida lo que se considera valioso y, por último, la capacidad de razonar en torno a los diferentes elementos circundantes a nosotros e incluso razonar sobre quiénes somos.

Insisto, tales *capacidades* en su conjunto son lo que por ahorro de palabras llamamos *alma*, y su existencia es perecedera porque se trata de un proceso formativo que va desde la primera inspiración pulmonar autónoma del ser humano hasta su postrera expiración.

Para desencanto de los tradicionales espiritualistas, lamentablemente el alma no existe *per se*. Ella es tan huidiza y transeúnte, tan migratoria y pasajera como el cuerpo mismo que la conlleva o en el organismo en el que está inserta.

Decía Blas Pascal que “el hombre es una débil caña, pero una caña que piensa”. En efecto, así es: la grandeza de la debilidad humana procede de que merced a su pensamiento o, si se prefiere a su denodado ejercicio de pensar, el hombre ha podido alcanzar el rango superior dentro del mundo orgánico.

Fuera de todo homocentrismo, el hombre es el rey del universo, aunque su presencia en él haya sido tardía. Sí, el hombre es un *parvenu* existencial, pero es el único ser viviente que sabe que sabe; es el único ser viviente que se da cuenta que existe como individuo junto con los demás y con todo lo demás. Y algo muy estremecedor: el hombre es el único ser viviente que está consciente que dejará de serlo alguna vez.

Permítame, joven filósofo, confiarle una preocupación, digamos metafísica, que me asedió durante largo periodo, el de la Guerra Fría, inspirado en la idea de que el único notario que da fe de la existencia del Universo es el hombre considerado en lo individual. De tal suerte es así, que si una hecatombe nuclear hubiese estallado al chocar las armas de las dos grandes potencias hegemónicas, la humanidad entera habría desaparecido. El estallido de esa guerra nuclear no habría dejado, siquiera, a un solo testigo capaz de establecer *a posteriori* la culpabilidad genocida de la potencia que agredió primero: el Universo se habría quedado sin la humanidad, que es su autoconciencia milenaria y trabajosamente conseguida por él.

Por eso milité, con sostenida convicción, en favor de la paz mundial y por el desarme general y completo, a riesgo de hacerme sospechoso de filocomunista, como acusaban con ceguera cerril los agentes de la extrema derecha norteamericana a todo aquel que pugnaba por establecer una paz mundial orgánica y permanente.

El pacifismo debió haber sido una corriente apoyada por todo hombre de bien, en no importa qué latitud del mundo. Luchar a favor de la paz no

era un monopolio doctrinario del comunismo internacional. Lo repetiré: la Tercera Guerra Mundial habría privado al Universo de la conciencia que posee a través de cada ser humano. Se habrían extinguido y acabado todos los fedatarios de cuanto existe.

Dije a usted, Francisco, que el hombre es la expresión apoteótica del mundo orgánico. El mundo inorgánico tenía el monopolio de lo existente, antes de que apareciera la misteriosa coyuntura causal o casual que dio lugar al primer ser viviente monocelular y cuya aparición no sería, por cierto, un fenómeno exclusivo de nuestro planeta Tierra.

Sería anticientífico negar la posibilidad de la vida sometida a las leyes de la selección natural en otras galaxias, con su respectiva infinidad de sistemas planetarios. Pero también sería anticientífico asegurar, dogmáticamente, la existencia de seres vivientes dotados de la virtud de la autoconciencia del Universo, como la posee el hombre terrenal.

El tránsito del mundo inorgánico al mundo orgánico es fascinante. Su itinerario nos lo ofrece la fitozoología y la entomología, la ictiología y las otras ramas de la zoología hasta llegar a los homínidos; el paso que la paleontología describe en las capas de la costra terrestre es la evolución de los seres vivientes hasta llegar al *Pitecanthropus erectus*, superado solamente por la aparición de ese bípedo implume que es el hombre. Además, éste transmite o lega a otros su lenguaje y su cultura, creados en múltiples comunidades humanas sobre la faz de la tierra: desde Indonesia hasta Alemania, desde la pampa argentina hasta la isla de Madagascar.

Y puesto que de coincidencia se trata, no es inadecuado ahora recordar a usted, Francisco, que el niño no posee autoconciencia individual, como lo demostró la escandinava Scherson en su libro sobre los sueños infantiles; ella estudió centenares de casos y pudo advertir que el niño no se sueña solo sino en ronda, en corro, o con su núcleo familiar o con sus compañeros de escuela.

La conciencia individual nace cuando apunta la adolescencia y a menudo la propicia un hecho fortuito, a saber: cuando el joven ve reflejado su rostro en un espejo, se sorprende de su propio semblante y, azorado, per-

siste en mirarse y remirarse con intensa ansiedad, hasta acabar de familiarizarse con él mismo. Tan novedosa noticia, lo conduce a propalarla con insistencia y de mil modos a quienes lo rodean: se deja crecer la barba o se la rasura; usa anteojos innecesarios para adoptar un aire doctoral o se revela desafiante contra sus mayores; adopta credos estridentes o juega a la vida monacal y ascética. Lo complace escandalizar a todos. Lo que importa es llamar la atención a los demás para notificarles que él existe.

Semejante y embrionaria autoconciencia individual se va ampliando en sus metas cognoscitivas con el transcurso del tiempo y también mediante una curiosidad intelectual sostenida. Va madurando en lo que tiene de ser insular o social. Dejó atrás la *edad de la punzada*.

Instalado usted ya en el campo de la fisiología, me habría agradado, Francisco, que hubiese explicado con algún pormenor la cronología de la aparición de esas cinco ventanas por las cuales el hombre se asoma a su mundo circundante, o sean, los cinco sentidos que nos brindan los datos que procesamos en el cerebro y que constituyen el eslabón que une a cada uno de nosotros con el mundo externo. Sí: me habría gustado que usted, Francisco de Paula, hubiese trazado un diagrama del orden cronológico en que fueron apareciendo en el hombre el ver y el oír, el oler y el gustar y, por supuesto, el tocar.

Subsumido como estaba usted en esa rica variedad temática al iniciar la redacción de su libro, creo que lo obligaba a ofrecer a sus lectores —que cada vez serán más— el diagrama al que me refiero antes.

Amigo León Olea: he insistido en su acusada vocación científica concebida como sustentáculo de la epistemología.

La versatilidad de sus ocupaciones y preocupaciones la ha posado usted también en la creatividad estética, concretamente en la composición musical. Escuché con delectación, una y otra vez, su *requiem* sinfónico con un trasfondo coral. Es agradable, hermoso y tonificante. Nadie sabe —quizás ni usted mismo— si va a seguir por ese camino creador para enriquecer el caudal cultural heredado de sus antecesores.

El voluntarismo filosófico alemán, representado por Arturo Schopenhauer y Federico Nietzsche alcanza su máxima expresión cuando éste, tan neurótico, asegura que si algún significado tiene la existencia universal y personal, ese sería el de una voluntad creadora de belleza. Como usted lo sabe, Francisco, el esteticismo hipertrofiado de este filósofo es excluyente de otro valor —*el bien*—, hasta llegar al inmoralismo filosófico cuando postula que la obra de arte ha de ir “más allá del bien y del mal”, como titula a uno de sus libros. Otra obra nietzscheana esteticista es *La genealogía de la moral*, de sentido opuesto a las ideas y a la obra literaria de Ibsen quien afirma que toda obra estética ha de estar subordinada al bien, a lo justo y a la rectitud.

Semejante tesis se caracterizó años después, en el persecutorio lustro realista que intentó arrebatar la libertad creadora del artista, cuando, como respuesta a ella, el sádico amante de Wargner, Adolfo Hitler, mandó quemar entre otras la obra del poeta Enrique Heine en donde éste postuló la tesis de que para construir una Europa con paz orgánica era menester que los franceses conocieran con más intensidad y frecuencia a los alemanes y, recíprocamente, éstos a aquéllos. El contenido ético y constructivo de la propuesta de Heine chocaba con el energumenismo nietzscheano del dictador antisemita, muerto hace medio siglo.

Claro que el solo abordar este debate lo puede acercar a uno a la postura artepurista condenatoria de toda preocupación moral expresada en la literatura o en las artes plásticas. Mientras que, sin la consigna de ningún ogro filantrópico el artista auténtico puede, si quiere, abordar temas éticos sin caer en la chabacanería ni el populismo de tono proclamático.

Aclaro ahora lo obvio: la axiología comprende valores fundamentales como: *la verdad* que se observa a través de las ciencias físico-matemáticas y la astronomía, la bioquímica y las geociencias; en suma, a través de las ciencias de la naturaleza. También incluye las ciencias sociales.

La belleza se expresa a través de la literatura y la música, la danza y la pintura, la escultura y la arquitectura.

Mas si invocamos el pensamiento de Oscar Wilde consistente en que la naturaleza imita al arte, podernos decir que esa prodigiosa creadora que es la naturaleza debía llamarse *artista activa* y, cuando contemplamos arrobados sus protéicas y caprichosas creaciones celestes, orográficas o marítimas, nos convertimos en meros artistas pasivos.

De todo lo existente, la naturaleza ejerce a plenitud su libertad creadora estética, mientras que los artistas pasivos nos limitamos a educar el ojo y la sensibilidad para degustar la azorante belleza con que nos obsequia la *fisis*, como la llamaban los griegos.

Sí, amigo mío, se lo digo en voz baja y cerca de la oreja: yo sólo soy un *artista pasivo*, pero disfruto también la obra de los creadores estéticos en el campo de las artes plásticas y auditivas, las mixtas y la literatura, en especial la de su género mayor: la poesía.

Ya para concluir esta larga epístola, permítame decirle, amigo León Olea, que fue una sorpresa para mí enterarme que usted no es un artista pasivo, sino activo, creador de una belleza que no estaba antes y capaz de enriquecer con ella el acervo cultural de nuestra patria.

Cabe asegurar que todo artista pasivo genuino no es tan pasivo si su actitud contemplativa lo funde y confunde con el paisaje contemplado. Ese artista pasivo se trueca en activo si acaba por unimismarse con lo contemplado. ¿Se trata del éxtasis en el cual se pierde la propia identidad para convertirse en lo contemplado hasta salir fuera de sí? De todas suertes, es una hermosa experiencia *cuasi* religiosa, no infrecuente en quienes somos ajenos a todo trascendentalismo; es una vivencia de alguna manera análoga a la que tuvieron quizás San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila. ¿O será una oración no petitoria, dirigida al ojo triangular de la divina providencia, supuestamente atenta a las cuitas de quienes impetran favores o piedad? Lo que sí es cierto es que en la entrega silenciosa al paisaje, no se pide, se da.

Una última apostilla redacto a manera de posdata en esta carta. Tan polifacético es Francisco de Paula León Olea, que además es un empresario cuya prosperidad parece ascendente sin que por tal ruta transite atro-

pellando al derecho y a la justicia, valores comprendidos en la ética y subsidiarios de la bondad incluida en la triada axiológica de Platón y San Pablo.

A ello le agregaría otro valor subsidiario asimismo de la ética: la caridad. Yo sé que siempre habrá lugar para ella, aun cuando la sociedad esté organizada justicieramente y se hayan reducido al máximo las diferencias existentes entre las clases sociales más distantes entre sí.

Lo sabemos con certeza: la caridad tendrá que cumplir una callada función, tan necesaria para satisfacer a todo corazón cálido. Se lo digo aquí entre nos.

Carmen Beatriz López Portillo*

Muchas gracias por haberme invitado a presentar su libro la rectora de la Universidad del Claustro de Sor Juana Inés de la Cruz. Muchas gracias a todos los asistentes.

Esta joyita tipográfica titulada *Sor Juana, un mito*, se divide en tres partes.¹ Su valioso contenido me lleva a formular un obvio pronóstico: pronto habrá de agotarse.

La primera parte del libro es un magnífico texto de Carmen Beatriz que habré de comentar. Me agradecería referirme con igual detalle a cada una de las tres partes del libro presentado esta noche. Pero la tiranía del reloj lo impide.

Declaro que me cautivó leer y releer, una y otra vez, el ensayo de doña Carmen. No me sorprendió su factura, a la vista de pertenecer la autora a una familia dotada de hábitos mentales cotidianos.

Si deseara yo elaborar una antología de las afinaciones iluminadoras de la rectora de este centro docente, tendría que reeditar, completas, las 13 preciosas páginas escritas sobre la siempre vigente monja jerónima que preceden al libro titulado *Sor Juana, un mito*.

*Palabras leídas en la presentación del libro titulado *Sor Juana, un mito* de Carmen Beatriz López Portillo.

¹En la segunda parte del libro, Arturo Romano reseña, con decoro, la historia del convento de San Jerónimo desde el inicio de su construcción en 1585 hasta su rescate en 1980. La tercera parte de la obra contiene un incisivo ensayo de Juan Manuel Silva Camarena sobre la función del ojo humano, es decir, la mirada concebida como testimonio de todo cuanto existe para así poder transformarlo, sin renunciar por ello a explicar la función humanista que desempeña este centro de docencia superior.

El buen castellano en que están escritas tales páginas dan fluido cauce a la riqueza de ideas de la autora —quien las lanza al desgaire—, no sin provocar una meditación sostenida sobre ellas.

El trabajo de doña Carmen —si persiste y ahonda en su vocación— la puede llevar a convertirse en una de las musas de nuestras letras contemporáneas, y sobre todo si sigue dando a luz textos de este rango.

Su lectura me ha suscitado una serie de reflexiones que deseo dejar consignadas ante ustedes.

Por ejemplo, la autora dice: “un mito es una forma de dar sentido al mundo”. O bien, esto otro: “el mito es una invención colectiva”. O esto más: “el mito es una forma de verdad [...] que más que explicada debe ser comprendida”.

Yo comentaría que leyendas, mitos y religiones emergen del alma popular: son criaturas, son sus verdades y suelen expresarse en lenguaje sentencioso, metafórico o poético.

Por eso fallan los hermeneutas cargados de cuartillas y documentos afanosos de interpretar mitos y leyendas con método racional o intuición desbrujulada: se trata de meros aguafiestas frustrados.

Sí, ningún intento arrogante, ningún argumento elocuente esgrimido con jerigonza científica contra los mitos, pueden erosionarlos o extinguirlos, inmersos como están en la entraña misma del pueblo. Son él mismo, o, mejor todavía: constituyen su identidad impermutable.

Un debate frecuente sostienen algunos epistemólogos: él consiste en afirmar que la *verdad* científica o histórica es superior a los mitos fraguados con la imaginación del pueblo. Sin embargo, éste se moviliza con mayor presteza y pasión en torno a los mitos inventados por él, que frente a aquella verdad científica o histórica, por sesudas que parezcan las constancias probatorias exhibidas. Frías como siente el alma popular a tales verdades expresadas con una fraseología exánime, el pueblo las deja de lado sin titubeos: prefiere vivir en torno a sus mitos y leyendas, incrustados como se hallan en el subsuelo de su conciencia.

Insisto, el pueblo ve con desgana el gestecillo doctoral del exégeta científico, toda vez que las pruebas esgrimidas en contra de las creencias y querencias populares no las alteran para nada.

En suma: el pueblo exige que mito y leyenda sean la verdad, tal como sus ancestros los imaginaron y por eso se adhiere a ellos con fervor.

Dice la autora del ensayo que comento, lo siguiente: “Con los mitos los hombres han tratado de dar solución a dos interrogantes: su procedencia y destino individual y colectivo”.

Coincido con doña Carmen Beatriz porque las fisicomatemáticas, la astronomía, la bioquímica, la paleontología y otras ciencias apenas han podido explicar, fragmentariamente, la procedencia del hombre. Es decir, el cómo el hombre está aquí en la Tierra, cómo se formó con lentitud milenaria y tardíamente se fue transformando el mundo inorgánico en mundo orgánico, hasta surgir como ser viviente y pensante el mismo ser humano. Pero tales ciencias no han esclarecido este enigma: “para qué está aquí el ser humano, cargando a cuestas su inconsulta y casual existencia”.

La condición pensante del hombre lo conduce a inventar un fin para dar a su vida un sentido valioso ligado a mitos y leyendas creados por antiguas y sucesivas oleadas generacionales, de suerte que lo hacen vivir en torno a esos mitos como si fuesen *per se*, hasta convenirse en el fin existencial del hombre, en su teleología vital.

Claro que un crudo y cruel científicismo aduce que la vida humana carece de sentido. Contemplándolo con áspera objetividad, se diría que, en efecto, la vida en última instancia carece de sentido. Y, como no lo tiene, se lo damos.

Sí, señoras y señores: ese sentido existencial se lo da el hombre al valorar todo lo que lo rodea, y tales valores —subjetivos como son— acaban por constituir el universo axiológico en el que el hombre busca realizar su vida, fugaz como es.

Semejante tarea —angustiosa y acumulativa— fragua el caudal cultural heredable, el que recibimos. Si el hombre y la comunidad a la que pertenece son fieles a esos valores y los conservan y observan con puntualidad, ambos

se realizarán. Si los traicionan, acabarán por frustrarse uno y otra; él y la sociedad.

Otros asertos de la autora consignados en su ensayo, están cargados de significado y resonancia para mí. Por ejemplo éste que dice así: “Desear seguir siendo, en el cambio, lo que se es”. O esta otra aserción: “Acaso la vida no sea un problema de inteligencia sino de voluntad, de buena voluntad y denuedo para ser resueltamente lo que queremos ser”.

Ambas afirmaciones —amigos míos— me llevan, desde luego, a formular dos preguntas: ¿Nuestra identidad, nuestro ser, es un participio pasado o es un gerundio? ¿Está hecha o se está haciendo nuestra propia identidad? Y, sin más, respondo: las dos cosas. Hay algo incanjeable dentro de nosotros mismos, pero sí enriquecible mediante la convivencia con los demás que nos *otrifica*.

En la medida en que nuestra identidad es lo que somos —nuestro *ontos*, como dirían los griegos—, cabe agregar que el dinamismo de nuestro ser, está siendo más grande todos los días, pero con la pepita de oro dentro: la identidad larvada.

Para explicar semejante itinerario axiológico, el gerundio supera al participio pasado en eficacia semántica. Claro que el gerundio es una fea palabra, pero la necesitamos para entender mejor nuestro ser o identidad en movimiento. Éste no sufre de parálisis, toda vez que en el transcurso de nuestra vida se incorporan novedades valiosas cuando las dejamos entrar por el filtro exigente de nuestra axiología o cedazo valorativo.

Examinando bien las cosas, podría afirmarse con licitud que cada uno de nosotros es los demás, al punto de que sería inconcebible nuestra respectiva individualidad si no fuésemos herederos y beneficiarios de un lenguaje que no inventamos, tal como somos herederos de instituciones sociales y políticas contrarias a la ley de la selva o de instalaciones tecnológicas que dan mayor confort a la vida cotidiana y la prolongan.

En cierto modo, cada uno es parásito de los otros: parásitos de quienes nos antecedieron y supieron construir un rico repertorio de instrumentos comunicativos con palabras o imágenes e introductores de un orden jurídico, aptos para convivir en concordia con los miembros de toda sociedad.

Esto y más debemos a los otros, de suerte que el genial e insustituible verbo introducido por don Miguel de Unamuno, el de *otriificar*, designa bien tal enlace: fundirse e integrarse con los demás, de quienes pendemos y dependemos de un modo u otro.

Mediante esta perspectiva, se puede asegurar que el egoísta es un ingrato o un descastado: cree que todo lo merece y da la espalda a la historicidad cultural de la que procede y le confiere la hombría que ostenta.

También hay una forma negativa de vivir. Consiste en observar antivalores heredados por igual de antiguo: son antisociales por naturaleza. Sus agentes programan su existencia con ellos y pretenden dar pleno sentido a su vida, en la medida en que son capaces de encarnar en su conducta cotidiana tales antivalores. Se trata de quienes practican eso que ahora se expresa en forma aberrante: la cultura del delito, del peculado, de la droga y de la prepotencia.

Por último, deseo glosar algo más que la rectora de esta noble casa de estudios afirma en su ensayo:

Podemos reconocernos, rescatarnos a pesar de que vivimos en un mundo que busca constantemente novedades que adoptamos fugazmente [pero] en esa precipitada búsqueda de novedades, buscamos valores nuevos, nuevas palabras que puedan sustituir valores tales como verdad, bondad, justicia, libertad. Como si las palabras y los valores se gastaran como se gastan las cosas y pudieran pasar de moda. Pero eso es barbarie.

Me permito comentar los anteriores conceptos así: no obstante que somos los demás, debemos preservar un yo incanjeable pero sí enriquecible con la influencia exógena de la sociedad en que vivimos insertados, tanto la familiar como la población lugareña, la nacional y la universal.

Ello nos conduce a reflexionar de nuevo sobre nuestra identidad, cogollo de nuestra personalidad que se va cubriendo con distintas capas o experiencias vivenciales. Son las que lo enriquecen, sin alterarlo o sin convertirlo en otro.

Algo de esto sabía Píndaro cuando mandó esculpir en el templo de Delfos una sentencia suya en bajorrelieve. Dice así: "Hombre: sé lo que eres". O sea, lo que en potencia eres.

La frase del poeta ateniense significa que la esencia de nuestra identidad no está hecha de una vez por todas, sino que se halla cargada de posibilidades ascensionales para que cada quien pueda llegar a la apoteosis de su propia e insustituible existencia mediante el acarreo enriquecedor de la herencia cultural recibida del pasado y el acarreo de las distintas formas de la cultura actual provenientes de toda latitud del planeta.

Armados de una voluntad acerada, podemos lograr lo que aconsejó el aristócrata Píndaro y ahora nos aconseja doña Carmen Beatriz en su magnífico ensayo titulado "Debemos ser, resueltamente, lo que queremos ser".

Muchas gracias.

Diego López Rosado*

Provisto de una larga experiencia docente a pesar de su juventud; dotado de una pasión de servicio público mostrada en cuantos cargos ha ocupado —ya al frente del banco que ahora dirige, ya como asesor del Banco de México, ya en París al abrir mercados europeos para la cinematografía mexicana o, en fin, al frente de la secretaría de la Escuela Nacional de Economía—, López Rosado ha sabido aunar a su erudición económica, la histórica, conocimiento que ha mostrado con plenitud como titular de la cátedra de Historia económica de México que imparte desde hace tres lustros con ejemplar eficacia.

Y además de dar esa asignatura en las aulas universitarias, López Rosado ha publicado en diversas revistas especializadas investigaciones relacionadas con la historia económica de México, algunas de las cuales aparecen en el presente volumen y cuyo contenido exhiben tanto la amplia curiosidad intelectual de su autor como el conocimiento pormenorizado que posee sobre dicha materia.

La disciplina cultivada por López Rosado, requiere por cierto de más adeptos entre nosotros y exige la presencia de un nutrido grupo de estudiosos, aptos para reconstruir el desarrollo económico del país —ya no digamos desde la precolonia hasta nuestros días—, sino, al menos, desde las postrimerías de la dominación española hasta el presente, pues mien-

*Prólogo al libro *Historia económica de México* (UNAM), publicado por *El Gallo Ilustrado*, suplemento cultural del periódico *El Día* el 6 de abril de 1986.

tras semejante empresa se vaya posponiendo, menos estaremos en aptitud de fraguar una historia coherente y científica del México emergido en 1810 con el grito libertario de Hidalgo.

Urge escarbar en las fuentes documentales de nuestros archivos —muchas de ellas intactas— y extraer cuanto dato contribuya a establecer la continuidad del conocimiento sobre precios y salarios en los últimos 150 años de vida nacional, asimismo precisar durante el mismo lapso la evolución histórica de los transportes y de la industria en general; de la agricultura y el comercio en el exterior como el interno; de la hacienda pública y la banca; de la moneda, el empleo y el ingreso.

Y, reunidos todos estos datos dispersos en fatigosa compilación, ha de elaborarse sin tardanza y en equipo, la historia de la estructura económica de México, investigación sobre la cual se traba y reposa como en un sustentáculo —fuera de todo economicismo ultraísta— la historia social, política y cultural del país.

Integrada la historia económica del periodo comprendido en el último siglo y medio, ella nos habrá de servir para alumbrar, como con un *spotlight*, el ámbito recóndito de muchos de los pasajes cruentos de los primeros 11 lustros de nuestra vida independiente cuyo signo distintivo fueron el cuartelazo endémico, la inestabilidad del Poder Ejecutivo y la fugacidad de las instituciones de derecho público, lapso en el cual —de 1821 a 1877— el país tuvo nueve constituciones y 70 cambios en el titular del Poder Ejecutivo.

La integración de la historia económica de México alumbraría, por igual, no sólo la evolución social y cultural del país durante ese periodo de máxima inestabilidad, sino también nos ayudaría a comprender la perpetuidad o estratificación porfiriana en el mando —etapa que Daniel Cosío Villegas viene estudiando con plausible circunspección—, del mismo modo que aquella tarea historiográfica nos serviría para entender y calibrar mejor las mutaciones estructurales registradas en la esfera de lo social, de lo político y de lo cultural desde el triunfo de la revolución maderista hasta nuestros

días, ello con la ventaja de que pudiésemos precisar con mayor claridad el futuro inmediato al que los mexicanos podamos legítimamente aspirar.

Quizá por una pereza mental encubierta en el frágil pretexto de que no hay datos a mano suficientes y atendibles, o merced a estar adheridos a una metodología historiográfica ñoña e inoperante, nos hemos abstenido hasta ahora de acometer ese gran quehacer de indagación en cuyo auspicio —por lo demás— deberían estar interesados los universitarios, los políticos ilustrados y los hombres de empresa sensibles a la cultura nacional.

Mientras un noble mecenazgo oficial y privado patrocine esa magna investigación, poseen utilidad —dentro de su condición fragmentaria y discontinua de la historia económica de México— obras como ésta que ofrece Diego López Rosado a un público curioso mediante las prensas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

En el presente libro el lector puede asomarse, dentro de la extensión compendiosa que a cada ensayo confiere su autor, a 11 temas ligados precisamente a la historia económica de México y dos meramente de carácter histórico.

En el estudio inicial sobre la Casa de Moneda, nos enteramos que desde 1535 hasta 1949 se fabricaron 5,330 millones de pesos, y los primeros de éstos se troquelaron a mano; por igual sabemos del repudio que abrigaban los indígenas por las monedas de cobre, lo que condujo a las autoridades virreinales a la supresión de su curso legal, si bien volvieron a circular una vez consumada la Independencia; asimismo se nos recuerda que los insurgentes emitieron sus propios signos monetarios, tal como lo hicieron 100 años después los bancos de emisión durante la pugna habida entre los ejércitos Convencionistas y Constitucionalistas, allá por 1914 y 1915.

Tanto en este capítulo como en los siguientes del presente libro, el lector reparará en la discontinuidad de la investigación respectiva, si bien ello queda compensado con la nutrida información noticiosa existente en cada capítulo.

En el estudio siguiente, relativo al Monte de Piedad, invoca López Rosado la munificencia del extremeño Pedro Romero de Terreros, quien, con el

tiempo, se convirtió en uno de los hombres más ricos de la Nueva España y cuyo título de Conde de Regla lo debió a los servicios prestados a Carlos III, dignidad que no estorbó al nuevo noble para ayudar a las clases desvalidas, al crear en 1775 una fuente perpetua de socorros mediante la institución denominada Monte de Piedad de Ánimas, siguiendo el modelo del primer Monte fundado en Perusa en 1450 por un religioso franciscano. Y mientras Romero de Terreros estatuyó que el prestatario, al devolver la cantidad recibida, diese voluntariamente a la institución lo que quisiese “según su agradecimiento”, poco después de la muerte del fundador, se empezaron a cobrar intereses y así se acrecentó el capital de la inicial fundación piadosa.

En el tercer estudio, López Rosado divulga con acierto una serie de noticias referentes a la personalidad jurídica de los indígenas, basada en los postulados declaratorios de las *Leyes de Indias*, y examina el funcionamiento de los *pósitos* como formas sucedáneas de crédito entre los aborígenes, introducidas por las autoridades virreinales y cuyo mecanismo consistía en efectuar préstamos en granos y recibir el pago correspondiente en especie, además de un aumento proporcional. El autor pasa revista asimismo de las Cajas de Comunidades Indígenas que entre otras funciones tenían la de asegurar el oro y las joyas de tales comunidades a efecto de preservarlas de los malos manejos de los alcaldes mayores o de otras autoridades civiles y eclesiásticas.

En el cuarto trabajo denominado los “Presupuestos coloniales de México”, López Rosado invoca el testimonio de Colmerio y el de Humboldt para asegurar que producía más riqueza La Martinica y La Barbada a Francia e Inglaterra a mediados del siglo XVIII, que a España todas las provincias, reinos e imperios de las Américas. Y fueron tan malos administradores y tan malos hacendistas de la riqueza extraída, los españoles, no fue sino hasta 1790 —o sea a 20 años de antes del Grito de Dolores— cuando las autoridades virreinales, jefaturadas por el Conde de Revillagigedo dieron los primeros pasos para organizar en forma debida la hacienda pública y precisar con exactitud el monto de los ingresos de la Nueva España. Ello sin perjuicio de que Lucas Alamán ofrezca el dato de que las rentas de

dicha colonia hubiesen llegado a siete millones de pesos en 1712, a seis en 1765 y a 20 en 1808, utilidad que provenía de un complicadísimo e irracional sistema compuesto por 80 gabelas.

Haría bien el autor en integrar, en un esfuerzo posterior, la serie anual de los presupuestos de nuestro país, siquiera durante el siglo XVIII, y adherirla a una edición de la UNAM del libro de ya rara adquisición de Gustavo F. Aguilar titulado *Los presupuestos mexicanos*, obra utilísima que abarca ampliamente el periodo independiente de nuestra historia hasta 1940, la cual requiere, a su vez, ser completada con los datos relativos a los últimos 17 años. Y agregaría hasta el 2000.

En el capítulo siguiente, López Rosado describe con detalle los hechos políticos que precedieron a la sucesión de Iturbide cuando se lanzó la primera emisión de billetes del México independiente por la cantidad de cuatro millones de pesos, en diciembre de 1822, la que el pueblo vio con desconfianza y rechazó simultáneamente a la caída del efímero imperio iturbideano.

En el estudio siguiente López Rosado examina, de manera sumaria, las ideas liberales de ese precursor clarividente de la Reforma que fue don José María Luis Mora, quien ya desde 1833, cuando dejó sentir su benéfica influencia en la orientación del gobierno de Gómez Farías, hubo de condenar con testimonios y razones serenas la acumulación de la propiedad agraria en manos del clero, por ser ello causa directa de la paralización y empobrecimiento de la nación. López Rosado —economista al fin— recuerda de paso que es el doctor Mora a quien se debe la fundación de la cátedra de Economía política en el Colegio de San Idelfonso entre 1823 y 1824.

Y más adelante, López Rosado traza un esquema histórico de la deuda exterior de México del siglo XIX y del primer cuarto del siglo XX, que conduce a invocar aquella notable obra sobre el mismo tema realizada hace siete años por Manuel Salas Villagómez, y cuya consulta recomendamos a todos cuantos se interesen tanto en el tema genérico de la deuda pública como en su clasificación conceptual.

A continuación López Rosado ofrece una visión panorámica de las inversiones extranjeras en México en el siglo XIX, asunto del cual la con-

ciencia de patria más alerta ha emitido sin anfibología su parecer, consistente en no estar dispuesta a canjear nuestra intocable soberanía por el espejismo engañoso de un desarrollo económico más veloz, señuelo en el que han caído algunas patrias hermanas de este continente, cuyos desenfadados adalides castrenses aducen el sofismo de que es menester ser hospitalario con el inversionista extranjero y generoso con él, en punto a nuestros recursos naturales.

Ello no significa, por supuesto, que el sector más vigilante de la opinión pública, al igual que el Jefe de Estado mexicano, rechacen la inversión extranjera cuando ésta es coadyuvante del desarrollo económico de la nación. Pero a la luz de la experiencia que hemos acumulado desde que legislamos sobre sociedades anónimas y a la del paisaje ominoso que a menudo contemplamos en otros países hispanoamericanos, México requiere de que en un plazo perentorio se revise la ley respectiva a fin de no frustrar su sano espíritu nacionalista, y se planea la inversión extranjera allí donde sea más fecunda para nosotros y no constituya un peligro potencial —por remoto que sea— de menguar el ejercicio libérrimo y autónomo de decidir nosotros mismos el destino espiritual y político.

Tal actitud de prevención hacia las inversiones extranjeras indiscriminadas no es una actitud que brote súbita o postizamente en las conciencias de un patriotismo acendrado; ya desde 1823, cuando se discutió en el Congreso un préstamo de 8 millones de pesos con Inglaterra, tanto los diputados Sánchez de Tagle como Covarrubias opusieron argumentos tan vibrantes como racionales para mostrar el carácter mediatizador de que suele estar impregnado el dinero extranjero, tal como lo recuerda Reyes Heróles en su obra titulada *El liberalismo mexicano*, editado también por las prensas de la UNAM.

En el capítulo dedicado a examinar el papel de los bancos hipotecarios durante el régimen porfiriano, López Rosado, después de establecer que la base de nuestro actual sistema bancario nace de cuatro instituciones fundadas a partir de 1864 —cuando se crea en Banco de Londres y México— sigue en apretada síntesis con el funcionamiento de las instituciones hipo-

tecarias, con lo que abre una veta de investigación susceptible de ser ampliada cuando contemos con un equipo de estudiosos que, precedidos de un plan coordinado, puedan lanzarse a la tarea de fraguar la gran historia económica que el país requiere no sólo para su autognosis sino para su desarrollo futuro.

López Rosado analiza en seguida con pormenor los antecedentes de la baja de la plata desde 1870 hasta desembocar en la reforma monetaria decretada por Porfirio Díaz, cuya resonancia en 1905, en la esfera de la política y en el *pathos* precursor de la Revolución, está aguardando un esclarecimiento intensivo y minucioso tal como se desprende de una afirmación que hace tres años hiciera don Jesús Silva Herzog en sus conferencias anuales de El Colegio Nacional. Este fenómeno, por lo demás, que confirma el autor del presente volumen al decir que el costo de la vida “aumentó de modo que los salarios, que nominalmente no se habían alterado en mucho tiempo, disminuyeron en forma notable su capacidad real de compra”. Sin duda, semejante hecho hubo de favorecer la formulación del programa del Partido Liberal de los Flores Magón y otros precursores, redactado en julio de 1906, documento en el cual se hallan los principios fundamentales de la Constitución de 1917 en materia obrera, entre otros.

Un rápido bosquejo de la economía rural de México es el que dibuja López Rosado para precisar la función que había de ejercer la caja de préstamos para Obras de Irrigación y Fomento de la Agricultura, fundada en 1908 y liquidada a finales de los treinta en este siglo por Nacional Financiera y el Banco de Crédito Agrícola. El papel de dicha institución porfiriana —aun cuando no lo diga expresamente López Rosado— fue un vago precursor y frustráneo de lo que más tarde habría de ser la política de riego y de crédito rural del México posrevolucionario.

En la parte final del libro que se comenta figuran dos trabajos históricos: uno es un panorama de la Revolución Mexicana y el otro es una extensa reseña de la Baja California, llena de utilidad para el estudiante universitario y el mexicano en general, ya que se trata de un país que, amenazado en su integridad territorial hasta hace un pasado inmediato, se ha unido al

territorio nacional con un vigor aleccionador para otras entidades de México, aún dispersas del cogollo espiritual y material de la nación.

El lector a menudo desconoce el heroísmo callado con que suele trabajar un investigador de la talla de Diego López Rosado. Más todavía: no sería extraño que ese lector muestre azoro ante el hecho de que en el breve lapso del último bienio hayan aparecido —aparte de la presente obra que prologo ahora— dos más del mismo autor: una relacionada con la burocracia en México desde la precolonia hasta nuestros días, en cuatro tomos; y otra sobre la bibliografía económica de la Revolución Mexicana, en 12 ejemplares.

El secreto de semejante fecundidad se debe a que López Rosado, pacientemente dedicó años y años —creo que 15— a erigir la infraestructura de sus obras posteriores. Sí, durante tres lustros trabajó en el silencio para fraguar, digamos la *obra negra* o la no lucidora, destinada a constituir el origen de diversos volúmenes suyos, vinculados a la historia de la economía social.

El investigador del pasado en cualquiera de sus aspectos o ramas, dedica mucho tiempo y esfuerzo angustioso en redactar las fichas que habrá de emplear en su tarea programada con empeño. Diríase que el 85 por ciento de su tiempo lo consume en la formulación de tales registros y sólo dispone del 15 por ciento para lo que podría llamarse la obra de creación.

Diego López Rosado optó por dedicar tiempo completo a formular un vastísimo, temático y cronológico inventario ligado a la historia de la economía nacional. Una vez concluido éste —susceptible de ser enriquecido, por supuesto— llega para él la época de la cosecha: sembró muchas simientes como investigador nato y ahora van, e irán fructificando, una a una, esas semillas a través de sus libros.

Pero Diego no escamotea —como acostumbran hacerlo con tacañería otros— las fuentes de sus indagaciones, sino que las identifica bien. Dotado de gran generosidad, López Rosado no juega al esoterismo tramposo ni críptico y mezquino; por el contrario, con el mayor pormenor ofrece el origen bibliográfico de sus obras a efecto de que el lector pueda hacer, si

le place, investigaciones más profundas sobre la rica temática de la historia económica de nuestro país. Allí se hallan como ejemplo de esta afirmación sus 12 tomos titulados *Bibliografía de la historia económica y social de México* en donde cada tema listado lleva su respectiva fuente bibliográfica y, lo que es más meritorio todavía, se citan además las páginas específicas aludidas. Diego se convierte así en un democratizador de esa rama del saber, pues la suya es una vocación que corresponde al ejercicio de ocho lustros ininterrumpidos de magisterio. López Rosado no esconde lo que sabe: lo divulga y lo regala con conducta ejemplar.

“COMERCIALIZACIÓN DE GRANOS ALIMENTICIOS”

Hay obras cuyo mero título ya constituye un elemento de atracción para el lector, aun cuando su contenido carezca de profundidad o valor permanente. Sus autores suelen preferir la teoría a la circunspección. Hay otras en cambio, cuyo título austero no posee el atractivo de su lectura, no obstante el valor noticioso y de análisis exhaustivo que suelen conllevar.

Al último género pertenece el trabajo de tan metódico y riguroso historiador de la economía nacional que ahora ve la luz en diciembre de 1981 y que prologo desde mi sede diplomática en Lisboa. El título, en verdad, puede ser poco atrayente para frívolos o distraídos, no así para quien anda a la caza de información acerca de los problemas de México y de certidumbres que satisfagan la existencia intelectual auténtica sobre algunos problemas. Sí, *Comercialización de granos alimenticios en México* es el título de la obra del notable erudito yucateco, Diego López Rosado.

Aquel rubro, acaso parezca reseco, enjuto, pero atrás de él se halla una dolorosa realidad que —durante la precolonia, la Colonia y el México independiente—, ha padecido y soporta todavía gran parte del pueblo mexicano en forma recurrente y con variada intensidad.

El relato de la tarea de producir y comercializar los granos alimenticios del pueblo, no pertenece propiamente al género de la poesía bucólica, sino

al género de la epopeya y de la tragedia, ya que ese proceso se halla condicionado a diferentes factores meteorológicos, cuya presencia a menudo escapa al control de la voluntad humana. Tal impotencia ha repercutido, a su vez, en una escasa producción, siempre propiciatoria de maniobras especulativas hasta desembocar en una antisocial comercialización de tan reducidas cosechas. A ello hay que agregar dos factores más propiciatorios de la escasez, los cuales sí se pueden controlar mediante una voluntad humana solidaria con la comunidad: las guerras civiles descapitalizadoras —como las que padecemos durante 11 lustros del siglo pasado y cuatro del presente— y la presión demográfica que nos amenaza cada vez más.

En efecto: las luchas fratricidas contribuyeron en el pasado a la escasez productiva de granos y a su especulación; en tanto que el crecimiento poblacional contribuye ahora a agudizar la carestía y a intensificar el lucro. Los beneficiarios más visibles de ello son, sin equívoco alguno, no pocos encomenderos de La Merced y acaparadores de otras regiones, tan rapaces como analfabetas: *cometen faltas de ortografía hasta cuando estampan sus huellas digitales*.

Diego López Rosado rastrea con perseverancia en las fuentes mismas de lo que podríamos llamar *la historia de la escasez de los granos alimenticios*. Por cierto, que así debería titularse el macizo libro que ahora prologo. En forma paralela a ello, López Rosado escarba en las fuentes históricas de la comunicación de los poblados dispersos en un país tan quebrado por su orografía —el tercero del mundo, junto a Nepal y Suiza—, así como en la historia de los empeños gubernamentales por humedecer artificialmente un territorio ubicado en la zona desértica y semidesértica del globo terráqueo como es el nuestro; mas sin descuidar el autor, la filiación de esfuerzos particulares y públicos desplegados desde la precolonia hasta nuestros días orientdos a transportar la producción de granos.

Ya en el trance de fraguar una reseña sumaria de tal obra, diría que durante siglos la producción de granos alimenticios sufrió en forma intermitente marcados descensos. Diversas causas, con frecuencia imprevisibles, redujeron las disponibilidades y fueron insuficientes para una pobla-

ción en constante aumento. Sequías y heladas, inundaciones y otros fenómenos meteorológicos se alternan con dramática frecuencia. En ocasiones coinciden con las plagas que arrastran las sementeras así como los incontables entrenamientos militares que sufrimos en el siglo XIX y en el segundo y tercer decenios del presente, y su impacto duraba más de un ciclo agrícola.

En nuestro accidentado y extenso territorio, los poblados de importancia que fueron surgiendo, quedaron aislados por grandes distancias. Sólo las comunicaciones para carretas tiradas por mulas consiguieron enlazar-nos con larvada eficacia después de un lento y costoso proceso que requirió varios siglos de penalidades y esfuerzos.

Antes, cuando las cosechas de grano eran reducidas, los centros de población, aislados como estaban, no podían contar con una oportuna ayuda de otras regiones que dispusieran de excedentes, de manera que debían de hacer frente a la escasez. Ello generaba alzas bruscas en los precios, prácticas comerciales de acaparamiento y especulación en perjuicio directo de los habitantes de pocos recursos. El hambre propiciaba la propagación de epidemias y en múltiples ocasiones dejaba huellas adversas durante muchos años en el ritmo de la actividad económica. Solían aflorar también protestas populares, algunas de las cuales estallaron con inusitada violencia al exigir a las autoridades remedio pronto y efectivo: se trataba no sólo de un problema de subsistencia sino *de la existencia misma del pueblo*.

Con el fin de valorar la eficacia y el alcance de la intervención de las autoridades para enfrentar una baja pronunciada en la cosechas de granos alimenticios, López Rosado sitúa esa intervención en el contexto de la respectiva estructura económica de cada época.

Al cerrar la última página del volumen que se comenta, queda un sabor de boca en el lector: no son nuevos y siguen vigentes, aunque a escala distinta, los problemas anexos a la producción de granos alimenticios: una periódica e intermitente escasez, una capacidad faltante en el almacenaje, una insuficiencia en los transportes, una reducida y defectuosa red cami-

nera, así como otras carencias que vienen de antiguo, pese a que ha variado la escala socioeconómica en que ahora se dan tales problemas.

El país es, por supuesto, otro. Pero con terquedad histórica persiste ese haz de cuestiones no resueltas. Si en plena boga filosófica del liberalismo decimonónico el Estado no dejó de interceder en la solución de aquellas cuestiones, no es admisible que cuando México tiene en 1980 70 millones de habitantes y una población creciente, el Estado renuncie a intervenir en el fomento de una producción abundante de granos alimenticios y en su respectiva y fluida distribución, ello a precios accesibles a la mayoría popular, compatibles con alicientes remunerativos ofrecidos al productor. Pero sin que las autoridades dejen de buscar fórmulas operativas —no declaratorias tan sólo— que simplifiquen al máximo la intermediación parasitaria de algunos comerciantes empeñados en obstruir el intercambio directo que debe haber entre el productor y el consumidor final: el ama de casa.

A través del tema de la escasez de granos alimenticios, desarrollo con ejemplar competencia por López Rosado, puede mirarse, como si fuese por el ojo de una cerradura, el panorama cambiante de la economía agropecuaria del país así como las recientes salidas concebidas por el gobierno actual para superar la antigua insuficiencia de la producción alimentaria. No cabe —no cabría— moral derrotista alguna: poseemos la tierra y el riego, los fertilizantes y la técnica, el capital y los recursos humanos para trocar en forma oblicua el petróleo no renovable por los alimentos susceptibles de producirse crecientemente en cada ciclo agrícola anual.

Tal es otro de los méritos del libro de López Rosado: brindar al lector una vista panorámica de la economía nacional, contemplada desde el dramático tema de la escasez de granos alimenticios. Por semejante tarea, tan acucioso autor merece el reconocimiento de sus lectores.

Mario Moya Palencia*

El notable pintor inglés, Daniel Thomas Egerton contrajo nupcias en el pueblo de Hamstead en 1818, hoy un barrio ya conurbado con Londres. Hacia 1831 vino a México acompañado de su hermano mayor quien vivió aquí tres lustros. El pintor quedó enamorado de nuestro país y regresó al suyo dos o tres años después de su estancia en México.

Una desavenencia conyugal producida casi un cuarto de siglo después de su matrimonio —en el que procreó tres hijos—, condujo al artista de nueva cuenta a regresar a México que lo había cautivado. Pero esta vez —en 1842— llega acompañado de su joven amante, quien tiene un embarazo de tres o cuatro meses.

Daniel Thomas contaba ya con 45 años y su amante apenas frisaba los 20. Ella era Agnes Edwards. Se hospedaron en la Fonda de Vergara —en la actual calle de Bolívar—, justo donde ahora se encuentra ubicado el hotel Ambos Mundos. Los amantes solían comer o cenar en forma solitaria, romántica y amorosa, sin trabar relación alguna con los lugareños.

Era un restaurante de postín al que acudía la gente más elegante de las clases altas de la época. Iba a menudo también la esposa del ministro plenipotenciario español, la marquesa Calderón de la Barca, tan conocida después por su obra *La vida en México* en cuyas páginas hubo de referirse a Egerton y a su preciosa acompañante como la misteriosa pareja.

*Nota titulada “El Egerton de Mario Moya”, publicada en el periódico *Novedades* el 2 de abril de 1992.

En efecto, era tan reservada esa pareja, que Daniel Thomas, al regresar a México, optó por cambiar su nombre por el de Florencio. Temía sin duda ser perseguido y denunciado por adulterio al ser identificado por compatriotas suyos; o por sus tres hijas que ya merodeaban en torno a la veintena de años y quienes, como descendientes del ilustre pintor inglés, podrían reclamarle; lo mismo que su antigua consorte o uno de los amigos de ésta que viniesen a vengarla; o personas cercanas al individuo con el que sostuvo el pintor un duelo en Londres donde perdió la vida su oponente.

Lo cierto es que el miedo que el artista y su amante abrigaban, los condujo a vivir aisladamente varios meses en el centro de nuestra capital, mientras trasladaban su domicilio a la Casa de los Padres Abades, en Tacubaya, donde ambos permanecieron trabajando en lo suyo.

No dejaban transcurrir ninguna tarde sin pasear alrededor de su casa, entre los magueyales y milpas que rodeaban la vieja hacienda de Xola, e iban hasta el pueblo de Nonoalco. (Ese pueblo nada tiene que ver por cierto con la zona norte de nuestra capital donde un barrio lleva el mismo nombre.)

Una tarde salieron a contemplar la hermosa puesta de sol y, sensibles como eran ambos, se solazaban con esos cielos que parecían pintados por el mismo Tiziano. Como siempre, iban con sus perros. Daniel portaba en la mano un grueso bastón que le servía de apoyo o de defensa previsoramente.

Aquella tarde ocurrió algo espantoso: el magnífico paisajista inglés fue acribillado a puñaladas. Ninguna defensa le valió, hasta quedar hecho tripa su exánime cuerpo.

A unos 300 metros de distancia —sin duda por haber corrido ella para ponerse a salvo de los criminales— fue hallado el cuerpo de Agnes, la joven amante del pintor, víctima de machetazos y puñaladas, no sin ostentar su vientre una feroz mordida y mostrar signos de vesánicas violaciones sexuales. Los autores de estos asesinatos escribieron con lápiz su nombre en un papel que dejaron prendido con un alfiler en el vestido de la joven. La hermosa escritura inglesa parece probar que el crimen fue cometido por ingleses y no por mexicanos. Además se le encontró a Egerton su reloj y

el dinero que llevaba, lo mismo que las alhajas de la señora, de manera que esa catástrofe fue venganza particular.

El doble crimen causó una conmoción enorme entre los habitantes de todas clases sociales de nuestra capital, poblada entonces por 200 mil personas. Durante días y semanas el macabro tema se convirtió en objeto de comentarios y las versiones más variadas: para algunos atendibles y para otros un tanto extravagantes.

La pudibunda hipocresía de la sociedad victoriana se escandalizó teatralmente cuando allá se supo que el gran pintor inglés, Daniel Thomas Egerton y su preciosa amante —también inglesa— fueron asesinados en México en esa época. Justo en la primavera de 1842.

La perspectiva que dio el transcurso del tiempo, la precipitada investigación y la instrucción del proceso penal junto con la sentencia condenatoria, fueron más para satisfacer la arrogante exigencia del embajador inglés que la de averiguar, a fondo y en serio, quiénes habían sido los verdaderos culpables.

No se tomó en cuenta que el célebre pintor inglés hubiese trocado su nombre, de Daniel Thomas, por el de Florencio, indicio de que al regresar a México mostraba temor de que se le identificase, ya sea por alguna de sus hijas que pudieron haber contratado asesinos a sueldo; o por algún adversario —que hubiera dejado en Londres— que pudo pagar también mates profesionales provenientes del tenebroso barrio de White Chappel, descrito con maravillosa exactitud por Charles Dickens; o por los celos de una joven mexicana prendida y prendada de amor del inquieto artista inglés, no simple abstemio sino buen catador de morenas apiñonadas; o por ser Daniel supuesto espía inglés o norteamericano, sacrificado quizás por lesionar los intereses de uno u otro país; o, en fin, por otra hipótesis nada desdeñable: la culpabilidad del doble homicidio cometido contra los dos amantes quizás nació de un resentimiento que pudo albergar el hermano mayor de Daniel —Thomas—, debido a que ambos tenían inversiones mineras, lo cual pudo convertir en un nuevo Caín a su hermano, quien por cierto siempre se negó a entregar la correspondencia de Daniel al magistrado instructor del proceso penal.

Ninguna de estas pistas fueron seguidas por el juez instructor de la causa, carente de afán sostenido y astucia.

Lo cierto es que el ministro plenipotenciario inglés —acreditado ante Antonio López de Santa Anna durante su sexta presidencia de la República— presentó una enérgica protesta a nombre de su gobierno por la muerte de Egerton y su acompañante y pidió se esclareciera el crimen desde luego, no sin aplicar a los culpables el condigno castigo.

Se abrió la averiguación y, tal como lo relata Mario Moya con la máxima amenidad, los culpables resultaron ser para el juez de la causa dos indios: uno el fiel criado de los Egerton; el otro, parecía tener antecedentes penales en los archivos respectivos. Eran inocentes los dos condenados y ejecutados con la pena de muerte como se deduce de un artículo aparecido en un diario parisino de la época.

Sea ello lo que fuere, la verdad es que Mario Moya mantiene el ánimo del lector la intriga permanente a lo largo de la lectura de la 700 páginas de su novela, virtud máxima a la que puede aspirar un escritor: la de que no suelte el lector el libro desde la primer hasta la última página.

Ello no impide que el autor de *El México de Egerton* nos ofrezca mil y una noticia provisto de erudición sorprendente, semejante a la regalada por Fernando del Paso en su libro *La Carlota de Maximiliano*. Esa cascada de noticias no le restan amenidad a la novela de Mario: muy por el contrario, la aumentan.

Entre tantos ejemplos de erudición, podría citar uno de ellos. Consiste en que la muerte de los Egerton suscitó tan encendida polémica en el Congreso, que los diputados conservadores se negaban a que fuese asiento de la ceremonia póstuma la iglesia de La Tlaxpana junto con su camposanto anexo, o que los cadáveres de los ingleses victimados fuesen sepultados allí —protestantes o herejes como eran—; pero tampoco podían ser inhumados en otro cementerio católico del país.

Un diputado liberal, Ignacio Cañedo y Arróniz, refutó la tesis conservadora diciendo que si no se autorizaba tal inhumación, habría que dejar los restos en el suelo para qué se pudrieran, o aventarlos al mar, o ser de-

vorados por los pobres en un acto de precolombina antropofagia. La tesis conservadora no aceptó en ese debate, pues la voz de Cañedo resonó triunfante en el Congreso y se votó por mayoría que la iglesia La Tlaxpana, junto con su cementerio, se convirtieren en panteón inglés. Mas ello se debió también a razones pragmáticas acuciantes: México venía agrandando su deuda con Inglaterra desde 1824 e insolventes como éramos, tuvimos que ceder además por la presión diplomática del imperio británico ante ese delito del fuero común, que Egerton y su amante fueran sepultados en las fosas números 151 y 152, números que correspondían a los ingleses que habían muerto en nuestro país y que yacían en sitios dispersos por toda la República, desde que nos convertimos en nación independiente en 1821.

Cabe recordar que a Egerton lo perseguían los terremotos: padeció uno en su primera estancia en San Francisco el 4 de marzo de 1834; el segundo el 22 de noviembre de 1837 que afectó incluso a nuestra catedral; pero el peor fue el ocurrido en la primavera de 1842, el mismo que lo condujo a permanecer bajo tierra *ad eternum*, ya sepultado.

En la solemne ceremonia luctuosa celebrada en torno a las fosas de la pareja asesinada acudió, como pocas veces en este tiempo lo más granado de nuestra sociedad: desde el ministro plenipotenciario inglés, hasta el conde de la Cortina, gran animador de la vida cultural de México.

El funeral está descrito por Moya con un lenguaje que me agrada llamar cinematográfico, sin necesidad del guión respectivo para ser filmado. Parece un momento estelar del gran cine de Buñuel. También, a lo largo del libro, hay no pocos pasajes escritos por Moya con lenguaje cinematográfico que podrían desglosarse, sin esfuerzo alguno, para ser filmados sin pasarlos al guionista.

Es en verdad admirable la constancia mostrada por Moya orientada a indagar el árbol genealógico de los Egerton procedentes del norte de Inglaterra, al punto de que fue capaz de enviar cartas al por mayor a todos los Egerton que figuraban en los directorios telefónicos actuales de varias ciudades inglesas.

Empezó a recibir contestaciones y nadie recordó alguna calle en la que el pintor inglés hubiese sido ocupante de ninguna casa o cuarto de huéspedes. Pero antes de terminar recordaré un remoto antecedente de Mario Moya Palencia como escritor.

Desde sus 14 años de adolescente practicó la narrativa y hubo de competir con niños de su edad procedentes de lo más prestigiados colegios privados. Entre tales certámenes, uno de sus anónimos vencedores —anónimos porque los cuentos tenían que firmarse con seudónimos— fue Carlos Fuentes. Triunfó Fuentes sobre todos los concursantes, tanto en el primer lugar como en el segundo y el tercero de las competencias literarias. Las victorias de ese gran escritor en ciernes, empujaron a Moya al campo de la política.

La exitosa vida de Mario en semejante actividad pública no lo hizo, sin embargo, sepultar su afición por las letras y siguió escribiendo sin darlas a luz.

No es habitual que coincida en un político del más alto relieve, su vocación por la función pública con la inclinación hacia la literatura. Sin embargo, Mario la ha podido probar con la lectura ininterrumpida de las 700 páginas de su novela histórica y policiaca titulada *El México de Egerton*. Desde la primera hasta la última página el relato es fascinante. Moya se nos revela así como un excelente escritor para moverse con soltura en el difícil género de la narrativa.

La obra de este joven y ya maduro escritor, tiene como trasfondo el segundo tercio del siglo XIX en México, entreverado con el lapso de la mojigata Inglaterra de la reina Victoria, país y época ambos caracterizados —entres otras cosas y a pesar de su pacata moralina— por haberse cometido allí los más horrendos crímenes de entonces. Sobre todo los sexuales.

Gran tema de la filosofía de la persona o de la ontología humana es el de establecer su propia esencialidad. Diría que la vocación es la esencia misma de lo que el hombre es en su interior, de tal suerte que si se comporta fiel a ella, lo es también a los valores que él reverencia. La lealtad a la vocación consiste en realizar, cotidianamente lo que uno considera más

valioso. Y, por el contrario, la deserción a ella, es traición a la naturaleza de uno mismo, a nuestra propia personalidad.

Es cierto que ha habido seres poliédricos en su vocación, y el ejemplo más sobresaliente de ellos —todos lo sabemos— fue Leonardo Da Vinci. Mas sea ello lo que fuere, lo cierto es que Mario Moya no es un monocorde; no toca una sola cuerda. Su vocación es bifronte: le apasionan tanto los valores contenidos en el servicio público como los de la creación literaria. Tal es el caso de este joven maduro que a la mediana cincuentena fue elaborando una novela que ha cosechado aplausos de la crítica inspirada en la buena fe y ajena a todo ademán partidista.

Hace un año dieron las prensas a luz el libro aquí referido y no formulé comentario alguno. Primero por un muy grave cuidado de familia y, segundo, por un pudor quizás mal entendido, toda vez que Mario Moya me da el carácter de deuteragonista en su novela, no sin citarme con afecto varias veces. Diría que deje pasar el tiempo para no parecer un tanto narcisista al encomiar una obra en la que se alude a mí, si bien tan extenso como ser ingrato ante los ojos de mi fraternal y querido amigo Mario Moya.

Ojalá su doble vocación —esta vez la de escritor— no la sepulte sino que le imprima mayor vigor creador en los años próximos. No se necesita ser profeta para augurar que Mario ya procedió a diseñar, con su claro estilo narrativo, una nueva novela que salga más pronto que tarde para deleite de sus lectores.

“EL ZORRO ENJAULADO”¹

Cuando leía yo la novela de Mario Moya Palencia titulada *El zorro enjaulado*, recordaba que éste era todavía adolescente cuando compitió con Carlos Fuentes para obtener el primer premio de literatura en el colegio donde ambos recibieron la segunda enseñanza. Carlos ganó y lo mismo pasó en otros dos certámenes siguientes. Pero terco en su plausible empeño, Mario

¹Texto leído en el Centro Cultural San Ángel el 5 de diciembre de 1997.

ha acabado por adueñarse de una prosa fluida y un rico vocabulario que dan amenidad a su narrativa, noticiosa en extremo.

Asombra en esta investigación la consulta exhaustiva que emprendió el autor de las fuentes primarias y secundarias de la historia nacional ligadas al cura Dolores. Y si bien se propuso hacer una novela, ésta no es ajena a otros saberes; es un modelo de investigación y los huecos que hayan quedado al indagar el autor sobre Hidalgo y sus circunstancias, los sustituyó con imaginación creadora e hipótesis lógicas.

No escapó a Moya ningún texto fundamental ni accesorio, aptos para enriquecer su novela, como el autor llama a su libro. ¿Novela, por qué? Lo que ocurre es que la realidad, cuando se le escudriña con tenacidad, acaba por ofrecer un rostro fantástico, irreal.

Es eso lo que ha hecho puntualmente nuestro representante en Italia: buscar en forma cabal y honesta el marco socioeconómico, cultural y político que le tocó vivir a Hidalgo, no sin urgar también en la grandeza moral y recia voluntad de Hidalgo orientadas a romper el cerco coercitivo a la libertad padecido por los novohispanos.

La hidalgoografía es muy copiosa y no parecía fácil agregar un texto más —uno más— de contenido valioso. Mario lo ha logrado a plenitud. Los 26 capítulos de su libro enriquecen un tema tan entrañable para el mexicano.

Al doblar la última página de las 803 de la obra moyeana, surgieron en mí dos imágenes de nuestra patria. Una, la iturbidización de la historia nacional, es decir, coronar a menudo la traición con la entrega o la toma del poder —con algunas excepciones—; la otra visión, es el destino diferente que le ha tocado vivir a México y Norteamérica así como a los precursores de su independencia: Hidalgo y Washington. Más adelante me referiré con amplitud a una y otra.

Aparte de las sugerencias que suscita el libro de Mario Moya, éste nos entrega la figura de un Hidalgo desacralizado pero remitificado y así destruye el autor al *Hidalgo impecable* y *acartonado* descrito en la escuela primaria. Sin embargo, la leyenda o el mito que el héroe ha representado para los mexicanos desde nuestra niñez, lo robustece el autor en cada una de las páginas de su libro.

Hombre de carne y hueso sí lo era Hidalgo, por supuesto, pero lo que éste tiene de mito, Moya lo refuerza hasta superar al que nos transmitieron en la primaria. Se trata de un Hidalgo para adultos, y ayuda a entenderlo así la fácil lectura de *El zorro enjaulado*, al influjo de la cual se devora página tras página.

Sí, nuestra independencia se inicia con el talento del rector de una de las dos universidades de mayor rango y prestigio que impartían alta docencia en la Nueva España; tenían enorme grandeza moral y patriótica, sin embargo carecía de educación castrense e hizo que pagáramos el tributo de perder al caudillo a 10 meses de haber convocado éste a sus compatriotas para luchar por nuestra autodeterminación.

Con cierto tono pesimista podría verse en ello un *faux pas* histórico, que permitió dar otro grave paso en falso al ingresar a nuestra autonomía nacional. Lo dieron quienes quisieron apagar a sangre y fuego durante más de un decenio la antorcha que dejó encendida Hidalgo y la avivaron 11 años con el empleo de otro combustible: la ambición y el afán de gloria mal habida para cortar el cordón umbilical que nos ataba a España. Pero no rompieron la tremenda desigualdad social. Gracias a ese malhadado *faux pas* no sólo un militar realista consumó el movimiento insurgente —como ya lo dije— sino una oncena más que guió alternativamente a México desde 1821 hasta 1855, por sólo cinco insurgentes que gobernaron en forma alterna durante ese periodo.

Moya, además diseña un extenso mural costumbrista dicióchesco en cuyo trasfondo nos asomamos *al ardoroso temperamento de Hidalgo*. Esto me llevaría no a empequeñecer —quizá a agrandar— la figura de Hidalgo, si subrayo el hecho de que el Padre de la Patria no estaba a salvo de las tentaciones de la carne.

El autor del libro que reseño dice que Hidalgo gozaba mucho el estar con sus dos pequeñas hijas —Micaela y Josefa—, de las que no se separa, a pesar de haber recibido orden de la Inquisición de no convivir con ellas por el escándalo que provocaba. Él, rebelde, no hace caso. Alude —Mario Moya— a Manuela Ramos Pichardo a quien el cura de Dolores amó con

intensidad y con quien engendró dos vástagos: Mariano y Agustina. Hidalgo tuvo otro cachorro, Joaquín, con una apuesta mestiza guanajuatense llamada Bibiana.

Moya refiere los chismes y las historias que se contaban en torno a la relación de Hidalgo con la aristocrática esposa del subdelegado de Colima, doña María Antonia Pérez, su vieja amiga en Valladolid; y destaca que la joven Josefa Quintana, al lucir su actuación en el *Tartufo* de Molière, mostraba la admiración que el cura despertaba en ella, a pesar de ser él un cuarentón. Y relata cómo don Miguel hacía esfuerzos para que no se le notara también cuánto apreciaba su belleza y su ternura, por lo menos en público. Hidalgo luchaba una vez más contra su carácter fogoso y las atracciones naturales de la vida que obstaculizaban una carrera religiosa.

Moya recuerda también que cuando Hidalgo tenía 18 años conoció a una agraciada joven que le impresionó, al punto de dar al traste con su carrera sacerdotal. Había quedado de visitarla una tarde, y cuando pardeaba, saltó por una ventana de la capilla de San Nicolás para encontrarse con ella y pasear juntos por la Plaza de las Armas de la ciudad. A consecuencia de ello, Miguel fue suspendido dos meses y enviado a Corralejo, para que el cambio de aires lo hiciera olvidar distracciones mundanas, ajenas a su futura profesión. Más todavía, Moya sugiere que el impulsor de nuestra autonomía nacional hubo de pasar una intensa noche con La Capitana, una briosa guerrillera insurgente.

Por todo ello no resulta fuera de lugar si relato a ustedes una declaración que hace más de medio siglo nos formuló Alfonso Alamán a cuatro amigos: Fernando Benítez, Guillermo Haro, Arturo Arnáiz y yo. Entrábamos al Palacio Nacional por su puerta central, mientras Alfonso Alamán salía rumbo a la gran Plaza Mayor. Al ver a nuestro amigo, le preguntamos qué andaba haciendo en esas oficinas gubernamentales y, sin titubeos, respondió Alfonso que estaba tramitando una pensión del gobierno cardenista, pues era descendiente de un ilustre mexicano. Desde luego Arnáiz le volvió a interrogar: ¿Cómo era posible que un gobierno revolucionario no pudiera darle una pensión, si era descendiente de Lucas Alamán, el gran

historiador y célebre apologista de la corriente conservadora del siglo pasado? Sin parpadear, respondió Alfonso Alamán que la pensión que tramitaba se debía a su condición de tener como ascendiente en séptima generación a don Miguel Hidalgo y Costilla. Ante el irreprimible azoro expresado por cada uno de nosotros cuatro, Alfonso nos contó que su tatarachozna, doña Ignacia, había sido cortejada por el Padre de la Patria con insinuante voz y entre la rejilla penumbrosa del confesionario. Doña Ignacia frecuentaba a don Miguel para ese rito religioso y por ser su íntimo consultor espiritual, fue estrechándose esa cercanía hasta ser engendrado don Lucas por el cura Hidalgo y doña Ignacia. Lo dijo Alfonso con tanto orgullo, desenvoltura y tanta seriedad, que nos quedamos pasmados. No lo volví a ver pero lo pude recordar, quizás, Fernando Benítez que por fortuna vive, no así Haro y Arnáiz, que desaparecieron hace años.

Ninguno de nosotros cuatro pudimos verificar *a posteriori* si lo dicho por Alfonso Alamán era verdad y si existía una prueba documental al respecto, si bien olvidamos la curiosidad inmediata que nos asaltó para comprobar tan extraña versión, asediados como estábamos siempre por nuestro trabajo cotidiano.

Sin conocer esta versión, Mario Moya la fortalece. En los capítulos xv y xvi dice que el joven Alamán alegó que Hidalgo había nacido en 1747. Dato falso —digo yo— porque Hidalgo, cuando dio el grito libertario en 1810, sólo contaba con 57 años y no con 63 como sostenía el iracundo Lucas.

Frente a ello y en forma automática brota una pregunta: ¿El propósito de ese joven de envejecer a Hidalgo habría sido el de presentarlo como impotente y así aplacar las posibles hablillas deslizadas entonces sobre la supuesta o real paternidad de Hidalgo? Quizás tergiversaba la edad del cura de Dolores para acallar el dolor que le producía su posible bastardía en el fondo de su conciencia.

La verdad es que —como dice Moya— era inocultable el odio que despedía en su mira ese joven Alamán al sacerdote cuando fue con su madre a buscar a Hidalgo —ya generalísimo insurgente— para pedirle protección

y custodia, a lo cual éste accedió a dar a tan “respetable dama que era de mi gran amistad” como asienta el autor del libro que comento.

El odio expresado por el adolescente Alamán a Hidalgo muestra la enfermiza pasión que suele tener el hijo bastardo a su propio padre de sangre. Eso lo saben los sicólogos. Sin embargo, Moya ve tal odio como el de la clase alta a un cura de pueblo.

La teoría consistente en que la práctica del amor merma las energías creadoras de quien aspira a fraguar una obra superior, procede de que el ascetismo sublima la libido. Con voz sánscrita esta teoría proviene de la filosofía hindú conforme a la cual la fuerza *cundalini* —ubicada en la columna vertebral del hombre— si se bombea hacia arriba produce criaturas espirituales y si se derrama hacia abajo produce criaturas materiales.

De ser válida esa tesis orientalista podría afirmarse que el Padre de la Patria poseía tal cantidad de energía *cundalini* que podía entregar de lleno su vida para prender la antorcha de la libertad —como la entregó— y todavía le sobraba fuerza para encender la carne tibia de la mujer anhelada y anhelante.

Tengo para mí que quienes aconsejan sublimar la libido con el quehacer filosófico, científico, estético o político —concebido como hacer el bien público y sin simulacro—, no tienen libido que sublimar. El héroe, el artista, el científico o el político *pur sang*, superdotados vitalmente como están, pueden entregarse a su tarea vocacional sin renunciar a la cercanía hedónica de una belleza estatuaria por cuyos poros de la piel salga un asediante *sex-appeal*. Este fue el caso del Padre de la Patria en su vida pública y privada, no tuvo “sobrinos”: tuvo hijos que protegió y amó.

Cada capítulo del libro que estoy comentando posee una individualidad temática propia, sin abandonar la trabazón orgánica que lo ata a sus otros 25 desarrollados en más de 800 páginas; puede advertirse en el cuarto capítulo la intención bien lograda del autor consistente en transmitir a sus lectores una devoción razonada y entusiasta de Hidalgo por Clavijero.

Las enseñanzas transmitidas por éste a varias generaciones de educandos en el Colegio de Valladolid convirtieron a Clavijero, ética e intelecto-

tualmente hablando, en el *Padre del Padre de la Patria*. Yo diría, acaso sin exagerar, esto otro: *no habría Hidalgo sin Clavijero*.

Sí, Hidalgo absorbió arrobado y convencido, la modernidad ideológica difundida por Clavijero a sus alumnos del Colegio de San Nicolás de Valladolid. El joven Miguel asimiló, sobre todo, las lecciones referentes al derecho de rebelión de los pueblos cuando son aherrojados por la tiranía y el despotismo. Su vocación de liberador nació acaso cuando era un niño y atestiguó en Corralejo el abuso feroz del blanco contra el indio y las castas: cuando a Hidalgo le tocó presenciar un levantamiento popular contra las autoridades locales de Pátzcuaro a principios del último tercio del siglo XVIII; su ira coincidió con la de su maestro Clavijero, y sin duda allí gestó el sentido misional de su existencia. Sí, él estaba destinado a encabezar una rebelión contra las autoridades virreinales.

Redondeó también su vocación de libertador, cuando llegó a Valladolid la noticia de que las Trece Colonias Inglesas se habían revelado contra su metrópoli por abusivos impuestos, por lo que los colonos habían proclamado su autodeterminación creando una nueva nación inspirada en principios liberales. Hidalgo lo supo cuando obtuvo el diaconado y se acercaba al sacerdocio.

En esa guerra —decía Hidalgo— no hubo diferencias de credo entre los insurgentes novoiñgleses porque los unía el anhelo de libertad e igualdad humanas. Y el Padre de la Patria se preguntaba esto: “¿Si los revolucionarios novoiñgleses luchaban por la democracia contra la monarquía tiránica y si esas Trece Colonias se decidieron a ejercer su propia soberanía, no veo por qué un país católico en condiciones semejantes no puede hacer lo mismo?”

Hidalgo contaba con 22 años cuando se levantaron los novoiñgleses en Lexington en 1772 contra su metrópoli y con 30 años cuando consumaron su independencia en 1783. ¡Auténtica novedad!, hizo notar Miguel Hidalgo a sus compañeros de docencia, subrayando que “hasta los esclavos negros de las plantaciones de algodón y tabaco habían ayudado a sus amos a liberarse de los ingleses, aunque los esclavos no habían obtenido su propia manumisión”.

En el ánimo de los jesuitas de San Nicolás imperaba no sólo su humanismo sino se filtraba en ellos el principio de Maquiavelo según el cual el “enemigo de nuestro enemigo es nuestro amigo”.

La anglofobia de nuestros vecinos independentistas en el siglo XVIII, coincidía con la hispanofobia que subyacía o afloraba en la conciencia de los novohispanos. Era natural que los preinsurgentes novohispanos viesan a los insurgentes novoiñgleses como amigos por ser enemigos de su respectiva metrópoli, tanto como lo éramos de la nuestra. A tal punto ello era así, que Hidalgo en 1810 y Morelos en 1815 acudieron a los ya constituidos Estados Unidos en solicitud de préstamos y de ayuda militar para conseguir los novohispanos lo que aquéllos habían logrado tres decenios antes: su autodeterminación.

En la Nueva España del último tercio dieciochesco era correlativo ser yancófilo e hispanófilo. La simpatía de los mexicanos de pensamiento avanzado por Norteamérica —con diversa tonalidad— era frecuente a lo largo de la centuria pasada y, por el contrario, era común en el conservador ser antiyanqui y hasta monárquico.

Hijo, nieto y bisnieto de criollos nacidos en la Nueva España, el patriotismo de Hidalgo estaba hondamente arraigado en su conciencia; nada de sangre extranjera corría por sus venas, sólo la criolla. Acaso llevaba un flujo de sangre indígena hacia la cual se sentía solidario por entero.

Y aunque por sus lecturas del abate Reynal lo apodaron El Francés, no había sangre gala en el torrente circulatorio de Hidalgo sino ideas de pensadores franceses. Su receptiva inteligencia fue enriquecida al mismo tiempo por las enseñanzas directas de Clavijero, a quien Moya erige una estatua de admiración, que yo comparto.

Y como Hidalgo entendía y sentía —como pocos— las querellas de un pueblo oprimido y dividido por el color de su piel en 16 castas, concibió abolir éstas e independizar al pueblo novohispano que las sufría. Él acaudillaría la empresa.

Cabe meditar en esto: semejante proceso de concebir y clarificar un destino personal superior se dio en Hidalgo en plena madurez ascendente. *Su*

independentismo no nació de un arrebato juvenil, impensado pero generoso, como suele ocurrir en el joven. No: la insurgencia de Hidalgo frente al virreinato era racional por su madurez, pero también era juvenil por su generosidad impetuosa. Por eso se adhirieron a su grito insurgente, tanto mestizos e indios, como mestizos y criollos.

Hidalgo sabía que no siempre la juventud está movida por la generosidad y lo demuestran las siguientes líneas. He aquí un ejemplo —amigos míos— del cual nacieron todas nuestras desgracias de manera directa u oblicua a lo largo del siglo XIX, no sin resonar de algún modo hasta el presente mismo.

Semanas antes de haber lanzado su grito septembrino de 1810 en Dolores, Hidalgo cenó en la casa de su amiga Ana María Huarte, casada nada menos que con el joven teniente del Ejército Realista, Agustín de Iturbide y Arámburu. En la conversación de sobremesa que sostuvo Hidalgo con el teniente Iturbide —en la que éste simulaba estar a favor de la causa independentista— el cura, de pronto, lo cogió de los hombros y mirándolo fijamente a los ojos, lo invitó a sumarse al movimiento insurgente. Iturbide respondió que aceptaba, si lo nombraban mariscal con el mando total de las fuerzas insurgentes. Hidalgo replicó a Iturbide así: “es usted un militar aún muy joven para ello, pero lo nombro hoy teniente general de las fuerzas insurgentes”. A lo cual Iturbide se negó de este modo tajante: “¡Mariscal, o nada, señor cura!” y se despidió. La ambición de poder y de gloria malhabida quedó al descubierto en las propias palabras de Iturbide.

Y así, a lo largo de un decenio, escaló Iturbide, uno a uno los grados superiores del ejército realista mediante la derrota y el fusilamiento constante, masivo y vesánico de insurgentes. Con tales méritos y otras artimañas legalizantes más, el Congreso y la Regencia de la Monarquía declaran a Iturbide emperador de México en mayo de 1822, rango que disfrutó el pelirrojo jiquilpense de manera ostentosa. *Pero sólo 10 meses le duró el gusto, los mismos meses que guerreó Hidalgo por nuestra autonomía hasta ser cercenada su cabeza, en tanto que la de Iturbide fue coronada 10 años después.*

La forma de instaurar la monarquía en el México naciente es no sólo un episodio repugnante en sí mismo por ser la consagración de la traición y la coronación a la deslealtad, es, además, el episodio de mayor signo adverso que hemos padecido los mexicanos con un eco funesto contra las generaciones siguientes.

Ortega y Gasset decía que al pasado le había costado mucho trabajo pasar para no dejar huella, y ésta es la que ha marcado el itinerario político del México independiente hasta nuestros días. Sí, fue la placenta de muchos de nuestros males futuros el haber ingresado así a la vida política independiente. Fue un *faux pas*, histórico, humillante, que tuvo una resonancia directa u oblicua en los siguientes lustros. Por lo pronto, de 1821 a 1877.

Fue vergonzoso que en ese lapso hubieran entrado al Palacio Nacional a gobernar una oncenena de militares realistas: Iturbide, Bustamante, Gómez Pedraza, Santa Anna, Canalizo, Herrera, Paredes Arrillaga, Salas, Arista, Lombardini y además Carrera, en tanto que menos de la mitad de insurgentes, de muy limpio pasado, alternaron el poder en esos 56 años con aquellos: Victoria, Guerrero, Bravo, Múzquiz y Álvarez.

En contraste con ello debo decir que en Estados Unidos ningún ex realista gobernó en las tres capitales que ha tenido Norteamérica: las ciudades de Nueva York, Philadelphia y Washington. Tan diferente destino en lo que toca a la autodeterminación alcanzada por los dos países limítrofes, me lleva a formular otras comparaciones entre ellos y nosotros.

A lo largo de nuestro coloniaje de tres siglos hubo en España 12 monarcas, de Carlos V a Fernando VII, quienes nos enviaron 62 virreyes que nos dejaron una profunda tradición centralista; en cambio, durante los 162 años de las Trece Colonias gobernaron en Inglaterra 11 monarcas —desde Jacobo I hasta Jorge III— ninguno de los cuales mandó a sus dominios ultramarinos del Nuevo Mundo a virrey alguno o coordinador del poder, práctica que dejó en Estados Unidos un hondo legado federalista.

Mientras en tres siglos de coloniaje México careció de una observancia de los derechos humanos —para eso existía el Tribunal de la Santa Inqui-

sición—, en las antiguas Trece Colonias durante su dominación se respetaron los derechos humanos: la libertad electoral y la de cultos, la libertad de reunión y la de expresar el pensamiento en forma oral o escrita.

En Estados Unidos sólo han sido regidos por una sola Constitución durante 209 años con 20 enmiendas, en México —como no hallábamos la forma de constituirnos en nación— hemos tenido en 185 años 10 Leyes Fundamentales. La última —la del 17— con 400 reformas.

Aquí el iniciador de nuestra independencia nacional fue un culto rector de universidad —hecho que solemos olvidar cuando nos contagia la terrible epidemia de la amnesia histórica— pero sin ninguna habilidad castrense, razón por la cual fue decapitado a los 10 meses de su grito libertario. Allá, en las Trece Colonias, un militar de carrera, con el grado de coronel del ejército novoiángles, Jorge Washington, inicia y consuma la independencia de tales colonias en ocho años de guerra constante, auxiliado de otros militares que repudiaban la dominación británica.

Se retira seis años el héroe a cultivar sus tierras en Maryland. Entre tanto sesionaban el Primer Congreso Continental y el Segundo convocados por el mismo Washington, unos jefes y oficiales subordinados pretenden coronarlo, a lo que rehúsa, no sin amenazados con la cárcel o el paredón si insistían en esa propuesta palaciega y antirrepublicana. El libertador es electo y reelecto para dos mandatos cuatrienales seguidos como presidente de Estados Unidos de Norteamérica, de 1789 a 1797. Rehusó Washington asimismo gobernar un mandato más como lo pedía el pueblo con vehemencia. *¡Bello destino individual éste!*: ser precursor, consumidor y gobernante del país cuya autonomía nacional conquistó y agrandó su territorio sin haber incurrido en actos de rapaz imperialismo.

Lo sé: es doloroso comparar el precoz y trágico destino de Hidalgo —aunado al fusilamiento de Morelos después de heroica pelea contra el opresor y el sacrificio de otros caudillos insurgentes—, con el exitoso pacto firmado por John Adams y Jorge III, quien cede a Estados Unidos más del doble del territorio original de las Trece Colonias, o sea, una parte del

suelo conquistado por Inglaterra a Francia en las cuatro guerras sostenidas en América del Norte entre los siglos XVII y XVIII.

En contraste con lo anterior, la autonomía de México fue reconocida por la reina María Cristina 16 años después de haberla consumado, si bien lo hizo no por su expresa voluntad sino por recomendación del papa Gregorio XVI, o sea, tal como ahora lo aconseja el Comité de Territorios no Autónomos de las Naciones Unidas para dar la libertad política a los pueblos que sufren el coloniaje de sus respectivas metrópolis pero que *están ya maduros* para autodeterminarse.

No sólo hubo tardanza de la Corona española en el reconocimiento de nuestra autonomía sino que España intentó reconquistarnos ocho años después de independizarnos, por medio de la expedición del brigadier Barradas y su flota.

En Estados Unidos las cosas ocurrieron al revés: ellos conquistaron con las armas un territorio que seguía siendo inglés —parte de la Florida occidental— y se ubicaba en las costas del Golfo de México. Ello fue en 1812 cuando Nelson peleaba contra Napoleón I en Europa, e Inglaterra no podía defender sus posesiones de ultramar. Pero al salir ésta victoriosa, prontamente su ejército y armada atravesaron el Atlántico e incendiaron y ocuparon la ciudad de Washington en el verano de 1814, justo cuando almorzaba James Madison en la Casa Blanca. Esa región arrebatada —la Florida occidental— por Estados Unidos en el Golfo de México a su vieja metrópoli, sin embargo les fue cedida junto con otras tierras mediante el Tratado de Gante firmado en diciembre de 1814.

Dije antes que al reconocer la Corona inglesa la independencia de sus Trece Colonias ultramarinas tuvo la regia generosidad de agrandarlas al doble de su territorio original. En contraste con ello, el México recién nacido en 1821 se balcanizó en seis ocasiones: en 1824, en 1836, en 1848, en 1853, en 1854 y 1876.

El primer corte balcanizador lo hizo Centroamérica, en nombre del federalismo, en acuerdo secreto con Estados Unidos.

El segundo lo llevó a cabo el presidente de Estados Unidos Andrew Jackson para inventar una república ficticia: Texas, que después de nueve años se incorporó a la Unión Americana.

El tercero fue el resultado de la guerra que nos impuso el presidente James Polk de mayo de 1846 a febrero de 1848 en la que perdimos las entidades actuales del país vecino: California, Nevada, Uta, Arizona, Nuevo México y parte de los estados de Colorado, Oklahoma y además tuvimos que aceptar que Texas ya no era nuestra, pese a la rúbrica que Santa Anna estampó para evitar ser fusilado por el presidente Jackson en 1836.

La cuarta fue producto de la venta de 115 mil kilómetros cuadrados —La Mesilla— hecha por Santa Anna a Norteamérica cuando la gobernaba Franklin Pierce.

El quinto fue la pérdida de casi 800 kilómetros con motivo de haber movido nuestros vecinos —hacia el sur— las mojoneras fijadas un año antes por la Comisión Bilateral de Límites Fronterizos de un país y otro. Agrandaron así, unilateralmente, el territorio negociado en el Tratado de La Mesilla.

El sexto corte lo efectuaron con el mayor sigilo durante la rebelión antirreeleccionista de Porfirio Díaz efectuada en 1876 contra el presidente Lerdo. Nos enfrentábamos entonces a este dilema: o aceptábamos el despojo, o entraríamos en una nueva guerra con ellos. Tan abusiva exigencia, formulada bajo amenaza de guerra, hizo exclamar al presidente Lerdo de Tejada una célebre frase: “¡Pobre de México, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos!”

Es tan sugestivo el Hidalgo de Mario Moya que me lleva a preguntar lo absurdo: ¿Podemos, por los agravios sufridos por México de parte de Estados Unidos trasladar el entrañable mapa de nuestra República entre la Isla de Pascua e Indonesia? La respuesta inmediata es un *no* sonriente. Y por ser éste un imposible trueque geográfico, los mexicanos debemos *entender que debemos entendernos* con nuestros vecinos del Norte y dejar a un lado tanto un vergonzante entreguismo lacayuno y genuflexo, como una yancofobia hepática que sólo levantaría mayores barreras para alcanzar una convivencia pacífica y constructiva para ambos países.

Lo que sí es cierto, es que el espíritu de la Norteamérica de William Penn y la moral cuáquera que éste difundió —la que no se ha extinguido del todo por la acción corrosiva e imperial del capitalismo salvaje— son los que pueden inaugurar con México la transformación de la *ley del embudo* en *ley del tubo* cuya anchura sea igual de aquí para allá, que de allá para acá; un trato verdadero hacia nuestro país de la nación más favorecida. Eso lo debe negociar nuestra diplomacia como una indemnización tardía e inexpressa.

Ante el monumento esculpido a Hidalgo por Mario Moya con su gran cincel literario y erudito, quiero decir algo que siempre me ha inquietado y que la yancofilia de Hidalgo me recordó:

Los tres movimientos más profundos de cambio sociopolítico y económico promovidos por los mexicanos, han coincidido lamentablemente con los intereses de Estados Unidos: nuestra guerra de Independencia fue vista con gran simpatía por los vecinos del Norte, mejor aún, los más rapaces de ellos querían heredar las colonias españolas en el Nuevo Mundo.

El movimiento de Reforma, iniciado por los liberales al triunfar la Revolución de Ayutla y proseguido por Juan Álvarez y Juárez, tuvo la aprobación de Estados Unidos, porque al debilitarse la Iglesia Católica —tan poderosa, rica e influyente— lo hacía también un enemigo activo que repudiaba el protestantismo y todo cuanto significaba el credo liberal norteamericano.

La Revolución Mexicana, el tercer gran movimiento de cambio iniciado por Madero en 1910 también les agradó, molestos como estaban por la tardía y sorpresiva indocilidad de Porfirio Díaz para servir a los intereses yanquis en México.

Pero apenas fijó el presidente Madero una tasa impositiva al petróleo, el embajador Lane Wilson se coludió con un militar traidor para asesinar al presidente y al vicepresidente mexicanos.

El zigzagueante tercer movimiento de cambio iniciado en 1910 generó dos decenios de guerra civil, pero sin asepsia permanente en la administración pública. Sin embargo, registramos por primera vez en nuestra

historia *la etapa de oro de las relaciones mexicano-norteamericanas* durante tres gobiernos: el último año del presidente Rodríguez, el sexenio completo del presidente Cárdenas y el primer año del presidente Ávila Camacho.

El presidente F. D. Roosevelt, fue capaz de digerir sin violencia la expropiación de los activos de las empresas petroleras y prefirió la negociación bilateral, paso que sin duda no habría dado su predecesor Hoover ni su sucesor Truman, éstos nos hubieran declarado la guerra, asimismo obrarían así frente a la expropiación y nacionalización de los extensos latifundios propiedad de norteamericanos ubicados en nuestros estados fronterizos.

El embajador Daniels se hallaba en el trasfondo áureo de esa etapa y Cárdenas pudo agrandar su figura gracias al previsor Carranza que introdujo en la Constitución de 1917 lo que el porfiriato le había arrebatado a la soberanía nacional: la separación existente de la propiedad entre la superficie y el subsuelo, como lo establecían las Ordenanzas de Aranjuez que nos rigieron hasta los ochenta del siglo pasado. Pero el presidente González introdujo el derecho anglosajón en materia de minas y petróleo en esos ochenta, doctrina que estuvo vigente hasta la Carta de 1917, cuando fue sustituida por la teoría jurídica española que rige de nueva cuenta en ese ramo, de suerte que no exageraría si dijese que *no habría habido Cárdenas sin Carranza y sin Roosevelt*.

Pero todo esto son hechos históricos domésticos que si he puesto de relieve ahora es porque la figura de Hidalgo lo suscitó, o dicho de otro modo: la yancofilia del Padre de la Patria me hizo invocar lo anterior.

Fernando del Paso*

El libro de Fernando del Paso titulado *Noticias del Imperio*, causa una impresión imborrable si es leído con cuidado y al margen de todo prejuicio. Los sucesos históricos narrados en él se deslizan con fluidez imaginativa, sin carecer el autor de un formidable y riguroso apoyo documental. Sí, es imponente su aparato erudito, aunque no haya notas a pie de página que lo prueben.

Los delirios de una Carlota enajenada cuyo escenario fue el castillo de Bouchout son descritos con un temblor poético que a menudo llega al clímax, donde se conjuga y equilibra el erotismo con la poesía, el rencor memorioso con una monomanía insana de Carlota que la lleva a tener siempre presentes a reales o supuestos enemigos: ella estuvo loca los 60 años que le tocaron vivir después de abandonar las playas de Veracruz para regresar a Europa, meses antes del fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo.

El libro de tan extraordinario autor posee una bien estructurada arquitectura cargada de intencionalidad: las 341 páginas que suman los 11 capítulos referentes propiamente al relato histórico, se entreveran con las 183 páginas de los 12 capítulos destinados a penetrar en el mágico mundo interior de la emperatriz enajenada. Y así, mediante esa alternancia, el relato histórico y la poesía creadora empleados por Del Paso, lograron de modo cabal la ejemplar arquitectura que ostenta su notable novela.

* Artículo publicado en el periódico *El Día* el 23 de julio de 1986.

De un modo u otro, en los últimos dos meses, la novela de Del Paso se ha convertido en tema obligado en las tertulias literarias y los círculos intelectuales de México. Parece que así ha ocurrido, también en España y lo propio sucederá en Francia y Bélgica cuando *Noticias del Imperio* se viertan al francés y, sin duda, lo mismo acaecerá cuando en Austria dicho libro sea traducido al alemán.

En una charla que tuve en la casa de Martha y Federico —quienes me presentaron con Del Paso— dije a éste que eran tan extraordinarias las 12 partes dedicadas a Carlota, que sería un *hit* de librería editar juntos dichos capítulos que en sí mismos tienen una individualidad propia ligada a la locura de la emperatriz. Del Paso respondió que su editor en Alemania le había propuesto lo mismo y que probablemente aceptaría.

El debate fundamental que suscita la lectura de Del Paso se ciñe a una cuestión: esclarecer si el autor abusó de una erudición oblicua, lateral y analógica para narrar cuanto va explicando, o si ese caudaloso *noticiero* que nos entrega —ligado al proceso de cada relato— acaba por enriquecerlo, en verdad, aun cuando no sea estrictamente indispensable.

Con respecto a los capítulos dedicados a la locura de Carlota, la controversia se cierne en torno a dos posturas: la primera consiste en que el relato es el producto de la extraordinaria imaginación del autor; en tanto que la segunda considera que tal esfuerzo imaginativo no se halla en el aire sino que reposa en una nutrida y vasta información psiquiátrica sobre Carlota recogida pacientemente por Del Paso, no sin podar la fronda informativa científica que haya reunido al respecto en diversas fuentes. Aunque la intención de éste parece ser la de dejar un sabor de boca en el lector de que los 12 capítulos carloteanos son mera creación del novelista; las dos posturas antagónicas y sin perjuicio de la verdad, pueden ser complementarias. Acaso lo son.

Sorprende el cúmulo de noticias de todo calibre acarreadas por el autor para consignarlas en cada uno de los capítulos relacionados con la exposición histórica vinculada a la etiología del Segundo Imperio y a su trágico desenlace juntamente con la derrota de los conservadores y el triunfo de

los liberales mediante la restauración de las instituciones republicanas. Aun así, se advierten algunos huecos que habría podido llenar el autor con la máxima eficiencia, habida cuenta de lo variado de su sabiduría.

Veamos algunos ejemplos: a mi juicio, Juan Bautista Jecker, el funesto y nefasto banquero suizo, fue tratado con cierta superficialidad o tacañería. Pocas veces se le menciona en el libro a pesar de que él fue uno de los responsables de la intervención del ejército de Napoleón III en México.

Pudo haber dicho Del Paso que ese repugnante agiotista suizo manejó el dinero heredado de su hermano Luis, quien fue un ilustre profesor de nuestra Escuela de Medicina durante los años treinta del siglo pasado y cuya exitosa profesión de cirujano le permitió acumular una gran fortuna a lo largo de dos o tres lustros. Ese médico era un epicúreo y sibarita que, hastiado de existir, se arrebató la vida metido en una tina de baño con agua caliente donde se cortó las venas para morir de manera apacible.

Aquella fortuna —heredada por su hermano— Juan Bautista la fue prestando a los fugaces y sucesivos gobiernos surgidos durante las interminables guerras fratricidas, siempre que el caudillo triunfante reconociese la deuda acumulada por el caudillo derrotado. Ese débito Juan Bautista Jecker lo negoció suciamente con el hermano bastardo de Napoleón III, el duque de Morny, quien por nepotismo había sido designado Ministro de Relaciones del tan *pequeño* como ambicioso monarca francés. A cambio de la nacionalidad gala concedida al agiotista Jecker —junto con cuantiosas comisiones monetarias—, Francia se convirtió en acreedor de México y alegó supuestos títulos jurídicos que fueron el pretexto para enviar su escuadra naval y su ejército a invadirnos y obligarnos a pagar el importe de aquellos bonos.

La pluma ágil de Del Paso no alude en su libro a este pasaje ni a cómo después de la Guerra de Tres Años en la que los liberales derrotaron a los conservadores, éstos intrigaron en las cortes de España, Bélgica e Inglaterra, para que decidieran invadir nuestro país y cobrar las deudas que México tenía con ellos.

Otro ejemplo más de las omisiones en que incurrió Del Paso es éste: no dedica capítulo específico alguno para narrar la derrota de Laurencez a manos del general Zaragoza en la célebre batalla del 5 de mayo de 1862. De esta suerte, el brillantísimo Del Paso deja de lado tan gloriosa jornada histórica de los mexicanos, fecha consagrada en las dos primeras calles de la Ciudad de México llamadas 5 de Mayo. Vale la pena recordar cómo esas primeras calles surgieron de las demoliciones parciales de dos conventos: el de Santa Clara y el de La Profesa. Impregnado de mentalidad mágica, el liberal mexicano creía que con la demolición de edificios religiosos se descatolizaría al pueblo mexicano: como Fritz, que vendió el sofá negro, prueba de la deslealtad de su consorte con su amigo Hans.

También es lamentable la omisión de un historiador tan minucioso como Del Paso al no haber consignado el hecho de que, por orden de Napoleón III y a sugestión de su cónyuge, el alcalde de París puso a una de las calles de esa urbe el nombre de Puebla, para conmemorar la derrota y ocupación sufrida por esa ciudad nuestra a manos del ejército francés, justo a un año de nuestra victoria en 1862.

Tampoco nos dice Del Paso que la calle parisina de Puebla fue escogida por una cuadrilla de obreros armados con carabinas, durante *La Commune*, como el sitio más adecuado para fusilar a Juan Bautista Jecker. El drama no carece de interés y cabe relatarlo aquí.

Derrotado Napoleón III por Guillermo I de Prusia en la batalla de Sedán en 1870, el frágil emperador francés mostró su pequeñez al entregar su espada al victorioso Bismarck. Caída la monarquía francesa y establecida la República por el presidente Thiers, los obreros pretendieron hacer una revolución comunista en plena Ciudad Luz. Las rúas de ésta se llenaron de trincheras cavadas por los propios trabajadores, quienes vigilaban el paso de cuanto viandante transitaba por ellas, no sin identificarlos documentalmente.

El agiotista suizo, Juan Bautista Jecker, tan pronto capituló Francia —el país que lo adoptó como uno más de sus ciudadanos después de la sucia transacción fraguada con Morny—, tomó el camino hacia la Gare de Lyon

para dirigirse a Ginebra. Atravesó Jecker la trinchera más próxima a dicha estación de ferrocarril, no sin antes mostrar a los politizados obreros su pasaporte suizo y, provisto de estudiada calma, lo sacó de su *paletteau* gris. Los trabajadores, de manera mecánica, lo dejaron pasar. Despacioso, Jecker recorrió un trecho, pero el más astuto o politizado de los obreros de *La Commune* reconoció el rostro del agiotista suizo, dado que la prensa de la época ya reproducía imágenes mediante el daguerrotipo. Le silbaron con agudeza para que Jecker se detuviese y regresara a la trinchera. Éste volvió y lo esculcaron hasta encontrarle escondido en su alto sorbete café el pasaporte expedido por Morny que lo acreditaba como supuesto ciudadano francés. El obrero que reconoció a Jecker exclamó desde luego: “¡Este es el pícaro responsable de la injusta guerra que se le impuso a México. Fusilémoslo desde luego!” Y, sin mayor preámbulo, ocho trabajadores armados cada uno de su carabina —cuatro de cada lado de Jecker—, condujeron a éste desde la Gare de Lyon hasta las calles parisinas de Puebla, cerca de la actual *avenue* Bolivar de la ciudad de París.

Ese nombre de Puebla todavía aparece en los viejos planos de dicha ciudad. Y allí, en esa calle de París, en una tarde blanqueada por copiosa nieve, su suelo fue teñido de rojo con la sangre que brotó del cuerpo del banquero suizo al dispararle el pelotón obrero ajusticiador: ¡El que la hizo, la pagó!

Otro hueco que debió ser llenado por Del Paso con muchas y sabrosas noticias es el referente a José Miguel Hidalgo y Esnaurrizar, ese repugnante *gigolo* de postín que solía pasearse por los salones de las cortes europeas en busca de damas acaudaladas.

Monarquizante como era Esnaurrizar, inició un *flirt* con Eugenia de Montijo en Biarritz y acabó convenciéndola —entre la humedad de las sábanas— de un plan: convertir a México en el centro de un supuesto imperio latino católico que habría de extenderse a lo largo de Latinoamérica para ser gobernado por su cornudo marido. Por cierto que éste ya había colonizado en esos años la Indochina y la Argelia que retuvo Francia más

de un siglo. Le faltaba a Napoleón *el pequeño* conquistar nuestro continente en su parte latina: la española y la portuguesa.

El detallista Del Paso, pudo haber relatado cómo empezó esa intriga política, no exenta de erotismo. Fue así:

José Miguel Hidalgo y Esnaurrizar caminaba por una acera de las calles de Biarritz a donde había ido a veranear, cuando la emperatriz Eugenia paseaba en carroza abierta al lado de su dama de compañía. Tan pronto Eugenia observó el perfil y la apostura varonil de ese conquistador profesional, de ese mal compatriota nuestro, la emperatriz ordenó a su dama de compañía pidiera al cochero real ir más despacio para seguir contemplando Eugenia el rostro del trágico *gigolo* vendepatrias. Así empezó esa mañana el romance. Fue más febril durante la noche en la propia alcoba de Eugenia.

Esnaurrizar, tan ambicioso como concupiscente, introdujo a Eugenia esa noche de erotismo político o, si se prefiere de política erótica, la idea de que México debía convenirse de país libre en colonia de Francia, aun cuando México fuese soberano en apariencia pero gobernado por la dinastía de los Habsburgo que nos trajo a Maximiliano para convertirlo en un muñeco o marioneta de los conservadores. Finalmente, como se sabe, Maximiliano fue abandonado por todos.

En tan gran omisión incurrió también Del Paso. Pero así y todo, esos huecos no arrebatan, por cierto, mérito global a su obra.

Del Paso, dejó de lado un hecho posterior pero cercano a la derrota de Napoleón III infligida por Bismarck. Me refiero a la explosión de alegría que causó en México la caída del imperio napoleónico.

Ese júbilo hubo de expresarse en las calles de la ciudad capital y del país entero. Por ejemplo, en diferentes cuadras de la actual avenida Madero en los balcones de los segundos pisos —donde instalaron sus consultorios los primeros dentistas que llegaron a nuestro país de nacionalidad alemana— se hallaban cruzadas las banderas de México y de Prusia con los retratos de Juárez y Guillermo I para patentizar así la amistad germanomexicana. El ejército prusiano, en cierto modo, lavó el honor de México al derrotar de

manera total a Francia e incluso le cercenó las provincias de Alsacia y Lorena.

Decía Nicolás Maquiavelo en *El Príncipe* que “el enemigo de nuestro enemigo es nuestro amigo”. Tenía razón ese filósofo de la política con tal aforismo, sobre todo si se observa la movilidad de las alianzas militares que se han hecho a través de la historia dentro del binomio paz y guerra.

Ya se sabe que la germanofilia de los mexicanos no arranca de ese episodio ni acaba en él. Viene de más atrás y ha proseguido después, vivencia nacional que pudo haber destacado en su libro *Del Paso*.

El fundador de esa germanofilia fue sin duda Alejandro de Humboldt, quien junto con su hermano Guillermo, filólogo que dominaba una veintena de idiomas —así se decía en Europa— *acaparaban toda la sabiduría universal*.

Lo cierto es que el Barón de Humboldt, desde que llegó a México por Acapulco en 1803, se dedicó a estudiar sistemáticamente la geografía física de nuestro país, así como todas las geociencias que se cultivaban en la época, incluyendo estudios metódicos sobre climatología, demografía y los usos y costumbres de nuestra población, todo lo cual dejó escrito en sus cuatro tomos que llevan por título *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*.

Medio siglo más tarde cuando Juárez en 1859 estaba en Veracruz, supo de la muerte de Humboldt y por decreto ordenó que se diese al sabio alemán el título expreso de Benemérito de la Patria y se erigiese una estatua de él en el patio central del Palacio de Minería. (Por cierto que tal edicto nunca se cumplió. El busto del Barón que se halla enfrente de la antigua iglesia de San Agustín, fue obsequiado por el gobierno de Guillermo II durante la presidencia de Porfirio Díaz el 16 de septiembre de 1910.)

No quiero terminar esta reseña, abusivamente noticiosa, sin expresar mi admiración al cordial Fernando del Paso —un joven de 53 años— cuya amistad iniciamos hace tiempo y refrendamos hace unos días al haber conversado varias horas ambos sobre sus *Noticias del Imperio* en la hospitalaria casa de Martha y Federico.

En esa casa sugería yo a Fernando del Paso, lo repito, recoger en un tomo separado los 12 capítulos relacionados con la locura de Carlota. Tal separata no sería propiamente una mutilación de sus *Noticias del Imperio* a la vista de la unidad temática de cada uno de esos 12 capítulos.

Agregué a Del Paso que el éxito de librería estaba garantizado desde luego, así como sucesivos tirajes cada vez mayores. Fernando —ya lo dije— no sólo asintió a ello sino que agregó que su promotor literario de Europa le había sugerido la misma idea.

Gracias a su recta y recia sabiduría y también a su espíritu deportivo carente de todo amor propio, Del Paso estuvo de acuerdo con que hubiese yo pretendido llenar algunos huecos involuntarios que advertí en la espléndida obra delpasiana, y que he detallado en esta extensa nota bibliográfica.

Carlos Prieto*

La mera presencia de Carlos Prieto nos hace invocar, por un automatismo mental involuntario, la figura del hidalgo español. Hombre de bien, a nada constructivo ha renunciado en su patria mexicana de adopción. Nacido en España, sólo vivió en ella durante un cuarto de siglo y llegó a estas tierras hace media centuria. Desde entonces ha permanecido en México.

Al revés de otros inmigrantes, don Carlos Prieto no vino a México a dar kilos de 800 gramos sino de 2,000 gramos sobrados. Por eso, en momentos aciagos para México, cuando nuestro país fue agredido por el nazifascismo en 1942, don Carlos no titubeó en naturalizarse mexicano. Lo hizo por sí su nueva patria lo llamaba a filas durante la Segunda Guerra Mundial. Tenía ese joven maduro 44 años. Su opción fue, por tanto, lúcida y consciente.

Conocí a don Carlos Prieto hace tres lustros y medio. Fue mi compañero de mesa en una comida a la que nos invitó Rodrigo Gómez, director del Banco de México, junto con un grupo de dirigentes de la banca y de la industria gubernamental y privada. Sordo como soy, por fortuna quedé situado junto a don Carlos hacia el lado de mi *mejor* oído.

Así pude disfrutar con plenitud su docta conversación. Al escucharlo discurrir ese medio día pude percibir que estaba frente a un intelectual de

*Esta semblanza se publicó en el *Liber Amicorum* en 1973 donde aparecen además otras escritas por José Campillo Sainz, Antonio Carrillo Flores, Antonio Ortiz Mena, Agustín Legorreta, David Rockefeller, Miguel Alemán Valdés, Emilio Portes Gil, Juan Rulfo, Martín Luis Guzmán, Carlos Chávez, Julián Marías, Pedro Laín Entralgo, Salvador de Madariaga, además de otras biografías salidas de la pluma de escritores, empresarios, artistas y hombres de ciencia.

casta. No advertía que mi interlocutor fuese un hombre de negocios, ni nada semejante. Tan pronto como terminó la comida y se formaron corrillos, supe que don Carlos Prieto era el presidente del Consejo de Administración de la Fundidora del Fierro y Acero de Monterrey. Es decir, comprendí que se trataba de un intelectual descarriado en el mundo fabril y financiero.

Desde luego se estableció entre ambos una afinidad de preocupaciones ligadas al pensamiento superior que acabó por transformarse en una amistad cultivada y permanente, nunca empañada por ligámenes crematísticos. Uno y otro respetamos nuestras respectivas ubicaciones en el sector público y en el privado.

Hemos tenido Eugenia y yo el privilegio de sentarnos muchas veces a la mesa de don Carlos al lado de doña Cecile, su esposa —tersa y cordial dama de especie ya extinta— y de sus dos hijos Carlos y Juan Luis —precozmente concienzudos y eficaces en lo suyo—, siempre teniendo don Carlos como huéspedes notables ora a un José Gaos, ora a un Julián Marías, ora a un José Ortega y Gasset hijo.

Antes don Carlos y yo nos hablábamos de usted, tratamiento que supone cierta distancia compatible, sin embargo, con afecto. Ahora —a petición de Carlos— nos hablamos de tú, sin que por ello haya decaído el respeto cariñoso o si se prefiere el cariño respetuoso que nos vincula.

La familia de Carlos Prieto es eco o resonancia de las virtudes de su jefe. Atada por lazos emotivos que han dado cohesión a la familia tradicional, esos vínculos se han estrechado, aún más, mediante un quehacer superior: cada miembro de la familia Prieto toca un instrumento de música de cámara. Así, la armonía cotidiana y la armonía hogareña que reinan en esa casa hidalga, es concreta pero también metafórica; es ética pero también estética.

La cultura —ya lo sabemos— no entra por ósmosis. Se fragua con la curiosidad intelectual. Y dotado de esa actitud con creces, Carlos se pasea con desenvoltura —aparte de su sorprendente actividad promocional en el campo de la siderurgia—, en el área de la malacología, de la cual es coleccionista acucioso, como en el dominio de la botánica, donde merced a sus conocimientos teóricos y prácticos ha podido extender el cultivo de la vainilla de

su área original, Papantla, e introducir en una vasta región veracruzana los enormes cítricos de Linares y Montemorelos, donde fructifican ahora más de cuatro millones de naranjos y limones, en beneficio directo de la población campesina de Tecolutla y sus alrededores.

La curiosidad intelectual de Carlos no se detiene allí. Dos libros suyos, aparecidos en el último lustro bastarían para probar, por sí mismos y de modo exhaustivo, su vocación de investigador y la alegría festival propia del creador intelectual.

Me refiero a sus obras tituladas *La minería en el nuevo mundo y El océano Pacífico, navegantes españoles del siglo XVI*.

Y ya que he subrayado la figura de un hombre habituado a pensar, conviene formular una sumaria referencia a ambas obras, la primera de las cuales, editada por la prestigiada editorial *Revista de Occidente*, con prólogo de Pedro Laín Entralgo, le valió a Carlos Prieto el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Oviedo, su *alma máter*.

En el primer libro, aparte de otros atisbos confirmatorios de las tesis humboldteanas, contribuye Carlos Prieto a establecer la filiación y el florecimiento del prodigioso urbanismo latinoamericano nacido al influjo de la minería de los metales preciosos, industria que hubo de fomentar y expandir en forma lateral o directa las actividades agropecuarias, al conformar cuencas alimenticias en torno a las ciudades creadas durante la Colonia, tales como Potosí, La Paz, Cochabamba y Sucre, entre otras, en Bolivia; Cerro de Pasco, Huancavelica, Cajamarca y otras en Perú; Papayán, Cali y Cartagena de Indias en Colombia; o en fin como Zacatecas, Guanajuato, San Luis Potosí, Durango, Pachuca y otras ciudades en nuestro país.

Allí en donde hubo un fundo minero ubérrimo, brotó una hermosa ciudad, a veces languideciente porque se agotó su riqueza por una sobreexplotación secular. La belleza de esas ciudades mineras casi exhaustas en sus vetas y por tanto semi abandonadas, contrasta con las pujantes ciudades norteñas del país, cuya prosperidad económica va en contraposición con su pobre urbanismo: a menudo sus casas y calles son inferiores en valor a la maquinaria agrícola y a los vehículos de motor de explosión

de que están invadidas esas casas y calles. En cambio, las ciudades mineras decaen pero su maravillosa estampa urbana ha empezado a ser explotada al hallarse una nueva veta muy rentable: el turismo, cuyos beneficiarios son con frecuencia extranjeros, como antaño lo fueron en la minería.

No es exagerado decir que España dio a luz 20 naciones en el Nuevo Mundo gracias a la minería y que el ingreso de éstas a la sensibilidad estética grecolatina nacida en Occidente, se debió a tal actividad, no sin diversos grados de mestizaje y transculturación de los pueblos aborígenes de cada una de esas 20 naciones, una de las cuales —México— ostenta con el máximo orgullo su mestizaje por ser sin duda el más bien logrado aun cuando todavía está inconcluso.

Cabe decir algo más todavía sugerido por Carlos Prieto y su libro: los metales preciosos del Nuevo Mundo, así como muchos de nuestros productos influyeron de manera decisiva en el desarrollo del capitalismo moderno y en la cultura europea, cualquiera que haya sido la forma en que los países europeos no peninsulares obtuvieron los recursos financieros para impulsar ese desarrollo.

Por cierto que en la edición original de *La minería en el Nuevo Mundo, navegantes españoles del siglo XVI* Carlos Prieto excluye a Brasil, no por capricho ni por hispanismo a ultranza, sino porque desde sus inicios esa colonia portuguesa no explotó por cierto su escasa riqueza minera, razón por la cual el urbanismo en Brasil no es tan fastuoso como el de México y Perú.

La riqueza minera brasileña se expandió —sin embargo— cuando a mediados del siglo XVII, subraya Carlos Prieto, los portugueses comenzaron a descubrir algunos fundos mineros en cuyo derredor se crearon diversas ciudades de las cuales los brasileños se sienten ahora orgullosos. Bahía y Pernambuco —hermosas ciudades coloniales—, no son hijas de la minería sino de la agricultura, en especial del cultivo de la caña de azúcar ligada al esclavismo masivo africano.

En la versión inglesa de la mencionada obra de Carlos Prieto —*Mining in the New World*—, salida de las prensas de la famosa casa McGraw Hill,

de Nueva York, se incluye un capítulo adicional sobre Brasil que no figura en la versión española. Por cierto que el autor señala un distingo que no carece de importancia, a saber: que mientras en las ciudades y virreinos hispánicos se fundaron centros de alta docencia para educar a la población española enraizada en tierras americanas a efecto de hacerla más apta para fungir como gobernante, en Brasil los portugueses colonizadores solían ir a educarse a Coimbra, Portugal, para regresar y asimilarse a la clase dirigente virreinal.

Importante como este agudo ensayo sobre la minería publicado en inglés y en español, lo es por igual —o acaso más— el más reciente libro de Carlos Prieto titulado *El océano Pacífico*, honrosa y pulcramente editado por la *Revista de Occidente*, provisto de ocho mapas hermosos e ilustrativos que explican los derroteros de las expediciones prohijadas por España. Al libro lo preside un certero prólogo de Salvador de Madariaga, a quien —no obstante su proverbial anglofilia— le brota un sano orgullo hispánico al contrastar la comodina postura de Francisco, *El Pato*, o sea, Francis Drake, con el temple caracterológico de los navegantes españoles expresado en su libérrima opción por la aventura.

Esos marinos sí se jugaban la vida al ir descubriendo el océano Pacífico y navegaron por él durante los dos primeros tercios del siglo XVI, cuando la erudición científica relacionada con la navegación era todavía pobre y los galeones de vela españoles, más que una cáscara de nuez parecían una cáscara de piñón perdida en ese interminable tapete verde y tormentoso que era el Mar del Sur —como se le llamó primero— o el Gran Golfo como se le denominó después, o el océano Pacífico como se le conoce actualmente. Verdadero *Mare Nostrum* español durante media centuria del siglo XVI, dejó de serlo hasta que Drake lo surcó siguiendo las rutas descubiertas por los intrépidos hispánicos.

Azaroso como fue el descubrimiento de América, a la casualidad se debió la más fecunda confusión geográfica que registra la historia, afirma con razón Carlos Prieto.

La teoría de la esfericidad de la Tierra y la hipótesis de una *Terra Australis* incógnita —necesaria para conservar el equilibrio de las masas continentales situadas al norte del Mediterráneo—, ya era sustentada por los árabes contraponiéndola a la teoría de la filosofía patristica, según la cual la Tierra no era una esfera sino un disco redondo en cuyo centro se hallaba Tierra Santa y Jerusalén. Con las Cruzadas y los viajes de Marco Polo, la teoría árabe, de ascendencia grecorromana, fue abriéndose paso, no entre el pueblo, sino en una minoría atenta y estudiosa. Rogerio Bacon, entre otros, apoyó la teoría de la esfericidad de la Tierra.

Así y todo, se creía que tal esfera era muy pequeña —un tercio de su verdadero tamaño— y que entre Catay y Cipango, o sea, China y Japón, situados en el extremo Oriente, y la Península Ibérica ubicada en extremo Poniente, sólo había un pequeño océano, el Atlántico. Colón creía que la distancia máxima de la redondez de la Tierra era de 5 mil kilómetros de Oriente a Occidente, es decir, desde Japón hasta una de las islas Canarias.

Hacia 1450, ningún espíritu alerta de la época presentía la existencia del océano Pacífico y del continente Americano. Pero la concepción reducida ejemplificada con el Atlántico fomentó la era de los descubrimientos porque se creyó que habría de ser menor el esfuerzo a desplegar por los navegantes. Ello ocurrió hacia finales del siglo xv y principios del xvi. No pocos comerciantes y empresas navieras se establecieron en la Península Ibérica ante el auge de los viajes por el Atlántico y las costas africanas occidentales.

En 1488, cuatro años antes del descubrimiento de América, el portugués Bartolomé Díaz logró bordear el Cabo de Buena Esperanza, en tanto que Vasco de Gama, llegó a Calcuta en 1497. Así se descubrió el camino a las Indias Orientales, en competencia con Cristóbal Colón quien un lustro antes estaba seguro de haber llegado al extremo Oriente por la ruta del Atlántico. La primera isla que tocó Colón —como se sabe— fue una de las Bahamas, Guanahaní, cuyo nombre actual es Watling; siguió Colón hacia Occidente y llegó a Cuba suponiendo que era Cipango, esto es Japón. Finalmente el navegante genovés arribó a Haití, isla a la que le puso el nombre

de La Española. Colón regresó triunfal a España en marzo de 1493, convencido de que había hallado el camino seguro de las Indias Orientales. Del 3 de agosto al 12 de octubre de 1492, Colón no vio otra cosa sino mar encrespado o tranquilo; y a los siete meses de su salida de España regresó a ésta.

Una acción que contribuyó en forma directa a la era de los descubrimientos —aduce Carlos Prieto—, fue que el comercio con el Oriente basado en la compra de sedas y tapetes, piedras preciosas y especias, fue bloqueado en Bizancio o Estambul por los turcos desde mediados del siglo xv y por la irrupción de los portugueses en el Oriente extremo, razón por la cual los comerciantes y navegantes españoles que habían contratado a muchos italianos, prefirieron ir hacia el lejano Oriente, no por los Dardanelos ni por el Golfo Pérsico sino por la supuesta vía corta del Atlántico, basados en la hipótesis de la esfericidad de la Tierra, o bien, costeano África para darle la vuelta hacia el Sur y salir al codiciado extremo Oriente. Por eso durante aquellas décadas languideció la navegación en el Mediterráneo y no pocos italianos, sin empleo, sirvieron a los reinos de España y Portugal.

El descubrimiento del Nuevo Mundo se basó, por tanto, en la triple teoría prevaleciente hacia finales del siglo xv —por supuesto sólo alentada por una minoría pero no por las masas— a saber: que nuestro planeta era, en efecto, esférico; que su extensión sólo alcanzaba un tercio de su verdadero tamaño; y que únicamente se podría llegar a las costas de Asia navegando por el Occidente de la Península Ibérica hasta toparse con las islas de la Especiería o islas Molucas.

Los viajes sucesivos de Colón hacia nuestro continente y el descubrimiento de Brasil hecho por los lusitanos, condujeron a dudar que las tierras recién descubiertas por Colón formasen parte de Asia.

Américo Vespucio a la cabeza, que surcó las costas de Brasil por cuenta de la Corona portuguesa, acabó por establecer la tesis de que tales tierras y las descubiertas por Colón en las Antillas nada tenían que ver con el extremo Oriente, lo que se confirmó años después cuando los navegantes patrocinados por la Corona española penetraron en la tierra firme del Nuevo

Mundo, como Balboa en Panamá en 1513, o bien, costearon la tierra firme americana por el Atlántico hacia su extremo sur hasta llegar a Tierra de Fuego y luego hacia el océano Pacífico, como lo hizo Magallanes en 1519. Mas lo trágico consistió en que mientras Colón quedó olvidado, Vespucio fue inmortalizado al dar a América su primer nombre, merced a la sugestión formulada por el célebre humanista alemán Matías Ringmann.

Todo esto agrandó la imagen del mundo. Los ojos y la ciencia de los hombres del siglo XV y el XVI quedaron azorados: había un continente nuevo, separado de Europa y de Asia, y un océano varias veces mayor que el Atlántico.

Al establecer paralelismos entre aquellas aventuras oceánicas y los vuelos espaciales de nuestro tiempo, me agrada reconocer que el azoro de nuestros contemporáneos frente a tales vuelos pronto se agotó. Ha sido fugaz su sorpresa, pues tales proezas cósmicas no constituyen ya *noticia*, como se dice en la fraseología periodística. En cambio, la perplejidad que invadió a tres o cuatro generaciones de la época de los descubrimientos de océanos y nuevos continentes, fue de una creciente intensidad emotiva que solían ligarse incluso tales hallazgos con algo satánico o demoníaco.

Tan ello es así, que todavía en 1573, en su *Tratado de cosas de Astronomía y Filosofía*, Juan Pérez de Moya deja de lado las aportaciones geográficas de los navegantes españoles y portugueses que convertían a nuestro *ecúmene* en un universo tetrapartita y no tripartita, como se admitía según las tesis de un Pomponio Mela, un Ptolomeo; o las de África de un Josefo y un Herodoto; o las de Asia de un Estrabón, un San Anselmo y un Aristóteles.

Los relatos de Marco Polo de tres siglos atrás no los digería aún el hombre europeo medio, cuando solía hablarse de salvajes asiáticos carentes de boca que sólo se sustentaban de buenos olores, o de otros provistos de pies al revés, o de un solo pie muy grande que cuando lo levantaban se podían cubrir de los rayos del sol al echarse al suelo a dormir. El europeo de la época de los descubrimientos ecuménicos —nos sigue explicando Carlos Prieto— estaba regido por moldes mentales seculares, nada ajenos a un trascendentalismo religioso.

Y, por el contrario, el hombre medio actual, aun el *hombre masa*, nada le sorprende ya: de un modo u otro ha penetrado en su conciencia la noción del poder ilimitado del saber científico.

Siguiendo con el paralelismo entre la intrepidez de los navegantes de principios del siglo XV y de todo el XVI frente a la asombrosa audacia de los cosmonautas actuales, yo no titubearía en conferirle una mayor audacia a los primeros: pan duro, agua y carne salada a menudo putrefacta, constituían los alimentos de los tripulantes de frágiles barcas de hace medio milenio, además de que el escorbuto los diezmaba.

Como lo hace notar Carlos Prieto, Magallanes, ese gran portugués al servicio de la Corona española fue el primero en dar la vuelta al mundo: salió del puerto de Sanlúcar de Barrameda el 20 de septiembre de 1519 con 265 hombres y regresó tres años después el 7 de septiembre de 1522 al mismo puerto con sólo 18 hombres en el barco *Victoria*. Pero cargaba en sus escotillas 525 quintales de especierías provenientes de las islas Molucas, cuyo valor no sólo cubrió los gastos de la expedición sino que arrojó una ganancia de casi 9 mil marcos oro.

En contraste con esos sufrimientos y ese exponer la vida en forma casi inevitable, los cosmonautas actuales tienen a su disposición todo cuanto sabe la ciencia médica avanzada, la técnica de la alimentación y las otras disciplinas científicas, de suerte que el número de mártires de los vuelos espaciales puede retenerse en la memoria con facilidad. No así la interminable lista —y anonimía— de quienes se ahogaron en el agua salada de los mares.

Sí, el acervo de conocimientos vinculados a la navegación oceánica en los siglos XV y XVI era en proporción menor que el caudal científico que poseíamos hacia la década de los cincuenta y sesenta de nuestra centuria para surcar el espacio extraterrestre. Insisto: ello no significa que a los cosmonautas les faltara espíritu de aventura y que no experimentaran una emoción análoga al pisar el fofo suelo lunar a la impresión de Colón y los suyos cuando sintieron por primera vez el cálido oleaje arenoso de una de las islas Bahamas.

El descubrimiento de América —ya se dijo y lo subraya Carlos Prieto— nació de una sublime confusión teórica; pero las pisadas humanas sobre nuestro ex poético satélite fueron posibles merced al ejercicio de la razón aplicada con el máximo rigor a las ciencias fisicomatemáticas y a la recién llegada cibernética.

Otra reflexión sugiere la lectura atenta de Carlos Prieto titulada *El océano Pacífico*. Por ejemplo ésta: muchos *snobs* gustan de ornamentar sus despachos o salas con mapas antiguos, más por lo que tienen de curioso o de grotesco que por lo de valor plástico, sin hacerse tales *parvenus* de la cultura en cuestión acerca del drama humano portentoso que esconden esos mapas deformes, producto de la intrepidez náutica de quienes durante decenios y decenios y siglo a siglo fueron prefigurando los linderos de costas y océanos, provistos de una libérrima opción por la aventura, sin descontar la curiosidad científica e incluso la codicia.

Carlos Prieto sí tiene derecho a ostentar con ufanía en su despacho esos mapas antiguos y puede invocar con toda licitud entre una ocupación y una preocupación siderúrgicas, el duro, el férreo carácter de los navegantes hispanolusitanos. Tan acerado era ese carácter, que ningún alto horno habría sido capaz de fundirlo.

Llegado Carlos hace medio siglo a tierras americanas, justo como Colón un 12 de octubre, acaso a eso se deba su interés casi obsesivo por la navegación, explicada con instinto didáctico en su libro que he comentado sumariamente.

El singular hecho de que hubiesen coincidido en don Carlos Prieto el hombre de empresa con un nombre de finura espiritual, tiene una expresión magnificada en su propio hijo, el ingeniero Carlos Prieto. Vocación tan soterrada pocos la conocían y pudo surgir gracias a una fortuita circunstancia, adversa a la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, de la cual don Carlos era el principal accionista.

Con una capacidad de 3.5 millones de toneladas de acero de producción anual, la empresa iba viento en popa, y era dirigida por Carlos Prieto hijo. Éste era además de Director General de tal empresa, presidente de la

Cámara Nacional de la Industria Siderúrgica. Una caída mundial de los precios del acero llevó a una crisis a la Fundidora y pasó a ser administrada por un banco, el que actuó como patrón sustituto. Para ello se creó Siderúrgica Mexicana (Sidermex) que incorporó a sus activos a la citada Fundidora junto con Altos Hornos de México, La Consolidada, Las Truchas y otras fábricas de la misma rama industrial.

Cuando Carlos Prieto, hijo, fue avisado por su padre que las acciones de la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey pasarían a un banco del Estado mexicano por hallarse la empresa prácticamente en estado de quiebra, el joven presidente de la empresa citada lo lamentó con hondura.

Pero esa desventura lo condujo a decir a su padre que al fin podría ser leal a su profunda vocación de artista y dedicar su tiempo completo a lo que quiso ser desde su niñez y su adolescencia: un chelista.

Y desde entonces, con la misma disciplina y empeño con la que se entregó a su profesión de siderúrgico y a su actividad de empresario, se consagró a tocar el chelo.

Quiso ser concertista. Y, para tal efecto, organizó un modesto conjunto que a la manera de cómicos de la lengua viajó por ciudades pequeñas a lo largo y a lo ancho del país. El público no siempre fue numeroso. Pero entre él nunca faltaron como asistentes don Carlos y doña Cecile, sus padres.

Tan emotiva y singular gira duró casi un par de años. Y sintiéndose cada vez más seguro y orgulloso de su oficio, fue organizando en las ciudades más pobladas del país conciertos de música de cámara con conjuntos mejor seleccionados.

La notoria vocación de artista de Carlos Prieto hijo, pronto fue advertida por quienes manejan a escala mayor ese tipo de eventos, y el chelista acabó teniendo acceso a los grandes foros de nuestras ciudades más pobladas, no sin cosechar crecientes aplausos.

Su nombre se extendió hacia otros países y continentes. Y en menos de un decenio ya había tocado en Nueva York, París, Moscú, Tokio, Roma, Madrid, Lisboa y Buenos Aires, al punto de que los más exigentes críticos extranjeros consideran a Carlos Prieto como uno de los mejores chelistas de mundo. Otros, el mejor.

Hermosa actitud moral la de este joven artista que negó o aplazó el ejercicio de su vocación por solidaridad con su padre y su empresa, la que una vez engrosada a la masa de la industria siderúrgica nacional manejada por el Estado, permitió a Carlos Prieto dar cauce abierto a su maravillosa y espléndida vocación estética, fomentada por su padre.

Algunos años dejé de ver a don Carlos y una vez nos encontramos con gusto frente a su casa. Lo invité a comer al restaurante San Ángel Inn y le exalté el menú de ese establecimiento. Carlos vivía a unas siete casas hacia abajo del restaurante, en Altavista, y me dijo que esa fonda era muy mala a pesar de que el local era de su propiedad. Por eso conocía bien su pésima cocina.

Con vehemencia lo persuadí de que había dos platillos que no los hacían igual en ningún restaurante de la ciudad. Con docilidad amistosa Carlos aceptó y salimos a pie de su casa hacia el San Ángel Inn. Los meseros, que me conocían bien, me preguntaron: ¿lo de siempre, señor? Y respondí, sí, lo de siempre, pero sírvanos en el jardín. Era una mañana asoleada y pronto nos llevaron la lengua alcaparrada con receta del siglo XVIII. Repetimos uno y otro. Luego nos trajeron el lenguado con almendras doradas, riquísimas. Y también con docilidad, don Carlos aceptó beber los pastiches que suelo hacer a mis amigos: una botella de vino del Rhin Oppenheimer revuelta con una botella de vino blanco chileno Undurraga. En efecto, no por docilidad afectuosa sino porque era un *conaisseur*, disfrutó conmigo don Carlos ese pastiche, tan criticado por los seudosabios de la buena mesa.

No lo volví a ver sino hace dos años cuando salía yo del restaurante Corintios —cuyo propietario era nieto del gran viejo Amador Prendes—, y me tropecé desde luego con don Carlos. Iba cubierta su cabeza con cachucha en una tarde asoleada y caminaba con lentitud, un poco arrastrando los pies. Lo acompañaba un ayudante. Le hablé y con dificultad me reconoció. Por discreción no lo he buscado para no patentizar los olvidos que acaso nublan su memoria. Quizá lo haga en otra ocasión.

No lo hice ya porque en nuestra embajada en Portugal me enteré de su muerte.

Jesús Reyes Heróles*

Jesús Reyes Heróles nos tenía acostumbrados a ver en él al abogado en trabazón orgánica y recíproca con el economista. Así lo demuestran sus escritos frecuentes y certeros aparecidos en las revistas especializadas y sus dos libros anteriores sobre derecho público y comercio exterior.

Ahora, con su nueva obra intitulada *El liberalismo mexicano* editado en tres tomos con máxima pulcritud por la Universidad Nacional Autónoma de México, advertimos que al lado del experto en la ciencia jurídica y en la ciencia económica, anida en Reyes Heróles el investigador acucioso, cuyo esfuerzo constituye una muy seria aportación a la historia de las ideas en México. No otra cosa representa este primer tomo, que trata de los orígenes de esa corriente de pensamiento —al que sucederá otro del mismo investigador, subtítulo *La Plenitud*— y que establece con exactitud la filiación y peculiaridad autóctona del liberalismo mexicano. Y uno más, cuyo título desconocemos.

En la introducción a su libro el autor fija tanto los temas que comprende el liberalismo mexicano, como los periodos que representan en su formación, al sostener que éste debe ser estudiado en sus dos grandes aspectos: el económico-social y el político-jurídico.

En el aspecto económico-social considera que los dos puntos en que fundamentalmente se puede captar la específica sensibilidad liberal mexi-

* Artículo titulado "Jesús Reyes Heróles y el liberalismo", publicado en *Cuadernos Americanos* en la década de los cincuenta.

cana están en lo relativo a la propiedad y a la antinomia constituida por el libre cambio y la protección.

En lo político-jurídico, Reyes Heróles estima que el liberalismo supone para México lo siguiente: las libertades civiles y políticas, las liberales y democráticas; la vinculación del liberalismo a la democracia; la diferenciación entre el poder político y la sociedad; la teoría de la representación democrática y la teoría de la división de los poderes; la secularización de la sociedad y la liberación de ésta; la afirmación de la supremacía estatal y la peculiar identidad que posee entre nosotros el liberalismo y el federalismo.

El primer capítulo de la obra de Reyes Heróles lo destina a describir la captación o recepción de las ideas liberales entre nosotros, y ofrece para ello los testimonios de Humboldt, Lorenzo de Zavala, el padre Mora y Fray Servando Teresa de Mier acerca de cómo tuvieron lugar en México, antes de 1808, las primeras lecturas de esa doctrina: la explicación contractual de la sociedad política, la teoría de las libertades y el dogma de la gran soberanía popular. Tales ideas constituyen la base de la intensa ebullición ideológica y el fermento de los grandes hechos políticos aparecidos desde 1808 en la Nueva España.

Como ejemplo de la formación de un pensamiento jusnaturalista pero al mismo tiempo católico, Reyes Heróles presenta el de fray Servando, enunciado hacia 1813. En este capítulo el autor hace un análisis del significado del decreto constitucional de Apatzingán a la luz de *Los Sentimientos de la Nación* de Morelos, y de los *Elementos Constitucionales* de Rayón. Precisa, además, el significado jurídico y político de la declaración de Apatzingán y da las fuentes teóricas y el pensamiento sustancialmente moderno, liberal y democrático de don Vicente Rocafuerte, quien entrega pistas muy claras sobre los autores que entonces solían leerse, e incluso sobre la interpretación de los mismos.

En el segundo capítulo, denominado “La euforia constitucional de 1820”, Reyes Heróles explica cómo al amparo de la libertad de imprenta implantada ese año, aparecen numerosos impresos antiliberales y, sobre todo,

liberales. Buena parte de esa copiosa folletería está dedicada a elogiar la Constitución de Cádiz. En otro capítulo aparte se examinan los problemas concretos del país y se hace resaltar la necesidad de atender a la peculiaridad nacional, no sin exponer con precisión la teoría de las libertades, la de la soberanía popular y la de la representación política. Se perciben además los deseos de independencia nacional y el problema del método político para lograr que los principios liberales privaran entre nosotros. En ese caudaloso material escrutado por Reyes Heróles, había textos de liberalismo moderado, de liberalismo radical y de mero rutinarismo constitucional. Mas, el gran mérito de este capítulo, consiste en que su autor da la filiación ideológica de los autores de estos folletos y de sus fuentes doctrinarias. Así realiza una valiosísima obra de exhumación de los orígenes del liberalismo mexicano, fraguado y pensado por una generación poco conocida por los actuales estudiosos de nuestro derecho público e ignorada por una gran mayoría de no especialistas.

En esta parte de su obra, quiso Reyes Heróles dejar fluir libremente el lenguaje de los panfletos glosados y transcribió párrafos decisivos de los mismos. Estos papeles son reveladores de una literatura popular; a veces chocarrera pero siempre sabrosa.

A partir del tercer capítulo, Reyes Heróles inicia el análisis —por materias— de las labores legislativas realizadas en México desde 1822 hasta 1824. Y el análisis es tan cabal, justo y tan enriquecedor para la historia de nuestro derecho público, que empieza uno por lamentar que una obra como ésta no hubiese aparecido hace 33 años, como digno homenaje al primer centenario de la Constitución de 1824. La Revolución Mexicana no había podido fraguar todavía la gran generación —la que vino después— de investigadores de la realidad nacional.

Reyes Heróles empieza por estudiar los temas económicos y sociales y señala al respecto uno muy interesante sobre la creación de cátedras de economía y las muy amplias discusiones a que dio origen el tema de la propiedad, en especial de la tierra. En este último aspecto existen resoluciones e intervenciones que revelan cómo la peculiaridad de los problemas

nacionales inducían a nuestros legisladores a tener un concepto revolucionario en materia de propiedad, que no era por cierto semejante al del liberalismo clásico y tradicional, propio de otros países.

Los debates relativos al tema de la propiedad —tal como lo muestra Reyes Heróles con agudeza y conocimiento— esclarecen los orígenes del liberalismo social mexicano.

En tales discusiones, Carlos María Bustamante tiene intervenciones de gran relieve. Figura en la crónica de aquellos una resolución del Congreso en virtud de la cual se reparte una hacienda, así como la aprobación de una ley que declaraba la deseabilidad de que la posesión de la tierra no estuviera concentrada. No sin preceptuar que el gobierno tomase todas las medidas necesarias para distribuir la tierra con equidad y repartiera, entre los habitantes del país, las demasiado extensas.

Reyes Heróles consigna el voto particular de Gutiérrez de Lara al proyecto de ley de colonización del 20 de agosto de 1822, voto en cuyos párrafos palpita una emoción más agrarista que la de un lamentable señor Badillo actual, cuya ignorancia corre pareja con su ineptitud. He aquí lo que dijo Gutiérrez de Lara en su *voto particular* al citado proyecto de ley:

La comisión, al extender este dictamen, ha tenido presente el principio adoptado por los más célebres economistas, consistente en que las grandes propiedades acumuladas en pocas manos son el origen, por lo regular, de las desgracias de los pueblos, pues causa la dependencia de los pobres, destruye aquel equilibrio tan necesario entre los ciudadanos, entibia el interés individual cuyo principal estímulo es el premio de sus afanes, aumenta el número de jornaleros que no pueden apreciar las ventajas de la libertad...

A continuación del tema relativo a la propiedad, pasa Reyes Heróles en el libro que estamos reseñando a estudiar las discusiones y resoluciones adoptadas por los liberales de 1824 en torno a la protección y al libre cambio. Los debates poseen gran altura doctrinaria y en ellos se dan inclusive visibles anticipaciones teóricas sobre la materia.

Francisco García Salinas —quien fuera ilustre gobernador de Zacatecas y por un breve lapso secretario de Hacienda— interviene con nutrida información doctrinal contraria al libre cambio. Tanto García Salinas como otros diputados señalan con claridad cuáles son sus fuentes doctrinarias. Se puede decir que, en general, y por imperativos de la propia realidad nacional, en el Congreso privó la tendencia consistente en apartarse del libre cambio, esto es, de la ortodoxia económica liberal. Y vale la pena transcribir aquí algunos juicios examinados por Reyes Heróles. Por ejemplo éste de José María Covarrubias sobre proteccionismo: “Nadie más amigo que yo del comercio libre; pero no en el estado en que está nuestra industria. Créense entre nosotros artes e industrias y entonces libértese todo; pero en el ínterin no tengamos fuerzas, hacer el comercio libre es decretar nuestra ruina...”

Y sigue diciendo Covarrubias: “Que si no se fomenta la industria, perecerá la Nación y para fomentarla se deben prohibir las introducciones extranjeras que la perjudiquen, así como lo han hecho los ingleses, los rusos y todas las naciones”.

Reyes Heróles destaca, por igual, la formidable clarividencia de aquellos precursores del liberalismo mexicano, quienes —afanosos de proteger el desenvolvimiento industrial de la nación recién nacida— ya veían venir el *dumping* provocado por el país fuerte en aquellos 20 años iniciales del siglo XIX, y que se abría paso aun frente a altos derechos arancelarios protectores de nuestras incipientes manufacturas. Transcribe Reyes Heróles:

No será la primera vez que los ingleses emprendan esta negociación, y aun sabiendo que pierden, dan barato, ¿para qué?, para arruinar las fábricas nacionales y aunque pierdan ellos, darán el par de zapatos a medio (real): perderán un año; pero dejando de hacer zapatos en América nos los venderán después a como quisieren: todo entra en el cálculo y en la combinación de la codicia de un mercader.

Todavía no surgía, es obvio, en aquellos años esa manía persecutoria *mackartiana*, según la cual se acusa ahora de *comunista* a cuanto ciudadano lucha por los intereses fundamentales en Latinoamérica.

Y, frente a la posibilidad de que mediante una política proteccionista se formaran estratas cimarronas de empresarios ricos, el diputado Argandar, sale al paso a esta objeción y su texto se parece bastante a la ideología que se ha ido formando en los últimos años para justificar, válidamente, la presencia y fortalecimiento de una burguesía industrial mexicana y nacional. He aquí lo que dice Argandar:

Demos por hecho que sucediese lo que se teme, de que la parte que se dedicase a ese comercio se hiciese rica. ¡Oh afortunado suceso! ¡Ojalá llegáramos a verlo! Esas riquezas serían para nuestros hermanos y no para los extraños: aprovecharían al Estado a quien pertenecen y no al que nos aprecia no por otra cosa que por nuestros tesoros.

Y frente a la solicitud de un empréstito por 8 millones de pesos concertado con Inglaterra, el Congreso abrió un debate el 1 de mayo de 1823 en el que el vigilante Covarrubias dijo algo que posee plena vigencia ahora, frente a la *dollar diplomacy*:

Que sea condición del préstamo el que precisamente se recibe y se pague el dinero en México y que sea dinero efectivamente traído de afuera. Porque ya que admitimos un mal y un gran mal, y cuando lo propuso el Gobierno anterior me opuse con todas mis fuerzas a semejantes préstamos extranjeros, ya que no se puede remediar a lo menos evitemos en cuanto podamos sus fatalísimas consecuencias. Tres géneros de tiranía distingo yo: tiranía de hierro que es en la que estuvimos como colonos; tiranía dorada cuando reinaba una testa del país —Iturbide—, y tiranía de trampa, tiranía numeraria cuando un pueblo enreda a otro por medio de sus cálculos usurarios mercantiles. Y en ésta hemos inadvertidamente caído a resultas de lo estúpido y atolondrado del gobierno anterior —porque el que debe a otro se hace su esclavo, lo dice el Espíritu Santo, a quien me atengo— sobre todo a los charlatanes políticos del día; así en el momento en que esta Nación sea deudora de las europeas, en este mismo momento se hace su esclava. Y claro está, porque desenredando todo el em-

brollo, lo que resulta en último análisis en que por ocho millones de préstamos, la nación viene a ser tributaria de Inglaterra en 960 mil pesos anuales; y como está el artículo, estos ocho millones son imaginarios, porque a nuestros comerciantes para hacer soltar el dinero al Gobierno, les brindan con un préstamo cuádruplo o quíntuplo del dinero que dan al Gobierno y como ganan un ciento por ciento en el valor de sus efectos, la exhibición del dinero en Inglaterra es nula porque lo que dan son sus ganancias lucradas en los tontos y estúpidos mexicanos, [sic] Se me dirá que ellos pierden el tiempo y que este lucro cesante es necesario recompensarlo. Yo, aunque bárbaro, sé muy bien por sus escritores que Inglaterra está atestada de rezagos muertos en sus almacenes, y no sé cómo, por qué, por fatalidad somos víctimas de los fraudes europeos, nosotros mismos, como el estúpido pez, hemos tragado el anzuelo, y no nos falta más para caer en la redes de la Cartago de nuestros tiempos, sino que circulen entre nosotros los papeles de su maldito banco.

Discurso de alerta —hace 18 decenios—, premonitorio. Como puede advertirlo el lector, Reyes Heróles ha mostrado con su acuciosa investigación los orígenes remotos del nacionalismo liberal mexicano, que la burguesía más moderna acepta como suya. No la que funge de testaferrero del capital foráneo.

DIRIGENTE Y EDUCADOR¹

Culmina hoy un conjunto de actos organizados por su partido en memoria de don Jesús Reyes Heróles. Él lo presidió con acierto.

Se ha dicho mucho que en don Jesús habitaban dos grandes estilos de hombre: el intelectual y el político. En verdad, no es posible concebir a la auténtica política como ajena a las ideas. De igual manera no se da el pensamiento sin que aspire a modificar la realidad: no hay acción transformadora sin la orientación de las ideas.

¹Discurso pronunciado en ocasión del primer aniversario de la muerte de Jesús Reyes Heróles en la sede del Partido Revolucionario Institucional.

Dotado de una mente clara, penetrante e inquisitiva, Reyes Heroles contaba al mismo tiempo con una genuina vocación inclinada al quehacer político. La historia de nuestro país y su destino mismo captaron desde muy joven su atención y sus energías: pensó con vigor y escribió y actuó con fecundidad. Libros, ensayos y discursos salieron de su pluma. Todos sus textos constituyen una vasta reflexión en torno a nuestros temas y problemas, los de ayer y los de hoy. Su obra *El liberalismo mexicano* es un esfuerzo eficaz de compilación e interpretación de ese gran movimiento intelectual y político que ayudó a forjar la conciencia nacional y a transformar a nuestro país durante el siglo XIX.

Don Jesús concentró sus afanes intelectuales en descifrar nuestra realidad para influir en ella. Vio siempre a la historia no como un pasado remoto, desvinculado de nuestra actualidad, sino como experiencia viva, apta para configurar el presente e influir en el futuro. No hay verdadera política sin conciencia histórica.

Actuó en décadas decisivas de nuestra vida pública y practicó política verdadera, tanto en el poder, como en la administración pública y en la educación.

Como presidente del Comité Ejecutivo Nacional dio al discurso partidista llaneza, profundidad y claridad. Entendió su papel de dirigente vinculado al de educador. Sus textos de partido son reflexiones agudas, explicaciones y orientaciones claras. En todo momento, constituyen un análisis sagaz de la realidad. En su partido están vivos y actuantes sus planteamientos y sus tesis como dirigente nacional.

Reyes Heroles hizo política como secretario de Gobernación. Comprendió su época y se sumó con creatividad a las fuerzas que buscan una verdadera renovación democrática en nuestro país. Cambió las leyes con las leyes, adecuó las instituciones y abrió cauces a la expresión plural de las ideas y a la contienda política en nuestro país.

La democracia es, de manera esencial, tarea y responsabilidad colectivas, sin embargo, el político, el historiador y el jurista que coexisten en Jesús Reyes Heroles, contribuyeron al desarrollo de nuestra sociedad civil

y a transformarla en sociedad política, moderna y plural ante la irrupción de nuevas fuerzas organizadas en nuestra vida pública.

Hizo política don Jesús en la Administración Pública al fortalecer la empresa ligada a uno de nuestros recursos fundamentales, al cuidar con escrúpulo su manejo y al defender con espíritu nacionalista el legado de la expropiación petrolera.

En el campo de la educación planteó la necesidad de una revolución en nuestro sistema educativo para que, a su vez, pudiera revolucionar nuestra realidad. Comprendió, por igual, la importancia que tiene para México una educación sana y vigorosa, capaz de preservar nuestra herencia cultural y enriquecerla, para conservar también, el destino mismo de la nación.

Como todos los hombres de su estatura, la obra de Reyes Heróles está entrelazada al esfuerzo de muchos, a las aportaciones individuales y a las fuerzas fundamentales de la sociedad en que vivió y actuó.

Lo recordamos hoy, en el seno de su partido, como ejemplo vivo, no como pasado inerte. Con él rememoramos que el objetivo primordial de la política consiste en transformar la realidad y que, cuando ésta resiste a los cambios, la tarea del político no es otra que la acción perseverante para remover obstáculos y generar condiciones propicias conducentes al ascenso histórico de México y su pueblo.

Hacer política provistos de conciencia del pasado y con el ideario de la Revolución Mexicana, es el mejor homenaje que ofrecemos a don Jesús Reyes Heróles.

Jesús Silva Herzog*

Hace bien la UNAM con recoger las meditaciones dispersas publicadas en revistas y diarios de Jesús Silva Herzog, tan representativas de la generación que alcanzó la adultez durante la revolución maderista, porque con ello se ejerce una labor de docencia útil para la formación intelectual y moral de las nuevas generaciones, aparte de que así se forja un eslabón de la cadena que habrá de dar continuidad creadora a nuestro proceso cultural y al propósito de resolver con seriedad y permanencia los problemas de México.

Es evidente que los jóvenes, antes de lanzarse con vehemencia en defensa de las fórmulas generosas que intuyen, tienen el deber fundamental de informarse qué han pensado sobre las grandes cuestiones nacionales aquellos que han precedido. Otra conducta sería por cierto hacer en forma cómica e inconsciente el papel de *descubridores de mediterráneos* y Jesús Silva Herzog es cátedra permanente para las juventudes, junto con Isidro Fabela, Luis Cabrera, Rafael Nieto y Fernando González Roa, cuya obra urge actualizar con su reedición.

Don Jesús tuvo una infancia patética. Hijo de una laboriosa viuda nacida en Austria, desde muy niño contrajo una enfermedad infecciosa en la vista que lo dejó casi ciego. Fue el suyo un caso de notable supercompensación porque su tenue visión no le impidió devorar torrentes de pági-

* Artículo publicado en *El Gallo Ilustrado*, suplemento cultural del diario capitalino *El Día* el 23 de marzo de 1986.

nas permeadas de gran sentido social. Forzó su vista para aprender y enseñar a los demás. Fue maestro nato.

Quien no conocía esa tragedia vinculada a la biografía infantil de don Jesús solía a veces sonreír con impiedad cuando el maestro prácticamente convertía sus ojos en instrumento táctil al rozar casi con la retina los escritos en versión mecanográfica que leía en sus conferencias. Y así las dictaba en El Colegio Nacional de donde era uno de sus ilustres miembros, o bien, improvisaba con gran elocuencia y decoro intelectual en el mismo Colegio u otros foros de provincia y del extranjero que habían reconocido sus virtudes académicas con una veintena de doctorados *honoris causa*.

La revista bimestral *Cuadernos Americanos*, fundada y dirigida por Jesús Silva Herzog hace casi medio siglo, permite recordar el papel que ella cumplió dentro y fuera del ámbito cultural de los pueblos latinoamericanos.

Cuadernos... se propuso defender las mejores causas libertarias y nada de lo que es humano le fue extraño: el hombre y su cultura, sus derechos y su bienestar, su afán de paz y su potencialidad creadora. Al filo de la crisis más honda de los tiempos, *Cuadernos Americanos* supo rescatar toda vocación de pensamiento libre, de éste y del otro lado del Atlántico. Sin embargo, su virtud máxima reposó en algo bien ostensible: que los mejores valores de Latinoamérica, sus jornadas históricas más decisivas, sus patricios más señeros —tanto los actuales como los del pasado— los hizo circular *Cuadernos...* a través de sus páginas siempre en diálogo informativo y fecundo a lo largo y a lo ancho de todas y cada una de nuestras patrias.

En este sentido, los 250 volúmenes de *Cuadernos Americanos* constituyen todo un curso integral de latinoamericanismo, el más eficaz al que hayamos podido matricularnos. Y ello a tal punto, que quien ha pasado y repasado con atención las páginas de esa revista a lo largo de sus prolongados años de existencia, le corresponde —sin disputa— un nuevo grado universitario que don Jesús Silva Herzog, si viviere, debería expedir: el grado de latinoamericanólogo.⁴

⁴ Cabe aclarar que desde la muerte de don Jesús, la revista la dirige el filósofo Leopoldo Zea.

El tomo que ahora reseñamos, *Nueve estudios mexicanos*, posee una ventaja sobre otros del autor: es muy característico de su pensamiento, cada vez que los trabajos allí reunidos corresponden a una época de su vida en que sus preocupaciones más insistentes y los temas más afines a él, se han dado en la etapa de su vida de mayor madurez: la de los 50 a los 60 años.

Nueve estudios mexicanos se halla dividido en tres partes: Temas del pasado y del presente. La epopeya del petróleo y Hombres de México.

En la primera parte, incluye Silva su conferencia pronunciada en agosto de 1942 sobre cuestiones económicas y sociales: “La Revolución Mexicana en crisis”, el discurso que dictó cuando le fue otorgado el título de Catedrático Honorario de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima en el invierno de 1947, que junto con el ensayo de Alfonso Reyes, “México en una nuez”, constituye la mejor miniatura de la grandeza histórica de nuestro país, además los Deberes del Intelectual Mexicano y la conferencia que dijo en el Anfiteatro Bolívar dentro del ciclo organizado por la Sociedad Mexicana de Estudios y Lecturas con motivo del centenario de la invasión, guerra y ocupación de nuestra Plaza de la Constitución por el ejército norteamericano en 1847.

La segunda parte de este mexicanísimo tomo está integrada por una serie de lecciones impartidas en agosto de 1952 desde la más alta cátedra de la nación —El Colegio Nacional— sobre nuestra epopeya del petróleo que constituye un valioso enriquecimiento de la literatura sobre tal materia.

La tercera parte de este libro distintivo de Jesús Silva Herzog constituye el homenaje que le rinde a tres grandes mexicanos de diferente época: a José María Luis Mora, nuestro precursor de la Reforma, a Miguel Othón de Mendizábal tan erudito y estudioso como bueno de verdad, y a Justo Sierra, cuyo pensamiento avanzado y clarividente analizó don Jesús.

La mejor reseña que pueda hacerse de esta antología del ideario de Jesús Silva Herzog consiste acaso en formular, a su vez, una nueva antología entresacada del propio volumen de Silva. He aquí el florilegio.

Cuando define su propia condición en el prólogo de *Nueve estudios mexicanos*, escrita en 1953, dice:

Soy un vasallo de la verdad porque sé que sólo con la verdad se sirve de verdad al hombre. Soy un hombre de izquierda. Lo he sido siempre y lo seré hasta el fin [...] Me complace decirlo para que quede constancia, ahora que es tan elegante y provechoso estar en la derecha. En mi opinión, estar a la derecha significa ser defensor de todo lo que existe tal y como existe. El hombre de derecha es conservador. Se siente bien en su mundo y teme a cualquier cambio. Quiere detener al tiempo: quiere contener la impetuosa corriente del río caudaloso de la historia. Por lo contrario, estar a la izquierda implica inconformidad con la organización social tal como existe. El hombre de izquierda es reformador o revolucionario. Se puede ser de derecha sin ser clerical y de izquierda sin ser comunista.

La fórmula salvadora que encuentra Silva para el problema sustantivo de México es el de la injusta desigualdad existente entre sus pobladores:

...está en distribuir con equidad el ingreso nacional. Eso no es imposible. Eso puede lograrse con hombres en el poder que sean desinteresados, laboriosos, honrados y capaces; eso puede lograrse con el apoyo de una opinión pública alerta, congruente, enérgica y serena, con el apoyo de una juventud seriamente preocupada por el destino de la Patria al que se halla vinculado de manera obvia su propio destino.

Dotado de un nacionalismo sano y sin histerias, dice don Jesús:

La inmensa mayoría de nuestras minas pertenecen a empresas de súbditos de otras naciones y sería aconsejable y desear cada vez con mayor apremio que se llevara al cabo una política tendiente a dar facilidad a los mexicanos para la explotación de las minas, a fin de que tan inmensa riqueza pase poco a poco a hombres nacidos en nuestro territorio.

En plena Segunda Guerra Mundial —en 1942— advierte don Jesús con prudencia:

No vayamos a crear industrias para cuyo desenvolvimiento no estemos preparados, no se le vaya a ocurrir a algún empresario audaz poner en cualquier ciudad de la República una fábrica de pianos o de microscopios, el fracaso sería inevitable. Hay que pensar en industrializar al país, pero estimulando el desarrollo de industrias susceptibles de proceso constante; que no ocurra que después de la guerra nos encontremos sin mercado por la imposibilidad de competir con países técnicamente más aventajados que nosotros.

Aconseja igualmente Silva que: “no hay que sacrificar la carretera que una a centros de producción con los de consumo, a la carretera con fines turísticos. Claro que es importante vender clima y montañas azules y cielo diáfano a los norteamericanos que nos visitan, pero es más importante todavía ofrecer posibilidades de vida y de bienestar a los indios que viven alejados de centros poblados”.

Pide Silva Herzog “fomentar el crédito industrial, los créditos a largo plazo que aún no tienen en nuestro país un amplio y firme desenvolvimiento”.

En nuestra convivencia con Estados Unidos, recomienda con muy buen juicio que “seamos buenos vecinos, pero no seamos nosotros los que habiten en la buhardilla y los otros los que vivan en el piso alto. Esto sería una vecindad desigual”.

En forma tácita critica una falta de ordenación jerárquica en las inversiones cuando reflexiona así:

El pueblo mexicano es un pueblo desnutrido, el pueblo mexicano es un pueblo que por haber sufrido durante siglos el hambre endémica, su problema fundamental es de nutrición. Ahí está como ejemplo el de los otomíes, un grupo social degenerado, son de estatura enanoide y mentalmente tienden a la inferioridad. Por eso causa indignación a los que hemos sido por más de tres décadas auténtica y profundamente revolucionarios, desde la punta de los cabellos hasta la punta de los pies, que se diga que el progreso de la nación

mexicana estriba en la construcción de hermosos edificios o de amplias avenidas, mientras todo el pueblo está muriéndose de hambre. Yo propongo sustituir la fórmula “de gobernar es poblar”² por esta otra: gobernar es nutrir con eficacia al pueblo, lo demás son macanas oratorias y pirotecnia retórica.

A este propósito y ligando el problema de la desnutrición con el de la educación, revela don Jesús algunos datos sacados de una encuesta realizada cuando fue subsecretario de Educación en 1933:

Se tomaron 150 niños a los que se les dio desayuno y comida durante diez meses; 150 más a los que sólo se les dio desayuno; y otros 150 niños que además de no darles desayuno no tuvieron comida. Hubo 82 por ciento de aprovechamiento en los que tomaron las dos comidas; los que sólo desayunaron, 61 por ciento y los que no se les había dado nada sólo el 48 por ciento fueron aprobados en el examen final. Se vio así, con toda precisión la relación directa entre la capacidad intelectual y la nutrición.

Tiene razón Silva Herzog cuando subraya con énfasis que “El primer deber de un buen mexicano ¿saben ustedes cuál es? Es hacer a México, porque no está hecho todavía”.

Aporta don Jesús este dato importante para la mejor comprensión de la etiología de nuestro movimiento de 1910:

La moneda de plata, única circulante en todo el territorio, de libre acuñación y poder liberatorio ilimitado, lógicamente ligaba su suerte y su poder de compra al precio de la plata en lingotes, precio que bajaba semana a semana en los mercados internacionales, lo mismo durante los últimos 30 años del pasado siglo que en los primeros del presente. Consecuencia: descenso continuo del salario real, elevación constante en el precio de los productos alimenticios: el maíz, el frijol, el trigo y el arroz se habían elevado en conjunto en 1908 en algo más del 200 por ciento en comparación con los precios existentes 40 años antes. Resultado: miseria, hambre, rebeldía. El hambre de tierras, el hambre de pan

²El lema rebatido por don Jesús, el de “Gobernar es poblar” lo usó en los setenta del siglo pasado el presidente argentino Alberdi, para abrir el flujo migratorio a la despoblada Argentina.

y el hambre de justicia son las tres causas que motivaron el movimiento revolucionario.

Sobre el dinamismo de los movimientos de cambio social Silva Herzog dice:

Los que inician un movimiento revolucionario de conformidad con determinados fines e ideas, casi nunca pueden prever el rumbo y los límites de la acción revolucionaria. En la inmensa mayoría de los casos, las ideas y los fines que al principio se persiguen son superados por los acontecimientos, y los indicadores del movimiento social no pueden contener el empuje de las masas y son arrastrados mucho más lejos de lo que ellos antes imaginaron.

De nuestra Carta Magna de 1917 dice el maestro que:

No es socialista, como lo han dicho en algunas ocasiones personas mal informadas; no lo es porque respeta en sus líneas centrales la estructura capitalista al respetar la propiedad privada y la libertad de comercio; es simplemente una constitución reformista, adelantada para su tiempo, un tanto contradictoria y un tanto alejada de la realidad, sobre todo en la presente realidad.

En torno a la demanda de tierras capitaneada por Emiliano Zapata, don Jesús afirma algo que es menester tener siempre presente como un atenuante de nuestra reforma en esta materia:

El hambre de tierras fue una de las causas que originaron la Revolución. Al triunfar ésta plenamente fue preciso dar tierra a los campesinos, fue preciso dárselas de prisa, sin plan definido, sin programa y subordinando la distribución más a las exigencias políticas del momento que a lo que aconsejaba la técnica en tan complejo problema. No era posible esperar más tiempo, no era posible llevar al cabo investigaciones previas, estudios detenidos, completos y en detalle, para hacer después el reparto; había que dar tierras y éstas se dieron precisamente porque no existía otro camino.

Silva Herzog plantea esta peliaguda cuestión: "Se impone una pregunta fundamental. Después de la lucha revolucionaria y de la acción de los go-

biernos revolucionarios ¿se han logrado mejorar las condiciones de vida del pueblo mexicano? En nuestra opinión la respuesta es tímidamente afirmativa. A lo que se ha hecho, pero mucho menos, muchísimo menos de lo que hubiera podido hacerse”.

Y en agosto de 1943 don Jesús agrega lo siguiente:

En algunas regiones apartadas hay núcleos de población que viven ahora como vivieron sus antepasados hace 50 o 100 o 300 años. Sin nutrición apropiada, sin cultura y sin fe en los gobernantes. No se ha hecho lo que se debía y pudo haberse hecho por falta de probidad de patriotismo y por sobra de codicia de no pocos de los encargados de la cosa pública, desde muy arriba hasta muy abajo, desde la Ciudad de México y las capitales de nuestras entidades federativas hasta el más pequeño municipio o centro ejidal. *Ya se apunta nuestra opinión: el problema de México es ante todo un problema de honestidad.*

Con una vibrante veracidad y con un ademán de honda autocritica revolucionaria. Silva Herzog decía ese mismo año de 1943 lo que sigue:

A nosotros lo que más nos importa son nuestras propias llagas y hay que denunciarlas, así por escrito y sin eufemismos. La inmoralidad es sobre todo alarmante en la administración pública federal, de los estados y de los municipios. La gangrena ha cundido y no sabemos si desde muy arriba hasta muy abajo o si desde muy abajo hasta muy arriba. Son numerosos los funcionarios públicos que improvisan fortunas en unos cuantos meses sin perder su respetabilidad. Aquí está el mayor de los males y es el síntoma alarmante de una colectividad que se deshace. Cuando un grupo social castiga a los prevaricadores hay esperanza de atajar el daño; pero cuando en vez de castigarlos se muestra indiferente a la prevaricación y hasta recibe con aplausos en los lugares públicos al prevaricador, entonces ese grupo social se halla podrido y está en grave peligro de desaparecer como entidad autónoma. En este aspecto la crisis de la Revolución Mexicana es de una extraordinaria virulencia.

He aquí un augurio cargado de validez profética lanzado por don Jesús en el verano de 1943 como un patriota vigilante del destino nacional:

Vivimos alegres y confiados, ajenos al peligro, vivimos con despreocupación, inconscientes o irresponsables. Somos un país débil y pobre que vive al lado del país más poderoso y rico de la tierra. Estados Unidos tiene ya más de 8 millones de hombres sobre las armas y este número aumenta rápidamente. La guerra se ha inclinado a favor de los Aliados por la potencia industrial y guerrera de nuestros vecinos. Su poder es inmenso y nosotros no tenemos poder frente a su poder. La guerra terminará dentro de un año, dentro de dos o quizás dentro de tres; volverán a su país triunfantes millares de hombres entrenados en la lucha y orgullosos de la victoria. Roosevelt, el presidente de ideas generosas, no será siempre presidente. La política del buen vecino, puede ser sustituida por una nueva política con tendencias opuestas. No nos hagamos ilusiones [...] ¿Qué va a ser de nosotros si no nos preparamos? [...] No es mucho lo que proponemos. Pongamos nuestra casa en orden. Seamos inteligentes, muy inteligentes para manejar los asuntos públicos y seamos, sobre todo, honestos ciento por ciento. Esta es la única ruta para poner a salvo la soberanía de México.

El humanismo ético de don Jesús Silva Herzog se encuentra condensado en este apotegma que desde luego transcribo: “Lo que importa es estructurar una sociedad en la que lo humano sea el problema esencial, en la que el goce de la existencia sea para el mayor número posible de individuos, en la que la ciencia, la técnica y el arte tengan por finalidad lograr el bien del hombre y su propia superación”.

Silva formula sin anfibologías oscurecedoras esta orientación pedagógica:

El ideal de la educación en el presente momento histórico no estriba en hacer hombres idénticos a los de hace 50 años, por la sencilla razón de que ello implica desajustes entre los hombres y la vida. Se ha tergiversado el propósito. El ideal de la educación consiste precisamente en lo contrario. Hay que esforzarse por hacer nuevos hombres para el mundo nuevo que se está gestando en la sangrienta guerra, en la revolución más grande de todos los tiempos.

Cuando muchos síntomas coincidían hace algunos años en hacernos pensar con alarma que la Revolución Mexicana era un proceso concluido, Silva escribía algo que conviene transcribir:

Sostener que la Revolución Mexicana es ya un hecho histórico no es necesariamente sostener una tesis reaccionaria como alguien pudiera maliciosamente suponerlo. No lo es porque la posición política depende fundamentalmente de las soluciones que se trate de dar a los problemas vitales del país. Se dice que hay que desandar lo andado, volver al porfirismo y que se es reaccionario así; mas si se afirma que hay que ir más allá del punto al cual pudo llegar la Revolución, que hay que superarla, entonces se es progresista y se está a la izquierda como lo está el autor de este trabajo.

En 1947 don Jesús aconsejaba a los intelectuales:

No se dejen seducir por las sirenas de eso que ha dado en llamarse la política realista, fórmula que estriba en nadar siempre con la corriente, aun cuando se trate de aguas negras de vertedero, que implica negación de lucha en contra del mal uso de desinfectantes para purificar la atmósfera política, es la aceptación gozosa de olas de cieno que se levantan del pantano. La política realista de los banqueros, industriales y comerciantes de Inglaterra, Francia y Estados Unidos y de los grandes estadistas de las dos primeras naciones hizo posible el fortalecimiento militar de Alemania y, en México, la política realista ha producido confusión en las ideas, desengaño en los corazones y una tremenda corrupción moral.

Sobre la sicosis de miedo que a muchos embarga, merced a una propaganda redundante pero eficaz de manera negativa, dice el maestro Silva:

Hace precisamente un siglo que Marx y Engels redactaban su célebre *Manifiesto Comunista*. El Manifiesto principia con estas palabras: "Un espectro se cierne sobre Europa, el espectro del comunismo". Y el espectro del Comunismo hizo posible a Mussolini; el espectro del Comunismo hizo posible a Hitler; el espectro del Comunismo hizo posible la última guerra; y el espectro del comunismo puede hacer posible una nueva conflagración mundial. Cuando el hombre se

mueve por la influencia de los espectros, cuando se halla poseído por los fantasmas, cuando esto ocurre, se pierde la serenidad, se actúa bajo la influencia del miedo, que es el peor de los consejeros.

Don Jesús fue pieza clave en la expropiación petrolera decretada por el presidente Cárdenas el 18 de marzo de 1938. Por eso poseen gran importancia sus juicios sobre la gesta histórica ligada al decreto expropiatorio de nuestro aceite mineral. El maestro Silva formuló el dictamen del avalúo respectivo y creo importante transcribir algunas de sus opiniones emitidas sobre un asunto de tan sobresaliente importancia histórica:

¿Qué es lo que ha ganado México con la Expropiación? En primer lugar, en los últimos tres años que las compañías petroleras operaron en México se exportaron como utilidades alrededor de 165 millones de pesos, producto de la riqueza acumulada por la naturaleza en nuestro suelo y del desgaste productivo de energía del trabajador mexicano. Esos 165 millones de pesos fueron a dar a los bolsillos de accionistas grandes o pequeños, que vivían en ciudades distantes de México y sin ninguna vinculación con nosotros. Cincuenta y cinco millones de pesos anuales, que vamos a suponer muy conservadoramente, hubiera sido la suma que continuarían obteniendo las compañías como utilidades durante 15 años más, de 1938 a 1952, hubieran ascendido a 825 millones de pesos. Esos millones se han quedado en buena parte en México, y por distintos canales de la circulación han fecundado la economía de la República. Por otra parte, Petróleos Mexicanos ha sido factor de indudable importancia en la industrialización del país, la cual se inició en 1939, continuó en los años posteriores, uno más del presidente Cárdenas, seis del presidente Ávila Camacho y se ha seguido por los senderos trazados de 1947 a la fecha. La industrialización quizás no hubiera sido posible que llegara al modesto nivel en que se encuentra —que si algo se ha hecho hay mucho por hacer— sin la expropiación del petróleo porque Petróleos Mexicanos ha hecho una serie de concesiones a distintas empresas en formas diferentes que han facilitado el proceso de capitalización interna e incrementado el ingreso nacional. Esta es otra de las ganancias derivadas de la expropiación. Una tercera es que los productos del petróleo se venden en México a precios baratos; me atrevo a asegurar que en México se venden el petróleo y sus derivados a precios más bajos que en la

inmensa mayoría de los países del mundo, y ésta ha sido una ganancia para el pueblo mexicano. Finalmente han ganado los trabajadores al alcanzar una categoría plenamente humana. Al trabajador de las antiguas empresas le escatimaban el jornal y el derecho a vivir con decoro; ese trabajador ahora es un hombre y un ciudadano que ha recibido numerosos beneficios.

El maestro Silva, en sus estudios sobre Justo Sierra —revela a éste por primera vez como un gran pensador de izquierda, y lo incluye en el tomo que estamos reseñando— glosa un comentario que don Justo Sierra hacía de una frase de Lasalle consistente en que “el porvenir pertenecía a los obreros”, mas damos a esta palabra toda su amplitud: el porvenir es del obrero de la tierra, del obrero del hierro, del obrero de la pluma, del labrador, del herrero, del escritor y del artista. Todo el que trabaja tiene derecho a un lote en el gran repartimiento del porvenir.

Don Jesús Silva Herzog luce esta frase poética de don Justo Sierra que conviene transcribir y que ciertamente herirá la patológica suspicacia del senador Mac’Carthy. Sierra decía esto de Estados Unidos en 1900:

La vida mental y la alimentación a ultranza del estómago a este atleta, lo harán neurasténico y vendrán desequilibrios. Ver los pródromos: una democracia que aspira a la gloria militar caerá en el cesarismo; una democracia ficticia, que está dividida por una plutocracia de 4 mil millonarios que la tienen a sus pies y de quien, sumisa o rabiosa, es esclava. Una plutocracia que quiere conjurar el odio de 50 millones de pobres dándoles la limosna de los hospitales, de los asilos y de maravillosos institutos de instrucción pública, y que pondrán armas terribles en manos de sus adversarios [...] Pero llegará en lo porvenir un día en que al hacer el balance se llegue a la conclusión de que, aún desde el punto de vista económico, el imperialismo es pérdida y que bajo el aspecto político es el naufragio de las instituciones libres [...] El gran fenómeno internacional del siglo XX no va a hacer una federación entre las naciones, ese será en el siglo XXV, sino un sindicato entre las naciones fuertes para explotar a las que no lo son. Este *trust* lo va a iniciar Estados Unidos; va a ser el imperio sindicado universal.

La magnífica cita profética de Justo Sierra, extraída con acierto por don Jesús constituye el remate del nuevo libro del respetado director y fundador de *Cuadernos Americanos*.

Conocí a don Jesús Silva Herzog hacia fines de los treinta en el vestíbulo del Palacio de Bellas Artes después de haber pronunciado un discurso de homenaje a Waldo Frank, el conocido escritor norteamericano y autor de un libro titulado *Ustedes y Nosotros* en cuyo texto establece analogías y diferencias entre Latinoamérica y Estados Unidos.

Al terminar su intervención oratoria don Jesús, acudía al foro a felicitarlo y platicué con él. Desde entonces, cada sábado, a invitación suya llegaba yo a su casa donde el maestro Silva se reunía con jóvenes de inquietud política y social y con acusada vocación intelectual.

Llevaba ya tres años de amistad con don Jesús cuando México ingresó a la guerra en 1942, año en el que fue fundada la revista bimensual *Cuadernos Americanos* y dirigida por él, auxiliado de Juan Larrea —el gran poeta español— como secretario de dicha revista.

Inclinado Larrea a interpretaciones esotéricas de la historia universal, gustaba de afirmar que la rectoría de la cultura en el mundo se venía trasladando de oriente a poniente. Tal *geografismo interpretativo de la historia*, lo llevó a decir que la decadencia de Europa representada por la Segunda Guerra Mundial ya indicaba que el eje de la cultura y rectoría de nuestro planeta habrían de asentarse en el Nuevo Mundo. Con semejante tesis, sin quererlo Larrea, estaba apuntalando y acaso justificando el afán imperial de nuestros vecinos del Norte.

Salí al paso de ese caprichoso geografismo por medio de una carta a Juan Larrea que don Jesús Silva Herzog, con nobleza y probidad como director de *Cuadernos Americanos* publicó en su revista. El texto de esta epístola se ofrece *in extenso* a continuación:

CARTA DE JOSÉ E. ITURRIAGA DIRIGIDA A JUAN LARREA³

Distinguido amigo:

Nunca como esta vez desearía poseer un lenguaje dócil a mis exigencias expresivas; y es que no quisiera decirle más, pero tampoco menos de lo que me propongo.

Antes de insinuar el motivo de mi carta, debo hacerle una advertencia que de seguro me pondrá a salvo de cualquier imputación injusta. Sabido es, dentro del modesto círculo en que me muevo, el ideario que sustentó desde hace casi un decenio, lo cual significa que no soy un advenedizo del antifacismo y, justo por ello y gracias al grupo de ideas sobre las cuales gira mi vida, puedo permitirme el lujo de hacer de cuando en vez una que otra crítica a éste sin parecer sospechoso de falangista. En este caso, sobre el rumbo que puede tomar América si no permanecemos vigilantes sobre todo a aquello que contribuya a frustrar su destino.

Hecha esta prevención, puedo ya decirle en concreto lo que deseo.

Con gran insistencia he observado que a través de los artículos de los brillantes colaboradores de *Cuadernos Americanos* se encuentran informaciones imprecisas sobre la trayectoria futura de nuestro continente.

En todas esas afirmaciones se da como un hecho sabido y averiguado el eclipse definitivo o total de la cultura europea; se habla de la incapacidad de Europa para recrear sus valores culturales una vez que salga de esta terrible prueba que yo calificaría de aséptica; porque todo el morbo que en los últimos 80 años se ha estado acumulando no sólo dentro de la vida europea, sino bajo los senos profundos de la sociedad contemporánea está siendo expulsado por Europa, con todas las trágicas implicaciones que ello trae y que se resumen en una palabra: la guerra. Yo no sé por qué nosotros, los americanos, no sentimos admiración ante el derroche de virtudes que supone el decidirse a curar ese latente mal que durante casi un siglo, larvadamente, mantiene insano al mundo moderno; y en lugar de sentir reverencia y gratitud por tal decisión, proclamamos —con una suerte de vanidad provinciana— que somos, de ahora en adelante, los depositarios de la cultura universal.

El esfuerzo europeo, sangriento como es, constituye una deuda que tenemos con Europa no sólo los americanos, sino todos los habitantes de los otros con-

³Publicada en el número 6 de *Cuadernos Americanos* de 1942.

tinentes. Porque lo que surja de allí, una vez que sean derrotadas las fuerzas que habían acentuado el malestar del mundo en los últimos años, será, por lo menos, una sociedad con una organización racionalizada, purificada, sana, ascendente. Y esa dolorosa faena se la deberemos a Europa. Como el resto del planeta, América será decisivamente influida por el resultado de la contienda europea y ello a tal punto que ya se encargará América de la ingente necesidad de reformar sus instituciones, no de acuerdo con el molde europeo sino de acuerdo con esa racional —y por tanto válida universalmente— organización social descubierta dolorosamente por Europa.

Si la política es una dimensión de la cultura, Europa seguirá influyendo notablemente en el futuro inmediato de América. Pues la doctrina social y política hallada por Europa, primero en la revolución de 1917 y depurada sin duda después de esta guerra, será instaurada en lo sustancial o con variaciones de detalle en todo el mundo si el mundo quiere sobrevivir. Por fortuna mi querido amigo Larrea, estas afirmaciones no constituyen dogmáticas posturas partidistas sino algo que está ya claro en todo hombre que viva alerta a nuestro tiempo.

Conste que yo no he querido decir que América está condenada inapelablemente a ser, para siempre, una colonia cultural de Europa. Si alguien desea con profundidad la expresión de la voz auténtica de América en el ámbito del mundo, soy yo: somos lo que hemos recogido lo más acendrado de la tradición liberar y empleamos la táctica socialista para la realización del viejo ideal de la libertad; de la libertad del hombre de carne y hueso que habita en todas las naciones del orbe. Pero ello, atendiendo al grado de descomposición a que ha llegado el sistema social y económico vigente, para luchar contra él.

Así, pues, digo que sólo en una dimensión cultural —en lo político— seguirá teniendo ascendencia Europea en América, por lo menos durante algún tiempo cuyo término no se pueda precisar con exactitud. Por fortuna, a nuestro continente le quedará un gran margen de autonomía y originalidad cultural: puede hallar una ética muy suya que suavice al máximo la convivencia social; puede pensar por su cuenta, fiel a su perspectiva incanjeable, los viejos temas de la filosofía.

Pero para que ese óptimo panorama se realice, mí querido amigo Larrea, hace falta la presencia de un requisito previo: la independencia económica de toda América. Porque si sólo una porción de nuestro continente posee autonomía económica, quedará comprometida la libre expresión espiritual y cultural en el

resto. Insisto que estas afirmaciones deben partir de nosotros para no hacerse sospechosas de intentar romper la necesaria unidad continental; deben partir de nosotros, que de una manera u otra nos hemos significado como enemigos de credos hispanizante, trasnochados y nazificistas. El propio Vicepresidente de la gran nación del norte —Henry Wallace— lo expresó así en su notable discurso del 8 de mayo último, al afirmar que este continente renunciará a cualquier forma de imperialismo: al pacífico o al agresivo, al económico o al militar.

La envergadura de estos temas no permiten el laconismo con que los he apuntado, pero espero me ofrezca usted una coyuntura para ampliarlos en aquello que sea pertinente.

Sobre el último punto de mi carta, a mi juicio, hace falta insistir. Y creo que con ello *Cuadernos Americanos* no perdería las excelentes calidades literarias que lo distinguen, ni se podrían suscitar suspicacias en torno a su credo libertario y americanista.

Su amigo que lo estima: JEI

Larrea contestó en el mismo número de *Cuadernos...* y así se inició una interesante polémica que tuvo resonancia en otras publicaciones. Escritores y poetas españoles, asilados en México, se sumaron a mi postura tales como Juan Rejano, José Herrera Petere y Antonio Sánchez Barbudo, al igual que otros intelectuales mexicanos, entre ellos Octavio Barreda y Ermilo Abreu Gómez.

Pese a esa polémica que pudo haber herido el amor propio del secretario de *Cuadernos Americanos*, su director —don Jesús— continuó dando hospitalidad en su revista a una docena de ensayos, artículos y notas míos.

Por la sólida amistad que nos unía y adivinando el maestro Silva la estrechez de mis recursos económicos —a pesar de llevar ya ocho años de empleado fundador en Nacional Financiera—, me nombró investigador en el Archivo Histórico de la Secretaría de Hacienda cuando él era subsecretario de ese ramo.

Tuve fortuna en la investigación que emprendí y entre los papeles descubiertos en el Archivo Histórico de Hacienda se hallaban unos en verdad

curiosos y desconocidos que lógicamente allí estaban arrumbados. Se trata de una parte de la correspondencia cruzada entre José Fernando Ramírez, Ministro de Relaciones de Maximiliano, y el Ministro Plenipotenciario de Maximiliano ante la Sublime Puerta Otomana. El representante del México ocupado por ejércitos extranjeros fue el feroz y sanguinario general Leonardo Márquez, a quien dio Maximiliano una misión concreta ante el antiguo Imperio Otomano: negociar en Estambul la compra para México de los Santos Lugares: el sitio donde estuvo el pesebre en que nació Jesucristo; el lugar donde se apareció la estrella a los tres Reyes Magos anunciando el nacimiento del Niño Jesús; el Cenáculo donde fue la Última Cena y el lugar donde nació la Virgen María en Jericó.

¡Cuántas catástrofes habrían ocurrido a nuestro país si se hubiese consumado esa operación para tener soberanía sobre los Santos Lugares ubicados en ultramar! Desde la desintegración del Imperio Otomano a la Primera Guerra Mundial, desde la Segunda Guerra Mundial hasta la inabarcable guerra árabe-israelí, México se habría visto envuelto en conflictos internacionales que no estaban por cierto a escala de nuestra fortaleza como nación independiente.

Lo curioso de la gestión diplomática del sanguinario general Márquez fue que mediante costosos regalos dados al Gran Visir otomano estuvo a punto de celebrar la referida compraventa. Por fortuna Márquez carecía de luces para redactar el documento respectivo y pidió a la Cancillería de Maximiliano lo que ahora llamaríamos *asistencia técnica*, la que habría de recibir del propio Ministro de Maximiliano en la Santa Sede, Pablo Martínez del Río, a quien le giraron instrucciones al respecto, pero antes de dar éstas al general Márquez, ya conocía el mundo el fusilamiento de Maximiliano.

Esta ficha histórica notable la debo a don Jesús, gracias a la plaza vespertina que me ofreció para completar los ingresos que tenía provenientes de Nafinsa como pasante en su Departamento Jurídico, así como también haber conocido a muchos distinguidos peregrinos de la libertad de éste y del otro lado del Atlántico, quienes escribían con regularidad en ese recep-

táculo generoso que fue *Cuadernos Americanos* y lo siguió siendo para todo intelectual perseguido por razones políticas.

Pude trabar amistad con antifacistas y antinazis y con los enemigos frontales de las autocracias cimarronas padecidas por muchas de nuestras patrias hermanas. Don Jesús los invitaba a sus tertulias sabatinas y por eso fui amigo y sigo siendo de los que aún viven: de los venezolanos Rómulo Gallegos, Mariano Picón Salas y Andrés Eloy Blanco, de los ecuatorianos Benjamín Carreón, Adalberto Ortiz y Alfredo Pareja Díez Canseco; de los argentinos Ezequiel Martínez Estrada y Gregorio Berman; de los guatemaltecos Juan José Arévalo y Tito Monterroso; y de los peruanos Luis Alberto Sánchez y Luis F. Valcárcel.

También en las tertulias sabatinas de don Jesús conocí y trabé amistad con peregrinos españoles de la libertad, tales como León Felipe, José Gallegos Rocaful, Emilio Prados, Eugenio Imaz, Ramón Iglesias, José Moreno Villa, José Ignacio Mantecón, Wenceslao Roces, José Medina Echeverría, Manuel Pedroso, Juan José Domenchina, Arturo Souto y de muchos otros más; también fui amigo de perseguidos por la Alemania hitleriana tales como Paul Westheim y Mariana Frenck, viuda del padre de sus hijos Margit y Julio.

A pesar de su invalidez, que le duró casi un decenio, don Jesús se esforzó por contestar el discurso pronunciado por el rector de la Universidad de Idaho que le otorgaba el doctorado *honoris causa*. Y lo respondió con patético decoro empleando para ello una voz pausada no desprovista todavía de lucidez mental. Segundos antes de que don Jesús hubiera terminado su discurso, casi fui interrumpido por su hijo, Chucho, con un aplauso emocionado y con lágrimas en los ojos. Los ocho presentes, incluida su esposa Esther, hicimos lo mismo, aplaudir pero contagiados de esa atmósfera de emotividad que se creó, todos escurriamos lágrimas por las mejillas.

Fue la última vez que vi a don Jesús, hoy 12 de marzo cumple un año de haberse separado de nosotros.

Arturo Sotomayor*

Arturo Sotomayor, veracruzano y francote, es un hombre cargado de virtudes que muchos no perciben por la aparente resequead de su trato. Arturo no destila miel ante los demás; no es melifluo. Por eso los distraídos lo acusan de agrio y vidrioso. Le atribuyen usar una capa de vidrios rotos que con sólo tocarla su interlocutor se corta los dedos. Arturo sí usa una capa, pero no es de vidrio sino de piel de oso, la que suele cerrar con una cremallera para esconder con pudor al hombre bondadoso que lleva dentro.

Periodista de pura cepa, tiene más de medio siglo de escribir todos los días. Su disciplina de periodista, observante estricto de su deber cotidiano, corre pareja con su probidad ejemplar. Dentro del gremio al que pertenece, es un *garbanzo de a libra*: su pluma no tiene precio. No es un amanuense, pero sí lo es de su conciencia impregnada de sentido popular y sin gestecillos demagógicos. El oficio de periodista lo ha rebasado por el de un escritor desadjetivado y proclive siempre al culto por los hechos. No sólo los conoce bien, tanto los recientes como los contemporáneos, sino los ocurridos en el pasado. Sabe historia de México en serio y sin falsificaciones.

Autor de más de 20 libros donde hay poesía y narrativa, el tema sobresaliente de ellos es el de la historia de nuestra ciudad capital. Unos por mera desinformación —sin mala fe— y otros por mezquindad, le han querido arrebatarse a don Arturo Sotomayor el título que merece: el de serio historiador de la Ciudad de México.

*Fragmento de la introducción al libro de Arturo Sotomayor *La ciudad antigua de México, siglos XV-XX*, editado por Banamex en octubre de 1990, con ilustraciones de Beatriz Trueblood.

Beatriz Trueblood, gran artista en el campo del diseño gráfico y en el misterioso arte de la tipografía, advirtió con ojo perspicaz que este libro sobre nuestra capital, tan finamente ilustrado, debía llevar un texto de un escritor e historiador idóneo: Arturo Sotomayor. Fue un acierto de Beatriz y un regalo para los lectores de esta obra, que no habrá de faltar en la biblioteca de los más exigentes y de los más curiosos dedicados a indagar las distintas facetas del pasado de la gran capital. Abrumadora como es la temática abordada por Sotomayor en su texto sobre México-Tenochtitlan y rica en su respectiva profundización —que está muy lejos de ser una mera o somera explicación del nacimiento, conquista, colonización y su consecuente mestización—, puede posarse la mirada en varios temas.

Por ejemplo, el de la variante nomenclatura de nuestra ciudad y el cambio de nombre de dos localidades muy importantes, sin perjuicio de que después comentemos otros siete temas examinados con pulcritud intelectual por Sotomayor; entre ellos el de los monumentos, las estatuas, las casonas y palacios, así como su adecuado uso.

Una pasividad o marginación frecuente de los habitantes de nuestra ciudad ha pasado por alto el respeto de las autoridades municipales y más tarde las distritales, al punto de trocar el nombre de las calles de nuestra urbe sin consultar de manera fidedigna la opinión de sus habitantes, la que no está reflejada por cierto en el órgano encargado de la nomenclatura citadina. Se trata de que nuestra metrópoli no sufra un ataque de amnesia sobre su pasado.

La infracción a la huella y al origen que ha dejado el pasado en el nombre de cada una de las calles de nuestra ciudad antigua, se ha consumado por la pasividad de lo que ahora llamaríamos sociedad civil, sin la censura y con escasa crítica de quienes debían hacerla. Así se consagraron los sucesivos atropellos cometidos en contra de la memoria urbana, reflejados en el nombre actual de las calles de la Ciudad de México. Y algo más grave aún que me agrada subrayar como un agregado a lo dicho por Sotomayor. Me refiero a cómo el espíritu de partido o la adhesión desorbitada a un funcionario asesinado, han sido aprovechados por la feligresía parti-

dista para introducir, por sorpresa, cambios de nombre no sólo a nuestra nomenclatura urbana sino a barrios enteros y hasta ciudades satélites a la nuestra, denominadas delegaciones.

Así, por ejemplo, cuando al principiar febrero de 1913 se pretendió vengar el nefando y vesánico crimen de Gustavo Madero —hermano del presidente asesinado en la Ciudadela—, cambiando el varias veces centenario nombre de la Villa de Guadalupe por el de Gustavo Madero, cuya muerte habría de ser el prelude de los asesinatos perpetrados dos semanas después en las personas del presidente Madero y el vicepresidente Pino Suárez.

Ni la memoria de nuestra ciudad ni la de ese santuario donde se alberga a la Patrona de América, tenían la culpa de la repugnante muerte impuesta a Gustavo Madero, pues, una vez caído el usurpador Victoriano Huerta que inspiró tales asesinatos, las autoridades consideraron —de manera infantil— como acto de justicia vindicatoria cambiar el nombre de la Villa de Guadalupe por el de Gustavo Madero, cuando ya había desaparecido el patetismo inmediato que provocó dicho asesinato. Pero se consideraba como una deuda, digamos *revolucionaria*, saldarla mediante el cambio de nombre de ese asentamiento humano —sagrado para la mayoría de nuestros compatriotas—, por el del hermano del Apóstol de la Democracia.

Quince años después, cuando el 17 de julio de 1928 el presidente reelecto Álvaro Obregón —a 18 años del anhelo popular de no reelección— fue asesinado en un restaurante ubicado entonces en el jardín de La Bombilla, en la calle de La Paz de San Ángel, los dolientes corifeos del caudillo de Agua Prieta aprovecharon la emotividad surgida por dicho asesinato e hicieron trocar el nombre de San Ángel —que así lo sigue llamando el pueblo, cualquiera que sea la clase social a la que pertenezca— por el de Álvaro Obregón. Esa fue una arbitrariedad contra la continuidad histórica, un atentado contra la memoria de nuestra gran capital, conurbada ahora con San Ángel.

No pocas veces se mestizaron las toponimias aborígenes con el nombre de un prócer de mayor o menor rango, como en el caso más significativo del Padre de la Patria: la Villa de Guadalupe cambió a Guadalupe Hidalgo, alusivo al noble cura libertador como una de nuestras 13 municipalidades en que fue dividido el Distrito Federal durante más de 70 años. En 1928 se centralizó el ejercicio del poder de los antiguos ayuntamientos por razones pragmáticas ligadas al proceso, ya muy visible, de conurbación entre un municipio y otro.

Pero admitamos con honestidad que para el pueblo, la Villa es por antonomasia, la Villa de Guadalupe. Él no siempre ha asimilado su respetable apelativo patriótico.

No puedo olvidar ahora que en una etapa política de extremismo comecurista padecido por México en los veinte y los treinta de este siglo, se cambiaron muchas denominaciones de poblados y lugares entre los cuales recuerdo el pueblo de Tres Marías por el de Tres Cumbres.

En cambio fue frecuente el respeto mostrado por el conquistador y el colonizador a las toponimias aborígenes dispersas en nuestro mapa territorial. A pesar de la bárbara destrucción de pirámides, templos e ídolos prehispánicos realizada durante la Conquista, pocos años más tarde de consumada ésta, el español conservó a menudo las toponimias indígenas, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XVI y la primera del siglo XVII, pero agregando el nombre de un santo perteneciente a la hagiografía católica.

Como ejemplo de esto último y por la importancia cultural que tienen en el proceso de mestizaje indoespañol las toponimias, enumero sólo 36 pertenecientes al Distrito Federal.

Ellas son San Bartolomé *Ameyalco*, Santa Rosa *Xochiac*, San Gregorio *Atlapulco*, Santa Cruz *Acalpixcan*, San Pedro *Oxtotepec*, Santiago *Tepalcatlapam*, San Lorenzo *Tezonco*, Santa María *Hastahuacan*, San Pedro *Atocpan*, San Antonio *Tecómitl*, San Juan *Ixtayopan*, Santa Ana *Tlacotenco*, San Nicolás *Totolapan*, Santa Cruz *Meyehualco*, San Simón *Ticumán*, San Andrés

Totoltepec, San Jerónimo Ocotepec, San Pablo Tepetlapa, San Andrés Tetepilco, San Salvador Cuauhtenco, San Mateo Tlaltenango, Santiago Acahualtepec, San Luis Tlaxquialtemalco, San Lucas Xochimanca, San Francisco Xicaltongo, San Lorenzo Tlacayucan, San Antonio Coapa, San Bartolo Xicomulco, San Francisco Tecoxpa, Santa Cecilia Tepatlán, San Andrés Ahuayucan, Magdalena Petlcalco, Magdalena Atlazalpa, San Bartolo Atepehuacan, Santa María Tepalcatitla, San Lorenzo Atemoaya y muchas otras localidades más.

Así se llamaban también esos pueblos en 1921 según el Censo de Habitantes de ese año, tomo I, páginas de la 53 a la 57.

Muchos de esos nombres han desaparecido en 70 años de conurbación. Otros permanecen como barrios cuyas respectivas iglesias antiguas conservan aún vestigios de sus viejas toponimias indoespañolas gracias a su santo patrón respectivo.

Grave como ha sido el fenómeno del hacinamiento humano es esta megalópolis, son graves también los cambios de nomenclatura —relativamente recientes— cuando se ha ahondado la conciencia de los capitalinos en punto a su memoria colectiva y al amor a su Centro Histórico.

¿Cómo podemos calificar el atropello a esa conciencia al haber borrado de una plumada las calles de Santa María La Redonda, las de Aquiles Serdán, la de Juan Ruiz de Alarcón, la de San Juan de Letrán y la del Niño Perdido que van de norte a sur cuyos nombres han sido trocados por el de Eje Lázaro Cárdenas, cuando el nombre de éste pudo haber sido inmortalizado en un vasto tramo del Anillo Periférico de esta gigantesca aglomeración urbana formada en torno al viejo Centro Histórico de la Ciudad de México?

En efecto, en el texto de este libro de Arturo Sotomayor se subraya un hecho poco conocido, que muestra por igual el respeto del colonizador por la cultura sobre la cual se erigió la vieja ciudad española en el siglo XVI. A menos de medio siglo de consumada la Conquista algunas de las grandes piedras que simbolizaban a la cultura vencida, fueron colocadas como estatuas en distintas partes de la ciudad española, cuyo trazo ejecutó Alonso García Bravo por orden de Hernán Cortés.

Por ejemplo, la diosa Coatlicue o la Serpiente Hembra o la Madre de Huitzilopochtli; el Ehécatl, dios del Viento; el Tlazolteocotl, el dios de la Vejez, pues como dice Sotomayor con tino:

...los moradores de la nueva urbe pasaban cerca de aquellas piedras que contenían un lenguaje para ellos incomprensible. Sin embargo, rústicos y todo, no fueron pocos quienes se detuvieron más de una vez para contemplar aquellos rostros tan diferentes a los occidentales, pero cuyas expresiones estaban cargadas de elocuencia. Así los que fueron dioses descendieron de los cielos; no llegaron al Mictlán o meshica, la tierra de los muertos, pero se alojaron en calles que les resultaban extrañas.

Insepulto todavía, había más respeto hacia el pasado precolonial por los españoles vecinados en este lado del Atlántico en la primera mitad del siglo XVI hasta la segunda mitad del XVII, en contraste con el descuido o desprecio mostrado por las autoridades capitalinas sobre todo en los primeros seis decenios de este agonizante siglo.

Apunta Sotomayor que la ciudad no necesitaba de estatuas, pues su mayor ornato consistía en la monumentalidad de sus palacios —que se edificaron después—. De ahí que, aclara Sotomayor, que Charles Joseph Latrobe en su *The Rambler in Mexico* y no el Barón de Humboldt —como se ha sostenido con reiteración—, calificara a la capital de la Nueva España como la Ciudad de los Palacios. Semejante aclaración la formula dos veces Arturo Sotomayor, con razón. Entre muchos otros edificios coloniales con los que contaba la capital de la Nueva España se hallaban los siguientes:

El Palacio del marqués de San Mateo de Valparaíso, propiedad de Miguel de Berrio y Zaldívar, donde está ahora Banamex, en las calles de Carranza y Católica; el Palacio del conde de Jaral de Berrio denominado impropriamente Palacio Iturbide; el Palacio de los condes de Santiago de Calimaya y Senescal de Fernando Altamirano, ubicado en la contraesquina de la iglesia de Jesús, donde yacen los restos de Hernán Cortés; la Casa de los Azulejos o mansión de los condes de Orizaba de Rodrigo Vivero y Aberrucia, dueño también de la Casa de los Mascarones, en la Ribera de San Cosme; el Pala-

cio del Conde de Regla, cercano pared con pared a la iglesia de San Felipe Neri, donde estuvo hasta hace casi medio siglo el Teatro Arbeu; el Palacio del conde de San Bartolomé de Xala de Manuel Rodríguez Sáenz de Pedroso, en la avenida Venustiano Carranza, casi frente a la calle de Palma e increíblemente degradado en su uso; el Palacio del conde de Heras y Soto y vizconde de Querétaro en la calle de República de Chile y Donceles en cuyo recinto se firmó al Acta de Consumación de la Independencia de México el 27 de septiembre de 1821; El Palacio del Conde de la Cortina,¹ de José Justo Gómez de la Cortina y Castro, situado en Uruguay y conocido como la casa de don Juan Manuel, en la esquina de Uruguay y 20 de Noviembre; el Palacio del conde de Torre Cossío en la esquina de Uruguay con 5 de Febrero; el Palacio del marqués del Apartado² en la esquina de Donceles y Argentina —donde despachaba hace años la Secretaría de Economía—; el Palacio del marqués del Valle de Oaxaca propiedad de Hernán Cortés y donde hoy está el Monte de Piedad, en esquina de las calles del Seminario y 5 de Mayo; el Palacio de los marqueses de Santa Fe de Guardiola que estuvo en lo que hoy es el edificio Guardiola del Banco de México, a un costado de la Casa de los Azulejos; el Palacio de los marqueses de San Miguel de Aguayo ubicado en la esquina de Madero y Católica, actualmente está la joyería La Esmeralda; el Palacio de los condes de Miravalle, frente al Casino Español, en Católica y donde pintó un mural en la escalera Manuel Rodríguez Lozano; el Palacio de los marqueses de Selva Nevada en Venustiano Carranza, donde estuvo el Hotel Mancera y cuyo edificio aún está en pie; el Palacio de don José de la Borda, en la esquina de Madero y

¹ El Conde de la Cortina era dueño además de la casa más hermosa de Tacubaya rodeada por el Parque Lira.

² Este Palacio del conde del Apartado, se le había destinado a Fernando VII, en caso de que gobernara desde allí el Imperio Mexicano conforme a los Tratados de Córdoba, o bien, se alojara uno de los tres infantes que sucesivamente podrían dirigir a México desde la Casa del Marqués del Apartado. Algo parecido hizo en Río de Janeiro el príncipe Pedro de Portugal, quien años después de dar el Grito de Ipiranga fue coronado en 1822 como Pedro I Emperador de Brasil, ya independiente pero monárquico; Pedro I abdicó a favor de su hijo Pedro II en 1831, quien condujo a Brasil hasta 1889. La monarquía portuguesa libre de la ocupación francesa, fue esclavizada por largas luchas sostenidas entre la nobleza lusitana para alcanzar el poder, hasta convertirse en 1910 en República.

Bolívar, donde se encuentran comercios de los más variados géneros. Y, entre muchos otros palacios más se hallan los Palacios Gemelos del Mayorageo de Guerrero, en las esquinas norte de La Moneda y Correo Mayor.

No obstante la familiarización que tuvieron el español y el criollo con los vestigios monumentales de la precolonia diseminados a manera de estatuas en una ciudad que hacia finales de la segunda mitad del siglo XVII tenía 80 mil habitantes, y pese a que en esta centuria —el gran siglo de oro mexicano— los habitantes de la capital de la Nueva España veían ya como algo suyo los monumentos citados de la precolonia, el virrey Juan Palafox y Mendoza solía caminar por las rúas capitalinas en los cuarenta del siglo XVII en un coche tirado por caballos con las cortinillas bajadas, a través de las cuales espía los usos y costumbres populares, sin dejar de horrorizarse por los monolitos precoloniales que adornaban la ciudad; ese virrey, ni tardo ni perezoso, mando esconderlos y sepultarlos. Este personaje contradictorio había sido antes obispo de Puebla, muy comprensivo de las necesidades de los indígenas cobró reputación de *santo* entre ellos, al punto que años después —en 1767— estuvo muy cerca de ser beatificado por la Santa Sede.

Sea como fuere, la verdad es que esos monolitos gigantes que adornaban la ciudad en el siglo XVI y gran parte de la primera mitad del XVII, —el citado virrey Palafox— los quito y escondió, de manera que nuestra ciudad careció de estatuas hasta que al principiar el siglo XIX el Barón de Humboldt reencontró la Coatlicue cuando fue descubierta debido a ciertas obras de mantenimiento que se hacían en esa casa de estudios. El rector ordenó volver a sepultarla para que los educandos no se horrorizaran ante ella. Humboldt pidió al rector de la Universidad Real y Pontificia sacarla de nuevo a la luz y la Coatlicue habitó algunos decenios en el viejo Museo Nacional de la Calle de La Moneda. Más tarde pasó al Museo Nacional de Antropología e Historia, en 1964, a sugerencia de Pedro Ramírez Vázquez formulada al presidente López Mateos. También se colocó a Tláloc el dios de la lluvia en el Paseo de la Reforma al lado del último museo ya citado.

A los pocos días, después de varios meses de sequía, llovió a cántaros: “El tecolote canta, el indio muere, eso no será pero sucede”. Este proloquio es parte del pensamiento mágico que perdura entre los mexicanos.

Cabe referirme a la estatua esculpida por el arquitecto valenciano Tolsá que inmortaliza en bronce la idiotez de Carlos IV, montado en un hermoso caballo de la hacienda del próspero marqués Jaral de Benro. Se colocó frente al Palacio Nacional en el centro mismo de una balaustrada neoclásica elíptica, que iba de Norte a Sur y no de Oriente a Poniente como aparece en algunas litografías. Allí permaneció desde 1803 hasta 1824 en que, para rescatarla de la furia popular que pretendía derribarla y fundirla, fue llevada custodiada al centro del claustro de la Universidad Real y Pontificia, por una petición del ministro Lucas Alamán al presidente Victoria. La Universidad estuvo ubicada durante tres siglos en la manzana comprendida entre las actuales calles de Carranza, Correo Mayor, Corregidora y Universidad. Su entrada principal daba a esta última calle. Provisoriamente tuvo su sede en la esquina de Seminario y La Moneda. Fue 18 años su local mientras se construía la ya citada.

Derruido El Parián en 1843 —cuya notoria fealdad y mala ubicación, al desaparecer, despejó a nuestra Plaza Mayor—, donde se alojaban los comerciantes de artículos traídos por la *Nao de China* que desembarcaba en Acapulco y los traídos de Europa a Veracruz, Santa Anna construyó en 1841 el mercado de El Volador para servir e indemnizar a tales comerciantes. Lo concluyó en 1844 en el predio —entonces baldío— donde ahora está la Suprema Corte.

La egolatría patológica de Santa Anna mandó esculpir una estatua de sí mismo colocada en el interior de El Volador, una de cuyas puertas daba a la estatua de Carlos IV situada también en el centro del claustro universitario.

Cuando el presidente Mariano Arista acordó en 1852 trasladar el Caballito a la esquina de Bucareli y Paseo de la Reforma, el ingenio popular solía repetir estos versos supuestamente de Santa Anna dirigidos a Carlos IV:

Más de veintiocho años hace
Que está en la Universidad
Carlos IV, y en verdad
Que nada ha aprendido ni hace.

Y este otro:

No ha aprendido el silabario
En los días que allí ha tenido
Pero ni leer de corrido
Siquiera el abecedario

Y este más:

¡Carlos IV! ¡Carlos IV!
Dime, ¿qué te ha sucedido?
Que te veo tan afligido
Como hembra que está de parto
O como iguana o lagarto.

Después de haber sido demolido. El Volador en 1934, en esa manzana se erigió el edificio de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Se inauguró en 1934 y sus muros fueron pintados por el genial José Clemente Orozco, impregnados de sátira sobre la impartición de justicia.

La sola presencia de esa pintura desde hace dos tercios de siglo en ese edificio público, prueba el gran respeto que se tiene en México por la libertad artística. Algo semejante se advierte en la monumental escalera de dos brazos del patio central del Palacio Nacional, justo donde despacha el Jefe del Estado: al final del gigantesco mural —pintado en 1929 a 1935— que decora la pared de la escalera, se halla la figura de Carlos Marx con su libro bajo el brazo, *El Capital*, cuyo contenido doctrinario constituyó para Diego Rivera la meta histórica de la comunidad mexicana. Pero a ninguno de los 10 presidentes que han gobernado la República desde entonces, se les ha ocurrido borrar esa parte de la pintura mural del gran artista guanajuatense, aun cuando no concuerde con lo preceptuado por la Carta de 1917. Este respeto es digno de resaltarlo con orgullo nacional.

Muchas estatuas fueron erigidas en el siglo XIX, incluso más que en el XX, sobre todo si se contabilizan las de pequeño tamaño referentes a los ciudadanos relevantes nacidos en las diferentes entidades federativas; estatuas que están alineadas en las calles laterales del Paseo de la Reforma.

Sobre la obra estatuaría decimonónica cabe mencionar entre otras la de Enrico Martínez, inaugurada en mayo de 1884, debida al cincel del escultor Miguel Noreña; *La Victoria* que conmemora la proclamación de nuestra autonomía política en el pueblo de Dolores e inaugurada en 1830 en el sitio que ocupa ahora el Reloj Chino —esquina de Bucareli y Atenas— que regaló el gobierno respectivo con motivo del centenario del Grito de Dolores. Mas por estar éste situado cerca de la Plaza de la Ciudadela, sufrió graves daños durante la Decena Trágica en febrero de 1913; fue reconstruido después casi por entero por el arquitecto Carlos Gorbea, para ser reinaugurado en el centenario de la consumación de la Independencia de México en 1921.

La estatua de Morelos, colocada en la Plaza de Guardiola fue inaugurada por Maximiliano en el centenario del natalicio de ese patriota, el 30 de septiembre de 1865. Fusilado el príncipe de Habsburgo, también *cayó en desgracia* ese monumento a Morelos y se le trasladó a la Plaza de San Juan de Dios; más tarde se le llevó a la colonia de La Bolsa por el rumbo de Tepito a cuyas espaldas se formó la colonia Morelos donde, al fin, reposa o se yergue el cura de Carácuaro. Otra estatua de Morelos se construyó durante el porfiriato en el Jardín de la Ciudadela.

También se erigió el monumento a la Corregidora de Querétaro inaugurada en la Plaza de Santo Domingo a finales del siglo pasado. Otra escultura fue la de Cristóbal Colón, esculpida por Charles Cordier, quien fue contratado por el francófilo Antonio Escandón, vecinado en París, que pagó 60 mil pesos —ide aquellos pesos!— y la hizo exhibir primero al público parisino en el Palacio de la Industria de la Ciudad Luz en 1874 para ser ubicada después aquí, en el Paseo de la Reforma, en agosto de 1877. Diez años más tarde, el 21 de agosto de 1887, se develó la estatua de Cuauhtémoc, la que fue removida unos cuantos metros hace tres decenios,

para dar así mejor perspectiva al cruce de Reforma e Insurgentes. Pero el tema de las estatuas diseminadas en la capital de la República es un vasto relato que habré de reservar para una coyuntura monográfica.

El lector que sólo espera de un estudio sobre el Centro Histórico lo que tenga de arquitectura y urbanismo, le importaría sin embargo leer la página que Sotomayor dedica a la creación del Distrito Federal en el marco de la Carta de 1824, así como las vicisitudes que tuvo nuestra entidad capitalina con otras leyes fundamentales: su aparición y desaparición, su reaparición y ampliación, su reducción y el pretendido cambio de ubicación geográfica de dicha entidad federativa.

Son muy descriptivos los apuntamientos que hace Sotomayor con respecto a los usos y costumbres de las distintas clases sociales en el siglo XIX. Yo diría que no dejan de estar simbolizados éstos en la forma de alumbrar sus casas los diferentes estratos sociales. He aquí un pequeño párrafo alusivo: “La división de clases la marcaban aquellas velas que eran de cera del norte y de buen grosor para las familias pudientes; las de menores ingresos usaban velones de parafina o estearina, como también le decían; y la clase humilde se conformaba con poner su vela de sebo sobre un plato de barro”.

La simpatía que Sotomayor muestra por la figura liberal de Sebastián Lerdo de Tejada le hace decir que al término de su jornada diaria escribía cartas a sus amistades y a una mujer que no supo corresponder a su devoción. Acaso por eso Lerdo murió soltero, como también el tres veces presidente, Anastasio Bustamante.

La morfología de la ciudad capital cambió de modo notable con siete avenidas que la cruzaron en distintas direcciones en los siglos XIX y XX.

Tres avenidas diagonales se trazaron en las dos centurias y favorecieron la expansión de la ciudad del noreste hacia el suroeste: una fue la del Paseo del Emperador abierta por Maximiliano en 1865 y llamada después Paseo de la Reforma, la que hubo de ampliar el presidente Lerdo de Tejada con sus rúas laterales a expensas de los amplios jardines expropiados de las casas que prontamente fueron edificadas después de la traza del

Paseo del Emperador. La otra diagonal fue la de Insurgentes; su apertura se inició en los primeros años veinte de este siglo por el presidente Obregón y se concluyó hasta los cincuenta de esta misma centuria por el presidente Alemán. Se abrió también una diagonal en la misma dirección cuyo primer nombre fue el de avenida Casas Alemán y, meses después, avenida Universidad. El presidente Alemán la inició y concluyó.

En ambas centurias se amplió el callejón del Arquillo que iba de Oriente a Poniente y conservó su estrechez durante los cuatro siglos anteriores a que se hubiesen formado las calles de 5 de Mayo, en los ochenta del siglo pasado. En 1861 se partieron en dos los conventos de Santa Clara y de la Profesa para dar paso a los dos primeros tramos y se amplió hacia el Oriente el mencionado callejón del Arquillo hasta un costado de la Catedral, no sin derruir su acera sur. Luego esa misma avenida 5 de Mayo fue prolongada desde las antiguas calles de Vergara —hoy Bolívar— después de haber demolido el viejo teatro Nacional o teatro Santa Anna, cuyo nombre cambiaba según estuviese en desgracia o no ese personaje tragicómico de la historia nacional que se llamaba Antonio López de Santa Anna y Pérez de Lebrón. Continuó la prolongación de la avenida 5 de Mayo después de haberse demolido en 1908 el Templo de Santa Isabel, donde se construyó *interrumpidamente* el Palacio de Bellas Artes desde 1908 hasta 1934, o sea, desde el gobierno de Porfirio Díaz hasta el de Abelardo Rodríguez, porque las obras se suspendieron durante la etapa más cruenta de la Revolución: de 1910 a 1930.

Las otras tres grandes avenidas que cambiaron la fisonomía urbana de nuestra capital —las que van de norte a sur— se construyeron en el cuarto decenio de este siglo: una fue la avenida 20 de Noviembre que arrasó con casonas y templos para dar perspectiva a la Catedral desde la Plaza de Tlaxcoaque, cuyo coro fue decorado por el gran pintor zacatecano Francisco Goitia.

La otra fue la antigua calle de Flamencos, ahora Pino Suárez, que también hubo de arrasar con arquitectura colonial de gran mérito; entre lo destruido se hallaba la casa, en la esquina de Regina, donde nació el promártir mexicano San Felipe de Jesús.

La tercera avenida ensanchada de tres a cuatro veces más respecto a su tamaño original, iba de norte a sur. Se trata del eje Lázaro Cárdenas que tuvo que sacrificar no sólo su estrechez sino su memoria histórica cuyas víctimas fueron, ya lo dijimos, las calles del Niño Perdido, San Juan de Letrán, Juan Ruiz de Alarcón, Aquiles Serdán y Santa María La Redonda.

El relato que hace Sotomayor del restaurante El conejo blanco es magnífico y sugiere la idea de la factura de un libro cuyo nombre podría ser —auxiliado de fuentes atendibles—, dos siglos de fondas y restaurantes capitalinos.

Por cierto que El conejo blanco estuvo ubicado entre el segundo y tercer tercio del siglo pasado en el callejón de Bilbao, situado a espaldas del portal de Mercaderes y cuya entrada se hacía por la calle de Tlapaleros, o sea, la acera norte de la avenida 16 de Septiembre. Dicho callejón, profundo y cerrado, no tenía salida a Madero y fue sustraído a la ciudad al transformarse la tienda El Centro Mercantil en el Hotel de la Ciudad de México, ello en forma inconsulta y arbitraria.

Tal despojo o robo urbano nos lleva a recordar hasta qué punto, en San Ángel, donde vivía don Manuel Gómez Morin, éste absorbió para su propio beneficio una calle cerrada vecina a su casa, acto que fue nulificado gracias a la activa diligencia cívica de los vecinos aledaños a la propiedad de Gómez Morin, muchos de los cuales eran sus amigos. El mismo entusiasmo cívico mostramos los vecinos de Coyoacán para evitar el despojo de una vía pública fraguado por el director de cine, el *Indio* Fernández, quien se apoderó primero de la cerrada de Dulce Olivia que daba al poniente y después de la de Zaragoza: el *Indio* Fernández gestionó ante las autoridades citadinas para que se le diera ese nombre, movido por la admiración que tenía el cineasta mexicano por la actriz Olivia de Haviland.

La urbe no es sólo una sucesión de casas, calles, plazas, plazoletas, monumentos, templos, palacios y jardines, sino que es también el receptáculo apropiado para que allí se gesticule la cultura, resulta perfectamente apropiado trazar aunque sea un boceto tenue de quiénes vivieron en ella y le dieron en parte, con sus luces y conducta ejemplar, sentido a la existencia colectiva de la ciudad, como lo hace Sotomayor.

El autor, fiel al apotegma de Max Scheller consistente en “dime lo que admiras y te diré quién eres”, nos dibuja la silueta de cuatro hombres ejemplares del siglo XIX, quienes con su pluma y conducta aleccionadoras, destacan para ser admirados en la posteridad.

Sotomayor tiene, sin duda, afinidad con aquéllos. Describe con pasión y justicia a José Joaquín Fernández de Lizardi y a Guillermo Prieto, a Carlos María Bustamante e Ignacio Manuel Altamirano, todos probos y algunos de ellos desempeñaron cargos públicos elevados que no convirtieron en botín y que *nunca confundieron el verbo ser con el verbo tener*.

Antes de terminar estas líneas diré que la tetralogía de escritores distinguidos que destaca Arturo Sotomayor, muertos en digna pobreza, dan también sentido a la irisada constelación de seres humanos que vivieron en la centuria pasada. Son parte de la ciudad. Ésta quedaría mutilada sin aquéllos. Hizo bien Sotomayor en dibujarlos con pasión razonada. Concluiré señalando una tesis que desde hace 26 años lancé a la opinión pública y que defendió Arturo Sotomayor con reiteración, la cual se expresa en cuatro párrafos escritos por él en este texto. Los selecciono en forma discontinua:

Uno: Una fuente de productividad económica no explotada óptimamente está en la adquisición de casas antiguas cuya solidez y estabilidad ha sido demostrada por sismos y otros siniestros que no lograron derribarlas ni afectaron sus estructuras. Con imaginación creadora se percibe que estas casas viejas poseen una carga de juventud.

Dos: El lamentable contraste se da en mansiones cuyo destino podría ser aquí y ahora productivo, y sin embargo se encuentran convertidas en bodegas de cosas que con su peso acabarán por desplomar joyas coloniales o monumentos históricos, que precisamente por serlo, podrían redituarse a quienes supieran manejar adecuadamente las ganancias que como almacenes impropios jamás darán.

Tres: La finalidad es salvar a la ciudad antigua de la degradación que la está consumiendo. La manera es adquirir fincas idóneas para readaptarlas y utilizarlas en vez de demolerlas. Los adquirientes ideales serían los elementos más

dinámicos y progresistas de la iniciativa privada. El destino de tales fincas —justifíquese la insistencia— es el de convertirlas en hoteles muy exclusivos, en edificios comerciales con oficinas de alta cotización y en departamentos de muy elevadas rentas con acabados modernos y lujosos, combinados con el sabor tradicional que es propio de nuestra ciudad.

Cuatro: Si lo aquí escrito logra tocar la sensibilidad y el talento de quienes puedan y quieran contribuir a la prosperidad capitalina se alcanzarían dos objetivos: salvar a la ciudad antigua de la degradación que padece y renovar su prestigio de núcleo de progreso económico, político, social y cultural. Así la clasificación del Centro Histórico cobraría sentido.

En suma, el excelente libro de Arturo Sotomayor ilustra al lector sobre la ciudad antigua de México y lo conduce a amarla y respetarla.

Luis Spota*

La novela de Luis Spota, intitulada *Casi el paraíso*, constituye para muchos una lección de humildad.

Se mantuvo el prejuicio —yo entre muchos— de que Spota nunca podría llegar a ser escritor, un gran escritor, debido a que el joven novelista hará unos 14 años, allá cuando iniciaba sus primeras armas en el periodismo nacional, hubo de declarar con énfasis y con la irreflexión de su incipiente experiencia, que el arquetipo o modelo a imitar para él era uno de esos columnistas que padece el país y cuya pluma suele mojarla en un extraño líquido, en donde no se sabe qué predomina más: la tinta, el whisky, la bilis o la venalidad. Es evidente que me refiero a Carlos Denegri.

Desde entonces supuse que Spota iba a engrosar esa penosa galería de periodistas incapaces de escribir con conciencia y con oficio. A ellos se debió que nunca hubiese yo hojeado ninguno de la media docena de libros que sobre asuntos diversos publicó durante los últimos años. E incluso me sorprendió que la muy acreditada editorial Fondo de Cultura Económica se hubiese lanzado a la aventura de editar el libro que hoy me propongo comentar. Y no sólo al prejuicio aludido se debió que la novela *Casi el paraíso* la hubiese desdeñado por automatismo desde su aparición, sino también a una censurable falta de entrenamiento como buen lector de novelas, pues hace 15 años no leía yo una completa.

* Artículo titulado "Spota, una lección de humildad", publicado en el periódico *Novedades* el 18 de enero de 1957.

Fue indispensable el tono inicial de confidencia y hasta si se quiere de *mea culpa* que tiene la presente nota bibliográfica, pues el autor de *Casi el paraíso* —lo digo de manera rotunda— se ha colocado, de un golpe, entre los primeros novelistas mexicanos de las nuevas generaciones.

Como cada uno de los seres humanos de excepción, Spota posee una individualísima lógica interior y mecanismo íntimo que le impedía predecir con precisión cual habría de ser en definitiva su proceso de desarrollo personal y la meta última hacia donde fuera a desembocar. Por caminos secretos e imprevisibles ha sabido Luis Spota evadir el destino que él mismo se había asignado en sus años de adolescencia. Por ello, por haber entrado a las letras por la puerta grande y no subrepticamente por la ventana, es por lo que el caso Spota constituye, en efecto, una lección de humildad.

Casi el paraíso está asentada sobre una vigorosa arquitectura de novela, en donde se hallan tramados dos asuntos: la vida de un personaje lamentable y siniestro pero no exento de simpatía, que es el seudopríncipe Ugo Conti, cuya vida relata Spota con un realismo parecido al de la técnica cinematográfica italiana creada por Cesare Savattini; y el otro asunto es la crítica mordaz, acertada e inigualable a ese novorriquísimo ausente de toda nobleza espiritual e intelectual que ha padecido México en el último cuarto de siglo, desde que desapareció la censura social frente a los agentes de la corrupción en los negocios públicos y privados que suelen entrar y salir con toda desenvoltura, incluso en los hogares más respetables.

En esa doble novela, en la que se hallan entreverados con técnica impecable uno y otros asuntos, *el parvenu* o el advenedizo social sufre una de las críticas más demoledoras y eficaces: Spota, sin caer en la diatriba, antes al contrario, ciñéndose siempre a su condición de novelista, hace desfilar una tipografía perteneciente a esa casta de advenedizos —en maridaje con los supervivientes de la aristocracia pulquera, como decía Bulnes— ante cuya imagen el lector puede conocer el mundillo social y político de México y advertir cómo cada uno de los protagonistas y deuteragonistas corresponden a un hombre de carne y hueso en la vida real.

Allí está Alonso Rondia, enriquecido por la debilidad de los políticos e inflado de vanidad pero amnésico a su oscuro pasado, pronto a adquirir un título nobiliario, no importa que para ello estropee el honor de su hija. Ahí está esa falta aristócrata conectada en forma mercenaria con los círculos decadentes de la aristocracia internacional para fungir una especie de jefe del ceremonial, introductora de príncipes, duques y marqueses de pacotilla, cuya profesión no es otra que la de proveer y adornar con falsos o auténticos apellidos nobiliarios a las familias de los políticos y negociantes deshonrados. Está dibujado con gran probidad intelectual y con mano maestra de artista —sin incurrir en nada que constituya una infracción al buen gusto, no obstante el verismo del lenguaje que sabe emplear— el espejo que retrata con fidelidad los rasgos languidecientes de una sociedad que adopta y monopoliza para sí el nombre todo de la sociedad mexicana, esa que vive de invitarse y dejarse de invitar, o que imita de modo frustráneo y en forma rastacuera los usos y maneras del gran mundo europeo y neoyorquino, el *jet set*.

Esta frustración y este rastacuerismo es justamente lo que otorga hilaridad a esa frívola conducta, a pesar de la acción antisocial que ejerce.

Y por lo que se refiere a la biografía del falso príncipe, el autor de *Casi el paraíso* logra fraguar la descripción del alumbramiento y su niñez de aquel en una de las páginas más hermosas y estrujantes del libro.

Para que una novela sea buena —ya se sabe— no basta que posea una bien pensada arquitectura, un lógico desarrollo, una bien dibujada trama y un lenguaje apropiado; se requiere, además, que el lector desde sus primeras páginas no la abandone sino hasta concluirarla. Y tal repertorio de virtudes es precisamente el que caracteriza a *Casi el paraíso*.

Sin pertenecer a grupo o cenáculo literario alguno que practique una provechosa simbiosis, Spota muestra cómo, calladamente, puede ir un hombre desarrollando su vocación de escritor y colocarse sin trampa ni simulación, de un golpe, en un sitio de honor en la novelística mexicana.

León Nicolaievich Tolstoi*

No podremos comprender con exactitud la monumental obra del novelista, pensador y profeta que fue León Nicolaievich Tolstoi, si eludimos asomarnos a su ondulante y agitada vida y a esa mezcla extraña de hiperestesia y vigor de oso que había en su temperamento.

Tampoco nos explicaremos los escritos del célebre conde ruso sin antes atisbar, siquiera de paso, en la existencia del hombre que había detrás de León Nicolaievich Tolstoi. No se debe olvidar una verdad harto obvia consistente en que el hombre, si ha de dejar huella al pasar sobre el planeta, ha de ser de un modo previo y sustantivo: hombre. Lo demás es adjetivo y ya le vendrá por añadidura: ser poeta o zapatero, filósofo o albañil, político o labrador, moralista o empleado postal. Y Tolstoi fue, antes que nada, hombre.

Desde la perspectiva del universo en que se hallaba ubicado Tolstoi, todo lo contemplaba antropomórficamente. Su visión del cosmos poseía un resabio, un regusto marcadamente humano y nada de lo que es ajeno al hombre le era extraño: sensualidad y ascetismo, amor desinteresado y celos demoniacos, esperanza y desesperación, vanidad y desprecio de sí propio, egoísmo y altruismo.

Los sentimientos más antitéticos, los pensamientos más disímiles habitaban en perpetuo diálogo y en dramática oposición dentro de la conciencia oscilatoria de Tolstoi. El mérito esencial de sus creaciones literarias

*Prólogo escrito para el volumen XXXVIII de *Novelas y cuentos de Dostoievski y Tolstoi* y publicados en Clásicos Jackson en Buenos Aires en 1950 y en México en 1963.

reposa, justo en que despiden un penetrante olor a vida, un tufo inconfundible de existencia humana. Sus obras son, en verdad, anchas ventanas por donde se observa la luminosa y sórdida realidad trashumante.

Para entender mejor el significado y cuantía del mensaje ético y estético de Tolstoi conviene, por tanto, hurgar un poco en el vivir de ese eslavo insigne, quien con las siete letras de su apellido cubre toda una etapa de la literatura rusa universal.

Simbólicamente, Tolstoi significa en lengua rusa espeso, macizo, grande. León fue el hijo menor de una familia de nobles. Nació en Yásnaia Poliana (Polonia), provincia de Tula, en 1828. Contaba apenas dos años cuando su madre murió y quedaron al cuidado de él y de sus hermanos tres mujeres, que influyeron de modo decisivo en la integración de su espíritu.

Una de ellas fue Prascova Isaievna, sirvienta abnegada y llena de desinterés; la otra era su tía Alejandra, quien sólo se ocupaba de leer vidas de santos, en conversar con los peregrinos contrahechos y con monjes y frailes que solían pasar por Yásnaia Poliana y se hospedaban con frecuencia en su casa.

La tía Alejandra vivía como una santa y rehusaba lujos y servidumbre: prefería servir ella misma de criada a los demás y todo el dinero que caía, en sus manos lo repartía entre los pobres. La tercera mujer que moldeó el carácter tierno y bondadoso del escritor, fue su tía Tatiana. A este propósito, escribe Tolstoi en sus memorias: "Mi tía Tatiana ejerció una enorme influencia en mi vida; ella fue quien me inició en las delicias del amor espiritual; no me lo enseñaba con palabras sino con su conducta; pero su mejor cualidad, que me comunicaba también, era su infinita bondad con todos, haciéndome conocer las dulzuras de una vida apacible y solitaria".

La infancia de Tolstoi se caracteriza por una constante explosión de sentimientos de lástima y afecto, acompañados casi siempre de lágrimas. Por ello sus hermanas solían llamarlo *Leva-reva*: León llorón. Y es que esas tres mujeres influyeron en forma tan intensa en el niño que determinaron en mucho los rasgos distintivos de su vida emocional: hiperestesia y ternura, sentido de lo trascendente e inclinación hacia la naturaleza, un gusto decidido por la música y una piedad incontenible hacia los humildes.

A los ocho años es llevado por su tía Alejandra Ilinchina a Moscú, lugar donde adquiere alguna ilustración. Durante su estancia de ocho años en la ciudad patriarcal, nace en el joven León una etapa amorosa que no encuentra reciprocidad, acaso porque posee una cara poco agraciada, que su hermano, Nicolás, califica abiertamente de fea en sus memorias: “No hay remedio —dice Stefan Zweig con toda crudeza—: ese rostro es bajo y vulgar; no es un templo sino un calabozo del pensamiento; es un rostro apagado, oscuro, siniestro, feo”. Y por su lado Romain Rolland, que tan devoto fue de Tolstoi, lo describe así: “Tenía una fealdad simiesca: rostro brutal, largo y pesado, cabello corto y calzándole la frente, ojos pequeños que miraban con dureza hundidos en órbitas sombrías; nariz larga, labios gruesos y salientes”.

Por ello, apenas le apuntaba barba y bigote Tolstoi se los deja crecer para que a manera de máscara cubran sus rasgos fisonómicos: barba y bigote que el tiempo se encargará de platear hasta darle ese aspecto venerable y notable que tuvo el novelista hasta la vejez. “Cuando viaja en coche junto a su criado, uno se pregunta cuál de los dos es el conde, y es que el rostro —vuelve a observar Zweig— hace siempre el efecto de que es igual a los otros rostros, tal como si el genio se hubiera disfrazado de pueblo”.

Ese sentimiento de minusvalía lo provocaba su propia fealdad, pero como una compensación superadora está el afán de gloria que desde temprano asaltó a Tolstoi: “Un incendio, cualquier ruido insólito en la calle me ponía nervioso y me hacían creer que había llegado la ocasión de salvar a alguien o realizar algún acto de valor que me distinguiese y realizase mi vida”, escribía con ingenuidad el profeta eslavo, quien después clamaría contra la vanidad. “Soy tan ambicioso, que si tuviese que escoger entre la gloria y la virtud —que tanto amo— creo que de seguro me quedaría con la primera”.

Tolstoi obtuvo la gloria en la única forma en que es lícito lograrla, cuando la gloria es compatible con la virtud, o cuando ésta precede a aquella. Típico adolescente superior y bien dotado, “quería que todos me conocieran y me amasen; deseaba que sólo al escuchar mi nombre todos se llenaran de admiración y me dieran gracias”, escribe Tolstoi en su libro *Juventud*.

A la muerte de su tía —cuando Tolstoi contaba con 16 años— se trasladó a Kazán. Esta ciudad era por entonces la capital de todas las provincias del Volga y del Kama, concentrándose en ella después del verano lo más granado de la nobleza rusa.

Tolstoi resolvió vivir de acuerdo con su condición, es decir, como joven rico y con título nobiliario, rodeado de lujos y frivolidades propias del hombre mundano. Pero las señoritas se aburrían a su lado, aunque lo hallaban interesante en medio de su aspecto distraído y poco hermoso. Por más que se proponía ser desenvuelto y actuar con desenfado, notábase en sus ademanes cortedad y timidez. Su fealdad acababa por mortificarlo y cohibirlo. Un fracaso amoroso sufrido entre los 17 y los 18 años, lo desespera. Decide refugiarse en la recién heredada Yásnaia Poliana.

Corroído por un insistente deseo de fama y ansioso de triunfar con las mujeres, se propone en su encierro —muy de acuerdo con su naturaleza impulsiva— adquirir un saber enciclopédico en el breve plazo de dos años. Desea destacarse como un joven singularmente docto. Su plan consistía en estudiar al mismo tiempo y en forma autodidacta, todas estas carreras y materias: la carrera íntegra de derecho y la de medicina práctica y teórica, ruso, francés, alemán, italiano y latín, economía rural, historia, geografía, estadística, matemáticas, historia de la pintura, historia de la música y ciencias naturales. proyecta redactar un ensayo para obtener el doctorado en filosofía y escribir “obras sobre todas las ciencias que me propongo estudiar”.

Pero lo que más le interesaba a Tolstoi era redactar sus reglas generales en las que formularía un inventario de todas sus obligaciones y ocupaciones, así como la finalidad y norma de su existencia. Y, después de todo ello obrar, pero sin apartarse de sus reglas generales.

El joven conde pasa horas y horas tendido en el césped usando como almohada un manojo de diccionarios. De acuerdo con el plan fáustico que se impuso, lee de todo. Su autor favorito es Rousseau. Devora el *Emilio* y las *Confesiones* y en vez de llevar una cadenita con cruz en el pecho ostenta un medallón con el retrato de Juan Jacobo. Su ascetismo y ruptura con el mundo llegan a extravagancias cómicas. Quiere parecerse a Diógenes y

entablar contacto estrecho con la naturaleza de conformidad con la filosofía cínica, si bien sustituye el clásico barril por una bata de peregrino mendicante. Con ella pasea muy orondo por los salones y jardines de su finca desafiando las convenciones sociales, en medio del azoro de los invitados.

De pronto —joven de vida insosegada que ausculta e intuye un destino personal sobresaliente—, en su afán de sabiduría lo trueca por un deseo incontenible de hacer el bien, de convertirse en redentor de los humildes. Sin duda que *Apuntes de un cazador*, de Turguéniev y *Antonio, el desgraciado* de Grigorovich, reavivaron en Tolstoi una inclinación hacia los siervos y los explotados, fomentada en su primera infancia por las tres mujeres que lo rodearon.

De manera apasionada y febril se dedica a su nueva tarea de bienhechor de campesinos. Presta dinero a los necesitados. Ayuda a los siervos para mejorar sus cultivos. Reparte pan y leña a quienes se le acercan. Prohíbe los castigos corporales y funda una escuela. Sin embargo, Tolstoi no alcanza éxito con el nuevo papel que se había impuesto: el de apóstol. La esclavitud secular de los campesinos creó en ellos una explicable desconfianza que los predisponía contra las innovaciones redentoristas del conde: no acertaban a comprender que alguien se interesase por sus vidas en forma tan decidida, sino se perseguía el propósito oculto de perjudicarlos.

Un poco amargado y en cierto modo arrepentido, Tolstoi se dirige con sus 20 años encima a San Petersburgo a fijar *para siempre* su residencia en la suntuosa capital. Ingres a la universidad y prueba las asignaturas de Derecho civil y Penal en unas cuantas semanas. Juega a las cartas y lleva una vida de disipación y desenfreno. Más tarde, desiste de estudiar —naturaleza desorbitada y versátil que no encuentra todavía su órbita—, vuelve a Yásnaia Poliana porque dice “me atrae la vida del campo y ha llegado la primavera”.

Meses después se dirige a Moscú para incorporarse al gran mundo y reanudar sus inclinaciones de jugador, de licencioso y de hombre elegante. “Es curioso que le gusten tanto los naipes —observa Gorki—; juega seriamente, con pasión. Cuando toma las cartas, sus manos tiemblan como si cogieran un pájaro vivo y no un pedazo de cartón inerte”.

El 18 de enero de 1851, a los 23 años, escribe Tolstoi en sus *Diarios*: “para lo que me he propuesto, lo principal son las tres cosas siguientes: primera, introducirme en la sociedad de la gente rica que juega para ganar. Segunda, introducirme en las esferas más elevadas y, si se presenta la oportunidad, casarme en buenas condiciones. Tercera, obtener un buen empleo”.

Nuevo fracaso: no acrecienta con el juego su fortuna, ya mermada; no se casa ventajosamente y no obtiene empleo alguno.

Enésimo refugio en Yásnaia Poliana. Pero no para entregarse a la quietud de una vida ascética, sino para proseguir jugando a las cartas y continuar con orgías amenizadas por bailarinas gitanas.

Esta vida tumultuosa le permite, sin embargo, ir desarrollando su vocación de escritor al vaciar en sus *Diarios* todas sus experiencias. En esta etapa de su existencia Tolstoi desarrolla una de sus cualidades sustantivas: la de un verdadero micrógrafo que gusta escribir todo género de situaciones, relaciones, trajes, épocas. Maniaco del detalle, nos va desnudando con todo pormenor el agudo problema del alma humana y las fluctuaciones de su propia conciencia; dibuja como un miniaturista o enumera como un catalogador —a la manera de Proust y Stendhal— observaciones sobre los yerros de su conducta cotidiana. ¿Cuáles son esos yerros? El mismo Tolstoi nos lo dice: “Primero: indecisión o falta de energía; segundo: engaño a mí mismo; tercero: precipitación; cuarto: falsa vergüenza; quinto: mal humor; sexto: confusión; séptimo: espíritu de imitación; octavo: volubilidad; noveno: irreflexión”.

Mediante esta enumeración, véase cómo el escritor es tan minucioso para analizarse, como severo y honrado para juzgarse.

En abril de 1851 Tolstoi medita sobre la manera de emplear su portentoso vigor juvenil y canalizar su impetuosa salud de roble. Resuelve servir como oficial de artillería en un destacamento que se hallaba en el Cáucaso.

El Cáucaso es para los rusos un país de encanto. Pushkin y Lérmonov celebraron sus maravillas. La tierra de los sueños, de las aventuras, de los amores devuelve a Tolstoi el sentido puro y sencillo de la existencia.

Las caminatas, las ascensiones, los sueños reparadores de las fatigas impuestas a su cuerpo, el conversar con almas rústicas y elementales infunden en él una calma como no la había disfrutado antes. El aspecto solemne de las montañas caucásicas y el contacto estrecho con la naturaleza despiertan en él actitudes panteístas y místicas que lo convierten otra vez en lo que llamó Gorki “un hombre de la humanidad”. Hastiado de los perfumes malsanos de los salones de las casas de juego. Tolstoi prorrumpe en una carta: “sólo ahora comienzo a vivir”.

Empero, todos estos arrobos místicos se conciliaban y convivían dentro de su alma contradictoria con preocupaciones frívolas que solía confiar a su *Diario*: “me desespera que la guía izquierda de mi bigote esté más alargada que la derecha, pero he de arreglármela dos veces al día delante del espejo hasta que quede bien”. Tal preocupación, procedía de que había caído nuevamente en enamoramiento: el objeto de sus desvelos era la bella cosaca Mariana. En esa época de éxtasis panteísta lo devoraban tres demonios, según anota en sus *Diarios*: “Primero: la pasión del juego, lucha posible; segundo: la sensualidad, lucha muy difícil; y tercero; la vanidad, el demonio más terrible de todos”.

Después de tan sinuosos rodeos dados durante la adolescencia y su primera juventud, Tolstoi concluye por hallarse a sí propio.

De héroe, sabio, filántropo, juerguista y jugador que quiso ser, acabó en escritor: empezó anotando recuerdos e impresiones cotidianas y terminó como novelista, quizá el mejor novelista del mundo del siglo XIX. Tiene 25 años y en los dos y medio que permanece en el Cáucaso ofrece sus primicias literarias al gran público. La revista *Souremnick (El contemporáneo)* publica su novela titulada *Infancia*, firmada con tres letras: LNT, en donde todo el idilio de la tierna edad, tan vario, tan complejo en su ingenuidad aparente, se desarrolla a la manera de Dickens en su *David Copperfield*.

Infancia debía ser la parte inicial de una obra cuyo título sería Historia de cuatro épocas, pero de la cual sólo fueron escritas las dos primeras partes: *Infancia* y *Adolescencia*; *Juventud* quedó incompleta.

A la etapa de su estancia en el Cáucaso, pertenecen sus libros titulados *La incursión o correría*, *La mañana del Terrateniente* y *La tala del bosque*. Este último dedicado a Turguéniev. *Los cosacos* es también de esa época, si bien sale a luz años más tarde; en ésta la autobiografía se confunde con la invención, la realidad con la imaginación: exalta la vida de fuerza, de audacia y libertad de los campesinos ignorantes y alejados del morbo ciudadano y describe el sublime amor; mezclado de tumultuosa pasión que abrigó por la bella cosaca Mariana.

El fracaso de ese amor obliga a Tolstoi a huir del Cáucaso y decide retirarse del Ejército. Mas como por aquellos días estalla la guerra de Crimea contra Turquía, no puede refugiarse en Yásnaia Poliana. Se alista en el Ejército nuevamente; era el año de 1855 y contaba ya con 27 años.

En las trincheras, durante dos días y dos noches seguidas en compañía de oficiales victoriosos, juega hasta perder su finca de Yásnaia Poliana, valuada en cinco mil rubros de entonces. Escribía Tolstoi deprimido por el vicio del juego: “En estas condiciones lo único que a un hombre le queda careciendo de toda cosa humana, es olvidar, eliminar la conciencia. Siento asco de mí mismo, hasta quisiera olvidar que existo”.

Más tarde, ocurren importantes acciones de guerra en las cuales interviene con valor el comandante de batería de montaña León Nicolaievich Tolstoi. No sólo interviene como actor, sino que como espectador minucioso redacta los *Relatos de Sebastopol* —Sebastopol en diciembre de 1854, Sebastopol en mayo de 1855 y Sebastopol en agosto de 1855— obra que hará decir a Negrásov en carta dirigida a Turguéniev: “¿Sabes lo que es este libro? Es una soberbia descripción de diversos tipos de soldados y oficiales; es decir, una cosa desconocida hasta ahora en la literatura rusa. ¡Y qué bien escrito está!” Turguéniev le contestó: “Tienes razón, es un gran talento. Empújale para que trabaje más. Dile que lo saludo, lo felicito y le aplaudo”.

La fama de Tolstoi arranca de sus *Relatos de Sebastopol* en donde la guerra es pintada de manera coreográfica, tal cual la imaginan los lectores de poemas épicos. El espectáculo de los cuerpos mutilados o cubiertos de sangre, yacentes en la inmovilidad rígida de la muerte, la horrible carnicería

de la Torre de Malajov, máximo baluarte de Sebastopol, son otras tantas páginas inolvidables dignas de cotejarse con las más bellas de *La Guerra y la Paz*. En los *Relatos de Sebastopol* ya se advierte el alma de las muchedumbres, la pintura minuciosa de pormenores, el análisis profundo de los motivos síquicos individuales que explican el comportamiento del combatiente durante la refriega.

Tolstoi se dirige a San Petersburgo a disfrutar su bien ganada gloria de escritor, después del asalto supremo y rendición de Sebastopol. El famoso crítico Pisemski le predijo esa gloria con las siguientes palabras: "No conozco otro escritor contemporáneo que se haya hecho amar tanto como usted. Su manera de escribir hace confiar mucho en su pluma, aun a los más prudentes en sus juicios". Por su parte, la Zarina contribuyó a extender la fama del nuevo escritor cuando leyó la segunda narración y lloró caudalosamente. El Zar, conmovido también, ordenó que se tradujeran al francés todas las narraciones de los *Relatos de Sebastopol* y dispuso que se preservara de cualquier peligro a León Tolstoi.

Ya a salvo, helo frecuentando la más alta sociedad y la corte. Observa aquel mundo de sibaritas, diplomáticos y militares y participa de su vida disipada. Pero Tolstoi no puede obtener la felicidad en ese gran mundo ni en los cenáculos literarios. Se interesa más vivamente por la personalidad humana de sus colegas, que en hablar con ellos de literatura. Esta afición la conservó Tolstoi en plena vejez: cuando Gorki le habla de una nueva novela él prefería preguntar: "¿conoce usted a su autor?, ¿cómo es?" Los escritores, que antes de tratarlos le parecían resplandecientes, de cerca le son mentirosos y mezquinos, como Turguéniev, por ejemplo.

Tolstoi se recoge de nueva cuenta en Yásnaia Poliana, que ya había recuperado, después de haberla perdido en el juego. El mismo día de su llegada convoca a una reunión de campesinos y les anuncia que les concede la libertad en condiciones muy ventajosas. Pero sus palabras son acogidas con incredulidad porque los campesinos estaban cansados de esperar y no habían obtenido ni su libertad ni las tierras gratuitas al subir al trono Alejandro III, como lo prometió éste. Nuevo fracaso de Tolstoi en sus afanes manumisores.

Un amor frustrado por falta de entusiasmo de León Tolstoi hacia Valeria Arsenieva —idilio lleno de reproches en los cuales Tolstoi exige que ella tenga la categoría intelectual para comprender al hombre de excepción a quien ama— lo decide a emigrar hacia París a principios de 1857. La explicación de esta ruptura amorosa se encuentra en *La felicidad de la familia*, donde aparecen exagerados los defectos de Valeria.

En París, Tolstoi busca las delicias del arte. Visita el Louvre, Versalles, los conservatorios de música y los teatros. Conoce a Próspero Mérimée. Asiste a las lecciones de La Sorbona, pero basta que vea funcionar la guillotina durante una ejecución salvaje, para que su supersensibilidad y su dignidad humana lo obliguen de inmediato a cambiar París por Ginebra. En la ciudad de los lagos, Tolstoi conoció a Alejandrina Tolstaya —mujer 11 años mayor que él— de quien se enamoró tranquilamente y con la cual conservó una sólida amistad casi hasta su muerte. Va después a Lucerna, donde experimenta nueva indignación contra la cultura occidental europea, al ver cómo es humillado en un café un mendigo cantor. Decide regresar a Rusia. De paso por Berlín asiste a las cátedras de historia de Droyser y a las de física de Dubois Raymond.

Antes de un año ya está de vuelta en Moscú, donde distribuye su tiempo entre las tertulias de literatos y artistas y los viajes a San Petersburgo. Este último lugar le sirve para relacionarse, aún más, con el gran mundo intelectual ruso de la época. Unos cuantos meses de esta vida le aburren y lo incitan a recluirse en su obligado refugio.

Por aquel entonces, en 1859, Tolstoi abrió una escuela en Yásnaia Poliana que no se parecía a ninguna otra: en ella reinaba una sorprendente armonía y fraternidad entre maestros y alumnos. A propósito de esta noble tarea, el joven conde escribe a su amiga Tolstaya:

Realizo un trabajo poético y hermoso del que no puedo desprenderme: es la escuela. En ella hay un maestro y en torno a él están los chiquillos que hacen crujir las hojas de tilo y de arce y que mordisquean hierbas. No es posible describir estos niños: hay que verlos. No se parecen a los de nuestra sociedad.

Imagina usted que en dos años no ha sido necesario castigar a nadie y eso que los niños no tienen disciplina alguna. No se descubre en ellos pereza, ni bromas de mal gusto, ni una palabra indecente o grosera.

Esta conmovedora descripción del funcionamiento de su escuela demuestra también la notable vocación de pedagogo que Tolstoi poseía.

Movido por el odio y el desprecio a la aristocracia y al gran mundo que sólo mancillaron su alma, se entrega a los brazos de Axina Anikanova, una guapa campesina que ahonda en él sus aficiones por la naturaleza. Ve en ella el reflejo de la vida rural que tanto ama: la considera su esposa por haber sido padre con ella.

Tolstoi contaba con 30 años y sentía fluir por sus venas la felicidad de la vida: “he besado a los *muyiks*; sus barbas huelen agradablemente en primavera; he bebido jarabe de abedul; he recogido flores y me he alegrado mucho de que León Nicolaievich viva y respire y de que también permita respirar a León Nicolaievich”, escribía el gran eslavo poseído de una euforia y un éxtasis que diagnosticaban un indudable desdoblamiento de su personalidad.

La enfermedad y la muerte de su hermano Nicolás le hacen marchar al extranjero y abandonar por algún tiempo su ensayo escolar. A tan dolorosa pérdida, busca alivio en Francia, Inglaterra, Bélgica y Alemania, lugares en donde observa métodos pedagógicos para mejorar los suyos. Por aquella época —1860— empezó a escribir *Polikushka*, magnífica semblanza de la vida campesina que Turguénev calificó de magistral.

Al año siguiente, cuando el conde tenía 33 años, regresa a Yásnaia Poliana a fin de atender su escuela. Febril y con amor trabaja día y noche y distribuye su tiempo en sus quehaceres de maestro, en arar la tierra y en resolver los litigios que se le ofrecían como árbitro o juez rural, cargo que se le encomendó a su regreso. En este puesto asume una franca defensa de los intereses campesinos y despierta con ello el odio de los grandes propietarios. Su acentuada vocación de defensor de los pobres provoca en su contra el desprecio y la burla de la clase aristocrática. Lo desafían a

duelo y lo amenazan de muerte. Se le denuncia de estar en convivencia con los revolucionarios, así como de escribir literatura subversiva; la policía allana la finca de Yásnaia Poliana y cierra la escuela.

Empero, Tolstoi no tiene la energía de enfrentarse y romper de un modo definitivo con la alta sociedad a la que pertenece. Vuelve a su mundo literario, a jugar a las cartas con los nobles y a arriesgar su propia vida en la caza del oso. Verdadero dios Jano —cuyas dos caras se excluyen una de la otra— las contradicciones de su carácter pendular lo abaten en ondas crisis de disgusto y de descontento de sí mismo.

Su producción literaria de esta época se halla impregnada de una notoria versatilidad moral y psicológica y de un credo estético no definido aún. En efecto, por lo que hace a esta incertidumbre artística, el novelista ruso no posee todavía un criterio exacto del papel que debe desempeñar en la sociedad el arte como creación humana, pues cuando fue recibido como miembro de la Sociedad Moscovita de Amantes de las Letras Rusas. Tolstoi esgrimió una tesis artepurista en su discurso, misma que fue rebatida por el presidente de esa sociedad —Komiakov—, al oponer la teoría de que el arte necesita cumplir una función social y moral.

En 1861 el conde intensifica su amistad con la familia Bers. La hija mayor de esa familia, Lisa, se enamora de él, al igual que Sofía Andréievna, la hija menor a quien Tolstoi corresponde. Sofía reúne apenas 18 años y es dueña de una buena educación literaria. Incluso a esa edad ya había escrito una novela corta, y entre otras obras de Tolstoi, leyó con fruición *Infancia* y *Adolescencia*. Su amor hacia éste procede sin duda de la admiración que le produjeron tales lecturas. El conde pasaba los 34 años. La confusión que se respira en la casa de los Bers por la pasión de las dos jóvenes hacia Tolstoi, lleva al padre a sentir celos del galán, pues éste cree que intenta seducir incluso a su bella esposa. Romain Rolland sostiene —acaso con audacia—, que el conde enamoró sucesivamente a madre e hijas. Sea ello lo que fuere, de todos modos el intrincado conflicto sentimental que tiene lugar en casa de los Bers nos hace sospechar que Tolstoi tenía un mecanismo síquico hartamente complicado.

Tolstoi no está seguro si es amor lo que lo une a Sofía o él está enamorado poéticamente del amor. Lo propio acontece a su novia, quien se halla ligada al recuerdo del joven Polivanov y no obstante, con esta inseguridad afectiva de ambos, se casan en el otoño de 1862.

Antes de ello, Tolstoi desea iniciar una nueva vida y limpiar ante los ojos de su prometida toda mácula de su pasado. Para tal efecto da a Sofía a leer sus *Memorias* en cuyas anotaciones se encuentran consignadas sus caídas y rehabilitaciones, el vuelo del ángel y el jadeo de la bestia, así como todas aquellas pasiones que habían incendiado su existencia, hasta antes de su resolución de contraer nupcias.

El propósito de Tolstoi resultó contraproducente. Hojeando las *Memorias*, supo Sofía Andréievna de la magnitud e intensidad de la última pasión de Tolstoi por la campesina Axinia Anikanova. “Ya no es el apetito de un bruto sino el amor de un esposo para una esposa”, confiaba Tolstoi en sus apuntes, suscitando el explicable desencanto de Sofía.

Sin embargo el enlace se efectuó, pero a los tres días la recién casada decía a su hermana, Tania, un tanto mal impresionada: “si esto es lo que se llama matrimonio resulta una porquería”. El conde, por su parte y a los pocos días de su nuevo estado, pintaba a Sofía de esta manera: “La miré. Todo su rostro expresaba frialdad completa, enemistad, odio hacia mí. Recuerdo que sentí horror al observarla”. De tal modo se inició esa unión cuyas escenas se encuentran reflejadas —si bien algo desfiguradas— en *La sonata a Kreutzer*, libro al que más tarde Sofía responde con la novela intitulada *De quién es la culpa*.

Durante el noviazgo con Sofía, Tolstoi había escrito *La felicidad de la familia*, una deliciosa obra en cuyas páginas se trasluce cómo imaginaba la vida conyugal, así como el deseo de salvar su existencia atormentada merced a una idílica armonía hogareña.

A lo largo de su vida en pareja el conde no realizó tan caros ensueños. Muy por lo contrario. Unos cuantos meses más tarde, el desventurado esposo hacía un patético análisis de su fracaso doméstico.

El enamoramiento se apagó con la saciedad del sensualismo y quedamos uno frente a otro en sus verdaderas relaciones, es decir, como dos egoístas, cada uno de los cuales espera obtener del otro el máximo placer sabiéndose completamente ajenos entre sí. Yo no comprendía que aquellas relaciones frías y hostiles pudieran ser lo normal en mi caso; no lo comprendí porque aquella hostilidad de los primeros tiempos se ocultó pronto entre nosotros tras la sensualidad nuevamente despierta [...] Recuerdo haber tenido desavenencias con mis amigos, con mis hermanos, con mi padre, pero nunca hubo entre nosotros una aversión como la que se manifestaba en mi esposa.

En medio de una desilusión creciente, se esforzó Tolstoi, en amar a su mujer. Disfrutó de fugaces entusiasmos que maduraron, enriquecieron e inspiraron su alma y su obra creadora: la Natacha de la novela cumbre de Tolstoi, *La Guerra y la Paz*, puede ser muy bien una mezcla de Sofía y de Tania, su cuñada. También pueden descubrirse algunos ingredientes anímicos de Sofía en la Kitty de *Ana Karénina*.

El asiento del matrimonio es Yásnaia Poliana. Al principio de su vida conyugal Tolstoi gasta su tiempo en atender asuntos administrativos y prácticos y en escribir de modo irregular. El hijo bien habido no fue capaz de endulzar sus relaciones con Sofía. La portentosa energía vital de Tolstoi se hallaba a menudo insatisfecha debido a la *frialdad de muñeca de porcelana* de su mujer. Busca consuelo en la opulencia afrodisiaca de la campesina Axinia Anikanova, quien ha sido contratada como sirvienta por el conserje de la finca. Anota Sofía en su diario al referirse a su esposo: "para él tiene mucha importancia la parte del amor. Eso es horrible [...] Para mí no tiene la menor importancia".

Durante este tiempo —1865— Tolstoi rectifica y confiesa que su manera de considerar la vida, el pueblo y la sociedad es completamente distinta: "a los campesinos se les puede compadecer, pero no amar. Me es difícil comprender cómo pude amarlos tan intensamente". Y sonrío de haber pasado las noches bebiendo té en la casucha de un amado campesino ruso: "¡Qué puercos, qué sucios!", exclama.

Tolstoi hace largas caminatas a pie y a caballo con Tania —la hermana de su mujer—, quien poco a poco va enlazando una amistad endogámica con el conde, que hace recordar todas las características del amor. Sofía se siente celosa de su propia hermana y riñe con él. Y escribe la amargada Sofía en su diario: “Ayer por primera vez me torturaron los celos. Se fueron a cazar solos. ¡Dios sabe lo que pasa por mi mente!” Tania se adentra demasiado en la vida de Levoschka. Hacia el mismo año de 1865 las memorias de Tolstoi se vuelven irregulares hasta suspenderse por espacio de 13 años.

Para seguir y perseguir la extraordinaria vida del novelista, sólo quedan al investigador sus cartas, el texto mismo de sus novelas y otros testimonios entre los cuales pueden citarse apuntes y documentos de una serie de personas que lo conocían en la intimidad: el pintor Pasternak, el pianista Goldenveiser, el profesor Luzurki, el célebre pintor Repin y, sobre todo, las páginas dramáticas del diario de Sofía Andréievna, que alumbran lo más íntimo de la vida familiar de Tolstoi.

Una de las novelas que acaso se hallan más preñadas de autobiografía es *La sonata a Kreutzer* a través de cuyas páginas puede advertirse el carácter complicado de Tolstoi, su infinita capacidad de amor y de celos y una zozobra espiritual que acaba por conducirlo a una crisis mental semejante a la padecida por el protagonista de *La sonata*.

Durante esta época Tolstoi trabaja en su obra maestra *La Guerra y la Paz*. La célebre y magistral epopeya la inicia dos años después de casado cuando el conde cuenta con 36 años. Al escribir los dos últimos volúmenes, le aquejan horribles dolores de cabeza, insomnios y sobresaltos nocturnos que lo obligan a consultar a la máxima eminencia médica de Rusia, quien le pronostica que su sistema nervioso se halla desquiciado. Poco tiempo después, emprende su obra *Ana Karénina* que le lleva cuatro años redactarla. Pero antes de concluir, sufre una postración por haber violentado en exceso su salud, ya agotada de modo alarmante.

Cuando prepara su *Ana...*, Tolstoi siente de manera intensa la necesidad de estudiar filosofía de la religión y meditar acerca de temas trascenden-

tes. En dicha novela se ven con toda transparencia sus preocupaciones de carácter místico y religioso. Pero los dolores de cabeza, las noches en vela y los sobresaltos nocturnos que sufre se repiten con mayor frecuencia, hasta convertirse en los síntomas precursores de un estado de poseso o de sublime enajenación, la que más tarde lo invadió.

No tiene cariño a nada. Está triste sin saber porqué. Tiene esposa e hijos y su fortuna se ha acrecentado. Goza de lo que tanto deseó: inmensa popularidad dentro y fuera de su patria, pero nada le alegra. Quiere tranquilidad y no la encuentra. Le asaltan raptos de terror pánico, sin causa justificada. Desea huir de algo, que no acierta a precisar y siente su almario hueco de alma. Ve venir la muerte y le teme: se arrodilla, reza y se persigna para ahuyentar el macabro sentimiento de que se halla poseído, pero al propio tiempo mira de reojo para evitar ser sorprendido en ese trance.

Se cura al cabo de seis semanas de ausencia de su hogar. Vive entre *kirguises* y *bachkires*. No siente ya apatía ni melancolía ni le asaltan súbitos temores. Vuelve a casa, pero la influencia de su esposa lo postra de nueva cuenta. La causa de ello es sin duda su sensualidad insatisfecha, enervada gracias a la indiferencia de su cónyuge, y sobre todo por la repugnancia que ella tiene hacia su esposo. “La repulsión tan fuerte que siento se ha convertido en una enfermedad”, escribe Sofía Andréievna a una amiga común del matrimonio.

Tolstoi busca refugio entonces en la reapertura de su antigua escuela, trabaja y lucha por los campesinos: Yásnaia Poliana no le basta y trata de extender sus métodos pedagógicos a toda Rusia. Elabora un abecedario, redacta libros para las escuelas primarias, inventa procedimientos de nemotecnia infantil, y se instruye en cuestiones didácticas al escuchar conferencias en Moscú. Utiliza la fuerza y prestigio de su nombre para destruir los escollos burocráticos que el Ministerio de Educación opone a sus deseos e innovaciones de educador. Trueca la pluma del artista, de genio, por la aguja del zapatero y prefiere hacer botas que grandes novelas, hasta adquirir una hernia en las rudas tareas campesinas. Publicó su libro *¿Qué debemos hacer?*, donde reflexiona acerca de la función social del arte y la

ciencia y formula su pensamiento político y moral que sustentaba, pensamiento cuya influencia contribuyó a echar las simientes de los movimientos revolucionarios posteriores en la Rusia zarista.

En ese tiempo Tolstoi llega casi a la cincuentena. Las cefalálgias que lo atormentaban, el terrible pavor al dejar de ser y sumirse en la nada —miedo avivado por la muerte de su hijo Petia—, lo van predisponiendo poco a poco hacia un estado de exaltación religiosa. A él se acoge a fin de no perecer en la desesperación. Sobre el mecanismo psicológico de ver en lo religioso un aparato de ortopedia espiritual que le permita seguir deambulando por la vida, es plenamente consciente Tolstoi.

El taciturno novelista escribe una carta a su amiga Tolstaya diciendo con rara profundidad: “Para mí la cuestión religiosa sugiere el caso de una persona que se ahoga: es el problema de agarrarse a algo para salvarse de la muerte inminente de todo ser. Para mí la religión viene a ser como la posibilidad de salvación”. En este documento no se advierte todavía el frenesí místico en que habría de caer más tarde Tolstoi. Se da cuenta del papel de báculo que presta a los atormentados la religión, y así se anticipa a las sagaces observaciones de Freud acerca de la urdimbre secreta y *modus operandi* del *pathos* religioso en la conciencia humana.

Pero, al fin, acaba por prevalecer la fe en Tolstoi, donde encuentra la liberación de la enfermedad de sí mismo. Se adscribe al credo de la iglesia Ortodoxa oficial de Rusia. Observa las leyes del ayuno. Asiste a misa con toda puntualidad y camina por el desierto de Opitin en busca de los santos ancianos y de los peregrinos. Se les une con humildad para segar el heno, acarrear agua y limpiar el prado del monasterio cercano. Pero su adhesión a la Iglesia sólo le dura tres años. Rompe bruscamente con ella y publica en 1881 su *Crítica a la teología dogmática*, en donde califica de mentira interesada el dogma eclesiástico del bautismo y otros sacramentos.

Esta polémica de filosofía religiosa no lo aparta, sin embargo, de su acentuada religiosidad orientada en forma preponderante a la ética cristiana. “Ser pobre, ser mendigo, ser vagabundo: esto es lo que enseña Cristo: sin ello no se puede entrar en el reino de Dios; sin ello es imposible ser feliz

aquí en la tierra", dice Tolstoi en un paroxismo de devoción religiosa y de afán de autoperfección. Renuncia a seguir cultivando su arte portentoso, a su familia, a sus bienes y a sus amigos para hacerse un hombre de Dios, un peregrino. Se somete a una disciplina espartana; la soledad y el apartamiento de su mujer lo vivifican y se dispone a acatar las leyes de la naturaleza tal como lo aconseja la filosofía china. "La doctrina de Confucio es extraordinaria. Lo mismo la de Lao-Tsé. Cumplir las leyes de la naturaleza es sabiduría, es fuerza, es vida", prorrumpe Tolstoi en un arrebatado pan-teísta. Pero vuelve a los suyos urgido acaso por la nostalgia de su solar nativo.

Yásnaia Poliana se convierte entonces en punto de reunión de mendigos y contrahechos a quienes recibe en su propia casa: ama a los tontos, a los idiotas, a los borrachos y a los peregrinos. Una vez dijo Tolstoi, "en un gesto un sí es no es: me gustan mucho los hombres ligeramente borrachos, ¡qué buen humor y qué sinceridad tienen!"

Tales afecciones hacia los humildes son causas de burla, molestias y disgustos que con paciencia resiste Tolstoi en su casa. Sin embargo, después de mucha prudencia, se exalta y le dice a su mujer que el aire donde ella está se halla inficionado y que él no puede respirar. Abandona su hogar. En otra ocasión pierde la entereza y dice que se va porque su casa es de locos y gobernada por locos. Pero otras tantas veces regresa. Tales reyertas y separaciones tienen lugar entre 1880 y 1890, es decir, cuando Tolstoi se encontraba entre los 52 y 62 años. Ciertamente toda la culpa no era de Sofía, su mujer.

No resulta fácil convivir con uno de los espíritus más complicados entre las grandes figuras del siglo XIX, así como tener la indulgencia necesaria para no disgustarse con un escritor que revisa siete veces las pruebas de un libro y en cada una de ellas casi nuevamente lo escribe y hace a los suyos partícipes de su creación.

Esa dificultad de convivencia con Tolstoi llevó a su esposa a resolver sus problemas sentimentales fuera de su propio hogar, y en pleno climate-rio cae en enamoramiento con el compositor Tanieiev. La pasión tardía de

Sofía es censurada acremente por sus hijos, quienes ya le habían dado siete nietos. Tolstoi reaccionaba con dolor ante ese amor enfermizo de su mujer, y experimentó —a pesar de sus sesenta y tantos años— las graves torturas de los celos. Pero la relación entre Sofía y el músico Tanieiev es tan intensa que se prolonga hasta 1908, o sea, dos años antes de la muerte del novelista, según se descubre en el diario de Sofía.

“Qué antipáticos me son todos los tipos adeptos a las ideas de León Nicolaievich. No hay entre ellos ninguno normal. Las mujeres son todas unas histéricas”, escribió Sofía Andréievna acerca de las personas que acudían en pos del predicador neocristiano en que se había convertido su marido.

Tolstoi es, en efecto, el fundador de una nueva religión —que, aún ahora y gracias a la libertad de cultos que el régimen soviético ofrece—, sigue teniendo adeptos: el tolstoísmo. Se trata, en realidad, de uno de los credos sucedáneos del cristianismo.

Tolstoi grita a todos los que se le acercan, que la causa del dolor es el pecado. Preconiza el ascetismo y una no resistencia al mal. De modo despótico se impone a sí mismo la responsabilidad de enseñar por medio de su propio sufrimiento. Su filosofía ética la extrae del Sermón de la Montaña, cuya esencia la concreta Tolstoi en cinco mandamientos taxativos: “Primero, no te dejes arrebatar por la cólera; segundo, no cometas adulterio; tercero, no prestes juramento en vano; cuarto, no devuelvas mal por mal; quinto, no seas enemigo de nadie”. A esta formulación negativa de su doctrina moral, el profeta ruso le agrega un mandamiento positivo: “ama a Dios y a tu prójimo como a ti mismo”.

El mágico poder de sus palabras no se debía tan sólo a la entonación y expresión de su rostro, sino también al fuego y resplandor de sus ojos de poseso o de iluminado, “los más elocuentes que jamás he visto”, escribió Gorki, que nunca participó del credo religioso del gran novelista.

Gorki —como Sofía—, siente repulsión por la gente que saturaba la casa de Yásnaia Poliana y el castillo de la condesa Panini, lugar que fue varias veces sede de Tolstoi y los tolstoianos.

Gorki juzga a estos falsos apóstoles como falderillos timoratos que acompañan al profeta por todos lados con su ladrido de hipocresía, de cobardía y de interés mezquino en recibir una herencia. Casi todos los tolstoianos son aficionados a suspirar y a enternecerse; tienen manos huesosas y la mirada vaga, pero al mismo tiempo son prácticos y hábiles en asuntos comerciales. Uno de esos catecúmenos rehusó comer huevos en Yásnaia Poliana para no apenar a las gallinas y, sin embargo, en la estación de Tula devoraba un buen pedazo de carne.

Muchos de los parásitos que merodeaban al lado de Tolstoi incurrieron en apostasía y solían denunciar al conde de estar “enamorado de sí mismo”, de ser peligroso para los intereses de la Iglesia Ortodoxa y de amenazar a Rusia con el derrocamiento del Zar. Un cosaco cojo acusó a Tolstoi de haber quitado las tierras a los pobres para dárselas a empleados de origen noble; un confitero de Kazán clamaba “¡Ah si se pudiera hacer hervir al hipócrita de Tolstoi, al hereje!” Por su lado, el hijo del novelista, León, tenía enorme interés en no imitar a su ilustre padre y publicó un libro antitolstoiano sobre la utilidad del bismuto y los inconvenientes del arsénico. Claro que no todos los que seguían a Tolstoi eran mercenarios o hipócritas. No. Había un buen número de almas piadosas que se hallaban fascinadas por sus prédicas y que fueron los pioneros de la nueva confesión.

Lo cierto es que el papel de fundador de una nueva religión le acarreó a Tolstoi juradas enemistades, a cambio de una relativa propaganda de la fe cristiana, según la versión y matiz que él mismo le había dado y cuya condensación se halla en este imperativo: “hacer servir a los otros lo menos posible y servir a los otros lo más posible”.

Aunque el punto de partida de su exaltación religiosa fue puramente cristiano, conforme avanza su edad va negando la divinidad del Galileo, para afirmar que éste no es diferente en jerarquía moral a Zoroastro, Krishna, Buda, Lao-Tsé, Confucio, Sócrates, Platón, Epicteto, Marco Aurelio, Rousseau, Pascal, Kant o Emmerson.

De todos los valores culturales, sólo le interesa a Tolstoi el bien, en donde ve resumidas la verdad y la belleza. El único deber del hombre es vivir

evangélicamente bien. Todo cuanto concurre a eso es bueno, es hermoso y es verdadero. Lo que nos distrae o nos aleja de eso es malo, feo y mentiroso. El arte, cuando no nos conduce al acto moral, es malo. El eticismo de Tolstoi no podría ser más contundente y enfático. Su doctrina constituye, justo, el polo opuesto al esteticismo de Oscar Wilde quien sacrifica lo verdadero y bueno por la belleza; y contrario también el esteticismo nietzscheano con su immoralismo filosófico.

En el libro de Tolstoi *¿Qué es el arte?*, su moralismo desencadena una tremenda requisitoria contra el arte moderno por apartarse de Dios y de la perfección cristiana. Tolstoi busca y no encuentra la obra maestra. Con un fanatismo desorbitado y moralizante abjura de sus pasadas creaciones —*La Guerra y la Paz* y *Ana Karénina*— por considerarlas concupiscentes. No se arredra ante ninguna conclusión condenatoria de las más preciadas joyas literarias y artísticas: Shakespeare es su bestia negra, al igual que Wagner. Apenas se salvan de sus juicios Hugo y Eliot, Dostoievski y Dickens.

Ataca tanto a las corrientes modernistas de Francia como a los parnasianos y a todos aquellos que por altanero desdén hacia el *profanum vulgus*, buscan exóticas y peregrinas imágenes. No oculta su admiración por los genios espontáneos, reveladores de nuevas realidades, que se preocupan más por lo que dicen que de la manera de decirlo. No esconde su desprecio por virtuosos y preciosistas. Advierte, con gran clarividencia, que el alejandrino o hipertrofia de la cultura —ausente de idealidad moral— es índice de debilitamiento y declinación; que el *diletantismo estético* abre el campo al escepticismo, pues el espíritu del esteta se complace con las contradicciones en las que vive, en vez de esforzarse por superarlas en medio de actos morales y acción social creadora.

Por aquella misma época escribe su libro titulado *El Cristianismo no como una religión mística sino como una nueva teoría de la vida*, cuyo contenido y alcances están enunciados ya en el título. Años antes, cuando escribió *Lo que yo creo*, recibió numerosas cartas de cuáqueros y metodistas norteamericanos que le indicaba que sus ideas religiosas no eran originales y hacía mucho tiempo eran conocidas con el nombre de Cristianismo Espiritual.

Tolstoi es un antiprogresista y un anticientificista, corriente ideológica emparentada con el irracionalismo de Nietzsche y el intuicionismo de Bergson y sus coetáneos. Rousseau, ante la pregunta de que si el progreso de las artes y de las ciencias contribuiría a la felicidad humana, con lógica cáustica y apasionada respondió que no.

Tolstoi va aún más lejos. No le preocupa tanto que el desarrollo brinde o no felicidad al hombre, sino el hecho de que la civilización mecánica amenaza con ahogar todos los valores morales.

Con acerbo critica la fe moderna en el valor de la ciencia. La considera como una nueva superstición y afirma que “a las teorías acerca del origen de las especies, del análisis espectral, de la naturaleza del radio, de los números, de los animales fósiles y otras fruslerías se les atribuye ahora la misma importancia que se atribuyó en la Edad Media a la inmaculada Concepción y a la dualidad de la sustancia”.

Se mofa de “esos servidores de la ciencia, que igual que los servidores de la iglesia, se persuaden y persuaden a los demás que salvan a la humanidad y, lo mismo que la Iglesia, creen en su propia infalibilidad”.

Su pensamiento político —que se puede caracterizar como el de un anarquista integral— poco a poco se va impugnando de las ideas corrientes de la época. Como Prud'hon y Carlos Marx.

Tolstoi afirma que la raíz de muchos males está en la propiedad individual. Pugna por la nacionalización de la tierra y juzga que la retención de ésta en manos de latifundistas es un despojo a los labriegos. Combate al Zar, a la Iglesia y a la prohibición de difundir sus doctrinas porque contribuye a preparar el clima revolucionario que hizo posible la alborada de 1917. León Nicolaievich Tolstoi, como Juan Jacobo Rousseau, fue en verdad un precursor.

De manera somera he examinado la circunstancia existencial en donde Tolstoi produjo se obra de escritor. Ahora diré unas cuantas palabras de su estilo y de la resonancia que sus creaciones han tenido en las letras rusas y universales, incluso en México.

Ante todo, el estilo de Tolstoi sorprende por su textura y diafinidad. Una de sus preocupaciones máximas justo era eso: ser claro y sencillo, tal como se expresaban los campesinos con los que convivió y quienes constituían para él su auditorio predilecto.

En 1872 escribía a su amigo Strakov: “he cambiado de procedimientos en lenguaje y en mi manera de escribir. La lengua del pueblo tiene sonidos para expresar todo lo que puede decir el poeta, y me es muy grata”. Una desusada penetración psicológica, una habilidad de miniaturista —que recuerda en mucho a Marcel Proust— son otros de los elementos esenciales de sus dotes de escritor. Merced a esta mágica virtud de micrógrafo, no deja escapar ningún detalle, hállese éste en el paisaje exterior o en los sótanos menos ventilados de la conciencia humana. Sin embargo, no se regodea ni se limita a lo baladí o a lo pequeño; al revés: dibuja y construye en proporciones monumentales los esquemas de sus novelas.

Pero a ese estilo sencillo, penetrante y apto para trazar detalles minúsculos dentro de arquitecturas colosales, hay que agregar un ingrediente más: la incomparable belleza de su prosa. Ciertamente el atractivo de la obra tolstoiana nada tiene que ver con la imaginación o la invención: está vinculada a la realidad tal como ella es. Quizá a eso se deba que el gran escritor ruso nunca, ni en la temprana edad, haya cultivado la poesía, cuya frente nutricia es la imaginación. Y era tan perfecto el idioma tolstoiano que Rainer María Rilke, el gran poeta alemán, aprendió la lengua rusa con el solo objeto de leer la prosa del novelista eslavo: “¡Qué gozo experimento en esta bella prosa!”, decía Rilke al catar o saborear el idioma incomparable de *La Guerra y la Paz*. Algo semejante hizo Unamuno: aprendió danés para leer *La teoría de la angustia* de Søren Kierkegaard.

Tolstoi, sin duda, es un remozador de su instrumento expresivo —el ruso— ya de suyo melodioso, acaso uno de los más melodiosos del mundo. El ruso, como saben los que saben, es gracioso, sonoro y flexible. Se adapta a todos los tonos y a los géneros. Es ingenuo y elegante a voluntad, fino y sutil, enérgico y pintoresco. La diversidad de giros y de construcciones —debida en parte a la frecuencia de las inflexiones— lo aproxima a las len-

guas clásicas y al alemán. Se asemeja a las lenguas orientales por la facultad de encerrar una imagen completa en una palabra: el ruso es tal vez el mejor adaptado para la poesía. A este idioma tan bien dotado, Tolstoi lo enriquece con su arte portentoso y su fino sentido idiomático.

Tolstoi es, además, terriblemente concienzudo y probo cuando empuña la pluma. Nada improvisa. Antes de abordar un tema, sabe agregar a sus agudas observaciones y a su caudalosa experiencia, la erudición exacta que requiere ese mismo tema, pero ello, sin incurrir en prolijidad. Va y viene en pos de toda suerte de datos para que nada necesario falte en sus novelas. Paciente y abnegado, acarrea e injerta a sus escritos aspectos insospechados de la realidad hasta convertirlos en atalaya, situada de modo estratégico, desde donde se contempla el mundo en su fluir incesante, en su devenir eterno.

Guy de Maupassant, al doblar la última página de *La muerte de Iván Ilich*, confesó que frente a una obra tan perfecta por su forma y contenido, sus libros le parecía francamente vanidosos.

Tolstoi posee asimismo un arte y una capacidad de relato que no ofrecen altibajos. Su novela *Los cosacos* y *Los relatos de Sebastopol* los escribe cuando tiene alrededor de 25 años. *Resurrección* cuando pasa de los 60. Sin embargo, en unas y otras se encuentra la misma agilidad del relato, la misma brillantez estética. Su arte no decae ni languidece, y su esplendor le sirve para poner de relieve las ondas preocupaciones morales que lo inquietan.

En la temática de Tolstoi se destaca con reiteración el problema de la muerte y de la piedad humana, de los celos y de la guerra, de la redención del hombre y de la ética social.

La influencia de Tolstoi en las letras rusas es más difusa que directa. Puede descubrirse en el estilo realista, en el hondo misticismo, en el vívido aliento y devoción por la naturaleza, en el vértigo por lo infinito y en la cálida preocupación humana que caracterizan a escritores posteriores a él, tales como Iván Bunin, Alejandro Kuprin, Vladimiro Korolenko, Demetrio Merezhkovski, Leonidas Andréiev, Alejandro Serifimovich, Máximo Gorki e Iliá Ehrenburg.

Acaso podría afirmarse que el estilo realista de Tolstoi influyó menos directamente en la literatura de su patria que su pensamiento moral y político, cuyas huellas se han preservado en lo que tiene de anhelo de redención popular, aún después de la Revolución bolchevique.

En cambio, Tolstoi dejó sentir su más poderosa influencia en las letras francesas, a pesar de que —o quizá por ello mismo— el propio novelista supo nutrirse a su vez, de la savia de la literatura francesa.

Tolstoi, es cierto, debía lo mejor de sus ideas y de su formación a Rousseau, Stendhal, Jorge Sand y Victor Hugo, bien que ese ideario romántico supo recrearlo e imprimirle el sello peculiarísimo de su personalidad al expresarlo con esa portentosa voz eslava que hizo estremecer a todos los ámbitos culturales de Europa.

Los románticos, que se complacieron en invertir los valores sociales seculares al poner de relieve las virtudes de la gente humilde y de los bajos fondos urbanos —en contraste con los vicios de las clases ricas—, son tímidos y respetuosos de la cortesía convencional como los personajes de Tolstoi. Los afortunados del mundo, la nobleza de sangre o los grandes personajes son en casi todas las novelas de éste figuras odiosas y grotescas, almas áridas y estúpidamente infelices.

En páginas memorables escritas acerca del autor de *La Guerra y la Paz*, Romain Rolland destaca con gran reverencia el impacto que Tolstoi dejó en la conciencia de toda una generación de escritores franceses, a la cual pertenecía el creador de *Juan Cristóbal*. Dice Rolland acerca de la obra:

Estos libros han sido para un gran número de nosotros lo que fue *Werther* de Goethe para los de su tiempo: el espejo enigmático de nuestro poder de amor y de nuestras debilidades, de nuestras esperanzas, de nuestros terrores y nuestros desalientos [...] En nuestro grupo, en el cual se encontraban espíritus realistas e irónicos como el filósofo Georges Dumas; poetas que abrazaban con amor al renacimiento italiano, como Suarez; fieles a la tradición clásica stendheliana y wagneriana. De ateos y místicos, se suscitaban frecuentes discusiones y había muchos puntos de desacuerdo. Mas, durante algunos meses, el amor a Tolstoi nos unió casi a todos. Sin duda cada uno de nosotros lo amaba

por distintas razones: porque cada uno se reconocía a sí mismo en su obra y porque para todos era una puerta que se abría sobre el inmenso universo; una revelación de la vida.

Ciertamente que Tolstoi no sólo influyó en su *élan* creador en la formación espiritual de toda una generación de escritores franceses, sino que por su estilo realista es seguro el punto de partida del naturalismo en la novelística francesa, como ha sido advertido ya por la crítica, sobre todo en Zola.

En México, la generación perteneciente al Ateneo de la Juventud leyó con pasión a los rusos, en especial a Tolstoi allá por 1910 e hicieron sus primeras armas literarias en ese año: Alfonso Reyes y Antonio Caso, José Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri y Alfonso Cravioto, Martín Luis Guzmán y Carlos González Peña y otros más. El pensamiento cristiano de Antonio Caso que se observa por ejemplo en su libro *La existencia como economía, como caridad y como desinterés*, fue sin duda robustecido y matizado merced a asiduas lecciones tolstoianas. Y Carlos González Peña, tan decoroso novelista, reconoce con frecuencia lo que él y sus colegas del Ateneo deben al autor de *Ana Karénina* en su integración o formación espiritual.

Puede afirmarse, en suma y sin ninguna exageración, que el mensaje estético y moral de Tolstoi conmovió no sólo a la alerta conciencia europea y a toda una generación de intelectuales mexicanos, sino que no hubo rincón del orbe donde ese mensaje no fuese escuchado con emocionada reverencia.

Al tener en cuenta el espacio reducido por la casa editora asignado para Tolstoi en este volumen, he seleccionado de la vasta obra del conde eslavo tres pequeñas pero grandes obras maestras. Se insertan íntegras. Ellas son: *La muerte de Iván Ilich*, *La sonata a Kreutzer* y *No puedo callarme*, esta última traducida por primera vez del ruso al castellano por Ricardo Baeza.

En *La muerte de Iván Ilich* se pone de relieve la vida estéril de un típico hombre medio. Es la semblanza de un funcionario judicial concienzudo,

minucioso y rutinario en su trabajo, que vegeta sin ideas y sin ideales hasta que lo sorprende la hora postrera. En ese trance observa, con espanto, que su gris existencia ha estado vacía de sentido en forma terrible.

En *La sonata a Kreuzer* somete a severo juicio el matrimonio moderno y describe en forma magistral la angustiosa pasión de los celos. Posdini-chev, el protagonista, acaba por asesinar a su esposa, corroído o poseso de tan demoniaca pasión. El jurado lo absuelve, pero Posdini-chev sabe que el fallo no ha sido justo. Se siente culpable de la perversión de su cónyuge asesinada.

No puedo callarme constituye un encendido *yo acuso* a las instituciones judiciales que consideran lícita la pena de muerte. Es, además un documento lleno de ira santa por las constantes ejecuciones decretadas por el Zar contra un pueblo que deseaba la abolición de la propiedad privada de la tierra para redimirse.

Su muerte —acaecida en noviembre de 1910— cuando contaba con 82 años, dejó un impacto hondo en la conciencia de sus más eminentes contemporáneos y en las capas humildes de la población rusa. A partir de entonces se empieza a medir y sopesar la trascendencia que su obra tuvo en la literatura contemporánea, la de dentro y la de fuera de su patria.

Guillermo Tovar de Teresa*

Toda sociedad, cualquiera que sea su grado de desarrollo tiene un grupo cupular representativo del rango de excelencia que ella es capaz de producir. Mientras mayor sea el número de esa minoría selecta, tal sociedad revelará así su mayor evolución.

Ya se sabe que quien oye hablar de minoría selecta califica a veces tal expresión como elitista. La verdad es que esa denominación nace de la conciencia que se tenga de no poder ser incluido por la opinión pública en ninguna minoría seleccionada para rescatarla de la masificación. Se trata de un gestecillo de resentimiento frente a la superioridad de la inteligencia y la conducta creadora. Es una necia discolería muchas veces inconsciente.

En México, cuya población total ha crecido más de cuatro veces en el último medio siglo, a pesar de los defectos que tenga el aparato transmisor de la cultura y la educación, los destinatarios de éstas fueron creciendo en los últimos 50 años: en 1990 ya tenemos 23 millones de niños inscritos en las escuelas primarias, 7 millones de jóvenes matriculados en la enseñanza media y 2 millones de jóvenes inscritos en la educación superior en todos sus grados. En forma proporcional creció ese grupo ilustrado. El fruto magistral de ese ascenso de la cultura mexicana lo encarna Guillermo Tovar, quien ha llegado a la edad de Cristo.

*Prólogo al libro *La ciudad de los palacios* (dos tomos) de Guillermo Tovar de Teresa publicado por Televisa A.C., en 1990.

La portentosa memoria de Tovar no es por cierto circense. Es una herramienta eficaz para ubicar en el tiempo y en un universo heteróclito de personas y sucesos, el objeto concreto de su estudio; también le sirve para pensar de manera concienzuda en torno a nuestro pasado cultural y advertir con lucidez en nuestras obras de arte tanto las prehispánicas que ostenta nuestro mestizaje cultural, como las raíces poscortesianas que le dan relieve.

En el campo de la arquitectura, la pintura, la escultura y el mobiliario, Tovar es un maestro, un sabio. A esta múltiple área de investigación ha llegado con tenacidad increíble después de un decenio sostenido de lecturas en archivos y bibliotecas, desde que contaba con nueve años de edad, donde pudo descubrir no pocas de las singularidades de nuestra cultura no percibidas antes por otros prestigiados estudiosos. Así ha enriquecido Tovar la erudición sobre nuestras artes plásticas —las que entran por el ojo— como lo prueba entre otras aportaciones su monografía sobre los hermanos Lagarto.

Autor de más de una veintena de libros, sobresalen entre ellos *México barroco*, *Renacimiento en México*, *Pintura y escultura del Renacimiento en México*, aparte de sus dos tomos titulados *Bibliografía novohispana del arte*.

Pero no queda confinada su tarea creadora y sus preocupaciones culturales a esa obra tan señera como innovadora merced a las fuentes consultadas, muchas de ellas intactas. No, Guillermo Tovar, encendido de ira santa y dotado de paciencia ilimitada, ha denunciado la destrucción sufrida por nuestra capital, armado de una rica y desconocida colección fotográfica reunida por él. Con ese material ilustra en forma objetiva la obra depredadora a que ha sido sometida nuestra ciudad a lo largo de cuatro oleadas vandálicas.

La primera fue emprendida por la misma Iglesia Católica contra el barroco mexicano que expresaba en rico altorrelieve nuestra identidad cultural para ser sustituido por una arte neoclásico, frígido y ajeno a nuestras raíces.

El neoclásico tardío causó quizás más destrucción que las tres oleadas posteriores devastadoras de edificaciones religiosas y civiles: la reformista y anticlerical de los liberales, la porfiriana europeizante y la norteamericanizante, que apareció al principiar la tercera década del siglo XX con los *aguaprietistas* en el gobierno.

Como se sabe, la arquitectura neoclásica impuesta a la Nueva España para erosionar los rasgos distintivos de nuestra propia cultura novohispana, coincidió con el decreto de la expulsión de los jesuitas dictado por Carlos III y ejecutado aquí por el virrey, el Marqués de Croix en los setenta del siglo XVIII. Los virreyes posteriores prosiguieron alentando aquí, junto con el alto clero, la destrucción de nuestro barroco para sustituirlo por el exánime arte neoclásico.

Ya en otras ocasiones se intentó negarnos a nosotros mismos mediante la demolición de nuestra arquitectura, heredada del virreinato español y enriquecida por nuestros alarifes autóctonos. La insistencia en protestar por la devastación de las construcciones virreinales —orgullo de la capital de la Nueva España— me obligan a repetir lo que en otras coyunturas he dicho, no sin la previa aquiescencia del joven autor de este libro de denuncia ilustrada con daguerrotipos y fotografías y cuya adquisición consumió —sin duda— su hacienda privada: empobreció.

Por lo pronto diré y repetiré que la Plaza de la Constitución representa una cantera inagotable de rememoraciones que le confieren a ese entrañable rectángulo urbano el justo título de *placenta cultural y política del país*, o el título de *corazón palpitante de México*.

Este corazón urbano tiene su aorta, es la calle de La Moneda, tan cargada de estirpe cultural y belleza arquitectónica. Ambas —la Plaza Mayor y La Moneda— son santuarios cívicos que conviene dignificar y restaurar, no tanto por melancolía blandengue o elegante actitud estética, sino por recio patriotismo.

Hay que restaurar lo que sea salvable de la vieja traza cortesiana sin hacer obra postiza, sino de utilidad cultural y no escaso sentido pragmático ligado a la atracción turística. Porque una vez que la amnesia citadina sea

tratada con éxito por esos siquiátras urbanos que son los cronistas de la ciudad, los predios del México antiguo adquirirán su gran valor estimativo y su verdadero valor comercial.

Así ha ocurrido en el barrio del Marais, en París; o en el área de la Piazza Navona, en Roma; o con los viejos barrios de Filadelfia, Londres y Madrid.

No hay razón para no rescatar nuestro fabuloso tesoro arquitectónico y urbanístico. La Ciudad de México posee marcada individualidad. Sobre todo su Centro Histórico. No es todavía una ciudad masa o estandarizada. Ni lo será. Su imagen es y debe ser distinta y distante de un gusto inclinado al pintoresquismo barato y marrullero, como alérgica a convertirse en otro Amarillo o en otra Falfurrias texanos.

Al igual que todo cuerpo vivo, la ciudad tiene su embriología y morfología, su fisiología y su patología, también su terapéutica la que, de no aplicarse a tiempo, conduciría a la defunción del núcleo donde reside su añeja tradición.

Muchos monumentos se han derribado para ampliar calles o construir en los predios baldíos de las casas demolidas, rascacielos de bolsillo o residencias de gusto dudoso, o bien, esos terrenos vacíos se dedican al rentable negocio de estacionamiento de automóviles.

No pocos ejemplos hay de esa barbarie demoledora que, cuando no arrasaba la edificación completa, lotificaba el resto del inmueble y lo sacaba a remate, dejando al arbitrio de los compradores la modificación de la fachada, con lo que se rompía la unidad arquitectónica del edificio depreñado, tal como lo comprueba, con fotografías, Guillermo Tovar.

Esa barbarie arrasadora puede dividirse en cuatro etapas: la emprendida por el neoclásico contra nuestro barroco; la alentada por el liberalismo triunfante en la Guerra de Tres años; la promovida por el porfiriato cuya obsesión era imitar la arquitectura francesa o italiana, sobre el suelo baldío que dejaban las casonas y palacios demolidos construidos durante el virreinato español; y la emergida de la Revolución que al principiar los veinte de este siglo estimulaban los gobernantes sonorenses que sólo conocían

San Diego y Los Ángeles e intentaron norteamericanizar el rostro humano capitalino con camellones y palmeras.

Al echar por tierra los monumentos, la apertura de calles a costa de callejones y de la antigua traza de nuestra ciudad, hay que agregar el cambio de nomenclatura de las avenidas ciudadinas por motivos coyunturales o de un *civismo de ocasión*, así como el hacinamiento poblacional derivado de una copiosa presión demográfica proveniente de los estados de la República por una ausencia de inversión para generar empleos en esos estados del país.

El Convento de San Bernardo circundado por las actuales calles de Venustiano Carranza, 5 de Febrero, Uruguay y Pino Suárez, fue partido en dos en 1861 para hacer el callejón de Ocampo, el que se amplió en 1932 a lo ancho de la calle de 20 de Noviembre actual, no sin haber rematado antes el loterío entre los particulares, quienes hicieron de su respectiva fachada lo que les dio en gana.

Por su parte el Hospital de San Andrés fue seccionado en tres porciones. En la central, se construyó en el primer decenio del presente siglo el hermoso edificio de la Secretaría de Comunicaciones y el destinado al telégrafo; la sección oriente —en una de sus partes— se reservó al Senado de la República; y en poniente del mismo Hospital de San Andrés se prolongó, de sur a norte, el callejón de la Condesa, o sea, de Tacuba a Donceles. Excepto los dos inmuebles gubernamentales señalados, el resto de la propiedad que integraba tan enorme hospital fue rematado a particulares en lotes. Al demolerse la Capilla de San Andrés —donde estuvo depositado durante varios meses al cadáver de Maximiliano— su lote baldío quedó convertido en una plazuela que divide al Palacio de Comunicaciones y al Senado y en el centro de la cual se colocó un busto de don Sebastián Lerdo de Tejada, quien fue el que revivió el Senado de la República.

Gracias a esa barbarie destructora también perdió su silueta tradicional el Templo de Betlemitas y su hospicio anexo ubicados en la manzana rodeada por las calles de Tacuba, Filomeno Mata, Bolívar y Madero. El hospicio fue fragmentado en forma terrible y lo que queda de él es una descui-

dada vecindad dotada de un hermoso y amplio patio, un hotelucho de mala muerte en Bolívar, y un modesto club deportivo en las calles de Tacuba que antes fue residencia de un miembro del gabinete porfiriano y cuya construcción de mármol y estilo *art nouveau* son sorprendentes. Quedó en pie el Templo de Betlemitas como albergue del Museo Militar desde hace algunos lustros.

O el Hospital de Terceros, llamado también de la Tercera Orden de San Francisco, ubicado en la esquina de Tacuba y Ángela Peralta, tenía al fondo la arquería del acueducto de la Tlaxpana que bordeaba el norte de la Alameda hasta llegar a la espalda de lo que ahora es el Palacio de Bellas Artes. Ese hospital fue sometido a la crueldad de la piqueta demolidora porfiriana para erigir en su lugar un remedo del palacio ducal de Venecia, que fue asiento hasta hace pocos años del Correo Mayor.

El Convento de las Capuchinas, cercado por las actuales calles de 16 de Septiembre, Venustiano Carranza, 5 de Febrero casi hasta llegar a Isabel la Católica en su colindancia con la casa de los condes de Valparaíso, fue partido en dos también al triunfo del liberalismo en 1861 para abrir la calle de Lerdo, ahora de La Palma, en la parte que va de Venustiano Carranza a 16 de Septiembre. Casimiro Castro, desde la azotea de ese convento, nos regaló, en litografía, una vista panorámica de la Plaza de la Constitución.

El Convento de Santo Domingo encuadrado entre Brasil, Perú, Chile y Belisario Domínguez, también fue dividido en dos —de norte a sur— para trazar la calle de Leandro Valle, nombre de un distinguido liberal. O el templo de la Concepción y su convento circundado por Belisario Domínguez, Allende, Cuba y Aquiles Serdán que fue fraccionado en dos, en su parte sur, para ser la Calle del 57.

El Templo de la Profesa con su casa Profesa anexa, constituían una estructura arquitectónica enorme rodeada por las calles de Madero, Católica, Tacuba y Motolinía. Y poco tiempo después fue partida en dos, de oriente a poniente. La Casa Profesa llevó el nombre de avenida 5 de Mayo según consta en la placa que se puso en uno de los huecos que dejó su demolición. Es decir, se colocó apenas recibió Juárez la noticia del triunfo

de las armas nacionales frente a las del invasor francés. Lo mismo ocurrió con el convento de Santa Clara que, por igual, abarcaba una enorme manzana comprendida entre las actuales calles de Tacuba —donde se hallaba la entrada—, Motolinía, Madero y Bolívar. Esa manzana al ser dividida en dos dejó un hueco donde se puso la placa de avenida 5 de Mayo para festejar el triunfo del general Zaragoza en Puebla sobre el ejército francés jefeaturado por Laurences.

El templo de La Merced y su convento anexo, ubicados en la manzana formada por las calles que ahora se llaman Venustiano Carranza, Uruguay, Jesús María y Las Cruces, del mejor estilo mudéjar, fueron destruidos a fines del siglo pasado para edificar en su lugar un mercado francesoiide que pretendía imitar en pequeña escala al famoso mercado parisino Les Halles, construido de cristal y hierro colocado durante la monarquía de Napoleón III. El mercado de La Merced, a su vez, lo echó abajo el gobierno durante el decenio de los cincuenta de este siglo. En su predio baldío se mandó sembrar pasto, mal cuidado hasta el presente. Por fortuna y para bien de nuestra capital, el claustro mudéjar se conserva todavía intacto y su acceso es por las calles de Uruguay, entre Las Cruces y Jesús María.

El convento e iglesia de nombre Jesús María situado en la manzana formada por las calles de Jesús María, La Soledad, La Academia y La Correjidora, conserva bien la portada neoclásica de su iglesia, no así su gran claustro que alojó, hasta hace algunos decenios, al Cine Mundial, y en su parte alta funcionó un salón de billares. Pero antes, allá por los veinte de este siglo, fue un salón de baile matutino repleto de numerosa clientela. Ese gran claustro de la Santísima se ha transformado ahora en un monstruoso mercado de estufas, lavadoras, refrigeradores y hornos, al paso que el resto del convento fue lotificado y vendido a particulares cuyos establecimientos en diversos ramos brindan una nota antiestética evidente.

El enorme Convento de San Pedro y San Pablo, circuido por las actuales calles de El Carmen, Rodríguez Puebla y Colombia, fue mutilado para prolongar de poniente a oriente la calle de Venezuela —antes de La Perpetua— hasta Rodríguez Puebla.

Cabe reflexionar ahora hasta qué punto es único el hecho de que en cuatro esquinas contiguas de nuestra capital, tres de ellas tuvieran un convento, lo que no se advierte en Roma, en Florencia, en Venecia ni en España. Sí, nuestro Centro Histórico tenía tres conventos en tres de las cuatro esquinas que forman las actuales calles de Argentina, Luis González Obregón y San Ildefonso.

Uno, es el Convento de la Enseñanza donde se halla —aparte de una cantina— El Colegio Nacional que congrega a los mexicanos consagrados por su saber y cuya entrada es por la calle de Luis González Obregón; su iglesia, la Enseñanza, se conserva admirablemente y su acceso es por Donceles desde donde se puede contemplar el interior del templo con su belleza barroca deslumbrante.

El otro convento es el de Santa Catalina de Sena, cuya torre fue arrasada cuando a esa esquina se le derribaron algunos claustros para dar cobijo allí a la Escuela Nacional de Jurisprudencia desde fines del siglo XIX hasta los cincuenta del presente en que emigra a la Ciudad Universitaria. La citada Iglesia de Santa Catalina de Sena —ya mutilada— fue cedida a una de las denominaciones del protestantismo para efectuar allí su respectivo rito, no el católico, para el cual fue construido hace varios siglos aquel templo.

El tercer convento ubicado en la tercera de las cuatro esquinas citadas es el de la Encarnación cuya entrada principal es por Argentina y el acceso a su iglesia anexa es por la acera sur de la calle de Luis González Obregón, en tanto que por el norte el Convento de la Encarnación colinda con las calles de Venezuela antes de La Perpetua, y hacia el poniente del ex Convento de la Encarnación colinda justo con la vieja aduana de Santo Domingo. Este convento estuvo convertido en un inmundo basurero desde fines del siglo pasado hasta principiar el presente. Lo rescató y restauró José Vasconcelos al ser designado secretario de Educación en 1921 para que fuese asiento de dicha dependencia. Movido Vasconcelos por un gesto bolivariano, reservó la iglesita anexa a la Encarnación para fundar en ella la Biblioteca Iberoamericana, pero era tan gélida e inhospitalaria en invierno que ningún aguerrido aspirante a ser apóstol de la libertad de algunas

de las patrias hermanas, aherrojadas por dictaduras castrenses, habría arriesgado la salud de sus vías respiratorias para estudiar en esa fría biblioteca los desmanes de los tiranos Juan Manuel de Rosas, Diego Portales, José Gaspar Rodríguez de Francia, Juan Vicente Gómez, Manuel Estrada Cabrera y el inefable Rafael Leonides Trujillo.

El Convento de San Francisco, —el más grande de este continente— permaneció intacto hasta 1856, cuando se inició la devastación de ese gran centro religioso a pedido del asustadizo presidente Comonfort, quien fue informado de una conspiración en su contra fraguada por monjes franciscanos. Querían derrocarlo, se dijo. Y Comonfort, ni tardo ni perezoso, ordenó partir en dos el convento de oriente a poniente y, de esa mutilación, surgió la entonces calle de Independencia y ahora 16 de Septiembre, en la parte comprendida entre San Juan de Letrán y Gante. Más al oriente y de norte a sur se abrió la calle de Gante y así se mutiló otra vez ese colosal convento, circuido por las actuales calles de Madero, San Juan de Letrán, Venustiano Carranza y el nororiente con el Palacio de Iturbide.

Demoliciones sucesivas de iglesias y templos que se hallaban dentro del espacioso ámbito del Convento de San Francisco, se llevaron a cabo por diversos motivos. Las viejas capillas construidas durante el virreinato fueron cayendo una a una: la del Tercer Orden, ubicada justo enfrente de la Plaza de Guardiola, o sea, en la esquina de San Juan de Letrán y Madero; la de la Segunda Estación, que daba también hacia San Juan de Letrán; y la del Señor de Burgos ubicada en la misma calle.

En la calle de Madero se echaron por tierra la Capilla de Aránzazu en cuyo predio baldío se construyó a fines del siglo pasado la goticizante iglesia de San Felipe, y hacia el poniente, se demolió la Capilla de los Servitas. Sólo quedan tres de aquellas iglesias asentadas dentro de los enormes muros del Convento de San Francisco: la grande del mismo nombre, y dos capillas pequeñas ubicadas en la esquina formada por Venustiano Carranza y San Juan de Letrán; ellas están todavía una sobre otra: la Capilla de San Antonio, abajo, y la Capilla de el Calvario, arriba. Allí despacha el consejo de la Crónica del Centro Histórico de esta ciudad.

Cabe recordar que en uno de los múltiples claustros del monasterio de San Francisco —cuya entrada actual es por Gante— estuvo en el Teatro Chiarini y desde hace más de 100 años ese monasterio funge como templo protestante del rito anglicano.

Casi frente a ambas iglesias se hallaba en pie hasta 1932 el Hospital de San José del Real que fue víctima de la piqueta demoledora cuando se amplió San Juan de Letrán en tres o cuatro veces su anchura original hasta darle la que hoy ostenta. Y en la misma avenida San Juan de Letrán estuvo en pie, varios siglos, la iglesia de Santa Brígida donde casaban las parejas provenientes de las clases altas; fue arrasada también para ampliar la citada rúa de San Juan de Letrán, no sin construir en el predio baldío restante el edificio de la Procuraduría General de la República.

También se derribó el templo de Santa Isabel ubicado al oriente de La Alameda para levantar en su lugar el Teatro Nacional. Las obras se iniciaron en el porfiriato en 1908 y se terminaron en 1934 durante el gobierno de Abelardo Rodríguez. Al hermoso inmueble italianizante se le dio su nombre final: Palacio de las Bellas Artes.

Asimismo fue arrasada la Universidad Real y Pontificia cuyo inmueble abarcaba la manzana comprendida entre las calles de Universidad, Venustiano Carranza, Correo Mayor y Corregidora. Este edificio sobrevivió desde los setenta del siglo XVI hasta el segundo decenio de la presente centuria y no fue ajeno a tal destrucción uno de los hombres más cultos del porfiriato.

En la manzana que ocupó la Universidad y en la calle que lleva ese nombre, existe un feo e improvisado estacionamiento de automóviles; el resto fue lotificado y comprado por comerciantes de diversos ramos.

Debo recordar al lector que antes de tener la Universidad su propio inmueble esta institución se instaló —desde 1551— durante cuatro lustros, en un local situado en la esquina de Seminario y Moneda, cuya planta baja —ya trasladada la Universidad a su propio local— ocupó durante más de un siglo la cantina El Nivel, dotada como toda taberna que se precie de serlo, de un dispositivo apropiado para que el cliente o el transeúnte pu-

dieran acudir a él a efecto de aliviar un asediante desequilibrio hidráulico. Lástima que en esa esquina haya empezado a funcionar la primera universidad del Nuevo Mundo en 1551. Pero, sin metáfora alguna, podría decirse que el mexicano se orinaba en su cultura.

El Convento de Belén de Mercedarios ubicado frente a la arquería que venía desde Chapultepec hasta terminar en la hermosa fuente del Salto del Agua, frente a la iglesia del Niño Perdido, que todavía está en pie, fue seccionado en tres porciones: una para abrir las calles del Doctor Vértiz y la otra para ensanchar un callejón, el de Gabriel Hernández, a fin de destinar la sección que daba hacia el poniente tanto a la cárcel de Belén como a la Procuraduría del Distrito Federal y a los juzgados de lo penal. La cárcel de Belén alojó a los presos desde que el penal de La Acordada —situado en la actual avenida Juárez— fue demolido en el siglo XIX. Pero ya construida la penitenciaría en los llanos de aviación al principiar el siglo XX, los presos sentenciados y alojados en Belén fueron trasladados a la moderna prisión. Pero como todo se derribaba el influjo del progreso, fue demolida también la cárcel de Belén y los otros edificios afines, para ser ubicados en diferentes lugares de la capital de la República. Entre tanto, en los terrenos baldíos que dejó la cárcel de Belén el secretario de Educación, Narciso Bassols, mandó construir el centro escolar más grande del país en 1933, el llamado Centro Escolar Revolución, confinado por las calles de Niños Héroes hasta sus esquinas con avenida Chapultepec y Río de la Loza y, a su espalda, la vieja calle de Gabriel Hernández.

Muchos otros ejemplos de falta de respeto a nuestro pasado arquitectónico pueden encontrarse. Uno lo ofrece La Casa de los Perros o Casa Escandón, que fue después propiedad del secretario de Relaciones Manuel Díaz Bonilla. Al ser arrasada esa casa ubicada en la Plaza de Guardiola, el Banco de México construyó en el lote baldío el edificio Guardiola.

Otro hecho que ignoró nuestro pasado arquitectónico fue el haber convertido el Claustro del Colegio de Niñas —en las calles de Bolívar— en un cine que funcionó entre los treinta y cuarenta de este siglo; inmueble que ahora se vende o alquila para despachos. Otro desacato más, infligido

a nuestra historia arquitectónica consiste en haber truncado la iglesia de Montserrat situada en la antigua calle de San Miguel la que, al ser ampliada, cambió su nombre por la de José María Izazaga: la mutilada Monserrat lució durante muchos meses —colgado en las ruinas que quedaron de la iglesia— un letrero que decía: “se vende”. Y eso a ciencia y paciencia de las autoridades. Por fortuna, hombres de a caballo, cultos, compraron el inmueble mutilado e instalaron ahí el Museo de la Charrería. Menos malo.

Otra irreverencia más fue cometida por las autoridades durante el segundo decenio de este siglo al destruir la iglesia de Dolores ubicada en la calle del mismo nombre. En su lugar se construyó el Teatro Ideal, famoso por la actuación cómica de las hermanas Blanch. Muchos actos vandálicos se perpetraron allá por los treinta de esta centuria, por ejemplo, cuando se amplió en varias veces la anchura original de las calles de San Juan de Letrán y así absorbió ésta o hizo desaparecer la vieja Plazuela de Tumbaburros, llamada después Plaza del Salto del Agua, ello con todo y sus soportales que daban hacia la Plaza de las Vizcaínas.

La falta de respeto a nuestra estampa urbana también se mostró en la destrucción parcial de la arquería que conducía el agua bronca de la fuente de la Tlaxpana hasta la fontana que se hallaba atrás de la Iglesia de Santa Isabel, donde ahora se encuentra el Palacio de Bellas Artes. En 1851 el presidente Arista mandó derribar la arquería desde las espaldas de Santa Isabel hasta frente a la iglesia de San Fernando a lo largo de la actual avenida Hidalgo. La demolición total de ese acueducto se llevó a cabo durante el porfiriato: desde donde empieza la actual avenida Puente de Alvarado hasta la Tlaxpana.

El acueducto de Chapultepec —que nos traía el agua dulce para apagar la sed de los capitalinos—, venía desde los manantiales del mismo nombre por un ducto que sostenía una arquería que terminaba en la fuente del Salto del Agua. Aquel prolongado monumento fue derribado también durante el porfiriato, no sin dejar como huella de su existencia unos arcos que se encuentran frente a las calles de Florencia, Varsovia y Praga.

En esta centuria también la vieja calzada de la Piedad fue víctima de la barbarie al cambiar su nombre por el de avenida Cuauhtémoc, acaso para que se olvidara la salvaje destrucción total del santuario de La Piedad, al que se llegaba precisamente por la calzada así llamada. En el lugar donde estuvo éste se construyó años después una iglesia de arquitectura modernizante asentada en las calles de Puente de la Morena cercanas a la avenida Cuauhtémoc.

Hay muchos ejemplos más de esas deplorables cuatro oleadas destructivas. A semejante lamento contribuye, casi con vesania y crueldad Guillermo Tovar de Teresa al ofrecernos en este acucioso libro, el rostro de muchas de las víctimas arquitectónicas tal como eran y tal como el vandalismo desnacionalizador las dejó.

ARTÍCULO JUGUETÓN

No sé si a Guillermo Tovar de Teresa le agrada que lo agredan o si estimula a la mula para patear en un tambor una murga mugre de contradictorios alegatos parecidos a riñas de perros y gatos.

Bien puesta su respuesta, deja Guillermo aterrados o enterrados a sus venales y banales contradictores. Éstos, ajenos a todo venero salubre y veraz, se nutren de ideas venéreas que en su escatológico cacumen bullen y las arguyen con torpeza desde su alma vaciada por viciada.

Fungen y fingen ser críticos probos, pero son réprobos: practican tanto el plagio como el agio intelectual. Su pretendido fuero queda fuera desde luego, más por inocuo que por inicuo.

Sería más seria la serie de objeciones que aquellos perpetrar si no fuese porque impetran piedad a la postre. Y es que saben que su lógica es lóquica, burda y absurda, palurda y zurda.

José Vasconcelos

Como estudiante universitario no conocí ni disfruté cátedra alguna de José Vasconcelos. Además creo que él no ejerció en forma regular la docencia superior en la Facultad de Filosofía ni en la de Jurisprudencia, no obstante haber sido Vasconcelos nombrado rector de la Universidad de México en 1920 por el presidente interino Adolfo de la Huerta, puesto que desempeñó hasta 1921.

Con ese dignísimo cargo le distinguió De la Huerta, pero le confió la misión de emprender una gira por los estados de la República para pedir y obtener de las legislaturas de cada entidad su respectiva renuncia a la soberanía que en materia educativa tenían los estados de la Federación, ello a fin de poder programar y unificar la enseñanza en los grados primario, secundario y preparatorio.

Una vez terminada su exitosa gira, Vasconcelos fue designado por el presidente Obregón como secretario de Educación Pública y Bellas Artes en junio de 1921.

Cabe recordar que México careció de una institución semejante porque la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes que fundó Porfirio Díaz en 1904 sólo tenía jurisdicción en el Distrito Federal y los tres territorios federales que había entonces: el territorio de toda la Península de Baja California, Tepic —ahora estado de Nayarit— y Quintana Roo. Cada estado de la Unión conservó su soberanía en materia educativa.

Caída la dictadura porfiriana y transcurridos los gobiernos de Madero y Victoriano Huerta, Carranza suprimió la Secretaría de Instrucción Pública

por ser una institución creada por el porfirismo y, de manera ingenua e impráctica, depositó la obligación educativa en las autoridades de cada uno de los casi 2,500 municipios existentes en el país.

Tanta significación tuvo la encomienda del presidente interino De la Huerta a Vasconcelos, que éste superó, con mucho, las atribuciones que Porfirio Díaz confirió a su secretario de Instrucción Pública.

La exitosa gira realizada por Vasconcelos, la consigna éste con no pocos detalles en sus dos primeros libros autobiográficos: el *Ulises criollo* y *La tormenta*. Creo también que en *El desastre*.

Pero sea ello lo que fuere, la verdad es que Vasconcelos, con su genio creador reflejado en la nueva institución educativa, gestó un notable renacimiento cultural de nuestro país y una robusta afirmación de nuestra identidad nacional. Ese fue el mayor mérito de don José.

No conocí, pues, como catedrático a Vasconcelos. Pero mi primer contacto con él se lo debo a don Antonio Castro Leal, ex rector de la UNAM y uno de los *siete sabios*,⁴ brillante generación siete años posterior a la del Ateneo de la Juventud de 1910.

Castro Leal me invitó a almorzar junto con el ilustre Vasconcelos a principios de 1940; y después de una charla que hubo de prolongarse dos o tres horas, conservo la idea de una irregularidad sistemática en el pensamiento vasconceliano. Ya padecía gota el maestro y se apoyaba en un bastón.

Un par de meses después caminaba yo con Andrés Henestrosa por las calles de 5 Mayo, frente al Banco de México, cuando en un sentido inverso al que llevábamos, nos topamos con Vasconcelos.

Nunca olvidaré la muy cariñosa forma mostrada por don José a mi amigo Andrés, oaxaqueños ambos. Éste había sido un fiel luchador en la candidatura presidencial de Vasconcelos lanzada en 1929, junto con sus coetáneos veinteañeros, Alejandro Gómez Arias, Efraín Brito Rosado, Baltazar Dromundo, Adolfo López Mateos, Ángel Carbajal, Juan Pacheco

⁴Estos eran Vicente Lombardo Toledano, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morin, Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado, Teófilo Ojeda Leyva y Jesús Moreno Vaca.

Calvo y los hermanos Vicente y Mauricio Magdaleno, así como muchos otros que también consiguieron del presidente Portes Gil la autonomía de la Universidad en la primavera de 1929. Esta era una dependencia de la Secretaría de Educación Pública, a cargo entonces de Ezequiel Padilla.

Pues bien, después del cariñoso encuentro de Andrés con don José, fui presentado a éste quien desde luego aclaró con amabilidad que nos había presentado poco antes Castro Leal.

Me complace consignar ahora el breve diálogo sostenido entre los dos oaxaqueños cuando faltaban unos meses para decidir la sucesión presidencial después del mandato de Lázaro Cárdenas. Quizá era abril o mayo de 1940. Andrés preguntó a Vasconcelos ¿quién creía que fuera el sucesor de Cárdenas, cuando la gran mayoría popular parecía optar por el general Juan Andrew Almazán? A lo cual y sin titubeo alguno respondió Vasconcelos esto: “Creo, Andresito, que el futuro presidente será Manuel Ávila Camacho”. Frente a ello Andrés preguntó al ilustre personaje: “¿Por qué, maestro?”, y desde luego respondió Vasconcelos lo que sigue: “Lo creo así, Andresito, porque entre Almazán, Mújica, Sánchez Tapia y Magaña, Ávila Camacho es el único de los cinco precandidatos que no sabe leer ni escribir”.

Una carcajada de Vasconcelos dio por terminado ese diálogo callejero, lo que no impidió que un año después el maestro fundara El Colegio de México, ubicado en las calles de Serapio Rendón, y recibiera un cuantioso subsidio mensual del presidente Ávila Camacho para sostenerlo.

Transcurrió algún tiempo —quizá tres lustros— cuando Herminio Ahumada, yerno de Vasconcelos y casi hermano de Andrés, nos invitó a cenar a su casa, junto con dos contertulios *samborinos* que Andrés y yo estimábamos mucho, los abogados Gustavo Serrano y Esteban de Antuñano.

Nos recibió Herminio a los cuatro. Pero Vasconcelos no había llegado todavía y nos sentaron en unos *puffs* que rodeaban una mesa redonda muy baja y rotatoria, llena de botellas de vinos y licores de sabrosas botanas.

Eran las nueve de la noche. Una hora después entró sonriente el maestro, no sin disculparse por la tardanza. Ocupó su *puff* y, comedido yo, le mostré

unas botellas de vino para que escogiera. Vasconcelos me dijo: "Yo no tomo vino, gracias". Rápido le respondí: "He leído los 20 o 30 artículos que ha publicado usted recientemente en el semanario *Hoy* y ahí elogia usted en grande el vino tinto y condena usted como bebidas el pulque y la cerveza que, según lo afirma, han envilecido al pueblo mexicano quien sólo podrá regenerarse si trueca esas bebidas por el vino tinto".

A ello me contestó Vasconcelos con la mayor diligencia: "Lo escribo pero no lo practico. Yo bebo whisky con agua mineral a la manera norteamericana". Yo sólo agregué esto: "Pero usted, maestro, es violentamente antiyanqui". Sin inmutarse, don José retrucó: "Lo era, pero no lo soy ahora. Pues de que nos conquiste Stalin a que nos conquiste McArthur, prefiero que nos conquiste éste".

Evadí ya el tono polémico de esa charla inicial y casi nos amanecemos bebiendo y hablando todos los presentes sobre el Ministerio de Educación del presidente convencionista Eulalio Gutiérrez y de otros pasajes del México turbulento, apaciguado con la conclusión de la huelga universitaria de donde surgió la autonomía de nuestra máxima casa de estudios; pero turbulento todavía con la rebelión cristera y con la revuelta escobarista cuya pacificación de ambas también las negoció con éxito el presidente Portes Gil. Estos últimos sucesos coincidieron con la campaña electoral por la presidencia de la República donde contendieron José Vasconcelos por la oposición y Pascual Ortiz Rubio por el partido oficial, el PNR recién fundado.

No volví a ver más a ese genio contradictorio, capaz de haber creado años estelares de renacimiento y exaltación cultural y apto también para dirigir o colaborar en una revista pronazi, *Timón*, así como de escribir la historia *al revés* de nuestro país.

Hombre de luces enceguedoras, era también hombre de pasiones y rencores, que hubieron de terminar con su muerte acaecida al finalizar junio de 1959.

Leopoldo Zea*

A muchas virtudes puede renunciar el filósofo sin comprometer su condición de tal. Por ejemplo, a la pobreza, a la casticidad o a la modestia; menos a una y sin la cual el noble oficio de la filosofía se desintegraría: la curiosidad intelectual.

En esa cardinal virtud que es en efecto la curiosidad, vive inserta la pasión por saber todo cuanto al filósofo le ha urgido conocer desde siempre: cómo es nuestro mundo circundante y qué es el hombre, qué fue de él y qué será de él.

Resulta fácil reconocer al filósofo de buena cepa sólo por el grado de curiosidad que sea capaz de poseer. Se puede manejar con cierta soltura y destreza la jerga filosófica y estar sin embargo nativamente invalidado para ser filósofo. Ello ocurre con notable frecuencia con algunos empingorotados profesores que fingen o fungen de solemnes maestros, ayudados de guiños y gestos filosofantes en el templete de la cátedra.

Armado de aquella preciosa cualidad que es la curiosidad intelectual, un joven filósofo se decide a hurgar en un trozo de historia mexicana, *la historia de las ideas que han dado fisonomía a nuestra nacionalidad*.

Algunos metafísicos incurables consideraran sin duda improcedente la actitud filosófica de Leopoldo Zea al pensar que el único y digo objeto del egregio quehacer filosófico consiste en examinar un ontos más o menos escrutable o inasequible. Pero fiel a los signos de nuestro tiempo, Leopoldo

*Comentario publicado en *Cuadernos Americanos*, número 3, del año 1943.

Zea se preocupa por contemplar al hombre no en su abstractividad sino en su concreción; no en su frágil y problemática entelequia sino en su dinamicidad e historicidad. Esa noción vagarosa del hombre, tan del gusto de algunos, la elude Zea como meta de su investigación para centrarla tan sólo en ese fragmento de la historia de México que vivió alumbrado por una idea que circuló a escala universal: la del positivismo de Augusto Comte.

En la obra de Zea se inicia con brillantez un estudio que de antiguo esperábamos todos fuese abordado por nuestros estudiosos. Me refiero al análisis de la adaptación en México de las ideas universales, tarea que debería ser grata tanto al historiador como al filósofo, que lo sean con autenticidad. Un esfuerzo de índole semejante nos invita a advertir que falta por hacer todavía minuciosas investigaciones para acabar de integrar la historia de las ideas en México. Por asociación mental, pienso en lo útiles que serían libros que se titulasen, por ejemplo, *La influencia de Descartes en la Colonia*, *La influencia de la enciclopedia en la Independencia*, *El intuicionismo y la contrarrevolución en México*, *El historicismo en México*—escuela de la cual Zea es uno de sus divulgadores— y, entre otros, *La influencia del marxismo en México*.

Por lo pronto Zea nos ofrece ahora, con pulcritud intelectual, un análisis de la influencia de la filosofía positiva en una etapa tan importante en nuestra historia, tal como lo es la del régimen tuxtepecano.

Zea es, ante todo, un filósofo historicista. Como tal, le preocupa reconstruir el escenario cultural en el cual se producen las filosofías —la Filosofía, con mayúsculas, no existe— porque sólo así se puede alcanzar su máxima comprensión. Es menester buscar en la historia y en las biografías de los hombres el origen y sus concepciones filosóficas y “preguntarse cómo vivieron, qué sintieron, qué quisieron, qué soñaron, qué dificultades afrontaron”. Esto nos lleva a una cuestión que a Zea inquieta: las relaciones entre la filosofía y el problema de la verdad, vínculos que implican los lazos existentes entre la filosofía y la historia de la filosofía.

Dice Zea al respecto, en su alegato historicista sobre la idea de la verdad:

Si la verdad es concebida como algo intemporal y eterno, las relaciones entre la filosofía y la historia serán puramente accidentales. Las verdades de la filosofía serán verdades con cualquier realidad histórica. En cambio, si la idea que se tiene de la verdad es la de que ésta es de carácter circunstancial, las verdades de la filosofía estarán ligadas a un determinado espacio y tiempo. Las verdades serán históricas.

Semejantes asertos no parecerán extraños si se tiene en cuenta que todo quehacer del hombre ha estado y está condicionado por el tiempo: el arte y la religión, el lenguaje y la política, la filosofía y la moral, son realidades hechas de la misma materia de que está construido el hombre: de sustancia histórica. Por ello el medio más certero para entender con plenitud un arte dado, una política o una filosofía determinadas, es la de posar la mirada en las circunstancias históricas de donde surgieron esas formas culturales.

Provisto de este método eficaz, va rehaciendo Zea el marco donde se dio el positivismo comteano y encuentra que esta doctrina sirvió de justificación al grupo de franceses que acababa de llegar al poder político y económico. Zea sabe, como Karl Manheim, que los grupos que han asumido el mando de la sociedad durante las diversas etapas de la historia, han poseído cada uno su particular ideología, siempre de conformidad con sus intereses de grupo.

Ahora bien, el grupo que poseía el mando cuando apareció el célebre *Cours de Philosophie Positive* era el de la burguesía francesa, que ya solidificada en el poder, necesitaba de una ideología justificadora de su permanencia como clase dirigente de la sociedad. No le era útil el repertorio de ideas que décadas atrás había esgrimido para lograr el derrocamiento del feudalismo, justamente porque ellas predicaban el desorden y el *progresus*. Es decir, la marcha hacia adelante.

En su sociología del saber Max Scheller ha logrado demostrar, con fina sagacidad, un hecho que no merece discusión: una clase en el poder sus-

tenta una filosofía de carácter estático, mientras que una clase sin poder tiende a mantener una filosofía de carácter dinámico.

La burguesía francesa, ya en el poder, empieza a olvidar la palabra que le sirvió de bandera y busca otra que le ayude en forma más cumplida. Esa es Orden. Augusto Comte es eso, filósofo del orden y eso lo emparenta, colateralmente, con los modernos totalitarios, bien que unos y otros se distinguen por su actitud ante la ciencia. Podría afirmarse con licitud que el comtismo representa el primer intento de la burguesía de ejercer la dictadura; pero estaba demasiado cercano e incluso vigente aún el ideario político de los jacobinos, para poder presentar en toda su magnitud ese anticipo de totalitarismo. Faltaba también, por supuesto, madurez histórica.

El proceso de abandono de la ideología original de la burguesía, Zea lo describe así:

La burguesía había alcanzado el poder; pues bien, otros grupos querían a su vez ese poder, y para ello esgrimían las mismas ideas que la propia burguesía había esgrimido contra los viejos poderes, contra las antiguas clases, la aristocracia y el clero.

Libertad, igualdad, fraternidad, conceptos que otrora sirvieron a la burguesía para tomar el poder, eran ahora utilizados por los grupos que no habían alcanzado el poder. La burguesía se encontraba con el problema de tener que invalidar una filosofía que había servido para alcanzar el poder, pero que ahora hacía inestable el poder alcanzado. Para invalidar una filosofía revolucionaria, era menester una filosofía del orden.

Sin embargo, cabe agregar, la filosofía positivista de Augusto Comte tenía que evitar caer en el *antiguo orden*, *l' Ancien Régime* y la fórmula mágica descubierta por él fue: combatir a la aristocracia y al clero, sí, pero también a los jacobinos. "A los unos evidentemente por retrógrados y a los otros exclusivamente por críticos".

En la terminología usada en la ley de los tres estadios, inventada por Comte, los primeros representaban el estadio *teológico* o *ficticio* y los segundos el estadio *abstracto* o *metafísico*. Ambos eran negativos. El estadio que

se inauguraba en la época de Comte era el *científico o positivo*, último que la humanidad habría de recorrer en su tránsito por la escena histórica, según el filósofo francés.

A la idea revolucionaria de una libertad sin límites, Comte opuso la creencia de una libertad ordenada; a la de la igualdad, la de una jerarquía social; a la religión cristiana contrapuso la fe en la infalibilidad de la ciencia; y como hace notar Zea: “Toda la filosofía positivista de Comte no viene a ser otra cosa que el establecimiento de las bases sobre las cuales se levantó su política”. En efecto: toda la metodología y el análisis de las diversas ciencias positivas no son sino cimientos donde se erigió la doctrina política comteana.

A grandes rasgos, esta es la ideología importada por don Gabino Barreda, cuya aclimatación en México fue en la medida que hubo afinidad de circunstancias con Francia. La obra de Zea es harto prolija en el examen de éstas y no voy a detenerme en hacer con pormenor su relación detallada. Bastará sólo recordar qué acontecía en el México de 1867, cuando Barreda fue llamado por Juárez para formular un plan de reorganización educativa.

Acababa de concluir la guerra de intervención hecha por Napoleón III en estrecha alianza con los conservadores mexicanos, quienes representaban la tendencia feudal de la época. Con el triunfo de la burguesía liberal en esa guerra extranjera que nos impuso Francia, también ganó esa clase social que en una serie de luchas intestinas —que duró por más de medio siglo— había estado librando con diversas denominaciones ambos bandos, realistas contra insurgentes, centralistas contra federalistas, imperialistas contra republicanos y liberales contra conservadores.

El triunfo de los liberales no sólo sobre los conservadores cimarrones sino sobre una potencia extranjera, evidenció que aquellos poseían más eficacia histórica que los representantes de la tendencia regresiva aliada del invasor. Por tanto, debían asumir el mando. Ya en él, la burguesía mexicana, al igual que la francesa y la de la mayoría de los países del mundo, empezó a suavizar su fraseología y su credo, canjeándolos por algo más moderado, menos violento y explosivo.

Don Gabino Barreda, aplicado discípulo directo de Comte, fue el ideólogo de la burguesía triunfante, adaptando con habilidad el positivismo francés en nuestro país a través de la reforma educativa que se le encomendó al fundar la Escuela Nacional Preparatoria. De buena fe creía Barreda que la filosofía positivista era la única que podía crear el orden, porque los supuestos en que se apoyaba impedirían provocar ese germen de discordia y desorden que se llama *diversidad de opiniones*.

“Todas las afirmaciones hechas por la filosofía positiva, científicas como son, están al alcance de aquel que quiera comprobarlas”, decía Barreda. Sostenía además que el desorden y la anarquía sufridos en nuestro país provenían de la diversidad de opiniones. Sólo ofreciendo al pueblo un fondo común de verdades, podría establecerse el orden que lo daría la enseñanza de la filosofía y del método positivo. En esto consistió la sana intención de Barreda, al cerrar el ciclo de luchas intestinas que México había padecido desde la consumación de su independencia, a efecto de que la clase que detentara el poder y la riqueza cumpliera con su misión histórica.

El resultado fue que Barreda logró cambiar la conciencia pública del país por más de tres décadas y media, justo el periodo cubierto por el porfiriato. El lema de Comte —Orden— fue parafraseado por los prohombres del porfiriato que sirvieron a éste de sustentáculo y quienes a sí mismos se denominaban científicos, bien adaptados al lema del presidente Díaz: “Nada de política y mucha administración”.

Dice Zea que el porfiriato “en nombre del orden y la paz sacrificaba toda idea que no fuera de utilidad; las ideas eran tenidas como causa principal del desorden”. Esto permite ver en el porfiriato un símbolo de la supresión de las libertades públicas, sobre todo la libertad de pensar.

El análisis de las alteraciones sufridas por el positivismo al implantarlo en la cultura y en la política mexicana, es exhaustivamente tratado en la obra de Leopoldo Zea, cuya arquitectura y método son en verdad ejemplares.

Aquellos espíritus superficiales, cultivadores de frases hechas, que en forma constante oponen como objeción máxima a la creciente universal-

zación de la cultura, la conocida cantinela de *ideas exóticas*, encontrarán en la obra del joven filósofo mexicano estímulos para meditación y rectificación.

Me refiero al hecho de que la humanidad es más solidaria de lo que se admite y que las desigualdades habidas entre los hombres, no son sino eso: meras diferencias, simples accidentes nacidos de la circunstancia, de lo que al hombre circunda. Por algo el vocablo "semejante" se emplea a menudo como sinónimo de hombre.

Pintores

Raúl Anguiano*

Conocí a Raúl Anguiano en 1936 en la pintoresca y veracruzana Barra de Chachalacas. Apenas tenía él 21 años de haber nacido en Guadalajara. Iba acompañado de nuestra mutua amiga Lola Álvarez Bravo, y de otro pintor jalisciense muy joven —en ese entonces—, quien frisaba los 15 años. Ambos llegaron a tener con el tiempo un nombre nacional e internacional en el campo de la pintura. El joven era Juan Soriano.

Meses después de haber conocido a Raúl en Chachalacas, lo encontré de nueva cuenta como miembro activo de la ascendente Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios —la LEAR—, que acabó por desaparecer merced a la decrepitud ideológica que la invadió.

En la LEAR militaban Octavio Paz, José Revueltas, Efraín Huerta, Ermilo Abreu Gómez, Luis Cardoza y Aragón, Juan de la Cabada, José Mancisidor, Julio de la Peña y otros escritores más; en la sección de artes plásticas trabajaban con fe mesiánica Leopoldo Méndez, Pablo O'Higgins, Raúl Anguiano, José Chávez Morado, Alfredo Zalce, Santos Balmori, Isidoro Ocampo, Francisco Dosamantes, Javier Guerrero, Clara Porcet, Luis Ortiz Monasterio y otros más.

Al desaparecer la LEAR, dejó un retoño importante en la historia de la cultura mexicana en el área de las artes plásticas: el Taller de la Gráfica Popular, que ha prevaecido hasta ahora y del cual Raúl Anguiano fue uno de los

* Artículo titulado "Toda una vida en la pintura", publicado en *El Gallo Ilustrado*, suplemento cultural del periódico *El Día* en 1991.

fundadores junto con José Chávez Morado, Fernando Gamboa, Celia Calderón, Federico Cantú y Arturo García Bustos, entre otros.

Allá por agosto de 1946, contaba Raúl Anguiano con 31 años cuando un grupo interdisciplinario de amigos y coetáneos suyos los invitó a formar parte de la Sociedad Mexicana de Estudios y Lecturas.

El propósito de esa Sociedad, integrada por 12 jóvenes veinteañeros, consistía en convertirse en activa difusora de la ciencia y las bellas artes en las provincias de la República y en la Ciudad de México. Fueron dos años los que vivió ese grupo compacto y cerrado. Apenas duró un bienio, pero mantuvo el compromiso que contrajo. Su actividad sorprendía a todos y, por supuesto, a los mezquinos en quienes aparecía un rictus de envidia o de resentimiento por quedar fuera de esa Sociedad. Por cierto que ella fue la única que recordó la guerra mutiladora que Estados Unidos impuso a México un siglo antes. Con Anguiano, fueron fundadores el precoz historiador Arturo Arnaíz y Freg, el gran polígrafo Fernando Benítez, el matemático Alberto Barajas, el agudo siquiátra Jorge Carrión, el astrónomo Guillermo Haro, el físico Carlos Graef Fernández, el arquitecto Carlos Lazo, el geógrafo Jorge L. Tamayo, el poeta Octavio Paz, el filósofo Leopoldo Zea y, por último, el que escribe estas líneas, sociólogo descarriado en la historia.

Viajero empedernido por cuanto apartado rincón existe en la República —cañones desérticos o selvas ubérrimas—, ahí donde encuentran cobijo orgulloso o pudibundo algunas etnias del país, Anguiano documenta y descubre el más elegante tocado que mujer alguna pudiera lucir sobre su cabeza para ilustrar a los sofisticados salones de belleza de una sociedad cosmopolita: el turbante de iguanas. Este hallazgo sí turbaría la respiración del más escéptico y modosito modisto parisino. En su cuadro *La Espina*, Anguiano también documenta o denuncia —con antelación de más de medio siglo— cómo iba siendo arrasada la selva lacandona, sin que nadie detuviera el progresivo desastre ecológico. Lo mismo que muchos de los cuadros del paisajista José María Velasco, que reproducen la cuenca del Valle de México, y constituyen también un testimonio de la espesa vegetación de pinos y encinos de que disfrutaba nuestro Valle y, en cierto modo, son una

denuncia anticipada de Velasco de la salvaje devastación practicada sin tregua por la tala progresiva de los bosques, con el consiguiente deslave de los montes, la erosión de los suelos, el cambio de climatología y, en suma, el ecocidio que padecen ahora 22 millones de habitantes asentados en la cuenta urbana más poblada de nuestro planeta: la megalópolis defecha y mexiquense.

Sólo los coetáneos de Raúl Anguiano podemos testificar un fenómeno no carente de interés en la historia de la cultura nacional: se consideraba como heterodoxia antipatriótica *no* confinar la creación pictórica a sólo los llamados Tres Grandes.

Se quería olvidar que entre Rivera, Orozco y Siqueiros había una pléyade de jóvenes pintores, ahora con madurez ascendente, que por economía de lenguaje solía llamársele la Tercera Generación.

Al repasar los nombres de cada uno de ellos, sorprende que no haya hasta ahora en nuestro país un museo que albergue la obra de esa extraordinaria generación, tan plural y compuesta de personalidades, sin haber caído en el dogmatismo castrante impuesto por una determinada escuela pictórica.

Ahí están los azules y grises del pulcro Carlos Orozco Romero y los rojos y sepias italianizantes de Jesús Guerrero Galván; los murales no exentos de intención pedagógica y docencia histórica de Juan O'Gorman y los sembradíos fantasmales de Guillermo Meza o las colosales figuras *ricardinas* de Martínez Hoyos; los múltiples tonos del cobre o del rojo de José Chávez Morado plasmados tanto en la Alhóndiga de Granaditas como en su pintura de caballete; los temas hagiográficos de Federico Cantú; los estanques y bañistas de Julio Castellanos; los murales de Jorge González Camarena, llenos de preceptiva en el campo de la tecnología de las comunicaciones; las poéticas figuras humanas de María Asúnsolo y de Elena Garro, pintadas en forma magistral hace más de cuatro decenios por Juan Soriano. Y, por supuesto, en ese virtual museo deberán estar colgados los cuadros de Anguiano con los zoológicos-tocados que usan nuestras indígenas de Tehuantepec y

su cuadro *La Espina*, convertido en cronista de la etnia lacandona, la que hubo de descubrir al sumarse a una trágica expedición.

En ese virtual museo habrán de estar también los cuadros de Francisco Corzas que hizo una suerte de transportación de la escultura a la pintura, acaso por sus largas estancias alcoholizadas en Roma; los geniales y únicos grabados de José Luis Cuevas, uno de los grandes dibujantes de México; las obras de Cordelia Urrueta, exquisita por dentro y por fuera, como se advierte en su obra plástica; la de Manuel Felguérez, que cada día se exige más que el anterior, y lo logra en sus poligonales temáticas geométricas; los de Vicente Rojo quien sabe desbrozar con armonía lo que parece abigarrado en sus cuadros; los pulcros paisajes de Luis Nishizawa; la obra de Martha Chapa que podemos paladear con la misma fruición con que saboreamos sus platillos *martianos*, cuando para mi gusto su obra plástica mayor se halla en media docena de felinos cuya mirada revela una nostalgia por volver a su estado salvaje perdido y abandonar su condición de *papachado minino*. O el genial Francisco Toledo, de los grandes de este siglo —como Tamayo— cuyas parvadas ornitológicas y grupos de conejos y caimanes, tortugas y batracios, nos conducen sin quererlo a recordar la pintura polinesia que puede admirarse en el Museo de Arte Africano y de Oceanía en París; y también habrán de colgarse los cuadros de otros grandes artistas de esa Tercera Generación tales como los de Lilia Carrillo, los hermanos Rafael y Pedro Coronel cuyas obras se encuentran en la iglesia de La Compañía y el convento de Santo Domingo zacatecanos; y entre otras obras más, las de Celia Calderón —muerta precozmente— junto con el retrato de la anhelante y frígida a la vez María Asúnsolo, presente y como ausente, para verla de nuevo quienes fuimos amigos de la *madonna* más célebre del segundo tercio de este siglo y cuyos salones eran visitados por intelectuales y artistas —realizados o en ciernes—, empresarios y políticos. Sí, allí en ese virtual museo podremos contemplar el magistral retrato de María fraguado por Raúl Anguiano, con su semblante intacto, asentado en esa insólita estatua de carne y cuyo extraordinario atractivo la convertía junto con la pulcra Beatriz Caso en una de las dos o tres mujeres más

hermosas de México en este siglo todavía inconcluso; con intuición previosa Raúl inmortalizó a María mediante el dominio total de su oficio y sólo así pudo rescatarla de la cruel erosión que produce el indetenible transcurso del tiempo.

El museo de la Tercera Generación de pintores de este siglo es una justa demanda que debe realizarse sin demora, atenta a la plausible disposición que muestra reiteradamente la sociedad civil y los hombres de empresa, sin perjuicio de que el gobierno aporte lo suyo y sin olvidar otras prioridades morales, compulsivas y solidarias.

El suyo es el caso de un triunfador en buena lid: Raúl Anguiano preparó 25 exposiciones individuales y figuró en 32 colectivas —disfrutadas tanto en México como en el extranjero— y así se ganó una reputación bien habida antes de llegar a los tres cuartos de siglo.

Ahora vive con holgura decorosa —no dispendiosa— al lado de Brigitta Anderson, nacida en Letonia nacionalizada norteamericana y muy mexicana. Conocí a la primera esposa de Raúl, Águeda, hija de un refugiado español, cuando era secretaria de mi maestro Alfonso Reyes.

Raúl dispone ahora del ocio suficiente —ocio creador, por supuesto— para entregarse de lleno al hallazgo de nuevos temas dignos de ser horadados por la intuición creadora de su obediente pincel.

Desaparecido hace muchos años ya, coincido con Crespo de la Serna, en la valoración que hizo de Anguiano. Ese crítico sostenía que era difícil disputar a Raúl el rango del mejor retratista de México porque sus cuadros mostraban un perfecto dominio del oficio por su gran parecido a la persona pintada, sin caer en cursi chabacanería de calendario. Sí, ahí están los retratos de *Margarita*, 1943; *La muchacha del abrigo verde*, 1938; *Flor de pato*, 1942; los magistrales de *María Asúnsolo*, 1942 y de *Alfa Henestrosa*, 1946; *El retrato de mi madre y mi hermano Pepe*, 1942, que recuerda a nuestros grandes pintores anónimos del siglo XIX; el excelente de *Julia Crespo*, 1947; *Ruth Rivera* —que hace 45 años lo tuvimos en nuestra sala y lo regalamos, Eugenia y yo, seis años después, a Toño Carrillo Flores; el de Brigitta, 1969; y el precioso de *Lola con su turbante* en 1982, entre otros cuadros más.

La persistencia admirable de Anguiano en su trabajo creador ha terminado por extinguir el lugar común en que solían caer algunos críticos subdotados o ultraístas o resentidos colegas de Raúl ante la torpeza o la esterilidad de aquéllos.

En la Ciudad de México Anguiano expuso 12 veces y la mayor y más completa compuesta por 170 cuadros, dibujos y litografías; me refiero a la retrospectiva producto del medio siglo de paciente y proficuo trabajo, que estuvo abierta al público en mayo, junio y julio de 1982 en el Palacio de Bellas Artes, justo porque en ese año el pintor jalisciense cumplía 67 años de edad, y había empezado a pintar desde los 17. No obstante ello, hay por allí un dibujo hecho en 1920 al torero Rodolfo Gaona por un niño de cinco años que se llamaba Raúl Anguiano.

Asimismo, su obra ejecutada en medio siglo fue exhibida en 1985 en varias salas capitalinas: el Poliforum Cultural Siqueiros, el Banco Internacional y en la residencia del culto publicista y filántropo hispanomexicano, Eulalio Ferrer.

Diez exposiciones de Anguiano fueron mostradas en diversas provincias del país: en Toluca dos veces; en Guadalajara tres, una de ellas en el hermoso edificio neoclásico del Hospicio Cabañas; una en las siguientes ciudades: Mérida, Acapulco, Saltillo, Oaxaca, Tlaxcala y Cuernavaca.

El éxito que cosechó Anguiano en su país, traspasó con facilidad el límite de nuestras fronteras y así en el extranjero mostró su obra individual o bien participó en exposiciones colectivas en diversas ocasiones: tres en París en 1952, en 1967 y en 1980; en Roma tres veces, en 1965, 1967 y 1975; dos en la URSS en 1968 en Moscú y Leningrado; una vez en Riga en 1988, la ciudad natal de Brigitta, su mujer, amiga y consejera; en Viena una vez en 1968; y una más en Frankfurt en el mismo año.

Su obra es cada vez más valiosa y mejor valuada en el mercado mundial de la pintura. En el Nuevo Mundo Anguiano expuso en forma individual y colectiva: una vez en la Cuba precastrista en 1956; otra vez en Kingston; y en Santiago y Valparaíso en 1959.

Diversas urbes de Estados contemplaron 23 exposiciones de Raúl Anguiano, la mayoría de ella individuales: dos en Nueva York, una en 1969 y otra en 1989; una en Chicago en 1987; otra en Baltimore en 1969 y una en Miami en 1965; dos en San Francisco en 1953 y 1965; una en Oxnard en 1966; otra en Palm Springs en 1974; una en Santa Bárbara en 1981 y otra en Pasadena en el mismo año; dos en San Diego: una individual en el Museo del Hombre en 1987 y otra colectiva en 1989; cuatro en los Ángeles en 1975, 1983, 1985 y 1989; dos en San Antonio en 1966 y 1976; una en Houston en este último año; una en Dallas en 1976 y, por último, otra en 1986 en la misma Dallas donde Anguiano expuso también con éxito.

Caería en omisión reprobable si no pasara una revista sumaria de otros cuadros sobresalientes de Raúl, según puedo juzgarlos.

Soberbio pintor de desnudos —*Pita Amor*, 1949— e inquietantes semi-desnudos femeninos, ese óleo pintado por Raúl titulado *La alfarera monumental*, denuncia un plausible edipismo del pintor: en ella emboza o esboza Anguiano que la alfarera es la madre arquetípica de todo cuanto llevamos con tranquilidad en nuestras venas, y en diversas dosis, las dos sangres del mestizaje indoespañol sin importar el color de nuestra piel.

Así parece sugerirlo el pintor jalisciense. Remiremos su alfarera monumental y advirtamos que es la misma mujer pintada en su alfarera de Ticul.

La niña con naranja y *La niña de la naranja* con trasfondo azul, hacen pensar en el mejor momento de Diego cuando se proponía pintar niños, o en el escondido o desaparecido Gustavo Montoya.

Tuvo y mantuvo Anguiano una atenta curiosidad por dos pintores europeos, el catalán Pablo Picasso y el italiano Jorge de Chirico, quien posó para Anguiano en París en 1967. De este recuerdo nació acaso la influencia oblicua que se nota en dos cuadros del artista jalisciense: su *Cirquera Rosa* y el *Cirquero Gris* pintados en 1941 y su *Adán y Eva* en 1942. De Picasso, se nota una influencia lateral tanto en su *Crepúsculo* pintado en 1948, como en su *Desarrollo de Venus* de 1967 y en su *Jugador de Jai Alai* de 1981.

Cualquiera que haya contemplado la pintura de Anguiano de aquella época recordará cómo algunos de sus cuadros, aunque eran trasunto de

la pintura de esos artistas europeos, había sin embargo en su obra aportaciones nada desdeñables de la vigorosa personalidad creadora de Anguiano.

La versatilidad mostrada por las diversas escuelas pictóricas de nuestro tiempo, no ha impedido a Raúl dejar siempre en su obra su personalísima huella: tan pronto se encuentra ésta en las naturalezas muertas cezanoi-des, pero muy de Anguiano, por ejemplo *La papaya y los plátanos*, como se admira su vangoguesca *Magnolia* pintada en 1985, muy de Raúl. Magritte está tan presente sin duda en *La pera rauliana* teniendo como trasfondo una especie de cortina de papel como lo está su propio autor, Anguiano.

Una calle de París, plasmada con gran maestría por Raúl a la manera impresionista invoca sin desearlo expresamente a Utrillo. *La catedral de Amiens* pintada con tanto decoro por Raúl en 1967, no impide recordar la serie de cuadros de la Catedral de Ruan, en donde Claude Monet puso a prueba su virtuosismo como pintor de luz, serie que hasta hace poco tiempo se podía admirar en París en la Orangerie y después en el Jeu de Paume. Creo que han regresado esos cuadros a su galería original.

Goya tampoco es ajeno a la formación, educación e inspiración de Anguiano y algo tiene el *Cain y Abel* salido de la paleta anguiana, de los cielos de la etapa negra del pintor español plasmados en *El Aquelarre* o en *El duelo a palos*.

¿Quiere decir todo lo anterior que Anguiano carece de ímpetu original y élan creador? Por supuesto que no. La aportación individualísima de Anguiano a la pintura mexicana y universal proviene, sin lugar a dudas, de su admirable recreación de caras, cuerpos y urbes salidos de la paleta de otros, y también de los atuendos y rostros de nuestras distintas etnias, sobre todo las del sureste de la República y, en especial, los de las mujeres juchitecas y lacandonas.

Pero Raúl Anguiano es un genial innovador y acaso su mejor obra se halla en los cuadros *La mujer de las iguanas* pintada en 1956 y en su obra maestra *Melancolía* realizada en 1971 y que Leonardo habría ambicionado pintar.

Sé que Raúl Anguiano está familiarizado con el tema de la continuidad de la historia humana, con todos sus zigzagueos prohija en forma paralela a la historia de la cultura en sus múltiples expresiones.

La cultura, entre otras cosas, en una oportunidad de innovación de la herencia cultural recibida, de tal suerte que aquella permanecería estacionaria e infértil si no fuera por la creatividad de las sucesivas generaciones que aportan su peculiar estilo de digerir y enriquecer la cultura.

No hay *adanes* con los que empiece el mundo cultural, señalados por un dedo providencial para inaugurarlos. Los hombres bien dotados de cada oleada generacional reciben el legado que en el curso de los siglos crearon las artes visuales, de las que entran por los oídos y de las que percibimos por ambos sentidos.

También en ese amplio campo de la cultura surge la perfumística que entra por el olfato y de la cual parecen ser precursores chinos y árabes, sin que los franceses pretendan ser los únicos herederos, al paso de la gastronomía es un riquísimo bien cultural recibido, susceptible de ser enriquecido para satisfacer otro de los sentidos con el cual el ser humano se asoma al mundo circundante: me refiero a la cocina, cuyo contenido es en verdad una de las expresiones más señeras de la herencia de cada país. Resultaría una tacañería conceptual no incluirla en cualquier plan que se fragüe para fomentar el desarrollo de las bellas artes.

La gastronomía, como las otras artes, se hereda y enriquece con las generaciones que vienen después y cuyas personalidades más relevantes se convierten en agentes del cambio ascendente del legado cultural recibido.

Por último, debo decir que no me referiré al placer del tacto, ese que se complace en acariciar una esfera de jade allá en el extremo oriente, si bien en todas partes del orbe se halla la suave piel de la mujer anhelada, y anhelante para regalo del tacto.

Más para qué llegar a un hedonismo integral como mero aficionado a discípulo de Epicuro. Mejor sigamos admirando con sosiego de ánimo la versatilidad y aptitud creadora de esos gran artista que es Raúl Anguiano.

Martha Chapa*

Conocí a Martha Chapa hará cerca de 20 años en la casa de Porfirio Muñoz Ledo. Me fue presentada junto con su esposo, el ya renombrado médico Federico Ortiz Quezada, a quien por cierto debo mi salud de roble. Posgraduado en la Universidad de Cornell, fue el primer nefrólogo que hizo en Latinoamérica un trasplante de riñón. Ahora dirige el Hospital Humana. Durante el terremoto su conducta en el Hospital Juárez fue la de un ejemplar héroe civil, reconocido así por las autoridades respectivas.

Desde aquel primer encuentro se trabó una amistad cordial, constructiva y creciente entre el joven matrimonio y yo. Ello me permitió advertir la enorme fuerza potencial que Martha tenía como auténtica artista. Creo haber sido un elemento estimulante para su desarrollo personal en su naciente carrera, tan sorprendente como es, pues tiene ya un nombre conquistado en buena lid. Me alegra haber sido uno de los precursores en percibir sus cualidades como pintora, junto con Siqueiros y Philips.

La carta que envié a Martha por aquellos años me complace reproducirla en *El Día* porque contiene elementos alentadores para aquellos jóvenes que quieran labrarse un destino mediante el cual realicen los valores superiores de la herencia cultural recibida. He aquí la carta:

*Carta escrita en julio de 1973 para el periódico *El Día* y publicada también por ediciones *Tlacuilo*, Guadalajara, Jalisco, 1974.

Estimada Martha:

Antes de examinar con algún detalle el mensaje pictórico de usted, permítame formular algunas reflexiones que le atañen porque están ligadas a toda vida superior.

Así lo he hecho con una pléyade de amigos más jóvenes que yo, cada vez que he percibido en ellos —en potencia— un destino trascendente, los acicateo para concretar en sus respectivas vidas algunos de los grandes valores culturales transmitidos de generación en generación.

Estoy seguro de que la tarea de trascender y ennoblecer la vida juvenil se facilita, si se intenta diseñar un esquema que ayude a ubicar la existencia individual en el tiempo y en el espacio.

No sin audacia compendiosa, permítame entregar a usted, Martha, el personalísimo esquema que me he trazado para ubicarme en el mundo, o como diría Max Scheler, “indagar cuál es mi puesto en el cosmos”.

Fenómeno tardío en el universo como es el hombre, éste tras de sí un largo y fatigoso peregrinaje que lo hizo posible. Su ancestro más remoto, no es por cierto la reciente amiba monocelular sino el mineral o mundo inorgánico. Acaso fuera mejor decir que el más lejano bisabuelo del hombre es el polvo estelar o las galaxias.

Medido en tiempo inmedible, causa vértigo asomarse al itinerario recorrido por el polvo estelar para condensarse —ígneo ya— en nuestro sistema planetario, el Sol, la Tierra y por último en esa extraña y a la vez familiar criatura que solemos llamar hombre. Fugaz como un aerolito, el ser humano consume su breve vida al frotarla con la sociedad y la historia. Así se reintegrará, diligente, a la Tierra de donde brotó, la cual —enana y colosal a la vez— acabará por integrarlo al polvo cósmico de donde todos somos oriundos, junto con su reino mineral, su flora y su fauna. Y es que lo permanente —*el ontos*— es el polvo cósmico: cambia de forma, pero siempre es, Tela de Penélope, se teje y se desteje sin cesar. Va del Caos al Cosmos y del Cosmos al Caos, en un ir y venir siempre constante. Placenta y tumba, punto de partida y de llegada de todo cuanto ha sido, es y será, el polvo sin embargo es inexpresivo: no nos dice ni explica nada acerca de lo que más nos incumbe: nuestra transitoria existencia humana, iba a decir, precaria existencia humana.

Con algunos huecos y discontinuidades la ciencia o las ciencias nos explican —de modo provisional e insatisfactorio— cómo fue que el hombre apareció

sobre la costra terrestre. No obstante ello, las ciencias no nos dicen lo fundamental: para qué apareció. Tampoco lo pretenden.

Quien se ha echado a cuestras semejante hazaña es la religión. Pero ésta —mero fermento del pensamiento prelógico— es sólo una muleta para no derrumbarnos de incertidumbre, es un aparato ortopédico mental construido por el afán de seguridad y de certezas que alienta el hombre. O, si usted lo prefiere, Martha, procedentes del miedo metafísico.

Incapaces de discernir en torno a las fuerzas de la naturaleza y a un mundo hostil indomeñable, el hombre primitivo creó el politeísmo. Criaturas del hombre como son los dioses, éste acabó por sentirse hijo de ellos y creer en ellos como si fuesen *per se*. Olvidó que los dioses sólo son meras proyecciones emotivas del hombre y se complació en adorarlas como si fuesen *per se*, como si existiesen aparte de él mismo.

Mas he aquí que éste no ha podido explicar, con todo el avance de sus ciencias, para qué se encuentra el hombre sobre la capa terrestre, pese a que el itinerario de su filiación —o sea, la descripción de cómo llegó y apareció en la tierra descrito fragmentariamente por la biología y la paleontología— está ya trazado en grandes y toscas líneas por la copiosa erudición científica que se va acumulando progresivamente en nuestro tiempo.

Urgido de certeza en torno a cuestión tan punzante, el hombre se halla todavía como empezó: no sabe aún y en último análisis por qué y para qué está aquí desde que está. Una contestación científica no existe y es tan inválida como las respuestas sugeridas por las religiones.

Éstas debemos inventarlas y las podemos hallar más bien en los valores culturales que se han fraguado en el devenir histórico. Pero convengamos en esto: al igual que la religiosa, la respuesta cultural es enteramente subjetiva, toda vez que la cultura —o las culturas— es creación del hombre dentro de la historia universal.

Bien vistas las cosas, uno descubre con desnudo criterio ontológico, que la vida del hombre —como todo lo existente— carece de propósito, de objetivos. Simplemente podemos decir que todo lo existente *es*. El sentido de ese *ser* se lo da el hombre, lo inventa. Y acude así a los valores supremos generados por él en la historia universal y puestos a su disponibilidad y elección, a efecto de impregnar de motivación o de dirección a su propia existencia individual.

Esos grandes valores heredados son los platónicos o los pauleanos: *el bien, la verdad y la belleza*, no sin incluir su amplia gama de valores subsidiarios que tienen los tres citados y cuya concreción contribuye —respectivamente dicho— a la cohesión social, a la expansión de la conciencia y a la creatividad de cada quien, tanto de los que ahora viven como de quienes sobrevendrán.

Sí, el hombre no se complace en saber que es o en percibir su mera condición ontológica, prefiere saber que su vida es para algo que trascienda a su propio ser: *ser* para él, es ser para realizar algo que considera valioso. Por eso el hombre es un ser motivacional, programático, trascendente, axiológico y, en suma, teleológico.

Arrebátesele al hombre el sentido que le da a su incanjeable existencia, y se le cosificará. Se le convertirá en cosa o en *res*, como decían los juristas romanos. A mí me agradaría decir que el hombre es un ser sentidual para quien existir consiste en dar sentido a su propia vida.

Ahora bien, Martha, usted, sin titubeos, posee un plan, un programa existencial: la pintura. Pero todo plan existencial no puede diseñarse, en serio, si quien aspira a fraguarlo no procede desde luego, a inventariar y a evaluar sus propias facultades. Por eso conviene recordar ahora cuáles son las aptitudes que integran esa fugaz forma de la realidad, nacida en la cuna y extinta en la tumba, que por economía de lenguaje, llamamos alma o espíritu.

Si con el propósito funcional de entendernos, dejamos de lado todo debate semántico en torno a las caudalosas nomenclaturas de las diversas escuelas psicológicas, podemos convenir en que son seis las facultades o capacidades que en conjunto integran esa huidiza entidad que llamamos alma o espíritu. Ellas son: memoria e imaginación, sensibilidad y voluntad, razón y afán de comunicación.

Con diverso acento o con variada dosis y en diferentes etapas del tiempo biológico humano, esas seis facultades van surgiendo en el hombre, hasta constituir una combinación específica, determinante a la postre de la individualidad peculiar de cada quien.

No nacen esas facultades, ya lo dije a usted, de modo simultáneo sino sucesivo, y se van extinguiendo una a una en el curso de los años, o bien desaparecen —de golpe— con la muerte, con el último vagido humano. Allí acaban sin remedio y para siempre esas capacidades constitutivas de lo que llamamos alma, al revés de lo que postula la primitiva tesis de la inmortalidad del alma,

procedente del temor de *dejar de ser*: como en secreto nos sabemos finitos, nos afianzamos a una vagarosa o supuesta inmortalidad del alma.

Pero si asumimos con objetividad el hecho de que el hombre está condenado de *modo* inexorable a esa patética finitud, el mejor medio para paliar o neutralizar tan inapelable sentencia, consiste en un afán de gloria bien habida, tendiente a tratar de sobrevivir de un modo u otro en la conciencia de algunos o de todos los contemporáneos. Si se puede llegar más allá, se instala uno, a la buena, en la posteridad. ¡Esa es la angustia trascendente que suele invadir al artista o al sabio, al político o al filósofo que de veras lo son!

Pero veamos, Martha, cuáles son las aludidas facultades del alma y su progresiva aparición. Por lo pronto, examinemos la primera:

Tabla rasa como es la memoria —o sea la capacidad de recordar— en ella se van inscribiendo los impactos provenientes del minúsculo universo pueril integrado por la madre, la familia y el hogar. Al influjo de tales golpes se nutre y expande en el niño esa facultad.

A poco —digamos por alquimia psíquica o como por un subproducto de la memoria— surge y se ensancha la imaginación, esa fértil capacidad de crear y recrear lo que no es, tanto lo que acaso nunca será como lo que todavía no ha llegado a ser. Por eso el niño —instalado en un rico universo imaginativo— disloca y trastoca la realidad. La fragua a su sabor y de su inagotable imaginación. Diríase que el niño es el fundador espontáneo y no amañado del arte abstracto.

Luego —de la puericia a la infancia— se van formando otras dos facultades potenciales del hombre ligadas a la herencia cultural recibida. Por un lado se halla la sensibilidad o emotividad; esto es, la aptitud para distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto, lo bello de lo feo. Por el otro está la voluntad o carácter, o sea, la capacidad de esforzarse y no mover la conducta al impulso de la gana para concretar en la propia, única y parpadeante vida los valores culturales recibidos, no sin pugnar por transmitirlos, enriquecidos ya, si se posee la creatividad suficiente.

Más adelante, hacia los albores de la adolescencia, se va prefigurando, la razón —aptitud para discernir, esclarecer y analizar cuanto nos rodea e incluso cuanto somos nosotros mismos— hasta alcanzar un desarrollo ya apreciable al apuntar la mayoría de edad, según el concepto legal al uso.

Así y todo, la facultad culminante del hombre consiste en su afán irrenunciable de comunicación con los demás y lo demás; aparece antes que las otras cinco facultades reseñadas: desde el desprendimiento del ombligo materno hasta el cese total de la vida individual, toda vez que hay siempre en el hombre un deseo —vago primero y urgente después— orientado a establecer vínculos con los otros, merced a que los otros son en cierto modo él mismo.

En forma paradójica, sin embargo, el hombre está solo. Y, para evadir su angustioso solipsismo intenta insertarse en los otros. Trata de *otrificarse*, como diría Unamuno. No siempre lo logra. Mejor aún: apenas lo logra. Es su drama más profundo y doloroso: estar condenado a la postre y de modo inapelable a convertirse en un ser insular. Su cogollo espiritual, lo más íntimo de su persona, se halla —en última instancia— en soledad. Porque, ya lo sabemos, somos semejantes entre sí pero no iguales. El ser humano es dialogante en lo esencial y busca un asidero en los otros para establecer su propia identidad. El hombre no es, no acaba de ser, si no se ve reflejado en los otros como en un espejo. Y al refractar los otros la individualidad que aquel busca afirmar, le trazan un deslinde y lo concretan. Merced a ello el hombre no vive fundido y confundido con cuanto existe. Diríase, sin exagerar, que para eso sirven los demás: para convertirse en mojoneras de cada quien, aun dedicándose a servirlos con pasión cotidiana. Sí, los demás acotan la entidad personal que somos, deslindan la ficticia individualidad que también somos cada uno.

Pero volvamos, Martha, a la sucesiva aparición de las facultades anímicas. Es evidente que tal surgimiento posee variantes cronológicas y de intensidad. En unos esas facultades se forman con pasmosa precocidad y adquieren a veces plenitud sorprendente; en otros, nacen de manera tardía; y en otros más permanecen en estado embrionario, acaso por razones endógenas y/o exógenas. Las personalidades relevantes como la de usted, Martha, lo son por hipertrofia de sus seis facultades. Permítame ayudarla a inventariarlas y evaluarlas. Son éstas: todo lo retienen e imaginan; están dotadas de carácter firme; poseen sensibilidad y emotividad al mismo tiempo; son analíticas; y, por último, logran comunicarse con fluidez.

En oposición a estos seres humanos plenarios, hay —por ejemplo— el de flaca memoria y el amnésico total; el infértil de imaginación; el perverso e insensible; el asténico de carácter o el abúlico patológico; el débil mental o el idiota;

y finalmente el autista regodeado en sí mismo e invadido muchas veces de misantropía.

¿Mas para qué he emprendido la desarticulación de esa fugaz entidad que de modo compendioso llamamos alma? ¿Qué sentido tiene desmembrar el alma de sus seis partes integrantes para dar a usted, Martha, una opinión sobre su pintura?

Por lo pronto pretendo situar lo estético en su estrecha vinculación con la persona humana. Por eso la he agredido con un largo preámbulo que no he terminado por cierto.

Junto con usted, debo antes intentar explorar en forma sumaria un tema que no le es ajeno. Me refiero al de los grandes estilos de vida y en torno a los cuales hurgó Spranger.

Si de buenas a primeras me preguntara usted cuál es la diferencia entre el hombre superior y el que ostenta una lamentable mediocridad, yo respondería de inmediato así: mientras el hombre superior vive para realizar alguno de los grandes valores culturales heredados que le son más afines a su propia vocación ontológica —porque ésta es el ser mismo del hombre—, el mediocre sobrevive: vegeta sin sentir urgencia de realizar valor alguno, apto para planificar y plenificar de sentido su grisácea existencia.

Con respecto a ambas y opuestas tipologías humanas, y si se exagera un poco, diríase que hay hombres que nunca mueren y hay otros que no acaban de nacer. Son nonatos, como San Ramón: siempre se quedaron en fetos.

Los valores transmitidos a través de la familia y de la escuela, o hallados por previa afinidad y esfuerzo individual, se consustancian con lo que en fin de cuentas somos: un proyecto o programa de vida tendiente a concretar en ella misma —lo logremos o no, quiero subrayarlo así— los más altos valores de la historia y de la cultura ya citados: la verdad, el bien y la belleza. Es claro que dentro de esa gran tríada axiológica, hay una rica gama de valores; cada uno de los cuales —aislado— puede servirnos para erigir una hermosa vida si ese valor lo concebimos teleológicamente, a la manera de meta o *goal*, como dicen los ingleses, a efecto de introducir en ella, con esfuerzo, el balón axiológico que nos sea más afín. Y así, para justificar nuestra existencia el afán de verdad nos lleva de la mano al cultivo de la filosofía o algunas de las ciencias, sean las fisicomatemáticas o las de la naturaleza o a las sociales. El ansia de bien nos conduce a la solidaridad humana por la vía de la política o de la justi-

cia e incluso de la caridad, porque siempre habrá lugar para ésta aun en las sociedades idealmente organizadas. El anhelo de belleza nos lleva por el sendero pasivo de su mera contemplación o por el activo de su creación o recreación, según sea profundo ese anhelo estético y en la medida en que se le haya orientado y adiestrado con oportunidad.

En este último caso —digamos el del esteta activo— brota el artista quien sigue y persigue un propósito: comunicar a los demás los atisbos de la realidad tal como él la percibe desde el ángulo intransferible de su individualidad. Para ello usa los instrumentos que domina: la palabra, la forma, el sonido, la voz, el color, el dibujo o el movimiento cadencioso.

Quien cultiva las artes plásticas —las que entran por el ojo—, en concreto la pintura, aprisiona lo circundante en la tela o en el muro. Pero a la vez lo libera, sobre todo si su afinidad con el tema elegido es paralela al dominio desenvuelto y aséptico de su oficio.

Concienzuda y leal a usted misma, Martha, se exige cada día mayor destreza que la vispera. Lo va logrando de manera inevitable. Es el producto directo de su recia voluntad, apenas encubierta por su discreta belleza mexicana. Es también el resultado lateral de una memoria plástica bien educada, fuerza motriz y matriz de su sobria y soberbia imaginación. Es, por igual, el eco de su fino sentido de la geometría, en donde la razón —o sea, su capacidad de análisis— se expresa con eficacia aleccionadora, la que a sí mismo se decanta al lograr comunicar a los demás sus intuiciones plásticas.

Usted va logrando con éxito creciente lo que está vedado al común de los mortales: comunicarse. Transmite usted sus percepciones inéditas de la realidad en un lenguaje plástico inteligible a todos, sin caer en la chabacanería ni en el populismo. Ese es el privilegio del artista que deveras lo es: comunicarse con fluidez, sin azolves frustrantes, con la mira de notificar a los otros su propia esencialidad.

Niego rotundamente que el artista fragüe su obra sin tener presente a un interlocutor o a un espectador virtual. Aun cuando así lo declare no está invadido por un narcisismo tan hipertrofiado como para afirmar que produce su obra teniendo a sí mismo como destinatario exclusivo de ella. Esa es una ficción. Es un autoengaño, consciente o inconsciente en el que suelen caer los artistas y cuyo mecanismo ya hubo de esclarecer Marañón en su célebre comentario al *Diario Íntimo* de Federico Amiel.

Se ha reparado en la analogía existente entre dos formas de bellas artes. Por un lado, la pintura mural junto a las grandes composiciones sinfónicas y, por el otro, la naturaleza muerta junto con la música de cámara. Son válidas semejantes analogías: aquellas se caracterizan por lo grandioso; éstas por el medio tono, por el tono sosegado.

Con respecto a su vocación plástica —Martha— orientada a sus naturalezas muertas, permítame darle un consejo, puede usted continuar —sin forzarse—, la espléndida tradición pictórica decimonónica que nos legó una pléyade de excelentes pintores anónimos mexicanos, entre los que sobresalen los poblanos y los veracruzanos, pero sobre todo el gran tlaxcalteca, Agustín Arrieta.

Ya sabemos que el auge de las naturalezas muertas surgió en el siglo XVII, en Holanda y Bélgica con Snyders y otros y que se trasladó a Francia y España hacia el siglo XVIII con Chardin y Meléndez a la cabeza. Cien años después, ese género —en apariencia menor— fue cultivado entre nosotros con ahínco y aciertos prodigiosos.

Nuestras tatarabuelas les llamaban cuadros de comedor. Bodegones, les dicen en España, en inglés se les designan con mayor propiedad: *Stil Life* y en alemán *Stilleben*. O sea, vida en silencio y vida sosegada, respectivamente.

Usted, Martha, confiere a sus naturalezas muertas —aceptemos la terminología usual— una noble animación por medio de su arte: con recoleta fruición sabe escuchar el lenguaje plástico de los objetos inanimados, indescifrables para quien carece de sensibilidad. Copia usted lo inmóvil con fecunda delectación, pero al propio tiempo con la tortura de depurar su oficio. Los objetos humildes, desdeñados por el uso o envejecimiento o rotos, adquieren bajo su ojo piadoso un valor inédito y sorpresivo.

Usted, como Juan Simón Chardin, libre de la camisa de fuerza del academicismo y de la moda —muchas veces módica del abstraccionismo—, trabaja en la intimidad de su estudio en una búsqueda personal de soluciones espaciales, cromáticas y de volumen a efecto de trasladar al lienzo, con emoción denodada, los objetos de uso cotidiano. Y, ¡qué botellas tabernarias, qué cobres brillantes o mortecinos, qué lozas texcocanas y quebradizas emergen de sus mágicas manos!

Armada de su magistral oficio, retoma usted el barro, reteje el tule y el popote, resopla el vidrio y repuja el cobre de nueva cuenta. Los materiales empleados por las hábiles manos de nuestros artesanos para fabricar con amor ollas y

jarros, cestas y vasos, botellones y Cristos, cazos y cazuelas, los emplea usted con plausible destreza.

Puesta usted a elegir entre temas dramáticos y emocionales, ha preferido orientar su talento hacia motivos pictóricos de vidas silenciosas. Entre lo grandilocuente o *wagneriano*, ha optado por el medio tono, por lo sosegado. Ello es prenda de su sencillez intrínseca.

Reproduce usted cada vez mejor la luz que envuelve a cántaros y vasijas, así como la luz que éstos despiden. Lo mismo hace con las flores. Sin aspavientos democratizantes, sus ramos poseen un sabor popular inconfundible: parecen haber sido trenzados por el gusto cromático de las floricultoras xochimilcas. Son ajenos, por completo a esos arreglos cursis que —prendidos a una tarjeta de visita— suelen enviarse a damas anfitrionas al dictado de una cortesía acartonada y dispendiosa. Sus ramos, Martha, parecen provenir de los mercados populares, no de las florerías de lujo. Recuerdan *El ramo frente al espejo* de Renoir y varios de Vlaminck, los cuales superan a los compuestos por los floristas de lujo parisinos.

Su temática, así lo creo, no debe quedar confinada a flores y artesanías, frutos y hortalizas. Y a propósito de esto, sin prisas frívolas y más bien con responsable morosidad, usted extrae el morado telúrico de la cebolla yucateca para trasladarlo con eficacia a sus telas. Hay ya en el arsenal de su obra algo que con fundamento podría llamarse *variaciones y fugas sobre el tema cebollino*, codiciable para ser adquirido por un coleccionista previsor no exento de sentido crematístico. Hay también en su arsenal pictórico —disperso como está en manos de diferentes poseedores— otras variaciones; por ejemplo, las de las peras, las de las granadas y las de las mandarinas. Tales variaciones —así me agrada llamarlas porque no son copias en serie sino una sucesión de creaciones con matiz propio—, están dibujadas con pulcritud y precisión, provistas de un virtuosismo que no desmerece en nada al lado de la obra de un Klæz Heda o de un Pieter Claesz o de un Van Utrecht, expuestos en el Museo del Prado de Madrid.

¿Por qué no enriquece y combina usted tan variada *reartesanía pictórica* y tantas frutas, hortalizas y flores mediante el traslado al lienzo de aves y liebres, cerdos y pescados, tal como lo ha hecho hasta ahora con parquedad? ¿Por qué no introduce en sus lienzos también a un ser humano al lado de esa fauna y de esa flora martiana? ¿Recuerda usted el cuadro *La cocinera en la despensa* rea-

lizado felizmente por Snyders con policromía exuberante? ¡Láncese por esa ruta! ¡Métase usted misma en ese mundo artesanal y gastronómico! Después de todo ello sería una especie de autorretrato ubicado en un contexto afín a usted, porque goza de una fama bien probada: ser experta en la culinaria mexicana. Sabemos que Federico, su sabio esposo, come cada día diferentes platillos de nuestra cocina indoespañola durante todo el año. ¡Así es de variado ese arte gustativo mestizo, pero así es de rico también su talento culinario!

Mas vayámos a otra cosa, a otro tema plástico, cultivado por usted.

Los desnudos femeninos salidos de su pincel, nada tienen que ver con la grotesca robustez de *La Andrómeda* de Rubens que se halla en el Museo de Berlín, ni con *La Bacanal* del mismo maestro holandés expuesta en la Pinacoteca de Munich cuya tela, junto con otras, fueron salvadas del fuego con que quiso extinguirlas la viuda de Rubens, movida por un rapto y un rato de celos y no por, *pudoris causa*, como lo adujo ante el gobernador de Flandes; ni con *La mujer de Candaules* de Jordaens, visible en el Museo de Estocolmo y ante cuya obesidad los desnudos de Rubens resultan escuálidos, lo mismo que la *Anne* de Renoir que puede verse en el Hermitage de Leningrado; ni con *La Bacante* de Anibal Carracci colgada en la galería de Los Oficios en Florencia y cuya atlética región escapular es más propia para el lanzamiento de la jabalina que para pasar sobre ella la mano con discreta y anhelante ternura; ni con la casi pornográfica *Venus sorprendida por Vulcano con Marte* del Tintoretto; ni con la Danae de Correggio que se halla en la galería de Villa Borghese en Roma cuyo rostro prepúber está en pugna excluyente con su cuerpo pospúber; ni se parecen a la concupiscente *Magdalena* del Tiziano, admirada en la galería Pitti, cuyos magníficos senos se escapan como asustadas palomas de una jaula dorada formada por una espesa y larga cabellera; ni tienen vinculación alguna con el feísmo de la *Elvira* de Amadeo Modigliani; ni con la *Lucrecia* pintada por Jorge de Chirico.

Sus desnudos carecen, Martha, hay que decirlo con veracidad, de la tersura y la transparencia epidérmica de la *Diana de Poitiers* de Clouet, que se halla en la Galería Nacional de Washington o de *El baño turco* de Ingres, o de la fabulosa *Bañista dormida* de Renoir expuestas en el Louvre.

Sus desnudos, Martha, más parecen esculturas que pinturas, no exentas de tranquila lubricidad, pero bien distantes de los cuerpos femeninos asexua-

dos —amásticos y sin pelvis recubierta con belleza—, impuestos de modo sospechoso al gusto masculino por los modistos parisinos durante el último cuarto de siglo.

Hay algo, por último, que deseo subrayar sobre sus desnudos: las figuras que en forma prolija he enumerado, están de frente. Los suyos están de espaldas y guardan por ello analogía con *La odalisca romana* de Corot expuesta en el Petit Palais de París, o con *Después del baño* de Edgardo Degas, o con *La joven desnuda recostada en un diván* de François Boucher, joven a la que se le atribuía ardorosa proximidad con el inquieto Casanova. El contraste existente entre la mayoría de los desnudos citados es que están de frente; en cambio, los desnudos fraguados por usted, están recostados de espaldas y la castidad se halla inmersa en ellos. Pero sea ello lo que fuere, la verdad es que sus desnudos —como *La Danaide* de Rodin— renuncian a suscitar el ejercicio de los sentidos.

En el retrato le auguro, Martha, un éxito inevitable, aun cuando en el mío, magnífico como es, haya usted introducido una o dos décadas más de las que llevo a cuestas. Esto revela una penetrante intuición psicológica: aparezco mucho más viejo de lo que soy.

Los niños trasladados a sus telas, ventrudos y descubiertos con desenfado pero sin infracción al buen gusto —como *La niña con su madre* de Sorolla—, se contraponen con los regordetes de Murillo, envueltos con pudor en mantos tal como se les puede ver y admirar en El Prado: son *Los niños de las conchas*. También contrasta el aspecto burguesito y criollo de sus niños legados por nuestro Diego Rivera ¡Qué gran fortuna fue que la matriz estética de Diego no haya estado sometida a la acción preinfanticida de la píldora vigente! Así y todo me agrada que sus cuadros de niños no se parezcan tampoco a *Los hijos de Carlos I* de Van Dyck, cuyos rostros hemofílicos son anunciativos de la hematocracia regia a la que pertenecían por practicar la endogamia.

En el tema de los niños y, sobre todo en el ligado al rostro sencillo de nuestras clases humildes, tiene usted una rica veta que puede explorar con éxito. Ya mostró usted, Martha, ser apta para documentar el rostro subnutrido de nuestros campesinos. Individualista como con énfasis declara usted serlo, y poco afecta a los problemas de la comunidad de la que pende y depende usted, pronto percibirá que lo social es reseñable de modo estético sin caer en la cartelería

proclamática y partidista. No necesita usted pagar tan alto precio por acendrar su conciencia de solidaridad social.

No sé si deba prolongar estas líneas acerca de otras áreas vinculadas a su temática pictórica. Acaso en otra coyuntura emprenda semejante esfuerzo. Si usted no lo ve mal, me extiendo para examinar con más amplitud su obra, pero una prudente agrafía es lo recomendable ahora.

Sobre el valor actual y promisorio de su obra, coincidió con los juicios rigurosos y entusiastas de David Alfaro Siqueiros, de Ignacio Beteta y del recién desaparecido Howard S. Phillips.

Por lo pronto le envío, junto con mi confianza en su vocación pictórica, una fácil profecía: tendrá usted el sitio que merece en nuestra historia plástica y se lo habrá ganado a pulso, palmo a palmo, con tortura espiritual cotidiana. Porque una cosa es cierta: todo alumbramiento exige dolor y sólo el mezquino y el mediocre huyen de él. Usted lo afronta con intrepidez y alegría creadoras por ser antípoda de ambos.

Quizá haya podido ponerlo de relieve así, a la luz de las consideraciones expuestas en esta carta, que son paralelas a las que en forma oral suelo hacer a mis amigos jóvenes, cada vez que —como se lo dije al principiar estas líneas— he visto en ellos, en potencia, un destino superior mediante la concreción en sus respectivas vidas de algunos de los grandes valores culturales transmitidos y heredados de generación en generación.

La saluda con cordialidad y admiración.

Enrique Climent*

Es incalculable lo que adeudamos los mexicanos en el campo de la cultura nacional a esa España peregrina —como la llamaba José Bergamín— a partir del arribo de un grupo de trasterrados a este suelo mexicano hacia fines de los treinta y principios de los cuarenta del presente siglo.

Esa España del éxodo y del llanto —como la llamó León Felipe— recreó en no escasa medida nuestro mestizaje cultural, así en la filosofía y el derecho, como en las ciencias fisicomatemáticas y las sociales, así en la música como en las artes plásticas. Todo ello floreció merced a la presencia de esta pléyade impresionante de trasterrados que vinieron a México cuando se efectuó la alianza deshonorosa del dictador Franco con los ejércitos de Mussolini y Hitler.

La nómina de esos ilustres errabundos que optaron por asentarse en nuestro suelo patrio es en verdad caudalosa. Ente ellos vinieron pintores tales como Pepe Renau, Ceferino Palencia, Roberto Fernández Balbuena, Gabriel García Maroto, Miguel Prieto, Antonio Rodríguez Luna, Ramón Gaya, José Moreno Villa, Arturo Souto, José García Narezo, Elvira Gascón y Enrique Climent. Llegaron quizás más pintores, pero no los recuerdo. Algunos sobreviven; la mayoría ha muerto.

Con variada intensidad fui amigo personal de todos ellos, pero ahora quiero referirme a este último —Enrique Climent, desaparecido hace cua-

* Artículo publicado en *El Gallo Ilustrado*, suplemento dominical del periódico *El Día*, el 4 de noviembre de 1984.

tro años—, a propósito de su magnífica exposición retrospectiva cuyos 76 óleos y tómporas pudieron ser admiradas por un público educado y curioso.

El evento —recién clausurado— fue un acto de justicia plausible del Instituto Nacional de Bellas Artes a la obra de Enrique Climent, un artista tan discreto como veraz.

Sí, Climent era discreto por el tono menor en que él mismo envolvía su propia personalidad; y era veraz, movido por su alergia patológica a la mentira plástica. Como algunos hombres superiores, el pintor valenciano jamás pensó que había logrado el rango creativo que soñó alcanzar durante su adolescencia, edad en la que se fragua todo programa o destino vital eminente. Enfermo de modestia, sólo esperaba pasar por uno de los pintores menos malos de su época, según testimonio de su viuda.

Enrique Climent encarnaba la probidad estética: no había escamoteo efectista amañado en todo cuanto brotaba de su prodigioso pincel. Al revés: su obra está precedida y presidida por el aseo en el manejo de su oficio y por el rigor que se exigía a cuanto salía de sus manos.

Enigmático fenómeno psicológico el de Climent. Recuerda al de Federico Amiel, cuyo *Diario* fue escudriñado por Marañón para probar que ese documento íntimo no lo escribió Amiel para sí mismo —como él lo pretendía— sino para los demás.

De manera análoga, Climent afirmaba que el único destinatario de su obra era él mismo, sin advertir que sus creaciones plásticas poseían ya, en potencia, multitud de interlocutores visuales.

El solipsismo estético de Climent —iba a decir su autismo— consistía en un espejo engañoso, encubridor de un narcisismo sublimado, o bien, de un fiero orgullo carente de toda vanidad.

El trabajo de ese solitario superior parece —sólo lo parece— estar confinado a él mismo. Así lo creía Climent con firmeza. Pero sufría un equívoco —debo subrayarlo de nuevo—, porque aquella obra llevaba encinta el interés de los demás, abarcaba a éstos, al punto de que una vez concluida ya se hallaba impregnada de un tácito anhelo otrificador, ello a pesar de la repugnancia de Climent a la publicidad y su nulo sentido del mercado.

El agudo Juan García Ponce percibe desde otro ángulo la realidad pictórica fraguada por el artista valenciano y, al efecto, dice así: "Esa realidad le pertenece sólo a Climent y él nos la ha ofrecido porque es un artista, porque sus medios de artesano lo condujeron hasta el arte; mas su condición insuperable es que la aceptemos como una realidad que no le pertenece sino a él".

Acerca de la calidad de las obras de Climent, García Ponce agrega esto otro: "Todas tienen una gozosa calidad lúdica. El esfuerzo de la creación permanece oculto en ella. Su propio ocultamiento es una revelación: es su medio y su recurso natural. Y, sin embargo nada es natural en el sentido de sencillo, inmediato en estas obras. Ellas son el extremo resultado de una progresiva elaboración de una cuidadosa selección, de una meticulosa hechura".

Traducido en otras palabras, yo afirmarí que el artesano y el artista se articulaban y convivían en perfecta armonía en Enrique Climent.

A este propósito cabe recordar cómo concebía Oscar Wilde el ligamen existente entre el artista y el artesano al referirse al Renacimiento inglés dieciochesco: "Nuestro movimiento artístico fue el primero que puso en contacto al artista con el artesano y no olvidemos que separar al uno del otro es concluir con ambos". Y agrega Wilde esto otro:

Las dos grandes escuelas del arte del mundo, la de escultura en Atenas y la de pintura en Venecia, tuvieron su origen en una larga generación de artesanos sencillos y serios. Fue el alfarero griego el que comunicó al escultor aquella moderadora influencia del diseño que es la gloria del Partenón; fue el decorador italiano de cofre y muebles domésticos quien logró que la pintura veneciana se mantuviera siempre fiel a sus condiciones primarias pictóricas de noble colorido.

Tiene razón Wilde: Si hubiésemos intentado separar en Climent al artista del artesano que en él convivían, lo habríamos hecho desaparecer.

Esa trabazón retroalimentadora entre el artista y el artesano que personifica a Climent, explica lo concienzudo de sus obras; su oficio es tan

certero, su aptitud de artesano es tal, que sus cuadros terminaron por convertirse en grandiosas creaciones plásticas, gracias también a la complementaria inspiración del artista valenciano: cada detalle artesanal, sumado al otro, nos entrega la obra acabada, terminada o *perfecta*, voz latina impregnada de rico sabor semántico.

Sería aconsejable promover una muestra aquí, en la capital o en cualquiera de las principales ciudades de la República de una parte importante de la obra de Climent no vista ni conocida todavía; y digo esto no obstante el esfuerzo desplegado por el INBA en la antología pictórica retrospectiva de Climent, inaugurada a fines de junio y clausurada un mes después.

Como dato curioso cabe recordar que la primera exposición de cuadros del pintor valenciano —de las 18 en que participó individual o colectivamente— se llevó a cabo en forma conjunta con otros pintores españoles, y fue inaugurada el 15 de marzo de 1940 en las calles de Dinamarca de nuestra capital.

En la célebre revista *Romance*, editada hacia los cuarenta de esta centuria por un grupo de intelectuales y artistas mexicanos, españoles y latinoamericanos, Luis Cardoza y Aragón —el fino crítico guatemalteco— elaboró la reseña de tal exposición y comenta así la obra de Climent: “Maestro del oficio, ponderado y cabal, expone un conjunto lleno de equilibrio. Del retrato de Juan Gil Albert, cálido y seguro, deliciosamente pintado a la frescura de la cabecita al pastel, adivinamos las posibilidades de ese artista valenciano”.

A lo largo de cuatro decenios esas posibilidades que profetizó Cardoza se actualizaron con creces. Por cierto que el cuadro de Juan Gil Albert lo vimos de nuevo hace poco en Bellas Artes al lado del espléndido retrato de León Felipe.

Juicios semejantes al de Cardoza compartía el pintor y crítico español Balbuena, tal como puede advertirlo el lector curioso en la revista quincenal *Romance* en su número de abril de 1940.

José Luis Cuevas*

Difícil tarea es la de hablar de José Luis Cuevas cuando las voces más autorizadas de aquí y del extranjero se han ocupado con acierto de su obra.

Por lo pronto, este mitológico artista mexicano ha sabido labrarse una atmósfera polémica en su entorno, en especial durante los años en que empezaba a buscar su afirmación como artista. Su misma obra no se explica si no se conoce el principal motor psicológico que la engendró y cuyas primeras expresiones aparecieron antes de ajustar su inicial decenio de vida.

José Luis Cuevas nació en la Ciudad de México el 3 de febrero de 1934; el día del Cordonazo de San Blas fue cuando le cortaron el cordón umbilical para respirar por cuenta propia. Diríase que a partir de entonces, José Luis empezó a dar *cordonzos* a diestra y siniestra y a todo cuanto lo informara o ignorara.

Su rebeldía fue en extremo precoz. La inspiración temática de su ya vasta obra, arranca de la curiosidad pueril del artista quien, trepado en una silla para alcanzar el balcón de su casa, pasaba horas y horas viendo cuanto ocurría en el callejón de El Triunfo, en un barrio al sur del Centro Histórico capitalino.

*Fragmento de la introducción escrita para el libro *Museo José Luis Cuevas* coeditado por la Secretaría de Educación Pública, el Departamento del Distrito Federal, Fondo de Cultura Económica y Banca Serfín en 1992.

Desde ese curioso observatorio, el niño Cuevas miraba cómo los viandantes resolvían a toda prisa en las paredes del callejón el equilibrio hidráulico que los asediaba; del mismo modo observaba cómo se iba extinguiendo cada día la vida de un *ex hombre* cargado de llagas y que arrojaba verdaderos geiseres purulentos cada vez más fétidos; y veía, además, cómo ofrecían placer barato deformes hetairas a obreros y jornaleros de ostensible pobreza; o bien el ir y venir de mendigos que, al toparse con otros viandantes, sólo miraban rostros ausentes de piedad ante pobreza tan envilecedora del ser humano; o bien se daba cuenta el niño José Luis cómo iban llegando los harapientos ancianos a un asilo vecino a su casa, envueltos en un sarape deshilachado o en carteles de papel despegados de puertas y paredes para calentarse.

Ese paisaje humano, sórdido y tenebroso, fue captado con gran penetración por la sutil retina de ese niño, quien habría de reproducirlo en una u otra forma a medida que se fue consolidando su inconfundible vocación de pintor.

No carece de valor pedagógico un libro escrito hace 40 años por Xavier Villaurrutia titulado *Textos y pretextos* en cuyo contenido se encuentra su célebre ensayo "El feísmo en la pintura". Leerlo con atención muestra que la función del artista no es sólo la de fraguar *cosas bonitas* sino la de suscitar emociones profundas tales como el horror o el pánico: encontrar el palpitante y verdadero rostro que la realidad enmascara.

Esto hace Cuevas puntualmente, ofrece a los demás sus hallazgos intuitivos, jugando un poco a la siquiatria: escarba lo que hay en el fondo de la subconciencia de las figuras pintadas, sean rostros o cuerpos humanos, como lo hacían a veces Goya y Daumier, acaso Hogarth también. Este compatriota nuestro se encuentra muy lejos de ser un pintor de calendarios, tan del gusto de una clase media semiletrada, o bien, disfrutados por la ingenua o escasa educación estética de nuestro pueblo.

Lo que hizo Cuevas fue desazolvar muchos canales expresivos que permanecían obturados para dejar una huella digital de su portentosa creatividad, no exenta de sabor tormentoso que recuerda a Goya sin quererlo,

como por ejemplo *El Baño*, cuyo vapor —parecido a los cielos tormentosos de Goya—, algo tiene de la etapa negra de ese pintor español.

La sola presencia de Cuevas cuando ya ajustaba la veintena de años, constituía una aportación al debate plástico, a la polémica en un México que sólo pensaba en los Tres Grandes —y lo eran— que entonces encargaban de manera exclusiva la culminación de la pintura entre nosotros.

Con toda intención, talento e imaginación, removió Cuevas las aguas estancadas de la crítica y hubo de crear una atmósfera violenta en torno a él, cuyo saldo consistió en sacudir la modorra del conformismo y de la rutina mental a efecto de ver, con otros ojos, las novedades que iba introduciendo Cuevas en sus creaciones plásticas. Sólo por ese sismo estético provocado por él, merece gratitud.

Sin embargo, ello le cosechó rencores y envidias, sin que le llevaran a la autodestrucción, y de este modo los mediocres y obtusos —que son sus enemigos— tuvieron buenas calificaciones por la crítica falaz y mercenaria que practicaban.

El arte de Cuevas es protestatario, como lo es su propio carácter. Por ello se rebela en contra de la realidad tal y como la perciben los demás. La misión de José Luis consiste en alterarla, en aludir a ella eludiéndola, pero de algún modo deja el impacto de la figura de esa realidad observada por la agudeza de su ojo: éste contempla, le advierte y le envía un mensaje a su pincel, blandido por la habilidad de su mano para transfigurarla, pero siempre en busca de lo que tenga de esencial, de aquello que escapa a la mirada del distraído, del sonámbulo o del pedante que cree venir ya de regreso de todo.

El itinerario vital de Cuevas ha sido áspero y doloroso. Merced a ello ha navegado frente a la ignorancia aldeana, frente a la incompreensión y la envidia y a todo ello se ha enfrentado con decisión e intrepidez hasta forjarse un sitio relevante en nuestras artes visuales. Este sitio hubo de calificarlo así el más grande museógrafo que ha producido México, el llorado Fernando Gamboa: “José Luis Cuevas es el mejor dibujante del mundo”.

Por cierto Gamboa tenía suficiente autoridad para formular un juicio semejante.

La primera exposición del joven pintor fue a los 14 años en las paredes de nuestro Centro Histórico porque las autoridades del INBA se negaron a dar albergue a su obra. El iracundo Cuevas rompió casi toda ella pero algo de lo que se salvó anda en manos de pudientes y codiciosos coleccionistas.

Otra exposición la patrocinó un grupo de jóvenes pintores amigos de Cuevas que ya habían tenido variado éxito, Gironella y Vlady entre otros, quienes costearon fraternalmente el catálogo respectivo. José Luis contaba apenas con 19 años.

El animador de la vida cultural de la Organización de Estados Americanos —OEA— el célebre crítico José Gómez Sicre, conoció las producciones de Cuevas y, profundo conocedor como era, patrocinó una exposición de nuestro compatriota en Washington. De allí o de allá, del exterior, brota el reconocimiento al mensaje plástico que encierra la obra de Cuevas. A partir de entonces su nombre se conoce mucho más allá de nuestras fronteras que aquí.

Al volver a México, después de varias estancias en el extranjero, Cuevas empezó a prefigurar su tesis de que la pintura mexicana necesitaba una renovación; que la escuela mexicana de pintura regida por el zar Diego Rivera —muy amigo mío, digo yo— era repetitiva y cansina y que por tanto habría que buscar otros caminos expresivos que dejaran de lado “lo monocorde y oficialesco de la pintura”.

Dio Cuevas fieras batallas frontales y cosechó muchos enemigos que lo acusaron de exhibicionista, tal como lo suponía la corriente conformista. El joven artista nunca lo negó, mejor todavía: confesó él mismo *cómo* Orozco influyó en su obra de modo tan decisivo, que si no resultara escatológico recordarlo ahora, diría yo —como lo afirmó el propio Cuevas— que al ver las mujeres galantes pintadas por Orozco en el viejo Colegio de San Ildefonso, se apresuró a besarlas en la fría pared, no sin recordar en sus *Confesiones* —tan sinceras como las de San Agustín o las de Juan Jacobo— que

tuvo que cubrirse después el pantalón para que no se notara la húmeda resonancia dejada en esa prenda por tan grotesca escena erótica. Cuevas tenía apenas 14 años.

Nueve retratos del pintor, fotografiados por Daisy Ascher, aparecen en cajas de muerto, quizás ideadas por ambos: en uno una manta cubre el cuerpo de él en el féretro; en otro, yace dentro con los ojos abiertos y vestido; en uno más, afecta dormir el sueño eterno envuelto en un sudario; y en tres más, un ramo de margaritas colocadas sobre su pecho, cubre parte de la sábana mortuoria, mientras él permanece con los ojos cerrados; en otro reposa *muerto* acompañado de unas “máscaras monstruosas”; y, por último, su cuerpo yacente, cubierto de blanca mortaja, se halla junto al cráneo de un buey dotado de enorme cornamenta. Tales escenas y actitudes son meros juegos de artificio para espantar a los burócratas de la existencia.

Diríase que en sus ojos radica su tacto al pintar cuatro abundantes senos y en otro dibujo soberbio, se halla a punto de naufragar en un *océano hipermástico* que lo rodea, formado su embravecido oleaje por 20 hermosas modelos: buen signo éste de José Luis Cuevas y obvia sintomatología para el sicólogo: hace siquiatria con la pintura o, al revés, pintura con la siquiatria.

A los sombríos y tétricos personajes que vio en su niñez desde el balcón de su casa y a ciertos momentos de la pintura orozquiiana, José Luis Cuevas agregó, a ese paisaje humano, lo específico de su personalidad creadora. A los 57 años su nombre alcanza un rango universal: las mejores galerías del mundo cuentan ya con una parte de su obra.

Cabe aludir a un tema doloroso. Así como se ha escrito una *Antología universal de la estupidez humana* y una *Antología universal de la cursilería y del mal gusto*, así debería escribirse una antología de los grandes odios entre los hombres de genio. Por ejemplo, en ella se incluiría la fobia existente entre Rufino Tamayo y José Luis Cuevas, que acaso se disuelva pronto mediante la intervención de los amigos comunes, que somos muchos.

Ese pugnaz odio podría llegar a disolverse si con toda buena fe entresaco ahora, de su respectivo contexto, varias frases laudatorias de Cuevas, escritas en sus confesiones sobre Rufino Tamayo. Ellas dicen lo siguiente: “Pocas veces he admirado a alguien más que a Tamayo”; “Tamayo fue el único de los grandes en México”; “Tamayo es un general de cinco estrellas”, o, en fin, esta otra mucho más larga que las anteriores: “Al admirar su trabajo no podría existir la menor presunción de defender algo similar a lo que yo cultivaba. No sólo era espontánea mi receptividad por la obra de Tamayo sino que también me herían los ataques emponzoñados y viles de que era víctima Tamayo por el solo delito de ser buen pintor y de querer llegar más allá de los caminos trillados por los académicos de nuestra Escuela Mexicana”.

José Luis Cuevas, por su bien ganada reputación universal, ya no pintará más en las paredes de las calles de la Zona Rosa o de otras avenidas y rúas de la capital. Su prestigio lo ha hecho acreedor a recibir albergue para sus creaciones plásticas en el convento de la iglesia de Santa Inés, sita en la contraesquina de la vieja Academia de San Carlos.

Las autoridades de esta ciudad —a petición del autor de este prólogo— han destinado recursos financieros suficientes para restaurar el anchuroso claustro de Santa Inés y adaptarlo para que en sus paredes sean colgadas las obras de Cuevas, según consejos dados por el finado Fernando Gamboa, sin dejar de mencionar la acertada adaptación arquitectónica hecha por el matrimonio catalán formado por los arquitectos Pilar y Javier Carvallo.

Haber escogido con este fin el Convento de Santa Inés obedeció a un objetivo premeditado y plausible de las autoridades del Distrito Federal, consistente en dar un mejor uso al suelo del Centro Histórico de la Ciudad de México, a fin de rehabilitarlo de conformidad con una ya clamorosa exigencia de la opinión pública capitalina, orientada a devolver a esa área entrañable de la antigua capital de la Nueva España su esplendor arquitectónico y urbanístico, el que hubo de colocarla —cuando los búfalos pastaban todavía en Manhattan— como una de las tres más hermosas ciudades del siglo XVIII en el mundo; las otras eran París y Londres.

A un decenio de haberse inaugurado el Museo Cuevas, quizá haya desfilado un millón de visitantes para admirar la obra de nuestro compatriota, junto con las de otros notables artistas mexicanos y extranjeros allí expuestas.

La visitante más destacada y permanente es la famosa escultura de José Luis: *La Giganta*.

José García Narezo*

El lenguaje plástico de este joven artista sordomudo es un acontecimiento extraordinario con el que solemos toparnos varias veces y frente al cual hay que darse una respuesta perentoria que nos satisfaga.

Cuando una noche, en la casa de Gabriel García Maroto —padre del pintor— vi por primera vez la obra de su hijo, me produjo una impresión tal, que durante horas permanecí despierto: había sido impactado como en pocas ocasiones por una emoción estética provocada por la pintura del joven sordomudo.

Ahora, cuando por segunda vez contemplo la obra de José García Narezo en la galería Inés Amor, me parece grato aquel insomnio: había estado yo frente a la obra de un genio obligado a no frustrarse. Una obra plástica tan pasmosa se explica con facilidad: el imperturbable silencio en que se mueve la vida de ese artista permite que su trabajo lo realice fiel a su nativa inclinación creadora. La sordomudez de García Narezo a contribuido, sin duda, a regalarnos con el milagro de su pintura y hasta podría decirse que semejante insuficiencia física es para él una bendición: lo que en cualquiera sería una dolorosa carga, en este artista se convierte en virtud imprescindible que, de faltarle, quizá lo habría conducido a la esterilidad.

Las taras físicas suelen provocar en algunos seres discapacitados sentimientos de menor valía, cuya expresión a menudo encarna las peores

* Artículo titulado "La pintura de José García Narezo", publicado en *El Popular* en septiembre de 1938.

formas de resentimiento en la conducta; pero otros seres mal dotados físicamente, en lugar de ir lanzando rencores cainitas por los cuatro vientos, son capaces de superar sus deficiencias mediante la formulación de un programa de fértil existencia.

José García Narezo no ha tenido necesidad de superar nada pues —me atrevería yo a afirmarlo así— no se ha percatado siquiera de su sordomudez. Y hasta es probable que viva a su sabor en medio de un universo silencioso pero exuberante, en donde el estruendo no pervierte ni prostituye la riqueza imaginativa del artista.

No parece impiadoso aludir a la insuficiencia de García Narezo porque acaso sea ésta el ingrediente que explica mejor su pintura. Se trata de un caso de supercompensación, diría el psicólogo yo me limito a decir que un ser sobredotado, provisto de una exquisita docilidad para expresar sus intuiciones primigenias. Y, en efecto, el arte de García Narezo denuncia eso: una extrema fidelidad a la percepción inicial; un inalterable propósito de expresar los hallazgos de su sensibilidad por medio de la técnica pictórica más adecuada, no importa cuán variada y laboriosa sea. Difícil es, en verdad, hallar en otra parte tal probidad artística, tanta exigencia para consigo mismo y tanto rigor expresivo como se advierte en la pintura de este joven genio.

Sería útil que algún crítico, carente de esa insufrible manía de filiar artistas, de ponerlos en casilleros de acuerdo con influencias y antecedentes para así precisar su *personalidad* o su *escuela*, estudiara en inquietante fenómeno que se percibe en García Narezo: el de la multiplicidad de su técnica, el de la rica variedad de que se vale para decir lo suyo con el color y el dibujo. Porque cada cuadro de este pintor posee su propio instrumento expresivo o un lenguaje que se ajusta a cabalidad con el tema escogido.

Aquella versatilidad es lo sorprendente. No faltará quien afirme que se trata de un fenómeno de mera indefinición, síntoma natural de la juventud del artista, pero que merced al puro transcurso del tiempo, sobrevendrá en él la circunscripción o acotamiento de su personalidad.

Parecería lógico este juicio. Empero, creo que la cosa no es tan simple: la obra de García Narezo invita a revisar las ideas estéticas al uso, según una de las cuales consiste en suponer que la misión del creador es de matizar y tamizar el mundo externo con su mundo interno, es decir, con su personalidad o estilo. Semejante idea ha favorecido de modo increíble la proliferación del falso escritor, del falso poeta, del falso pintor, cuyas vidas sólo se deslizan con la preocupación de fabricarse una personalidad o estilo, como quien se elabora un suéter o unos calzoncillos.

El arte de García Narezo, predispone a creer que el artista es más genuino cuanto más imposible es enclaustrarlo en las cuatro paredes de eso que suelen llamar los críticos *El estilo*.

La obra de este pintor hace creer también que, si bien el auténtico artista se mueve en un área cósmica de la cual surge un abanico de temas y sugerencias, las herramientas expresivas no tienen por qué estar constreñidas de manera necesaria a un patrón o arquetipo. Antes bien, debe poseer las técnicas más variadas y adecuadas para expresar el tema que su intuición prefiera o sepa captar. Esta última afirmación podría formularse así: para que el artista sea auténtico es indispensable que conviva en él un haz de personalidades, vale decir, de *estilos* que a sus 16 años ya posee José García Narezo.

Diego Rivera*

México es una ínsula de la libertad en medio de un mundo en que ésta se eclipsa o languidece.

Instalados en el credo fraguado con la sangre de los hijos de este país durante las tres grandes jornadas ascensionales de su historia —la Independencia, la Reforma y la Revolución—, solemos discrepar y debatir con este o ese otro compatriota, más sin proscribirlo ni condenarlo a la mudez por la heterodoxia de sus opiniones.

Y cuando el heterodoxo es respetado como hombre de excepción —al revés de lo que ocurre en otros países reputados como fieles observantes de la libertad—, no sólo lo dejamos hablar y expresarse, sino que le rendimos honores siempre atentos a su condición de mexicano ilustre y de noble agente del prestigio de nuestro país en el extranjero.

Uno de tales hombres, seguramente de los cinco o seis mexicanos más inusitados en este siglo, es Diego Rivera, artista colosal quien se irá agigantando con el tiempo y que habrá de cumplir sólo 70 años el próximo ocho de diciembre.

Diego Rivera, cuya obra y estatura rebasa toda actitud polémica y deja de lado toda pugnacidad partidista, archimexicano como es, será objeto de un homenaje nacional al cual se ha sumado cuanto sector significa algo en México: industriales, banqueros, intelectuales, políticos y entre ellos los gobernadores del Distrito Federal, y de los estados de Michoacán, Jalisco,

* Artículo titulado “Homenaje a Diego Rivera”, publicado en los periódicos *El Popular* a fines de 1949 y en *Novedades* el 30 de noviembre de 1956.

Tabasco, Hidalgo, Colima, Chihuahua, Querétaro, Oaxaca, Campeche, Chiapas, Morelos y Durango.

En todas esas entidades se organizará con el patrocinio de cada gobierno una exposición que muestre al público algunas de las obras del genial pintor guanajuatense; y la callecilla que lo vio nacer llevará su nombre por decreto del Congreso local, al paso que sin duda el regente del Distrito Federal acordará que un jardín de la colonia Del Valle tenga el nombre del artista.

Cabe repetirlo: nuestras autoridades se suman a semejante homenaje no sólo por la justicia inherente a tal acto, sino como un alarde de lo que en México solemos entender por prácticas democráticas. Así lo quiere el pueblo.

Diego Rivera posee una vida impregnada de sociabilidad, de intensa relación con los demás y de alegre fusión con las querellas del pueblo y hasta de simpatía con las cuaternarias prevenciones filosofantes de algunos de sus prójimos.

Pocos mexicanos, de los verdaderamente grandes, poseen la popularidad de Diego Rivera. Es tan extensa, que más parece la de uno de esos héroes de pacotilla —boxeadores, toreros, futbolistas— fraguada o perpetrada por la propaganda al uso, que la de uno de los hombres más extraordinarios que haya tenido México, pues la norma parece ser que los mejores sean desconocidos por sus coetáneos.

Desde que Diego Rivera volvió de Europa por primera vez allá por 1910, después de haber disfrutado en España de la beca que por dos años le concedió don Teodoro Dehesa —aquel gobernador veracruzano que presentó al señor Madero con Porfirio Díaz—, se vio que estaba predestinado a la popularidad y a la gloria bien ganadas. Para ello regresó a Europa otro decenio y volvió a México al empezar los veinte de nuestra centuria.

Pero antes, Leopoldo Zamora Plowes, acaso su primer crítico, hubo de publicar una larga nota a toda página sobre Diego con reproducciones de los cuadros de éste en aquella revista *Tiempo* que dirigía don Victoriano Agüeros desde fines del siglo XIX, nota crítica que quizás no recuerda el

genial pintor, pero que debía figurar en la monografía que preparan don Alfonso Reyes, don Antonio Castro Leal y don Carlos Pellicer.

Y ya en trance de formular sugerencias, cabría decir que dentro de cinco años, cuando Diego ajuste los tres cuartos de siglo de vida, los jóvenes investigadores de nuestras cuestiones estéticas deberían emprender la tarea de compilar de aquí y de allá el fabuloso anecdotario de Diego, muchos de cuyos pasajes han sido inventados por la portentosa y fecunda mitomanía del artista. Sería un libro increíblemente delicioso, destinado a grandes tirajes aquí y en el extranjero. Y, claro, en el virtual anecdotario de Rivera habría que relatar cómo frente a la colecta de limosnas en un templo, Diego, a los cinco años de edad, hubo de subir al púlpito y pronunciar un sermón que le valió el apodo de anticristo y ser expulsado de su Guanajuato natal.

Y otro libro que también debería aparecer cuando Diego cumpla sus primeros 75 años, sería su Epistolario que reúna una profusa e interesante correspondencia del pintor con los más célebres personajes de su tiempo de aquí y de fuera. En las páginas de ese supuesto libro —también destinado a grandes tirajes y a inmortalizar a quien la llevara a cabo—, podría leerse aquella interesante carta de una rica publicista y hermosa diplomática norteamericana quien, convertida al catolicismo por el cardenal de Chicago, monseñor Fulton J: Sheen, ofreció de manera solemne a Diego pagarle en especie —con su bellissimo cuerpo— si el artista accedía a pintar la imagen de la Virgen María.

El desenlace lo resolvió Diego invocando un aforismo muy suyo: “en México se puede ser ateo pero no antiguadalupano”. Y la devota diplomática, dueña de un hermoso cuerpo de escultura griega, pago su deuda.

Estos y otros pasajes reales o inventados por Diego habrán de reunirse en su virtual anecdotario.

Rufino Tamayo*

Rufino Tamayo nació en Oaxaca en 1899. Sí, en esa ciudad tan anhelada por Nietzsche para alargar su tormentosa vida; este filósofo averiguó en cartogramas climatológicos que Oaxaca poseía el mejor clima del mundo. Otra región que también favoreció al atormentado pensador alemán era Chilpancingo.

Rufino Tamayo llegó a la Ciudad de México cuando tenía 12 años, en 1914, el último de la dictadura porfiriana. Más de seis años vivió en el Centro Histórico del Distrito Federal dedicado a la venta de frutas en el mercado de La Merced, negocio que, en grande, tenía uno de sus hermanos.

Sin duda el rico colorido de ese mercado impactó la conciencia estética de Rufino, pues sólo así se explican la belleza y el colorido de las sandías pintadas por él, así como las pitayas, mandarinas y naranjas encerradas en esos sórdidos almacenes de La Merced. Pero cada mañana esas frutas recobraban la luminosidad cromática cuando eran colocadas en ayates y petates sobre las banquetas puestas a disposición de los marchantes.

Hacia la primera mitad de los treinta conocí a Rufino Tamayo. Lola Álvarez Bravo me presentó con él. Treintañero como era Rufino, desde entonces se advertía en él voluntad de triunfo como pintor de la generación inmediata a la de los Tres Grandes. Él es ahora uno de los cuatro.

Vivió Tamayo en Nueva York entre 1926 y 1927 y coincidió en la Gran Urbe con el magnífico músico Carlos Chávez y el escritor Octavio Barreda.

* Artículo publicado en los periódicos *El Universal* el 29 de febrero de 1980 y *El Gallo Ilustrado*, suplemento cultural de *El Día* el 29 de junio de 1986.

Volvió a México y fue jefe del Departamento de Artes Plásticas de la Secretaría de Educación cuando el titular era Narciso Bassols.

Pronto regresó a Nueva York, ya con su esposa, la pianista Olga Flores Rivas, quien impartía lecciones de piano para ayudar al sostenimiento de la pareja. Ambos pasaron grandes estrecheces económicas en la Urbe de Hierro. Eso fue al principio que fue más largo que corto. Poco a poco el joven oaxaqueño fue abriéndose camino, —no sin desafiar la incompreensión de los rezagados— y su obra acabó por despertar el entusiasmo y la admiración de los críticos y los coleccionistas más exigentes.

Antes de un decenio ya había conquistado Rufino un sitio respetado en una ciudad caracterizada por la intensa competencia pictórica, pues al terminar la Primera Guerra Mundial, Nueva York se fue convirtiendo en la capital artística del mundo. Ese rango se lo arrebató a París en forma más señalada después de la Segunda Guerra Mundial.

Los Tamayo vivieron alrededor de 18 años en Nueva York y en la Ciudad Luz. Venían a México con poca frecuencia. En una de sus estancias aquí, entre 1953 o 1954, Rufino me confió su ambición de pintar un mural en la sede de las Naciones Unidas.

Tan importante deseo se lo comuniqué al presidente Ruiz Cortines, del cual era yo su consejero. Pero antes hablé con mayor confianza con mi amigo el respetable don Luis Padilla Nervo, secretario de Relaciones, y le expresé el deseo de Rufino con el propósito de que don Luis —previo acuerdo con el presidente— pudiese intervenir con sus buenos oficios ante el secretario general de las Naciones Unidas para que nuestro ilustre compatriota y pintor dispusiera de un muro en el edificio de la ONU, donde expresara su mensaje plástico alusivo al contenido humanista de la Carta de las Naciones Unidas. Pedí a don Luis que si el presidente lo consultaba, diera su opinión aprobatoria tal como me la había dado a mí en forma entusiasta.

Ya con esa aquiescencia de nuestro canciller, acudí al presidente Ruiz Cortines y le expresé que el proyecto de Tamayo constituía una forma de solidaridad de México con la referida organización mundial, fundadores

como éramos de ella en 1945. E insistí con don Adolfo en que un pintor del rango de Rufino Tamayo debía dejar plasmado en los muros del edificio de la ONU su propio mensaje plástico de fraternidad internacional. Aduje al presidente que Rufino —tal como éste me lo advirtió— no cobraría honorarios por su obra. Aceptaría sólo el importe de lo gastado en los materiales requeridos para la ejecución del mural y los gastos de estancia de él y su esposa en Nueva York mientras durara la obra, pues ya no vivían allí los Tamayo sino en París.

Poco sensible a las expresiones plásticas de nuestro tiempo y, sobre todo, no inclinado a todo cuanto constituyera un gasto no prioritario ante las necesidades populares más ingentes, puso algún reparo a la propuesta de Rufino transmitida por mí. No obstante ello, el presidente acabó por acceder, no sin instruir antes al respecto y en sentido positivo a su secretario Padilla Nervo.

Don Adolfo aceptó quizás merced a los alegatos que formulé con respecto al prestigio que en el campo estético acarrearía a México un mural pintado por Tamayo en la misma sede de la ONU, tan visitada por millones de turistas y en donde trabajaban delegados de 60 países o más.

Por cierto que los acuerdos del presidente vinculados a los gastos que habría de erogar el gobierno por la ejecución de la obra tamayana, no fueron observados en puntualidad y sobre todo por esa plaga que constituye el subsuelo de la burocracia. Ésta creía acaso que así halagaba a don Adolfo.

Sea ello lo que fuere, lo cierto es que el célebre pintor oaxaqueño afrontó de su propio peculio —entonces menos próspero que ahora— muchos de los gastos de materiales y de estancia en la Urbe de Hierro. Cuantas veces he pasado por ésta, no me he privado de contemplar el hermoso mural de Tamayo que rivaliza con el de otros grandes pintores de nuestro tiempo, los brasileiros Cavalcanti y Portinari, a pesar de que el sitio destinado a Rufino no es mejor que los designados a los pintores cariocas.

Ya de regreso definitivo de sus largas residencias en Nueva York y París e instalados los Tamayo en Coyoacán, rodeados de uno de los más hermo-

sos y umbrosos jardines que he conocido, y dueño Rufino asimismo de un nombre internacional obtenido en buena lid —nombre que algunos mezquinos intentaban regatearle— solíamos disfrutar de la amistad de los Tamayo mi esposa y yo.

Dudo que exista alguien en México cuyos cuantiosos recursos provenientes de una aséptica obra creadora —valorada cada vez más fuera que dentro—, viva con la digna modestia que caracteriza a los Tamayo.

Detestan la ostentación. Los ricos platillos de la cocina mexicana constituyen su dieta diaria, no los de la comida francesa con sus costosos ingredientes importados. Vienen los Tamayo de regreso de todo: alérgicos a la cursilería y a la botaratería, lo que más impresiona a sus amigos es su mexicana sencillez.

Pronto cumplirá Rufino 87 años. Pero su actividad creadora le garantiza llegar a la centuria. Olga ajusta los 78 años y su activa vitalidad también la hará longeva.

Pocos mexicanos, como Rufino, les han otorgado en vida, ni aún muertos, tantos homenajes y reconocimientos de sus compatriotas y contemporáneos, así como de gobiernos e instituciones foráneas. Ellos son los protagonistas de más de una docena de libros escritos por autores extranjeros y nacionales en varios idiomas; Rufino ha merecido siete doctorados *honoris causa* de otras tantas universidades del país y del exterior; 26 colecciones pictóricas de Tamayo en museos europeos y norteamericanos o en manos de coleccionistas privados honran a México. Rufino además ha sido condecorado por la reina de Inglaterra, por el rey de España, por el emperador de Japón y por los presidentes de Italia y Francia; también por el monarca sueco; ha recibido de manos de los alcaldes respectivos las llaves de las ciudades de Roma, Florencia, Venecia, Nápoles, Nueva York y San Francisco. Todos los honores y distinciones fueron conferidos en persona por los gobernantes y alcaldes citados. El presidente López Mateos le otorgó en 1964 el Premio Nacional de Artes Plásticas.

Rufino Tamayo no aspira a la gloria. Ya la ha digerido. Sin embargo no se ha transfigurado ni es víctima de la vanidad o del orgullo. Sigue siendo

él mismo. Conserva su autenticidad indígena. Su recato aborigen ha sabido rescatarlo con un buen gusto inimitable. Todo ello no le impide vestir —claro está— con elegancia juvenil.

La sobriedad de la vida cotidiana de los Tamayo no es por cierto producto de la tacañería. Al revés: ellos son generosos. Buena parte de sus recursos los han destinado a donaciones para obras culturales y de asistencia social.

Allí está el riquísimo Museo de Arte Precolombino en la ciudad de Oaxaca; la Casa de Reposo para Ancianos inaugurada hace poco en Cuernavaca, ciudad donde viven también los Tamayo en una calle que lleva el nombre de Rufino; y está, por último, la colección muy valiosa y representativa de la cultura moderna que arranca de la Segunda Guerra Mundial a nuestros días, ésta fue donada al pueblo mexicano por la ilustre pareja para que los compatriotas que no puedan viajar a visitar museos extranjeros, contemplen aquí mismo esa pintura.

La historia de la colección donada por los Tamayo es poco conocida: el Gobierno del Distrito Federal cedió un área desarbolada del Bosque de Chapultepec para que el Grupo Alfa construyera el Museo Tamayo, institución privada en cuyo edificio se expuso desde entonces el rico legado de los Tamayo. Dicho museo fue dirigido al principio por el Grupo Alfa, pero éste lo abandonó por haberse declarado en estado de quiebra. Como el señor Azcárraga Milmo poseía las acciones de este grupo quedó como encargado de la dirección del Museo, institución que aparecía como la destinataria del legado artístico de los Tamayo.

Pero la intención de la pareja donadora —que no se consignó con claridad en la escritura constitutiva—, consistía en dar al pueblo la referida colección pictórica. El equívoco notarial de origen no se corrigió y ello condujo a una prolongada actitud contenciosa extrajudicial.

A petición de mis amigos, los Tamayo, sostuve varias pláticas con el caballeroso Julio Barba Hurtado, abogado del señor Azcárraga Milmo. Traté de persuadirlo de que la escritura constitutiva del Museo Tamayo no reflejaba con exactitud, en una de sus cláusulas, la intención y la voluntad de los

Tamayo consistente en donar al pueblo de México y no a la institución denominada Museo Tamayo, el valioso lote de pintura contemporánea, ya aludido. El licenciado Barba, en las dos o tres reuniones que sostuvimos desayunando en mi casa, estuvo de acuerdo, con toda buena fe, que debía modificarse ante notario la escritura del Museo Tamayo, a efecto de que reprodujera con puntualidad el deseo de los Tamayo de otorgar al pueblo de México la referida colección de pintura. Mostró optimismo el abogado Barba con respecto a convencer a su cliente y amigo cercano de la razón que asistía al pintor y a su esposa.

Transcurrió tiempo y no hubo respuesta alguna ni volví a ver al licenciado Barba. Eso ocurrió hará tres años.

Recién designado secretario de Educación Pública el licenciado José Miguel González Avelar, cuya amistad me honra, los Tamayo me pidieron les consiguiera una entrevista con él —a quien no conocían— toda vez que la solución de tan enojoso asunto se iba prolongando de manera indefinida. Pedí a dicho funcionario la cita, quien con gentileza y diligencia me dijo que los Tamayo no debían molestarse en acudir a su oficina pues él podría comer con ellos en mi casa, en la del propio secretario de Educación o en la de los Tamayo cuando éstos fijaran la fecha. Así lo comuniqué a Olga. No supe más del asunto, hasta que ella misma, después de varias semanas, me dijo que habían comido con González Avelar en compañía del presidente de la República y su esposa en Los Pinos. El primer mandatario coincidió con el punto de vista de los Tamayo y ahora se ha recobrado la colección para el pueblo mexicano.

ORDEN QUETZAL

Hace más de seis meses comenté el gesto gallardo que tuvo Rufino Tamayo con el embajador de Guatemala quien acudió a la casa del pintor para otorgarle la máxima presea que dicho país otorga a los extranjeros ilustres: la Orden Quetzal.

Lo ocurrido en ese trance lo expliqué así a varios amigos: por apatía de análisis suele no percibirse la irisación de las distintas formas de la realidad y con frecuencia calificamos a éstas de modo simplista y arbitrario al dejar pasar de largo los matices que le son propios. Así, la distracción o la pereza mental conducen a menudo a incurrir en aquello que Ortega y Gasset llamaba la tiranía del marbete.

Recuerdo esto a propósito de Rufino Tamayo, empeñado en aumentar la prestancia del nombre de México en los ámbitos artísticos más prestigiosos del mundo.

Tamayo ha padecido, con persistencia cruel, la tiranía del marbete, que le cuelgan los perezosos mentales o los desprovistos de buena fe o quienes participan de ambas actitudes negativas.

Algunos han pretendido poner en entredicho la mexicanidad del pintor o su patriotismo. Ignoran u olvidan que los usos y costumbres cotidianos de Tamayo, la riqueza temática y plástica de su colorido, así como su emoción mexicanista están adscritos a la mejor tradición patriótica.

Muchos de sus críticos habrían sido incapaces de haber rechazado con entereza y sin tentación alguna, la máxima condecoración que el gobierno de Guatemala ofreció a Tamayo. Y éste la rehusó hace unos días cuando, repito, el embajador de ese país acreditado en México pidió visitar, junto con su familia, al pintor.

Sin ningún circunloquio pero con comedimiento, Tamayo explicó al azorado diplomático que no podía recibir el galardón Quetzal, justo porque el acuerdo de condecorado provenía de una dictadura represiva al servicio de los intereses norteamericanos.

El gesto de Rufino Tamayo fue en verdad gallardo y ante él hubieron de incomodarse, como es natural, tanto la apenada esposa del confundido embajador guatemalteco, lo mismo que sus hijos.

El episodio fue todavía más embarazoso cuando Tamayo exaltó con vehemencia la figura del notable escritor guatemalteco e historiador de nuestra pintura, Luis Cardoza y Aragón, condecorado hace meses con el Águila Azteca merced a los numerosos y certeros ensayos escritos por Luis

sobre nuestra plástica y difundidos desde hace más de 40 años en revistas y libros nacionales y extranjeros.

Tal como me refirió Rufino el incidente con el embajador guatemalteco, el solo nombre de Luis Cardoza y Aragón, al pronunciarlo Tamayo, sacó de quicio al representante de la dictadura castrense que azota al desafortunado país hermano del sur, pues quedó al descubierto el intento fallido de establecer una reciprocidad entre ambos gobiernos al honrar el nuestro a Cardoza y el de Guatemala a Rufino Tamayo.

El pintor no se prestó a tan burda maniobra y desde su insobornable posición de artista —compatible con la de un ciudadano activo dotado de conciencia bolivariana—, rechazó una presea que otros habrían aceptado con pronta obsecuencia. Por ejemplo Borges, que aceptó ser condecorado por Pinochet.

Estoy seguro de algo: que ese aguerrido luchador social y digno escritor que es Cardoza y Aragón sabe apreciar la apología que formuló explícitamente Tamayo de sus virtudes cívicas e intelectuales ante el mismo embajador de Guatemala, virtudes que regateó el diplomático aludido cuando alegó que la posición política asumida por Cardoza en contra de los gobiernos de Guatemala no constituía sino mero exhibicionismo para darse lustre en otros países.

Ante semejante aserto, Tamayo hubo de responder que Cardoza está forzado a luchar desde fuera de su patria para las libertades ciudadanas y por la soberanía de su país, debido a que los sucesivos gobiernos de Guatemala le impiden retornar a su tierra nativa, razón por la cual ha permanecido tantos años con nosotros, en su patria adoptiva.

El hermoso gesto de Rufino Tamayo sin duda costará el empleo al ingenuo representante de la satrapía guatemalteca quien, por cierto, había admitido como cierto y sin reparo alguno el marbete de proyanqui profesional colgado por mendaces y mezquinos sobre el cuello de Tamayo.

El gallardo gesto de Rufino hay que aplaudirlo y su significado acaso explique por qué el Jefe del Estado mexicano no ha ido o no irá a la tierra de Landívar y Gómez Carrillo.

Estos últimos párrafos —casi 20— los escribí hace más de seis años. Durante ese lapso la conciencia cívica y patriótica de Tamayo se ha ido acendrando de tal modo que su firma ha podido verse en diversos manifiestos protestatarios de actos intervencionistas provenientes de nuestros vecinos del norte.

Sus enemigos solían afirmar una extravagancia: que para cuidar Rufino el mercado de su obra Norteamérica, mantenía una postura proyanqui. Esa siempre fue una falacia de envidiosos de profesión.

Que el cavernícola senador Helms o la nueva derecha norteamericana no compren cuadros de Tamayo, posee perfecta coherencia con el analfabetismo integral de éste y esa nueva derecha yanqui. El mercado —que no promueve el pintor— lo tiene asegurado Tamayo en la numerosa minoría culta de Estados Unidos asentada en sus espléndidas universidades.

Más todavía: si por expresar sus opiniones adversas a los atentados de nuestros vecinos del norte contra la soberanía nacional, Rufino se viese hostilizado en el mercado de pintura norteamericano, estoy seguro que él, Tamayo, seguiría rubricando documento tras documento que protestara ante cualquier amenaza a nuestro derecho de autodeterminación, tal como su conciencia cívica se lo aconseja.

Rufino ha llegado a una plenitud de conciencia ciudadana compatible con su vocación estética, nunca traicionada.

No es una casualidad que Rufino Tamayo haya alcanzado la universidad justamente por esta razón: nunca perdió su noción mexicana y pudo desde las hondas raíces nacionales que lo atan a su patria, tener resonancia universal.

Los colores de su pintura surgen, justo, de la cromática indígena. A ello se debe quizá que el extranjero perciba *a priori* la fidelidad de Tamayo a la paleta cultural mexicana, esa donde tienen su asiento los colores que tanto gustan a nuestra población indígena. Pues el colorido de Tamayo es acaso la mejor virtud de su arte, sobre todo desde que dejó de lado el academicismo y las formas sucedáneas de éste, orientadas al perfectismo en el dibujo y en la forma, que acaban por no distinguirse de la fotografía a colores.

El momento estelar que vive nuestro compatriota, es en verdad impresionante por su perseverancia laboral en realizar su vocación: desde niño en su india Oaxaca, donde vio la primera luz hace 87 años, se mantuvo atento a toda sollicitación plástica que lo rodeaba y, tozudo, poseyó el carácter para trasladar a la tela, al papel, o al muro las intuiciones estéticas surgidas desde su convivencia infantil con los rostros y frutos, cerámica y escultura, suelos y cielos de su prehispánica e indígena Oaxaca.

Ya lo sabemos: mientras más se ahonda en lo particular para expresarse, más se llega a lo universal. La búsqueda *a priori* y predeterminada de una expresión universal conduce, derecho, al descastamiento y se acaba por ser todo y nada a la vez.

En cambio, la búsqueda de nuestra identidad nacional, con la mira de expresarnos, desemboca siempre en lenguaje inteligible a escala universal. Tal es el caso del mensaje estético de Rufino Tamayo.

Francisco Toledo*

De la Placenta Toledana brota un caudaloso universo de criaturas sorprendidas y azorantes, sobre todo insospechadas y por su extraña vinculación: tortugas y pescados, conejos y bovinos, camarones y alacranes que se hayan provistos cada uno de apéndices faloideos en busca de machimbrarse.

No es la suya una pintura decadente o crepuscular. No es vigorosa y cupular, sobre todo porque un aluvión de cúpulas o de actos cupulares y culminantes se ofrecen a la vista del espectador procedentes del vasto mundo animado e inanimado al que Toledo da un soplo, muchos soplos vitales, tal como si fuese un demiurgo.

Rectifico, Francisco Toledo lo es. Sí, Toledo es un demiurgo con cuyo conjuro cromático y lineal da a luz seres que pasman la razón y paralizan la intuición al desfilarse y aparecer en cascadas inacabables de fecundidad.

No sólo provoca sobresalto entregarse a esos seres: se permanece estupefacto ante la mera presencia de los cuadros toledanos. En este sentido, la obra de Toledo es estupefaciente. Ni más ni menos.

La función de su mensaje plástico es además coactiva o coercitiva; iba a decir gendarmeril. El visitante es arrastrado y arrestado sin apelación alguna frente a cada cuadro de Toledo. Virtualmente es cogido el visitante de las solapas emocionales con silenciosa violencia para no moverse frente a no importa qué acuarela o qué *gouache* de Toledo. Y así, con la mayor obediencia, el visitante no se mueve: queda apresado ante aquellos cua-

* Artículo publicado con el periódico *El Universal* el 11 de marzo de 1980.

dros en una especie de pérdida de su propia identidad porque Toledo ha fundido y confundido con el temor y color de cada cuadro visitante.

Por distraído que sea éste, por ineducada que se encuentre su sensibilidad estética, acaba por convertirse en un dócil prisionero que acata, sin atacar, el mandato compulsivo que surge de cualquiera de los cuadros de Francisco Toledo: el pintor oaxaqueño es un verdadero dictador.

Su nombre, su obra, perdurarán aquí fuera. Nadie, ni él, haga lo que haga después, lo impedirán.

Ni siquiera el hecho de que en el Museo de Arte Africano y de Oceanía, de París, esté expuesta la antigua pintura proveniente de los múltiples archipiélagos dispersos en Oceanía, que hace recordar la obra toledana, debido a las múltiples parvadas de aves y batracios que vuelan en el cielo sobre esos mares del sur, aun cuando en la obra del pintor oaxaqueño haya un eco o resonancia de aquella extrañísima expresión plástica de tan lejanos océanos.

Poetas

Pita Amor*

Antes de que Guadalupe Amor hubiera dado a luz su tomo inicial de poesía titulado *Yo soy mi casa*, le anuncié que tan desconcertante don poético habría de otorgarle un nombre nacional que concluiría por serle estorbo.

No es por cierto Guadalupe Amor una violeta recatada; antes bien, es soberbia en grado arrollador. Pero persigue por instinto la comodidad. El aislamiento se lo da.

Sea ello lo que fuere, el fácil vaticinio se ha cumplido puntualmente: Pita prefiere el laconismo discreto del buen catador de su poesía, al aspaviento insincero y locuaz de quien sólo conoce sus libros a través de las habilidades de los columnistas.

Y es que Pita sabe una cosa: que la crítica en México es con frecuencia un quehacer frívolo carente de docencia y de decencia, que suele devenir panegírico o diatriba, según la relación entre el autor y el crítico.

Pita, sin embargo, no sabe que sus malquerientes van aceptando, de grado, su alta jerarquía de poeta. Y es que frente a las creaciones de su extraña sensibilidad sólo cabe esto: *la sorpresa*; mejor aún, el azoro, movimiento del alma —o inmovimiento— que provoca una súbita paralización en nosotros mismos al toparnos, de pronto, con una cara de la realidad que de modo cotidiano transitaba a nuestro alrededor sin que nos hubiésemos percatado de ella. Tan es esto así, que dudo que el último libro de Pita, *Polvo*, pueda leerse sin la resonancia facial del azoro: la elevación del entrecejo, y sin el eco del terror en el cuerpo: el escalofrío.

*Ensayo publicado en el periódico *El Popular* a fines de 1949.

Polvo, cuidadosa y pulcramente editado por la Editorial Stylo es, sin exageración, uno de los momentos más altos de la poesía contemporánea.

Son tantas las perspectivas desde las cuales se contempla el polvo en el libro de Pita que bien podría haberse titulado *Variaciones y fugas sobre el tema del polvo*. Yo, al menos, así le llamo.

Lleva además un epígrafe certeramente escogido de la Biblia: "...y en polvo te convertirás". Pero le he agregado otro, es una frase favorita de Goethe: "La naturaleza come con nuestra muerte".

Son insospechados los ángulos en los cuales se sitúa Pita para aprehender esos oscilantes corpúsculos —gérmenes de la vida y de la muerte— que, protéicos, deambulan desde siempre en el espacio.

Colocarse en esos ángulos mediante una atenta lectura de *Polvo*, anónima y aterrada. No se trata, claro está, del pánico pueril y convencional de los folletines de misterio sino de un miedo trascendente —iba a decir metafísico—: el de sentirse inmerso en todo lo existente a cambio de perder nuestra particular identidad.

Es decir, *Polvo* produce la sensación de que, literalmente, todo lo somos en la medida en que nada somos en concreto, excepto nuestra fugaz conciencia, testigo patético de una realidad incesantemente movidiza; lo demás y los demás.

Porque ¿qué otra cosa es nuestra conciencia, sino un espejo a través del cual la materia, esto es, el polvo, tiene noticia de su propia existencia?

La conciencia, en verdad, no es sino una culminación tardía de un proceso lento, laborioso, milenario, cuyo propósito es el de saber que hay algo permanente y eterno: la materia, vale decir, el polvo. Pues antes de que apareciese ese espejo del universo que es la conciencia humana, el polvo se hallaba ignorante de que él mismo existiese, ya concretado en galaxias o sistemas planetarios, aptos para transitar del mundo inorgánico al mundo orgánico, de donde fueron brotando seres vivientes monocelulares en perpetua evolución hasta que brotó ese *parvenu* de la historia de la naturaleza que es el hombre.

El polvo es visto a través de la sabia intuición poética de Pita del propio modo en que las más variadas escuelas filosóficas estudian el Ser, el problema del origen y el de los fines existenciales.

Sólo que *Polvo* no es un farragoso o abstruso texto de filosofía redactado con jerigonza profesoral, sino un inquietante compendio de filosofía, escrito en un lenguaje estricta y rigurosamente poético.

Todavía más: ese nuevo libro de Guadalupe Amor es una antología de ontologías. Tan pronto se puede adscribir su doctrina a la *esfera inmóvil* de Parménides, como a la del *río en perpetuo movimiento* del Heráclito; también se advierte en el mensaje poético de Pita un resabio de panteísmo spinoziano, como un regusto de ateísmo integral; y nos hace recordar a la mónada de Leibniz como a la tesis de la física contemporánea sobre la energía nuclear. Hay en *Polvo*, en suma, un recíproco diálogo y un insistente movimiento pendular de dos doctrinas filosóficas antagónicas: la del reposo y la del cinematismo, la del quietismo y la de la dialéctica.

Todo el libro transpira una moral budista y, lateralmente, se preconiza en él un estoicismo ante la muerte, no el que aconsejaban Epicteto, Marco Aurelio o Séneca, sino ese mezclado de angustia, tan caro al existencialismo hoy en boga.

Polvo, juzgado con criterio pietista o con mojigatería, se le verá impregnado de violento materialismo herético y además agresivo. Pero ello no le resta ninguna de sus excelencias ni le arrebatara el aliento estético que posee *Polvo*.

Enrique González Martínez*

La aparición de su bello libro *El hombre del búho* se debe a un momento culminante de la vida de don Enrique: cuando comprendió que había llegado la hora de recordar, de mirar su existencia en síntesis retrospectiva, deporte vedado al hombre joven o al decadente senil.

El relato autobiográfico de este primer tomo —se esperan dos o tres más— posee la virtud de no haber sido auxiliado por diarios íntimos o apuntes de viaje.

Las memorias del poeta jalisciense, que por primera vez nos ofrece las excelencias de su prosa, son eso: memorias que sabe separar con rigurosa asepsia de todo lo esencial de una vida al cribar, en fina retícula, lo superfluo. Tal circunstancia convierte al libro en genuino y fidedigno. Y es que don Enrique sabe que la memoria, si va por donde a ella le place, si se le deja transitar a su albedrío, funciona con más coherencia y de un modo más vital que esos papeles exánimes donde se consignan muchos sucesos del vivir cotidiano pero carentes de lógica explicación por el mero correr del tiempo.

Sea lo que fuere, lo cierto es que este libro autobiográfico está hecho de *recuerdo* fluido y sin forzarlo, tal como deben hacerlo los poetas.

La primera niñez del bardo tapatío se desliza entre la exquisita inteligencia y la severidad materna y la honradez y el discreto talento de su

* Artículo titulado "El hombre del búho", publicado en la revista *Tricolor* el 28 de octubre de 1944 y en *El Gallo Ilustrado*, suplemento cultural del periódico *El Día*, el 16 de marzo de 1986.

tímido padre. Entre novenarios y rezos de su abuela y comedidas críticas y murmuraciones a la torpeza e ignorancia del predicador, el padre Becerra, por sus misas de *apaga y vámonos*.

Sus padres fueron sus maestros. Aprendió más de ellos que de la escuela elemental. A los cinco años ya leía correctamente cualquier libro y escribía sin faltas de ortografía. Al concluir su educación primaria, su madre quería que fuese *santo* o *artista*, y su padre deseaba hacer de él un *sabio*. Más tarde obsequió los anhelos de su madre al surgir misteriosamente su vocación de poeta.

Al hablar don Enrique de sus cinco años de reclusión en el Seminario Conciliar de Guadalajara —donde cursó sus estudios preparatorios— trasluce cierto regusto y resabio de ironía anticlerical, acaso incompatible con su condición de católico.

Más adelante éste refiere las relaciones que contrajo cuando llegó a la capital, allá por 1905. Justo Sierra, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Carlos Pereyra, Jesús Valenzuela, Manuel Olaguíbel, Joaquín B. Casasús y otros, establecieron amistad con el poeta provinciano, algunas veces a través de Victoriano Salado Álvarez debido a la naciente reputación del joven Enrique.

Éste nos habla de un Nervo descorazonado y triste que recorría las calles de la ciudad “con su traje raído y negro y con sus barbas crecidas que le daban aspecto de sacristán famélico, con su flacura de asceta y con su fardo de ilusiones sobre los hombros”. Nos pinta a un Sierra de amena conversación cuya engolada voz lo hacía parecer injustamente como vanidoso y que sabía preferir su personalidad literaria y de historiador a sus glorias de hombre público.

El grito de guerra poético de González Martínez habría de ser:

Tuércelo el cuello al cisne de engañoso plumaje
que da su nota blanca al azul de la fuente;
él pasea su gracia no más, pero no siente
el alma de la cosa ni la voz del paisaje.

Huye de toda forma y de todo lenguaje
que no vayan acordes con el ritmo latente
de la vida profunda [...] y adora intensamente
la vida, y que la vida comprenda tu homenaje.

Mira al sapiente búho, cómo tiende las alas
desde el Olimpo, deja el regazo de Palas
y posa en aquel árbol del vuelo taciturno...

Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta
pupila, que se clava en la sombra, interpreta
el misterioso libro del silencio nocturno.

Nos dice el poeta que, al revés del programa seguido en el Liceo de Varones —la escuela oficial—, el plan de estudios del seminario era anticuado y deficiente; orientado como estaba a formar clérigos, se tenía la falsa idea de que el sacerdote sólo necesitaba cultura general en forma superficial y accesoría.

Graciosamente recuerda cómo la agudeza de un cura que había sido su maestro de Mínimos, tuvo que combatir la candidatura de un clérigo muy tonto a quien se trataba de dar una prebenda. Al ver que la mayoría era favorable al candidato, el agudo cura dio su voto a regañadientes y dijo piadosamente: “Está bien. Elegiremos esta piedra para levantar un monumento a la ignorancia”.

En otro lugar, don Enrique refiere la rivalidad que advirtió en algunos sacerdotes. Había uno talentoso de origen humilde cuya estrecha frente denunciaba a las claras a la raza indígena. Éste malquería a un colega suyo de sangre criolla, de frente amplia y de brillante posición social. Una vez tuvo que ausentarse el primero, debido a la muerte de su madre, y cuando regresó traía la frente horriblemente afeitada —tal como le gusta hacerlo a un conocido profesor de filosofía de nuestra Universidad, celoso posiblemente de la frente de Henry Bergson o de Emile Boutroux—. Malévolamente, el cura blanco comentó el hecho de este modo: “En ciertas tribus afeitarse la frente es un signo de luto. La costumbre tiene un origen egipcio...”

Más adelante nos relata don Enrique cómo se inició en él su gusto por el latín. Se lo enseñó un sacerdote muy versado en teología dogmática y moral, en hermenéutica y en derecho canónico, quien nunca había leído una novela. La primera fue *El escándalo*, que el futuro poeta extrajo de las estanterías de su padre. Después de devorar la obra de Alarcón “el sacerdote andaba como si hubiera descubierto el Mediterráneo”.

Pareja observación ha sido hecha ya por Ramón Pérez de Ayala en su novela titulada *A.M.D.G.* Los curas y en especial los jesuitas son menos ilustrados de lo que el vulgo semiletrado cree, dice Pérez de Ayala. Y por su lado Ortega y Gasset que también padeció la enseñanza impartida por la Compañía de Jesús, escribía en su libro *Personas, obras y cosas* lo que sigue:

El vicio radical de los jesuitas no consiste en el maquiavelismo, no en la soberbia, ni en la codicia, sino lisa y llanamente en la ignorancia [...] los jesuitas llegan a burlarse de todos los clásicos del pensamiento humano: de Demócrito, de Platón, de Descartes, de Galileo, de Spinoza, de Kant, de Darwin; acostumbran llamar moral a un montón de reglas o ejercicios estúpidos y supersticiosos. De arte no hablan nunca.

Los recuerdos de don Enrique en el seminario, claro, no son exclusivamente adversos al clero. Nos habla de algunos sacerdotes virtuosos entre los cuales sobresale el padre Rositas, cuyo desorbitado odio a los yanquis era tanto que nunca quiso usar tranvías por ser de procedencia norteamericana; y a quienes deseaban aprender la lengua inglesa, el *curita* los persuadía para estudiar náhuatl.

De su estancia en la Escuela de Medicina de Guadalajara recuerda el poeta a “un tonto sin atenuaciones” que enseñaba Histología normal y que, “montado en la alfombra mágica de su estupidez”, hizo un viaje a Berlín para ver a Virchow; recuerda también a su maestro de Patología que asistió a don Benito Juárez en su lecho de muerte. Este profesor solía platicar cómo se vio precisado a echar agua hirviendo sobre el tórax del Benemérito, mientras éste exclamaba débilmente: “Doctor, me quema usted”, y moría sin un gemido más.

Su profesor de Medicina legal era inteligente y mordaz y sus dictámenes legistas a menudo disgustaban a los jueces. En una averiguación abierta, con motivo de una injuria irreparable cometida a una muchacha por un don Juan profesional, el juez, para normar más justicieramente su criterio, pidió al médico legista que indicara la fecha de la injuria. El médico contestó que la ofensa databa de un mes, aproximadamente, pero el escrupuloso juez exigió que se le precisara el día exacto a lo que el médico contestó picantemente: "Imposible fijarlo, porque el daño con que se causó la injuria no llevaba sello fechador".

Después de algunos años de ejercer González Martínez la medicina en Guadalajara, se fue a radicar a un pueblo de Sinaloa. Allí practicó innumerables operaciones en contra de lo que Xavier Villaurrutia dijo ingeniosamente una vez: que "la única intervención quirúrgica del doctor González Martínez fue la de torcerle el cuello al cisne". La dignidad con que don Enrique ejerció la medicina nos la describe él mismo:

me consideraba ligado por un juramento inviolable a la medicina, ella era para mí la mujer legítima con quien se vive y a quien se presenta orgullosamente en sociedad; la poesía era mi querida, de la cual se habla entre amigos íntimos y de cuyos favores hay que ufanarse en medio de negativas que acaban por ser afirmaciones.

La vocación inalineable de este poeta apareció cuando alguien hizo publicar esquelas mortuorias donde se informaba la supuesta defunción de Enrique González Martínez.

Con tal motivo los críticos de aquella época se apresuraron a formular un balance de la incipiente obra literaria del seudodesaparecido, que —por cierto— fue hartamente favorable a su prestigio. Esta circunstancia, entre cómica y fúnebre, estimuló de un modo decisivo la condición de poeta de don Enrique.

El enjuiciamiento que de su propia obra hace don Enrique a través de estas páginas, constituye una muy estimable aportación a la tarea de ubicar al bardo jalisciense en el sitio exacto que le corresponde en la lírica mexicana y americana.

Un cuidado de familia y un éxito a medias obligaron al poeta a retirarse de los cenáculos y capillas literarios de la capital y reintegrarse a la provincia.

Volvió a las tertulias de botica, a las partidas de billar, a los bailes improvisados, a los gallos de madrugada y, sobre todo, a la frenética pasión del juego que durante años lo tiranizó. También regresó, claro —para todo daba su salud de roble—, a estudiar y a cuidar a los enfermos del pueblo, a meditar y a escribir poesía.

La lectura de este hermoso libro —*El hombre del búho*— nos ofrece buen retrato psicológico de su autor, entre cuyos rasgos esenciales sobresale una amplia capacidad amorosa y una desusada aptitud para sentir todos los matices del amor.

Uno de sus primeros poemas decía:

Conozco los abismos de tu alma
tan bien como las gracias de tu cuerpo.

El audaz erotismo del poema obligó a un periódico a rechazar su envío: “Báñese y tome bromuro; su composición no se publica”, contestó el escandalizado director.

A los 10 años se enamoró de una niña mayor que él y, aún ahora a los 73 años cumplidos, puede decirse —sin incurrir en falta de respeto— que no se le ha agotado el corazón; muy por el contrario. Esto, independientemente de la religiosa devoción que guarda por la memoria de su esposa.

El libro finaliza con una honrada confesión del poeta, relativa a la actitud que asumió frente a la dictadura porfiriana:

...me tocó ser uno de aquellos cuya adolescencia y cuya juventud pasaron adormecidas por el opio de la dictadura porfirista, sumidas en una renuncia general de todos los hombres de México, abúlicos en su complicidad egoísta, que deja en malas manos las responsabilidades más urgentes y los derechos más sagrados.

Y a continuación agrega un reproche que a sí mismo se hace, por no haber participado de un modo activo en la Revolución de 1910:

siento que, con sus errores, con sus crímenes, de los cuales no era ella culpable, mi sitio debió estar allí, con ella, y con ella triunfar o perecer en la demanda. Todas las sutilezas, todos los sofismas, todas las argucias, empleados para justificar la abstención, los deshacía yo mismo sin querer; pero los intereses creados en mi posición y el espíritu de lealtad no siempre bien entendido, me orillaron a obrar contra mi conciencia. Las consecuencias de mi error habrían de ser funestas; mas las complicaciones prácticas nada habrían de significar junto a la convicción dolorosa de que yo no había obrado bien.

La ejemplar conducta observada por el poeta en los últimos siete lustros de su vida, su presencia en todo acto enaltecedor de la libertad, el progreso social, la lucha por la paz mundial y, en especial, su postura republicana a partir del golpe militar de Franco en España, purgaron con creces sus antiguas caídas de ciudadano. Incluso la de haber servido a Victoriano Huerta como subsecretario de Educación.

La franca adhesión de Enrique González Martínez a la filosofía de la Revolución Mexicana contribuyó también a olvidar, de buen grado, sus yerros políticos. Y así, el presidente Obregón lo nombra Ministro Plenipotenciario en Chile en 1920 y dos años más tarde, en Argentina; el presidente Calles lo designa con el mismo rango en España y Portugal de 1924 a 1928, puesto diplomático que le refrendaron a don Enrique los presidentes Portes Gil y Ortiz Rubio.

En 1943 fue designado miembro fundador de El Colegio Nacional al lado de Diego Rivera, Alfonso Reyes y otros más; y en 1944 recibió el Premio Nacional de Literatura de manos del presidente Ávila Camacho.

La muerte del gran poeta acaeció en 1952 cuando contaba con 81 años y con una extraña y vigorosa capacidad vital y amatoria, según lo divulgaban con estudiada indiscreción sus admiradoras.

Unos minutos antes de su muerte estuvimos presentes su nieto, Enrique González Rojo y yo, y ambos pudimos escuchar estas palabras del gran poeta converso al socialismo: "No quisiera morir sin antes ver el triunfo de una sociedad socialista con libertades humanas".

Pablo Neruda*

Un procedimiento elemental e ingenuo nos sirve a menudo para descubrir el íntimo sentido de las cosas. Me refiero a una deliciosa manía infantil —que el pueblo también posee y a veces hasta los filósofos usan—, la de interrogar para qué sirve aquello cuya esencia deseamos conocer.

Se obtendría una respuesta más satisfactoria si en lugar de preguntarnos qué es un poeta, inquirimos antes sobre su función específica y el papel que desempeña o debe ocupar en la sociedad en que está inserto. Es decir, preguntarnos para qué sirve y para qué está el poeta desde que está.

Por lo pronto, respondo que el poeta —siendo como es un ser dotado de una sensible agudeza— está allí para ver y desentrañar cuanto lo rodea. En ese sentido es un ser clarividente, un visionario o un profeta que sabe captar la sombra proyectada por los acontecimientos futuros.

El poeta también sirve para registrar todo cuanto pasa y reposa, cuanto trashuma y permanece, merced a su facultad de hiperestesia porque ésta le impide dejar escapar la realidad transeúnte, sin antes haberse impregnado de ella.

*Discurso pronunciado en febrero de 1943 a nombre de la juventud mexicana en el homenaje tributado a Pablo Neruda en el Frontón México cuando dejó de ser cónsul de Chile. Por su retorno, un grupo de intelectuales mexicanos, españoles y latinoamericanos lo homenajearon con un banquete al que asistieron 2 mil simpatizantes de la obra y del derrotero humano de ese singular capitán de las letras americanas y más tarde Premio Nobel. Intervinieron Alfonso Reyes por los intelectuales mexicanos; Vicente Lombardo Toledano por el movimiento obrero de Latinoamérica; Rafael Heliodoro Valle por los intelectuales de las patrias hermanas y Wenceslao Roses por los intelectuales españoles.

Pero el poeta no sólo desentraña aquello que le circunda: su función y su misión consisten, además, en exhibir y expresar la entraña de las cosas desde su manera peculiar de verla.

Todo cuanto existe ha sido el tema favorito del poeta: el desgarramiento de la nube y el que produce el parto son de su incumbencia; también le interesan, los atardeceres y las nostalgias, los adioses y el vuelo de los pájaros, la vida en su fluir y en su dejar de ser, el lloro de los niños y lo que la especie humana hace para multiplicarse, los pañuelos y el silencio, la inexpresión de lo increado y la grandeza y la miseria del hombre, la tibieza de la carne de la mujer amada y la sangre que el hombre derrama en su perpetuo afán de redención y de liberación.

En suma: todo cuanto permanece y transmigra ha sido hasta ahora la materia donde el poeta se mueve a su sabor o, mejor aún, la materia que perfora, indagada y esclarece a fin de expresarla después —tamizada ya— a través de su personalidad creadora.

Dije que *hasta ahora* todo lo existente ha sido el área propia y familiar del poeta. ¿Por qué *hasta ahora*? Porque en el itinerario histórico de la poesía se registran cambios prioritarios en su temática y ello es más patente en estos bélicos y sangrantes años.

En la actual coyuntura de nuestro tiempo el poeta está experimentando una crisis, un dramático conflicto de conciencia: el de no saber con exactitud hacia dónde enfocar su portentosa agudeza perspectiva y, en consecuencia, no acierta cómo emplear el poder expresivo de que se haya dotado.

Tal conflicto sólo se produce, por supuesto, en aquellos poetas que reconocen su oriundez social, su procedencia del organismo viviente de la sociedad, y no de aquellos otros que de manera elitista sienten separados de los demás.

Un poeta en verdad sensible acaba por darse cuenta de que los temas y objetivos de la intuición poética se han ordenado en estos trágicos años en una jerarquía diferente a la de otras épocas.

Pablo Neruda sabe que por encima y delante del murmullo del agua, de la muerte y del sueño se encuentra una realidad que no puede eludir la hiperestesia del poeta, so pena de dejar de serlo.

Esta patética realidad suena así: el hambre del hombre y su exigencia perenne de libertad. Por ella está luchando en la salvaje guerra desatada por el fanatismo doctrinario que postula el supuesto dominio de nuestro planeta por la raza aria; cuando el poeta advierte el carácter prevalente de esa corpórea y trágica realidad —y para percatarse de ella es indispensable que detrás del poeta habite un hombre— la percibe tan estrujante como la realidad actual y acaba por convertirla en su tema favorito y, de modo obsesivo reobra en ella, la recrea y la expresa con indignante temblor y pasión humana.

Esto aconteció a Pablo Neruda. Antes fue un poeta que posaba su vista en el tiempo y el agua, en el luto y el cielo, en la tempestad y la manzana. Ahora es el poeta del hambre del hombre y de su liberación. Su símbolo sangrante es Stalingrado.

Antes, la distinta perspectiva de Neruda le aconsejaba:

Hay que ser dulces sobre todas las cosas;
más que un chacal vale una mariposa.

Ahora su encendida humanidad lo ha obligado a cambiar de cuadrante poético y grita con furor humanista:

Guárdame un trozo de violenta espuma
guárdame un rifle...

Antes postulaba un vivir panteísta y franciscano cuando insinuaba al prójimo:

Vive en el alba y el crepúsculo
adora al tigre y al corpúsculo
comprende la polea y el músculo.

Ahora su poesía sigue teniendo ese resabio generoso pero es combativa, como lo es nuestra época. Por eso Pablo rinde:

Honor al combatiente de la bruma,
Honor al comisario y al soldado.

Ese cambio decisivo que se ha operado en Neruda, insisto, no sólo es resultado natural de su plausible preocupación moral frente al diluvio de sangre derramada, sino de su fidedigna condición de poeta. Porque si el poeta ha sido creado para ver con la máxima penetración, mal podría dejar pasar —sin advertirla— una realidad que padece el mundo contemporáneo: la tragedia que hoy nos amenaza mediante el pretendido *milenio hitle-rista*. Cuando el poeta es fiel a su condición de tal, optará por el rumbo que Pablo Neruda ha tomado: el de Ibsen, no el de Nietzsche.

No sé hasta qué punto el autor de *Crepusculario* y de *La residencia en la Tierra* añore sus antiguos temas; pero una cuestión sí es cierta: Neruda supo dominar, como pocos, la llamada poesía pura, esa que los infecundos, los estériles de todas partes hubieran querido crear. Él ya venía de regreso del esteticismo purista: lo consideraba como una forma ingeniosa de deserción de los deberes éticos o como cobarde o mera insolidaridad humana ante cuanto ocurre.

La evolución poética de Neruda no la entienden ciertos poetas quienes gustan darse el nombre de malditos o demoniacos. Son quienes siguen regodeándose con lo que ellos llaman los *temas eternos e irrenunciables* de la poesía: la muerte y el sueño, el sexo y los recovecos del subconsciente.

La actitud estética estricta e irreprochablemente humana de Neruda, la juzgan con torpeza como antipoética los malos discípulos de Poe, Nerval, Rimbaud y Baudelaire: prefieren poetizar, con voluptuosidad sospechosa, en torno a los penumbrosos estados oníricos y a los indeterminados de la hipnagogia.

Si bien se observa, la poesía decadente e hipnagógica que cultivan los críticos antinerudianos, constituye a la postre una forma especial de poesía demagógica: la hacen con el subsuelo del alma, con los sótanos menos aireados de la subconsciencia, con una libido sin dirección precisa para azorar a jovencitos asténicos.

Pablo Neruda —en cambio— prefiere aquellos temas vitales que contribuyen al cumplimiento cabal del destino del hombre, porque él sabe que la historia de la humanidad es la de la ascensión a la dignidad y a la con-

ciencia de un número cada vez mayor de seres humanos. Y por saber esto, su poesía provoca en todo corazón alerta, una santa rebeldía: la que habrá de trocar a cada quien de esclavo en señor.

Por saber Pablo que vive inserto en la sociedad de la que pende y depende, a ella se debe y forja una poesía de convivencia, no de soledad.

Cuando escribe, tiene presente siempre a un numeroso e invisible grupo de interlocutores. Ese auditorio secreto, actúa en él y le ordena en cierto modo la trayectoria de su fuerza expresiva y el enlace íntimo y mágico de sus palabras. Neruda sabe que, aun cuando se lo propusiese, no es posible crear una poesía de soledad —o de solitarios— como pretenden algunos. Él no hace poesía enanoide ni onanoide.

Se engañan aquellos poetas elitistas y aristocratizantes en sus posturas herméticas cuando declaran teatralmente que sólo escriben para sí mismos o para ser leídos por una masonería críptica que les es afín. ¡Falso! *Todo angustioso empeño por encontrar una palabra exacta, es ya búsqueda de comunicación con alguien.*

Por eso no hay nada más opuesto a la obra actual de Neruda que aquella poesía fabricada en la penumbra de los rincones, después de un pornográfico manoseo del alma.

Neruda tiene bien resultado el problema de las relaciones entre él y su público. Testimonio del extenso diálogo creador que ha sabido entablar con su poesía, es la comida que ahora le damos. Porque Pablo Neruda es —como Shakespeare definía a los poetas— “un alma de mil almas” o, para decirlo de otro modo, un cantor de los anhelos sagrados del pueblo.

Para eso sirve el poeta. Tal es su misión intransferible —por ahora— en estos años genocidas, terribles y dolorosos.

Octavio Paz

Conocí a Octavio Paz hace siete decenios. Teníamos 18 años y hablábamos con cierto laconismo en la Prepa Chica. Luego estrechamos nuestra amistad en la Facultad de Filosofía y Letras cuando el plantel estaba instalado en el edificio construido por *Porfirito* —hijo del general Díaz—, sobre el terreno donde se derribó el claustro de Santa Teresa la Antigua, situado en la esquina de Guatemala y Licenciado Primo Verdad. Después nos seguimos viendo cuando nuestra facultad se trasladó a la vieja casona de Mascarones en la Rivera de San Cosme.

En el primer año de facultad estudiábamos no más de 20 alumnos: 15 en Letras y cinco en Filosofía, entre estos Manuel Cabrera, un joven Molina, muy ágil de mente, y yo. En los espacios entre clase y clase nos reuníamos a conversar, sentados en una escalera de dos brazos inconclusos, Octavio Paz y su novia Elena Garro, María Amerena y Raquel Vázquez, María mi novia y yo. No había entonces cafeterías en las facultades para hospedar las disputas académicas de los estudiantes. La curiosidad intelectual de Octavio era ostensible. Constituía un espectáculo humano cuando abordaba los viejos temas con nuevos ojos, no con los de quien pretende venir de regreso de todos los saberes. Octavio mantenía y mantiene fresca esa curiosidad, tal como la tenía de adolescente y como aconsejaba tenerla Platón hace 25 siglos.

Todos los días llegábamos a clases a las cuatro de la tarde, cogidos de la mano de nuestras respectivas novias: Octavio con Elena, cuya belleza y

porte rivalizaban tácitamente con los de María, mi elegante novia y cuyo encumbrado apellido no hace al caso mencionar ahora. Esa doble pareja de jóvenes enamorados duro los cuatro años que estudiamos en tan prestigiosa facultad y cuyos maestros en Letras o en Filosofía eran, entre otros, Julio Torri, Antonio Caso, el helenista Francisco de Paula Errasti, Ezequiel Chávez, Julio Jiménez Rueda, Eduardo Nicol, Pablo Martínez del Río, Luis Recasens Siches, el latinista Pablo González Casanova —padre de quien muchos años después fuera rector de la UNAM— Joaquín Xirau, atropellado por un tranvía minutos después de terminar su cátedra. Su hijo Ramón, heredó las virtudes intelectuales de su padre. Ese ambiente de auténtica curiosidad intelectual y de amor por el saber, fraguado en la incompleta escalera de la facultad, rodeó la segunda adolescencia de Octavio a lo largo de cuatro años. No es inútil recordar que a la refinada y distinguida Elena Garro la llamábamos *La dama de la facultad* porque ligábamos su aspecto al de la *Dama de la pantalla*, como se le decía entonces a Anne Harding, famosa estrella de cine. Octavio acabó casado con Elena. Yo contraí nupcias dos años después con Eugenia, que me dio cuatro hijos bien estructurados culturalmente, como su madre.

Al terminar nuestros estudios dejé de ver a Octavio porque se fue a trabajar con los indios mayas de Yucatán como maestro rural. Lo encontré nuevamente cuando tenía un puesto de inspector en la Comisión Nacional Bancaria. Su función consistía en autorizar, ante notario, la quema de billetes usados en exceso y declarados en consecuencia fuera del torrente circulatorio. Debían ser incinerados y Octavio certificaba el acto crematorio ante un notario.

Ese trabajo lo abandonó pronto porque logró salir del país pocos meses después como vicecónsul de nuestra Cancillería en San Francisco, California, donde asistió a la creación de las Naciones Unidas en mayo de 1945. Más tarde fue trasladado con la misma categoría a Nueva York, e ingresó después al Servicio Diplomático —ya en firme— con el rango de tercer secretario adscrito a nuestra embajada en París.

Poco antes, allá por 1936 y 1937 teníamos la costumbre de ir todas las tardes al Café París ubicado primero en Gante, en cuyo predio, baldío ya, se construyó el primer estacionamiento de automóviles de varios pisos en la Ciudad de México. El Café París se mudó después a la calle de 5 de Mayo, junto a la cantina La Ópera, con entrada también por Filomeno Mata.

Las tertulias de café constituyen a menudo una prolongación de los planteles de altos estudios; así los ve un sector minoritario de su clientela, el poseído de hábitos intelectuales. Esa minoría pensante era asidua al Café París de 5 de Mayo. La constituían Ermilo Abreu Gómez y Octavio Barreda, este último fundador y director de la revista *Letras de México* y años más tarde de la revista *El Hijo Pródigo*. Al cenáculo asistían también, puntuales, Octavio Paz y Andrés Henestrosa, Efraín Huerta y Antonio Acevedo Escobedo, León Felipe, el gran poeta español, y el jurista campechano Juan Pérez Abreu, Pepe Alvarado y Salvador Toscano, quien murió poco después en el Popocatepetl al estrellarse el avión que lo traía de Oaxaca a la Ciudad de México. Posteriormente ese grupo se enriqueció con la llegada de —los muy jóvenes entonces— José Luis Martínez, Alí Chumacero y Jorge González Durán, quienes formarían poco después el grupo Tierra Nueva con su respectivo órgano literario del mismo nombre, no sin incluir a Leopoldo Zea, entonces de habla monosilábica elocuente: apenas pronunciaba un *sí* o un *no*, sin énfasis alguno como lo subrayada con gracia Henestrosa.

¡Qué rara coincidencia se registró medio siglo después: los tres poseemos la Medalla Belisario Domínguez!

A esta tertulia concurría asimismo un formidable artista que pintaba frondosos árboles y bellísimos sabinos pero que nunca alcanzó el reconocimiento que merecía: vivía de un miserable salario prodigado por la Secretaría de Salubridad a cambio de que tan modesto artista —Abelardo Ávila se llamaba— colocara en la pechuga de los pollos —vendidos en el mercado Juárez— el sello que acreditara la buena salud de las aves. ¿Dónde estará ahora su obra?

Las certeras intervenciones de Octavio Paz en nuestra mesa obligaban a repensar temas que algunos de los contertulios creían ya haber resuelto.

Octavio nunca ofreció el rostro del apodíctico sino el del inquisitivo, del dubitativo que no viene de regreso de todo. Ello nos obligaba en esa época de feroz doctrinarismo o subrayado fanatismo ideológico, a superar el amor propio y revisar, de nueva cuenta, la validez doctrinaria de nuestros asertos.

Al principiar los cuarenta, el noble viejo Jesús Silva Herzog, funda la revista *Cuadernos Americanos*. Le entrega la secretaría de la nueva publicación al gran poeta español Juan Larrea harto inclinado al ocultismo orientalista. *Cuadernos Americanos* salió a luz en la etapa más cruenta de la Segunda Guerra Mundial y su primer número aparece unos meses antes de la declaración del estado de guerra existente entre México y el Eje nazi-fascista encabezado por Alemania e Italia y Japón después.

Desde los primeros números de *Cuadernos Americanos* se advirtió en sus páginas una caprichosa tesis *geografista*, según la cual la evolución cultural de nuestro planeta se venía desplazando de oriente a occidente, pasando por Europa, hasta llegar al Nuevo Mundo, donde parecía haberse instalado ya. Según la tesis de Juan Larrea, la sede cultural del mundo sería nuestro hemisferio. Los debates llenos de acrimonia sostenidos en el Café París frente al pensamiento de ese poeta español, condujo a trasladar nuestros encuentros intelectuales al Café Fornos de las calles de Bolívar. El grupo disidente lo encabezaban los dos Octavios —Paz y Barreda—, *los terranovos* y yo, así como el filósofo historicista español Eugenio Imaz, cuya habitual y contagiosa alegría la dejó colgada inexplicablemente con el suicidio a que apeló en un retrete de un hotel veracruzano.

La disidencia consistía en que nosotros sosteníamos que Europa no había perdido la sede cultural del mundo, ni que nuestro hemisferio —en especial Estados Unidos— sería el depositario de la herencia cultural ecuménica. Nosotros veíamos en esa postura de Larrea una actitud vergonzante filonorteamericana y, desde luego, escribí una carta a Larrea en la que refutaba tan inadmisibles tesis, epístola que publicó el noble director de *Cuadernos Americanos*, don Jesús Silva Herzog, no sin insertar también en el mismo número de la revista una caudalosa misiva de Larrea, tan extensa,

que contenía 10 cuartillas de respuesta por cada una de las seis que sumaba la mía.

Nunca olvidaré el apoyo entusiasta y cariñoso de la tertulia de Fornos, en especial las palabras de adhesión de Paz. En realidad, fui aquella vez un poco el exégeta del grupo.

El pensamiento disidente frente al orden político que prevalecía entonces, movió a Octavio a dar apoyo en 1943 —junto con muchos mexicanos distinguidos— a tres candidaturas a diputados por el Distrito Federal, postulados por la opositora Liga de Acción Política presidida por Narciso Bassols: la candidatura de éste, la de Víctor Manuel Villaseñor y la mía.

Ganamos las elecciones pero no entramos al Congreso. Paz sintió como suya la derrota, lo mismo quienes nos apoyaron, entre los cuales se hallaban los escritores Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, Agustín Yáñez, José Revueltas, Ermilo Abreu Gómez y Luis Cardoza y Aragón; los pintores Miguel Covarrubias y Leopoldo Méndez; el músico Carlos Chávez; el museólogo Fernando Gamboa; el escultor Luis Ortiz Monasterio y el fotógrafo —ahora centenario— Manuel Álvarez Bravo. Todos ellos gozaban de prestigio internacional. Paz secundó nuestras candidaturas a pesar de ser alérgico a toda actividad política, más aún la electoral.

Hacia fines de los años cuarenta del siglo que acaba de concluir, apareció una revista literaria que dirigía Wilberto Cantón y la codirigían Luis Echeverría y Fedro Guillén. Se llamaba *La Espiga*. Una tarde me buscó Wilberto para pedirme una entrevista. Entre las preguntas que me hizo se hallaba ésta: “¿Quién, a su juicio, ocuparía el lugar de Alfonso Reyes —cuando éste muriera— como el humanista más destacado del país?”. En forma automática respondí que ese sitio vacante sería ocupado por Octavio Paz sin disputa alguna. Tan fácil vaticinio se ha cumplido de modo cabal. Ello no causó enojo a mi fraternal amigo y excelente escritor Fernando Benítez.

Prosista impecable y ensayista escrutador de muchas de las formas de la realidad cultural de nuestro país, Octavio Paz es también un poeta. Acaso sea un aséptico y frígido poeta, cuyas creaciones no están destinadas a ser memorizadas por grandes multitudes. Shakespeare decía que “un poeta es

un alma de mil almas" justo por ser un vocero de la intimidad sentimental de sus coetáneos y de quienes están por venir.

La poesía de Octavio Paz es probable que no sea recordada con facilidad y repetida por grandes masas pues no es masiva o, si se prefiere, *masificable*, sino que está destinada a interlocutores con altas dosis de alfabetización. Diríase, en forma no peyorativa, que el destinatario de las creaciones poéticas de Paz es el exquisito. El no vulgar. Pero esto paga un alto precio consistente en que la poesía de Octavio sea ajena a las querellas cotidianas de un pueblo que carece de todo.

No obstante, y gracias a los medios comunicativos como es la televisión, la amplísima divulgación que ha logrado obtener por ese medio la gran figura de Octavio Paz, no tiene precedentes en la historia de nuestras letras. No hay televidente que no sepa quién es Octavio Paz. Pero no sabe de memoria ninguno de los fragmentos de sus altas creaciones poéticas. Este compatriota nuestro, cuya amistad personal es por cierto envidiable, no es *un alma de mil almas*, como quería Shakespeare que fueran los poetas.

Mucho antes de la televisión y la radio hubieron cuatro poetas que calaron muy hondo en el sentimiento popular, cuando México merodeaba entre los 15 y los 20 millones de habitantes: Amado Nervo, el nayarita y Ramón López Velarde, el zacatecano, Manuel José Othón, el potosino y Salvador Díaz Mirón, el veracruzano. Se podría fraguar la hipótesis de que si los modernos medios masivos de comunicación hubiesen existido entonces, habrían difundido las creaciones literarias de esos cuatro poetas y es probable que esas hubieran sido repetidas con emoción respetuosa por nuestro pueblo. Atrás de todo esto, ya se sabe, se halla la vieja polémica sostenida entre artepuristas y moralistas; es decir, entre nietzscheanos e ibsenianos, entre eticistas y esteticistas.

Hace más de 50 años conozco a Octavio Paz. Somos amigos. Lo admiro y aprecio. Mejor aún: lo quiero, y por eso escribo esta semblanza de él. Pero, *Amicus Plato, sed magis amica veritas*.

Nada me agradaría más que Octavio Paz, el director de *Vuelta*, obtenga el Premio Nobel por su gigantesca obra intelectual y por ser un mexicano,

precedido de la apertura democrática que tanto exige él en el campo de nuestra vida política. Esto lo escribí hace 10 años, en 1984.

Con Paz y otros amigos nos reuníamos por aquellos años los domingos en el Sanborns de Madero y después de nuestras inacabables discusiones nos íbamos al mercado de La Lagunilla a buscar y comprar libros y revistas viejos. Ahí encontrábamos, todavía muy baratas, verdaderas joyas bibliográficas, y algunos pudimos integrar nuestras colecciones incompletas de revistas del siglo pasado y de principios del presente. No pocas veces, después de nuestras compras, comíamos en la taquería de las calles de Dolores, ubicada en el minúsculo Barrio Chino de la ciudad. Nuestro menú era espléndido: tacos de barbacoa y espinazo de cabrito, acompañado de gigantescos tarros de cerveza de barril. Allí íbamos sólo Octavio Paz, Andrés Henestrosa, José Luis Martínez, Alí Chumacero y yo.

Algunas veces surgieron, provocativos y rijosos clientes, cuyo analfabetismo chocaba con la temática de nuestras conversaciones; pero Andrés y yo solíamos ponerlos en su lugar. A propósito de esto, nunca podré olvidar dos episodios violentos.

Uno ocurrió en Cuernavaca; Paz golpeó en el rostro a Neruda delante de los invitados en un restaurante de ese lugar, entre los cuales yo estaba. Pretendieron defender al poeta chileno dos tipos y agredir a Octavio, intento que impedí, al propinar un enérgico *jab* a cada uno.

El otro episodio violento tuvo lugar allá por los cuarenta de nuestra centuria durante una cena en la casa de un matrimonio antifranquista, poseedor de más de 10 títulos nobiliarios. Ambos —nobles como eran— se convirtieron al comunismo y lo formaban Constancia de la Mora y el general José Ignacio Hidalgo de Cisneros. Vivían en un elegante departamento ubicado en la avenida Melchor Ocampo. El invitado de honor era Pablo Neruda, poeta al que admiraba Octavio pero cuya ideología desdeñaba hasta haber llegado a la ruptura, como antes dije.

En medio del salón residencial de Constancia y de José Ignacio, tomaba yo del brazo a Neruda y conversábamos de pie con animación. De pronto, se acercó un energúmeno para reclamarme lo siguiente: “¿Cómo puede

usted ser amigo de Pablo y al mismo tiempo de Paz?”, a lo que conteste: “No lo conozco a usted, pero mire”: lo cogí de las solapas con la mano izquierda y con la derecha le di un golpe con el puño bien cerrado. El intruso fue dando pasos para atrás hasta caer en el fondo del salón en las piernas de Conchita Mantecón y de Carmela Roces que estaban sentadas. Ello recordaba los pleitos en los filmes de vaqueros donde actuaba Tom Mix.

Ante semejante escena, Pablo Neruda me dijo: “¡No se qué admirar más, si la lealtad a tus amigos o la fuerza de tu puño!” No pasó a mayores el incidente, pues casi todos los concurrentes eran mis amigos y las señoras que, sorprendidas, recibieron en sus piernas, a ese lamentable bulto humano, eran la esposa de José Ignacio Mantecón —que ayudó a poner en orden nuestros archivos históricos— y Carmela Roces, esposa de Wenceslao, profesor alerno de Unamuno en la cátedra de Filosofía Moral, impartida por ambos en la Universidad de Salamanca. Roces, por su lado, tradujo al español, por primera vez, *El Capital* de Carlos Marx, publicado por el Fondo de Cultura Económica. Mantecón y Roces —se entiende— eran trasterrados españoles.

Me topé con Octavio en 1951 en Ginebra. Paz asistía al encuentro anual que tenían en distintas ciudades europeas cada verano los más eminentes intelectuales de ese continente. Brillante y creador como era Octavio, sin embargo todavía no se había consagrado universalmente y sólo fue invitado a ese encuentro en calidad de observador.

Entre algunos de los asistentes a esa cumbre se hallaban: Martin Heidegger, Jules Romains, Jean-Paul Sartre, Roger Garaudy, José Ortega y Gasset y muchos otros más. Yo era miembro de la delegación mexicana acreditada en Ginebra ante el Consejo Económico y Social (Ecosoc) de las Naciones Unidas, pues me había comisionado la Nacional Financiera a la Secretaría de Relaciones para tal efecto.

El entonces senador Adolfo López Mateos suplía como presidente de nuestra representación al maestro Pedro de Alba por haber sido llamado éste a México. La delegación mexicana estaba integrada por Raúl Ortiz Mena, Rubén González Sosa, Emilio Calderón Puig y yo.

Una noche nuestra delegación ofreció una recepción a las otras 17 integrantes de Ecosoc. El presidente de la nuestra —el senador Adolfo López Mateos— pidió a los representantes mexicanos recibir a los invitados, junto con nuestras respectivas esposas. Así lo hicimos. Por desgracia para mí ese mismo día y a esa misma hora tocaba su intervención a José Ortega y Gasset en el encuentro de esos geniales europeos. Yo quería escuchar a don José, y como no pude asistir, a Pepe Herrera Petere —refugiado español en México y también traductor durante los veranos en las Agencias Auxiliares de la ONU radicadas en Ginebra—, debo haber podido conversar gran parte de una mañana con el filósofo español en el Hotel Du Rhone ubicado a orillas del lago Lemán. Ya habrá ocasión para fraguar una reseña compendiosa de tal entrevista.

Asistente como observador a tan destacado encuentro, Octavio ya tenía gran vinculación con varias personalidades allí reunidas. Una de ellas era el gran poeta francés Paul Eluard, quien más tarde obtuvo el Premio Nobel y con el cual comimos unas semanas después en París, junto con David Alfaro Siqueiros.

Octavio radicaba en la Ciudad Luz y era tercer secretario en nuestra misión, a cuyo cargo se hallaba el embajador Federico Jiménez O’Farril. La ruta ascendente de Octavio no se detuvo, y años más tarde se desempeñó como director del Servicio Diplomático con rango de ministro consejero y después como embajador con sede en la India.

De regreso de Ginebra a la Ciudad Luz, convencí a Octavio *rompiera el hielo* con Siqueiros y, sin ningún rencor de uno y otro, almorzamos juntos en un extravagante y alargado restaurante parisino, cuyo menú estaba dibujado en la angosta pared final de tan largo salón. A los clientes no se les daba carta alguna, sino unos anteojos de largavista para leer desde su respectiva mesa el menú inscrito en la pared. Comimos y bebimos con tanta abundancia como con cordialidad. El tema recurrente abordado fue México, su pasado y su futuro, que siempre obsesionó a Octavio y que lo manejaba, no con tono apodíctico sino dubitativo, estilo de pensar y hablar que complacía a Paul Eluard, invitado por Octavio a comer con nosotros.

El dogmatismo vigoroso o, si se prefiere, candoroso, con que David sostenía su ideario, parecía ablandarse con el género interrogativo o socrático empleado por nuestro poeta en su charla. Fue aquella una gran tarde en que la plática fungió de eficaz *alka-seltzer* para digerir tan abundante comelitona.

MARIE JOSÉ

Encontré a Octavio un decenio después en Nueva Delhi. Fue cuando llegué a la India como miembro de la comitiva que acompañaba al presidente López Mateos en su gira por esa región del mundo, en atención a las invitaciones que le hicieron el presidente Makapagal de Filipinas; Sri Nehru, primer ministro de la India; el emperador Hiroito de Japón y el presidente Sukarno de Indonesia.

En los días que estuvimos en la India conviví con Paz, quien ya ostentaba el cargo de embajador de México en ese país. Su cancillería y domicilio privado estaban instalados en un hotel que no correspondía por cierto al rango que México tenía ya entre los países agrupados en la ONU. El presidente López Mateos así lo advirtió y dispuso lo procedente para que la embajada tuviese su residencia propia, modesta pero digna.

No olvidaré la confidencia que Octavio me hizo en aquel viaje, roto ya todo el ligamen que lo había atado a Elena Garro. Estaba enamorado perdidamente de la esposa del agregado militar, adscrito a la embajada de Francia en Nueva Delhi. Me confió Octavio que también su amor era correspondido por completo y que ello creaba un problema potencial que habría de estallar más pronto que tarde. Por fortuna, según lo supe meses después en México por amigos comunes, el conflicto no llegó a mayores consecuencias, toda vez que el discreto agregado militar francés optó por pedir a su gobierno su retiro de Nueva Delhi, que logró sin ser acompañado de su antigua esposa.

El Octavio adolescente que conocí en la Prepa Chica y el Octavio post-adolescente que tanto traté en la Facultad de Filosofía, compensó el déficit

amoroso que le dejó la separación de Elena con la simpatiquísima y comprensiva Marie José, quien mucho alentó la creatividad intelectual de Octavio y le dio una felicidad creciente durante siete lustros, hasta la muerte de ese gran pensador que era nuestro compatriota.

Los sucesos sangrientos provocados por el movimiento estudiantil de 1968 condujeron a Paz a renunciar a la embajada y se reintegró de lleno a su actividad intelectual y creadora. Con intervalos largos de varios meses, Octavio acabó por residir en México. No ostentaba cargo oficial alguno. Ello le dio, sin inhibición ni coacción directa o lateral, la libertad a su palabra, la que siempre había venido buscando y por la que siempre luchó.

Estos últimos cinco lustros han sido no sólo de intensa creatividad sino de proficua cosecha. La falta de atadura o de ligamen directo u oblicuo con el Estado, le han dado a Octavio la fecunda espontaneidad a su obra estética, tanto en la poesía como en el ensayo. También en el análisis político.

Como pocos de los grandes escritores de nuestro tiempo, Paz se ha liberado también de esa presión invisible, y a veces visible, del hiperdoctrinario de izquierda quien siempre cree, con penosa ingenuidad, que trae en sus manos la fórmula salvadora del género humano con su mera aplicación filosofante y dogmática. Y esto lo digo reconociendo que Paz fue el primer filocomunista que denunció la impostura coercitiva del estalinismo desde fines de los treinta.

Por eso Octavio ha tenido que enfrentarse, con entereza, a uno de los problemas más angustioso de nuestros tiempos: el de la falta de tolerancia frente a la opinión ajena.

Diríase que cada quien circula por allí como supuesta cabeza pensante, pretendiendo tener en el puño —muchas veces el izquierdo— la esencia misma de la verdad. Cualquier heterodoxia frente a ese contenido se convierte en crimen gracias a la automática condena del nuevo inquisidor. Por supuesto que tan zoológica actitud no es exclusiva del beato de la extrema izquierda: la comparte alícuotamente el cavernario de la extrema derecha, quien ante la más tímida exigencia de justicia distributiva prefiere la fácil acusación de *criptocomunista* a quien tal cosa postula.

La libertad intelectual es acaso el signo más distintivo del hombre y a menudo él mismo se encarcela cuando adopta con empecinamiento —en especial si es joven— una ideología en apariencia redentora de todo cuanto aflige y ha aquejado a la humanidad por centurias y milenios. La ideología deviene así muralla de prisión o de convento intraspasable, so pena de incurrir en defección o apostasía. Atrás de ese conflicto se advierte la diferencia esencial que hay entre el ideólogo dogmático y el verdadero intelectual, como es Paz.

Haré una digresión sobre tal diferencia, que a Paz le interesaba tanto establecer. Ella consiste en que el primero intenta explicar una realidad vasta y compleja mediante su propia y esquemática ideología, el punto de que todo cuanto no quepa en ella es para él mera fantasía, aunque la realidad esté presente y asediante, de bulto y golpeándole la nariz. Sí: el hiperideólogo niega todo cuanto no le gusta, en lugar de intentar explicárselo. Lo único válido para él es su esquema, el estrecho tramado de la retícula de su doctrina a través de la cual justifica, de manera casi religiosa, su motivación existencial tal como si fuese un evangelio impoluto o un catecismo dogmático intocable. Desde el punto de vista moral podría ser válido en algunos casos, pero no desde el intelectual. Pienso, entre otros, en Valentín Campa, un sublime equivocado.

Por allí también pululan los hotentotes de la extrema derecha. Son eso: meros hotentotes. No piensan, sólo blasfeman. Y su falta de hábitos intelectuales y su ceguera mental los conduce a ver moros con hoces y martillos en todas partes. Se trata de un síndrome siquiátrico de manía persecutoria. No se trata, por supuesto, del conservador civilizado e ilustrado, tan útil dentro de toda comunidad.

En el espacio central que en ese debate dejan unos y otros —ajenos a toda vocación de razonar—, se halla el intelectual no comprometido con ninguna ideología sino con esta tetralogía concreta: la búsqueda de la verdad; la entrega a la creatividad estética; la lucha tenaz por la justicia distributiva; y el afianzamiento de la identidad nacional.

Si no es un cosmopolita apátrida es un patriota provisto de conciencia internacional, y el único compromiso que debe tener —si deveras es intelectual o poeta pura sangre, como la de los caballos de carreras—, es el que lo ate de modo indisoluble a su patria. Quiera o no, de ella pende y depende y, si la desconoce, acaba por descartarse. Es decir, el único ismo capaz de dar legitimidad al orgullo de un intelectual o poeta de casta, es su patriotismo.

La razón es bien sencilla: el que lucha por su patria, sobre todo si ésta es débil, nunca se equivoca. En cambio, puede sufrir un espejismo quien combate por otras patrias al creer que así ayuda a salvar a la suya: a fin de cuentas advertirá que está engordando caldos ajenos, cuando el caldo mexicano es y ha sido muy delgado.

Todo lo anterior es propósito del penoso espectáculo que dieron algunas corrientes de la llamada izquierda mexicana al practicar de manera simbólica la antropofagia con el cuerpo de Octavio Paz, un mexicano provisto de nombre universal conquistado a la buena, cuyo delito no fue sino decir lo que sabíamos todos: que la lucha Este-Oeste había sido trasladada a nuestro hemisferio desde hace más de tres decenios por Fidel Castro.

Paz, sin duda el pensador más conocido por la mayoría universitaria de cualquier parte del mundo, no dijo en su discurso pronunciado en Frankfurt hace años nada distinto de lo que se consigna en el articulado del anteproyecto del Acta de Contadora: que había instructores comunistas extranacionales dando asistencia militar al gobierno nicaragüense, del mismo modo que en los países limítrofes a Nicaragua había bases militares con pertrechos, soldados y marinos norteamericanos en número creciente.

Que Octavio no haya sido lo suficientemente enfático para destacar lo segundo frente a lo primero, no lo convierte en reo de entreguismo antipatriótico ni de yancofilia a ultranza, aunque a menudo se le haya acercado a Paz el ex embajador Gavin para ser fotografiado junto con el poeta. ¡Mañoso el señor Gavin! ¡Ya quisiera ser las suelas de los zapatos de nuestro ilustre compatriota!

No es de temer que alcancen el poder los grupos que incendiaron la efigie de Octavio Paz durante una demagógica manifestación en las calles de la Ciudad de México. Ello no será posible, porque el antídoto contra el comunismo en México no lo representa el garrote policiaco, ni la bala terrorista de derecha, ni la cárcel liberticida, ni el silenciamiento de la fluida circulación de las ideas en la prensa y en el libro, la radio y la televisión así como en la plaza pública.

A escala nacional, el contraveneno más eficaz contra el comunismo consiste en convertir en activos compradores —en una economía de mercado—, a las clases asalariadas más débiles en lo económico, lo social y lo cultural. Pero ello, no en forma retórica o confinada a lo verbal, sino reflejada en hechos tangibles que el pueblo registre todos los días con el talento concreto y pragmático que posee. Ya lo sabemos: las palabras no son vitaminosas y carecen de proteínas.

A escala universal, el mejor antídoto contra el comunismo consistiría en que Estados Unidos tomara, desde luego, la bandera del desarme general y completo y el estandarte de la organización de la paz a fin de canalizar, hacia el fomento del desarrollo de los países atrasados, los recursos financieros crecientes gastados en armamentismo.

Este año Estados Unidos erogará más de 300 mil millones de dólares y la Unión Soviética y las otras potencias alrededor de 500 mil millones de dólares. Pero como el valiente Gorbachov, provisto de un alfiler verbal, desinfló el globo del comunismo dictatorial porque hacia inoperantes las instituciones marxistas —declaración que impidió sacrificar a una cuarta generación con el subconsumo y el liberticidio—, la guerra Este-Oeste se extinguió, como le hubiese sucedido a nuestro planeta, al igual que una pompa de jabón en el espacio si hubiera estallado la Tercera Guerra Mundial, esta vez atómica.

Norteamérica puede adquirir una grandeza histórica insospechada si se pone a la cabeza de la lucha mundial por el desarme general y dirige el club de los países ricos para emprender una enérgica promoción financiera destinada al desarrollo de los pueblos pobres del mundo al poner a dispo-

sición de éstos —desde luego el extraordinario acervo científico y tecnológico que ha logrado—, los fabulosos bienes de consumo que almacena y los colosales recursos financieros de que dispone para invertirlos en el desarrollo de los países pobres a efecto de extinguir la maldita plaga del desempleo.

Por supuesto que un compromiso paralelo —cumplido en forma honorable— deberían seguirlo las otras potencias industrializadas fabricantes también de armamento. La propia ex URSS se había comprometido a ello, cuando declaró Gorbachov la inoperabilidad del *panestatismo* económico y antidemocrático para generar abundancia de satisfactores materiales y culturales. Estos recursos podrían destinarse a impulsar la modernización de muchos pueblos del mundo que todavía son nuestros contemporáneos primitivos. Sólo así se extinguiría la pobreza, tan antiétnica como antiestética, tan fea como inmoral. Pero sobre todo tan antitécnica desde el punto de vista económico: si no hay inversión de dinero fresco para multiplicar los empleos, no acudirían compradores al mercado que reciclen los efectos de la inversión productiva y reduzcan el 85 por ciento de la población mundial que vive en la pobreza.

Urge probar que Talleyrand no tenía razón cuando dijo, en escandaloso lenguaje belicista, que “las bayonetas no se hicieron para sentarse en ellas”. Por eso el dilema actual consiste en algo bien simple: O destruimos las bayonetas nucleares, o éstas destruyen a la especie humana.

Parece haberse llegado a una etapa histórica en que lo utópico no es la paz si no la guerra: ésta dejaría sin sitio, sin lugar, sin *topos* a la humanidad.

Y hasta donde nos consta, es la humanidad el único ser viviente cognoscitivo del Universo. Es la autoconciencia de todo lo existente, porque sabe —a través de los ahora más de 6 mil millones de habitantes que pueblan nuestra morada— que el mundo existe. Si todos nosotros desapareciéramos, nadie se enteraría que el planeta Tierra estalló en el espacio, ni se sabría nada de nada e iríamos del Cosmos al Caos griegos.

Si hubiesen entrado la ex URSS y Estados Unidos a esta incruenta competencia deportiva, impregnada de humanismo —acaso menos utópica

que la misma guerra atómica—, cada pueblo pobre del mundo habría percibido cuál de los dos sistemas poseía mayor eficacia productiva y reproductiva destinada a satisfacer las siempre aplazadas necesidades de los pueblos, tanto las materiales como las culturales.

Este haz de ideas constituían los temas básicos que daban calor a mi amistad con Octavio.

He aquí una digresión ligada oblicuamente a Octavio Paz.

Cofundador como fui en 1944 del Instituto Mexicano Ruso de Relaciones Culturales junto con Alfonso Reyes, Manuel Sandoval Vallarta, Ricardo J. Zevada, Eduardo Villaseñor, Luis Chávez Orozco y otros mexicanos destacados en el campo de la ciencia y de las humanidades, el presidente Díaz Ordaz me designó 20 años después embajador de México en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Estuve más de dos años en ese país.

Mi llegada a la URSS iba presidida de un afán inequívoco de que fuese cierto todo cuanto había yo leído desde muy joven en torno a los cambios fundamentales socioeconómicos y culturales realizados por la Unión Soviética. No me precipité para juzgar con adversidad cuanto iba observando aunque esto se apartaba de los sueños ideológicos de mi juventud. Pero cada día transcurrido, me ofrecía una versión contraria a cuanto esperaba ver.

Lo que más me impresionó fue que una revolución tan profunda como la iniciada por Lenin en 1917 no hubiese sido capaz de crear un nuevo tipo de hombre, digamos el *homo soviéticus* que reflejara en su conducta diaria el hondo sentido de solidaridad humanista preconizado por la ética socialista de Marx. Las virtudes del pueblo ruso —como del pueblo mexicano y las del pueblo español, provistas de calor humano—, no son atribuibles al indocctrinamiento marxista sino al modo de ser colectivo de un pueblo, como el eslavo, las que no han podido cambiar a pesar de que el Estado controló el conjunto de medios e instrumentos, aptos para formar, conformar y reformar el modo de ser de un pueblo. A pesar de ello no se alteró lo que algunos escritores llaman el alma rusa.

A mi regreso a México en 1967 traía rota la ilusión de todo cuanto significaba para mí la Unión Soviética en el mundo contemporáneo. Sentí que debía mantener un discreto silencio en relación con mis experiencias en ese país y no deseaba ni deseo coincidir con escritores de no pocos países, cuyo oficio, cada vez más rentable, consiste en propagar un anticomunismo profesional.

Sin embargo, no creo incurrir en una infracción al buen gusto si digo lo que afirmé hace 30 años a mis cercanos amigos de izquierda —jóvenes o maduros— que *la Unión Soviética no constituía una esperanza para la humanidad*.

Tal afirmación la hice coincidiendo con Octavio Paz en la evolución de su pensamiento político, después de cuatro lustros de haberlo dicho él con intrepidez ante la furia cainita de sus detractores. Por ello condeno con la mayor vehemencia la actitud sectaria de algunas corrientes de aquí y fuera que denostan a Octavio Paz por su desestima a la URSS.

Y por ello anticipo ahora algo de lo dicho por Paz en la comida que me ofreció el afectuoso Carlos Abedrop por haber discernido a mi favor la Asamblea de Representantes del Distrito Federal la Medalla al Mérito Ciudadano entregada en Los Pinos por el entonces jefe del Estado, Salinas de Gortari.

En lo conducente, dijo así Paz en la coyuntura citada:

...Ninguno de nuestros Jefes de Misión enviados a la Unión Soviética desde que en 1925 se estableció la relación bilateral entre ambos países, había expresado —al regresar a México— la verdad del *socialismo real* y su respectiva decepción acerca del mal funcionamiento de las instituciones soviéticas. Que sólo yo había expresado mi desencanto sin ambigüedades ni temor de enfrentarme a la iracundia de una izquierda dogmática y violenta.

Un diferendo surgido entre Octavio y yo en México —su naturaleza no hace al caso aclarar— provocó un aislamiento de varios años. Fue lamentable. Pero la concordia renació entre nosotros, a causa de una invitación hecha por el finísimo Juan José Bremer para cenar con su esposa Anita

en su casa de la plaza coyoacanense La Conchita, junto con Marie José y Octavio. Pedí a Juan disculparme, ya que había un penoso distanciamiento entre Octavio y yo. Mi presunto anfitrión respondió que lo sabía, pues el propio Octavio se lo había dicho, no sin pedirle a Juan nos reuniera. Ante ello, acepté gustoso y fui con mi esposa a la residencia de los Bremer. Asistieron los Moya y los Muñoz Ledo, los Cuevas y algunos matrimonios más que no recuerdo.

Comimos y bebimos más que en aquel alargado restaurante cercano a la Sorbona. Sólo que en el hogar de los Bremer nos amanecimos. Abusé de la palabra con sentido festival y tal vehemencia al expresar mis tesis y teorías, que en varias ocasiones Octavio dijo a mi esposa, cogiéndola del brazo: “Exige a Pepe que escriba todo lo que está diciendo para que no se pierda en una plática”, e insistía: “¡Exígeselo!”

Eso habrá ocurrido hace más de un cuarto de siglo y desde entonces Octavio y yo nos veíamos con relativa frecuencia en mi casa de Santa Catarina, en cuya plaza caminamos muchas noches para bajar la cena, tal como hicimos 20 años antes al conversar en la parte trasera del Palacio Nacional, donde el presidente Calles ordenó construir el edificio de la Contraloría de la Federación. Pero quedaban todavía restos del Jardín Botánico que mandó sembrar Maximiliano en los años sesenta del siglo pasado en ese sitio, peripatéticamente, Octavio y yo discutíamos —con calor pero con buena fe—, las ideas y opiniones de uno y otro en torno a las distintas formas de la realidad nacional y universal.

En ocasiones posteriores nos reuníamos con amigos. Por ejemplo en la escultórica mansión de Abraham Zabludovsky —uno de los mejores arquitectos del presente— en cuyos espaciosos salones se sirvió una cena a Juan Rulfo por el homenaje que el director de Bellas Artes —Juan José Bremer— había organizado al escritor jalisciense.

Varias mesas de ocho personas estaban dispuestas para alojar a los invitados, en una de las cuales se veían —juntas— las tarjetas con los nombres del director del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) —Bremer— y el de Paz. En uno más se hallaba mi nombre. Pude advertir así el contrariado

rostro de Octavio, quien tomó su tarjeta con la mano y se sentó en otra mesa. Juan me explicó después que Octavio se hallaba molesto con él —con Juan— porque en la serie de homenajes a creadores ilustres que venía organizando el INBA, Rulfo fue el primero en recibirlo. ¡Pasioncillas menores que solía abrigar el corazón de Paz!; ¡el Gigante!

En otra ocasión fuimos invitados de Olga y Rufino Tamayo por celebrar éste sus 80 años. Tanto Marie José y Octavio como otras personas y yo, cantamos viejas canciones oaxaqueñas, no sin destacarse —ya entonces— la voz atiplada y senil de Rufino Tamayo, quien si aún viviera ajustaría el centenario.

Cuando Octavio cumplió siete decenios de proficua vida, conversamos sabroso. Transpiraba felicidad por todos los poros de su piel, acaso abrigaba la seguridad de su creciente grandeza, reconocida al fin a escala universal. No había recibido todavía el Premio Nobel. Fue aquel día preciso en que habría de ser Octavio objeto de un homenaje multitudinario, promovido por el presidente De la Madrid al “Orgullo de México” como calificaba desde entonces a Octavio ese mandatario. El único orador en tal evento fue Carlos Fuentes, cuya apología y análisis de la obra paceana la escribió y leyó con notable perfección.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Viejo estudioso del Siglo de Oro de las letras españolas y conocedor de nuestras letras clásicas, la figura de Sor Juana la escrutó Octavio a fondo durante años hasta producir su obra maestra en este campo. Los elogios prodigados con justeza y justicia no los opacó una furiosa embestida lanzada en su contra.

A propósito del ataque sin precedente lanzado contra Octavio Paz por el más alto prelado de la Iglesia —el cardenal Rivera—, en relación con la fascinante e inquietante figura máxima de las letras novohispanas —Juana Ramírez de Asbaje— se creó un cálido ambiente verbal en nuestro mundo intelectual reflejado en la prensa durante varias semanas a fines de los

años ochenta y primeros noventa del pasado siglo XX. Conviene precisar algunos de los puntos de la controversia.

Octavio Paz fraguó una décima que desagradó a un sacerdote cuyo nombre no hace al caso mencionar. Éste, doctor en Derecho, canónigo del Colegio Piolatino de Roma, fue calificado por Paz como un “buey con diploma”, a lo que el propio canónigo respondió que “Paz era un feligrés de su rastro, junto con otros bueyes”.

Sin tono moralista Octavio había aludido al lesbianismo de Sor Juana como lo habían hecho desde hace mucho tiempo expertos en crítica literaria de éste y del otro lado del Atlántico; el más sobresaliente de éstos, es sin duda el filósofo y siquiatra alemán Ludwig Pfandl, uno de los cuatro o cinco discípulos más cercanos de Freud. Nació en 1884 en una familia judía y el nazismo los llevó a avecindarse en España en 1933.

Sabedor de que el método psicoanalítico es muy eficaz como instrumento auxiliar de la crítica literaria y profundo hispanista como era Pfandl, se lanzó sin reposo a estudiar la obra de nuestra monja jerónima. Lector incansable de los clásicos españoles del Siglo de Oro, estudió a Santa Teresa de Jesús y pudo reconstruir el marco histórico que le tocó vivir a Sor Juana y las relaciones personales que tuvo la genial poeta, nacida en 1651 de padres españoles en San Miguel Nepantla.

Octavio Paz recuerda que Sor Juana tenía tez blanca con un par de ojos negros que reflejaban su portentosa inteligencia. Estudia las primeras letras y a los tres años ya sabía leer y escribir, al punto de suplir en la cátedra a su misma maestra con notoria ventaja e ir aprobando los grados siguientes gracias a la curiosidad intelectual que tenía por todas las materias académicas.

A los ocho años sus padres la encargan con algunos parientes en la Ciudad de México, donde prosiguió sus estudios en el convento de San Jerónimo. Cumple 13 años y su fama de erudita se va extendiendo en diversos ámbitos de la capital de la Nueva España.

Su celebridad llega a tal punto, que incluso es invitada a vivir en la corte del Palacio Virreinal por el recién llegado Antonio Sebastián de Toledo, el

nuevo virrey marqués de Mancera y su esposa. Gobernaron nueve años, de 1664 a 1673. Durante ese lapso Juana Inés llega a la pubertad y se hace una joven en exceso atractiva, tanto por su figura como por su talento deslumbrante. Se convierte en la favorita de la Virreina y le escribe muchos poemas a la hermosa Laura, impregnados de erotismo, los que habría de escudriñar siglos más tarde Pfandl con la lupa del psicoanálisis.

Durante los 44 años que vivió Sor Juana, seis virreyes gobernaron la Nueva España, tres de cuyas esposas le asignaron el papel de favorita de la Corte: nueve años con la ya citada marquesa de Mancera; seis años con la condesa de Paredes, consorte del virrey Tomás Antonio de la Cerda y Aragón, conde de Paredes, quien ejerció el poder de 1680 a 1686; y sólo cuatro años con la condesa de Gálvez —la Divina Lysi, como la llamaba Sor Juana en sus poemas—, esposa del virrey Gaspar Sandoval y Mendoza, conde de Gálvez quien rigió a la Nueva España de 1688 a 1696.

Sor Juana no vivió en el Palacio los seis años de ese virreinato porque en 1692 azotó a la Ciudad de México toda suerte de calamidades. Sus tres gozosas estancias en la corte, no se prolongaron los 26 años que sumaron los tres virreinos citados sino que se redujeron a 22.

Por ello cambió en forma radical la vida de Sor Juana. Abandonó las comodidades de Palacio, y actuó como auxiliar de las monjas del Convento de San Jerónimo, víctimas también de la peste y del hambre. Sor Juana entendió que su misión consistía en torturarse y destrozarse con el látigo la espalda y el cuerpo entero hasta morir —como lo hacían las monjas de su cofradía— lo que ocurrió en 1693 cuando Sor Juana ajustaba los 44 años. Decidida y con recio carácter, trocó el placer por el dolor.

Para la Iglesia no fue prudente sacar a luz tan escabroso tema por Octavio Paz, sin embargo el lesbianismo de Sor Juana en nada demerita la altísima calidad de su poesía.

Otra vez platicué con Octavio cuando participamos en una mesa redonda, difundida por Televisa donde se trataría el tema de la Ciudad de México desde la precolonia hasta el presente. Cada uno de los seis invitados habría de exponer las distintas etapas y transformaciones que sufrió

la vieja Anáhuac hasta nuestros días. Se me reservó el tema de los cambios morfológicos de nuestra ciudad desde el siglo XVIII al XX. Acepté. Debía exponer el tema en sólo 15 minutos, ayudado de planos ilustrativos.

La última vez que vi a Octavio fue en abril de 1994 en la casa de Carlos Abedrop. Viejo partidario de mi candidatura a diputado por la oposición. Carlos me ofreció una comida por haber recibido en Los Pinos la Medalla al Mérito Ciudadano de manos del presidente Carlos Salinas, otorgada por la Asamblea de Representantes del Distrito Federal por cuanto hubiere yo hecho a favor de la ciudad capital; en especial por el plan autofinanciable de rescate histórico, arquitectónico y urbanístico del Centro Histórico de la Ciudad de México, propuesto por mí a la opinión pública capitalina en 1964, a la que desde entonces alerté para impedir la destrucción progresiva de su antiguo rostro colonial pero sin hacer obra de utilería ni de falsificación.

Al ágape asistieron Octavio Paz, José Rogelio Álvarez, Pepe Campillo, y su hijo José Ignacio, Carlos Slim, Manuel Senderos, Raúl Salinas Lozano, Jacobo Zabludovsky, Javier Moreno Valle junto con los doctores José Luis Ibarrola, Isaac Masri, Rodolfo Echeverría Ruiz, Pepe Carral, Adrián Lajous y mis hijos Renato, José y Gabriel.

La comida la organizó Carlos Abedrop en su casa y como anfitrión suplicó a Paz que actuase de maestro de ceremonias y que pidiera a cada uno de los asistentes relatar cómo me habían conocido. Así lo pidió Octavio a los comensales. Estos explicaron, en breves y afectuosas intervenciones, cómo se estableció nuestro primer contacto.

En su intervención, Octavio recordó nuestra condición de condiscípulos en la Prepa Chica y el trato cotidiano y fraternal que teníamos en la Facultad de Filosofía y Letras, no sin advertir su deseo de subrayar algo que a él parecía valioso y contrastante.

Después de ello, formuló Octavio un canto casi poético al significado de la amistad, vivencia tan profunda y cercana al amor. ¡Lástima que no se hayan grabado sus palabras ni tomado un video de esa comida generosamente ofrecida por Carlos Abedrop. También se habrían conservado los 24 discursos pronunciados en tan bien servida y hospitalaria mesa!

Octavio, sin embargo, olvidó algo que debo recordar ahora. En 1930, al volver don Jesús Silva Herzog de Moscú como representante nuestro en la URSS, dictó un breve ciclo de conferencias en la biblioteca de la Secretaría de la Unión Soviética. Fueron dichas con gran veracidad y debe andar por ahí algún ejemplar de la edición respectiva donde la URSS no queda muy bien parada.

La comida ofrecida por Carlos Abedrop tuvo lugar antes de radicar yo desde enero de 1995 en este paraíso selvático que es Coatepec, enclavado en plena y fértil sierra veracruzana.

CÉLEBRE DUELO

No es inadecuado recordar aquí cómo los rencores de familia a menudo se transmiten, muy cultivados, de generación en generación. Todo olvido del real o supuesto agravio sufrido por algunos de los pugnaces clanes familiares, hace recaer sobre el miembro olvidadizo un sentimiento de culpabilidad. Los demás creen que hay que refrendar —día a día— el rencor para que no se extinga.

Tal cosa viene a cuento porque durante el siglo XIX hubo un célebre duelo cuyos protagonistas fueron, el abuelo de Octavio —Irineo Paz— y Santiago Sierra, hermano del célebre don Justo, el educador.

El primero sostenía una candidatura presidencial del general Trinidad García de la Cadena como sucesor de Porfirio Díaz en su primer cuatrienio, y el segundo apoyaba la de Manuel González también para reemplazar a Díaz. El 25 de abril de 1880 Santiago Sierra publicó en su periódico *La Libertad* un artículo titulado “Un miserable que se llama Irineo Paz”.

Hombres de pluma ambos, también lo eran de pistola. Y dirimieron la diferencia de sus criterios políticos al batirse en duelo. Éste lo concertaron los padrinos mediante la siguiente fórmula: los duelistas debían disparar y, si fallaban, volverían a intentarlo con distancia disminuida. El primer disparo hecho por ambos —cabe aclararlo— no fue dirigido al cuerpo del

adversario. Los padrinos de Irineo Paz (los generales Ignacio Martínez y Bonifacio Topete) sugirieron a los duelistas que con ese primer tiro debía darse por terminado el lance, porque ambos ya habían probado su valor respectivo. Pero los padrinos de don Santiago Sierra (los señores Jorge Hammecken y Eduardo Garay), exigieron que debía continuar ese rito macabro para lavar el honor.

No hubo más remedio: uno y otro contendiente deberían avanzar unos pasos más y tirar de nueva cuenta. Sierra cayó muerto de certero balazo. Temerosos los padrinos de la corresponsabilidad que habían contraído por su intervención en el duelo, incurrieron en un feo gesto: tiraron el cadáver de don Santiago en la Plaza de los Gallos del pueblo de Tacuba. E Irineo Paz, no obstante el pundonor y limpieza del encuentro, mucho lamentó haber sido el triste vencedor en dicho lance.

Don Santiago Sierra, hombre luminoso, era hermano del gran humanista Justo Sierra —que fue secretario de Instrucción Pública del presidente Díaz—, padre del internacionalista, ya fallecido, Manuel J. Sierra, y abuelo de la historiadora Catalina Sierra Casasús de Peimbert, mi querida amiga. El general Irineo Paz, escritor, novelista y periodista fue padre del general Octavio Paz, quien militó y murió en las filas del zapatismo y cuyo hijo ha dado tanto lustre a las letras mexicanas.

Hará 35 años que, siendo amigo de Catita Sierra y de Octavio, apelé a la nobleza de sus sentimientos y a la escasa idoneidad que ambos tenían para prolongar, por una generación más, el rencor de las dos familias. E invité a Catita y a Octavio a comer en el Sanborns de la Casa de los Azulejos para que se conocieran y sellaran, con un pacto de amnesia, tan doloroso suceso, ya que una y otro poseían evidente respetabilidad intelectual y afinidad de ideas en más de un punto. Comimos juntos y ninguno de los tres habló de tan lejano y doloroso suceso. Desde entonces, Catita Sierra y Octavio Paz se hallan ligados por una amistad indestructible.

Durante el primer viaje que hice de Coatepec a México, supe por la prensa de la enfermedad de Octavio. Lo busqué en su casa ubicada cerca del Paseo de la Reforma, pero el encargado del domicilio de los Paz me

informó que en diciembre se había incendiado la casa, sobre todo la parte de su biblioteca más estimada por Paz, junto con objetos artísticos que coleccionaba. Pedí al encargado me diera el domicilio del matrimonio, pero me dijo ignorarlo, sin embargo había oído decir que Paz estaba en un hospital, cuyo nombre no sabía.

El año pasado me telefonaron a Coatepec de la Presidencia de la República para invitarme al acto inaugural de la Fundación Cultural Octavio Paz. Y como ello se hizo a las 12 de la noche de la misma víspera del acto —a las 10 de la noche—, me fue imposible arreglar mi asistencia. Días después, hablé con Marie José por teléfono para explicar —apenado— mi ausencia, a lo que ella repuso que lo mismo había ocurrido con otros amigos, cuya lista dio a la Presidencia la propia Marie José. Los invitados llegaron tarde y ninguno de los señalados por ella estuvieron presentes. Le pedí saludar con mucho cariño a Octavio y repuso que dormitaba, después de una muy dolorosa curación.

El 31 de marzo último, día del cumpleaños de Octavio, hablé de nueva cuenta desde Coatepec con Marie José y le pedí dar en mi nombre un abrazo muy cordial a su marido. Ella me repuso con alegría: “dáselo tú por teléfono, está aquí cerca”, y le pasó a Octavio el auricular. Entre otras cosas le afirmé que yo, como sus amigos y hasta sus paisanos que no lo conocían, estábamos orgullosos del papel estelar que él significaba en la inteligencia universal, expresada en el campo de la filosofía, del ensayo literario, de la crítica estética y del análisis político. Con voz un tanto cavernosa me lo agradeció Octavio y me devolvió el abrazo que le di por vía telefónica.

Fue la última vez que lo oí. Mucho agradezco a Marie José haberle pasado el auricular a Octavio. Así tuve el último contacto con su marido, nuestro ilustre compatriota. Un mes después de la muerte de Octavio fui a México y di el pésame a Marie José, con quien platicamos mi esposa y yo casi tres horas.

Ese día buscaron a Marie José muchos amigos del ahora incompleto matrimonio.

Margarita Paz Paredes*

Siempre he tenido prevención hacia la poesía por mujeres, pues me ha parecido que en los sótanos más ocultos del alma femenina, aparte de egregias virtudes tales como la ternura y la abnegación, se esconde, larvada, una dosis de algo fluctuante entre lo dulzón y lo cursi que acaba por salir a luz en el momento menos esperado e incluso en las severas sufragistas, en las recias guerrillas o en las austeras mujeres de ciencia.

Empero, en *Voz de la tierra*, libro de Margarita Paz Paredes, mi arraigada creencia no encuentra confirmación alguna. Mejor aún, ese prejuicio lo rebate con plenitud. En efecto, en este decoroso tomo de poemas, de modo espontáneo Margarita Paz Paredes elude incurrir en cualquier matiz portador de dulzonerías de mal gusto.

Y es que Margarita sabe extraer de su inagotable alforja lírica, la metáfora que embellece su mundo circulante, metáfora dicha siempre con la palabra apropiada, sin chabacanerías ni retorcimientos, ni retruécanos de falso gongorismo ni decaimientos “pedestres”, a pesar —o quizá por ello mismo— de que su poesía se halla, uncida a la gleba.

Justo por eso, al cerrar la última página de *Voz de la tierra*, al lector sensible le queda de manera inevitable un acentuado resabio de barro hu-

* Artículo titulado “Tierra inmóvil” publicado en el periódico *El Nacional* en mayo de 1943. Margarita nació en San Felipe Torres Mochas, Guanajuato, en 1922 y murió en la Ciudad de México en 1980. Casó en primeras nupcias con un valiente opositor al régimen tiránico de Carias, en Honduras, y muchos años después contrajo matrimonio nuevamente con el gran escritor yucateco Ermilo Abreu Gómez. El verdadero nombre de la poeta era el de Margarita Camacho Baquedano.

medecido por la lluvia —símbolo bíblico del origen de todo lo existente— y una cabal confianza de que las más altas calidades humanas tienen una procedencia telúrica, esto es, se hallan hincadas a la tierra y no a la civilización mecánica que no hemos podido racionalizar hasta ahora.

Dije antes que Margarita Paz Paredes es *poeta de casta* y no poetista. No hay ningún error gramatical. Y es que recordaba aquello que Rubén Darío solía decir: “Reservemos el nombre de poeta para la mujer y el de poetizo para el hombre, cuando una y otro escriben poesía fidedigna, porque la verdad es que la mujer se halla inicialmente mejor dotada para la poesía”.

La sagaz observación de Darío queda evidenciada en estos versos de Margarita impregnados de la voz milenaria y eterna de la tierra inmóvil y “de voz caliente de sangre,/acerba voz de lágrimas”.

Yo traigo el grito amargo de la tierra
la voz rebelde de una raza nueva
y un pájaro de fuego sobre el pecho.

O en estos otros versos de Margarita:

Tierra verde del alma,
milagrosa luciérnaga
yo te llevé encendida
en mis ansias viajeras.

O en éstos:

Las húmedas pupilas de los muertos
tienen blancos insomnios
de castillos de sal, desmoronados;
los niños huérfanos se duermen
con un ángel azul sobre la frente
y despiertan temblando
con fantasmas de nieve entre los labios.

O, en fin, estos últimos versos de la poeta:

De la noche astillada de gemidos
donde se hundió una turba sin palabras

viene un rumor universal hiriendo
la más honda raíz encarcelada.
secas grietas de tierra se fundan
con la sabia cereal de dulces lágrimas.

Margarita Paz Paredes, poetizada desde la cabellera a los pies, dejó más de 20 plaquetas como testimonio de su sensibilidad.

Carlos Pellicer*

Mi generación debe al gran lírico tabasqueño desaparecido una lúcida toma de conciencia: la de pertenecer a una patria multinacional que se extiende desde nuestra frontera norte hasta Tierra de Fuego.

Quienes teníamos 20 años menos que Carlos Pellicer estamos en deuda con él: merced a su intuición poética ofrecida como un mensaje didáctico eficaz, aprendimos cómo el coloso Bolívar se propuso hacer de Hispanoamérica un continente compactado frente a cualquier asedio exterior ajeno a nuestra identidad espiritual.

El vate tabasqueño fue nuestro lazarillo en las aulas universitarias para conducirnos a la presencia vigente de Simón Bolívar. Su devoción por éste llegaba a tal punto, que nunca dejamos de ver en Carlos Pellicer al gran colombino *ad honorem*. Ojalá lo reconozcan así en la patria del precursor Francisco de Miranda con la mayor solemnidad posible, porque nuestro bardo merece tan señalada dignidad.

Pero Carlos Pellicer no era sólo un ciudadano *gran colombino* y del Nuevo Mundo. No. A esa expandida conciencia latinoamericanista llegó a partir de su fiel apego a su tierra nativa, donde dejó hermosos testimonios de su creatividad como museólogo y museógrafo: también accedió a esa conciencia a partir de su apego a su solar de adopción: el Valle de México.

De éste dejó Pellicer —por igual y como lo hizo nuestro pintor José María Velasco—, los más deslumbrantes paisajes de esa placenta geográfica de la

* Artículo publicado en el periódico *Novedades* en el primer trimestre de 1977, año de la muerte de Pellicer.

cultura prehispánica que es el anchuroso Valle de México: éste fue cantado, o si se prefiere, *pintado* con belleza plástica insospechada por Pellicer.

Cuando se contempla un cuadro velasquino del Valle de México —todavía sin sismos—, por automatismo se invoca a Carlos Pellicer; y al revés: cuando se lee el canto al Valle de México de Pellicer, también maquinalmente se invoca al pintor Velasco.

El itinerario vital del poeta fue lógico, pues supo transitar de lo particular a lo universal: de su Villahermosa entrañable y sin perder sus raíces telúricas, se asentó en la capital de la República.

Aquí y allá, y en Sudamérica, se formó en él la plenitud de su conciencia bolivariana, esa que lo llevó a estar presente en cuanta noble causa había que defender en no importa qué latitud de la Tierra.

Poeta y ciudadano de tiempo completo, escrutó en su intimidad y en cuanto lo rodeaba, la naturaleza y su comunidad. Era común a él, todo: Tabasco y México, Latinoamérica y el Mundo.

Eugenia Romo*

Poesía, ya se sabe, es creación. Pero también poesía es profecía. Es un anticiparse a las cosas y a los acontecimientos que están por venir. Es un percibir la sombra que ambos —cosas y hechos— proyectan antes de aflorar o de hacer eclosión en el tiempo y en el espacio. Por eso el poeta es un clarividente; ve más claro que los demás. Dice y predice.

El poeta, creador como es, su nombre procede del verbo infinitivo griego *poyein*, que significa crear. Por ello no es una máquina fotocopidora de la realidad: no la calca, la transforma y le agrega el matiz de su intransferible individualidad.

Filtro eficaz de su mundo circundante —o sea de su circunstancia, de lo que lo circunda—, el poeta no la deja pasar intacta o indemne por la fina retícula de su propia sensibilidad estética: la crea de nueva cuenta, o la recrea.

El artista de casta, el *pür sang*, alude a todo cuanto lo rodea, eludiéndolo.

Alusión y elusión son términos opuestos entre sí; pero a través de ellos el poeta se mueve como péndulo transido de pasión creadora. Con aquellos trabaja y se desazona. Y cuando acierta, los utiliza con sabia equidistancia, con geométrica simetría.

Mas en la equidistancia existente entre la efusión y la alusión se haya larvada una síntesis: la ilusión no por cierto la del iluso —impregnado de evanescencias fofas— sino el anhelo orientado a concreciones accesibles

*Prólogo al libro editado en Belgrado, Yugoslavia, sobre Eugenia Romo.

a la sensibilidad de los demás, a los otros, a efecto de otrificar la poesía o de comunicarla, fin último y meta suprema de ésta.

No se trata en verdad de la ilusión del iluso, aficionado a lo penumbroso y críptico, quien a menudo desemboca en el autismo o termina en el soliloquio frustrante de toda comunicación fluida, enriquecedora para el poeta y su interlocutor.

Y nada más ajeno a lo críptico o a la broma hermética al uso, que la poesía de Eugenia Romo. Alérgica a toda nebulosidad, ella posee una aptitud sorprendente para comunicar a los demás sus intuiciones y atisbos poéticos, sin que así desmerezca la alta calidad de su poesía.

Aquí radica, puntualmente, la estirpe clásica de su promisor obra. Por eso no es ilegítimo el paralelismo ya establecido antes por otros, entre la poesía de Eugenia Romo y la poesía de nuestra Sor Juana y la de Santa Teresa. Con lealtad fidelísima, las tres transmiten a sus interlocutores los potenciales hallazgos estéticos vinculados a la temática que más incumbe al hombre desde siempre: el ser y el dejar de ser; la ira y la ternura; el amor fértil y el instinto destructivo; la hipocresía y la autenticidad; la angustia y la alegría; la injusticia cainita y la fraternidad humana.

Merced al manejo fácil de semejante temática —de claro abolengo clásico pero sin emplear el formalismo instrumental de éste sino ligado a la libertad expresiva moderna—, la poesía *eugenina* está destinada a insertarse en el alma popular y a dignificarla mediante su poderoso estímulo estético, gracias a la ausencia de todo escamoteo, trampa o artificio en el que suelen incurrir *poetizos* y *poetisas*. Eugenia Romo no es poetisa. Es poeta.

La lectura atenta de su ya importante obra conduce a un obvio vaticinio: más pronto que tarde la popularidad de Eugenia Romo le va a pesar como un molesto fardo, tanto más incómodo cuanto mayor sea —y lo es— la azorante timidez infantil de la poeta y su dedicada fragilidad arcangélica.

Sin embargo, Eugenia Romo se las sabrá arreglar para absorber con sentido deportivo los golpes del monstruo aplastante de la fama, de suerte que éste no incurrirá en trágico *poeticidio*.

Eugenia no se petrificará. Seguirá siendo etérea. No será subterránea sino aérea. Y cuando haga el auténtico mutis, es decir, cuando muera, morirá en verso y “mondará la cáscara que envuelve al mundo usando el cuchillo de la luna creciente”, descubierto por ella.

De seguro que su muerte será “un insomnio irreal de dicha absorta que alentará sus ayes en un nuevo amanecer”.

Pero ese nuevo amanecer consistirá en la inmortalidad de su obra, si sabe perseverar en su quehacer poético. Porque no debe olvidarlo: genio no sólo es inspiración creadora subitánea sino trabajo cotidiano y paciente, arduo y angustioso.

Rostros varios

Daisy Ascher*

He aludido alguna vez a cómo Daisy Ascher hurga en cada movimiento muscular del rostro humano como reflejo de su propia vida interior.

Ahora destacaré la obsesiva preocupación de esa artista por la cara de Jaime Sabines, cuyos diversos gestos los matiza con variadas dosis de virtudes varoniles.

Esta fotografía enriquece así el valor de la hermosa edición de la nueva obra poética de Jaime Sabines titulada *Uno es el hombre* que es comentada por el competente Andrés Henestrosa e ilustrada por el maestro José Luis Cuevas. Me toca ahora juzgar la ilustración fotográfica de Daisy Ascher.

¿Con qué adjetivos calificar este libro que acaba de salir de las prensas mexicanas ilustrado con nueve fotografías magistrales de Daisy Ascher que reproducen la faz de Sabines, perforado sin anestesia por el bisturí o la lente de la genial fotógrafa, para espiar en la generosa vida interior del poeta?

Sí, ese semblante de hombre bien nacido no muestra todavía el ceño del dolor físico padecido por más de media docena de operaciones de cirugía mayor y menor.

Hace varios meses, acaso 10, que no veía al ilustre chiapaneco. Pero estoy seguro de que en sus rasgos —recios como es su carácter— no se

*Texto leído en la presentación del libro de Jaime Sabines titulado *Uno es el hombre* en el Museo de la Ciudad de México en mayo de 1993. José E. Iturriaga se refirió solamente a las ilustraciones fotográficas de Daisy, como se convino con los otros dos comentaristas.

asoman las huellas del dolor aliviadas por esa mágica poesía que él maneja con diestra intuición. Más aún: sus palabras, engarzadas una a una en sus creaciones, habrán de ser repetidas por la gran mayoría de las futuras generaciones.

Su poesía, ya lo sabemos, no es críptica ni esotérica ni indescifrable: la poesía *sabineana* es como el rostro diáfano y legible del poeta captado por Daisy Ascher con la habilidad propia de su oficio.

Jaime Sabines es un poeta cuyo quehacer trascendente consiste en ser vocero emocional del pueblo, pero fidedigno sin hacer chabacanerías de los sentimientos más sagrados de éste. Al revés: el pueblo se conocerá y reconocerá a plenitud con la poesía sabineana.

¡Qué bueno que Daisy Ascher captó bien el acerado rostro de Jaime Sabines en nueve de sus variados gestos!

Y como si no fuesen suficientes tales ilustraciones para conferir alta jerarquía a esta edición, sus 100 páginas las enriquece también José Luis Cuevas con su sabiduría de dibujante al dotarla de nueve acuarelas. El libro lo prologó Luis Donaldo Colosio y con ello muestra que el buen gusto no es ajeno al político militante: Colosio es un garbanzo de a libra.

Solemos asociar a trances chuscos la toma de aquellas fotografías infantiles o familiares en las que el operador nos exigía estar muy quietecitos para salir, porque decía, el que se mueve no sale. Esta expresión —dicho sea de paso— la usan de modo metafórico ciertos políticos como un consejo para obtener éxito en su aspiración al poder, cuando debía ser justo lo contrario: moverse para salir. Pero dejo de lado esa anécdota cómica observada en mi niñez y tan feo proloquio de politicastros para referirme a la fotografía de Daisy Ascher.

Contempladas con atención cuidadosa, las fotografías de Ascher me autorizan a asegurar que su obra está lejos de las gracejadas de Mack Sennet, tan del gusto de nuestros abuelos pero con cierta analogía con los filmes introspectivos de Ingmar Bergman. Sí, la obra de Daisy está muy lejos de ser un arte visual menor, porque merced al manejo de su lente, su fotografía tiene la jerarquía de un arte auroral en este fin de milenio en que nos hallamos.

Daisy se ha colocado, a fuerza de tesón, en un sitio cercano al alcanzado por Manuel Álvarez Bravo, Gabriel Figueroa o por eses agudo sociólogo de la política enmascarado de certero artista de la fotografía que es Víctor Flores Olea.

Y como Daisy Ascher es ya entre nosotros uno de los exponentes más relevantes de la fotografía, usa su pincel —es decir, la lente de su cámara— no para copiar con rutina su mundo circundante; tampoco lo utiliza para fraguar imágenes incomprensibles hasta para el ojo más entrenado en percibir la creatividad del artista, cuando la hay. No, la fina Daisy no hace concesiones a lo uno ni a lo otro. Ubicada en un justo medio visual aristotélico y colocada por igual en un ángulo insospechado para captar la move-diza imagen concebida por ella, nos regala con perspectivas inéditas de la fugaz realidad, ajenas muchas veces a la percepción del hombre común, a menudo distraído.

Aparte del libro *Uno es el hombre* que ilustra los poemas de Jaime Sabines, Daisy diseño tres más: el *José Luis Cuevas*, el *Juan Rulfo* y *Cien retratos*, enriquecedor de la iconografía de mexicanos ilustres.

En el primero, la artista juega a la tanatofilia con José Luis Cuevas, ese Eros de carne y hueso, siempre rodeado de interlocutoras desafiantes y notables o notorias modelos desnudistas. Cuevas se halla a media pulgada de incurrir en concupiscencia erótica o a pulgada y media de haber caído en ella. Sólo resta recomendar al lector mirar y remirar con sosiego o insosiego, una a una, las páginas de ese libro de Daisy, cada día más raro, donde el amor y la muerte se identifican y acoplan.

El principio socrático de “Habla para que te vea”, no lo sigue Daisy con puntualidad. Más bien ella parece observar otro principio: el de calla para que te vea y así, con un oficio bien dominado, podemos penetrar en el último rincón anímico del silencio rostro fotografiado.

En su obra sobre Juan Rulfo, Daisy escudriña hasta la última arruga facial del gran escritor jalisciense y descubre que en cada gesto de Juan hay siempre un doloroso mensaje interior. Ello revela hasta qué punto la artista ha convertido la fotografía en una suerte de sicoanálisis: virtualmente

arrellana a Rulfo sobre el sofá negro de su cámara y escarba todas las paredes interiores de su almario —sí: el estuche del alma *rulfiana*— y espía con su lente los pliegues más recónditos del artista jalisciense. El rostro de Rulfo no se mueve como un péndulo de reloj: de la alegría al dolor y viceversa, sino permanece viviendo hacia adentro, ensimismado en su propia angustia, digamos metafísica.

Quizá su libro *Cien retratos*, recién reeditado, posea para mi gusto el mayor interés de los que han salido de la cámara de Daisy Ascher. Me agrada referirme a algunos de aquella centena de personajes.

Allí se ve a Eduardo Lizalde, cuyo itinerario intelectual, anfractuoso como ha sido pero siempre ascensional, lo ha llevado de manera honorable a un alto sitio reconocido por todos; a José Luis Martínez, tan sosegado y estudioso que supo alcanzar la cúspide de su carrera con su reciente *Hernán Cortés*; a Ricardo Martínez Hoyos, pintor destacado con gran erudición sobre su noble oficio; a Eduardo Matos Moctezuma, arqueólogo de tiempo completo, quien nunca logrará esconder, por pudor, su faz doctoral echando mano de las obras maestras que descubre o de algunas de las piezas que maneja; a Carlos Mérida, cuyo rostro, carácter y actividad creadora no agotó ni agostó su condición de nonagenario guatemalteco; al centenario Francisco Monterde, quien con su aire monacal nos transmitió sus saberes literarios a muchas oleadas generacionales de universitarios; a Tito Monterroso —Augusto— cuentista insigne, guatemalteco de nacimiento pero mexicano de corazón; a Octavio Paz, cuya portentosa sabiduría de humanista y su rango de prosista lo colocaron desde hace años en el sitio vacante dejado por Alfonso Reyes, sin que —por desgracia— su poesía pueda ser gustada y repetida por la multitud, como la de Jaime Sabines; a José Emilio Pacheco —tan joven como enterado— quien acaso ocupará el sitio que a su vez deje Octavio Paz en dos o tres decenios que le quedan de larga y fecunda vida; el pintor Vicente Rojo, consagrado aquí y en España y tan bondadoso como genial; a Gabriel García Márquez de tan recias facciones como de convicciones; a Gunther Gerzso, cuyos finos ojos y hábiles manos fueron hechos para dar dignidad a los salones donde están colga-

dos sus pequeños cuadros; a Mathias Goeritz, quien juzgado sólo por su faz, la de obrero, se diría que él mismo hizo a base de martillo, cincel y serrote mecánicos las Torres de Ciudad Satélite; a Teodoro González de León, arquitecto tan eminente como sus hábitos intelectuales; al vital Andrés Henestrosa, sabio sin simulación de las letras mexicanas, latinoamericanas y españolas; a Elena Poniatowska quien mi generación la ha visto crecer día a día en su oficio de escritora, y ¡qué rostro de belleza generosa y veraz plasmó Daisy de ella!; a Cordelia Urueta, pintora tan incomprendida como solitaria y tan excelente como modesta y tímida; a María Luisa Mendoza, escritora guanajuatense —La China— que domina el oficio de periodista con probidad singular; la culta Dolores Asúnsolo de Martínez del Río —Lolita del Río— mujer que a fines de los veinte dio a conocer nuestro país en Hollywood hasta casar con el director de la Metro-Goldwyn-Mayer. Lolita no quiso que su posterior marido convirtiese su muerte en pretexto para una frívola fiesta social y, en soledad, se extinguió, se nos fue; a María Conesa, bien identificada por nuestros padres como la *Gatita Blanca*, en cuya estampa Daisy Ascher no derramó caridad sino más bien crueldad: la reproduce lejos ya de haber interrumpido la respiración de nuestros mayores cuando mostraba la Conesa sus inquietantes pantorrillas ya torpes y gotosas desde hace lustros.

Muchas fotos más aparecen en este libro de *Cien retratos*. Todos deben ser vistos con atención por el lector. Entre ellos, claro está, se halla el del ahora pintor y ayer caricaturista Abel Quezada; el del incisivo y pertinaz Julio Scherer cuya fotografía —una de las mejores quizá—, refleja una indomable voluntad de poder; el del noble don Jesús Silva Herzog, tomada su foto pocos años antes de su muerte; el del magnífico pintor, Juan Soriano, con un trasfondo geometrizable que recuerda la pintura de Manuel Felguérez —ausente en este libro—; y por último —en esta relación no exhaustiva— se halla la hermosa foto de Rufino Tamayo, de pie, en la escalera por la que todos los días sube a su estudio a trabajar con sus 90 años cumplidos, esos que el gobierno de Francia festejó con toda solemnidad en agosto último estando Rufino y Olga presentes; se trata de un compatriota que ha honra-

do a México en el mundo con su obra y quien merece pertenecer —sin disputa alguna— al grupo de los 40 que integran El Colegio Nacional, honorable cuerpo que sólo tiene ahora 37 miembros.

En suma, la reedición de *Cien retratos* es otro éxito, obtenido a la buena por la intuitiva Daisy Ascher.

Aparte de los cuatro libros citados, Daisy fraguó uno más —con auténtico genio— de desnudos femeninos titulado *Formas silenciosas*, precedido de justicieras notas de José Luis Cuevas, Andrés Henestrosa y Juan José Arreola.

Me complace recordarlos ahora antes de terminar mi intervención de esta noche sobre las ilustraciones fotográficas del libro de Jaime Sabines, *Uno es el hombre*.

Narciso Bassols*

Narciso Bassols es uno de los hombres más extraños que ha producido nuestro país. Sus malquerientes, en un intento frustráneo de empequeñecerlo, sostienen que tipos como él existen con profusión en otros países. Bassols, sin embargo, sería hombre de excepción en cualquier parte del mundo.

Un amigo mío, célebre por su inteligencia y que desde muy joven se movió en las más altas esferas de la política, de la diplomacia y de la vida intelectual del mundo, afirmaba después de hablar una hora con Bassols, esto: “Es el hombre más inteligente que he conocido”. Semejante testimonio provenía nada menos que de Constantino A. Oumanski, embajador de la URSS en México, cuando se restablecieron las relaciones bilaterales entre ambos países en 1943.

Analítico y reflexivo, su poderosa capacidad mental se halla en consonancia con sus cualidades vitales y morales. Y las que forman estas virtudes, son sin duda la fuente directa de sus más notorios defectos.

Quizás aquello sea el motivo de que Bassols provoque algunas veces un choque desagradable en quienes no lo conocen bien: perciben sus virtudes transmutadas en defectos. Pero quien ha tenido la oportunidad de calibrar a ese hombre de cerca —si no es un mezquino— no puede menos que admirarlo. Bassols es de los seres que producen una profunda admiración o permanente animadversión.

* Artículo escrito en 1943 para el periódico *El Popular*, sin embargo no fue publicado.

La vitalidad ascendente de Bassols pocos la conocen, está denunciada en el timbre de su voz. Pese a que acaba de ajustar la cincuentena, oyéndolo, parece como si estuviese hablando un joven de 25 años. De baja estatura, delgado, tiene un no sé qué de yogui de la India, de faquir. Come poco y posee una resistencia física increíble. Nadie, al verlo, supondrá que es capaz de recorrer jornadas diarias de hasta 40 kilómetros caminando, o que en una semana pueda atravesar a caballo y a pie la Sierra Madre Occidental de El Salto, Durango, a Mazatlán. Yo lo he visto en las playas de Veracruz competir airoosamente en carrera de resistencia con un amigo común quien asistió como corredor a la Olimpiada de Ámsterdam, Víctor Manuel Villaseñor. Juega rudo Bassols en pareja con su hijo mayor en la cancha de frontón o con amigos más jóvenes que él. Y a pesar de que casi no ve con un ojo, es sin embargo un excelente tirador de pistola y guía automóviles con una destreza cercana al atolondramiento.

El cuadro de sus necesidades es estrecho. Sobrio y parco, viste con sencillez y ha sostenido con modestia a una ejemplar familia. Sus seis hijos muy bien educados —en el mejor sentido de la palabra— van adquiriendo poco a poco autosuficiencia económica. La estupidez infinita de sus enemigos les hace decir: “Con esas necesidades, qué fácil resulta ser honrado”. Claro para el que educa a su familia en la frivolidad, en el hartazgo y la concupiscencia, la honradez resulta estorbosa.

Al revés de lo que muchos suponen Bassols posee una psicología juvenil. Su espíritu alerta se orienta no sólo a ese saber utilitario conectado con su honda vocación política, sino hacia las más variadas actividades y hechos ajenos a su quehacer específico.

Todo lo que le rodea incita su atención: tiene el prurito de recabar el dato humano de amigos y conocidos y practica el deporte de ensayar hipótesis de quienes se sientan a su lado en tranvías y camiones. Ciertamente esta virtud vital que es la curiosidad, no la poseen los viejos que creen siempre venir de regreso de todo, sino los jóvenes.

Su conocimiento de la literatura universal es extraordinario. Ha leído como un profesional la novelística francesa y la hispanoamericana, así

como la nuestra que le es familiar por completo. Su erudición y gusto auténtico por la pintura es por igual impresionante. Lo he oído disertar con maestría en los museos de Chicago y Nueva York sobre pintura italiana, española y flamenca y sobre todo, la de los impresionistas. Siente con honrada la plástica mexicana y —que yo sepa— no gusta de la música. Pero tiene una gran inclinación por la naturaleza. Entre sus manías se halla la del desplazamiento: diríase que necesita dar fe y constancia de que el planeta, en efecto, existe y es redondo. Ha estado en Alaska, en Chile hasta Tierra de Fuego; en Lisboa y en Leningrado.

Bassols es optimista. Tiene esperanza razonada en la consecución de sus ideales. El ardoroso apego a sus principios y su aptitud para luchar por ellos son también cualidades juveniles.

El viejo o el maduro hablan de desengaños, de pérdida de las ilusiones y así pretenden justificar el abandono de sus convicciones. Bassols ha sufrido reveses y a menudo la realidad no responde como él quisiera, pero eso no lo lleva a abdicar de su credo, antes bien, con ello lo acendra y fortalece.

“Cambiar de opinión es propio de sabios”, dice el refrán castellano. Sí, pero también de débiles o de mercenarios. Se troca fácilmente de ideas cuando no se llegó a ellas con rigor intelectual sino que vinieron a nosotros, sin esfuerzo individual alguno, o por inercia mental o sin saber por qué. Bassols arribó trabajosamente a las ideas que profesa después de haber pasado por la información deformadora y pedante de la universidad. Pero tuvo la pujanza para desasirse y deshacerse de todo lastre obstructor de claridades, hasta alcanzar la filosofía social que sustenta. A este cambio se encaminó poco antes de los 30 años. Han transcurrido otros 20 y sigue con fiel apego a sus convicciones.

Los realistas, los tácticos, los que justifican sus propias claudicaciones por medio de las más ingeniosas elaboraciones dialécticas, acusan a Bassols de ser intransigente. Ante tanta flexibilidad y argumentos amañados para explicar el paso a las trincheras opuestas, las rigideces ideológicas de Bassols se convierten en nuestro medio en profilácticas y terapéuticas y en indicadoras señales de caminos.

En un medio como el nuestro dentro del cual lo crematístico es interés, norma y meta de toda acción política, la actuación desinteresada y eficaz de Bassols en los más altos cargos de la administración pública se convierte en ejemplar y aleccionadora.

Secretario de Gobernación, Secretario de Educación, Secretario de Hacienda, Ministro de México en la Liga de las Naciones, Ministro en Inglaterra, Ministro en Francia y Embajador en la URSS, pudo haber llegado Bassols a la primera magistratura del país con sólo haber hecho concesiones al pensamiento regresivo o a quienes han visto en las arcas públicas una parte de su patrimonio privado.

Sé de algunos caballeros poco honorables que pretenden justificar el juicio crítico de Bassols hacia sus manejos nada limpios —así en las ideas como en el dinero— acusándolo de inhumano.

¡Imbéciles! —agrego ahora, porque Narciso Bassols era un sublime equivocado—, a la vista de cuanto viene ocurriendo en la URSS, Bulgaria, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, en Alemania del Este y pronto en Albania. Gorbachov denunció hace poco que de mantener las instituciones políticas, económicas, sociales y culturales en la ya desaparecida URSS, se habría sacrificado a una cuarta o quinta generación en nombre de un socialismo científico que acabó siendo un socialismo utópico más.

Estos dos últimos párrafos los agrego ahora con la intención de que se vea cómo aún conservo un gran respeto moral por don Narciso, porque antes era yo, digamos, un tuerto conducido por un ciego.

Jorge Castañeda de la Rosa*

Conocí a Jorge hace casi medio siglo. Me presentó con él don Isidro Fabela, el ilustre internacionalista que desempeñó la carrera de Relaciones Exteriores, en el gobierno del presidente Carranza.

Desde luego advertí en ese joven una gran sensibilidad cultural y, en especial, una vocación jurídica en esa rama del Derecho tan poco cultivada entre nosotros.

Sin ninguna interrupción y a lo largo de tanto tiempo, esa amistad se ha ido acrecentando y enriqueciendo con diferendos sobre algunos aspectos de nuestra realidad, los que no han quebrantado tan sólido aprecio.

Jorge Castañeda es tres años menor que yo. Desde que nos conocimos —del modo más espontáneo—, fuimos formando un pequeño grupo con Chucho Reyes Heróles y el inteligentísimo Javier Rondero, quien acabó por ser cuñado de Jorge. Estos dos amigos han desaparecido ya; Jorge y yo sobrevivimos. Nuestra amistad ciertamente terminará cuando nos toque emprender el viaje final.

Desde muy joven se distinguió Jorge entre sus condiscípulos como un asiduo estudioso de la ciencia del Derecho, sobre todo en el campo del *Just Gentium*, donde sobresalió de tal modo que su destino se veía claro: servir en la Secretaría que maneja nuestra política exterior.

Después de ascender rápidamente en los primeros escalones de la carrera diplomática, actuó como delegado alterno en la ONU al lado del

* Artículo titulado "Jorge Castañeda, ciudadano de cinco estrellas", publicado en el periódico *La Jornada* el 18 de septiembre de 1995.

presidente de nuestra misión en ese organismo internacional don Luis Padilla Nervo. Fue éste el digno maestro de Jorge.

Castañeda acudió año con año como representante de México al Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas —el Ecosoc por siglas en inglés, que se reunía en Ginebra cada verano— durante las veces que rotatoriamente tocaba a México ser miembro de tan importante organismo auxiliar de la ONU.

Después de haber sido embajador en Egipto y más tarde jefe de la delegación permanente en Organismos Internacionales radicados en Ginebra, fungió como embajador en Berna, ello sin contar que estuvo al frente de la Dirección del Servicio Diplomático de nuestra Cancillería en la capital de la República.

Desempeñó distintos cargos muy honrosos para nuestro país, entre otros el de la dirección jurídica de la delegación mexicana ante la ONU.

Acrescenta su bien ganado prestigio el hecho de que, sin disparar un solo tiro, Castañeda haya logrado extender nuestro mapa geográfico en dos millones de kilómetros cuadrados. Y lo duplicó debido a que siendo uno de los más notables especialistas en el mundo sobre derecho del mar, haya pugnado con tenacidad por agrandar el mar territorial que rodea a la República Mexicana.

Antes de aprobar semejante legislación —la comisión respectiva de la ONU—, el mar territorial, ribereño a nuestras costas, era de siete a ocho millas adentro, o sea, hasta donde llegaba la bala de un cañón. Pero después de las persistentes gestiones de Jorge Castañeda en el organismo internacional respectivo, logró que se extendiera la distancia en 200 millas desde las costas.

Sí, esa propuesta se aceptó por todos los países que tenían territorio ribereño marítimo, y fue aprobada para beneficiar a los países aludidos.

Antes de aquella aprobación, podían internarse toda clase de naves de cualquier país en nuestro Golfo de California o Mar de Cortés, pues los invasores consideraban que después de las siete u ocho millas de mar territorial de las costas de Sonora o de Baja California, era lícita la navegación

y la pesca. Pero cuando el almirante de cinco estrellas, Jorge Castañeda, ganó en los foros internacionales las 200 millas como mar territorial, el Mar de Cortés quedó plenamente dentro de la soberanía mexicana y fue cerrado a la navegación y pesca internacional. Cabe aclarar que esa ancha franja de mar territorial que rodea ahora a nuestras costas, puede ser cruzada por naves extranjeras o pescar en ellas con previo permiso del gobierno nacional.

Jorge Castañeda de la Rosa no tuvo que ponerse el uniforme militar o naval para realizar semejante conquista, sino que su saber jurídico lo relevó también de usar charreteras para disparar —como pirata—, balas contra países amigos.

Esos conocimientos jurídicos de Castañeda se pusieron de manifiesto, una vez más, cuando la Corte Internacional de La Haya sirvió de receptáculo para el curso de Derecho Internacional que dictó nuestro ilustre compatriota Castañeda en 1972, después de casi media centuria de que otro mexicano eminente hubo de ocupar esa honrosa cátedra en 1923: me refiero a Francisco León de la Barra, quien fue presidente interino de la República en 1911.

Desde que conocí a Jorge Castañeda y conversábamos con Reyes Heróles y Rondero sobre política exterior —no por extranjerismo sino porque aquella, de un modo u otro, influye en la vida interior de México— formulé el fácil vaticinio de que Jorge Castañeda llegaría a la jefatura de nuestra Cancillería. Y la ocupó a plena satisfacción, con patriotismo perseverante.

A 17 años de distancia, me complace recordar un noble gesto de Jorge: tres días después de ser designado para tan alto cargo por el presidente López Portillo, Jorge acudió a mi casa para anunciarme que había sido yo nombrado subsecretario de Relaciones. Me conmovió su generoso anuncio pero le dije, con cortesía muy amistosa, que no podía aceptar el honroso puesto porque me faltaban dos años para terminar una investigación: la de reunir y traducir todas las intervenciones de los diputados y senadores del Congreso Norteamericano alusivas a México, para bien o para mal, durante

200 años. Jorge Castañeda entendió que no fue un acto de arrogancia sino un afán de cumplir con una tarea que me había impuesto desde hacía ya cuatro años.

Terminada esa labor, el canciller me propuso la embajada de Portugal, previo consentimiento del jefe del Estado. Y estuve en la vieja Lusitania un par de años representando a nuestro país, empeñado en divulgar allá las excelencias de nuestra peculiar cultura indoespañola y pluriétnica.

Rafael Freyre*

Este artista, desde niño se trazó un destino que persiguió con ahínco: dejar una huella de su paso por la tierra. Lo ha logrado con el alegre reconocimiento de sus contemporáneos y coetáneos.

Editorialista de lápiz, pluma y pincel, Rafael Freyre refleja en sus dibujos el concepto que súbita o medítadamente se forja de sus prójimos y de los hechos. No lo caricaturiza con esa crueldad orientada a destacar lo más deprimente de ellos; más bien sus tres instrumentos de trabajo le sirven para mostrar la piedad que en forma pudibunda mora en su entraña cordial.

Dibujante en grado de excelencia, los personajes que plasma son eso: personajes cuyo marco circunstancial desempeñan el papel que Freyre estudia a conciencia, sin frivolidades desatentas ni prisas atropelladoras.

Entre los dibujos que confieren a Freyre, de fijo, el rango de notable retratista, cabe mencionar el gran talante que le da a Winston Churchill, la bondadosa figura de profeta bíblico que percibe en León Felipe, y cuya luz de poeta podemos ver por la ventana de una lágrima; la notable imagen de don Ramón Menéndez Pidal, erudito, lingüista e historiador español que a los 100 años cumplidos seguía escribiendo y cuyo saber sólo es comparable al de su casi tocayo, don Marcelino Menéndez y Pelayo que lo precedió; los dibujos de Charles de Gaulle y Lyndon B. Johnson, que acaso están debatiendo por la vieja colonia de Indochina que comprendía Laos, Cam-

boya y los dos Vietnam, en donde el mandatario norteamericano desató la guerra en los sesenta, tan traumática para sus paisanos; el genial José Luis Cuevas decapitando a Siqueiros; los retratos de Castorena y Ursúa, precursor de las gacetas mensuales al principiar el siglo XVIII y el Clavijero, dibujados por Freyre con inimitable probidad en su oficio; los retratos de dos nonagenarios: Pablo Picasso e Igor Stravinski cuya avanzada edad no apagó en ellos su portentosa creatividad; los de nuestros ejemplares compatriotas Marcelino García Barragán —militar— y el escritor Martín Luis Guzmán; Josué Sáenz, economista tan veraz como valiente; Martha Andrade del Rosal, trabajadora eficaz y leal a su partido; y por último, el dibujo de la estatua de Francisco Zarco, digno periodista decimonónico en el ejercicio de la libertad de pensamiento.

Caricaturas de Freyre, que mueven más a sonrisa que a risa son aquellas —entre otras— en las que un longevo ruso declara haber cumplido los 153 años de edad porque pudo salvarse de ser *purgado*; la del *Moisés* de Miguel Ángel, que se halla en San Pietro in Vincole de Roma; la de Salvador Novo crónico cronista de la Ciudad de México; la del iracundo pero incruento zapatazo dado por Krushev en el pupitre mismo de las Naciones Unidas en 1964 para interrumpir la coexistencia pacífica en el recinto de la ONU; el dibujo de Svetlana Alliluyeva Stalina, hija del dictador, la que acabó por resolver *no vivir en el error* —como diría Garizurieta— gracias a una gorda chequera que el Bank of America le obsequió; la próspera culta dama —figura sociológica captada con agudeza por Novo— cuyos saberes confusos e incompletos la hacen decir que su hija estudia para antropófaga, ello en medio de una rica colección de ídolos y piedras prehispánicas. Mas ¿para qué seguir sonriéndonos? Veamos mejor el símbolo de la plausible preocupación que invadía el ánimo del gran Adolfo López Mateos consistente en preservar los testimonios de la cultura precolombiana, la colonial y la moderna. No tuvo tregua, en la creación de esta forma de educación extraescolar que constituye el museo.

Con todo, he de subrayar un dibujo de Freyre, se trata de una obra maestra en verdad. Ella pretende ser un daguerrotipo conmemorativo de la restauración de las instituciones republicanas.

Sólo quiero repetir lo dicho antes: Rafael Freyre es un ser realizado a plenitud, tal como se lo propuso desde niño, y dejó una huella indeleble de su paso por la tierra.

Fernando Gamboa*

Fieles admiradores de Fernando Gamboa; distinguidos señoras y señores; amigos todos.

Hace 15 meses, cuando celebramos en el Palacio de Bellas Artes los fecundos 80 años de Fernando, éste pronunció unas dolorosas frases premonitorias:

“Me sorprende haber llegado a una edad difícil de alcanzar, a la vista de tantos peligros que nos acechan”.

Sí, señoras y señores, esos riesgos acecharon a Fernando y acabaron con su vida. Sus palabras fueron un presentimiento fúnebre. Su macabro aserto, acertó de manera lamentable.

No cederé a la tentación de caer en la prolijidad ni en manejar el género exhaustivo. Tampoco incurriré en tacañería que empequeñezca la colosal figura de Gamboa.

Fue presidente de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios —la célebre LEAR— creada hace 11 lustros al influjo de una sovietafilia cada vez más borrosa, al lado de José Chávez Morado, Leopoldo Méndez, Pablo O’Higgins, Ignacio Aguirre, Ángel Bracho, Jesús Dosamantes, Alfredo Zalce y Raúl Anguiano, quienes poco después crearon el Taller de la Gráfica Popular con la ayuda de Alberto Beltrán y Rafael Carrillo Azpeitia.

*Palabras pronunciadas en el Palacio de Iturbide en el homenaje a Fernando Gamboa el 6 de junio de 1990, organizado por don Antonio Ortiz Mena y don Fernando Solana, directores sucesivos del Banco Nacional de México.

Pero aparte de esa actividad, Fernando acabó siendo su propio maestro en la profesión de museógrafo, la que ejerció más de medio siglo en grado de excelencia.

Un millar de exposiciones —ésta completa dicha cifra— organizó Gamboa, tanto colectivas como monográficas, de artistas mexicanos y extranjeros en México; fuera del país fue devoto *embajador itinerante* de nuestras artes visuales.

Cabe recordar alguna de las exposiciones retrospectivas organizadas en México por Gamboa: las de Rivera, Tamayo, Orozco, Siqueiros, Toledo, Pedro y Rafael Coronel, Cuevas, Felguérez, Montenegro, Soriano, Corzas, Anguiano, García Ponce, Peláez y Gironella, entre otros artistas varones, así como las de Frida Kahlo, Lilia Carrillo y Martha Palau, sin olvidar las de nuestros grandes del siglo pasado, tales como Estrada, Bustos y Velasco.

Sabio en todas las artes que entran por el ojo humano, Fernando Gamboa nos probó que la fotografía poseía el rango de una de ellas, cuando expuso por primera vez en México la obra de Manuel Álvarez Bravo hace un cuarto de siglo.

Gamboa dio a conocer entre nosotros a los grandes pintores del mundo, tales como Picasso, Miró, Turner, Lautrec, Klee, Magritte, Vasarely, Van Gogh, Delvaux, Dufy y muchos otros más, sin olvidar las esculturas de Henry Moore ni la proeza de traer a México los caballos de San Marcos de la Basílica veneciana, que sólo podía ser prestados a Fernando por la confianza que en él tenía el curador del Museo de Venecia.

Dudo que alguien haya podido realizar una obra educativa en el campo de las artes plásticas de tal dimensión destinada al público de México; y que alguien haya podido difundir las de México en el extranjero con insuperable decoro: publicista eficaz del mejor rostro de México, acabó siendo familiar la figura de Gamboa para propios y extraños.

Su triunfo más sobresaliente como museógrafo fue la presentación de las Obras maestras del arte mexicano desde la precolonia hasta nuestros días, presentada sucesivamente en el Museo de Arte Moderno de París, en el de Estocolmo y en la Tate Gallery de Londres. Nuestras artes fueron una revelación ahí y suscitaban juicios que enaltecen el prestigio de México.

El diario francés *Le Monde* la calificó como "La gran exposición del siglo", en mayo de 1952. El *Figaro Littéraire* dijo que "Los Aztecas, acampados en la ribera del Sena, habían logrado la conquista pacífica de Europa" y en Londres se escribió que "La exposición de arte mexicano es la más notable que había albergado la Tate Gallery". Mientras para el *Daily Mail*: "La exposición mexicana fue la más estrujante experiencia jamás ofrecida a los habitantes del Viejo Mundo por el Nuevo".

Esa misma muestra —enriquecida notablemente— se exhibió en toda Europa de 1959 a 1964; varios países publicaron un centenar de libros sobre arte y arqueología mexicanos y además brotaron copiosos artículos en diarios europeos favorables a nuestro país.

Incansable Gamboa, montó el pabellón de México en la Exposición Mundial de Bruselas en 1953 y por ello obtuvo la Estrella de Oro del Arte; así como los pabellones de México en las ferias mundiales de Nueva York en 1965, de Montreal en 1967 —donde Gamboa ganó cinco estrellas—, de San Antonio, donde el primer lugar en 1968 fue para México; y, finalmente, en Osaka, fue premiado en 1978.

Nuestro pabellón en la Feria de Nueva York fue considerado el mejor, junto con los de España y del Vaticano; lo visitaron 44 millones de personas.

Fernando no fue un monocorde ni un burócrata de la vida. La suya fue envidiablemente movida, creadora y dramática hasta su muerte.

Gamboa ligó su nombre de modo estrecho a la España peregrina porque el integérrimo Bassols —nuestro embajador en Francia— lo comisionó en 1939 para gestionar el refugio en México de los españoles derrotados por Franco y humillados en las arenas francesas colindantes con España.

Con el rescate de Fernando Gamboa de la cúspide intelectual y artística de España, pudimos enriquecer nuestra vida cultural con el trabajo en México de trasterrados tales como Joaquín Xirau, Eugenio Imaz, José Gaos, Eduardo Nicol, Emilio Prados, Juan Rejano, Juan Larrea, José Herrera Petere, José Bergamín, José Gallegos Rocaful, Paulino Massip, José Carner, Miguel Prieto, José Renau, Antonio Rodríguez Luna, Arturo Souto, Ramón Gaya y muchos otros más.

Y como ciertamente Fernando era un hombre superior, no le arredraba el peligro. Por ello cabe recordar ahora un episodio ligado a él.

Cuando en 1948 se creó en Bogotá la Organización de Estados Americanos —OEA— para sustituir a la Unión Panamericana como organismo regional, tocó a Fernando Gamboa fungir de bombero en el llamado *bogotazo*, provocado por el asesinato del líder colombiano Eliezer Gaytán: en medio del fuego y exponiendo su vida nuestro museógrafo salvó los cuadros de los pintores mexicanos que llevó a la capital de Colombia para exponerlos ante el público latinoamericano. Ello coincidió con el inicio de la cadena sinfín de asesinatos y guerrillas que todavía azotan a ese país hermano.

Con entereza paralela a la mostrada en Bogotá, pero ya sin ese dramatismo, Gamboa rescató los cuadros de pintura mexicana que estaban en el Museo de Bellas Artes de Santiago de Chile, temeroso y con razón, de que fuesen secuestrados por orden de Pinochet.

Señoras y señores: el tema de la muerte volvió a tratarlo Fernando hace 15 meses en el homenaje que tributamos por sus 80 años de vida. Fernando lanzó entonces estas premonitorias palabras que significaban su última voluntad, su testamento:

A mí, lo reconozco, me empieza a preocupar el factor tiempo: se interpone entre lo que quisiera terminar y dejar hecho. Advierto a mi edad que no es ilimitada y la cuenta es dramáticamente regresiva. Por ser la vida una caja de sorpresas son necesarias medidas inmediatas frente a este fenómeno natural que no sabemos cuándo termina. A los ochenta años de edad me encuentro con no haber podido alcanzar todavía uno de mis deseos más fervientes: crear una institución sólidamente planeada y organizada, donde se imparta la enseñanza de la museografía en forma cabal.

No obstante ello, Gamboa anunció a sus oyentes, lo que sigue: “Quiero informarles que para responder a tal inquietud, ya di, por mi cuenta, los primeros pasos. Deseo no desaparecer antes de que organice y ponga en marcha el proyecto”.

¿En qué consistía —amigos míos—, el proyecto que dejó Fernando inconcluso?

En lo siguiente: fundar en el país no menos de 600 museos, 20 por cada entidad federativa, para exponer la riquísima herencia prehispánica, novohispánica y la obra creadora contemporánea de los mexicanos. El espíritu de este testamento debemos concretarlo. Es una deuda contraída que debe pagarse.

Ese sueño lo realizó parcialmente Fernando con 25 exposiciones organizadas por él como director general de Fomento Cultural Banamex, con el apoyo resuelto de Fernando Solana y de Antonio Ortiz Mena como sucesivos directores del Banco Nacional de México.

Así hemos podido admirar, en otras muestras de alta calidad: El mueble mexicano, historia, evolución e influencias; Cristos barrocos; Francisco de Goya y Lucientes; El papel moneda en México de 1813 a 1884; la Historia del bodegón mexicano y los bodegones de Agustín Arrieta. Y hoy, aquí, la exposición que ajusta el millar de las organizadas por Fernando: El arte del bodegón en México.

Repito: poca gente conozco que haya tenido una vida tan rica en experiencia como la de Fernando y pocas veces asimismo ha sido reconocido en vida un talento tan creador, por propios y extraños: cogobernó las funciones del INBA durante dos decenios; nueve doctas corporaciones lo hicieron su miembro vitalicio y 17 gobiernos extranjeros le otorgaron las máximas condecoraciones y distinciones, esas que suelen ambicionar muchos secreta o abiertamente.

Sólo faltó sensibilidad al ilustre Colegio Nacional para ofrecer una poltrona —de las tres vacantes disponibles— al célebre museógrafo, omisión que se extiende también, entre otros, a Rufino Tamayo, quien por fortuna nos vive todavía.

Amigos míos: para disolver esta atmósfera un tanto luctuosa, me complace referir una escena citadina incapaz de ser olvidada por mi generación. A Fernando le agradecería oírme:

Para un capitalino, pasear por las calles de Madero a la mitad del decenio de los treinta de nuestro siglo, constituía un placer ya irreversible. No sólo por los escasos vehículos que transitaban sino porque a menudo aparecía una especie de ángel caído del cielo, cuyo cuerpo era en verdad una escultura ambulante. Fue la primera mujer que mi generación vio con pelo arreglado como si fuese *cola de caballo*, lo que resaltaba todavía más la soberbia arquitectura ósea de aquel cuerpo sabiamente revestido por los otros tejidos.

Esa dama, tan hermosa como inteligente, se llamaba Susana y causaba azoro e inquietud cardíaca a cuantos la veíamos pasar.

Una dama así dotada, sólo podía enamorarse de un hombre superior como lo fue Fernando Gamboa. Con ella, en pareja creadora y durante más de 30 años, realizaron una monumental obra de museografía sin paralelo en México y en el mundo.

Susana desapareció algunos años antes que nuestro amigo. Desde aquí le rindo mi gratitud y tributo por su trabajo mancomunado realizado con Fernando.

Y quizás no sea tan caprichosa la hipótesis de que ya instalado a su sabor en el Edén —como buen hedonista que fue Fernando—, pueda conversar, sosegado, con la ya etérea Susana.

Me agrada aludir también a un rasgo vinculado a la emotividad de Fernando Gamboa. Iba a decir, a su turbulencia sentimental, la que varias veces me confió. Es una cara del poliedro que era él, porque ciertamente no estaba hecho de cartón. Era humano, demasiado humano, como diría Nietzsche.

Allá por los años treinta lo escuché en su casa de Tacubaya discurrir ante sus hermanos menores, Joaquín y Emilio, mis amigos también, sobre la filosofía marxista entonces de moda; me llamó la atención su bien timbrada voz. Ya había rebasado con mucho el veintenio, sin embargo la acción corrosiva del tiempo, año con año, no cascó ese timbre de voz ni acabó teniendo eco o resonancia senil. Gregorio Marañón, al oírlo hablar, le habría diagnosticado una espléndida salud gonadal. Fernando hubiera

llegado sin duda a ser un lúcido nonagenario, si no muere en ese malhadado accidente.

Para terminar —amigos todos de Fernando Gamboa—, invocaré ahora una divisa en torno de la cual giró lo más hondo de su existencia: “convertir el arte en una necesidad espiritual del pueblo”. Así debe serlo, y digo esto sin gestecillos demagógicos epileptoides o teatrales.

Gastón García Cantú*

Solía sostener Ortega y Gasset que una generación abarcaba un lapso de tres lustros, en contra de la idea tradicional de que en cada siglo surgían tres o cuatro generaciones. Ortega tenía razón, porque el *tempo* histórico corre ahora a mayor velocidad, sobre todo en los últimos decenios si lo comparamos con la parsimonia del transcurso del siglo XIX.

Ello ayuda a explicar los tres artículos que escribí hace 20 años en torno a las relaciones de México con el Vaticano: nuestro marco circunstancial interno y externo ha sufrido mutaciones de tal envergadura y cuantía, que se ha desatado al fin el nudo problemático de las relaciones entre México y la Santa Sede. Mas ello no sólo se ha debido a los profundos cambios domésticos y externos registrados en las últimas décadas, sino que la conducta del jefe del Estado actual afianza la concordia nacional concebida como prerrequisito para el recambio o modernización de la estructura económica, para bien de lo social, lo político y lo cultural de nuestro país.

Hace más de 20 años un amigo fraternal, Benito Coquet, desaparecido ya, me formuló esta pregunta: “¿Cómo verías la reforma al artículo 130 de la Constitución, tú que estás —como lo has repetido siempre— incapacitado racional, emotiva, humoral y glandularmente para la noción y emoción de Dios?”

* Artículo titulado “Más papista que el papa”, publicado en *Novedades* el 26 de enero de 1974.

Desde luego respondí a Benito: “No creo que constituya una catástrofe para el país sino un enlace más sólido para la cohesión social de los mexicanos, pues vamos a necesitar afianzar la unidad nacional ante el asedio del exterior”.

Y agregué a Benito Coquet: “Eso sí sería modernizar la estructura jurídica de nuestra Ley Fundamental y dejar de lado todas esas antiguallas que tanta sangre provocaron en sucesivas guerras fratricidas no sólo en el siglo XIX sino en el XX, sobre todo durante la llamada Guerra Cristera que duró de 1926 a 1930”.

Me complace reproducir ahora esos tres artículos aparecidos hace tres decenios en el diario capitalino *Novedades* para responder a una posición jacobinizante adoptada por un amigo que mucho aprecio. He aquí los referidos tres artículos.

SÚBITA CONCIENCIA JACOBINA

En los últimos años muchos marxistas consideran de buen tono cultivar relaciones amistosas y estrechas con ciertos obispos. Justifican su conducta con argumentos *dialécticos* al alegar que el laicismo propio de su filosofía no se mancilla para nada al tener contacto personal con los miembros del clero de pensamiento avanzado, ya que su amistad se basa en una coincidencia para acelerar los cambios sociales.

Con solícita prontitud esos marxistas justificaron la visita que hace años hicieron al papa, la hija y el yerno de Krushev, entonces director de *Pravda*. Lo mismo ocurrió con el ministro de Relaciones soviético, Gromyko, y del presidente de la URSS, el señor Podgorny.

Ahora, un connotado militante de la izquierda mexicana reprueba la inminente visita de nuestro jefe de Estado al Vaticano. Con percepción obliterada, Gastón García Cantú afirma que México dejará una garra de nuestro centenario laicismo cuando tenga lugar el encuentro de presidente de México con el papa.

Una súbita conciencia jacobina terciaria —como diría López Velarde— invadió a García Cantú y oscureció las luces habituales de sus escritos al gastar mucha inteligencia en no ser inteligente: lo logró con plenitud en su artículo aparecido en *Excélsior*.

Al leer el texto de Gastón, un automatismo involuntario me hizo formular una cuestión: ¿Si Fidel Castro concertara una visita con Paulo VI porque así conviniera a los intereses de Cuba, publicaría dicho escritor un artículo con la misma acrimonia que el de ayer? Estoy seguro que no. Cabría preguntar entonces: ¿Lo que en los países marxistas es alegría, en el México laico es borrachera?

Otra pregunta surge al desgaire: ¿cuándo en 1938 el arzobispo primado de México, Luis María Martínez apoyó el decreto de la expropiación petrolera y movilizó sin tardanza a su feligresía para respaldar a Lázaro Cárdenas, hubo de capitular éste sólo por haber admitido tan eficaz adhesión de la alta jerarquía eclesiástica?

A la vista del artículo de García Cantú podemos estar seguros de que si él hubiese tenido proximidad amistosa con don Lázaro, le habría sugerido rechazar semejante apoyo, que si bien afectaba los intereses de los monopolios petroleros, llevaba la adhesión del clero con olor a incienso y a sotana.

La visita del presidente de México al papa no entraña una “rectificación histórica del rumbo nacional: ni un cambio político ni un signo interno para México, ni constituye una contraseña para que se lancen las fuerzas políticas más regresivas a rectificar cuanto puedan” como lo afirma Gastón, provisto de una manía persecutoria envuelta en el celo liberal.

El monopolio de la erudición histórica vinculada a las relaciones entre la Iglesia y el Estado no lo posee ciertamente García Cantú. La compartimos con él otros mexicanos. Y no es tampoco privativa de él una conciencia alerta frente a cuanto signifique un intento de exhumación de los fueros eclesiásticos prerreformistas.

El estatus jurídico de tales fuerzas es irreversible, siempre y cuando la Iglesia no atienda —con fino oído— el consejo que le da García Cantú cuando, traicionado por impulsos subconscientes escribe lo que sigue:

...la visita del Presidente provocará la intensificación de la religión practicada en sus formas rituales, la supeditación al Vaticano, el fortalecimiento de un Episcopado que alienta con la esperanza de las relaciones diplomáticas con su verdadero Estado, la abrogación del laicismo en la enseñanza en el dominio de la educación superior y el cambio de nuestras leyes esenciales en la Constitución; sobre todo parte del artículo 3, del 27 y todo el 130.

Por lo pronto, es evidente que la inobservancia de estos tres artículos no es de ahora sino que data de hace cuatro décadas. No procede del sexenio del presidente Ávila Camacho. Arranca de dos años anteriores. El acucioso historiador que es Gastón no puede ignorar que don Vicente Lombardo Toledano —nuestro común amigo desaparecido— acusó a los callistas de distraer la atención popular para no enterarla de los problemas obreros y agrarios e intentar resolverlos mediante la movilización de un anticlericalismo grotesco que solía dar el nombre de Virgen María a una vaca lechera o el nombre de Sagrado Corazón de Jesús a un toro semental, como ocurrió en Tabasco cuando su gobernador organizó una exposición ganadera.

Ya lo sabemos: a lo largo de nuestra historia como nación autónoma la conducta recurrente de algunos altos dignatarios de la Iglesia ha consistido en no oponerse al progreso nacional, a la independencia, a las leyes de reforma y a la lucha antiimperialista del país. Los gobiernos más patriotas y sagaces pusieron árnica en las heridas causadas por la secular pugna sostenida entre el clero y los liberales, y en nombre de la concordia nacional actuaron de tal modo que sin menoscabo del liberalismo mexicano —hincado en nuestro pueblo con hondas raíces— se fuera edificando una paz orgánica interna, apta para salir al paso del asedio del exterior. Esa concordia parece molestar a Gastón.

Confiemos en que la Iglesia no proceda con diligencia a poner en práctica el consejo lateral dado por Gastón, empeñado como está en no percibir la movilidad de la historia ni en advertir lo ventajoso que es para México el hecho de que el papa represente un ascendiente ético en apoyo a un

instrumento jurídico internacional propuesto por nuestro país, cuya observancia puntual ayudaría a extirpar la plaga del imperialismo en caso de aprobarse en la próxima reunión de las Naciones Unidas. Me refiero a la Carta propuesta por México en Santiago de Chile hacia marzo y abril de 1972. En ella se codifican los derechos y deberes económicos de los Estados y es contemplada con simpatía por Paulo VI, al igual que por el secretario general de la ONU y 120 miembros de tal organismo.

Cuando hace siete años almorzaba yo en la casa de Benito Coquet con el gran Adolfo López Mateos y el padre Maciel —fundador de la Orden de Legionarios de Cristo—, éste hubo de afirmar, a propósito de Juárez, durante la conversión, lo siguiente: “Debía ser canonizado San Benito Juárez”. Advertí entonces que había una notable evolución en el pensamiento de algunos altos prelados de aquí y de fuera, bien distinta y distante del clero terciario o cuaternario, cuya supervivencia estimula todo rebrote de jacobinismo.

Antes de terminar la Segunda Guerra Mundial, Churchill sugirió a Roosevelt y a Stalin sentar a la mesa de las negociaciones al papa para planear la paz universal. El gobernante soviético desde luego se opuso y preguntó: “¿Cuántas divisiones militares tiene el papa?”

Con un ademán que habría complacido a Stalin, García Cantú rehúsa reconocer que Paulo VI ostenta una fuerza moral —no militar— que México usa con plena legitimidad y asepsia en apoyo de una Carta opuesta a la acción imperial de las grandes potencias. Si éstas tuviesen sensibilidad, deberían ser munificentes y gratas con Gastón. Por fortuna se trata de un escritor incorruptible, ahora equivocado, pero siempre bien intencionado.

Sin embargo, en política las buenas intenciones mal orientadas acaban por dañar a todos cuando se actúa como *aprendiz de brujo*. Y como no hay un aparato llamado *intencionómetro* que mida con exactitud las intenciones que cada quien abrigue, lo que importa en última instancia consiste en percibir cómo resuena nuestra conducta pública en la esfera de la realidad concreta y a quién sirve a la postre.

RELACIONES ENTRE MÉXICO Y EL VATICANO¹

Ahora que el tema de mayor circulación es el de la visita del presidente de México al Vaticano rechazada por García Cantú, convendría hacer un esquema muy pequeño de las relaciones sostenidas entre nuestro país y el papado. Por lo pronto, cabe afirmar que éstas no fueron entusiastas ni antes ni después de la Reforma.

A lo largo de siglo y medio de historia del papado coincidente con toda nuestra vida autónoma —o sea desde Pío VII hasta Paulo VI— las relaciones formales entre México y la Santa Sede apenas se prolongaron durante un cuarto de siglo. Es decir, cuando ocuparon la silla apostólica sólo dos papas sucesivos: Gregorio XVI con el que las establecimos en 1835 siendo presidente Miguel Barragán y Pío Nono, con el que el presidente Juárez las rompió en 1864. El primero de ambos permaneció en la Santa Sede de 1834 a 1846 y el segundo de 1846 a 1878. Ellos —los papas— nombraban a los altos prelados de distintas diócesis en nuestro país. Y al revés de lo que puedan suponer algunos de los más despistados observantes de la fe católica —quienes ante la visita del presidente mexicano están poseídos de un triunfalismo insensato, como bien lo califica el inteligente Vicente Leñero—, las relaciones entre la Santa Sede y México no fueron cordiales, ni continuas ni muy estrechas en la etapa prejuarista del México independiente.

Excomulgado Hidalgo por la alta jerarquía eclesiástica debido a su grito libertario en Dolores y escindido como fue nuestro país de la Corona española después de 11 años de lucha independentista, el Vaticano no vio con simpatía la autonomía nacional alcanzada en 1821. Tocó a Gregorio XVI darle cierto asentimiento después de muchos regateos y reticencias de sus tres predecesores —Pío VII, León XII y Pío XVIII—, los cuales no digerían la idea de que las colonias españolas en este continente alcanzaran su independencia.

¹ Artículo publicado en el periódico *Novedades* el 31 de enero de 1974. Fue precedido de una nota del director de dicho diario que dice así "A partir de hoy, los jueves de cada semana *Novedades* ofrecerá a sus lectores los artículos del destacado intelectual y político mexicano José E. Iturriaga, ampliamente conocido nacional e internacionalmente por sus actuaciones en los campos de la universidad, de las finanzas, de la política y de la diplomacia".

En efecto, tuvieron que transcurrir casi tres lustros para que la Santa Sede aceptase reconocer nuestra autonomía nacional y deseara enviar un delegado papal que se encargase de organizar el cuerpo diocesano en nuestro país, cuyos obispados habían quedado desiertos desde que se inició nuestra lucha independentista. En 1830 no había ya un solo obispo en la República: en Michoacán desde hacía 21 años; en Chiapas y Monterrey desde nueve años atrás; en México desde hacía siete años; en Guadalajara desde seis años antes; en Sonora y Durango también desde cinco años atrás; en Yucatán y Oaxaca hacía un trienio, y en Puebla un año antes.

Tres meses después de consumada nuestra autonomía política, en septiembre de 1821, precisamente durante el gobierno monárquico de Iturbide y no durante un *gobierno republicano* —hay que recalcarlo así—, la Comisión de Relaciones Exteriores del Poder Legislativo del Imperio de Iturbide estimó que “El Patronato laical y real que ejercían los Reyes de España se había transferido a México al haberse constituido como Nación independiente” y recomendaba que el nuncio nombrado por el Vaticano fuera mexicano de origen y gozara de poderes semejantes a los del papa. La alta jerarquía del clero en México, por supuesto, no aprobó semejante criterio que consideraba cismático, si bien apoyó la idea de refrendar el patronato negociándolo con el Vaticano a través de un comisionado idóneo, cuyo nombramiento no se hizo porque el fugaz imperio de Iturbide se derrumbó antes.

Instaurada la República en 1823 el Congreso Constituyente decretó que el Triunvirato en ejercicio del Poder Ejecutivo, nombrara un agente gubernamental en Roma para manifestar al papa que la religión católica apostólica y romana era la única que profesaba el nuevo Estado republicano y que se le tributarían los respetos debidos al jefe de la Iglesia universal. Se nombró como representante del gobierno de México ante el Vaticano al sacerdote Francisco Guerra pero no aceptó. En su lugar se designó al muy listo fray José Marchena para obtener el codiciado patronato que la Iglesia había concedido a los reyes de España, de Castilla y de León.

El papa recibió a Marchena hace 150 años, pero no lo hizo en forma oficial sino con carácter privado, porque él, León XII, desconoció los títulos legales que ostentaba el comisionado mexicano, no sin advertir a Marchena que trataría con él todos los puntos que se le expusieran, menos “los que pertenecían al reconocimiento de la Independencia”, según decía Marchena en su informe rendido a nuestra Cancillería el 25 de febrero de 1824. Poco después en julio del mismo año, el presidente Guadalupe Victoria envió a Roma, ya con el rango de ministro plenipotenciario, al canónigo y jurista Francisco Pablo Vázquez para obtener tanto el mencionado Patronato como un acuerdo general con el Vaticano.

Francisco Vázquez fracasó parcialmente a lo largo de seis años de residencia en Europa pese a la idoneidad que poseía con respecto a los intereses económicos e intemporales de la Iglesia. En el lapso comprendido entre 1825 y 1831, entre muchas dificultades, las negociaciones acabaron por celebrarse con limitado éxito no obstante la diligencia del canónigo Vázquez, cuyos títulos expedidos por el presidente Victoria fueron refrendados a su vez por Vicente Guerrero y Anastasio Bustamante. Durante su estadía en Roma, Vázquez pudo asistir a los funerales de Pío VIII muerto en diciembre de 1830, y sólo consiguió del jefe de la Iglesia siguiente llenar las vacantes de las diócesis que carecían de obispos en México.

No se obtuvo el concordato; ni el envío a nuestro país de un nuncio o agente papal; ni se resolvió la cuestión de los diezmos, cuyo pago sólo se podía hacer a la mitad porque la guerra civil constante había empobrecido a la feligresía mexicana; en suma, no se firmó concordato alguno.

Lo cierto es que en febrero de 1831 Vázquez obtuvo la consagración de los seis obispos propuestos por el gobierno mexicano en el primer consistorio del pontificado de Gregorio XVI, *el amigo de México*, como lo llamaba el clero mexicano. Entre aquellos obispos se hallaba el propio canónigo Vázquez, consagrado en Roma por el cardenal Odascalchi, quien a su vez nombró en México a los cinco obispos restantes. Cinco años después, el 9 de diciembre de 1836, el nuevo ministro plenipotenciario designado por el presidente Barragán fue Manuel Díez de Bonilla, recibido con tal

carácter por la Santa Sede cuando España no había reconocido todavía la independencia de México. La madre patria lo hizo tres semanas después, justo el día de los Santos Inocentes. La antigua metrópoli aceptó para siempre el derecho de autodeterminación de los mexicanos.

Al reconocer Gregorio XVI nuestra independencia después de 15 años de haberla obtenido, el ministro Díez de Bonilla anunció que el Vaticano estaba dispuesto a enviarnos un nuncio papal, pero que los gastos correspondientes debían correr por cuenta del gobierno de México porque la Santa Sede carecía de recursos. Pero nosotros, ciertamente, estábamos más pobres y descapitalizados que el Vaticano debido a las guerras intestinas e intermitentes que padecemos. No hubo, pues, enviado alguno del papa.

La inestabilidad política que caracterizó a las primeras décadas de nuestra nación independiente —en virtud de la cual fuimos de la monarquía a la República y oscilamos pendularmente del federalismo al centralismo y del centralismo al federalismo—, contribuyó, de modo directo a impedir la conclusión de un concordato con Roma —que nunca se firmó— ya que tales corrientes políticas se disputaban en forma alternativa el poder y poseían un ideario distinto con respecto a nuestras relaciones con la Santa Sede.

Las asimétricas y precarias relaciones con el pontificado de Roma sólo adquirieron reciprocidad 30 años después de nuestra autonomía. Ello ocurrió cuando el 11 de noviembre de 1851 llegó a la capital el obispo titular de Damasco y nuncio apostólico Luigi Clementi, durante el gobierno del presidente Arista. Sólo un decenio se extendió la vinculación recíproca en las relaciones de México con el Vaticano hasta que se rompieron con el gobierno de Juárez y en cuyo lapso la Santa Sede mantuvo a un solo delegado apostólico, a Clementi, ya citado.

Pedro Francisco Meglia, también obispo de Damasco, fue acreditado como delegado apostólico ante el gobierno espurio de Maximiliano en diciembre de 1864; pero sólo permaneció en México seis meses, disgustado porque el emperador poseía un credo liberal semejante al de Juárez.

En el esquema sumario trazado en nuestro artículo de ayer en torno a las relaciones entre México y el Vaticano, se destacan dos periodos precisos. Uno fue de 15 años: de 1836 a 1854, en el cual se mantuvieron vínculos asimétricos con la Santa Sede, pues ésta no envió representante alguno y México sí. El otro fue de 10 años: de 1854 a 1864 y hubo en él lazos recíprocos con intercambio de representantes por ambas partes.

Ello significa, en efecto, asimetría de trato: mientras Roma sólo mandó a Luigi Clementi, México acreditó a cinco agentes diplomáticos durante el cuarto de siglo que mantuvimos relaciones con el Vaticano, ellos fueron: Manuel Díez de Bonilla, José M. Montoya, Ignacio Valdivieso, Manuel Larráinzar y Ezequiel Montes, ya que los otros dos representantes mexicanos correspondieron al gobierno dual conservador que le disputaba la legitimidad a Juárez durante la Guerra de los Tres Años: Pelagio Antonio Labastida y Dávalos e Ignacio Aguilar y Marocho.

No habiendo pues una larga y continuada tradición de vínculos diplomáticos entre los gobiernos de México y los 12 papas, es tan insensato abrigar una actitud triunfalista seudocatólica, como alentar una derrotista, según la cual el clero se dispone a aplastar la tradición liberal de México con el mero encuentro entre Luis Echeverría y el papa, que tendrá como desenlace un concordato.

Si los sucesivos gobiernos regresistas que padecemos —los de Bustamante, Lombardini, Santa Anna, Zuluoaga y Miramón— tampoco firmaron concordato alguno con la Santa Sede, no obstante que tenían como trasfondo histórico la santa alianza edificada por Metternich y Castelreagh, ¿cabe esperar que lo haga el presidente Echeverría cuya formación liberal es bien conocida? Es imposible e impensable semejante posibilidad, sobre todo cuando en la silla apostólica soplan vientos nuevos, producto de dos guerras mundiales devastadoras y de pugnas sucias localizadas, de una re-

² Artículo titulado "De consejero a escritor. México y el Vaticano", publicado en el periódico *Novedades* el 27 de enero de 1974.

volución muy profunda pero liberticida, que a contrapelo del impulso que la movió, su mejor fruto ha consistido en enterrar al capitalismo decimonónico y sustituirlo progresivamente por sociedades organizadas dentro de una economía mixta, cuyo desarrollo se planea con libertades humanas; sin embargo hay una ecofagia amenazante nacida de un irracional consumismo, de una brecha injusta —ampliada cada vez más— entre los países industrializados y los países en desarrollo; y, en fin, producto de la urgencia de edificar una paz universal y permanente con desarme general y completo.

Frente a todas esas novedades históricas y mudanzas estructurales registradas en el mundo en un par de generaciones —que han llevado consigo aire fresco—, el Vaticano lo ha respirado con profundidad. No ha permanecido estático. Echeverría tampoco. Ninguno de los dos sustenta una mentalidad preatómica. Uno y otro pugnan por organizar la paz universal; por acortar la brecha existente entre los países del Tercer Mundo y los altamente desarrollados; y luchan, en fin, por el uso de la ciencia y la tecnología para concretar la justicia distributiva a escala universal.

El encuentro no será teológico ni metafísico. Ni penumbrosamente dirigido a establecer —a corto, mediano o largo plazo— relaciones entre México y el Vaticano. Ni a preparar concordato alguno. Es reaccionario todo triunfalismo seudocatólico suscitado en torno a dicho encuentro, como lo es también todo alarmismo jacobinizante.

Y digo esto, habiendo tomado una determinación sobre la marcha, no carente sin embargo de lógica interna y de reflexión sobre mi actual conducta.

Ésta consiste en renunciar, desde luego y de modo irrevocable, al muy honroso cargo que el presidente Echeverría hubo de conferirme hace casi tres años. Abrigo esta firme convicción: es incompatible ser consejero del presidente de la República y ser al mismo tiempo escritor político.

He tenido la honra de que el presidente Echeverría, en julio de 1971, me ofreciera un puesto de rango superior al de consejero del presidente de la República y de que el Partido Revolucionario Institucional me hubiera

propuesto una postulación como candidato a representante ante la actual Legislatura.

Rechacé ambas posiciones como ahora declino el cargo de consejero presidencial. Y lo hago así porque mi voz puede hacerse sospechosa de parcialidad o —peor aún— de palacieguismo repugnante, aun cuando mis escritos correspondan con fidelidad a mi conciencia.

El escritor tiene la obligación moral de preservar su derecho a consentir tanto como a disentir. Mas para conservar ambos, ha de mantener su independencia, pues sólo así aplaudirá al poder público sin sonrojo inhibitor cuando proceda, o bien lo censurará sin abrigar sentimiento alguno de culpa o deslealtad.

Christiane Magnani de Alemán*

En Francia —al finalizar la Segunda Guerra Mundial— Christiane Magnani vio la primera luz. Esa luz que ha sido su herramienta para realizarse con plenitud y devolver con creces la belleza con la que fue dotada. Por esa cualidad obtuvo el primer lugar en cuatro certámenes sucesivos.

Concluida la hecatombe que cegó 50 millones de vidas, Christiane fue designada reina de belleza en la pequeña ciudad de Chatellerault en 1952. A esa joven, hija de francesa e italiano, la eligen en París como “La italiana más Bella de Francia”. Al influjo de la revista *Cinemonde*, triunfó también en el certamen anual y obtuvo el título de Miss Francia. La misma publicación la promovió para participar en el concurso internacional de belleza que cada año se celebra en distintos lugares del mundo. Christiane Magnani ganó el título de Miss Universo 1953-1954, cuando éste se llevó a cabo en Long Beach, California.

Con tan alto rango, firma un contrato con los Estudios Universal de Hollywood y viaja después a Sudamérica. En México inicia su carrera como actriz al lado del célebre e inimitable Mario Moreno, *Cantinflas*, y tiene en su haber 17 películas filmadas en México, Estados Unidos e Italia.

En 1961 Christiane Magnani contrajo matrimonio con el entonces empresario Miguel Alemán Velasco y ella, desde luego, se retiró de la carrera cinematográfica para dedicarse a su hogar.

*Introducción al libro *Sentimiento en imágenes* de Christiane Magnani de Alemán, publicado en noviembre del año 2000 por Fomento Cultural Banamex, A.C.

Madre de cuatro hijos se da tiempo para ser muy activa en la promoción sociocultural y por ello pertenece a diferentes asociaciones: es presidenta honoraria de Mujeres Empresarias, A.C., filial en México del Banco Mundial de la Mujer; miembro fundador del Consejo de la Fundación Miguel Alemán Valdés, A.C; presidenta del Patronato del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia; presidenta honoraria de la Cruz Roja y presidenta de la Unión Femenina Iberoamericana A.C., en el estado de Veracruz.

Desde su arribo a México y en su prolongada estancia aquí —hace cuatro decenios—Christiane Alemán ha asimilado la vida y las expresiones de la rica cultura nacional. Ello le ha permitido divulgar en todo el mundo la fuerza de los valores y de las tradiciones de nuestra patria.

Christiane se distingue por su discreto apoyo a numerosas causas sociales. Está convencida de que la educación y el saber son pilares y cimientos del desarrollo del ser humano, de la familia y de la sociedad veracruzana en que ahora está gratamente inserta. Y, a su vez, está segura también de cómo la preparación educativa de los niños es responsabilidad de todos: del gobierno en sus tres niveles, de la sociedad civil, de los organismos no gubernamentales y de cada uno de nosotros en lo personal.

Por ello ha promovido a favor de los niños de Veracruz la creación de fundaciones comunitarias llamadas *Tokoneme*, que en lengua náhuatl significa nuestros hijos. Su objetivo consiste en dar asistencia social, médica y recreativa a niños y madres de escasos recursos, que en sus horas de trabajo necesitan dejar a buen cuidado a sus hijos.

Por igual; Christiane Magnani de Alemán participa en forma activa y fecunda en las relaciones de México con Francia.

Tan generosas pero aplastantes obligaciones, no han impedido a Christiane ir realizando lo más profundo de su identidad: su vocación estética, expresada en confirmar —creo yo— hasta qué punto la sentencia de Oscar Wilde es verdadera, aquella que reza así: “la naturaleza imita al arte”. Y lo ha logrado de tal suerte, que su certera mirada desde el avión donde suele volar —auxiliada de su cámara Instamatic— ha podido capturar desde las

alturas escenarios que prueban de modo exhaustivo la validez de la sentencia wildeana.

Pero dije capturar, no imitar, porque el artista no copia, crea. Éste no es artesano, noble oficio en verdad. Pero si el fotógrafo tiene educación estética —y Christiane la posee en abundancia—, captura un área de la realidad en un momento irrepetible con el pincel de su cámara mojado en el colorido de la paleta de un crepúsculo o de un amanecer.

Uno de los lugares comunes repetidos por los críticos de arte afectos al academicismo, consiste en que la función del artista no es otra que la de reproducir con fidelidad los rasgos polifacéticos de la realidad, múltiple y proteica como es.

Qué aberrante suena ahora semejante juicio, porque arrebatada al artífice lo esencial de su condición: crear. Sí, porque éste le agrega a la realidad algo de lo que ella carece: saber que existe. Carece de autognosis. El testimonio de su existencia se lo da la conciencia humana, sobre todo la del creador desde el ángulo inédito de su personalidad, ajeno muchas veces a la percepción del hombre común. Esa es precisamente la función del artista: crear, no copiar. O, si se prefiere, enriquecer la realidad circundante en cualquiera de sus formas.

Recuerdo ahora que el verbo infinitivo griego *poyein*, significa crear, y que poeta quiere decir precisamente creador. Sí, creador de lo que no es o está, ausencia que no perciben ojos ineducados. Sí, el verdadero artista enmienda la plana a la naturaleza con sólo contemplarle desde el filtro de su incanjeable individualidad y porque es capaz de traducir y transmitir a otros la realidad tal como él la percibió, con su aportación.

Mas ello, sin copiarla de modo mecánico ni servil, ni menos abstraerla hasta convertirla en un ente ininteligible. A esa técnica o recurso acuden a menudo ciertos artistas cuya trampa o simulacro estético suelen admirarlo y valorarlo algunos mercaderes en forma convencional.

Incansable viajera por el aire, Christiane se ha familiarizado con el sistema montañoso del mundo: con los Apeninos, los Pirineos, los Alpes, los Andes, los Apalaches, las Rocallosas y, sobre todo, con la Sierra Madre

Oriental y con la Sierra Madre Occidental, unidas broncamente hacia el sur de la República en el nudo de Zempoaltépetl.

Toda esa familiaridad con la orografía nacional y universal, también emparenta con cielos y nubes, costas y continentes, mares e islas que han educado sus ojos para distinguir las distintas y distantes tonalidades de luz que despide en el firmamento el astro mayor de nuestro sistema planetario. El privilegio de navegar a una altura de 10 mil metros sobre el nivel del mar agudiza la vista de modo placentero. Además la educa.

Muchas veces los peatones miramos desde el suelo un espeso hacinamiento de nubes como si fuesen un techo que impide la visión del cielo. En cambio, Christiane sabe que arriba o al otro lado de esos grisáceos nubarrones, hay una especie de suelo polar, blanquísimo como la nieve del Ártico o del Antártico, pero sin osos ni pingüinos, ni morsas ni trineos tirados por perros entrenados; sin embargo ese inacabable y anfractuoso suelo polar sufre cambios subitáneos y azorantes por la acción de los vientos y de la luz solar. Semejantes mutaciones capta Christiane con la alquimia de sus ojos y transforma su percepción mediante su cámara, cuyo botón es movido por su dedo con temblorosa emoción estética.

Allá arriba de esos espesos nubarrones, el ojo viajero —según sea su sensibilidad— recibe regalo tras regalo plástico y cromático, compensados a veces por un susto vergonzante conforme la nave va descendiendo a su destino.

Más antes quiero asomarme a los inicios de la herramienta que maneja Christiane Magnani de Alemán.

Durante milenios y milenios el ser humano se la pasó sin fotografía, hasta que la inventaron Nicéforo Niepce y Jacobo Daguerre hace siglo y medio. Ahora nos resulta imposible imaginar un mundo sin ella y mediante la cual podemos recordar los momentos singulares de nuestras vidas o de nuestra cambiante imagen merced a la acción destructora del tiempo: desde la infancia a la senectud. O bien lugares lejanos e informarnos sobre cualquier hecho sobresaliente a escala global e ilustrado con fotos.

Y toda vez que la materia prima de la fotografía es la realidad en todas sus formas, no es fácil definirla porque su evolución ha ido de ser un mero producto artesanal hasta convertirse en un arte plástico de alta jerarquía.

Lejos estamos de aquellos trances chuscos producidos cuando se tomaba una foto familiar y cuyo operador nos exigía mirar hacia arriba en busca de una supuesta paloma. Son largas las rutas recorridas por la foto fija y muda, hasta llegar a la fotografía en movimiento y sonora, que hizo posible la cinematografía. Este es un gran tema.

Pero regresemos a la temática de cielos y nubes cultivada en México hace siete decenios en la cinematografía, o sea, antes de Christiane Magnani.

Al principiar la década de los treinta de esta agonizante centuria vino al país un cineasta soviético: Sergio Eisentein. Enamorado el cineasta ruso de la claridad de los cielos del Valle de México y de sus nubes distribuidas estéticamente en el palacio, filmó aquí su cinta titulada *Tormenta sobre México*. Mucho influyó esta cinta en nuestro cine. Por ejemplo en *Redes* y en *Janitzio*; y, sobre todo, en la llamada Época de Oro del cine mexicano.

El binomio temático cielos-nubes de Eisentein fue muy bien asimilado por Gabriel Figueroa quien recargaba su brazo y su cámara sobre un maguey, donde se hallaba una sabana tendida. Solía tener Gabriel como protagonistas a los hermosos rostros de Lola del Río y María Félix, ello en contraste con la áspera faz del *Indio* Fernández, agresivo y bravo como lo fueron Díaz Mirón y Cellini, célebres perdonavidas.

Sí: es muy diferente la imagen de esos cielos filmados por el artista soviético y el mexicano, a la que nos ofrecen desde arriba del techo nuboso, inacabables cielos níveos que con sólo entregarse a verlos conducen al viajero a un silencio casi religioso. Yo diría: panteísta.

Viajera pertinaz y con los ojos bien abiertos, Christiane pudo captar nubes y cielos, auroras y ocasos, volcanes y serranías al enriquecerlas desde su propia perspectiva con su mismo cedazo espiritual.

¿Para qué numerar las obras de tan singular exposición fotográfica que consagra ya como artista de primera magnitud a Christiane Magnani de Alemán?

Es preferible que cada lector forme su propio juicio. Estoy seguro que coincidirá de alguna manera, con el autor de la presente introducción.

Emilio Obregón*

Quien emprendiese una historia de las tertulias intelectuales capitalinas agrupadas en torno a una librería —después de filiar una a una— no podría integrarla sin aludir a la recién desaparecida librería Obregón, ubicada en la avenida Juárez, frente a La Alameda. Su corta vida apenas cubrió un trienio, de 1953 a 1956.

Durante muchos años se le habrá de recordar con gratitud, incluso por los mezcquinos de profesión. El caballeroso Emilio Obregón —descendiente de linajuda familia porfiriana, algo así como la versión aerodinámica de aquel animador literario de hace un siglo que fue el conde de la Cortina—, supo convertir la habitual sordidez pragmática del vendedor de libros en una tarea generosa y auspiciadora de la vida cultural de nuestra ciudad.

Respetuoso de la inteligencia sin anteponer a ella el criterio partidista, dotado de espíritu abierto y alérgico a todo sectarismo, tal como corresponde a un liberal auténtico —parece que en sus venas late sangre juarista—, Emilio Obregón transformó el gran salón de su extinta librería en hospitalario albergue, donde fueron honrados con vinos de honor, un Fernando Benítez —paisajista descarriado en las letras y soldado de las mejores causas—, el virtuoso sacerdote Alfonso Méndez Plancarte, erudito latinista ya difunto; Andrés Iduarte —errabundo, desafortunado y noble—; Octavio Paz, acaso el mejor prosista de nuestra generación y sin duda el más grande poeta de

* Artículo titulado "Las librerías de José María Andrade y de Emilio Obregón", publicado por el periódico *Novedades* el 26 de agosto de 1956.

habla española de nuestro tiempo; así como al gran genio de un Diego Rivera como la ciencia austera y rigurosa de un Alfonso Caso o la insustituible y monumental sabiduría humanista de un Alfonso Reyes.

Los peregrinos españoles de la libertad asimismo recibieron homenajes organizados por Emilio Obregón en su librería: entre otros, el notable ensayista y crítico español Dámaso Alonso. Sin olvidar entre los huéspedes de Emilio a Rómulo Gallegos, el célebre novelista y presidente venezolano derrocado por la opresión imperial extranjera o el sacerdote jesuita Jean de Roquois, exponente del pensamiento francés más avanzado dentro del catolicismo. Todos hallaron en la librería de Obregón con quien departir y charlar. Allí concurría esa especie de patriarca hebreo y arcangélico que es León Felipe, lo mismo que Octavio Barreda, cuya mordacidad y malicia son compatibles con el bien que ha hecho a las promociones de escritores y poetas que hoy merodean en torno a los 40 años: les dio oportunidad de hacer sus primeras armas en *Letras de México* y además les concedió canonjías, que era la forma vergonzante o subrepticia de becar al estudioso en un tiempo en que éstas no menudeaban.

En la librería de Obregón competía el ingenio del ausente César Gari-zurieta con el de Andrés Henestrosa cuya portentosa erudición de nuestra letras y de las españolas no empaña sino acendra la emoción mexicaní-sima que de él brota. Allí lucía Antonio Flores Ramírez, con pareja desenvoltura, tanto las galas de su impecable atuendo escocés como las de su bondad e inteligencia, siempre nutrida de hechos, noticias y cultura; ahí concurría esa pléyade de escritores jóvenes que en unos cuantos años se han ganado, a la buena —esto es, con trabajo— un nombre: Carlos Fuentes, Jorge Portilla, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Antonio Alatorre, Fausto Vega, Manuel Calvillo y Daniel Dueñas.

El presunto historiador de las librerías en México tendría que destacar, por igual, el empeño de Emilio Obregón en animar la vida plástica de país y recordar, entre otras cosas, que en la minúscula galería que instaló Emilio anexa a su librería —a la que le puso el nombre de El Cuchitril, para subrayar así su intención mexicanista—, organizó aquella exposición memo-

rable en la que cada uno de nuestros grandes pintores ofreció la versión de su respectivo gabinete de trabajo; montó también Emilio la única exposición de genial y arisco Francisco Goitia, el zacatecano, cuya pintura nunca había podido contemplarse en conjunto.

Como una emanación de la fraternal sociabilidad auspiciada por Emilio Obregón dentro de su librería, surgió la *Revista Mexicana de Literatura*, en cuyos seis números aparecidos mes a mes bajo la eficaz gerencia del propio Emilio, colaboraron gente de la talla de Octavio Paz, Juan Rulfo, Carlos Fuentes y otros miembros de una promoción literaria cuya característica no es por cierto la ignorancia.

No es inútil recordar cómo en las ciudades de cultura mediterránea los hombres de hábitos intelectuales y de inquietud política —cualquiera que sean sus alcances— han sabido departir en una cafetería, ya se trate de París, de Aix-en-Provence, de Roma, de Nápoles, de Madrid o de Sevilla, de Barcelona o de Valencia. Diríase que la cafetería es el muñón o supervivencia institucional del ágora grecolatina. En cambio, los países de cultura nórdica, aquellos en donde el impacto del feudalismo fue mayor, han trocado el solariego castillo del señor feudal —en Inglaterra fundamentalmente—, por la quietud recoleta del club.

Dos culturas frente a frente. Dos estilos de vida en pugna: la manía discursiva contra el laconismo; la logorrea contra el mutismo; la locuacidad frente al gestillo aristocratizante estreñido de palabras.

Desprendimiento y criatura de Inglaterra, Estados Unidos debe a ellos quizás la ausencia de la institución de la cafetería para charlar, mas tal institución no ha sido sustituida por el club inglés sino por el café para almorzar de prisa sentado en una periquera, práctica tan extendida a lo largo y a lo ancho del territorio norteamericano. El *quick lunch*, funcional pero bárbaro, práctico pero inhumano, encarna ciertamente el símbolo de una civilización pragmática que endiosa, como máximo valor, el negocio, palabra de estirpe latina que —ya se sabe—, quiere decir precisamente no ocio; esto es, lo contrario a la holganza, condición ésta que, según los antiguos romanos, es el estado paradisiaco del hombre: *el ocio es lo natural al hombre; el negocio es lo antinatural a él.*

Mientras Veracruz —la más mediterránea o españolizada de nuestras ciudades, la sociabilidad es más intensa y todos los temas brotan jacarandosos—, en el centro y algunas otras zonas del país, la institución de la cafetería ha carecido de arraigo. Acaso ello ha contribuido a que el veracruzano sea hospitalario y liberalote, capaz de practicar con mayor profusión la polémica pública que el mexicano del altiplano, cuya precaria sociabilidad —quizás de origen indígena— ha sido filiada de antiguo por una sociología empírica.

Sin embrago, semejante síndrome ha sido cierto hasta hace poco, pues debo dejar consignado el hecho de que desde hace casi 20 años en que una bendita ola de españoles se avecindó entre nosotros huyendo de la tiranía franquista, la Ciudad de México ha contemplado cómo en sus calles han proliferado, como hongos, la mediterránea institución de la cafetería.

Claro que el inmediato antecedente de ésta es el modesto, barato y eficaz café de chinos aparecido entre nosotros desde principios de siglo —cuando regía una política liberal de población, y los nacionales de ese país gastaban ostentosas *trenzas*—; pero fue tan sólo receptáculo de las preocupaciones metafísicas, políticas y literarias de la grey estudiantil. También del empleado público inscrito en la parte baja del escalafón burocrático.

En el siglo XIX, la inquietud política y cultural solía expresarse en los escasos y afrancesados cafés existentes por entonces. También en las boticas, según el testimonio de don Guillermo Prieto, y, según el decir de don Antonio García Cubas, en el par de librerías instaladas en el centro de la capital hace más de 400 años. Una de tales era la de don José María Andrade que fue el asiento de un cenáculo de cabezas pensantes, allá por los cincuenta de esa centuria. La librería de Andrade se hallaba ubicada en el hasta hace poco existente callejón de Bilbao —dos veces más ancho ahora que entonces—, por donde entran los automóviles de los huéspedes del Hotel México, exactamente por la parte lateral de los antiguos almacenes de El Centro Mercantil, edificio francesoisde que arrebató a nuestra Plaza Mayor su unidad arquitectónica colonial.

A la librería de Andrade solía llamársele también librería del Portal de los Agustinos, debido al portal de ese nombre existente en al actual calle de 16 de Septiembre por donde se accedía al callejón de Bilbao, en el tramo comprendido entra la Plaza de la Constitución y la calle de La Palma. El Portal de los Agustinos fue demolido por las autoridades municipales al finalizar el siglo pasado en un acto de estúpida modernización de la ciudad.

A la tertulia de la librería de don José María Andrade asistían puntualmente el Conde la Cortina, distinguido hablista y gramático, célebre por su munificencia; José Joaquín Pesado, poeta veracruzano classicisante y una especie de Fernando Benítez de la época por su vestir atildado; don José Bernardo Couto, historiador de nuestra pintura, jurista eminente y firmante de los Tratados de Guadalupe en el que perdimos la mitad de nuestros territorio; don Andrés Quintana Roo, patriota y escritor notable; Gregorio Mier y Terán, noticioso y enterado, *amateur* de las letras y esplendido mecenas de letrados; don Manuel Riva Palacio, culto hombre público que llegó a ser ministro de Hacienda y gobernador del Estado de México; don Manuel Peña y Peña que como presidente de la República supo sacrificar su popularidad en aras de su patriotismo, en aquel trágico febrero de 1848; Alejandro Arango y Escandón, brillante crítico literario y jurisconsulto; José María Basoco, pedante y empedernido latinista; Antonio García Cubas, geógrafo y erudito en cuestiones mexicanas; y otros genios e ingenios que hace 100 años brillaban en el firmamento político e intelectual de entonces y quienes asistían a las tertulias de la librería de Andrade con la misma puntualidad que iban nuestros intelectuales contemporáneos a la librería de Obregón, recién clausurada.

Otras librerías existían en la capital de la República hace 100 años, en donde por igual se hacían reuniones animadas tales como la del Portal de Mercaderes, la del Águila de Oro y la del Pasaje de la Diputación que era un angosto callejón que partía de la ahora Venustiano Carranza y concluía en nuestra Plaza Mayor, y cuya estrechez fue abatida hace apenas unos lustros para iniciar la anchurosa avenida 20 de Noviembre, que brinda hoy una hermosa perspectiva a nuestra catedral desde la iglesia de Tlaxcoaque.

Por cierto que para abrir esa rúa el presidente Ortiz Rubio hizo desaparecer también la calle de Ocampo —situada frente al antiguo Convento de San Bernardo—, así como los callejones de Mesones y del Ave María en una de cuyas rúas accesorias una célebre *demi-mondaine* francesa y anciana ya, hace un cuarto de siglo todavía jugaba con cinco albañiles, en simultáneas, un ajedrez erótico a la manera de Capablanca. Era la Matildona, quien llegó durante la invasión francesa. La cuota que cobraba a cada uno de los cinco jugadores no era onerosa: era medio real.

En la *Guía de Forasteros* de Juan Nepomuceno Almonte, editada en 1853, se reseñan las siguientes seis librerías, aparte de las ya indicadas; la de la calle de Los Rebeldes de don Ignacio Cumplido; la de Santo Domingo; la de la segunda calle de San Francisco; la del Arzobispado; la del Refugio y la de la calle del Coliseo.

Durante la primera mitad de este siglo otras librerías han sido asiento de cenáculos informales. Por ejemplo la de Porrúa, sitio donde se reunían don Genaro Estrada, don Artemio de Valle Arizpe, don Joaquín Ramírez Cabañas y otros conspicuos escritores que supieron destacar y redescubrir el valor de nuestro pasado cultural y colonial. Y años más tarde, en la de don Jesús Guisa y Acevedo ubicada en el Pasaje Iturbide, solía haber tertulias en su trastienda y conversaban en ella el gran Diego Rivera y José Aguilar y Maya, político culto e incisivo; el célebre poeta Enrique González Martínez y otros muchos de izquierda y de derecha.

Pero entre tanto, y a reserva de ocuparnos en alguna coyuntura próxima del extenso tema de las librerías de México, recemos entre dientes un responso a la memoria de la librería de Emilio Obregón ya desaparecida, la que dejó un ejemplo aleccionador frente al cerril mercantilismo de algunos libreros.

Manuel Peimbert*

El discurso del doctor Manuel Peimbert es un poco su sintética biografía científica. Pero, ¿en qué consiste su quehacer? En haberse dedicado a la astronomía —la más antigua e internacional de todas las ciencias— e indagar el Universo desde su composición química integrada por seis elementos que se hallan en él: hidrógeno, helio, oxígeno, carbono, neón y nitrógeno.

Peimbert dice que de las diferencias existentes en la composición química de nebulosas y estrellas, brotan por igual las desigualdades del inconmensurable Universo.

En un discurso de ingreso a El Colegio Nacional el doctor Manuel Peimbert nos informa que ya es posible poner a prueba los modelos de la evolución estelar, justo por la transformación química de las galaxias comprendidas en el Universo.

Y nos enteramos también por conducto de Peimbert de que: “las líneas espectrales de la gran mayoría de las galaxias aparecen corridas hacia el rojo y que ese corrimiento es mayor entre más alejadas se encuentren de nosotros cualesquiera galaxias”.

Ello implica, además, que muchas de las galaxias están alejándose de la nuestra y cómo las más distantes se separan a un ritmo más veloz. Todo lo cual lleva al joven astrónomo a concluir entre otras cosas “que en el pasado las galaxias estuvieron más cercanas entre sí e incluso que hubo un momento en que todo el material del Universo observable se encontraba

*Ensayo inédito.

comprimido a grandes densidades y a muy altas temperaturas, lo que produjo la Gran Explosión”.

El propio doctor Peimbert cita a Kelvin para asegurar que “la temperatura del Universo alcanzó 100 millones de grados y su densidad o compactación era de 100 mil gramos por centímetro cúbico, de tal suerte que al expandirse el universo se iba enfriando, al paso que la radiación electromagnética disminuía paralelamente a la elevación de la temperatura”.

Más todavía: Peimbert nos dice que cuando el universo observable “tenía una edad de 300 mil años y una temperatura de 3 mil grados, se fue enfriando gracias a su expansión...”

Esas líneas peimbertianas me producen un vértigo involuntario, pues con ellas me asomo a la infinitud del espacio y del tiempo a pesar de que *parcialmente y hasta ahora* uno y otro sean medibles merced al avance de las ciencias fisicomatemáticas y la química. Acaso —así lo supongo— el progreso de la bioquímica pueda conducir a la afirmación de que hay vida en otros sistemas planetarios con su respectivo sol inserto en otras galaxias. Es decir: que sea posible registrar en un futuro próximo el tránsito del mundo inorgánico al orgánico —con su propia evolución de las especies— cuya culminación puede no ser la figura antropomórfica que nosotros ostentamos, sino otras gratas a los futurólogos de un planeta semejante al nuestro; toda vez que no constituye una postura científica negar tal posibilidad.

No se lo pregunté al austero y sabio Manuel Peimbert. Tampoco esto otro: ¿Si nuestro ancestro más remoto es el polvo cósmico, él será, a su vez, el más lejano de nuestros descendientes cuando se enfríe y expanda la Tierra hasta convertirse de nueva cuenta en polvo estelar diseminando en la infinitud del espacio?

Esa pregunta suelo formularme, no obstante ser ajeno a toda forma expresa u oculta de trascendentalismo.

¡Polvo es la tierra y en polvo se convertirá! Se trata de una intuición religiosa o poética, si se quiere, pero no carente de hondo dramatismo humano. Ese itinerario que como un péndulo va del Caos al Cosmos y del

Cosmos al Caos, en verdad supratemporal ante la fugaz existencia humana medida por el reloj y el calendario: la que va de la cuna a la tumba.

Tampoco inquiriré al notable astrónomo si ese ir y venir pendular parecía conciliar el pensamiento ontológico de Heráclito y el de Parménides: respectivamente el Ser u Ontos concebido como cambio perpetuo y el Ser como una esfera inmóvil, producto de una mera ilusión temporal. En otras palabras: el *cinematismo* unido al *quietismo* universal.

Me habría gustado asimismo interrogar al admirable y joven sabio esto otro: ¿Si el hombre es una débil caña, pero una caña que piensa, como decía Blas Pascal, es lícito agregar que hasta ahora el hombre es el único notario, digamos que da fe de la existencia del Universo apoyado en su conciencia porque ésta le permite saber que el Universo existe, el cual abarca al individuo mismo, como ser transitorio, a los demás desde su remota historia; y a lo demás, siempre inconmensurable?

Por ello, quizás, detrás del movimiento pacifista frente a una guerra nuclear hubo y hay nuestra preocupación de que con esa lucha se extinguirá la especie humana, ésta a la que pertenecemos inconsulta y casualmente.

O, en fin, le habría formulado al doctor Peimbert otra interrogante más: ¿Si el Universo practica su propia autognosis a través de la conciencia del hombre y en caso de que tal percepción desapareciera o no existiera en otros seres vivos que hubiera en otras galaxias, *el Universo dejaría de saber que él existe?*

O todavía peor, por supuesto si fuese válido el proloquio ontológico y epistemológico del obispo inglés, Jorge Berkeley, el de que ser es percibir, expresado en latín por él como: *esse est percipere*. Si fuese cierta esta afirmación propia de la escuela del subjetivismo absoluto, ¿el Universo no existiría si no lo percibimos?

Claro que no nos consuela saber que el Universo seguirá existiendo, mutilado ya de su autognosis por la extinción del hombre y de nuestro planeta debido a una guerra nuclear que pudiera estallar en el futuro.

El pacifismo seguirá siendo válido moral y gnoseológicamente, ya sin ser acusado de complicidad subrepticia con el comunismo soviético, desaparecido gracias al acta de defunción expendida por Gorbachov, no por un publicista venal al servicio del *New York Times*.

Lo repito de otro modo: la conciencia humana es el espejo del Universo y hasta podría decirse que éste se vale de ella para satisfacer su narcisismo al autocontemplarse, tanto como para sufrir su masoquismo con sólo ver que el Universo es también teratológico, terriblemente monstruoso.

Lo cierto es que en materia de astronomía, México está lejos de aquellos ingenuos pronósticos del tiempo formulados por el abnegado señor Gallo: según los cuales y a pesar de que él anunciaba mal tiempo, y cuando decía que llovería se disfrutaba de un sol radiante, y cuando precedía que íbamos a tener un día soleado y seco, caían aguaceros tormentosos.

Todo ello no justifica que un cientificismo a ultranza nos haya llevado a la competencia armamentista durante la bipolaridad hegemónica norteamericano-soviética hasta poder desembocar en una Tercera Guerra Mundial, porque no se ha extinguido del todo la posibilidad de una nueva hecatombe provocada por un afán enfermizo de domino mundial protagonizado por la potencia que salió como primer acreedor en el mundo, después del Tratado de Versalles.

Sería un espejismo o una obliteración de la mirada hacia el horizonte histórico montarse en el lema de Calicles, según el cual “el derecho nace de la fuerza y no del afán de justicia”, y sería también una floración negativa del saber científico si se convierte en poder destructivo de la humanidad.

Es como si hubiesen descubierto las leyes que producen la energía eléctrica sólo para construir una silla para electrocutar a los reos sentenciados a muerte. No, estas leyes que rigen el Universo —que es el área donde se ubica el hombre de ciencia— han de servir para producir y reproducir satisfactores materiales y culturales y una economía de abundancia, para la mayoría del hombre común de cada país de la Tierra.

En el discurso de ingreso a El Colegio Nacional, pronunciado por el meritísimo doctor Peimbert, hay párrafos que suscribo en sus conclusiones.

La astronomía es una ciencia básica. Con frecuencia se cuestiona la necesidad de desarrollar las ciencias de básicas y se aduce que no reditúan en lo económico. Aún más, se ha dicho que México, siendo un país pobre, no debería preocuparse por el desarrollo de las ciencias básicas. Incluso en países desarrollados hay quienes dicen que la generación de nuevo conocimiento debe hacerse en el primer mundo tan sólo.

Con toda razón el doctor Peimbert se opone a tan absurda tesis al decir lo que sigue:

Quisiera refutar estas afirmaciones una vez más. El desarrollo de las ciencias básicas está íntimamente ligado al de las ciencias aplicadas, el de las ciencias aplicadas al de las tecnológicas y finalmente el desarrollo de las tecnologías está ligado a la economía del país. Las ciencias básicas están relacionadas entre sí y la astronomía ha estado y está íntimamente relacionada con la física, las matemáticas y la química.

Es evidente que los mexicanos nos hallamos en una coyuntura de nuestro grado de desarrollo que, aun cuando formemos investigadores con el rango de excelencia en las ciencias básicas —como el eminente biólogo Bolívar Zapata—, carecemos de infraestructura para la aplicabilidad inmediata de los descubrimientos que se aporten a esa área del saber humano. Para ello se requieren recursos financieros gigantescos, de los cuales carecemos. Pero, insisto en esto: las aportaciones hechas por nuestros investigadores en el campo de las ciencias básicas han sido, son y seguirán siendo usadas o aprovechadas en el exterior por los países que posean mayor grado de capitalización que el nuestro. Hay ya intercambios plausibles en ambas áreas y suscribo las conclusiones de los últimos párrafos.

Como resultado de una añeja tradición tricentenaria colonial y casi siglo y medio de vida independiente, los mexicanos hemos dado a las humanidades *el lado de la acera*, con olvido de que las ciencias exactas y las de la

naturaleza son parte también —y lo deben ser cada vez más— de la cultura nacional. La historia y la filosofía, las letras y la filología, el derecho y la ciencia política, la económica y la estadística las habíamos considerado como representativas de la cultura, al paso que las matemáticas y la física, la astronomía y la química, la biología y otras ciencias afines las hemos desdeñado.

Bisnieto de un gran humanista —Justo Sierra Méndez, nieto de un sólido internacionalista, Manuel J. Sierra, e hijo de la prestigiada historiadora Catalina Sierra Casasús—, Manuel Peimbert, con su discurso de ingreso a El Colegio Nacional, me recuerda una tesis que de antiguo sostengo: la ciencia pura como las ciencias fisicomatemáticas son inseparables de la cultura.

Una vieja superstición culteranoide apartó de manera arbitraria a las ciencias de cuanto constituye la cultura, merced a la tradicional preferencia por las humanidades, exclusión que en cierto modo va diluyéndose en México: se veía a las ciencias fisicomatemáticas y a las de la naturaleza como saberes menores frente a las humanidades, aun cuando subsista, todavía hoy, ese descarrío valorativo oriundo del virreinato tricentenario y del siglo decimonónico de nuestra vida independiente.

Por ello es adecuado recordar ahora que al fundarse El Colegio Nacional hace medio siglo —cuyos integrantes deberían sumar una veintena de miembros—, la Secretaría de Educación designó sólo a 15 y éstos deberían nombrar a los cinco restantes, como lo ordena el decreto presidencial del 8 de abril de 1943 firmado por el general Ávila Camacho. Sí, un militar sensible al desarrollo de la alta cultura nacional y respetuoso de la inteligencia.

De los 15 miembros fundadores elegidos por el presidente Ávila Camacho, 10 eran humanistas o artistas y sólo cinco eran científicos, es decir, unos de éstos por dos de aquéllos.

Al ejercer los 15 miembros fundadores la facultad concedida por el citado decreto, escogieron a tres humanistas y a dos científicos. Es decir, había ya 13 humanistas y siete científicos: uno de éstos por casi dos de aquéllos.

Esa tendencia creció un favor de los científicos en los cinco decenios de vida de tan docta corporación: 16 científicos y 22 humanistas. Éstos ya no duplican el número de aquéllos. Ello se pudo lograr por el decreto presidencial del 9 de noviembre de 1971 que modificó la Ley Orgánica de El Colegio Nacional cuya membresía debería llegar a 40 personas.

Los nombres de quienes integran ese cuerpo magistral son desconocidos por la mayoría de nuestros compatriotas. Por ello no es inadecuado poner de relieve un hecho que nos consta. Además es natural: posee mayor popularidad el futbolista mexicano que ganó una puntuación frente a sus adversarios extranjeros, que el grupo de hombres egregios que forman la minoría selecta en el más alto grado de excelencia en nuestro país.

Sordo como soy, quiero emitir una protesta —sorda, por supuesto— frente a esa bien ganada pero fugaz popularidad adquirida en los deportes, en contraste con la ignorancia sobre los mexicanos que han enriquecido el saber universal y la creación estética, integrantes de El Colegio Nacional.

Los 90 millones de habitantes que tenemos en 1993 pueden producir no 40 sino 60 o más investigadores en grado de excelencia, si se amplía y si se le da mayor eficacia al aparato educativo en todos sus grados para formar esa minoría y consagrarla como integrantes de El Colegio Nacional, después de hacerlos pasar —además— por varias cribas rigurosas y exigentes.

Sea como fuere, integrado ahora El Colegio Nacional por el doble de la veintena que lo formó hace medio siglo, quiero referirme al doctor Manuel Peimbert, discípulo del astrónomo Guillermo Haro, el descubridor de las Estrellas Novas Haro.

Peimbert y sus saberes me incitan a las siguientes reflexiones.

Durante mucho tiempo se practicó el culto al hombre docto al suponer que el monopolio del saber lo poseía el abogado. Cuando se fundó en 1910 la Escuela de Altos Estudios que difundía una parte de las humanidades, se formaron los especialistas tanto en Filosofía como en Letras. Con ello ya no se veía en el abogado al letrado ni al filósofo.

La carrera de Derecho y sus respectivos egresados fueron reduciendo aquel supuesto monopolio humanista atribuido al jurista, al surgir en 1929 del seno mismo de la Escuela Narciso Bassols y Daniel Cosío Villegas, hasta que la nueva disciplina, con sus diversas ramas, tuvo su propio asiento y sus aulas aparte.

De nuevo se cercenó en el jurisconsulto esa área del saber humanístico que se le atribuía. Un decenio más tarde, en 1939, se funda en la UNAM la Escuela de Ciencias Políticas, ascendida poco después al rango de Facultad. De nueva cuanta se redujo el amplísimo ámbito dentro del cual se movía el abogado, quien ya no pontificaba como filósofo o letrado ni como economista o político.

Todavía más: la carrera de legista y gracias a la barbarie de la especialización, o sea, saber cada vez más de cada vez menos, limitó de manera correlativa su ámbito académico a campos más estrechos, donde se han formado los abogados civilistas, mercantilistas, penalistas, procesalistas, fiscalistas y especialistas en derecho agrario, laboral, espacial, el relativo a la niñez, la ecología, a la gerontología u otras ramas jurídicas cada vez más especializadas.

En suma, el abogado dejó de ser el símbolo —como lo fue durante cinco centurias— de poseer y acaparar la sabiduría universal, justo porque una opinión pública rutinaria y semiletrada así lo entendía. Sí, éste fue el representante mismo del saber humanístico.

La docencia y la investigación científica han ido creciendo en la UNAM desde hace tres o cuatro decenios, lo que nos permita esperar una cosecha abundante de jóvenes científicos.

Así por ejemplo, en el área de la biología los jóvenes van aprendiendo la tesis darwiniana de la evolución de las especies, la que tiene su comprobación total en la vida intrauterina del embrión humano desde la fusión del óvulo con el espermatozoide: la ontogénesis del feto reproduce dentro de la matriz materna el itinerario filogenético recorrido durante milenios y milenios en la evolución de los seres vivos, desde los organismos unicelulares hasta los vertebrados superiores, pasando por los homínidos hasta

acabar por desprenderse del ombligo materno. Este recordatorio no tiene otro propósito que el de poner de relieve el impulso que México le ha dado a la enseñanza científica y, de paso, subrayar lo arbitrario que es no incluir las ciencias exactas y de la naturaleza en la cultura nacional, justo por la malhadada tradición de que las humanidades contenían todo el saber humano.

Nada es más importante —iba a decir emocionante— que el haber asistido a El Colegio Nacional al ingreso de un investigador científico del rango de Manuel Peimbert, cuyo conocimiento e indagación de la astronomía y del mundo extraterrestre son ya admirados y reconocidos por los países que van a la cabeza de las ciencias exactas y son exportadores de tecnología.

Hace un cuarto de siglo un gran hombre de ciencia francés probó que sólo la General Motors de Norteamérica destinaba un presupuesto más alto para la investigación de la ciencia pura que el usado por todos los países europeos juntos para tal fin.

De aquel hecho cobró conciencia el conjunto de naciones más desarrolladas de la Comunidad Europea y, ahora, son exportadores de tecnología. Inspirados en un pragmatismo económico, los países más desarrollados de Europa empezaron a destinar cada vez mayores recursos financieros orientados a la investigación científica pura a fin de obtener —a breve plazo— tecnología aplicada.

El espectacular avance de la biología, la química y las ciencias físico-matemáticas registrado en lo que va del siglo *xx*, ha llevado a formular esta afirmación válida: más de la mitad de los hombres de ciencia que ha producido la humanidad en su milenaria historia, vive todavía.

Ello quiere decir que la otra fracción fue muriendo a lo largo de siglos y milenios, razón por la cual los sorprendivos avances científicos y tecnológicos fueron promovidos por una multitud de científicos de los cuales más de la mitad aún vive.

Un culteranismo desbrujulado es la raíz de esta subvaloración que han tenido —entre nosotros— las ciencias exactas. Ello condujo a que México

y otros países de ascendencia española mantuvieran un atraso con respecto a la Revolución Industrial nacida del avance científico. Las ciencias exactas eran satanizadas porque el saldo cognoscitivo que ellas dejaban se enfrentaba a los dogmas eclesiásticos.

Sí, en los países donde brotó la crítica contra la infalibilidad del papa —el protestantismo, el luteranismo y sus sucedáneos— se propició la libertad de pensamiento y ésta hizo avanzar la investigación científica y su consecuente aplicación práctica. Lo cual condujo a una mayor productividad de artículos de consumo diario, duradero y semi duradero, de bienes de capital y de transportes terrestres, marítimos y aéreos, y suscitó la aparición del teléfono, el telégrafo, la radio y la televisión. Después surgió la satelización de las comunicaciones en el orbe que nos otorga el don de ubicuidad atribuido por nuestras abuelas sólo a la Divina Providencia: el internet.

Los países que no fueron precursores de la investigación científica y su consecuente tecnología aplicada, son ahora compradores de ella a los que la inventaron para modernizar su infraestructura económica, cuya repercusión sociocultural y política trocará muchos usos y costumbres estratificados.

Los huecos exportables tecnológicos que había dejado Estados Unidos, no obstante su gigantesco avance en el campo de las ciencias exactas, lo fue llenando —aparte de otros países— Japón, que se convirtió, después de varios lustros de ascetismo frente al consumismo interior, en exportador de tecnología y de capital, al punto de que al principiar la última década del presente siglo xx es ya el primer acreedor del mundo por haber logrado ser el mayor exportador de ciencia aplicada y de recursos financieros.

Desde hace varios decenios, en Estados Unidos se obtenían mayores recursos foráneos provenientes del pago de *royalties*, o derecho de patente, que de los intereses del capital colocado en los países extranjeros. Esta afirmación no sólo sigue siendo cierta sino que ha aumentado con respecto a Estados Unidos y Japón actual.

Para terminar estas líneas me place esperar que El Colegio Nacional siga reflejando de manera creciente la tendencia apuntada en líneas anteriores, consistente en aumentar la presencia de hombres de ciencia en proporción mayor a la de los humanistas, por sagrado que sea el saber de éstos. Y lo es.

Bernardo Quintana Arrijoja*

En mi relación con Bernardo nunca pude resolver esto: no supe si lo quería más que lo admiraba o si lo admiraba más que lo quería. Había en mi conciencia una suerte de empate de ambos sentimientos, era un mexicano de excepción, de esos que se producen cada tres o cuatro generaciones. Mi fascinación hacia él se sustentaba entre otros elementos por el sólido ascetismo de su vida.

Conocí a Bernardo hace más de medio siglo. A mitad de los treinta del siglo XX me lo presentó el genial Raúl Sandoval. Solíamos patinar con cada una de nuestras novias con Javier Barros Sierra, amigo de ambos, en la esquina de Alpes y Monte Parnaso, allá por las Lomas de Chapultepec.

Nuestro pasatiempo consistía en escuchar música sinfónica y como yo acababa de comprar un fonógrafo, nos reuníamos después con Bernardo para *dirigir* las sinfonías de Beethoven y Hyden: nos las sabíamos de memoria. Bernardo miraba cómo agitábamos ambos nuestras batutas y cómo los discos obedecían con docilidad. Nunca desentonaron.

En el grupo formado alrededor de Bernardo se hallaban, entre otros, Raúl Sandoval, Fernando Hiriart y Felipe Pescador. En lugar de hacer Bernardo, con su grupo de ingenieros, lo que la mayoría de los profesionistas hacen al terminar sus estudios universitarios —buscar un empleo en la administración pública— tuvieron el carácter y la casta —en especial Bernardo— de convertirse en singulares empresarios.

Empresario, bien se sabe, proviene del verbo emprender, es decir, el que comienza cosas, funda fábricas y crea empleos. Es un estilo de vida

adverso al burocrático. Actúa así quien posee iniciativa privada y no está privado de iniciativa. Eso era Bernardo Quintana, un mexicano de iniciativa excepcional.

Nada grande hubiera acontecido en el país sin el ascetismo creador con el que Bernardo contagió a sus compañeros de la naciente ICA (Ingenieros Civiles Asociados) y si éstos no se hubieran *fajado el cinturón* sacrificando una buena parte de sus sueldos para reunir el máximo ahorro posible y recapitalizarlo.

Sólo así pudieron ir comprando la maquinaria y el equipo que les permitió levantar esa admirable empresa, ICA, que acabó por erigirse como prototipo de la capacidad creadora del empresario mexicano, ello cuando estábamos acostumbrados en el país a que el hombre de empresa fuera inversionista extranjero, norteamericano o europeo.

Ese fue Bernardo Quintana: el primer empresario, que yo conocí, con imaginación creadora e impregnado de patriotismo.

Muy pronto le llegó a ICA trabajo importante. Todavía recuerdo el 3 de mayo de 1948, día de la Santa Cruz, en el que Javier Barros Sierra, Bernardo y Raúl Sandoval, íbamos trepados en un malacate que nos subió hasta el último piso —aún con ostensible estructura de hierro— el cual habría de ser después el multifamiliar Miguel Alemán, ubicado en la calle Félix Cuevas y avenida México-Coyoacán. Entre las alturas celebramos con los albañiles su día de fiesta y estuvimos charlando sobre ese conjunto urbano, en el que no se escatimó nada que le diera fortaleza a su estructura y durabilidad a sus acabados. Se trata de una obra recia y maciza, no de pacotilla como la hicieron otros constructores.

A partir de entonces, los sucesivos gobiernos de la República, le deben a Bernardo y a su grupo haber abaratado los costos de la obra pública. Antes de ICA, las obras se hacían por administración y se pagaba a los trabajadores con listas de raya, lo mismo la Secretaría de Comunicaciones que la de Educación o la de Salubridad o la de Recursos Hidráulicos. Estas agencias gubernamentales necesitaban las obras, pero su realización se hallaba burocratizada por inacabables y a veces *ficticias listas de raya*.

Fue entonces que estos jóvenes aguerridos de ICA, todos muy ejecutivos y cabezas pensantes, abarataron enormemente los costos de la obra pública, y no sería aventurado asegurar que gran parte de la infraestructura caminera, eléctrica, de irrigación y alcantarillado, así como la obra ligada a escuelas y vivienda de interés social, sería inexistente de no ser por la actividad creadora y eficiente, barata y veloz, de ICA. O bien se habría retrasado dos o tres decenios más.

Esa relación de apoyo recíproco entre el gobierno e ICA y de ésta a aquél, es un caso muy plausible porque ha ahorrado muchos recursos del gasto público. Todas esas obras se construyeron bien: de 600 mil hectáreas irrigadas artificialmente al final del porfiriato llegamos a seis millones, de las cuales dos terceras partes son represas y canalizaciones construidas por ICA. Lo mismo ocurrió con la generación de energía eléctrica. De hecho, todo el México moderno está en deuda con ese equipo genial de ingeniero y arquitectos capitaneados por Bernardo Quintana, empresarios patriotas que nunca ocultaron el legítimo deseo de obtener la correspondiente rentabilidad de su capital invertido.

Apéndices

Apéndice 1

Algunos artículos y notas aparecidos en periódicos y revistas en torno al proyecto de rescate del Centro Histórico de la Ciudad de México propuesto por José E. Iturriaga.

1. <i>Excélsior</i>	19-04-1964	Carlos Denegri
2. Revista <i>Mañana</i>	25-04-1964	Nota
3. <i>Novedades</i>	26-04-1964	Agustín Barrios Gómez
4. Revista <i>Tiempo</i>	27-04-1964	Nota
5. <i>Excélsior</i>	28-04-1964	Duque de Otranto
6. <i>Excélsior</i>	30-04-1964	Nota a ocho columnas
7. Revista <i>Cruz Roja</i>	05-1964	Nota
8. Revista <i>Mañana</i>	02-05-1964	Nota
9. <i>Excélsior</i>	02-05-1964	Editorial
10. <i>Excélsior</i>	03-05-1964	Carlos Denegri
11. <i>Excélsior</i>	05-05-1964	Bernardo Ponce
12. <i>Novedades</i>	05-05-1964	Jacobo Zabłudovsky
13. <i>Autonoticias</i>	09-05-1964	Francisco Javier Hernández
14. <i>El Universal</i>	14-05-1964	Oswaldo Díaz Ruanova
15. <i>Diario de la Tarde</i>	15-05-1964	Arturo Sotomayor
16. Revista <i>Política</i>	15-05-1964	Nota
17. Revista <i>América</i>	16-05-1964	Héctor Carvajal
18. <i>México en la Cultura</i>	17-05-1964	Nota*
19. <i>Novedades</i>	17-05-1964	Agustín Barrios Gómez
20. <i>Diario de la Tarde</i>	18-05-1964	Arturo Sotomayor
21. <i>Diario de la Tarde</i>	19-05-1964	Arturo Sotomayor
22. <i>Diario de la Tarde</i>	20-05-1964	Arturo Sotomayor
23. <i>Atisbos</i>	20-05-1964	Editorial
24. <i>Novedades</i>	20-05-1964	Jaime García Terrés
25. <i>Diario de la Tarde</i>	21-05-1964	Arturo Sotomayor
26. Revista <i>Siempre!</i>	21-05-1964	Jacobo Zabłudovsky
27. <i>Diario de la Tarde</i>	22-05-1964	Arturo Sotomayor

28. <i>Diario de la Tarde</i>	23-05-1964	Arturo Sotomayor
29. <i>Novedades</i>	24-05-1964	Agustín Barrios Gómez
30. <i>Novedades</i>	25-05-1964	Salvador Novo
31. <i>Atisbos</i>	25-05-1964	Editorial
32. <i>Bip</i>	25-05-1964	Horacio Quiñones
33. <i>Revista Siempre!</i>	27-05-1964	Jacobo Zabłudovky
34. <i>Últimas Noticias</i>	27-05-1964	Nota
35. <i>Diario de la Tarde</i>	28-05-1964	Arturo Sotomayor
36. <i>Diario de la Tarde</i>	29-05-1964	Arturo Sotomayor
37. <i>Revista Mañana</i>	30-05-1964	Nota
38. <i>Novedades</i>	31-05-1964	Federico M. Sescosse
39. <i>Excélsior</i>	31-05-1964	Carlos Denigri
40. <i>Ovaciones</i>	31-05-1964	Antonio Castro Leal
41. <i>Ovaciones</i>	31-05-1964	Justino Fernández
42. <i>Atisbos</i>	1-06-1964	Editorial
43. <i>Revista Rutas de América</i>	1-06-1964	Nota
44. <i>Cine Mundial</i>	1-06-1964	Nota
45. <i>Excélsior</i>	02-06-1964	José E. Iturriaga
46. <i>Novedades</i>	03-06-1964	Nota
47. <i>Novedades</i>	03-06-1964	Nota
48. <i>El Nacional</i>	03-06-1964	Nota
49. <i>Revista Jueves de Excélsior</i>	04-06-1964	Enrique Álvarez P.
50. <i>Cine Mundial</i>	04-06-1964	Nota
51. <i>Revista Hoy</i>	06-06-1964	Salvador Novo
52. <i>El Figaro</i>	07-06-1964	Nota
53. <i>Diario de la Tarde</i>	10-06-1964	Antonio Magaña Esquivel
54. <i>El Universal Gráfico</i>	10-06-1964	Luis Velasco A.
55. <i>Novedades</i>	10-06-1964	Nota
56. <i>Revista Siempre!</i>	10-06-1964	Antonio Vargas M.**
57. <i>El Universal Gráfico</i>	11-06-1964	Luis Velasco A.
58. <i>Excélsior</i>	11-06-1964	Miguel Bueno
59. <i>Novedades</i>	11-06-1964	Isidro Mendicuti
60. <i>Excélsior</i>	12-06-1964	Ramón de Ertze Garamendi
61. <i>Novedades</i>	12-06-1964	Carlos Almaraz
62. <i>El Día</i>	12-06-1964	Luis Ortiz Macedo
63. <i>El Universal</i>	12-06-1964	Luis Garrido
64. <i>Revista Mañana</i>	13-06-1964	Nota
65. <i>El Universal</i>	13-06-1964	Álvaro Gálvez y Fuentes
66. <i>El Universal</i>	14-06-1964	Valdés Peza
67. <i>El Figaro</i>	14-06-1964	Nota
68. <i>Revista Política</i>	15-06-1964	Nota
69. <i>Novedades</i>	15-06-1964	Eulalia Guzmán
70. <i>La Prensa</i>	15-06-1964	Nota
71. <i>Novedades</i>	15-06-1964	Salvador Novo
72. <i>Sucesos</i>	16-06-1964	Eucario Pérez**
73. <i>Novedades</i>	17-06-1964	Cirilo Pérez Aguirre
74. <i>El Figaro</i>	21-06-1964	Nota
75. <i>Diario de la Tarde</i>	22-06-1964	Arturo Sotomayor

76. <i>Excélsior</i>	22-06-1964	Abel Quezada
77. <i>Excélsior</i>	23-06-1964	Arq. Félix Sánchez
78. <i>Excélsior</i>	23-06-1964	Abel Quezada
79. <i>El Universal</i>	24-06-1964	Nota
80. <i>El Universal Gráfico</i>	24-06-1964	Luis Velasco Arriaga
81. <i>Diario de la Tarde</i>	24-06-1964	Arturo Sotomayor
82. <i>Revista Siempre!</i>	24-06-1964	Antonio Rodríguez**
83. <i>El Día</i>	25-06-1964	José E. Iturriaga
84. <i>Revista Hoy</i>	27-06-1964	Salvador Novo
85. <i>Revista Mañana</i>	27-06-1964	Arturo Sotomayor
86. <i>Últimas Noticias</i>	27-06-1964	Lic. Miguel Rodríguez M.
87. <i>El Universal</i>	27-06-1964	Editorial
88. <i>Novedades</i>	27-06-1964	Enrique Aragón Echegaray
89. <i>Novedades</i>	28-06-1964	Enrique Peña Elorriaga
90. <i>El Nacional</i>	28-06-1964	Suplemento
91. <i>El Figaro</i>	28-06-1964	Nota
92. <i>El Día</i>	29-06-1964	Miguel González Avelar
93. <i>Novedades</i>	29-06-1964	Isse Núñez
94. <i>Diario de la Tarde</i>	29-06-1964	Arturo Sotomayor
95. <i>Diario de México</i>	30-06-1964	Efraín Huerta
96. <i>Sucesos</i>	30-06-1964	Frangolino de León
97. <i>Diario de la Tarde</i>	30-06-1964	Arturo Sotomayor
98. <i>Sucesos</i>	30-06-1964	Eucario Pérez**
99. <i>Revista Sistemas y Equipos</i>	30-06-1964	José E. Iturriaga
100. <i>Revista Cruz Roja</i>	30-06-1964	P. Cid
101. <i>Revista Comercio</i>	30-06-1964	Arq. Mauricio Gómez Mayorga**
102. <i>Revista Siempre!</i>	1-07-1964	Suplemento a color**
103. <i>Diario de la Tarde</i>	1-07-1964	Arturo Sotomayor
104. <i>La Prensa</i>	1-07-1964	Emilio Uranga
105. <i>Le Socialiste</i>	02-07-1964	Ernesto Navarro
106. <i>Diario de la Tarde</i>	02-07-1964	Arturo Sotomayor
107. <i>La Prensa</i>	03-07-1964	Emilio Uranga
108. <i>Diario de la Tarde</i>	06-07-1964	Arturo Sotomayor
109. <i>Revista Siempre!</i>	15-07-1964	Antonio Rodríguez**
110. <i>Revista Siempre!</i>	15-07-1964	Luis Suárez**
111. <i>Revista Comercio</i>	07-1964	Íñigo Laviada
112. <i>Revista Comercio</i>	08-1964	Íñigo Laviada
113. <i>Ovaciones</i>	03-08-1964	Íñigo Laviada
114. <i>Ovaciones</i>	05-08-1964	Íñigo Laviada
115. <i>Diario de la Tarde</i>	28-08-1964	Arturo Sotomayor
116. <i>La Prensa</i>	15-09-1964	Manuel Nava
117. <i>Diario de la Tarde</i>	17-09-1964	Arturo Sotomayor
118. <i>Últimas Noticias</i>	28-09-1964	Nota
119. <i>Diario de la Tarde</i>	28-09-1964	Arturo Sotomayor
120. <i>Diario de la Tarde</i>	29-09-1964	Arturo Sotomayor
121. <i>Últimas Noticias</i>	29-09-1964	Nota
122. <i>Revista Siempre!</i>	07-10-1964	Carlos Coccioli
123. <i>El Universal</i>	15-10-1964	Álvaro Gálvez y Fuentes

124. <i>Revista Mexico in this Month</i>	Sep-oct-1964	The Crail
125. <i>Ovaciones</i>	31-05-1964	Alfredo Leal Cortés
126. <i>Cuaderno de Bellas Artes #12</i>	12-12-1964	Arq. Ruth Rivera
127. <i>El Día</i>	19-12-1964	María Luisa Mendoza
128. <i>ABC</i>	30-12-1964	Nota
129. <i>El Universal</i>	31-12-1964	Nota
130. <i>El Día</i>	31-12-1964	Nota
131. <i>Novedades</i>	31-12-1964	Nota
132. <i>Diario de la Tarde</i>	04-01-1965	Arturo Sotomayor
133. <i>Últimas Noticias</i>	05-01-1965	Humberto Gaona
134. <i>Diario de la Tarde</i>	07-01-1965	Arturo Sotomayor
135. <i>Diario de la Tarde</i>	08-01-1965	Arturo Sotomayor
136. <i>Revista Mañana</i>	09-01-1965	Nota
137. <i>Diario de la Tarde</i>	12-01-1965	Arturo Sotomayor
138. <i>Revista Siempre!</i>	13-01-1965	Vicente Lombardo Toledano
139. <i>Diario de la Tarde</i>	14-01-1965	Arturo Sotomayor
140. <i>El Universal</i>	17-01-1965	Nota
141. <i>Diario de la Tarde</i>	18-01-1965	Arturo Sotomayor
142. <i>Novedades</i>	22-01-1965	R. H.
143. <i>Novedades</i>	23-01-1965	Nota
144. <i>Diario de la Tarde</i>	25-01-1965	Arturo Sotomayor

*Suplemento.

**En contra del proyecto.

Apéndice 2

Cuatro comentarios al libro *Lo religioso en el refranero mexicano o como decía mi abuelita* de José E. Iturriaga.

JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ

Debe recibirse con animación y sentimiento grato esta nueva aportación de Pepe en una segunda, fructuosa jornada. *Lo religioso en el refranero mexicano o como decía mi abuelita* constituye una novedad en el horizonte cultural de México, revela el vivo interés actual por discernir los ingredientes católicos que forman parte de instituciones, costumbres, situaciones, conductas y hablas, y ciertamente no carece de importancia política, pues esa savia que recorre todo el cuerpo nacional y escudo heráldico de defensa.

No se trata aquí del catolicismo que administra la iglesia, sino de los efectos parabólicos del sentimiento religioso, ostensibles unos, otros apenas aparentes, ocultos algunos, y los más sutiles tan arraigados a la materia que los hospeda que no es fácil distinguirlos. El catolicismo como fenómeno cultural no tiene par en la historia ni en la fisonomía mexicana. La lectura de este libro es recomendable para los jóvenes, a efecto de que conozcan modos de expresión genuinos, graciosos y agudos, y procuren aplicarlos cuando la ocasión se presente, en lugar de *slang* que muchos usan, jerigonza de poca imaginación, escasa en recursos, reiterativa y de pésimo gusto.

Los adultos que se solacen leyendo estas páginas tendrán ocasión de revivir imágenes, aproximarse a otras y recordar acaso pasajes apostillados por máximas del mismo género dichas por algún personaje sentencioso.

Damas habrá, quienes todavía prefieran hablar de asentaderas y blanquillos, que juzguen vulgares y deshonestos o irreverentes ciertos refranes, al tiempo que disimulen con un fingido mohín la sonrisa que de todos modos quedará flotando en su ánimo.

Trátese de proverbios, apotegmas o dicharachos, todos suscitarán en el lector una enseñanza, un regocijo y un encuentro literario con el pueblo, autor anónimo de este Evangelio chiquito, interpretado y recreado por un distinguido hermeneuta.

SOCORRO DÍAZ

En el empeño colectivo de recuperarnos, nada tan importante como rescatar el habla. Y eso es lo que hace aquí José E. Iturriaga: devolvernos la expresión, revalorarla, darle uso pulido y limpio para la práctica cotidiana. No presenta, solamente, una rica colección de refranes, proverbios, arcaísmos y vulgarismos, lo que sería útil. Los retoma. Les da uso y sentido, los pone a jugar en la ironía y la reflexión.

Iturriaga entrega en bandeja de plata un competente diccionario de las expresiones que emplea, útil al curioso, al que gusta de acariciar sus raíces, lo mismo que a quien ha empezado a perder el habla y ya no sabe lo que quiere decir de cuanto aquí se dice. Con sus notas críticas, da claridad al empleo de las palabras, de nuestras palabras, para redondear con llaneza erudita el trabajo de rescate que ha emprendido.

A esta desenfadada obra, en la que campea siempre la religiosidad del mexicano, en suma la pluma magistral de Alberto Beltrán y la de Elvira Gascón, quienes con su habitual gracia captan en breves trazos la esencia misma de sus personajes.

El trabajo de Iturriaga “constituye un reto cordial a filólogos y lingüistas de la nueva generación: elaborar una historia del habla española usada por los mexicanos desde la Conquista hasta nuestros días”. Lo primero sería que los filólogos y lingüistas emplazados por Iturriaga “rescataran cuanto refrán o arcaísmo, giro o locución proverbial el tiempo fue dejando tras de sí en todas las regiones del país, no sin clasificarlos por el género a que pertenecen. Por ejemplo, la charrería y la picaresca, el machismo y la discriminación racial, el amor y lo sagrado. La realización de tan vasta tarea, llevada a cabo hasta ahora parcialmente por algunos, contribuiría a conocer mejor nuestra peculiaridad cultural”, concluye José E. Iturriaga.

No otra cosa soñó —lo recuerdo ahora— Alfonso Reyes cuando propuso un plan que se llamara “En busca del alma nacional”, que reuniera los mitos, fábulas, leyendas, dispersas en el país, creadas al maridaje sangre y espíritu indios con la sangre y el espíritu españoles. Los dos consejos se han escuchado: existe ya el diccionario del español que se habla en México; el sueño de Reyes, expuesto en la carta-prólogo a *La tierra del faisán y el venado* por Antonio Mediz Bolio (1922), se realizó: más de un libro de amorosa y retoma raíz india y mestiza se ha publicado de entonces a nuestros días. México trabaja, no está sentado a la vera del camino.

El propio Iturriaga —de ello estoy seguro— cuando quiere descansar haciendo adobes, vuelve al tema del refranero para agregarle uno más, anotando su origen y aplicación, situándolo en su marco. El libro crece al paso de la fama, y al revés. “Quien trabaja, se trabaja”, dijo Rafael Barret. El poeta nace, el prosista se hace. Nunca llegó a maestro quien no fue buen alumno. Así este Iturriaga que nunca tiene una mano sobre la otra, ha logrado que sus ocios sean sus negocios, y al revés. A estas horas, como otro en su rincón, verifica un atisbo, establece una fecha, da cima a la página iniciada esta mañana. La página en blanco arredra, produce un santo temor: el de frustrar el tema, no dar con la expresión que se anhela, fallar el disparo y no dar en el blanco. Pero hay que atreverse. Porque quien no

arriesga no pasa el mar. Bien lo sabe Pepe Iturriaga, escritor perseverante, como aquel otro, a más de constante, desgraciado, su tocayo, en el ser y en el quehacer, José Fernández de Lizardi que, como él, tantos refranes supo.

GUILLERMO TOVAR DE TERESA

Un sabio como don Joaquín García Icazbalceta se apresuró en los últimos años del siglo XIX a recoger voces y locuciones que poco a poco se iban olvidando. El resultado fue su *Vocabulario de mexicanismos*, publicado como obra póstuma, hasta la letra G, por su hijo, el culto don Luis García Pimentel, en 1899. La obra acredita a don Joaquín —una vez más— como un polígrafo que hizo cuanto pudo por salvar una historia y una cultura, en suma, una identidad que ante sus ojos se desdibujaba con lentitud.

Casi un siglo después, otro mexicano excelente, el polígrafo —mexicanólogo como asimismo se denomina— José E. Iturriaga, a quien conocemos como sociólogo, economista e historiador, entre otras profesiones, se nos revela ahora como el gran paremiólogo necesitado por México en estos momentos tan difíciles del proceso formativo de su identidad. Nos regala —sin más— un elocuente trabajo. Testimonio de su amor a la patria y a la cultura, en un pasmoso refranero en el cual lo religioso proporciona todos los elementos de picardía, humor e ingenio, insospechables en la vida cotidiana. Realizar esta obra es un signo inequívoco de su agudeza y comprensión de lo que es el entrañable ser nacional: el verdadero. Laico —como todos lo sabemos—, revela una asombrosa sabiduría hagiográfica que le envidiaría cualquier obispo o jesuita de los buenos tiempos.

El humor —en México— no está divorciado de lo sagrado. Hay al mismo tiempo un sentido lúdico y ritual en el orden religioso. Signo de fuerza y salud —que explica por qué nuestro pueblo aguanta tanto—, al menos representa una honda lección humana que no se ha entendido en el último siglo y medio que llevamos de intentar modernizarnos y actualizarnos y

que nos ha querido mostrar como un país trágico y desgarrado, en lugar de un pueblo que se ríe de la muerte. Kierkegaard explica el humor como un estadio en el orden jerárquico de los valores, sólo superado por el religioso, es más, es un estadio cuasi religioso: una comprensión meditativa del curso del mundo y una profunda simpatía por todo por lo que es humano.

El humor —señala un comentarista de Kierkegaard— puede describir las peores insuficiencias de una persona y, sin embargo, disculparla; incluso amarla y, en ciertos casos, alabarla. Así lo percibimos en los refranes recogidos y relatados por José E. Iturriaga, que llenos de humanidad nos muestran una devoción jocosa y una donairosa sabiduría.

Índice

PRÓLOGO.	5
ADVERTENCIA DEL AUTOR.	31
ESCRITORES	
ERMILO ABREU GÓMEZ	37
JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ	41
La enciclopedia rogeliana.	42
Congreso de Crítica a la Revolución Mexicana	44
“Imagen de la gran capital”	50
“Todo México. Compendio enciclopédico 1985”	52
FERNANDO BENÍTEZ	57
“Los indios de México”	61
Periodismo cultural	64
JORGE LUIS BORGES	67
LUIS CABRERA	79
ENRIQUE CÁRDENAS DE LA PEÑA.	87
ALEJANDRO CARRILLO MARCOR.	97

ALFONSO CASO	117
Prólogo a Discursos	119
Doce discursos	124
ANTONIO CASO	127
EDUARDO CÉSARMAN	131
Con intención.	132
DANIEL COSÍO VILLEGAS	135
"Historia moderna de México".	147
SOCORRO DÍAZ	151
ISIDRO FABELA	159
HORACIO FLORES DE LA PEÑA	167
ANDRÉS HENESTROSA	171
El Juárez de Ralph Roeder.	176
Divagario andresino	183
FRANCISCO DE PAULA LEÓN OLEA	193
CARMEN BEATRIZ LÓPEZ PORTILLO	205
DIEGO LÓPEZ ROSADO	211
"Comercialización de granos alimenticios"	219
MARIO MOYA PALENCIA	223
"El zorro enjaulado"	229
FERNANDO DEL PASO	245
CARLOS PRIETO.	253
JESÚS REYES HEROLES.	265
Dirigente y educador	271

JESÚS SILVA HERZOG	275
Carta de José E. Iturriaga dirigida a Juan Larrea	288
ARTURO SOTOMAYOR	293
LUIS SPOTA	309
LEÓN NICOLAIEVICH TOLSTOI	313
GUILLERMO TOVAR DE TERESA.	341
Artículo jugueteón.	353
JOSÉ VASCONCELOS	355
LEOPOLDO ZEA	359
PINTORES	
RAÚL ANGUIANO	369
MARTHA CHAPA	379
ENRIQUE CLIMENT	393
JOSÉ LUIS CUEVAS	397
JOSÉ GARCÍA NAREZO	405
DIEGO RIVERA.	409
RUFINO TAMAYO.	413
Orden Quetzal	418
FRANCISCO TOLEDO	423

POETAS

PITA AMOR	427
ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.	431
PABLO NERUDA.	439
OCTAVIO PAZ	445
Marie José	454
Sor Juana Inés de la Cruz	463
Célebre duelo.	467
MARGARITA PAZ PAREDES	471
CARLOS PELLICER	475
EUGENIA ROMO	477
ROSTROS VARIOS	
DAISY ASCHER	483
NARCISO BASSOLS.	489
JORGE CASTAÑEDA DE LA ROSA.	493
RAFAEL FREYRE	497
FERNANDO GAMBOA	501
GASTÓN GARCÍA CANTÚ.	509
Súbita conciencia jacobina.	510
Relaciones entre México y el Vaticano	514
De consejero a escritor.	518
CHRISTIANE MAGNANI DE ALEMÁN	521

EMILIO OBREGÓN	527
MANUEL PEIMBERT	533
BERNARDO QUINTANA ARRIJOA	545

APÉNDICES

APÉNDICE 1	551
APÉNDICE 2	555
José Rogelio Álvarez	555
Socorro Díaz	556
Andrés Henestrosa	557
Guillermo Tovar de Teresa	558

OBRAS

José E. Harriaga

Rastros y rostros



se terminó de imprimir en la Ciudad de México durante el mes de junio del año 2012.

Para su impresión se utilizó papel de fabricación ecológica con *bulk* a 80 gramos. La edición estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.

ISBN 968-607-401-591-1

Obras de José E. Iturriaga

PATRIMONIO CULTURAL Y DIVERTIMENTOS

- *La categoría de Centro Histórico y su rescate. Ciudad de México*
- *Rastros y rostros*
- *Lo religioso en el refranero mexicano*
- *Varia sobre cultura, arquitectura, filosofía, lenguaje y arte*

NACIONALISMO Y POLÍTICA INTERNACIONAL

- *México en el Congreso de Estados Unidos*
- *Ustedes y nosotros*
- *Varia sobre política internacional de México y en general*

SOCIOLOGÍA, ECONOMÍA

Y POLÍTICA NACIONAL

- *La estructura social y cultural de México*
- *Varia sobre coyunturas económicas y políticas en México*

HISTORIA DE MÉXICO Y AMÉRICA LATINA

- *México y América Latina*
- *Varia sobre historia de México y América Latina*



LITERATURA Y CRÓNICA

ABUNDANTES han sido las contribuciones de José E. Iturriaga al género introductorio y a la difusión de la personalidad de grandes intelectuales y/o representantes de la cultura nacional; algunas están presentes en *Rastros y rostros*. Las hay como textos previos en libros de afamados escritores, pintores, poetas y también a rostros varios; además en palabras que hacen de umbral o pórtico a grandes obras facsimilares o de interés para el conocimiento de la historia nacional.

Quienes admiramos a José E. Iturriaga aspiramos a que su figura y su obra se difundan y permanezcan, para que sean muchos los que tengan acceso a sus conocimientos y orientaciones. Por eso no pocas veces hemos insistido en que sus reflexiones históricas, sus opiniones políticas, sus comentarios sobre sucesos cotidianos, sus previsiones sobre el futuro, sus digresiones memoriosas y aun sus charlas de sobremesa, deben materializarse en textos formales. La encarnación de las ideas en libros es garantía de perdurabilidad. La palabra impresa es un bien propagable que se incorpora al acervo de la cultura.

JOSÉ ROGELIO ÁLVAREZ

Miguel Ángel
Porrua

Las Ciencias
Tercera Decada